MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO IX

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1954

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

Tomo IX

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO IX

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1954

INDICE GENERAL

NOTA PRELIMINAR 7

El Cincuentenario de la Academia, por FEDERICO GAMBOA 9

Tercer Centenario del Quijote, por PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ 21

Discurso en memoria del señor don Rafael Angel de la Peña, por JOAQUÍN D. CASASÚS 28

El poeta José Peón Contreras, por JOAQUÍN D. CASASÚS 43

Elogio del Licenciado don Justo Sierra, por JOAQUÍN D. CASASÚS 61

La Literatura Mexicana, por LUIS G. URBINA 77

La Crítica, por MANUEL G. REVILLA 87

Los misioneros y los judíos, por LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN 114

Manzoni en Méjico, por FEDERICO ESCOBEDO Y TINOCO 134

Contestación al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS . . . 172

Miguel de Cervantes Saavedra, por ALEJANDRO QUIJANO 180

La Manquedad de Cervantes, por ALEJANDRO QUIJANO 187

Clearco Meonio, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 191

El estilo epistolar en la Nueva España, por MANUEL ROMERO DE TERREROS 221

Fernangrana, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 234

Importancia práctica de la lectura y de la recitación en la enseñanza del idioma nacional, por SALVADOR CORDERO 247

Contestación al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS . . 258

Pérez Galdós, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 265

Ante los restos del Sr. Licenciado don Joaquín D. Casasús, por MANUEL PUGA Y ACAL 274

La oda a la música, por ANTONIO CASO 277

Respuesta al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS . . . 284

El Licenciado José López Portillo y Rojas prosista, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 292
Estudio filológico, por MIGUEL SALINAS 304
El Dr. Antonio Gómez Restrepo, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 314
El Dr. Antonio Gómez Restrepo, por FEDERICO GAMBOA 317
Discurso del Embajador Antonio Gómez Restrepo 323
La poesía castellana en sus cuatro primeros siglos, por ALEJANDRO QUIJANO 330
Contestación al anterior discurso, por el Director JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS 355

INDICE ALFABÉTICO 365

NOTA PRELIMINAR

LA Academia Mexicana Correspondiente de la Española viene procurando empeñosamente regularizar la aparición de sus MEMORIAS, que tan valiosas fueron en la que podría llamarse primera época.

Después de 35 años en que se suspendió su publicación, por un acuerdo generoso del Sr. Académico, Dr. Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública entonces, fueron impresos los tomos VII y VIII con la Historia de la Academia y con la Bibliografía de los Académicos respectivamente, hasta 1945.

Nuestra Institución consagró a Miguel de Cervantes Saavedra una serie de conferencias; el Secretario de Educación Pública Lic. Manuel Gual Vidal acordó que en un volumen se imprimieran en la imprenta de la Secretaría; el actual Secretario, Lic. José Angel Ceniceros ratificó aquel acuerdo, mas por recargo de trabajo no ha podido realizarse la impresión.

Para no demorar la aparición de las MEMORIAS se ha resuelto continuarlas con otra serie de Discursos Académicos *a fin de evitar que se pierda un material muy valioso. Desde luego faltan ya discursos de D. Justo Sierra, de D. José López Portillo y Rojas, de D. Federico Gamboa, etc., que se siguen buscando con el mayor empeño.*

Lo reunido se publica en orden cronológico, aprovechando el patrimonio otorgado a la Academia por el Gobierno que presidió el Sr. Académico Dr. Miguel Alemán; y aparecen cinco discursos que no fueron pronunciados dentro de la Academia, pero por muy distinguidos Académicos y sobre temas muy importantes de Literatura o de Filología. A medida que vayan apareciendo algunos de los extraviados se imprimirán, aunque ya sin seguir aquel orden.

Sin embargo, se ha hecho ahora una excepción: se ha puesto en primer lugar el discurso del Director D. Federico Gamboa, pronunciado en la solemnísima sesión con la cual celebróse el cincuentenario de nuestro Instituto; no sólo porque así recordaremos de manera especial esa fecha, sino porque tal discurso es una síntesis valiosa de la Historia académica. En donde ha

sido indispensable, se han puesto notas que indican notables transformaciones que la Academia presenta hoy.

El ANUARIO de 1954, que por separado se publica, trae documentos que las muestran en detalle, y la nómina de cuantos han sido y son Académicos, desde su fundación.

A. M. C.

EL CINCUENTENARIO DE LA ACADEMIA *

Por el Director FEDERICO GAMBOA.

QUIERO comenzar, señoras y señores, rindiendo un público y pleito homenaje a mis muchos años, porque a ellos únicamente debo el ocupar en la Academia Mexicana este sitial venerable y consagrado por más de un título, y la satisfacción inmensa de hablaros en aniversario tan señalado, de lo que ella significa en la historia de nuestra cultura, de lo que lleva realizado hasta hoy y de lo que confiadamente espera realizar mañana.

Para el mejor entendimiento de mis pobres palabras, desmañadas siempre y en esta noche significativa y memorable más torpes aún, temblorosas y embargadas por la emoción personal y por la honda trascendencia de la fecha que reverentemente conmemoramos; para que se sepa cuál es nuestra misión, de dónde venimos y a dónde vamos, me es ineludible decir aquí, siquiera sea a grandes rasgos, porción de cosas que sin duda vosotros todos conocéis de sobra.

La Real Academia Española, nuestra ilustre y sabia matriz, nació en 1713 en el momento preciso en que una decadencia política y literaria se enseñoreaba de aquella Península; decadencia, por otra parte, comprensible y lógica, pues cuando un imperio llega a ser tan enorme que en sus vastedades nunca se pone el sol, cuando una literatura produce con la muchedumbre de sus ingenios, con la belleza inmarcesible de sus obras, una época deslumbrante que, a falta de expresión más gráfica y connotativa, ha habido que llamar Siglo de Oro, aunque sin menoscabarle un ápice de sus excelencias ¡antes al contrario! bien pudiera llamársele el Siglo de Cervantes y de Lope; ese imperio y esa literatura tienen que venir a menos por la fuerza de las cosas, que no consienten en este bajo mundo, ni sería humanamente po-

---

* Discurso pronunciado la noche del 25 de septiembre de 1925 en el salón de actos del antiguo Palacio de Minería, hoy Facultad de Ingenieros, con asistencia del Secretario de Educación Pública en representación del Presidente de la República Mexicana.

sible que la consintieran, una supervivencia indefinida de estas grandezas excepcionales y extraordinarias que, lo mismo los pueblos que los individuos, si alguna vez las afianzan y guardan, es por instantes que se antojan fugaces al enfrentarlos con el trágico y lento discurrir de las edades.

La única y verdadera eternidad, sólo existe del otro lado del sepulcro.

Esa decadencia, entiéndase que hablo en términos generales, o si gustáis neo-clasicismo, arranca de los medios del siglo XVIII y para en el segundo tercio del XIX, en que asoma el Romanticismo, seguido, luego, de lo que sin temor a rectificaciones debe apellidarse el Renacimiento Contemporáneo.

La Academia Española, creada por las manos versallescas de Felipe V, príncipe de la casa de Borbón cuyo largo reinado se caracteriza por un honrado afán de sacar a España de la letargia en que sumiérala su antecesor, "El Hechizado", tenía que ostentar, según lo ostenta, un marcado parecido en sus estatutos, funcionamiento y finalidades, con la ilustre Academia Francesa, su hermana mayor en unos ochenta años.

No creó nada más: la Academia Española y la Biblioteca Real, ese relicario de las letras que encierra hoy más de 500,000 volúmenes, innumerables "Quijotes", cerca de 2,000 incunables y los preciosos manuscritos que pertenecieron al duque de Osuna. A raíz de la Guerra de Sucesión con que inauguró su gobierno; después de que su valiente y esclarecida consorte doña Luisa de Saboya se llevara entre los pliegues de su mortaja el período heroico de su reinado; unido ya a doña Isabel Farnesio, la majestad que agotó a España y agitó a Europa; después de que reempuñó el cetro a la muerte de su hijo don Luis, en cuyo favor abdicara para ir a curar de la salvación de su alma, después de su vuelta de los abismos de la locura, aun tuvo tiempo Felipe V para crear en 1738 la benemérita Academia de la Historia, para levantar, entre otros monumentos, los palacios del Río Frío y de San Ildefonso de la Granja, cuyo parque y cuyas aguas diríase que suspiran, cual sin duda suspiró siempre su regio creador, por sus modelos las aguas y el parque de Versalles, testigos del nacimiento de aquel monarca que causas dinásticas expatriaron, y que fue, sin embargo, demasiado francés, al decir de españoles, y demasiado español, al decir de franceses.

La feliz iniciativa para la fundación de la Academia Española se debió al Marqués de Villena, y complace rememorar que desde su inicio se le otorgaron diversos privilegios, que con los años aumentáronse: prerrogativa de consultar al Rey en la forma de los Supremos Tribunales; preeminencias y exenciones para sus componentes, idénticas a las que disfruta la servidumbre de la Real Casa; en 1723, dotación de 60,000 rls. anuales, para sus publicaciones; la facultad de publicar sus obras y las de sus individuos —merced de D. Fernando VI—, sin previa censura; en 1754, cedióle el propio D. Fer-

nando sitio en la R. Casa del Tesoro, para sus juntas, que habían venido celebrándose en las de sus Directores; en 1777, permiso de que estableciera premios bienales, a fin de excitar a la juventud al cultivo de las Letras; y en 1793 —merced de D. Carlos IV—, la propiedad de un domicilio fijo: aquella casa de la calle de Valverde, que por lustros fue su asiento, hasta su traslación al palacio que ahora ocupa, en la calle de Felipe IV, suyo igualmente por merced de Don Alfonso XIII, que es ejemplo y espejo de caballeros, de españoles y de reyes.

¡Líbreme Dios de siquiera intentar aquí una reseña de la obra perdurable y trascendental que lleva consumada la Academia Española! Es tan amplia, tan sabia, tan útil, meritoria y desinteresada, que cualesquiera elogios resultarían mezquinos. Administrar honrada e inteligentemente un tesoro como la Lengua Española, que apenas si conocerá uno o dos rivales; limpiarlo, fijarlo e ir dándole esplendor y anchura con talento y cautela ejemplares, según la Ciencia en sus avances sin término, el comercio, la industria y las voces alienígenas lo exigen sin miramientos; según sus antiguas Colonias, en el día soberanas y dueñas de todos sus actos, se entregan a la pía labor de imponer sus vocablos vernáculos, antes menospreciados, sus idiotismos y regionalismos que aman y necesitan; cuidar de un tesoro que viene de siglos y está llamado a vivir vida real y palpitante, lo que nuestro planeta viva, que hoy por hoy liga, identifica y acerca a más de 90.000,000 de seres humanos, sin que a nadie sea dable calcular cuántos millones y millones lo hablarán mañana, y después, y siempre, en tanto nuestro globo no sea presa de un cataclismo apocalíptico o del enfriamiento último que irremediablemente le aguarda, es empresa que sólo podían acometer y llevar a cabo manos españolas, que ayer supieron pagar nautas inmortales que le descubrieran un mundo de promisión y maravilla; conquistarlo, luego, con los filos implacables de sus tizonas hazañosas; con el afecto y paciencia apostólica de sus Misioneros, sacarlo de las negras simas de la idolatría y el canibalismo; gobernarlo, casi de continuo durante tres siglos, con honradez e inteligencia, engendrando así un puñado de naciones que tenían que ser libres según épicamente consiguieron serlo, en cuyos ámbitos habrá de desenvolverse el porvenir del mundo, pero que ya de iguales suyas no quieren olvidar que nacieron de España, ni menos que, entre los muchos beneficios perpetuos de que le son deudoras destácase este idioma sin par que por la eternidad nos amarra a ella, y que de padres a hijos nos ha servido para expresar los tres amores que caracterizan a los pueblos de veras civilizados: el amor a Dios, el amor a la mujer y el amor a la patria.

Si acabo de hablar de los orígenes de la Academia Española, fue al propósito de poner de resalto las semejanzas y diferencias que con ella tiene

la Mexicana, que nació bajo distintas condiciones y ha persistido en vivir, un vivir respetable y digno, sin que el Estado ni los particulares pensaran jamás en ayudarla, no obstante lo noble de su cometido *, idéntico al de la Española en lo que mira a la custodia de la lengua, pero agravado aquí con nuestra peculiar manera de ser, que por exceso de juventud, para no llamarlo de arrogancia—, nos lleva a hacer mofa, si nada más podemos, de todo aquello que de cerca o de lejos coarta nuestros arraigados malos hábitos o nuestras veleidades y caprichos. Instituída la Mexicana con los propios fines que la Española, y a sus principios regida por los estatutos y reglamentos de aquélla, se la creyó por el vulgo enferma de españolismo exagerado y ciego, que hasta podría transmutarse, si se le dejaba levantar el vuelo, en vasallaje y peligro para las instituciones y el país, celoso como el que más de su libertad e independencia. ¡Pocas veces se ha formulado un juicio tan ingrato y temerario!

Escúchense algunas de las causas que movieron a la Real Academia a crear a sus Correspondientes Academias Americanas, y pálpese si entonces, después, ni nunca, se empañó la pureza de su idea con el vaho mal oliente de aviesas y escondidas finalidades:

"...De los 40.000,000 de habitantes que aproximadamente se calculan al Nuevo Mundo —esto lo decía la R. Academia en noviembre de 1870—, veinte poco más o menos son de raza indígena, anglo-sajona, germánica, francesa, rusa, o portuguesa; los otros veinte descienden de españoles, y español hablan. Dos millones, contando siempre en números redondos, son en las Antillas súbditos de España; los restantes, es decir, 18.000,000 de hombres que hablan como propia la lengua castellana, pueblan desde la Patagonia al Mississippi, las repúblicas del Río de la Plata, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Nueva Granada, Centroamérica, y México. Son, pues, dos millones más los que hablan el castellano fuera de España, que los que lo hablan dentro por ser naturales de ella. Todos estos Estados se administran por sí mismos, y aparte de los lazos de su federación respectiva, todos tienen su peculiar sistema de instrucción pública; todos su prensa periódica, su literatura y su poesía popular.

"Según los datos que sobre este punto se han suministrado a la Academia, esta literatura aunque poco conocida en España, cuenta muchos poetas e historiadores, gran número de periodistas, algunos autores dramáticos y no-

* El Dr. Miguel Alemán, Presidente de la República, en las postrimerías de su gobierno, en 1952, le asignó un patrimonio que le permitirá tener en corriente sus publicaciones, y le cedió un local para que lo adaptara como su domicilio. Por causas ajenas a la Academia, lo último no ha podido realizarse. A. M. C.

velistas, y varios filólogos; habiéndolos en todas estas clases, de sobresaliente mérito.

"Apuntados estos datos, y añadiendo sólo que en virtud de circunstancias sobrado notorias y dolorosas para que sea necesario precisarlas aquí, en las más de las Repúblicas arriba enumeradas, es más frecuente el comercio y trato con extranjeros que con españoles, no vacilamos en afirmar que si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, a bastardearse de manera que no se dé para tan grave daño remedio alguno. . ."

Y agregaba cual fundamentos de su acuerdo, estas verdades como puños, que hoy más que entonces resultan indisputables evangelios:

—". . . En nuestra época el principio de autoridad, si no ha desaparecido está por lo menos grandemente debilitado. Todo se discute, y a nada se asienta sin previo examen. Por desdicha, basta con frecuencia que la autoridad afirme para que la muchedumbre niegue. Y si tal sucede aun dentro de casa, más es de temerse que ocurra a larga distancia de su esfera de acción, donde no tiene más derecho a que se le escuche que aquel que la razón lleva a todas partes consigo.

"Hoy que la Academia nada monopoliza y acaso nada más que su literaria tradición representa, con estos únicos pero valederos títulos, llamando a todos y oyendo a todos, debe y puede pugnar por que en el suelo americano el idioma español recobre y conserve, hasta donde cabe, su nativa pureza y grandilocuente acento.

"Para ello la Academia, *cuerpo por su índole no menos conservador que progresivo,* no ha necesitado recurrir a revoluciones peligrosas. Le ha bastado sólo una reforma, grave y trascendental sin duda, pero que, partiendo de lo existente para mejorarlo, cabe dentro de la naturaleza y legales límites de su instituto.

"A propuesta, pues, de la comisión integrada por los señores Marqués de Molíns, su Director, D. Patricio de la Escosura, redactor de este informe, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermín de la Puente y Apezechea, D. Eugenio de Ochoa y D. Antonio Ferrer del Río, acordó la creación de las Academias de la lengua castellana o española, como correspondientes suyas, y a su semejanza organizadas.

"Con tan sencillo medio entendió y se propone la Academia Española realizar fácilmente lo que para las armas y aun para la misma diplomacia es ya completamente imposible. Va la Academia a reanudar los vínculos, violentamente rotos, de la fraternidad entre americanos y españoles; va a resta-

blecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera dejado de existir entre nosotros y va por fin, a poner un dique, más poderoso tal vez que las boyonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglosajona en el mundo por Colón descubierto. Ninguna nacionalidad desaparece por completo, mientras conserva su propio y peculiar idioma; ningún conquistador inteligente ha dejado nunca de hacer tanta o más cruda guerra a la lengua, que a las instituciones políticas de los conquistados..."

He ahí nuestra acta de nacimiento, honorífica y limpia, con la que harto nos ufanamos, y a cuya observancia ha consagrado esta Casa, desde su constitución, todos sus afanes y energías, a pesar de las vicisitudes que en distintas ocasiones ha sufrido, del desapego inexplicable de algunos de sus miembros, y de la indiferencia de los Gobiernos y del público que se han obstinado en ignorar su misión o fueron mal informados acerca de los objetos primordiales y saludables que persigue *.

Huelga puntualizar por qué tardó más de un año en constituirse; baste saber que hoy hace cincuenta años nació en esta Ciudad de México, en la casa núm. 86 de la calle de la República de Cuba **, domicilio del Sr. D. Alejandro Arango y Escandón, quien generosamente ofreció una de las salas de su biblioteca para que en ella continuaran celebrándose las juntas, y un aposento separado para la incipiente biblioteca de la Academia. Porque estimamos que el hecho no merece caer en el olvido, esta mañana lo hemos perpetuado fijando en la fachada de ese inmueble una lápida que, con las sobrias palabras que el cincel entalló en su anverso, se lo recuerde por siempre a los que han de venir a nuestra zaga.

La Academia quedó integrada con una pléyade de relevantes individualidades, muchas de ellas con anterioridad Correspondientes Extranjeras de la Española, que aquí se mencionan con el merecido acatamiento: Director, D. José Ma. de Bassoco, Conde de Bassoco; Secretario, D. Joaquín García Icazbalceta; Censor, D. Manuel Peredo; bibliotecario, D. Alejandro Arango y Escandón; tesorero, D. José Ma. Roa Bárcena, e individuos de número, D. Sebastián Lerdo de Tejada, entonces Presidente de la República; D. Rafael Angel de la Peña; D. José Sebastián Segura; D. Manuel Orozco y Berra; D. Francisco Pimentel; D. Joaquín Cardoso y D. Casimiro del Collado ***.

---

* Hoy la Secretaría de Educación Pública, cuyo Titular es el Señor Licenciado José Angel Ceniceros, a solicitud de la misma Academia, la ha declarado Instituto de Educación Pública, conforme a las fracciones III y IV del Art. 102 de la Ley Orgánica de la Educación Pública. A. M. C.

** Al fundarse la Academia era el número 6 de la calle de Medinas. A. M. C.

*** Véase en el tomo VII de las *Memorias*, pp. 20-25 lo relativo a los primeros miembros. A. M. C.

A semejanza de la Academia Española y de la Francesa, que a sus comienzos carecieron de domicilio *ad hoc,* y en la casa de sus Directores se juntaban —la Española, según acabáis de oírlo, durante 41 años, y la Francesa durante 37—, la Mexicana adoptó igual práctica, aunque, excediéndose desgraciadamente, pues hasta la fecha persiste en observarla porque no ha habido Gobierno ni particular acaudalado que la dote con morada propia, que, así no fuera de comparar a la suntuosa de la calle de Felipe IV, en Madrid, ni en París al Instituto de Francia, definitivamente se acomodaran en ella sus individuos, su biblioteca y su decoro. Aún habrá que esperar quién sabe cuánto tiempo, antes de que aquel anhelo en realidad se convierta; pero yo estoy cierto de que se alcanzará, de que algún Secretario de Educación culto y sin prejuicios, como el que esta noche nos honra con su asistencia, habrá de procurársela, o de que algún millonario mexicano, alguna empresa mexicanizada a fuerza de prosperar entre nosotros se enorgullecerá de regalársela. Por lo pronto, unos años la cobijó con libros y todo, nuestra Biblioteca Nacional, cuando sucesivamente la dirigieron D. José Ma. Vigil y D. Francisco Sosa, que eran numerarios suyos y siguen siendo dos patriarcas de nuestras letras *, y luego, la muy respetable Sociedad de Geografía y Estadística, fraternalmente le brindó el libre uso de su edificio, en cuyo salón de actos todavía efectuamos las sesiones extraordinarias y públicas. A la una y a la otra, se dan aquí gracias muy rendidas.

A diferencia de aquellas dos Academias —que por depender del Estado disponen de subsidios para sus publicaciones, sus individuos disfrutan de innúmeras preeminencias y además se les retribuye su asistencia a las sesiones— **, la Mexicana, sin amparos ni valedores, consciente de lo que la enaltece y significa su papel de custodio de un tesoro que íntegro se ha confiado a su honradez como corporación, y a la sabiduría y buen gusto de sus componentes, no ha permanecido jamás ociosa, ni temió nunca que se le exigiera estrecha cuenta de sus actos, ora por parte de sus poderdantes, ora por la de sus connacionales; y menos de la de éstos que de la de aquéllos, supuesto que principalmente con sus aportaciones de mexicanismos, a que no han cesado de consagrarse diversos miembros suyos y ella misma y que mucho importa revivir e incorporar al tronco glorioso de que somos una rama, mejor o peor lograda, pero rama al fin, con palpitaciones, resistencias y florecimientos propios, porque son voces que de antaño nos vienen, que nosotros empleamos a diario, que balbucen nuestros hijos, y como consecuencia nos

---

* El primero falleció en esta ciudad el 18 de febrero de 1909; el segundo, en Coyoacán, Distrito Federal, el 9 de febrero de 1925. A. M. C.

** Hoy reciben una remuneración, por asistencia, los miembros de la Mexicana. A. M. C.

prestan carácter individual sin borrarnos el imborrable de nuestros orígenes hispanos, la Academia más sirve a México que a España, cuya lengua caudalosa, elegante y expresiva es de suyo acabado monumento que asombra y enamora.

La ya madura vida de la Academia Mexicana, se ha deslizado precaria y modesta, pero sin mancha; no ha logrado triunfos resonantes, ni atenta la naturaleza de su instituto es probable que los logre en lo futuro, mas por su fortuna, tampoco siente remordimientos que la ensombrezcan o sonrojen. Cuidando según cuida, a distancia, sin cárceles ni patíbulos, desoída de unos, escarnecida de otros, de que la lengua encomendada a su probidad no se prostituya ni mucho menos se destierre de estos dominios, considera que realiza obra de alto patriotismo, ya que la pérdida de la lengua nativa, ha sido, es y será anuncio inequívoco de que una nacionalidad ha entrado en agonía.

Para medir la entidad de nuestra obra, hojéense los seis tomos de sus *Memorias,* el séptimo, por cierto, a punto de aparecer *, gracias a la singular liberalidad del Srio. de Educación Puig y Casauranc, que preside esta velada con la doble investidura de su propio valer y de la representación oficial del Presidente de la República, imposibilitado por culpa de imprescindibles atenciones, de venir en persona a realzar la importancia de nuestra fiesta. Sea usted, señor Puig, el prestigioso portador de nuestro agradecimiento al Primer Magistrado por la benevolencia que dispensa a la Academia; y usted acepte el que ahora nos honramos en presentarle, porque quiso acompañarnos y por habernos obsequiado con la impresión de ese tomo que llevaba tiempo de aguardar el que una voluntad inteligente como la de usted, lo vistiera de letras de molde y lo sacara a la calle **.

Decía yo que para medir la entidad de nuestra obra se hojearan las *Memorias.* Sin entrar en la pormenorización de los estudios lexicográficos y literarios que allí abundan, muchos de los cuales son verdaderas monografías, sí conviene puntualizar que desde la inauguración de la Mexicana, han sido tres sus principales empeños: contribuir a las ediciones periódicas del Diccionario de la Real Academia, para la que ha venido siendo parcialmente invitado por aquélla; acopiar materiales para un Diccionario de Provincialismos, que harto ha de servirnos a nosotros y a quienes con nosotros simpatizan, y escribir una Historia Literaria de México, por desgracia nunca completamente escrita, no obstante la falta incalculable que hace.

---

* Este ofrecimiento no llegó a ser efectivo; y los tomos séptimo y octavo aparecieron veinte años después, por acuerdo del Secretario de Educación Pública, Dr. Jaime Torres Bodet, en 1945 y 1946. A. M. C.

** Ya se dijo que el ofrecimiento no llegó a cumplirse. A. M. C.

Cuanto a lo primero, en abril de 1880 teníanse remitidas a Madrid doce listas con 791 artículos que alcanzaban hasta la letra E, acompañados en buena parte de etimologías y autoridades; y perseverándose en tan útil tarea, en agosto de 1884 se remitían siete listas nuevas con 1,285 definiciones, de las que la Española aceptó 652 y rechazó 633.

Cuanto a lo segundo, si bien es cierto que nuestra Academia, como cuerpo, nada ha llevado a término, destácanse, en cambio, las obras de que son autores dos de sus miembros: el *Vocabulario de Mexicanismos,* obra inconclusa y póstuma del preclaro D. Joaquín García Icazbalceta, que sólo llega a la letra G., pero que incompleta y todo, encuéntrase llena de saber y de provecho. La misma piedad filial del señor don Luis García Pimentel, que costeó la lápida descubierta por la Academia, también esta mañana, en el exterior de la casa número 135 de la Calle de Capuchinas, en que hace cien años naciera aquel polígrafo insigne, fue la que, en mayo de 1899, publicó el primer tomo de libro tan recomendable. Esa obra, digo, y la *Anarquía del Lenguaje en la América Española,* que acaba de ver la luz en dos gruesos tomos, en la que campean la erudita especialización e incansable laboriosidad de nuestro distinguido colega don Darío Rubio, quien empleó siete años para darle acuciosa forma, e ignoro cuánto más en complejas consultas, búsquedas y pesquisas, son signo concluyente de que los que alcanzan el honor de ser inquilinos temporales de esta docta Casa, siéntense moralmente obligados, para corresponderlo, a dar cumplimiento en su nombre y representación, a sus cometidos más esenciales *.

Y cuanto a lo tercero, ¡qué mucho que en cincuenta años aún no haya escrito la Academia la *Historia Literaria de México,* si la Española, en varios más, tampoco ha escrito la de España —aunque en su abono luzca tantas y tantas publicaciones que la recomiendan; su Gramática y su Diccionario principalmente—, y la Francesa, de la que Richelieu quiso hacer, sobre todo, la reguladora de la lengua, y para ello había de redactar un Diccionario, una Retórica, una Poética y una Gramática, de 1635 acá sólo ha emprendido el Diccionario, por terminar todavía y ha relegado las otras tres al estado de proyecto! ¿Y acaso nadie que piense a las derechas, se permitió jamás tacharlas de inútiles o inactivas, poner en tela de juicio los talentos de

---

* Entre quienes mayor número de papeletas han enviado también a la Real Academia deben mencionarse a los Sres. Lic. José López Portillo y Rojas. Lic. Manuel G. Revilla y Lic. Ezequiel A. Chávez. En 1951 los Académicos de número Manuel Romero de Terreros, Alberto María Carreño, Alfonso Reyes, Francisco Monterde, José Vasconcelos, Luis María Martínez (Arzobispo de México), José María González de Mendoza, Isidro Fabela, Miguel Alessio Robles y Alfonso Méndez Plancarte revisaron 611 voces del Diccionario actual; y en 1954 el Sr. Ignacio Dávila Garibi 41 más, con propósito de colaborar para la nueva edición del Diccionario. A. M. C.

sus miembros, la indiscutible respetabilidad de ellas mismas? Pues no le exijamos a la nuestra lo que a las ajenas les disculpamos. Bien está que se la censure lo que a aquéllas: que no ha llamado a su seno a cuantos en el concepto público lo merecían de sobra, y en cambio dio cabida a algunos que, como yo, no lo merecemos; que ha padecido, a las vegadas, equivocaciones y descuidos; ¿qué conjunto de hombres, por bienintencionados que se les suponga, no incurre en estos y hasta peores yerros? En vez de condenarla a priori téngasele en cuenta que lo humano nunca es perfecto; que su misión es noble, desinteresada y benéfica; que no rehuye las críticas honradas, no la agravian indicaciones y consejos, ni la ensoberbecen los aplausos con que una vez que otra se le haya estimulado.

Mientras amanece el día en que la respeten todos; mientras se la considera en justicia una institución medularmente nacional que sólo procura el que la cultura mexicana vaya a más, siempre a más; mientras no le ocurre lo que a la Española y la Francesa, que el Gobierno la sostenga y dignifique, que las donaciones de los ricos afluyan a su escarcela y esto le permita establecer premios a la virtud y el talento, patrocinada cálidamente por *El Universal,* confió al público la altruísta tarea de allegar fondos bastantes a ofrecer en propiedad una modesta morada a la viuda y huérfanos del poeta Francisco M. de Olaguíbel, estimado individuo suyo, que como la mayoría de los poetas no dejó a su muerte más que un puñado de rimas y un puñado de tristezas. La tentativa está en marcha. El público, un tanto desorientado frente a lo inusitado de ella, no ha respondido con la premura que fuera de apetecer, pero tampoco ha dado la callada por respuesta, lo que ya es mucho.

La Academia sabe a lo que va. Serenamente vuelve su rostro al medio siglo que lleva de andar, más cayendo que levantando, sola siempre, y comprende que nada más ha dado sus primeros pasos. Lejos de sentirse fatigada, ni descorazonada, ni escéptica, siéntese joven y fuerte, resuelta a seguir hasta el fin. Y como también sabe, que cuidando del idioma cuida de México, no hay nada ni nadie que la aparte ni desvíe del camino ancho y recto que se ha propuesto recorrer, según viene recorriéndolo desde sus principios.

Y ahora, señoras y señores, permitidme que para concluir os pida algo más que vuestra bondadosa atención: unos instantes de recogimiento espiritual. Encendidas como antorchas, van mis palabras a iluminaros las catacumbas del silencio y del olvido, donde yace una crecida porción de colegas nuestros. No calificaré los merecimientos de cada uno, pues ni ellos lo han menester para su fama ni yo osaría intentarlo a la ligera. Mas la Acade-

mia me mandó que en este jocundo cincuentenario deshojara los asfódelos de nuestra veneración a su memoria. Para seguir a Maeterlink, que quiere que cuando se menciona con cariño a los muertos, éstos interrumpan su eterno sueño y dulcemente nos sonrían, evocaré sus nombres. Harto se merecen que les impongamos respetuosos un momentáneo despertar, a fin de que, desde donde se hallen, contemplen a esta Academia que amaron tanto, en sus bodas de oro con la vida. Será un desfile de sombras, pero de sombras augustas, ya que por su majestad y excelencia no hay nada más augusto que la muerte. Manuel Moreno y Jove, José Ma. de Bassoco, Alejandro Arango y Escandón, Juan Bautista Ormaechea, Sebastián Lerdo de Tejada, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Pimentel, José Ma. Roa Bárcena, Rafael Angel de la Peña, el colombiano Rufino José Cuervo, Manuel Orozco y Berra, Manuel Peredo, Ignacio Montesdeoca y Obregón, Joaquín Arcadio Pagaza, Francisco de P. Guzmán, Alfonso Herrera, Anselmo de la Portilla, Ramón Isaac Alcaraz, Melesio de Jesús Vázquez, Ignacio Aguilar y Marocho, Joaquín Cardoso, José Ma. Vigil, Ignacio Mariscal, Alfredo Chavero, José Fernando Ramírez, Tirso Rafael Córdoba, Joaquín Baranda, José Peón y Contreras, Luis Gutiérrez Otero, Francisco del Paso y Troncoso, Justo Sierra, Victoriano Agüeros, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, José T. De Cuéllar, Francisco de P. Labastida, Juan de Dios Peza, Silvestre Moreno Cora, José María Casares, Audomaro Molina, Rafael Gómez, Porfirio Parra, Manuel Sánchez Mármol, Francisco Sosa, Joaquín D. Casasús, Rafael Delgado, Francisco A. de Icaza, Manuel G. Revilla, Amado Nervo, Manuel José Othón, Francisco M. de Olaguíbel, Enrique Fernández Granados, José López Portillo y Rojas, a quien sucedí en la Dirección, por merced de mis colegas...

Han pasado todos; advertiríais que en el desfile iban lado a lado liberales y conservadores, ya definitivamente reconciliados en la eternidad, lo mismo que pasajeramente lo estaban en el seno de la Academia, que siempre recibió con efusión idéntica a éstos y aquéllos. Unos, creyeron en Dios y en la libertad; otros, en la libertad sin Dios; todos creyeron en México. Porque también nosotros en él creemos; porque palpamos que tiene que optar, sin subterfugios ni retóricas, por cualquiera de los dos extremos de este dilema imperativo: república española o imperio indio; y porque sabemos que al final del uno se alzan Huitzilopochtli y la cruz del Palenque, y al final de la otra, la civilización occidental y la Cruz divina del Calvario, no nos resignamos a que el idioma español se desnaturalice y zozobre. Es el único nuestro, en él se hallan escritos nuestros fastos enlutados y nuestros fastos de gloria. Hablándolo siempre, ha de operarse el increíble milagro de que México sea más México cada día.

La verdad debe decirse, alta la frente y el corazón sin miedo.

—¡Y la verdad es, que sólo hablando en español México podrá ofrecer los oros, los inciensos y las mirras que atesora, cuando se manifieste en su cielo azul, para ya nunca borrarse, la anhelada epifanía de sus grandes destinos!

TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE *

Por PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ.

YA por el mundo no andan los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Así que eternamente quedará sin segundo aquel espejo y flor de la gentileza, que debajo de las banderas de amor puso en olvido a los doce Pares de Francia y a los caballeros de la Tabla Redonda; aquel desfacedor de entuertos que por soledades y despoblados jamás dejó de correr en ayuda de los flacos y menesterosos; aquel, digo, que puesto que se engendró en una cárcel, salió de ella glorioso, y tres siglos ha viene haciendo gala de su donaire por todo lo descubierto de la tierra.

Hado singular el suyo, que al resucitar la orden de caballería, sepultó en las entrañas del silencio a los antiguos andantes con los muchos libros que de sus fazañas estaban llenos. Pues siendo cierto que entre aquellos cuya lectura le dejó vacíos los aposentos del cerebro, hubo algunos que escaparon en el donoso escrutinio, con todo eso, al fin royóles el corazón la polilla, en tal guisa que a la hora de ahora es un puñado de polvo la máquina de sus mentiras y disparates.

Y si uno de los que no cayeron en manos seglares ponemos aún sobre la cabeza, es porque en efecto la musa Calíope ayudó a tejer al divino Ariosto su variada y hermosa tela, en que bordados se miran los altos paladines de Carlomagno con los sucesos de Rugero y Ferragús, de Agramante y Marsilio, de Atlante y Malgesí, de Bradamante y Angélica, moros, reyes, mágicos y doncellas guerreras, en resonantes versos lindamente cantados.

Que privilegio del arte y de la poesía singularmente es dar tan fuerte contextura y sangre tan roja a sus criaturas, que el espíritu, ya de sí incorruptible, logra en tamaño vaso resistirse lo mismo al tiempo que al olvido. De ahí que suela disputarse al bronce para guardar la figura de los que tanto

* Discurso pronunciado el 9 de octubre de 1905 en el gran Teatro de la Paz, San Luis Potosí.

pueden, y coronárseles la sien con hojas de laurel a quien el rayo no ofende. Esa es la causa de que su nombre sea grabado en piedra mármol y encerradas como preseas sus reliquias en el templo de la Fama. Todo lo cual es gloria, y es más, amor, reverencia, culto, que de gente en gente y de siglo en siglo, va dilatándose y creciendo y llenando el infinito espacio.

Lo que siendo así del Orlando Furioso, sube más altos grados en la historia del Ingenioso Hidalgo. Quítenseme delante los que osen imaginar, pensar o decir que hay otra de quien se sepa que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y que no es conocida nación o lengua donde no se traduzca. Enhorabuena que Roldán, Orlando o Totolando calce las espuelas a Don Quijote; mas así como nadie llegará a persuadirnos que aquél no fue tal y como el cristiano poeta lo da a conocer en sus peregrinos cantos, tampoco será posible encontrar quien niegue verdad tan manifiesta, cual es que alegró los horizontes del Toboso aquel sol de hermosura que mereció tener por caballero a uno tan valiente y esforzado como el Manchego, cuyas hazañas casi podemos decir que han sucedido en nuestros días. Ni malandrín encantador alguno será poderoso a defraudar de la gloria que en ellas cupo al saco de maldades y costal de malicias cuyo nombre retoza en vuestros labios. Al contrario, así en los presentes como en los pasados tiempos, y no hay para qué añadir que en los venturos, de buen o de mal grado habrá de confesar todo el mundo que dama más hermosa que Dulcinea, caballero más enamorado que Don Quijote, ni más gracioso escudero que Sancho Panza no se han visto ni verán nunca; siendo la razón y causa desto que aunque otros les aventajaran en buenas partes, jamás para encarecerlas habrá péñola que iguale la de Cide Hamete Benengeli.

Nadie la mueva. Colgada de la espetera donde la dejó su dueño, por remendar lo que solían los paladines con su espada y los poetas bíblicos con su arpa, no ludibrio del viento, antes insignia de nobleza y trofeo de gloria, como ha vivido tres siglos, allí vivirá luengos más, en tanto se hable el idioma español, mientras se ame la virtud, se honre al ingenio y el fuego del arte dure en el corazón humano.

Tate, tate, Avellaneda, quier verdadero, quier fingido escritor tordesillesco. Hurtando a Cervantes, ya que no su pluma, el designio de su obra, bien habedes visto que tamaña empresa para él solo era guardada. Si al menos lo hubiérades hecho con la visera alta, hubiera aunque de lejos parecido vuestro ardimiento el del que se aventura en combates sin mirar que su enemigo sea un gigante o sea un vestiglo; mas con haberlo hecho de solapa por afrentar de viejo y suelto de lengua a un buen soldado de Lepanto, merecida tenedes la malandanza y los baldones que sepultando sigan vuestro libro y fingido nombre y loca audacia y verdadera envidia.

Hágase a un lado el inquirir si fue un Aliaga u otro que tal el autor del

falso Quijote; que nada añadirán a la gloria de Cervantes la calidad y circunstancias de su émulo, ni ganará mucho la história de las letras castellanas, sacando en claro lo que debiera condenarse a eterno olvido. Agradezcámosle antes la merced que nos hizo de poner acicates al genio; pues a no ser por él, hubiera quedado trunca la obra del escritor arábigo, sin esa segunda parte cuya invención es manifiesto que sobrepuja a la primera. Si me dejaran mentir la aventura de los leones y las bodas de Camacho, nunca lo consintieran el encantamento de Dulcinea y la visita a la cueva de Montesinos, y menos que otra cosa alguna, las burlas donairosas de los duques; siendo de notar que si de mano maestra, cabal y perfecto, resalta en la Primera Parte el tipo de Don Quijote, no así el de Dulcinea, no así el de Sancho, que apenas bosquejados estaban pidiendo, aquél la maliciosa travesura del Toboso con la penitencia del socarrón escudero, y éste su gobierno de la ínsula Barataria.

De celebrar es también que, pretendiendo señalar los yerros de la Primera Parte del Cervantes, quisiera Avellaneda hacerla parecer quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo son los encarcelados. Porque aun siendo innecesario rechazar el oprobio, échase de ver que se dolió de él Cervantes en que después de haber retratado a su héroe más valiente que enamorado, nos le pinta en la Segunda Parte más enamorado que valiente.

Para los sabidores de cosas anejas a la orden de caballería, hasta sin la manera que tuvo en armarse caballero y sin las finezas que hizo en las entrañas de Sierra Morena, las aventuras en que mostró el valor de su fuerte brazo son acabado ejemplo de las mejores hazañas andantescas, las cuales no despiertan por cierto ninguna de las tétricas ideas que el maldiciente crítico sugiere. El temerario con los molinos de viento y desalmado con el vizcaíno y los yangüeses, sabe ser compasivo con los galeotes y discreto y galante con Dorotea; por lo cual y por sus maneras desenfadadas, altivo talante y habla caballeresca, siquiera de la cima de sus conceptos se despeñe en los abismos de su locura, divierte siempre, admira y encanta.

Mal año para cuantos no gozaren con las pruebas de amor que llenan la Segunda Parte. En sólo manifestar sus pensamientos, sus suspiros, sus lágrimas, sus buenos deseos y sus acometimientos, pudiera hacerse un volumen mayor o tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. Antes que en otra aventura se ponga, lo primero en que piensa es ir a tomar la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los caballeros andantes que el verse favorecidos de sus damas. Así que por besarle las manos vuela derecho al Toboso; pero hallando escurecida la estrella de sus deseos, no es maravilla que ahí desmaye y suelte las riendas a Rocinante. Con todo, Dios, su señora y su brazo le valen en la vitoria que alcanza del Caballero de los Espejos,

a Dios y a Dulcinea se encomienda en la temerosa aventura de los leones; y únicamente por que conociera el mundo que, acorriéndole su dama, no había imposible que no acometiera y acabara, baja a la cueva de Montesinos. ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Ahora es bien que sigáis llorando no tanto por el mal ferido Durandarte y la sin ventura Belerma, cuanto por el cautivo Don Quijote, que allí conoció y habló a Dulcinea, sin tener de ella otra respuesta más de que le volviera la espalda y se fuera huyendo de priesa. Harto sabemos empero que su amor no fue de levante y recién venido o pintura sobre pintura, sino firme y pintado en la tabla rasa de su alma, tal que ni borrarle ni menguarle podían desdenes de su encantada o requiebros de Altisidora. ¡Ni cómo habían de poder, si para Dulcinea, la sola hermosa, la sola discreta, la sola honesta, la sola gallarda y bien nacida, era de masa y alfeñique, y de pedernal para las demás, las todas feas, las todas necias, las todas livianas y las de peor linaje; para ella miel y para las demás acíbar, como que para ser de ella y no de otra alguna le arrojó la naturaleza al mundo!

Si este pensamiento le fatigaba antes de ser vencido del Caballero de la Blanca Luna, mucho más le acudía y picaba después de caído: con que no sin razón pedía más afincadamente a los cielos que dieran su gracia a Sancho Panza para que cayera en la cuenta y obligación de azotarse por desencantar a su señora. Pero ¡guarda! que el taimado escudero no podía persuadirse qué tuvieran que ver los azotes de sus posaderas con los desencantos de los encantados. Aunque, bien mirado, sí tenían; porque debiéndose a Sancho el encantamento, nada más conforme a naturaleza que quien tal hizo tal pague. Una de las dudas que a la Duquesa quiso que en sabrosa plática le asolviese, fue que pues nunca vio a Dulcinea ni le llevó la carta del Señor Don Quijote, cómo es que se atrevió a fingir la respuesta; a lo que recordaréis que, alzándose Sancho de la silla en que se sentaba, con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles para cuidar que nadie le oyera, y luego, volviéndose a sentar, dijo que tenía a su señor por un loco rematado y le hacía creer lo que no tenía pies ni cabeza, como fue aquello de la carta y lo del encanto de Dulcinea, que le dio a entender que estaba encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda.

Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica. Ello es que Don Quijote no llegó a verla nunca en su prístino ser y entereza, aunque oía a menudo su voz, cuando las estrellas entablaban su misterioso coloquio, en la calma de los bosques y en la soledad de su alma, voz que a las delicias del ensueño le llamaba blanda y amorosamente primero,

con renaciente vehemencia después, con todas las ansias del anhelo, que le henchía de suspiros el pecho y preñaba de lágrimas sus ojos. Por eso pasaba las noches en claro, atisbando entre los árboles o siguiendo el curso caprichoso de las nubes. Deseábala con tesón, buscábala con tanto ardor, que sin haberla antes conocido, podía creer que la hallaba dondequiera: sentía sin duda clavársele en el corazón los dardos de sus miradas y aun percibiría el crujimiento de la hojarasca bajo la presión de sus menudos pasos; mientras que a través de las inquietas trémulas frondas acertaría a distinguir, a las veces prendido y aun desgarrado por las ramas, su amplio, flotante y luminoso velo. Mas ¡ah! que a las primeras claridades de la aurora, a los primeros gorjeos de nueva vida, se disipaba siempre la visión encantada, como todo lo que es puro, como todo lo que es noble, como todo lo que es bello: casi de entre los brazos del sin ventura enamorado, la mujer ideal huía, volaba, subía a la región serena, cual un rayo de luz que se recoge, cual una esperanza que se pierde.

Por la profesión que he recibido y cuantos juramentos hicieron los más famosos caballeros del Orbe, que no es el mejor mérito de Cervantes llegar a convencer a sus lectores de que Dulcinea alienta como una mujer de carne y hueso, con el extremo de hermosura y grandeza con que su rendido caballero la pinta; apunto que siendo ella el alma de Don Quijote, sin parecer en la escena de su libro, llena todas sus páginas, en lo que se identifican y confunden un arte maravilloso y un amor eterno.

Creando un loco que discurre cuerdamente y pelea y triunfa por un dechado imposible de perfección y belleza, al igual de los grandes de España ganó Cervantes el derecho de cubrirse delante de los genios de que se ufanan otras naciones y otras lenguas: mas en lo que nadie le iguala y en lo que aventaja a todos, es en haber lanzado a la vida del arte un Sancho Panza, donde la crítica de Avellaneda y de cuantos Avellanedas pueda haber, se embota y estrella: "Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo". Con sólo nombrarle hay para reír de los baldones de quejosa, murmuradora, impaciente y colérica que a la historia cervantina arroja el escritor tordesillesco; así como a la primera comparación del Sancho de un Cervantes con el de un Avellaneda, se deja ver cuán grande es la distancia que separa al genio y a la envidia.

En las pláticas y sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y su escudero, mejor que en las descripciones y discurso de la obra, es donde

florece y brilla majestuoso y gallardo el idioma español; donde el estilo del maestro derrochó su ingenio y su gracia; donde, apartándose de modelos y siguiendo solamente su propio impulso, estampó su sello de manera que a proclamarle obliga único y sin rival. Allí el escollo de los traductores, la admiración de los gramáticos, la desesperación de los imitadores; allí también la causa de que se pasen en silencio los descuidos, los olvidos y los defectos, y de que, queriendo disculpárselos, se llegue hasta elogiarlos.

Todavía sin embargo no es allí donde su alto valor está. Al apoderarse del libro, ha solido la filosofía presentarle como espejo de la vida humana, en que ve cada uno fielmente su propia imagen, con sus mismas aspiraciones, sus mismos hechos y reveses, por lo que a todos contenta y cuadra a todas las edades. Regocija en efecto al niño, enseña al mozo y hace pensar maduramente al hombre. Este natural afán de sobrevivirse y dilatar su nombre por el ancho espacio y el curso interminable de los siglos, ¿es puro desvarío? ¿El amor grande y leal, un imposible? ¿Sufrir hambres, sedes y rigores, y despreciar la vida por el bien ajeno, y negarse a sí mismo por acorrer al huérfano, a la viuda, al menesteroso y al oprimido, será locura que en los palos y molimientos de costillas encuentre la sola y justa recompensa? A todas estas preguntas y otras más responde Don Quijote sin decir palabra, entrando hoy en esta corte con el aparato que él se imaginaba: los nobles le siguen; la juventud le aplaude; las damas por mirarle se paran a las finiestras de sus palacios; y los emperantes le acogen en medio de músicas y flores. La gloria no es un sueño: Dulcinea desencantada recibe en sus brazos al bien criado, al valiente y generoso caballero.

Los autores de obras de entretenimiento suelen dejar en ellas su propia historia. Al animar a sus ficciones soplan en ellas la pasión que los anima, por encaminarlas adonde ponen el logro de sus deseos; de lo que pudieran citarse infinitos ejemplos, a no hallarse uno tan vivo en Miguel de Cervantes Saavedra, que, como dejó escrito, aunque parece padre, es padrastro de Don Quijote. Significó así que, viniendo el famoso Manchego por línea recta del linaje de los Amadises y Esplandianes, a él solo debe la vida artificial de sus aventuras y nombrados fechos, o sea la crianza y las inclinaciones, lo que hace que cuanto se dice de la obra se entienda dicho de su autor.

Sin duda que se le hace pensar y decir más de lo que pensó y dijo en su libro; pero cabalmente en eso estriba su alto y verdadero mérito. Fecunda labor la del que siembra y se queda corto en calcular cuántas y cuáles flores ha de producir la simiente y en qué número ha de cogerse el fruto. Dichoso el que logra plantar un huerto en que al lado de Alonso Quijano el bueno, se agita un Sancho malicioso y sensual, y en que si también pasean dándose la mano, el interese y la licencia, la fraude y el engaño, dondequiera asoma para

todos el ideal que personifica Dulcinea. Allí es donde, ya anciano, y pobre, guardó el manco de Lepanto con el tesoro de su alma el único de su vida: su fe en Dios, su amor al bien, su respeto a la verdad, su culto a la belleza; simiente que en flores y frutos ha sobrepujado a sus mayores y más lisonjeras esperanzas, como lo dicen tres siglos que ante su memoria se inclinan y con el entusiasmo de Dante por Virgilio le alaban: *tu duca, tu signore e tu maestro.*

DISCURSO EN MEMORIA DEL SEÑOR DON RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA *.

Por JOAQUÍN D. CASASÚS.

EL Liceo Altamirano tiene el deber de honrar la memoria de sus muertos ilustres, de aquellos que en vida presidieron sus sesiones, amparándolo en el mundo de las letras con el prestigio de su nombre y a quienes debió apoyo en sus comienzos, estímulo para perseverar en sus tareas y dirección y consejo para la ejecución de sus labores. Pagar tales deudas de gratitud es consagrarse a la más noble de las empresas, porque precisamente ante los muertos, de quienes ya nada podemos esperar, debe arder, sin apagarse nunca, la lámpara viva de nuestro cariño y de nuestra admiración.

El Liceo Altamirano jamás ha escatimado los honores debidos a nuestros más eminentes literatos, y en su celo no ha perdonado ni aun a aquellos a quienes el olvido, un olvido más duro y cruel que la muerte misma, había apartado de nuestro trato y de nuestra sociedad. A sabiendas de que iba a turbar su soledad y su retiro, y aun temeroso de lastimar su modestia, sólo a sus méritos comparable, los ha buscado con empeño, los ha sentado en su mesa, les ha hablado de sus triunfos y de sus glorias, ha refrescado sus laureles, ha rejuvenecido sus espíritus, ha reconfortado sus corazones dándoles nuevos y más vigorosos alientos, y ha recogido en cambio la satisfacción de ver que aquellos actos de justicia, aunque tardía, y que aquel público y espontáneo reconocimiento, aunque merecido, hacían que el Liceo recibiera más honores que los que él había pensado en otorgar.

¿Y por qué no obrar con los muertos del mismo modo? El culto de los muertos es más desinteresado todavía, y si es verdad que el dolor lo hace más fácil, el tiempo tiende también a hacerlo más severo. La nobleza de nuestros

---

* Pronunciado en la sesión solemne que en su honor celebró el Liceo Altamirano, el día 12 de octubre de 1907.

sentimientos y lo levantado de nuestros propósitos y la honradez de nuestros ideales, recomiendan ese culto a nuestra preferencia.

Seamos justos con nuestros muertos ilustres; hablemos de ellos en el silencio de nuestros hogares y en la reunión íntima y estrecha de la familia, para que sepan nuestros hijos lo que la patria les debe; agrupémonos alrededor de su memoria para que presentemos a nuestros conciudadanos ejemplos que son un estímulo y glorias que son para nosotros un legítimo orgullo; y en nuestras calles y plazas, en nuestras escuelas y academias, en nuestras sociedades científicas y literarias, dondequiera que dé muestras de su fecunda vida intelectual, hablemos también de ellos, que ellos representan la historia de nuestros esfuerzos comunes por alcanzar fama y renombre, y son a manera de astros luminosos que señalan a las generaciones de mañana el camino de nuestra civilización y de nuestro progreso.

Y entre esos muertos ¿cómo no señalar a la pública admiración de propios y de extraños a aquel que presidió la primera de nuestras sesiones y nos dio, con su presencia, el lustre de que carecíamos, la protección que habíamos menester y la enseñanza de que teníamos necesidad?

El Liceo no podrá nunca conformarse con la pérdida irreparable que la muerte ha producido entre los suyos, haciendo desaparecer para siempre de nuestro lado al que fue el más eminente filólogo de nuestros tiempos, uno de nuestros buenos críticos literarios y el más acabado y cumplido maestro de muchas generaciones.

Paréceme todavía verlo llegar hasta nosotros, agobiado más que por los años por el peso de la meritísima labor que había llevado a cabo, con la mirada dulce y cariñosa, con la sonrisa siempre en los labios, con la mano abierta para todos los afectos nobles, con el pecho jamás cerrado a los impulsos generosos, manando de su boca, como de inexhausta fuente, sus útiles enseñanzas; sin desdeñar, en medio de la austeridad de sus costumbres, sembrar sus conversaciones con chistes recogidos de la punta de los aguijones de las abejas áticas, cautivando a todos con sus maneras afables, atrayendo a discípulos y a maestros con la atracción irresistible de su espíritu poderoso, y ser entre nosotros la fiel representación de aquellos gramáticos, de cuyas vidas nos habla Suetonio, que se multiplicaron en Roma en los días de César y de Augusto, que eran críticos a la par que poetas: críticos porque profesaban la retórica y comentaban a los poetas, y poetas porque apuraban en las mismas copas el mismo licor celeste que los dioses les ofrecieran desde las cumbres risueñas del Olimpo, y que predicaban el renacimiento de las letras y daban fórmulas y moldes para la belleza, y despertaban por dondequiera el culto de la divina poesía y con ella el amor a aquella lengua, sonora como las aguas del Tíber, rica como las tierras de la Campania, y dulce y

rítmica como la música de los bosques del Lacio, con la cual por muchos siglos la humanidad cristiana ha podido ponerse en comunicación con el cielo.

Si quisiéramos expresar un juicio acerca de nuestro D. Rafael Ángel de la Peña, habríamos de decir que fue, ante todo, un gramático, siempre apercibido a cuidar asiduo y vigilante de la pureza de nuestra lengua nacional. Para él ésta fue el más puro de sus amores y a ella le consagró, sin darse nunca punto de reposo, todas sus vigilias y sus rudas tareas de escritor que no fueron pocas, sus constantes afanes de maestro que fueron muchos, y su vida entera ofrecida en holocausto, porque desde los albores de su juventud, hasta que la muerte le señaló entre sus elegidos, no hizo otra cosa sino estudiar y profesar nuestra rica habla castellana.

Nadie podrá desconocer jamás la importancia que para los pueblos todos tiene el estudio de la lengua nacional y el interés vivísimo que en él vinculan, considerándola como uno de los más fuertes lazos que los unen y como uno de los más sólidos cimientos de su autonomía y de su independencia; pero esto sube de punto cuando se trata de nuestras naciones hispano-americanas, en las cuales vivimos, desde el Bravo hasta el estrecho de Magallanes, resistiendo la invasión de las lenguas extranjeras y los esfuerzos vigorosos de las razas del Norte, que tienden a cambiar nuestras costumbres, a modificar nuestros sistemas de trabajo, a crear industrias nuevas que despiertan intereses antes desconocidos y a transformar por completo la manera de ser de nuestra vida social y política.

Entre nosotros el culto de la lengua nacional es y debe ser el culto del amor a la patria.

Mientras en nuestras nacionalidades débiles o poderosas se hable la lengua de Castilla y con ella desde niños balbuceemos nuestras primeras palabras, saludando a la naturaleza, representada en nuestros hogares por aquellos a quienes debemos el ser y con su auxilio eficacísimo nos enseñemos a pensar y a discurrir, y con sus voces rítmicas y armoniosas formemos el himno sonoro de nuestras oraciones, y con la dulzura incomparable de sus frases expresemos el amor, que brota de nuestros corazones como el fruto maduro y sazonado del árbol de la vida, y mientras con ella, en fin, vencedores o vencidos en la lucha por la existencia lloremos nuestras derrotas o cantemos nuestras victorias, tendremos derecho de ser independientes y libres.

Conservar y defender la lengua contra todos los elementos extraños que la manchan y la deshonran y procuran la destrucción de las reglas que presidieron a su formación, conservar y defender la lengua contra todos los esfuerzos enderezados a modificarla o a suprimirla, vale tanto como defender la patria, porque ella no es tan sólo el suelo en que se nace y la familia en cuyo seno se crece y la sociedad de la cual formamos parte, sino también la

atmósfera dentro de la que respiramos y vivimos con vida intensísima, unidos en la familia e identificados en la sociedad por los vínculos del idioma.

Las conquistas que en todos los tiempos han llevado a cabo las razas superiores en las constantes luchas con que siempre ensangrentaron el mundo para establecer y fijar su dominio, nunca fueron definitivas, mientras la lengua de los conquistadores no fue impuesta a los pueblos oprimidos. No de otro modo la Roma antigua extendió su poder e impuso su dominación en el orbe entonces conocido; no de otra suerte la España conquistadora hizo que le rindiera vasallaje el mundo de Colón, ni de otra manera la Inglaterra colonizadora ha levantado su estandarte y desparramado su raza por el Universo.

Los pueblos sometidos a un poder extraño, ya en nombre de intereses nacionales, ya por virtud del desarrollo de una civilización más poderosa, dan prueba palmaria de ser dignos de existir como tales, cuando a su lengua nacional se aferran y cuando la conservan con ahinco y la defienden con tesón. En los tiempos modernos, Cataluña hablando su lengua, a pesar de la influencia española; Finlandia y Polonia resistiendo el inmenso poder ruso, más que en parte alguna en sus colegios, y los boeros defendiendo en los campos de batalla, con heroísmo legendario, la lengua materna, perseguida en los hogares, desterrada de las escuelas y suprimida de la vida política, son los pasmosos y admirables ejemplos de cómo la lengua nacional es el vínculo más eficaz que pueda perpetuar, tras de todo linaje de vicisitudes, la unidad de los pueblos. Pero si en nuestros países hispano-americanos es el primer elemento de cohesión, entre las muchas naciones de la América Latina, que la hablan como nosotros, constituye el principal elemento de solidaridad.

No es un sueño quimérico, de realización imposible, el que la raza latina persigue, trasplantada de los campos del Lacio a las llanuras de la América. Si en el Viejo Mundo, ante todo, fue la raza conquistadora, si en el mundo moderno ha sido la raza colonizadora por excelencia, en un futuro no remoto tiene que apercibirse a servir de crisol a todos los pueblos y a todas las razas que con ella han de mezclarse y confundirse para cultivar su tierra fértil, para trabajar sus industrias fáciles y para comerciar, por medio de sus transacciones rápidas, y establecer así el equilibrio económico perturbado en el Universo.

Para llenar esta misión importantísima, que no incumbe a una sola de las naciones ibero-latinas, sino a todas ellas en su conjunto, es preciso crear lazos de unión y fuerzas que las estrechen en haz apretadísimo, y una vez que las luchas intestinas hayan cesado y la instrucción primaria se haya difundido entre las masas, y los pueblos hayan aprendido a gobernarse por sí mismos, cumpliendo sus deberes de ciudadanos y practicando sus instituciones,

sólo la lengua resistirá los empujes de todos los elementos civilizadores en pugna, para que podamos conservar nuestra unidad como raza, nuestra libertad como pueblos y nuestra autonomía como naciones.

La labor de los gramáticos es, pues, una labor patriótica, y lejos de que se le tenga en menos y se la juzgue como cosa baladí, ella forma el mejor título a nuestra estimación y a nuestro respeto en el presente y la mejor razón de su fama y de su renombre en el futuro.

Cuando se estudia el alcance y trascendencia de la labor de nuestro Don Rafael Ángel de la Peña, fuerza es convenir en que, desde muchos puntos de vista, semépase a la que el célebre Sarmiento iniciara en la Argentina y a la que el inmortal Andrés Bello llevara a cabo en Chile.

Poco después de terminadas las guerras de la independencia en Sud-América, escritores mal inspirados juzgaron obra patriótica independizar la lengua de los cánones fundamentales que son el elemento necesario de su vida y de su desarrollo; y a gala tuvieron llenar su caudal de voces innecesarias y opuestas a la índole de su formación, y esmero pusieron en destruir su sintaxis, que no es otra cosa sino el mágico hilo de oro que enhebra, une y enlaza el conjunto de palabras con que formamos los períodos hermosos y rotundos de nuestra habla castellana.

Fue preciso oponerse con ardimiento a aquella corriente asoladora, emprender activa campaña en las escuelas, en las academias, en la prensa, en los hogares, en el seno de las familias y en las grandes agrupaciones sociales para que la lengua conservara su pureza, para que apareciera en las plumas de los escritores sud-americanos gallarda y lozana como en los tiempos del "siglo de oro" y para que brotara de los labios de sus oradores llena del esplendor y la hermosura que alcanzara en las odas de Quintana y en los discursos de Donoso Cortés.

El héroe de aquella incruenta lucha fue Andrés Bello. Quizás éste es uno de los mejores títulos que lo han recomendado a las generaciones futuras y uno de los más limpios timbres de su gloria. La gramática de Andrés Bello, a pesar de que en ella se ve y se admira, a las veces, el espíritu revolucionario que agitaba a aquel medio social, que pretendía sacudir a la lengua de trabas inútiles y corregir su morfología y hasta modificar su ortografía, fue el estandarte a cuya sombra se agruparon los pueblos de la América, y en nombre de ella se sostuvo el imperio de la lengua de Castilla. Cupo igual suerte en México al señor de la Peña. A raíz de la guerra de nuestra segunda independencia, y a pesar de que había vuelto a cruzar los mares para retornar a su patria el invasor francés, su espíritu filosófico que nos servía de apoyo, y sus ideales políticos que nos venían como de molde, se ganaron nuevos adeptos entusiastas entre nuestros pensadores y entre nuestros

educadores y entre nuestros hombres de Estado; pero desgraciadamente con ellos se levantó una ola gigantesca que amenazaba invadir los vergeles de nuestra lengua donde ya lucían las ricas flores de Quintana Roo y de Pesado, de Zavala y de Alamán. Los libros franceses, al apoderarse de nuestras escuelas y liceos, de nuestros colegios e institutos, contribuyeron a que nuestra juventud pusiera empeño y tuviera a orgullo emplear los más abominables galicismos. Dolía la suerte que en tales momentos cupiera a nuestra lengua, que siendo de las mejores en abundancia, variedad y riqueza de vocablos, y yéndole los demás en zaga, en la limpieza de su dicción y en la estructura de su sintaxis y en el copiar de manera clarísima todos nuestros pensamientos y en el prestarse a reproducir fielmente todas nuestras emociones, hubiera venido a tanto menosprecio, que en nada fueran tenidos todos los libros escritos en castellano. El señor de la Peña fue quien contuvo aquella ola amenazadora con sus útiles enseñanzas, y fruto de ellas fue la gramática que más tarde dio a luz y que, fuerza es decirlo, aun a riesgo de parecer más amantes de los nuestros que de la justicia, es superior a la de Andrés Bello y a la de Isaza y a la de Avendaño y a la de Salvá.

Estudiando la gramática del señor de la Peña debemos declarar, sin ambajes, que aunque él aprovechara el trabajo de los demás, su sintaxis es superior a todo lo antes escrito sobre la materia en obras de este género, porque jamás estuvo ésta mejor comprendida; porque el objeto que ha perseguido nunca estuvo mejor precisado y porque sus explicaciones sistemáticas jamás obtuvieron mejor alcance. El que la estudia, con la previa preparación que es necesaria, penetra en los más recónditos secretos de nuestra lengua y obtiene, acerca de la estructura de la frase castellana y de los nudos que sujetan sus períodos los unos a los otros, reglas y principios que el uso de los buenos escritores establece y la sagacidad de los gramáticos precisa.

El régimen de los verbos castellanos aparece, cuando se estudian todas las gramáticas, asunto por extremo enrevesado y en el cual se creería que cada uno es libre de imponer usos y costumbres a medida de sus deseos, y, sin embargo, en la obra del señor de la Peña se ve la demostración de que toda la rica pedrería de las preposiciones que unen y esmaltan nuestros discursos no pueden arrojarse en ellos a puñados, como el sembrador avienta las semillas en los campos abiertos para el cultivo, sino de artística manera y con sujeción a preceptos tan fundamentales como aquellos que en los paisajes determinan la perspectiva, y como aquellos que nuestras construcciones garantizan la solidez.

Por eso con mucha razón uno de nuestros doctos filólogos, el Canónigo Labastida, decía, queriendo referirse sin duda a la sintaxis del señor de la Peña:

"Después de estudiar las gramáticas de Torres y Menéndez, ni el español ni el extranjero, podrán formar una oración, ni un período, ni un discurso castellano, ni, mucho menos, entender y admirar las elegancias de nuestros prosistas y los primores y bellezas de nuestros poetas. No así la gramática de Peña. Quien la haya estudiado o la tenga a la mano, podrá desatar cualquiera dificultad y tendrá un tesoro de modos de expresión castizos y elegantes".

La gramática de Bello, que es la que en la América ha llegado a tener mayor influencia, aunque es incompleta si no se toman en cuenta su Ortología y su Arte Métrica y sus Opúsculos Gramaticales, resulta, con eso y todo, deficiente para su objeto, a lo menos en la época actual.

La del Sr. de la Peña le es superior, pues además de haber pasado en revista todos los trabajos modernos, es más sistemática y estudia a la par que la analogía y la sintaxis, los elementos constitutivos de las palabras, las reglas de las transformaciones literales, los procedimientos por virtud de los cuales llegan a hacerse eufónicas las voces de nuestra lengua, y los que se han empleado en la formación de ellas, y no omite ni la ortología, que nos da el valor fonético de las letras y de las sílabas, ni la prosodia que nos hace conocer su cantidad y su valor gramatical, ni la ortografía que nos enseña el uso de las letras y de la distribución del discurso, cosas todas necesarias para llegar, por medio de la gramática, al dominio completo de la lengua, a fin de que ella sea como blanda cera que dócil se preste a todos los giros y a todas las formas que hace indispensable la expresión de nuestro pensamiento.

No han faltado, como de costumbre, en nuestro país quienes miren con desdén la obra meritoria ejecutada por el señor de la Peña, quienes la juzguen punto menos que inútil y buena para ser guardada en las bibliotecas, como los fósiles en los museos, y tan sólo como ejemplo de lo que el paciente trabajo de un escritor infatigable puede hacer; pero, como de costumbre también, los aplausos a que ha sido acreedor los han hecho vibrar en nuestros oídos manos extranjeras, y son los doctos humanistas de América y de España quienes han considerado que nada mejor se hizo en servicio de nuestra lengua en el pasado siglo, a pesar de los muchos trabajos con que se ha enriquecido la bibliografía española.

Mas no por haber hablado de su Gramática de la Lengua Castellana, debemos poner en olvido los varios discursos y disertaciones suyos publicados en las Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española.

Cuando fue recibido por aquella doctísima Corporación, pronunció un discurso sobre los elementos variables y constantes del idioma español, que

justificó una vez más no sólo su reputación de filólogo, sino el nombramiento que en su persona había hecho la Academia.

Pocas veces de más ahincada manera se ha estudiado la difícil cuestión del desarrollo y progreso de las lenguas, precisando lo que en ellas debe ser estable, firme y duradero y lo que en ellas puede variar, a fin de que, obedeciendo a las leyes de la evolución, ni queden estadizas al grado de entrar en un período de empobrecimiento, por no corresponder al estado de adelanto de los pueblos que las hablan, ni puedan llegar a perder los elementos que les son propios y sobre los cuales descansan, como sobre inconmovible asiento, las raíces de las palabras, la estructura de los verbos y las reglas fundamentales de su régimen y construcción. Son las lenguas a manera de organismos vivientes, que están sujetos a las leyes necesarias del crecimiento y so pena de desaparecer, como ya han desaparecido muchas que sólo son estudiadas hoy por los filólogos para determinar las leyes generales del lenguaje, ellas han menester adaptarse al medio en que se desarrollan.

El Sr. de la Peña ha demostrado en aquel discurso, que la lengua castellana jamás ha dejado de obedecer a aquellas leyes, y que los trabajos de los gramáticos y los esfuerzos de las academias que han pretendido fijarla y conservarla, no han querido detener su desarrollo indefinido y hacer que permanezca estacionaria en medio del progreso general; porque el deber de todos los que la hablamos y nos servimos de ella, como de un precioso instrumento, para expresar todas nuestras emociones, todos nuestros pensamientos y todos nuestros ideales, es que corresponda a nuestra propia cultura y sea, antes que un obstáculo y barrera para la ciencia, un auxiliar poderosísimo de sus progresos, y antes que deje de prestarle a la poesía sus más hermosos acentos, la engalane con todos sus ritmos y con todos sus esplendores, y antes de que niegue frases severas y armoniosas a la elocuencia le suministre las pompas y las galas que necesita para brotar majestuosa y sonora de los labios de nuestros oradores.

No era, pues, el Sr. de la Peña, a pesar de la intransigencia de que daba muestra cada vez que en el uso de la lengua se encontraba con vocablos y giros extraños, de aquellos adoradores que a fuerza de pasión egoísta rebajan la hermosa majestad de los dioses a quienes rinden culto. El ansiaba por que la lengua enriqueciera de día en día su caudal, pero a condición de que las nuevas aguas fueran siempre puras y cristalinas y vinieran a la corriente común por los cauces conocidos, abiertos y ahondados ha muchos siglos por el esfuerzo de nuestros mayores. No pretendía que ella dejase de estar en armonía constante con todas las necesidades modernas, que de manera imperiosa reclaman órganos nuevos para funciones nuevas, sino que unos y otras

obedecieran a las leyes fundamentales que, aplicadas a los seres, constituyen la vida, y aplicadas a los mundos, la gravitación universal.

Algunas otras disertaciones consagró al estudio del significado de los modos adverbiales *a priori* y *a posteriori;* otra, tan notable como aquélla, a los oficios ideológicos y gramaticales del verbo, y las demás a los oficios lógicos y gramaticales del artículo, al fonológico y filológico de algunas letras, a los relativos *que, cual, quien, cuyo,* y, por último, a la clasificación y uso del gerundio.

Cada uno de estos estudios estaba lleno de ciertas novedades antes no descubiertas por los filólogos y de muchas reconditeces léxicográficas no adivinadas por los gramáticos. Todos ellos despertaban vivísimo interés entre propios y extraños, aumentando en España el prestigio de nuestra Academia y dando mayor lustre a su nombre; pero ninguno llamó tanto la atención como el relativo al gerundio, porque, tras de ser punto poco explicado por los tratadistas y de permanecer oscuro todavía a pesar de cuanto a este respecto han dicho Caro y Bello y Cuervo, él vino a arrojar nueva luz que aclarara la multiplicidad de reglas vagas a que está sujeto su uso gramatical.

Todos sabemos que el significado del gerundio sufre diversas modificaciones, y que equivale ora al presente de infinitivo, ora al sustantivo, ora al participio presente latino, ora al adjetivo, ora al adverbio en determinadas circunstancias, ora a la preposición, como sagazmente lo demostrara Cuervo; pero ignórase con frecuencia que el objeto fundamental que tiene, y que su diferencia propia respecto de las otras partes de la oración a quienes equivale, es el de representar siempre hechos transitorios y no permanentes.

Pues bien, el alcance del gerundio nadie, antes que el Sr. de la Peña, lo puso tan claro; y si es verdad que la aplicación de sus reglas es por extremo difícil porque está erizada de obstáculos, nadie ha estudiado de manera más pormenorizada todos sus usos correctos e incorrectos.

En todos estos estudios dionos muestra el Sr. de la Peña de sus muy amplios y sólidos conocimientos lingüísticos, pues si a cada paso lo vemos meter la hoz en todas las ciencias auxiliares de la Filología, recoge, siempre sin esfuerzo aparente, pero con sagacidad manifiesta, abundantísima cosecha de ricas mieses.

Tras de haber sido el más sabio de nuestros filólogos, fue todavía el Sr. de la Peña un crítico experto en asuntos literarios, y a darle esa reputación fueron parte el prólogo con que acompañó el P. Pagaza, hoy dignísimo Obispo de Veracruz *, sus *Murmurios de la Selva,* la carta que escribiera al primero de nuestros poetas, a D. Justo Sierra, sobre su hermosísimo poema *El Beato*

* El Sr. Pagaza murió en Jalapa, Veracruz, el 11 de septiembre de 1918. A. M. C.

Calasanz y su estudio acerca de dos novelas nacionales igualmente conocidas, *El Bachiller,* de Amado Nervo, y la *Angelina,* de Rafael Delgado.

Para disfrutar de autoridad como crítico es menester en nuestros tiempos ser un erudito.

Nada es más fácil que criticar; basta tener una pluma en la mano, mojarla en hiel y ponerla al servicio de todas las malas pasiones; pero para que la crítica sea una enseñanza para el autor cuyos libros se estudian, para que ennoblezca a quien la formula, y para que nos levante sobre sus alas a la contemplación hermosa de horizontes más amplios, precisa que el crítico se haya hecho acreedor a nuestro respeto y sea merecedor de nuestra admiración y posea un criterio de tal manera elevado, que solamente lo formen los principios que desde Aristóteles hasta Quintiliano y desde Quintiliano hasta Boileau y desde Boileau hasta Sainte-Beuve, constituyen los inquebrantables cimientos del arte y las formas acabadas de lo bello.

El Sr. de la Peña perteneció a esa generación de críticos, y todos los estudios que acabamos de citar son trabajos magistrales en su género.

Cuando el P. Pagaza, sin deponer la austeridad de su sagrado ministerio, bajara un día de las cumbres del Liceo para recoger el armonioso caramillo que el dios Pan abandonara por muchos siglos entre las malezas de los campos de la Arcadia por correr en persecución de las desnudas ninfas, y, al llevarlo a sus labios, regalara nuestros oídos con los cantos de los pastores y el balar de las ovejas y el bullir de los arroyos y el gemir de las frondas y el suspirar de los céfiros, nadie pudo decirnos de una manera más bella, en una forma más culta y con una autoridad más prestigiosa, todas las razones que aquella riente poesía bucólica tiene para vivir entre nosotros, siendo el arrullo de nuestra juventud, el emblema de nuestros amores sanos en la edad madura y el regalo de las tardes tristes y otoñales de nuestra senectud.

El crítico envidiaba la suerte del poeta que podía deleitarse y deleitarnos con aquellos himnos pastoriles, y en prueba de ello, no desdeñaba llevarlo de la mano, y darle el apoyo de sus artes de retórico, de su ciencia de filólogo y de sus enseñanzas de maestro. ¡Feliz quien tuvo la fortuna de ser introducido al mundo de las letras bajo tal patrocinio y en unión de tan experto guía y de tan leal como sagaz compañero! Virgilio llevando al Dante al Paraíso, a la contemplación magnífica de su Beatriz radiante, antójaseme que son el crítico y el poeta que al rumor de los *Murmurios de la Selva* viven y vivirán siempre en la memoria de los amantes de las bellas letras.

¡De qué hermosísima manera interpretó la crítica literaria en la carta con que acompañó su estudio acerca del Beato Calasanz! Ella justifica lo que del crítico acabamos de asentar, de manera tan cumplida, que no podemos resistir a la tentación de insertar sus palabras. Dice:

"La crítica literaria procura darse cuenta de las formas internas del pensamiento; es decir: de aquella vestidura interior que más lo deja transparentarse; sobre todo, intenta llegar hasta el ideal mismo del artista, y, para lograrlo, penetra en los senos más recónditos del alma del poeta; aplica su atención a los procedimientos estéticos que ha empleado éste en la ejecución de su obra; inquiere si el fin que se ha propuesto realizar coincide con el fin que el arte debe proponerse; estudia la influencia recíproca que ejercen entre sí el poeta y su época; busca los antecedentes literarios de la obra que juzga y sus afinidades con otras ya coetáneas, ya anteriores; hace el recuento de las pérdidas o ganancias que de todas esas obras le resultan al arte, y más de una vez, tiene que introducirse en heredades ajenas, pidiendo a las ciencias que aquilaten la verdad del pensamiento poético. Bien se echa de ver la diferencia que hay entre la crítica gramatical y la literaria. Una es la crítica de La Harpe y de Voltaire, otra la de Villemain, Sainte-Beuve y Taine; entre los españoles, media diferencia muy perceptible entre Hermosilla, por una parte, y Don Juan Valera, Blanco García y Menéndez Pelayo, por otra".

Y de acuerdo con ese hermosísimo credo de la crítica, comenta el poema con profunda sagacidad, y descubre, analiza y pone de resalte con todos sus errores y sus vicios, con todas sus virtudes y creencias el alma tormentosa y atormentada por todos los martirios humanos, del Beato Calasanz.

El crítico sagaz dijo lo que es, por otra parte, cierto: Calasanz no era un Beato y si fue un monje fue tan sólo por obedecer a la necesidad de la ficción literaria. El Calasanz del poeta es todo hombre de nuestro siglo; alma llena de todas las malas pasiones que, como limo oscuro, dejan a su paso las corrientes de la vida y de todos los anhelos que, como hogueras, tienden a purificarnos de cuanto en nosotros existe de vitando y pecaminoso y que, espoleada por el afán de saber y no apartada de los consuelos de la fe, duda y vacila porque cruza sin convicciones profundas, que son el ancla única de salvación, ese puente de extensión inconmensurable que separa los floridos vergeles iluminados por la luz de la religión, de los campos cultivados que sólo fecunda el sol resplandeciente de la ciencia.

Síntesis de las reglas de la estética a que una obra artística ha de obedecer es su juicio sobre la novela *Bachiller* a la cual defendió en nombre de la teoría del arte por el arte.

El argumento de esta novela es bastante conocido. Es la fábula, en la vida griega, del joven Atis sacrificando su juventud viril en aras del amor divino para consagrarse por modo exclusivo al culto de la naturaleza, al de la diosa Cibeles que la representa en toda su hermosura y majestad, y es la historia de Orígenes, en la vida cristiana, inducido por error a la ejecución de

un sacrificio heroico para ofrecer su alma, libre de todas las miserias de la carne y de todas las impurezas y escorias de la vida, al amor místico del hombre hecho Dios en Jesucristo; y nuestro crítico pugna por exculpar esa novela, tachada de inmoral, demostrando, con gran acopio de sana doctrina, lo que es una verdad: que el objeto de las obras de arte es realizar lo bello, y que el heroísmo del protagonista, que, visto objetivamente, resulta, sin ambages, repugnante, doloroso y contrario a la naturaleza humana, es artísticamente, como sacrificio y triunfo sobre ella, cosa hermosísima y capaz de arrebatar nuestra admiración.

Por último, al disertar, aunque brevemente, sobre la novela *Angelina,* libro en que se reflejan nuestra vida social y nuestras costumbres, nos da la clave de lo que la novela es y ha sido antes de que la escuela naturalista la sacara de sus quicios y de ella hiciera estudios psicológicos profundos para los cuales el observador ha menester armarse de maravilloso microscopio para conocer la mágica estructura de nuestra alma y penetrar en los más recónditos secretos de su fuero interno.

Es de sentirse que fuera el señor de la Peña menos fecundo en este género de trabajos que en otros a los que de preferencia consagró su actividad, porque al llevarlos a término y remate hubiera continuado su gran labor de educador y su augusta misión de maestro.

Pero lo que caracteriza en México la labor del señor de la Peña, lo que le granjeó la estimación general y le valió el amor de sus conciudadanos, la alta estima de sus contemporáneos y la gratitud de sus pósteros es el haberse consagrado al magisterio desde su temprana edad, hasta que exhalara el último suspiro de su vida, cayendo en su puesto, como un antiguo gladiador sobre la arena.

Con efecto, antes de ceñir la borla doctoral en la Universidad Nacional y Pontificia obtuvo y desempeñó la importante cátedra de Filosofía. Tuvo a su cargo en el Seminario la de Teología apologética, y después de haber renunciado la de Filosofía, fue nombrado catedrático de Latín y Literatura en el extinguido colegio de San Juan de Letrán. Después del restablecimiento de la República, y cuando se organizó nuestra Escuela Nacional Preparatoria, fue profesor de Lógica, cátedra que cambió para dar el primer curso de Matemáticas, y poco tiempo después se le encomendó la enseñanza de la Gramática Castellana.

El título de maestro con que lo honraron siempre, aun aquellos que no fueron sus discípulos, lo conquistó en la Escuela Nacional Preparatoria enseñando la Gramática; porque precisamente en esa enseñanza vinculó todos sus esfuerzos, porque en ella cifró todas sus esperanzas, porque con ella quiso realizar la misión que le había tocado en suerte en el profesorado.

Penas punzantes, angustias indecibles y a veces desfallecimientos incurables, costóle esta enseñanza, ya en el ocaso de su vida, cuando temió que se modificaran los métodos que con inmenso apego había seguido para el estudio de la lengua nacional durante toda su carrera de maestro. Nosotros recordamos que en alguna ocasión vinò a depositar en nuestro seno, que sabía que le era fiel, todas sus inquietudes, todas sus quejas y todas sus alarmas.

Al reorganizarse no ha mucho tiempo la Escuela Nacional Preparatoria y al reformarse los programas del curso de lengua nacional, vio que un espíritu nuevo, destructor de lo antiguo, y renovador por excelencia, amenazaba suprimir el estudio de la gramática en la enseñanza de la lengua nacional.

Los profesores jóvenes, arrastrados por la nueva y avasalladora corriente, saturados con el oxígeno puro que herrumbraba las viejas armazones, comenzaban a dar señales de tener como cosa inútil y desusada aquel conjunto de reglas, vagas las unas, difíciles de aprenderse las otras y áridas todas, que constituyen la gramática.

Nos fue urgentísimo devolver a su espíritu la calma de que tenía necesidad; juzgamos preciso dar otra vez a sus convicciones la fe que había menester, y creímos necesario impartir a su pecho los consuelos que reclamaba y renovarle el aliento, purificando la atmósfera donde vivían sus esperanzas.

Siempre hemos estimado que la destrucción de su obra era imposible. La lucha de las ideas, como la que libran los hombres entre sí, necesita exagerar sus propósitos cuando debe vencer obstáculos, destruir barreras y trasponer murallas; pero se ve obligada a refrenar sus ímpetus y a tornarse en eminentemente conservadora, cuando llega el momento de abrir anchos surcos y de zanjar cimientos.

Es un error pedagógico, y error profundo, suponer que puede enseñarse la lengua nacional, siguiendo el método admirable y admirado que da frutos tan opimos cuando se trata de la enseñanza de las lenguas extranjeras. Si para el estudio de éstas debemos copiar a la naturaleza, que siempre ha sido la mejor maestra, y librarnos de todos los textos y sacudir el yugo de todas las reglas y sublevarnos contra todos los preceptos y salirnos de la colmena para que con entera libertad, sueltas las alas al viento, vayamos a recoger la miel del cáliz de todas las flores; en cambio en el estudio de la lengua nacional, que ya poseemos desde nuestra niñez y cuyo completo dominio ya hemos adquirido en el trato con la familia y en el comercio con nuestros semejantes, debemos de toda preferencia someternos a las reglas que gobiernan el lenguaje, sujetarnos a los preceptos de los cuales depende la sabia y buena estructura del idioma, acudir a los textos que son el arsenal donde habremos de hallar todas las armas y encerrarnos en la colmena, porque llevando ya en nuestras alas el polen de todas las flores y en nuestros labios las gotas de

miel recogidas en sus cálices, es allí donde habremos de acendrarla y es allí donde habremos de guardarla en los panales.

Podría decírsenos, que no han de tener necesidad de recurrir a la gramática ni alumnos ni maestros, cuando éstos sean por tal modo conocedores del idioma, que sean capaces de hacer la suya propia en el curso de sus enseñanzas, y aquéllos den muestra de una atención y de una perseverancia que los ponga en condiciones de recogerla de sus labios y conservarla para siempre en su memoria; pero, ¿dónde hallar maestros tales y discípulos semejantes?

El maestro continuó tranquilo su enseñanza.

La gratitud nacional está profundamente obligada para con el Sr. de la Peña, como lo está y debe estarlo entre nosotros para con todos sus maestros.

Es verdad que en todos los tiempos y en todos los países se ha reconocido la importancia que tiene la humilde y modesta labor de los maestros; que poco a poco se ha venido pregonando su mérito, ensalzando su nombre y prestigiando su obra, hasta presentarlos como si fueran artífices divinos encargados de educar pacientemente las almas de los niños que ponemos en sus manos, para labrar en ellas los cimientos de sus creencias, las bases de sus virtudes, el pedestal de su ciencia y los inmensos apoyos que habrán de sustentar todos los ideales de su vida.

Sin embargo, úrgenos darnos cuenta de que en los tiempos modernos, y a medida que el pueblo va tomando mayor participación en el gobierno de sí mismo y en la dirección de sus destinos, la misión del maestro se acrecienta y sube de punto; porque ya no le corresponde tan sólo la tarea que de antiguo le atribuímos, sino la superior y más grande de preparar el alma de la patria, que le confiamos en la escuela para que elabore los vínculos poderosos que aseguren su autonomía y en ella arroje los cimientos de su grandeza futura.

Cuando hubo de lograrse la unidad de la Alemania, triunfante del extranjero y vencedora de sí misma, sus pensadores declararon que el maestro de escuela fue quien condujo los ejércitos de las riberas del Rhin a las márgenes del Sena, y que él fue también quien extendiera y apretara con estrecho nudo los lazos creadores de la patria nueva.

Pues bien, señores, si nosotros hemos de esforzarnos sin descanso en crear en nuestro país poderosos elementos de cohesión, si ambicionamos que a la sombra de la paz el trabajo nacional sea fructífero y llegue a crear la riqueza pública, si queremos, al vivir en la prosperidad, enseñar al pueblo los derechos y deberes que tiene bajo el imperio de las instituciones democráticas, si es a nosotros a quienes toca resolver el más importante de nuestros problemas, la práctica de nuestras leyes fundamentales, que hoy son, sin remedio, la base de nuestra nacionalidad, tenemos que ennoblecer la tarea del

maestro, debemos hacer más y más augusto su sagrado ministerio y agruparnos a su alrededor y sostenerlo con nuestras energías y alentarlo con la fe de nuestros propósitos y apoyarlo con nuestros esfuerzos generosos.

Y cuando alguno de ellos sucumba, en medio de la lucha a que ha vivido consagrado, con las manos vacías porque nunca pudieron allegar una fortuna, pero con los ojos fijos en los cielos donde irradian las esperanzas de la patria, hagamos de su nombre una bandera que sea un símbolo, y que en toda la extensión de nuestro territorio los niños lo reconozcan en las escuelas como a su bienhechor, y en sus hogares lo ensalcen como a sus dioses penates; que las familias quemen en su loor el áloe y la mirra de la gratitud; que los ciudadanos vean en él a uno de los más heroicos y esforzados defensores de la patria; que los hombres lo premien con ofrendas y coronas, como durante toda la historia del mundo lo han hecho con los jefes de los ejércitos vencedores, y que los humildes y los poderosos, y los pequeños y los ancianos, la patria en fin, en todas esas multitudes representada, lo siga devotísima y reverente como el pueblo de Israel siguiera la columna de fuego que a través del desierto lo condujera a la tierra prometida.

Señores, para concluir, permitidme que por un momento olvide los méritos del filólogo, la sabiduría del crítico y la ciencia del maestro, para rendir un homenaje al que, siendo todo esto, fue un patriarca en su familia y un hombre bueno para la sociedad.

Ninguno de vosotros lo ignoraba, antes todos lo sabíamos, y durante su vida el elogio suyo vivió perennemente en nuestros labios. Si fue generoso con su ciencia, porque en ella era rico, fuelo también con su bondad, porque en su pecho abrigaba fuente inagotable de todo linaje de bienes. Si los pueblos de la Grecia, versátiles como los pueblos lo son siempre, se cansaron de llamar a Arístides, "el justo" y hubieron de desterrarlo de su patria, nosotros no nos cansaremos de llamar al Sr. de la Peña el "bueno" y nunca lo desterraremos de nuestra memoria.

El Liceo Altamirano se descubre respetuoso ante el túmulo que guarda sus restos, y en nombre de nuestra actual generación, que tanto le debe, le ofrece, como homenaje votivo, la corona de nuestra gratitud.

EL POETA JOSE PEON CONTRERAS

Por Joaquín D. Casasús.

HABLAR en elogio y honra del gran poeta José Peón Contreras y decir de su labor literaria todo lo que nuestra generación juzga y piensa, es para nosotros gratísima tarea; porque tras el placer que en ello experimentamos, evoca en nuestro espíritu, para nuestra delicia, los recuerdos risueños de la juventud y nos hace volver los ojos con ternura y con amor hacia la Península de Yucatán, *Paene insularum insularumque ocelle,* que para nosotros fue siempre tierra de bendición y donde al calor de afectos hondos, pagados con usura, y con el apoyo de manos generosas, que no olvida nuestra gratitud, vimos transcurrir como estudiantes la época más dichosa de la vida.

No podemos ni podremos nunca dejar de recordarlo.

Los jóvenes de entonces, para devorarlas, nos arrebatábamos las poesías que el eximio vate había publicado en México en elegante volumen y con prólogo de nuestro conterráneo, Manuel Sánchez Mármol, ya ilustre desde aquellos días, y su lectura despertaba en nosotros el orgullo legítimo por las glorias de Yucatán, ganadas en honrosa lid por uno de sus hijos, y al mismo tiempo la fiebre del entusiasmo que encendía en nuestros pechos el amor a lo bello y el culto a la poesía, en esos instantes en que las almas juveniles, como pájaros a punto de abandonar el nido, ejercitan sus alas para lanzarse ágiles y prontas al cielo del mundo del ideal.

Los versos de Peón Contreras rebosaban amor para la tierra yucateca o habían sido escritos en ella, o habían sido inspirados en el culto ardentísimo que la profesara, o estaban consagrados a llorar la muerte de sus amigos de infancia, o habían sido dedicados a sus hermanos, o deploraban la prolongada ausencia de su clima y de su sol, o expresaban la alegría intensísima de volver a ver flotar, entre las brumas del horizonte, la línea azul de sus ama-

* Discurso pronunciado en la sesión solemne que en su honor celebró el Liceo Altamirano, el día 21 de Diciembre de 1907.

das playas. En todos sus versos palpitaba con todos sus encantos, la vida del terruño nativo; en cada una de sus estrofas se aspiraba el perfume caliente de las flores de sus campos, en alguno de sus poemas se cantaba la majestad augusta de sus ruinas y en muchos celebrábase la hidalguía y la hermosura de sus mujeres; y cuanto de bello había en sus cantos, y de entusiasmo en sus poesías, y de calor en su inspiración, y de viveza en su numen, y de espléndido vigor en su estro, todo estaba vivificado por el aire, por el sol y por el cielo de aquella hermosa tierra que, si estéril de suyo, ha sido fecundada por el esfuerzo de sus mayores, y honrada y ennoblecida por el trabajo paciente y asiduo de sus hijos.

Peón Contreras era, en consecuencia, para aquel grupo estudiantil, no sólo el poeta inspirado que hacía vibrar en nosotros la lira que se esconde en todas las almas juveniles, como Eolo hace vibrar las arpas que se ocultan entre las frondas de los bosques, sino el poeta, yucateco por excelencia, que aclamado y aplaudido fuera de la Península, y reconocido y proclamado en la Capital de la República como un príncipe de la literatura nacional, nos enseñaba a no olvidar el pedazo de suelo donde crecimos y antes a tenerlo como fuente perenne e inagotable de amor para los hombres y de inspiración para los poetas.

Y por eso aprendimos sus versos de memoria, y por eso, ya aprendidos, los repetíamos constantemente en nuestras reuniones cotidianas, en nuestro colegio y en nuestros hogares, y vivían siempre aleteando en nuestros labios como aquellas oraciones matinales que en los albores de nuestra existencia decíamos de rodillas en nuestros lechos, con las manos juntas y los pies desnudos, llenos de fe nuestros corazones, rebosando júbilo nuestros ojos, levantada a los cielos la mirada y nuestro amor puesto en Aquel que nos da el pan y con el pan el sustento, y la inmensa, la inefable alegría de vivir.

Todos aquellos que con nosotros leyeron y estudiaron en aquellos años los versos de Peón Contreras y los que nos disputábamos los unos a los otros aquel libro encantador que nos obligaba a hurtar una hora tras otra a nuestras rudas labores escolares, para proporcionarnos goces supremos y deleites nuevos, no habrán jamás olvidado que tampoco nos conformábamos con hacer de ellos simples recitaciones; sino que a las veces volábamos a Petkanché, al caer el día, para vivir la vida de su hermosísimo romance, al pie de los cocoteros que abanicaban el horizonte, para columbrar desde allí, más cerca del cielo que de la tierra, las altas cruces de las torres de la Catedral de Mérida y oír en la tranquilidad serena de la tarde, en medio de la soledad augusta de los campos, e interrumpido el silencio profundo que en ellos reina, los ecos blandos de sus sonoras campanas, cuando el Angelus dulce y misterioso desgranaba en los aires la cascada bulliciosa de sus mágicos rumores.

¡Oh altísimo poeta, que poblaste de sueños y de amores el despertar de nuestra vida cuando el enjambre bullidor de los ensueños juveniles giraba en torno nuestro, acendrando en nuestro pecho la miel de sus panales! ¿Qué mejor homenaje pudiéramos rendir a tu memoria y de qué mejor manera hubiéramos de honrar tu nombre, que abriendo y volcando a tus pies la urna sagrada de nuestros recuerdos de juventud, que ofreciéndote la mirra y el incienso recogidos en los días de nuestra existencia estudiantil y que enalteciendo y ensalzando tu obra literaria con el entusiasmo generoso que nunca con mayor vigor vive y alienta en nuestros espíritus que en la primera mañana de la vida?

Nunca como en esos instantes de la juventud podemos explicarnos la influencia poderosísima que desde la infancia del mundo han venido ejerciendo los poetas sobre los destinos de todos los pueblos de la tierra. La leyenda de Orfeo no es una leyenda, es un símbolo. El encanto que su lira producía sobre los pueblos bárbaros y primitivos, es una verdad; el cuadro de los prodigios pasmosos que realizaba en el seno de una civilización naciente, no debe ponerse en duda; porque los poetas, esos guías y mentores de las naciones que en sus apocalipsis les revelan sus destinos, esos intérpretes de las pasiones humanas, que guardan en sus cantos consuelos para todos los dolores y bálsamos para todas las heridas, esos ecos de las músicas del cielo, que deleitan a la humanidad con sus dulzuras infinitas y sus eternas armonías, en todos los tiempos y en todos los países, al igual de Orfeo, han de dulcificar los instintos salvajes de los hombres, poniendo en ellos cuanto hay de ideal en su naturaleza divina, y han de parar el curso de los ríos, y de enternecer a las fieras y de conmover a las rocas y han de verse en su marcha por el mundo seguidos por los bosques y las selvas.

Peón Contreras fue un poeta lírico y un dramaturgo; pero en nuestra lírica y en nuestra dramaturgia fue un poeta romántico, a la manera española, discípulo del Duque de Rivas y de Zorrilla, de García Gutiérrez y de Hartzenbusch.

Llama la atención que cuando los últimos cantos de los poetas románticos, como Fernando Calderón y Rodríguez Galván, habían dejado de resonar en nuestro Parnaso, que cuando se iniciaba un nuevo movimiento literario que significaba nada menos que una verdadera resurrección para nuestras artes y para nuestras letras, que apartándose de la dirección que Altamirano había impreso en nuestro mundo intelectual, cruzara en medio de nuestros poetas, con el arpa al hombro entonando su cántiga amorosa y haciendo florecer de nuevo la literatura medioeval y romancesca, el último de los trovadores románticos, así como en noche serena y estrellada, despertando nuestra admiración, atrayendo nuestras miradas y deslumbrando nuestros

ojos, pasa hermosísimo meteoro dejando, a guisa de cauda, un reguero de intensa y brillante luz.

El hecho es indudable en nuestra historia literaria, y quizá la única explicación que de ello pudiéramos dar, es que el trovador aquel acababa de cruzar los mares y venía de las tierras de Yucatán, abandonando el comercio íntimo con sus maestros y amigos, con sus modelos y con sus émulos, consagrados todos aún al culto de la poesía romántica y a la imitación de la lírica española, que habían enriquecido Espronceda, con su desesperación byroniana y con su pesimismo leopardesco, y Zorrilla con su pompa a la Víctor Hugo y su fecundidad a la Dumas, labor que nos ha dejado como el mejor, si no como el único de sus frutos, toda una serie de romances y leyendas relativas a la historia antigua y a nuestra época colonial, en la cual vivieron el sueño de su metamorfosis social, la raza conquistada y la raza conquistadora, que inconscientes preparaban el porvenir augusto de la patria.

Para estudiar y comprender la gran labor literaria de Peón Contreras fuerza nos es hablar de lo que fue el romanticismo, determinar su alcance y precisar sus caracteres esenciales, tanto en la lírica como en la dramática, a fin de ver cómo encaja en sus principios y en sus cánones, cómo en sus fuentes halla su inspiración, cómo en sus escritos encuentra sus modelos, y cómo, afiliado a esa escuela y obediente a sus preceptos, llegó a constituir importantísima personalidad en el coro de nuestros poetas y en nuestra literatura nacional.

El romanticismo no fue la obra de aquella doble tendencia que ha dividido a los hombres y que en las ciencias, en las artes y en las letras les ha hecho buscar la verdad y la belleza, ora dentro, ora fuera de sí mismos. El ha sido, no obstante, considerado por los críticos como una manifestación trascendental de la necesidad siempre creciente del arte, en su afán de corresponder más y más cada día a los altos ideales que persigue y principalmente como un movimiento de insurrección, de orden general y superior, contra el preceptismo clásico que anhelaba por limitar al arte su esfera de acción, cerrar sus horizontes y circunscribir su vida dentro de moldes estrechísimos.

La revolución, empero, no se intentó contra aquel clasicismo helénico que había provocado, desde mediados y en las postrimerías del siglo XV, el renacimiento del arte y de las letras, comunicando su aliento poderoso al espíritu humano para que al florecer y fructificar tuvieran perfumes áticos sus flores y mieles del Himeto sus frutos; sino contra aquel otro, raquítico y mezquino, intolerante y apegado a las reglas y a las fórmulas con tal apegamiento, que hacía imposible la vida de las letras y del arte mismo, privando al artista, al pensador y al poeta de toda iniciativa y libertad; sofocando en ellos, a la par que los movimientos espontáneos del ánimo, los arranques de

la inspiración, como si la obra de arte pudiera tan sólo realizarse merced a la aplicación de los principios técnicos y como si la retórica pretendiera a la postre llegar a convertirse en la fecunda madre de la divina poesía.

Víctor Hugo dijo bien cuando, en el prólogo de Hernani, dijo que el romanticismo era el liberalismo en literatura; porque fue, en efecto, un movimiento de libertad contra una tiranía secular que pesaba sobre los ingenios, contra la tiranía y contra el yugo que se imponía a todas las inteligencias, contra la tiranía y contra el yugo de Aristóteles y de Quintiliano, de Boileau y de La Harpe, para lograr una renovación completa y profunda en la inspiración poética.

Pero el romanticismo no fue únicamente un elemento de destrucción, fue también un elemento creador; porque, en oposición al clasicismo, tuvo un concepto diferente de lo verdadero y de lo bello en el Arte. El clasicismo hizo de la verdad y la belleza abstracciones puras, ideas generales a las que se eleva fácilmente la razón humana renunciando a la vida, suprimiendo todos los lazos poderosos que a ella nos atan y cirniéndose en las alturas inaccesibles del pensamiento; y el romanticismo, identificando el arte con la naturaleza, lo puso en contacto con la realidad, e injertándole savia de vida, le hizo vivir en todas partes la vida nacional y obedecer a sus necesidades hasta llegar a ser la fiel expresión de ella, con todas sus exigencias y con todos sus ideales.

Los poetas clásicos se habían fabricado en Grecia y Roma una patria intelectual que para ellos era una patria común; en una y en otra parte hallaban tan sólo el asunto de sus poemas y la materia de sus dramas, y, a semejanza del dios Pan, no abandonaban jamás las cumbres risueñas del Liceo, sino para despertar en seguida sobre las faldas verdes y paradisíacas del Lucrétil. Como sus dioses eran los dioses de Homero y sólo para ellos levantaban altares en sus templos; como el fuego poético que los animaba sólo podía encenderse en los ojos de las divinas Piérides, del Helicón habitadoras; como las aguas donde habrían de abrevar sus espíritus, eran únicamente aquellas que brotaban de la dulce Castalia o de la parlera Aganipe que se ocultaban en los collados de Tespia, y como, en último análisis, ellos no podían sino formar parte del coro de Apolo que, al rodar de su cuadriga voladora, encendía el entusiasmo en sus pechos y el día esplendoroso en sus espíritus, lograron que su arte no fuera otra cosa sino un arte ficticio, carente de verdad si no ayuno de belleza, y que viviesen en perpetuo divorcio de la historia y de la leyenda, de las costumbres y de los hábitos de los pueblos que representaban y de las naciones donde vivían.

Los poetas románticos, en cambio, al destruir todos estos mentirosos artificios y al cegar la fuente de esta inspiración convencional, evocaron los viejos recuerdos de los pueblos que estaban ligados con el origen de su exis-

tencia, se apegaron a sus antiguas tradiciones y recordaron la vida de sus mayores y la gloria de sus héroes y las hazañas de sus paladines, y quemando ante ellos el incienso de la poesía patriótica popular, crearon un arte nuevo y nuevas letras nacionales, y buscaron amparo y refugio a la sombra y al calor de las vetustas catedrales góticas, donde el espíritu cristiano, purificado de toda terrenal escoria, había hallado el único templo a propósito para rendir culto a su dios único, aquel culto sublime hecho de amor, de fe, de esperanzas celestiales, de crueles torturas y de mundanos sacrificios.

Es cierto, el romanticismo fue en todas partes enderezado a la creación de un arte nacional, y ora en la música, ora en la pintura, ora en las bellas letras, no quiso sino inspirarse en asuntos nacionales y no pretendió sino glorificar los recuerdos que cada país vincula en sus tradiciones, en sus costumbres y en su historia.

El mundo ya no debía estar dirigido y gobernado por los dioses del Olimpo. Una fuerza superior había arrebatado para siempre de las manos de Júpiter el rayo vengador; Mercurio, con alas en los pies y al aire el caduceo, ya no cruzaba los aires como saeta voladora llevando los mensajes del Padre de los dioses; Neptuno, perdido su tridente, se había irremisiblemente sepultado entre las ondas de los mares sin ver que de ellos salieran fugitivas las Nereidas; la Madre Venus ya no debía ser contemplada por ojos humanos, como la única reina de la hermosura, en su nido de concha y de corales; ya no era Vulcano quien sacudía el planeta trabajando sudoroso en las fraguas candentes del Etna abrasador, y el dios Pan, de nadie ya temido, había abandonado para siempre su fresco retiro de los collados de la Arcadia y sólo el eco de su nombre, como un lamento eterno, hablaba de su muerte en las riberas del Mediterráneo. La naturaleza ya no estaba animada y vivificada por los semidioses. Ya no era Eolo quien suspiraba entre las verdes frondas de las selvas; las hamadríadas ya no habitaban los bosques, ocultas tras los troncos de los árboles; ya no eran ninfas invisibles las que lloraban en el murmurar quejumbroso de las fuentes; las ondinas ya no reían, sacando afuera el pecho, en la corriente de los ríos; ya las Gracias en los campos, cogidas de las manos, no anunciaban la llegada de la Primavera, batiendo con los pies el suelo a la luz misteriosa de la Luna, y los Sátiros lascivos, los ojos encendidos por la lujuria, tras el follaje espeso, abrigados en sus nidos de verdura, no presenciaban a la hora de la siesta, el baño bullicioso de las desnudas dríadas.

El espíritu cristiano, como un nuevo sol, había disipado el espesísimo nublado y toda la legión risueña de los dioses paganos se había alejado para siempre de los cielos del arte dejándolos vacíos, o haciendo que, por obra del romanticismo, se poblaran de nuevo de huríes y de silfos, de brujas y de

hadas, de gnomos y de duendes, ideales mensajeros llamados a ponernos en íntima comunión con el alma de las cosas.

Entre los diversos y complejos impulsos que contribuyeron a precisar los rasgos distintivos del romanticismo en la poesía lírica, fueron los predominantes el subjetivismo o individualismo lírico y el sentimiento arqueológico e histórico dirigido con preferencia a las costumbres, a los recuerdos heroicos y a los monumentos grandiosos de la Edad Media.

El subjetivismo lírico caracteriza casi toda la poesía romántica, porque mientras "en la literatura clásica el escritor está fuera de sí mismo, y es como el narrador o intérprete de sí mismo, en el romanticismo, al contrario, el poeta nos entrega todo su pensamiento y toda su alma, y nos invita al conocimiento del hombre poniendo ante nuestros ojos la anatomía de su ser".

La poesía subjetiva de los poetas románticos ha sido clasificada por los críticos, según su objeto, y o la llaman poesía del alma "expresión ideal y misteriosa, como decía Lamartine, de lo que el alma tiene de más eterno y de más inexplicable, sentido armonioso de los dolores y de las voluptuosidades del espíritu", o poesía de la simpatía, cuando el poeta se siente dominado por una vocación que lo arrastra al desempeño de un apostolado social, obra de una intuición mística o de un decreto providencial, o poesía del ensueño, cuando se lanza a los dominios de la fantasía abandonando los del corazón.

Pero tanto la poesía del alma, como la de la simpatía o la del ensueño, estaban caracterizadas por una exageración estudiada del sentimiento que expresaban o por una exaltación sin límites del pensamiento que las informaba. Todas las pasiones humanas comprimidas por el clasicismo, las dulces y las violentas, las tranquilas y las febriles, esto es, el amor y el odio, la amistad y los celos y todas las grandes ideas que forman la trama íntima de nuestra existencia, las alegres y las lúgubres, esto es, la vida y la muerte y el destino humano y la eternidad, se hallaban desnaturalizadas; porque el amor había de ser desgraciado, sentimiento abrasador incapaz de dar a las almas la salud; los odios debían ser inextinguibles, capaces de perpetuarse de generación en generación; y la amistad había de ser infiel e inconstante, imposible para servir de cimiento a la unión de los hombres; y los celos tenían que ser homicidas, de aquellos que sólo ceden cuando han saciado su sed de sangre y de venganza; y la vida debía de ser triste e indigna, por miserable, de ser vivida, y la muerte había de ser alegre, por redentora, y el destino humano una fatalidad invencible y la eternidad un insondable abismo donde habríamos de hallar la dicha inacabable y el olvido de todas las miserias de este mundo.

Estos sentimientos exagerados, y estas ideas desnaturalizadas, arrastraban

al romanticismo a hacer de la naturaleza el templo de un panteísmo desolador, lleno de las más peligrosas tendencias, desde la admiración de los amores estériles, hasta la justificación del suicidio irreparable, o el templo de un dios único que, adorado con un amor que se espiritualiza por medio de abnegaciones sublimes y de torturas indecibles, acaba por engendrar también en las almas esa ansia infinita de aproximarse al secreto íntimo de la vida, que hace nacer al fin de ellas una incurable melancolía.

Esta poesía subjetiva, a causa de todos estos vicios que le eran propios y merced a este estado morboso de los espíritus donde encontraban abrigo, hubo de embriagarse con el misterio eterno y perdió la serenidad y no logró el equilibrio, y cantó el dolor de preferencia a la alegría, y el desconsuelo antes que la esperanza, y la desolación más bien que la dicha, hasta lograr convertirse, por natural amaneramiento, en el símbolo reconocido de la escuela, en el género característico del romanticismo.

Don Juan Valera, cuando analiza el romanticismo en España, en sus Estudios Críticos sobre Literatura y sobre Política, hace en un admirable resumen una pintura tan exacta del poeta romántico, que da cabal idea de lo que era y podía ser aquella poesía enfermiza y soñadora. "El Poeta —dice— no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres, y el universo-mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una planta maldita con frutos de bendición. En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y, sin embargo, amar a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a la paloma del diluvio y a la rosa de Jericó: mas al cabo debía palpar la realidad, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle y llorar sus ilusiones perdidas, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo".

El segundo impulso que determinó la índole de la poesía lírica romántica, hizo de ella una poesía arqueológica; porque los poetas del romanticismo fueron llevados por el entusiasmo nacional y patriótico, a evocar en sus países respectivos los recuerdos de la Edad Media y los de la vida feudal, para convertir en objeto preferente de sus canciones, aquellas justas y torneos donde los hombres peleaban por su dios y por su dama, y aquellas cortes de amor donde se celebraba la hermosura al igual que la divinidad, y aquel vagar de los errantes trovadores que cruzaban el mundo tañendo sus arpas para anunciar que el Arte, como un nuevo Fénix, había de renacer de sus cenizas.

Además, el espíritu teutónico, místico y soñador que había creado las leyendas sobrenaturales y fantásticas que fueron el encanto y el recreo de los pueblos de la Germania medioeval, dio vida y carácter también a la poesía romántica; y, como era natural, le comunicó sus idealismos tan vaporosos como tenues, sus ensueños tan deleitosos como quiméricos, y sus vaguedades tan dulces como indefinibles, y logró inspirarle el culto ferviente de la arquitectura gótica, que lanzaba las flechas de sus torres, como plegarias a los cielos; de las noches de luna evocadoras de los amores tristes, de los recuerdos dolorosos y de las esperanzas muertas; el de las nieblas del Rhin, a través de las cuales se veían vacilar en los horizontes las siluetas indecisas de sus castillos almenados: el de la mitología popular, y de las veladas y consejas, y el de las artes taumatúrgicas, merced a las cuales, a la hora de media noche, las brujas, cabalgando en sus escobas, acudían al aquelarre para poner miedo en los corazones infantiles y para cortar o desatar los nudos apretados de la vida.

Tal fue el romanticismo en la literatura y tales los rasgos que dominaron en la poesía lírica romántica.

Pero si la influencia del romanticismo en la poesía lírica produjo una revolución tan completa, no fue menor la que llevó a cabo en la dramaturgia, modificando de una manera radical sus fundamentos, que se creían inconmovibles, el juego de su acción, que parecía obedecer a cánones inviolables, y sus propósitos y sus tendencias, que se estimaban fijadas para siempre.

El arte clásico dramático tenía por base las tres unidades de Aristóteles, por Aristóteles estudiadas y precisadas en su observación cuidadosa de la marcha y desenvolvimiento de la tragedia griega. Uno debía ser el lugar, uno el tiempo y una la acción; y sin este rigorismo opresor, y sin estas condiciones de vida, el teatro no podía presentarnos ficción alguna en la cual se reflejaran las pasiones de los hombres, los anhelos de las multitudes y las condiciones políticas de los pueblos.

El teatro debía, antes que otra cosa, tener tendencias bien determinadas, y por esto mismo no debía copiar a los seres humanos, sino sus pasiones, y encarnarlas de tal manera, que se perdiera de vista al hombre para no contemplar sino la personificación abstracta de los móviles que determinaban su acción en la vida.

Lo mismo la tragedia que el drama y el drama que la comedia, y ora naciesen en Grecia, ora en Roma, ora en Francia, no debían representar sino abstracciones metafísicas, en cada una de las cuales estuviesen copiados los vicios y las virtudes, las cualidades buenas y los defectos, las esperanzas y los anhelos, las ilusiones y los desengaños, las costumbres y los hábitos de los hombres, ya fuesen los grandiosos y los sublimes, los heroicos y los mezquinos, los ridículos y los festivos.

El sabio de Estagira no había pretendido, es cierto, como lo dice don Juan Valera, hacer de la poesía dramática una poesía docente. El había enseñado la regla del arte por el arte y que la purificación de las pasiones humanas, que eran el fin y el objeto de la tragedia, no debía llevarse a cabo predicando lecciones de moral; porque la compasión y el terror, si deben producirnos un efecto doloroso, en la región serena e ideal de la poesía, deben también engendrar un exquisito deleite; pero los preceptistas pseudoclásicos habían querido inculcar en sus discípulos la idea de que toda obra dramática debía encerrar una lección de moral, y que para esto era menester que tuviese una tesis más o menos demostrable.

El pseudo-clasicismo, en ésta como en todas las cosas, por rendir culto apasionado al arte, se había olvidado de la vida que debía copiar y representar, y había creado idealismos ficticios aunque bellos, y había realizado estudios hondos de la naturaleza humana, aunque imperfectos, y había levantado sobre la escena seres y cosas pertenecientes a un mundo que nos era extraño y desconocido.

El romanticismo pretendió una verdadera reconstrucción de las reglas y principios del arte dramático, y tomando por base el criterio de Lessing, e inspirándose en las portentosas obras de Lope y Calderón, y calentándose al calor de aquel horno de las pasiones humanas creado por los dramas de Shakespeare, se propuso hacer una obra de arte, algo bello y sublime que conmoviera y divirtiera y que interesara vivamente, sin parar mientes en que hubiera o no un problema religioso, sino que tuvieran vida los personajes del drama, en que la acción fuera verosímil y en que el desenlace fuera el necesario e indispensable, según el medio en que los personajes habían vivido y según el lugar en que la acción se había desatado.

La obra dramática romántica nació, por ende, sujeta a distintos cánones y a diversos preceptos y se debía tener por base una acción verosímil, el centro de esa acción debía radicar en los varios caracteres de los múltiples personajes. Sin resolver problema alguno, éste debía surgir irremisiblemente de la acción misma; y sin que el poeta reflexionase en ello, dominando aquel mundo ideal del cual era el creador, había de representar la vida tal como ella palpita ante nuestros ojos, tal como ella se produce en choque violento de los instintos y de las pasiones de los hombres.

Hacer de los personajes del drama hombres vivientes y no seres metafísicos; convertir la dramaturgia no en un arte docente, sino en la hermosa realización del arte por el arte; precisar sus tendencias, no en la resolución de problemas, sino en la representación exacta de la vida, para que las cuestiones trascendentales surgieran de ella misma, y para lograr esto, romper las tres unidades clásicas, tal fue, a nuestro modo de ver y dicho en una forma

sintética, el propósito que persiguieron desde el punto de vista teórico los grandes corifeos del romanticismo.

¿En qué grado el romanticismo realizó su programa, de qué manera cumplió sus promesas formuladas al combatir al pseudo-clasicismo? Eso nos lo enseñan Víctor Hugo en los *Burgraves,* y en *Hernani,* y Dumas en *Catalina Howard,* y el *Don Alvaro* del Duque de Rivas, y el *Trovador* de García Gutiérrez, y *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, y los muchos dramas de Zorrilla; porque todos ellos, modelos en su género, comprueban que si la escuela llegó a producir verdaderas obras de arte, no logró en ninguna de ellas hacer vivir el ideal que tuvo en mira.

Así explicado el romanticismo y así caracterizadas la lírica y la dramática románticas, es indudable que nuestro poeta Peón Contreras, si acaso uno de los últimos, es también uno de los más fieles, de los más acabados y de los más perfectos representantes de la escuela. El tipo ideal del poeta romántico, tal como lo pintara Don Juan Valera; el modelo intachable del trovador medioeval, tal como lo concibieran las generaciones que vivieron en la primera mitad del siglo XIX; el dechado impecable del autor dramático, lleno de lirismos, que distrae la atención, que halaga el oído, que seduce el ánimo y que ilustra el espíritu, es, sin duda, nuestro romántico Peón Contreras.

Sus obras líricas las forman sus *Poesías,* publicadas en 1871; sus *Ecos,* sus *Romances Históricos,* sus *Romances Dramáticos,* sus *Pequeños Dramas,* sus *Trovas Colombinas,* y un número incontable de odas y de baladas, de cantos y endechas, que el día que lleguen a reunirse y a compaginarse formarán todavía varios volúmenes.

Sus obras son muy fáciles de clasificar. Unas son el resultado del subjetivismo lírico, y las otras del entusiasmo nacional y patriótico para evocar los recuerdos medioevales y la vida feudal y caballeresca.

Sus poesías son un ramillete de flores olorosas deshojadas a los pies de la hermosura; himnos de amor, tristes y melancólicos, exhalados con el alma en pena y con el pecho adolorido; son cantos nostálgicos del cielo, son arpegios y músicas suspirados por vientos otoñales, en los momentos de la caída de las hojas, en los bosques sin sol de la vida romántica.

En la lira de Peón Contreras no hubo acordes sino para llorar aquellos dolores que acababan por curarse, sino para celebrar a las mujeres, causa y razón de todos los tormentos de la vida; sino para idealizar el amor por medio de sufrimientos hondamente sentidos y con martirios pacientemente soportados. Su dolor no fue el punzante de Lamartine, ni el amargo de Byron,

ni el pesimista de Leopardi; sino un dolor melancólico, abrigador de esperanzas de consuelo y lleno de resignaciones dulces; y sus mujeres no fueron las sensuales que ofrecen besos embriagadores en la ancha copa de los deleites afrodisíacos, como aquellas a quienes amara Espronceda; sino las tiernas y sensibles, cuyos espíritus se pueblan con ensueños juveniles, cuyos corazones abrigan quimeras irrealizables, en cuyos labios no se escuchan sino palabras de perdón, y en cuyos ojos no palpitan sino los últimos resplandores de los soles en ocaso; y su amor no fue el engendro del erotismo, como el de nuestro poeta Manuel M. Flores, sino el que sólo echa raíces en los pechos sanos, en los albores de la existencia; amor lleno de presentimientos negros, de ilusiones dulces y de penas remediables.

Por ser éste siempre su fondo, la poesía subjetiva de Peón Contreras produce indefinibles entusiasmos en todas las épocas de la vida y principalmente en la de la juventud, y no es malsana ni enfermiza; a pesar de ser quimérica, y es robusta y es vigorosa, a pesar de ser romántica.

Es de sentirse que la índole de nuestro discurso no nos permita regalar vuestros oídos, haciendo resonar en ellos algunas de las sonoras estrofas que como ejemplo y modelo pudieran citarse. Advertiríanse en ellas quizás algunos defectos de prosodia, algunas faltas de régimen y construcción, y la retórica podría tal vez salir maltrecha en algún caso; pero en todas ellas se hallaría un gusto exquisito en las imágenes, una delicadeza extrema en la expresión, una riqueza extraordinaria en el sentimiento, una variedad de tropos en el estilo y una prodigiosa muestra del absoluto conocimiento de ese mágico secreto donde reside al arte de entusiasmar y conmover.

Los romances históricos de Peón Contreras contradicen, sin duda alguna, la opinión que respecto de este género literario han emitido dos eminentes críticos españoles: Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Valera censura, por ser el tema demasiado prosaico para la poesía, el poema *Hernán Cortés,* de Ventura de la Vega, y Menéndez y Pelayo juzga demasiado próximas a nosotros la Conquista y la época colonial, para dar asunto y tema a los poetas románticos mexicanos.

Dice Menéndez y Pelayo en su *Introducción a la Antología de Poetas Hispano-Americanos*:

"Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañezas, tampoco podían servir de base a una poesía arqueológica-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo a las invenciones de la fantasía, que

tienen más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental".

Antes había dicho ya:

"El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo, en *Nuestra Señora;* del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado a la poesía americana, y fue gran temeridad y error querer introducirlo en pueblos niños cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas, tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros".

La opinión del ilustre crítico español es digna de respeto por ser suya, y la tendríamos por cierta si los únicos ensayos de poesía arqueológica-romántica, hechos entre nosotros, fueran como *La Visión de Moctezuma,* de Rodríguez Galván, a pesar de ser muy bella; pero si tomamos en cuenta las *Leyendas Mexicanas* de nuestro Don José María Roa Bárcena, y a ellas se agregan los romances de Peón Contreras y los notabilísimos *Poemas* de Augusto Genin y las *Leyendas de las calles de México* de Peza y Riva Palacio, es indudable que comprueban que la historia de nuestras antiguas razas indígenas y la de la Conquista y la de la dominación española, pueden ser y son manantial fecundo de hermosísima poesía.

Los romances históricos mexicanos de Peón Contreras, pueden competir, por el interés que despiertan, por la forma dramática dada al asunto, por la manera de presentar los episodios y por el vigor de la inspiración y por la fecundidad de la fantasía, con los mejores romances moriscos que haya producido la lírica española: y si no fuera por la diversidad del metro, valdría compararlos también con la conocida y celebrada leyenda *El Moro Expósito,* del Duque de Rivas.

Los que han estudiado nuestra historia saben a maravilla la lucha que existió entre los reyes tepanecas y los texcucanos, y conocen la vida de Tezozomoc el tirano y de Maxtla el cruel, así como los sufrimientos del rey poeta Netzahualcoyotl, y, sin embargo, habrán de experimentar un intensísimo deleite con la lectura de todos los romances en los cuales refiere el poeta la ruina de Azcapotzalco. Todos los cuadros son de un admirable colorido, todas las escenas están llenas de calor y de vida, y aunque en nada se apartan de la verdad histórica, están vestidas de tal modo con las galas

de la poesía y ostentan por manera tan brillante los esplendores del estro del artista incomparable, que se presentan a los ojos con desusada novedad y despiertan en el ánimo una profunda emoción estética.

Superiores, no obstante, a estos romances, son los llamados *Dramáticos* y los *Pequeños Dramas.* Peón Contreras es en ellos, por la forma y por el fondo, un poeta netamente romántico y español. Los romances son de capa y espada; pintan y describen las legendarias costumbres de la época del virreinato español; hay en todos ellos lances de honor, episodios de la vida conventual, y por doquier se revelan sentimientos hidalgos y caballerescos y hábitos característicos de la España de los siglos XVI y XVII. El amor es el alma de esos romances; pero jamás cantan los amores felices que forman la ambición de la juventud y la alegría del hogar y la unión de la familia; él tan sólo copió en ellos los amores adúlteros, manchados con la sangre de sus víctimas; los amores desgraciados que hallan la muerte en el mismo día de las nupcias; los amores imposibles, que no pueden vivir sino sufriendo tormentos irremediables; los amores, en fin, que engendran en el hombre y en la mujer todas las malas pasiones; el odio con sus rencores eternos y los celos con sus frenéticos arrebatos.

El poema, sin embargo, en que nos dio gallarda muestra de sus excepcionales facultades, fue aquel que consagró a la memoria de Cristóbal Colón, y en el cual, bajo el modesto título de *Trovas Colombinas,* quiso contarnos el episodio más conocido y más pasmoso de la historia contemporánea: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El poema no es una simple relación de los sucesos, no es tampoco un romance histórico; es una mezcla de poesía subjetiva y descriptiva, porque ya habla el héroe contando por sí mismo las hondas preocupaciones que lo torturan y lo devoran, o ya el poeta refiere sus sufrimientos, o pinta sus ansias y sus anhelos, sus esperanzas y sus desengaños, sus luchas y sus triunfos, sus alegrías y sus martirios. Las octavas reales puestas en los labios de Cristóbal Colón, cuando dirige a su esposa muerta su canción de amores, son de una belleza incomparable y recuerdan por la pasión que las inspira, por el sentimiento profundo que revelan, por la queja comprimida que de ellas se exhala y por el dejo amargo que en ellas se advierte, el *Canto a Teresa,* de Espronceda.

La variedad de metros en que está escrito, la riqueza de la rima de la cual se propuso hacer alarde, privan, es cierto, al poema de aquella majestad que el asunto debiera haberle impreso; pero en cambio, le han permitido, de acuerdo con los principales episodios relatados, recorrer toda la lírica y pasar de la narración sencilla y romancesca a los acentos vigorosos de la oda. Ni un solo momento decae el interés, antes sube y crece por

instantes, y con el ánimo suspenso, con la admiración despierta y el entusiasmo siempre vivo, se devoran esas páginas que constituyen un modelo de poesía arqueológico-romántica.

Si no se hubiera ganado el poeta fama imperecedera desde los días de su juventud, cuando publicó sus primeros ensayos, sus *Trovas Colombinas* hubieran bastado a justificar su gloria en el mundo de las letras.

El dramaturgo fue tan fecundo como afortunado. Sus dramas fueron muchos y los más le valieron ovaciones ruidosas y le granjearon distinciones y honores que sólo se conceden a los héroes que se convierten en ídolo de las multitudes. Los triunfos del autor dramático, sólo comparables a los del orador, son superiores a los del poeta, a los del pensador, a los del sabio y a los del artista. Las obras de estos últimos se imponen lentamente, ganan poco a poco el favor del público; tenidas hoy en menos, acaban por ser admiradas mañana, y todo éxito feliz habrá de lograrse merced a una labor continua y paciente; en tanto que las del dramaturgo se conquistan la opinión de una manera súbita y deslumbran por sus bellezas y cautivan por su mérito, en el instante mismo en que se representan, y por eso el aplauso es caluroso, y la aprobación espontánea, y la aclamación sincera y la ovación entusiasta. El auditorio cede ante la magia del escritor, y ya seducido, pasa con facilidad de la indiferencia a la admiración, de la admiración al delirio, para ofrecer sin reserva las palmas del triunfo y la copa rebosante de los deleites supremos.

Peón Contreras se embriagó muchas veces con ese licor celeste; la gloria imprimió sobre su cabeza sus ósculos ardientes, el laurel y el encino cercaron sus sienes, los aplausos atronaron sus oídos, la luz de la apoteosis brilló en sus ojos, y, aplaudido por propios y por extraños, y admirado por sus émulos y amado por sus amigos, disfrutó de la dicha incomparable de ser un triunfador en las luchas serenas de la inteligencia.

Para dar exacta idea de sus dramas, debemos decir que, como sus romances, son dramas de capa y espada, inspirados los más en asuntos de la vida de la época colonial, y copiando sus costumbres y preocupaciones, sus virtudes caballerescas y sus vicios incorregibles. Muchos están versificados con facilidad suma, ya en redondillas sonoras o ya en romances armoniosos; otros están escritos en una prosa elegante y castiza, y todos contienen tramas muy bien urdidas y mejor desenlazadas, una acción rápida y escenas bien combinadas y ricas en pormenores, revelando un admirable conocimiento del teatro y de los grandes recursos para despertar el interés, para reprimir la impaciencia, para preparar las sorpresas y para deleitar y conmover. Sus dramas no tienen tesis demostrables, porque el propósito que siempre abriga es más el de emocionar que el de instruir y moralizar; y sus argumentos, tras no ser rebuscados, son las

más veces verosímiles, y los caracteres de los personajes están en muchos casos precisados con firmeza, y del juego de la acción y de la verosimilitud con que se encadena, resulta la tendencia psicológica, religiosa o social que en ellos se ve. Hay en esas tramas estudios bastante buenos, principalmente de las acciones caballerescas; el honor puntilloso y exagerado, la obediencia a la autoridad del rey, tan absoluta como natural; la sumisión a la potestad paterna, tan debida como completa; el amor hasta el sacrificio, el odio hasta la muerte, las rivalidades hasta el crimen y el valor hasta la heroicidad, y con ellos se ven mezclados sentimientos muy humanos y vicios muy conocidos y situaciones muy reales y verdaderas. El mundo del poeta es un mundo de ayer que no es el nuestro, aquel en que respiramos y vivimos; pero no por eso deja de ser una realidad viviente, sostenida por la verdad, aunque idealizada por la fantasía. Toda su obra dramática se mueve en la escena fácil y espontánea, merced al soplo de vida que la alienta y la anima.

Intencionalmente no queremos descender al análisis minucioso de sus piezas, ni llamar la atención acerca de los primores de *La Hija del Rey,* ni de las escenas conmovedoras de *Gil González de Avila,* ni de los encantos de *Por el Joyel del Sombrero* y de *Hasta el Cielo,* ni de los defectos salientes que pudieran censurarse en algunas o en muchas de ellas; porque nuestro propósito es tan sólo formular en una síntesis, tras un estudio ahincado y completo, nuestra opinión respecto de su labor como dramaturgo, considerada en su conjunto.

Sus dramas son superiores a los del mismo género que los autores mexicanos habían hecho representar en nuestros teatros, y tienen mucha semejanza con los que la dramaturgia española produjo en los tiempos del romanticismo, desde el Duque de Rivas hasta Zorrilla. Dos dramas de Rodríguez Galván, *Muñoz visitador de México,* y *El Privado del Virrey,* son los necesarios antecedentes en nuestra historia literaria de los de Peón Contreras. Ambos son piezas de mérito, bien trabajadas y escritas con galanura de estilo, en las cuales las bellezas sobrepujan a los defectos; pero ¡de cuán diversa manera entienden el arte el uno y el otro dramaturgo! porque lo que para aquél son escenas inútiles, caracteres falsos, imitaciones desmayadas de la dramática española, situaciones raras y desenlaces inverosímiles, en éste, como ya lo hemos dicho, todo es natural y sencillo, y las escenas son oportunas y los caracteres sostenidos y las imitaciones felices y los desenlaces necesarios. No tiene Peón Contreras la profundidad filosófica ni el conocimiento de las pasiones humanas de que nos da muestra el Duque de Rivas, sobre todo en su *Don Alvaro;* carece de aquel fuego poético y de aquella apasionada vehemencia que tanto se admira en *El Trovador* de García Gutiérrez, el acierto, tal vez único, del célebre dramaturgo; no llega nunca, a pesar de sus esfuerzos, a expresar el amor su-

blime con el calor verdaderamente humano de *Los Amantes de Teruel,* de Hartzenbusch, y jamás pudo igualar el lirismo exuberante, casi siempre musical y rotundo, de Zorrilla; pero sin duda es tan acertado en el desarrollo de sus argumentos y en el primor de sus diálogos, como el Duque de Rivas, y es tan sincero como García Gutiérrez, en la pintura de las pasiones, y es tan expresivo en el trazar los caracteres de sus personajes, como Hartzenbusch, y tan espontáneo y tan galano en su lirismo, como Zorrilla.

En la historia de nuestra dramaturgia, la fecunda labor de Peón Contreras significará siempre un grande y generoso esfuerzo para la creación de nuestro teatro, y él será considerado por su lirismo como un Zorrilla mexicano.

Réstanos hablar de la última obra del poeta, de su hermosísimo poema *Flérida y Garcilaso,* que escribió en sus postrimerías, cuando cedía ya su cuerpo al peso de los años, a pesar de que en su espíritu guardaba la inmarcesible frescura de una eterna juventud.

El poema es el episodio de amor de la vida de Garcilaso de la Vega, del Virgilio castellano, de aquel poeta bucólico que ha dejado resonando en nuestros oídos y vibrando en nuestras almas los tiernos cantos de amor de los pastores, el dulce lamentar de Salicio y Nemoroso, vago como el viento, triste como la noche, profundo como los abismos y eternamente bello como la vida.

El argumento es sencillísimo: es la historia de un amor desgraciado, como todos aquellos que cantó Peón Contreras. Salicio ama a Galatea sin que ella corresponda; ama Flérida a Salicio y ella es amada por Tirreno; mas al fin Salicio vuelve a Flérida los ojos, y después de amarse mucho y cuando están a punto de realizar el mutuo afán de su existencia, ella lo ve morir en el asalto de la Torre de Muey, bajo las órdenes del Rey Carlos V; porque Salicio no es otro sino el famoso guerrero y poeta Garcilaso, que alcanzó celebridad y gloria, ciñendo a la par los laureles de Marte y los de Apolo.

Lo que es digno de ser admirado y aplaudido en este poema es la facilidad de la versificación, la galanura del estilo, la verdad de los sentimientos, la belleza y novedad de las metáforas, la gracia de las expresiones pastoriles, la ingenuidad de las confesiones amorosas, el encanto de las descripciones campestres, y, ante todo, la frescura juvenil que da un tinte risueño a todos los cuadros, a todos los personajes, a las pasiones que abrigan, a los lugares donde se refugian y a la atmósfera en que viven y se agitan.

La aparición de Flérida en el atrio de la iglesia, la llegada de la paloma que, como un copo blanco de nieve, cae a sus pies, rindiendo el vuelo rápido para acompañarla al sitio donde ha de encontrar a Salicio; la marcha indecisa de la niña y la paloma, que recorren los campos y juntas penetran en los bosques; la relación punzante de la enfermedad de Flérida devorada por mal de amores, y el coloquio en que brinda su amistad a Tirreno, son páginas ad-

mirables y admiradas, en las cuales el poeta puso cuanto de ternura había en su alma y cuanto de vena rica y fecunda había en su numen.

Peón Contreras quiso coronar su obra literaria con un poema magistral en el que se sobrepujara a sí mismo, y a fe que lo consiguió: porque *Flérida y Garcilaso* es, a nuestro juicio, lo mejor que salió de su pluma, el más perfecto de sus trabajos y aquel en que se reflejan, como en clarísimo espejo, sus cualidades las más salientes como poeta descriptivo y como poeta erótico.

Señores:

La muerte ha sido muy cruel para con nosotros, arrebatándonos a nuestro poeta Peón Contreras. Nosotros no sabemos si todos nos hemos dado bien cuenta del inmenso vacío que su muerte ocasiona. La literatura patria ha perdido a uno de sus más fervientes cultivadores; la poesía nacional a uno de sus bardos más inspirados; el arte, a su sacerdote más augusto; el romanticismo, a su corifeo más aplaudido; las mujeres, a su admirador más entusiasta; el dolor, a uno de sus mejores intérpretes, y el amor triste e infeliz, que vive de esperanzas irrealizables y de quiméricos ensueños, al más fiel de todos sus cantores.

Acerquémonos silenciosos y tristes a la tumba que guarda sus restos mortales, y sobre ella deshojemos manojos de rosas frescas acabadas de cortar de sus tallos por nuestras manos amigas. Ese es el homenaje que merecen los poetas amados de los dioses.

ELOGIO DEL LICENCIADO DON JUSTO SIERRA *

Por Joaquín D. Casasús.

LA Academia Mexicana de la Lengua, a quien la Real Academia Española ha confiado la hermosa tarea de velar por que no se rompa el hilo de oro que une entre sí a las nacionalidades americanas y a todas ellas con la madre patria, siente el imprescindible deber de venir a deplorar la pérdida irreparable que han sufrido, con la muerte de escritor tan insigne como Justo Sierra, todos los pueblos que guardan con ahincado afán el tesoro común de nuestra lengua, como la rica herencia de nuestros mayores.

¡Y cómo no! ¿No la muerte hiriólo cuando estaba en pie, en plena labor, cuando su voz llena de dulces vibraciones y su verbo, creador de sublimes verdades, y su fantasía, poblada de visiones apocalípticas, se apercibían de consuno a celebrar en el centenario de las Cortes de Cádiz, la alborada de la libertad americana, que dio luz propia a ese reguero de estrellas que al desprenderse de la celestial corona, que durante tres siglos ciñera a su frente nuestra Madre España tornó a unirse de nuevo a ella, para formar una sola constelación e iluminar al mundo como antorchas encendidas en un girón azul de un mismo cielo?

La muerte de Justo Sierra no es tan sólo un duelo nacional; es antes el duelo de la raza a quien él supo honrar y glorificar, lo mismo cuando cantó en su lira de bronce con las sonoridades que toma el viento si menea las selvas seculares de la virgen América, que cuando habló de los ensueños democráticos que abrigamos todos, a la sombra de nuestras banderas, ya ondeen sobre el baluarte que forman las cumbres de los Andes, ya se enarbolen sobre las blancas nieves de las cimas de nuestros volcanes; o cuando apóstol de la religión del porvenir, copiando al Divino Maestro, dijo con las palabras suyas: "dejad que los niños se acerquen a mí", para elaborar con ellos el alma

* Discurso pronunciado el día 7 de noviembre de 1912 durante la solemne sesión celebrada en el Anfiteatro de la Universidad Nacional de México. El Dr. Casasús era el Director de la Academia.

nacional fortalecida con los atavismos de la raza y educada en la fe consciente de sus grandes destinos.

La Academia Mexicana de la Lengua no ha hecho mal en escogerme a mí, aunque no por merecimiento propio, para confiarme el encomio de este varón ilustre; porque pocas veces encargo semejante ha podido conferirse a aquel que con más júbilo hubiera de querer desempeñarlo; pues nada me tiene más ganada la voluntad, ni tras de mejor cosa vanse mis deseos, ni hay algo que responda mejor a los sentimientos míos, acordes con mis propios anhelos, que aprovechar esta coyuntura favorable para decir lo que he sentido y lo que he pensado respecto de este hombre extraordinario a quien desde los primeros años de mi vida hube de acostumbrarme a aplaudir y en quien siempre puse afecto sin tasa, admiración sin límites y veneración que imponía su inteligencia genial a causa de sus portentos y en razón de sus prodigios, y veneración que era como la ofrenda única que merecía la inmensa bondad de su gran corazón.

Desde las aulas, en los días de mi juventud, el grupo todo de sus admiradores, del cual hice yo siempre parte, al verlo ascender a nuestro parnaso para en él presidir el coro de nuestros poetas y hacer de su pluma buril cincelador en nuestra prensa periódica, hubo de considerarlo como un timbre de orgullo para la familia y para la patria, y al loar sus triunfos y al difundir el eco de sus victorias, quiso hacer de ellos una leyenda que viviera en la memoria de nuestros pósteros, y de él un héroe legendario que pudiera alentar en la imaginación popular; porque este poeta que, joven todavía, al grato son de su lira ya levantaba un templo majestuoso al arte, recordaba a aquel héroe de los tiempos heroicos de la Grecia, a aquel Anfión, hijo de Júpiter, que al son de la lira de oro, que el divino Apolo pusiera en sus manos, hacía de modo que las piedras se elevaran por sí solas para construir la altísima muralla de Tebas.

Los que tuvimos la suerte de vivir identificados con él, y por ende seguimos paso a paso y con interés su vida desde que hizo su primera aparición en el mundo de las letras, no podemos olvidar cómo fue en sus comienzos una hermosísima esperanza; cómo se le tuvo después cual el más seguro presagio de una gloria cierta; cómo en la edad madura se le tomó por un prodigio de inteligencia; y cómo, a la postre y cuando cumplió todas las esperanzas en él cifradas y realizó todos los presagios que hizo augurar, se reveló ante el país como el alma verdadera de toda una generación a la cual infundió su espíritu para que viviera de sus enseñanzas, a la cual dio su sed de justicia para que siguiera el rumbo que le marcara y en la que puso su fe en el ideal para que escalara el porvenir bajo el impulso de sus anhelos.

Por donde se ve que este hombre, maestro y guía de la juventud, con su

fama, con su prestigio y con su renombre, llena nuestra época actual; y que sin romper el equilibrio de nuestra vida intelectual, la iluminó con luz viva mientras estaba entre nosotros y con ella se llevó al morir el secreto de su genio, a guisa de esos cometas, que, sin violar la ley de la gravitación universal, brillan a intervalos en nuestros cielos estrellados, cual meteoros vivos de caminar lento y van a ocultar, en el fondo del infinito espacio, el secreto de su destino.

En nuestro parnaso túvosele por el primero y más inspirado de nuestros poetas líricos y en las academias por el pensador de más altos vuelos; en la cátedra se le conceptuó como el maestro por excelencia, lleno de todo linaje de erudición, ennoblecida por un ideal patriótico; en el periódico ganó fama de escritor galano y fácil, y logró hacer de su cargo un apostolado y un credo de sus predicaciones; en el libro fue el historiador sereno, capaz de fijar las leyes infalibles que gobiernan el progreso de los pueblos; en el parlamento reputósele como un combatiente generoso, adorador romántico de todos los ensueños democráticos; y en la vida de esta patria nuestra, objeto de su más fervoroso culto, e imán de sus más íntimos amores, apareció a manera de aquella columna de fuego que señalaba el paso al pueblo de Israel en su penoso viaje a través del desierto, cuando marchaba por él en busca de la tierra prometida.

Poco después del triunfo que alcanzó el Partido Liberal, en su larga y terrible lucha contra la Intervención y el Imperio, cuando apenas acaba de ponerse término al combate diario de los ejércitos militantes, verificóse un movimiento poderosísimo en nuestra vida intelectual, que llegó a constituir una era de positivo renacimiento para las letras nacionales. El reorganizarse nuestros mejores institutos, el establecerse bajo nuevas bases las mejores de nuestras escuelas, el crearse por doquier centros literarios de importancia, el surgir a la vida periódicos y revistas que eran como los porta-estandartes de nuestra cultura, y el verificarse reuniones que fueron palenques de las luchas pacíficas de la inteligencia, como aquellas que en la Roma de Augusto celebrábanse en las casas de Mecenas, de Mesala y de Polión, por venir después de guerras y asolamientos, de matanzas y desórdenes, fueron señales de que tras prolongada noche llegaba un nuevo día, apareciendo con toda su hermosura un nuevo sol.

Y como si la restauración de la República, en el campo neutral de las letras fuese a manera de lazo de unión entre todos nuestros pensadores, entre todos nuestros poetas y entre todos aquellos que hacían de su pluma el arado fecundo de toda labor literaria, y que habían estado en nuestras seculares guerras civiles divididos y alejados los unos de los otros por la diversidad de credos políticos y religiosos, se agruparon en un esfuerzo común para rendir

culto a la gaya ciencia y para llevar sus primicias al altar de la diosa Poesía, como si en sus dones abundantes y ricos hubiéramos de encontrar la razón, causa y motivo de nuestras instituciones restauradas, y de los mejores y más sazonados frutos de nuestra independencia reconquistada.

¡Hermoso renacimiento aquél! En la colmena todo era afán, bullicio y trabajo; y todas las abejas en su incesante revolar llevaban alguna gota de miel a los panales; en el bosque tropical todo lleno de nidos, y los nidos todos llenos de pájaros, se escuchaba el aletear de las alondras prestas a saludar la aurora; y el espíritu nacional, seguro de su propia conciencia, empapado en la atmósfera de los nuevos derechos, transfigurado por los sacrificios sufridos, abrigaba bajo sus alas a la patria redimida y le ofrecían la oliva simbólica a los nuevos reflejos del inmenso arco iris de paz, que abrazaba la bóveda del cielo.

En aquel florecimiento de las letras, un Abril de los trópicos, si propicio para el reventar de los botones, ocasionado al crecer en belleza, gracia y perfume de las flores ya abiertas que Flora había prendido con mano diligente en todos los tallos, Ramírez, que parecía un poeta del siglo de oro de la literatura española, era el saber profundo y la ironía acerada; Altamirano, que se asemejaba a los poetas románticos franceses, era el entusiasmo inteligente y la crítica alentadora; Riva Palacio, que tenía el alma de Rabelais, era la erudición enciclopédica y la burla aristofanesca; Prieto, un verdadero poeta de los tiempos heroicos, era el cantor popular y el inspirado evocador de nuestros recuerdos gloriosos; Pimentel, sabio egregio en quien se hermanaban la nobleza de la cuna y la del talento, era la crítica sagaz unida al estudio infatigable de la retórica y la lingüística; Roa Bárcena, descendiente literario de los Carpios y los Pesados, era el cultivador del romance nacional y el historiador severo, y Montes de Oca, el docto traductor de los Bucólicos griegos, era el poeta adorador de la forma clásica y el orador sagrado por excelencia; y reuniéndolos a todos y agrupándolos a todos y siendo el centro y la clave, Martínez de la Torre, que era el rico sostenedor del arte que ofrecía el templo para los dioses, el altar para el culto, el perfume para los incensarios, hogar y abrigo que todas las religiones han menester y más que otra cosa alguna aquella que enseñan, predican y pregonan los apóstoles y sacerdotes de Apolo que, de suyo humildes y desamparados casi siempre, llevan empero el tesoro de todas las armonías en la lira y la luz de los soles en su inspiración.

En aquellos días de regocijo nacional y en aquellos instantes favorables, como pocos, para el triunfo fácil, para la gloria pronta y para la fama rápida hizo Justo Sierra su primera aparición en el mundo literario. Traía en su verso luminoso y alado las hondas palpitaciones del patriotismo exaltado, y con

ellas el lirismo de nuestras teorías democráticas, la fe ciega que es una prenda segura para el triunfo de todas las causas, el entusiasmo, que es el resorte potente para todas las conquistas, y, al mismo tiempo, aquel ardor juvenil que es a la par luz, calor y fuerza y que se necesita para emprender la reconstrucción moral e intelectual de un pueblo.

Él era un escapado del colegio; acababa de abandonar las aulas para vivir la vida propia, mariposa que vuela en el campo en busca de nectarios, llevando todavía en su alas el polvo de oro de sus primeros ensueños, y ya pudo ofrecernos los frutos sazonados que sólo rinden los grandes ingenios, como los árboles viejos enraizados en tierras fértiles, que en el otoño opulento, tras el caer de las hojas, doblegan sus ramas cargadas con el peso de las maduras pomas.

Justo Sierra fue a la sazón el héroe de aquellas lides, el vencedor en aquellos torneos, el poeta favorito de las veladas literarias, y lo vimos pasar de hazaña en hazaña y de ovación en ovación, con el arpa al hombro, cantando al Amor en odas anacreónticas, loando a la Naturaleza en bucólicas virgilianas, enalteciendo las glorias de la Patria en himnos dignos de Tirteo o en resonantes odas pindáricas, y ensalzando, como nuevo Lucrecio, al Dios de las almas, eterna fuerza reveladora del mundo, la cual su espíritu buscaba ya en el templo augusto de la conciencia humana, o fuera de nuestro errante planeta, en lo profundo de los cielos estrellados, en las soledades infinitas del espacio, en los abismos insondables de la noche eterna donde sólo se oye el rodar incesante de todos los astros y donde El se yergue y flota en toda su majestad y en todo su apogeo para dejar caer sobre los seres humanos, como una bendición aquella voz suya que sólo una vez pudo escucharse, entre rayos y truenos en el monte Sinaí.

Sus cantos patrióticos alcanzaron como premio en aquellos días un eco simpático en el corazón de la juventud; que si eran vibrantes y apasionados como los pechos juveniles, que ansiaban por la libertad, eran también ricos en metáforas como los ensueños de la fantasía; y si brotaban de las cuerdas de su lira, como las águilas de alas poderosas que abandonan su nido de roca con el ansia infinita de cruzar el inmenso espacio, cada una de ellas en sus sendas estrofas llevaba o una rama de laurel para alguno de nuestros héroes o el lábaro triunfal para la patria redimida.

Sus odas eran una música; sus ideas grandiosas eran golpes de ala de su genio soberano; sus metáforas deslumbraban cual meteoros que iluminan las noches obscuras; su inspiración robusta era una vía láctea, núcleo de pensamientos y de soles. No tenía ningún antecesor en nuestra lírica; era el único cantor digno de las epopeyas de la Reforma y de la intervención, y si se asemejaba a Byron por sus fantásticas visiones, a Manuel José Quintana

por el vigor de su musa y a Víctor Hugo por la plasticidad de su numen, en él brillaba el genio, aquel genio que él mismo cantara y de quien él mismo dijo:

Ni límite, ni espacio, ni horizonte;
la curva de su vuelo
queda a trechos, o rota o invisible
en enormes fragmentos por el cielo.
Su sino es ir e iluminar. No tiene
el firmamento mismo
de sus alas la rígida medida.
Y como él, para crear la vida,
Dios le entregó las llaves del abismo.

Sin duda lo más admirable entre sus poesías fueron sus odas a Dios, al Genio, al 5 de Mayo, al 15 de Septiembre, a la Reforma, a Colón y otras muchas que fueron hechas en el mismo molde ciclópeo; pero fuera mengua no celebrar sus versos eróticos, que aunque impregnados, como todos los de su género, de una dulzura tierna y de una gracia conmovedora, que fue lo que los trajo a debida perfección, se distinguían de las obras de idéntica naturaleza de todos nuestros demás poetas, por el relieve de sus imágenes y por la profundidad de sus conceptos; y es que sus canciones de amor no eran producto de una musa muelle, no eran el gemido lánguido de un alma triste, ni la queja melancólica que mueve a piedad a los corazones heridos por el dolor, sino el canto viril de aquel en quien el amor es una alta e imprescindible necesidad del espíritu, una inspiración más bien que una sensación, una idealidad antes que una voluptuosidad, un afán de volar y de ascender y no un ansia enfermiza de gozar y de morir.

Sus poesías eróticas no se parecen, en efecto, a las *Meditaciones* de Lamartine, el poeta de la ternura y el dolor; ni a las *Noches* de Alfredo de Musset, el poeta de la voluptuosidad, cantor apasionado del amor sensual; pero sí pueden tenerse, sin subir de precio el encarecimiento, por hijas legítimas de las *Contemplaciones* de Víctor Hugo, quien más que otro poeta alguno fue su mentor y su modelo por la elevación de su estro, por la exuberancia de su rima, por lo novedoso de su fondo y por el vuelo de su inspiración.

En la edad madura, su labor poética fue quizá menos copiosa que en su juventud; pero en cambio en las obras que entonces produjo andan en mejor concierto la inspiración vigorosa con una forma esmerada y por ende más correcta hasta donde le era dado a él sujetarse al dogma gramatical y retórico.

El cóndor no por escalar una mayor altura perdió una sola pluma de sus alas poderosas.

Una epístola dirigida al Marón mexicano, ilustrísimo Obispo de Veracruz, Don Joaquín Arcadio Pagaza, un fragmento de un canto inacabado y un poema, *El Beato Calasanz,* son de lo mejor que su ingenio pudo producir y deben tenerse como lo más bello y lo más profundo que el poeta logró dejarnos por herencia.

La *Epístola,* a no ser por el asunto en ella tratado, se diría escrita en el siglo XVII, tan bien hechos así son sus tercetos, tan castigada así es la forma, tan inspirada así muéstrase su musa.

¿Quién de los escritores del siglo XVII pudo haber desatado la lengua para hablar de este pavoroso problema de nuestro siglo que en su afán de hallar la verdad, de ponderarla y de medirla con el rígido criterio de la ciencia, ha acabado por destruir en los altares todos los ídolos, en las conciencias todos los mitos, en el corazón todas las esperanzas y en el cielo todos los dioses, dejándonos como recompensa, en este árido desierto de la vida donde no se escucha el cantar de fuente alguna donde ir a apagar nuestra sed de lo infinito, como sola fuerza moral, como mero apoyo y como único sostén, la idea del deber para aceptarlo sin recompensa, y para cumplirlo sin esperanza?

El fragmento del poema vale sin duda el poema que no llegó a escribir y que la muerte se llevó con él a la tumba como el viento que al arrancar los nidos se lleva a los pájaros que en ellos todavía no habían llegado a abrir el pico para solazarse en cantar, ni habían sacudido las alas para adiestrarse en volar.

Justo Sierra tuvo especialísima complacencia en emplearse en elevar su voz en loor de todo lo grande, de todo lo inmenso y por eso de preferencia su fantasía ganaba el espacio infinito como si allí encontrara la sola atmósfera donde pudiera respirar, el único calor con que dar abrigo a sus nostalgias, el sitio preferido donde plantar su tienda y la única almohada donde reclinar su cabeza.

Por esta razón el fragmento de su poema es un viaje sideral hecho en ese bajel fantasma donde navegan, como él dice, los incontables náufragos de la ambición de gloria. En este bajel, tripulado por todos los amores, con sus velas abiertas al soplo de todas las ilusiones va de sol en sol y de constelación en constelación para poder buscar en qué cielo todos los grandes poetas de todas las edades llegaron a prender sus antorchas en el Dios Trino y Uno.

Invoca a su divino maestro, a Víctor Hugo, para que venga a ungirlo con el óleo de su fe en la justicia y al amanecer de aquella noche que pre-

sagiaba no tener aurora, vuelve al planeta para ver brillar la cifra augusta de la patria en la blancura astral de las nieves de nuestro hermoso Citlaltépetl.

El Beato Calasanz es, no obstante, su trabajo de gran aliento, aquel que celebraron al unísono sus amigos, que aplaudió con ambas manos el público, que estudió con gran acopio de doctrinas la crítica y que flotará sobre toda su obra poética como el alma del Beato flotó, sobre la historia de su propia vida, en los momentos del trance terrible de la muerte.

¿Qué es el Beato Calasanz? se preguntaba un crítico. Es la lucha de la ciencia moderna contra la fe antigua, lucha épica por llegar a la evidencia y por conquistar la certidumbre, respondía.

Otro crítico pensaba: es la duda de nuestro siglo descreído, infinito erial donde ni siquiera, como la blanca flor del cactus, mece su cáliz la flor de la esperanza.

Pero ni uno ni otro crítico comprendieron el poema; porque no llegaron a penetrar en el alma del poeta, que fue a manera de aquellos templos medioevales bajo cuyas bóvedas los fieles torturaban la carne y el espíritu por medio del cilicio y de la penitencia, sin reparar en que, a semejanza de sus afiligranadas torres altísimas, se escapaban las almas hacia los cielos en busca de los esplendores del amor; torres y almas que no por ascender tan alto dejan de hundir, para afianzarse en ella, sus raíces poderosas en la tierra.

El Beato Calasanz, ave del mar de lo infinito, fue estrellado por las tempestades de la vida contra las gradas del altar de su convento y allí unió e identificó su espíritu con el Señor sin haber abrigado una sola duda, sin haber tenido un solo desfallecimiento, hasta llegar a confundirse con El, como al sol se une la partícula de arena, por medio de esa cadena vital que a los átomos junta con los mundos.

Sólo el amor pudo apartarlo de aquella senda y de aquel claustro y evitarle cerrar los años de su vida en paz.

En una tarde tranquila y serena, al escuchar la confesión de la fundadora del convento cercano, el amor dejó su chispa en sus sendos corazones, y el incendio estalla, fuego que devora la selva virgen de antaño tostada por el sol, y sus almas se funden delirantes, cuando el huerto está en flor, cuando los nidos cuelgan y se balancean en las ramas, cuando los pájaros cantan al ritmo de las fuentes que ríen, y en un arranque milagroso, como el del germen que brota y el de la luz que salta, a un tiempo mismo, sobre el dintel de un mundo, paradisíaco, los dos experimentan:

Fruición de cielo y sensación de abismo.

Triunfó empero en la lucha el amor a Dios; en la batalla con el pecado venció la virtud; en el choque de las dos voluptuosidades la victoria fue para la castidad, y en el templo sombrío quedó sacrificada la humana naturaleza con todos sus instintos y a pesar de sus leyes ineludibles, en aras de un ideal místico y de una fe religiosa, que eran las dos únicas alas con que el asceta podía emprender el vuelo para ir a sumergirse en el ubérrimo seno del Señor.

El monje ha leído en un infolio que un fraile dejara en el convento, que el hombre que al morir jamás hubiese cedido a las tentaciones de la carne y nunca hubiese dudado del Señor, podía llegar a oír, prolongando a este efecto su vida por unos instantes, la voz de Dios, aquella voz que hizo temblar al mundo cuando expiró en el Calvario. El había revelado este secreto a un físico de su convento y éste al encontrarlo rígido, tendido en las baldosas de su celda, lo hace volver a la vida vertiendo unas gotas de licor maravilloso en sus labios.

El beato Calasanz, tornado a la vida por aquella rara virtud del elíxir, encamina al templo sus pasos vacilantes y a él va para implorar que el milagro se realice y lograr que vibre sonora en sus oídos aquella voz temida de los mortales que palpita en la infinita soledad de los inconmensurables espacios y que, como al soplo del huracán ruedan las hojas en los campos y se sacuden los árboles gigantes en las selvas, hace girar los mundos en el vacío y estremecerse los soles en sus cimientos inconmovibles.

Pero el Beato lanza en vano vehemente súplica al Dios del Sinaí. Dios es sordo a sus clamores, no tiene respuesta a su impotente grito y ni Satán, el alma misma del mal, a acudir se atreve a su conjuro. El cielo y el infierno permanecen mudos, impasibles y ni siquiera le devuelven el callado eco de su voz.

Entonces llama en su salvación a aquella santa a quien amó y de quien supo huir por no romper los votos que lo unían al altar y sólo ella con mayor misericordia vuelve a él para confesarle que no hay cielo sin el amor, y que la muerte eterna sin el amor no es sino apenas una vida miserable.

El Beato Calasanz sintiendo que la vida le falta torna a invocar al proscrito y cuando éste se niega a escuchar su plegaria también, cae muerto diciendo en un dulce arrobamiento místico: "yo creo en ti, Dios mío".

El Beato Calasanz es la víctima de la violación consciente de las leyes naturales; cierra su alma al amor cuando el amor viene a él en su momento y sazón, como les es naturaleza a los ríos el ir al mar, y el amor debe huir de él como castigo, cuando en pie en los umbrales de la muerte habría menester de él como la única tabla salvadora para poder flotar en ese mar sin fondo del no ser, en ese insondable abismo que sólo habita la noche

eterna y donde las almas movidas por un ansia creciente de perdurar sienten la necesidad de vivir en la muerte, condenadas a huir como Paolo y Francesca, prendidos por un beso inacabable y sin fin.

El beato Calasanz en el instante fatal, pero hombre todavía, encuentra el altar vacío, la conciencia sin fe, el cielo sin dioses, el infierno sin Satanás y la vida sin amor por no haber sabido amar, por haber truncado su existencia en flor y haber hecho imposible que la savia en su soberana ascensión hubiera llenado las ramas de renuevos y de frutos los tallos, bajo el benéfico influjo del amor.

Así concebido el poema, el poema es humano y por humano es grandioso y por grandioso la obra selecta del hijo predilecto de las sagradas Piérides.

No quisiera hacer comparaciones, de nuestros poetas con él; pero no parando mientes en la diversidad de sus tendencias, en la diferencia de géneros cultivados por ellos, en el distinto colorido de sus pinceles y en la variada perspectiva de sus cuadros, sería forzoso confesar que aquellos arroyuelos o a veces ríos, frescos y bulliciosos, que han corrido por márgenes floridas teniendo la fortuna rara de reflejar a trechos el cielo azul, no son como aquella cascada de raudal inagotable que cae y cae sin cesar durante siglos, soltando, sin agotarse nunca, el inmenso caudal de sus aguas prodigiosas.

Pero si Justo Sierra fue el más inspirado de nuestros poetas líricos, alcanzó y tal vez a causa de sus hermosos lirismos de poeta, el ser tenido por el más elocuente de nuestros oradores.

No fue propiamente un tribuno; su palabra no se inclinaba al suelo rastreando por él, antes majestuosa se encumbraba de modo tal, que fuera quedaba del alcance de las multitudes. No fue tampoco un orador parlamentario, para la réplica pronto, para el ataque hábil y para la defensa listo, y que a la vez fuese sobrio en el fustigar, fácil en el acometer, sereno en el resistir y frío en el exponer, cualidades todas que debe reunir quien en las luchas políticas necesita a las veces sacudir sus iras como las serpientes de la cabeza de Medusa o conservar en otras la tranquilidad imperturbable de aquel que espera, cual punta aguda y alta de un pararrayo, atraer sobre sí todas las tempestades para abrigarlas en su seno.

Justo Sierra fue el orador académico, el orador de la cátedra que se transfigura en maestro y enseña, que se convierte en mentor y guía, que se erige en pontífice y deja caer en las almas el inagotable don de su ciencia, y que se transforma en sembrador y lanza a puñados la simiente sobre los surcos abiertos abrasados por el ansia de germinar.

En este género de oratoria no ha sido entre nosotros ni excedido ni igualado; porque nadie ha podido resistir ser puesto en parangón con él ni

en la fuerza del pensar, ni en la forma del decir, ni en la profundidad del concepto, ni en la riqueza de las imágenes, ni en el vigor del numen, ni en la facilidad del estilo. Y como siempre en sus discursos usara en sus palabras de gracia sin afectación y de compostura sin aliño y en las ideas de elegancia sin afeites y de donaires sin amaneramiento y en todos ellos pusiera tal luz para iluminar su fondo y tal sombra para darles relieve y tal fuego para vencer errores y tal pasión para defender verdades, se diría sin encarecimiento que más que obras del humano ingenio brotaron de labios de los que fueron tocados por la divina gracia y que a la divina gracia debieron tanto la miel que pusieron en su dicción, cuanto la sabiduría con que nutrieron su pensamiento.

Sus discursos tienen la hermosura de una estatua helénica labrada en mármol de Paros; sus cláusulas sonoras, todas belleza y armonía, recuerdan el ritmo de los rotundos períodos de las grandes arengas de los oradores griegos; la pompa lujosa de su palabra fácil, vestida y esmaltada con la aureola de su pensamiento, evoca en nuestra mente la frase amplia y galana de los discursos ciceronianos donde el habla latina hacía vibrar en los oídos los rumores melodiosos con que cantaron durante siglos las ondinas del Tíber.

El orador con quien más semejanza tiene entre los de los tiempos modernos, es con Castelar; no el Castelar que combatió la esclavitud, no el demócrata que pidió todas las libertades para su pueblo en el Parlamento Español, sino aquel que algunos años antes, en el Ateneo de Madrid contó la historia de los cinco primeros siglos del cristianismo, enseñando al mundo como aquel Divino Maestro, repartiendo su alma entre sus discípulos, pero dejándola toda entera a cada uno de ellos, supo predicar la Buena Nueva en el mundo latino, encendiendo una nueva aurora en las conciencias, a cuyo resplandor vino a obscurecerse el Olimpo, Júpiter dejó caer de sus manos el rayo vengador, Neptuno hundió el tridente en el profundo mar, Vulcano apagó sus fraguas bajo las bóvedas del Etna y de los cielos y de la tierra huyó aquella cohorte risueña de los dioses y semidioses que eran la alegría del espíritu y la antorcha de la naturaleza.

Por obras maestras de la elocuencia mexicana se tienen aquella oración pronunciada en el Centenario del descubrimiento de América que conserva todo el corte de un poema en el cual se dice la vida de Colón y su prodigiosa aventura, como si la lira con sus acordes acompañase rítmica la voz del orador; aquel discurso en honor de Vasco de Gama, el marino audaz que según su propia frase vio temblar al mar en su presencia y que al realizar los loables ensueños de Colón, no puso su fe y su brújula en la estrella que ilumina los umbrales del polo; sino que se abrazó a la Cruz del Sur, como el cristiano al madero sagrado, para esperar en ella el cumplimiento de los

milagros de sus esperanzas; y aquella arenga que más bien parece una doliente elegía inspirada por cariño fraternal ante la tumba abierta del tribuno Castelar en la cual parecía volver a ver, lleno de vida y de pasión, a aquel orador célebre que al calor de su elocuencia hizo triunfar en el seno de la monarquía de Carlos V y de Felipe II todas las reivindicaciones del derecho moderno.

Por haber sabido ser un poeta y un orador fue también Justo Sierra un historiador. Identificó a la Patria con él, la sintió transmutada en su alma y dejó que ella sola contara su historia, y que sola tallase con cincel mágico la urna artística de bronce, digna y merecedora de que en ella se guardaran los anales de sus fastos gloriosos.

Por eso ha resultado obra de arte hermosísima cuanto acerca de la historia de la Patria escribió.

Es obra de arte la síntesis que en *México y su Evolución Social* refiere las leyendas de las razas aborígenes y su civilización pasmosa, que supo medir con mayor precisión que otra alguna su curso a la Tierra; y las hazañas romancescas de la Conquista en que aquellos aventureros españoles se trocaron en hijos heroicos que ensancharon los patrios dominios hasta suprimir en ellos la noche; y aquella epopeya de la Independencia en que los descendientes de los que lucharon siete siglos para librar a su patria de la conquista árabe, supieron también formar una patria del suelo que les había dado cuna; y la época sangrienta de la Reforma en la cual el pueblo llevó a feliz término una revolución en las conciencias para dejar a la libertad como única diosa en todos los altares.

Y es obra de arte también *Juárez y su Tiempo,* porque no es sino el pedestal sobre el que se ve erguida la estatua del gran reformador y del tenaz defensor de la independencia nacional. Su obra es la Ilíada de aquel Aquiles y como cuadros palpitantes de colorido y de verdad, ante nuestros ojos desfilan los triunfos y las derrotas y tras de ellos la victoria final y definitiva, que sorprendió a la Patria devolviéndole su suelo libre del invasor, sus instituciones llenas del nuevo espíritu de libertad y su conciencia penetrada del alto ideal de sus destinos.

Justo Sierra no podía encarnar al historiador que se encargara de contar la vida de nuestro pueblo; no estaba llamado a recopilar los documentos fragmentarios con los cuales hubiera de reconstruirse la verdad histórica; tenía que ser, como lo fue, el vidente extraordinario que levantándose sobre nuestros horizontes para poder abarcar con su mirada todo el espacio y todos los tiempos, trazara la ley de nuestra evolución en la forma y manera en que la gota de agua transparente y pura puede copiar el cielo con toda su inmensidad y guardar en ella, a pesar de su pequeñez, el reflejo de todos sus esplendores.

Si el poeta ha dejado un nombre sin ejemplo en nuestro parnaso, si el orador ha quedado definitivamente ungido por una fama imperecedera que los años al transcurrir no podrán borrar, si el historiador es digno de la gratitud de todo un pueblo, el maestro, el educador, el que redujo a reglas hábilmente formuladas las bases de la instrucción popular, es acreedor a la apoteosis y a la manifestación, toda amor y ternura de que fue objeto su cadáver cuando fue recibido en el caliente seno de la Patria.

No podemos olvidarlo: los niños, aquellos en cuyos ojos vemos irradiar el problema del porvenir, aquellos ante quienes nos sentimos empequeñecidos por la grandeza de sus terribles interrogaciones, vinieron a él en procesión solemne, en lúgubre y tristísima teoría, y alfombraron de flores su camino y recubrieron de flores su cadáver, como si la primavera hubiese resucitado en pleno otoño y hubiera ella bajado de nuestras montañas, trayendo en sus canastos todas las flores de nuestros valles, todas las flores de nuestros jardines.

¿Por qué tal manifestación de duelo?

La vida de Justo Sierra nos da la explicación.

La instrucción popular vincula en nuestro país una necesidad suprema. Si en todos los pueblos y en todas las razas el ansia que nos espolea es llegar a la constitución de la democracia por medio de la libertad, es indispensable que para ser libre antes conozca el hombre sus derechos y para poder tener conciencia de ellos, precisa que la educación complete la obra del Supremo Hacedor, a fin de que entonces sí pueda decirse de él, que está hecho a su imagen y semejanza.

Para satisfacer esta necesidad, para dar solución a este problema, para colmar entre nosotros este abismo que no hemos podido salvar en todo un siglo de inauditos esfuerzos, nadie ha contribuido tan poderosamente como Justo Sierra.

Nutrido en las enseñanzas de los educadores franceses, que a una reconocieron que el autor de las desgracias de la Francia era no el ejército, sino el maestro de escuela alemán, y que la patria sólo podría ser reconstruida confiándole al maestro tan importante misión, quiso, como ellos, imponer como obligatoria la enseñanza, mudar en laica la escuela, transformar al maestro en sacerdote, hacer de la instrucción una religión y al organizarla con sus evangelios por norma, con su iglesia por cimiento y con sus apóstoles por guías, fortalecerla y unificarla sin apartar de ella, y antes en ella dejando, radiantes como soles, la patria en los corazones y Dios en las conciencias.

Justo Sierra con la vela e industria suyas llenó este programa poniendo en él todo el esfuerzo de su inteligencia y todo el calor de su corazón; y a él como mentor en los estudios hechos, al preparar las leyes, y a él, como

orador en nuestro parlamento, al defenderlas, y a él, como el alma de nuestros congresos pedagógicos, al explicarlas, se debe la existencia de nuestra instrucción primaria, laica y obligatoria.

Salvado el principio, precisaba desenvolverlo de manera sistemática y dar cima a todos los trabajos fundamentales que hacía necesario su planteamiento.

El Estado tiene un imperioso mandato social para exigir la instrucción primaria y como una consecuencia natural de él, tiene el deber imprescindible de fijar de una manera definitiva los cimientos de la escuela para que eficazmente responda al objeto de su institución.

La instrucción laica y obligatoria, al crear la escuela elemental, ha menester señalar los sistemas de acuerdo con los cuales debe funcionar, trazar los métodos que habrán de seguirse para que sea fructífera, y marcar el procedimiento o sean las condiciones para que los métodos lleguen a tener su necesaria eficacia.

La escuela sin sistema, sin método y sin procedimiento, es un buque sin brújula, sin velas y sin timón, entregado a merced de las corrientes y de las olas.

Justo Sierra, en la memorable jornada de los congresos pedagógicos, cumplió aquella tarea que, sabiamente preparada y de una manera lenta y coordinada, dio por resultado la completa reconstrucción de nuestras escuelas primarias que son, sin duda, lo mejor que hemos hecho en materia de instrucción y aquello de que con más justo título podemos enorgullecernos.

Nuestra escuela, así establecida, es como madre cariñosa para nuestros hijos. Cuida de la salud de sus cuerpos y del equilibrio de sus espíritus; desarrolla las fuerzas de los unos y desenvuelve las facultades de los otros; pone en aquéllos la robustez para el trabajo y deja en éstos la materia para el ensueño, y a la vez convierte el estudio en regocijo, el deber en solaz, y en juego la disciplina, y es en ella pasatiempo la aspereza de la clase como es holganza la rigidez de los métodos, y de esta suerte enseñando truécase en medicina para nuestros yerros y en socorro para nuestra ignorancia, y es a la par consejo para nuestra labor y regalo para nuestros afanes, y como nos impone el orden sobre nuestras tendencias y el gobierno para nuestras aspiraciones, acaba por levantarnos sobre un alto nivel moral cuando nos inculca el respeto para el maestro, la devoción para los héroes y el amor para la patria.

Esa fue la obra de Justo Sierra.

No puso en olvido, sin embargo, la instrucción superior; que, para que la ciencia fuera la sustancia y médula de la enseñanza, quiso darle uniformidad y para ello levantó sobre todos nuestros institutos esa cúpula grandiosa y abrigadora que se llama la Universidad Nacional.

La Universidad Nacional constituye un organismo completo, que resume todas las energías de la vida científica de la República y que está llamada a realizar una labor de inmensa cultura nacional. Su acción está dirigida por las dos fuerzas preponderantes que él le dió; por la de los maestros que educan y dirigen, y por la de los alumnos que hacen conocer sus necesidades y exigen la satisfacción de ellas.

La Universidad abre sus puertas, cuando la familia ha educado y la escuela ha instruido, para elaborar con los frutos recogidos en ellas el cimiento poderoso de los que están llamados a constituir las clases directoras de nuestro mundo social, de nuestro mundo político y por ende de la Patria del futuro.

El autor de la Universidad pudo decirlo: "ella tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano, mantener siempre alto para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza. Esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, que se transmiten en su carrera las generaciones".

Si toda esa obra ejecutada por él es grande, le da mayor importancia la forma y manera en que la realizó. El está todo entero en ella con sus defectos y sus virtudes, con su talento enorme, con su bondad suma, con su ternura inmensa y con su dulzura inefable. Su obra como educador por eso fue toda hecha de amor, que si puso el alma en el cumplimiento de sus ideales, dejó también el corazón en su labor cotidiana y hubo de consagrar su vida entera al desempeño de su magisterio.

Y no podía ser de otro modo.

No se puede ser el mentor de toda una generación sin amor; porque sin amor toda labor educativa resulta estéril; que el amor es el talismán poderoso y la atracción invencible y el mágico resorte de la voluntad y el gran elemento de cohesión; y él supo amar y no supo hacer otra cosa sino amar.

Amó a los niños y al ver revolotear en ellos ese enjambre de augurios y presagios que los llena, a ellos les repartió su alma como un pan eucarístico; amó a la juventud y al contemplar en ella ese rayo de ensueño y de infinito que arde en su espíritu, que vuela en pos de todos los ideales, se dejó cautivar por sus enigmas y la amamantó a sus pechos; amó a los maestros y al reconocer en ellos a esos artífices de almas, que inundan de claridad todos los misterios e iluminan todos los abismos cubiertos de sombra, les infundió su espíritu; amó la labor suya y al comprender que constituía una fuerza poderosa para nuestro organismo social en formación, puso en su ejecución todas sus quimeras de poeta y todas sus intuiciones de pensador a fin de hacerla firme como una roca y perdurable como la eterni-

dad, y amó a la patria, porque antes que nada fue un patriota, y al mirar que ella era como el arca santa donde guardamos todas nuestras conquistas y todos nuestros amores, le mandó con su palabra la paloma mensajera que le anunciara los nuevos horizontes donde había de brillar el nuevo día. Y al calor de todos esos amores sintió que como en un crisol se fundía todo el oro puro de su alma y que libre de todas las escorias de la vida volaba para identificarse y palpitar ¡hermosa metempsícosis! en el alma de los niños, en el corazón de la juventud, en el espíritu de los maestros y en el seno de la patria.

Los hombres que consagran toda su existencia al desempeño de un gran apostolado hecho de verdad y de amor, los que resumen su vida en el cumplimiento de una misión altísima, la de iluminar porque son astros: los que en el cultivo de la divina poesía, a la cual se dan por entero, prenden una chispa de ideal en las conciencias sin la que resulta inexplicable este eterno afán de perdurar que a todos nos atenacea, sienten que el horizonte de su vida física se limita y se estrecha, pero que al mismo tiempo el de la vida intelectual se ensancha desmesuradamente; porque entonces ya no es la familia, círculo reducido, la que constituye, sino los creyentes, los sectarios, los admiradores, los apóstoles, todos aquellos entre quienes su luz se difunde, todos aquellos entre quienes su amor se reparte, todos aquellos que se creen beneficiados por su gracia y todos los que a la postre resultan contaminados de su fe, deslumbrados por su aureola y enamorados de su ideal.

Por eso no es la familia la que llora a Justo Sierra y la que con mano pródiga cubre de ofrendas su tumba; porque las lágrimas brotan de todos los ojos y las ofrendas caen de todas las manos de todos aquellos que formaron su gran familia intelectual, la que si no fue creada por él fue sin embargo la obra de sus triunfos como poeta, de sus éxitos como orador, de su gloria como historiador y de su fama como maestro.

Su gran familia se descubre hoy respetuosa ante él, al verlo pasar: Allí va: enorme, como un gran tronco de árbol a quien le fuese dado caminar lentamente, la cabeza pensadora echada hacia atrás como una cima augusta frente al sol, los ojos, de un brillo vivísimo, hechos para sondear los abismos de las almas, el gesto implacablemente burlón, la sonrisa dulcísima como el reflejo o irradiación de un alma buena y, como dijo Víctor Hugo de Mirabeau, con un movimiento colosal de hombros como el del elefante que lleva a la guerra su torre armada sobre las espaldas: la de su pensamiento.

LA LITERATURA MEXICANA *

Por Luis G. Urbina.

UNA afortunada casualidad me condujo al primer sitio en estas conferencias ideadas por una empresa editorial que, mirando desde cierta altura su función mercantil, ha comprendido lo útil que sería no sólo para ella, sino para un vasto grupo de personas cultas, sacudir el amodorrado pensamiento de los hombres de letras y estimular la producción artística nacional que, cada vez más encanijada y anémica, presenta el aspecto de un infante, atacado, desde su tierno desarrollo, por grave y hereditaria dolencia.

No a mis merecimientos literarios debo el inaugurar la serie de ocho conferencias anunciadas por la casa que nos hospeda en estos instantes; lo debo, como ya dije, a la fortuna de haber sido uno de los primeros en manifestar mi aquiescencia y ofrecer, de buen grado, mi concurso, para una obra que juzgué, desde luego, oportuna, amena, y quizás provechosa en esta época en que parece que la mentalidad mexicana, declina y se debate, intoxicada por el aire de pasión, de desesperación y de violencia, que, a plenos pulmones, estamos respirando hace mucho tiempo.

No quise, no he querido nunca permanecer indiferente al afectuoso llamamiento de las gentes que aun en un medio hostil, por sordo, a las manifestaciones de la vida superior se agrupan, a calentar, a desentumecer un aterido y olvidado ideal de belleza. Tengo, y no abandonaré nunca, la honda convicción de que el sentimiento de lo bello limpia los espíritus de miserias y maldades. Jamás dejaré de pensar que el arte puede hacer buenos a los hombres.

Así pues, aquí estoy sin humos de pedantería, como suelo estar siempre; pero, como siempre también, sin egoísmo y sin descorazonamiento. Escogí

* Discurso leído en la "Librería General" ya desaparecida, el 22 de noviembre de 1913. El dueño de la librería e iniciador de las conferencias fue D. Francisco Gamoneda. A. M. C.

para presentarme, un asunto sobre el cual he meditado largamente y que empecé a tratar no ha mucho, en un ambiente áulico, grato por costumbre, a mi corazón. Soy, y es este un título que cosquillea mi vanidad, un viejo maestro de escuela. Por eso mi palabra, van a notarlo ustedes, lo están notando ya, carece de atildamientos y donosuras. Mas en cambio, soy un buen buscador de expresiones claras, y frecuentemente las hallo con sólo seguir el curso de las ideas sin oponer a sus naturales corrientes, diques de retórica, ni falsas compuertas de elocuencia. Mi aspiración es trasmitir, en toda su integridad, el pensamiento que me posee. Y muy complacido me encuentro con mi pobreza oratoria el minuto en que siento que he despertado el interés mental de quienes me escuchan. No deseo ser admirado sino ser comprendido. Y en esta reunión que tiene apariencia de intimidad, de familiaridad, experimento cierta emoción de confianza, que me presta ánimo y robustece mi característica serenidad.

Nada nuevo voy a decir, quizás; nada trascendental y profundo; pero sincero sí, y personal, porque en ello pongo, completa y sin mácula, mi buena fe. Van ustedes a oír las aventuras intelectuales, las vueltas y revueltas, que por los aposentos del cerebro dio este amado tema del arte verbal y vernáculo. Mi narración no va a ser una Odisea de sabiduría, sino simplemente un Viaje entretenido de curioso investigador. Dichoso yo, si la atención con que ustedes me oigan, llega un instante siquiera, hasta el límite del interés. Gozaré, así, de la satisfacción de la abuela legendaria que ahuyenta el sueño de los niños, narrándoles la historia de la Bella Durmiente. (¡Y en verdad que es bella durmiente nuestra literatura!). Da principio mi cuento.

Literatura Mexicana. Desde luego me exaltó el tópico gastado, por incesantemente repetido: la Literatura mexicana, y en general todas las Hispanoamericanas, no son otra cosa que un reflejo de la peninsular, una familia de aquella antigua y nobilísima matrona, en cuyo seno se amamantan todavía, incapaces de nutrirse por sí mismas, estas débiles literaturas novocontinentales. Tardías en su desarrollo, imprecisas en su fisonomía, tales literaturas imitan por incapacidad de crear, los accidentes de la evolución de las letras en España y son algo así como la proyección de sombra de un cuerpo, como el eco que reproduce una voz.

Indudablemente que en este viejo concepto hay una verdad incontrovertible; estamos en la América Española, atados para siempre, en nuestra marcha hacia la civilización, por el vínculo inquebrantable del idioma. Cuanto pensemos en belleza imaginativa, cuanto lucubremos en filosofía especulativa, cuanto experimentemos en sensación o sentimiento, cuanto tengamos, en fin, que comunicar, que sacar a lo exterior en el natural esfuerzo de nuestros espíritus, lo expresamos en la lengua madre, en el lenguaje que definitivamente

nos da carácter en el mundo literario, y nos unifica con los demás pueblos que, en el árbol gigantesco de la palabra viva, forman una de las tres ramas de las lenguas romances, la más vigorosa, quizás, la más llena de savia, si bien no tan expresiva, flexible y amplia como la italiana, ni tan fina, sutil y primorosa, ni tan paciente y sabiamente labrada, como la francesa. Y por ser así, por estar vinculadas a perpetuidad, a una de las tres lenguas romances, tenemos derecho a creernos, a sentirnos, a ser una difusión más o menos remota, pero de virginales augurios, del alma latina. El español es la forma única que nos ha dado y nos dará, personalidad literaria en el universo de las ideas. Cualquier producto mental nuestro, ya sea blanda cera de fantasía, ya bronce duro y sonoro de verdad, ha de vaciarse en estos moldes maravillosos del castellano, para adquirir líneas efímeras o perdurables, de expresión. De esta suerte es como a virtud del uso perenne del vocablo, del giro, del modismo, de la formación analógica, de la trabazón sintáctica, de la muletilla y del proloquio, nos acercamos, en cognaciones incesantes, al espíritu de nuestros progenitores, al mismo tiempo que al espíritu de nuestros hermanos de América. Y es así como no sólo hablamos una lengua misma, sino que solemos coincidir en ideas y en sentimientos y ofrecer el caso de que mentalidades colectivas en los grupos de cultura de nuestros países, resulten, cuando se las compara, de una semejanza que se acerca bastante a una identidad. La paradoja de psicología de que el pensamiento es un lenguaje interior, está evidentemente fundada en una observación verdadera. Hablar habitualmente un idioma, implica una serie de operaciones cerebrales que nos obliga a afocar, por decirlo así, nuestros pensamientos de un modo determinado y peculiar. Hablar el castellano, es, en cierta manera, pensar y sentir a la española. Un misterio psíquico compenetra y cristaliza en una unidad indivisible la forma y la esencia, la voz y la idea, la materia y el espíritu.

De modo que es de absoluta certidumbre que en la sucesión de los fenómenos vitales, en la transformación biológica, étnica y social de las naciones conquistadas por el genio español, la lengua es uno de los más poderosos distintivos, una de las huellas más profundas, que nos dejó a su paso la dominación; y esa lengua, que, aprendida y difundida, con piadosa y sublime terquedad, por misioneros, por soldados, por doctores y por rábulas, por buenos y por malos, al través de trescientos años; esa lengua, que tratando de invadir las comarcas todas de los idiomas autóctonos, busca la realización, el ideal supremo de derivar las expresiones heterogéneas, por un solo y vasto cauce filológico; esa lengua nos subordina a la gran expresión que, a guisa de victorioso estandarte, lleva con orgullo una raza generatriz, y, por ende, nos hace tributarios de una literatura monumental y magnífica: la literatura castellana.

Es cierto, me dije: literalmente mexicana vale por imitación, reflejo, de-

rivación de las letras españolas. Y me puse a recordar los principales accidentes de nuestra existencia literaria, desde las primeras tentativas de aquellos frailes —selectos ejemplares de bondad humana— como el seráfico Gante, el admirable Motolinia, el erudito Sahagún, y el profundo Durán, pasando por los poetas latinizantes, y los eróticos, y los sagrados, del siglo XVI, que llegaron de la Península a esta Nueva España, trayendo en sus oídos y en su corazón rumores de las églogas de Garcilaso, y de las odas coruscantes de Herrera, y de la unciosa lira de Fray Luis, hasta la gloriosa aparición en Madrid del inmortal jorobado Juan Ruiz de Alarcón, y el prodigio estupendo de Sor Juana Inés de la Cruz, flor divina, flor del corazón, *Yoloxóchitl,* cuyo perfume exquisito trasciende todavía, envuelto en sutilezas culteranas, a cármenes paradisíacos. Y recordé también el arraigo lujurioso que en esta tierra extendió como prolífica maleza, la extravagancia que en el siglo XVII fue genial en Góngora y Quevedo y quebradiza y vacua, aunque ingeniosa y brillante, en Baltazar Gracián. Recordé la épica y la lírica coloniales, y vi cómo seguíamos los contornos y sinuosidades de las figuras retóricas, de los dibujos literarios, sobre el papel de calca de la imitación. Y ratifiqué: nuestra literatura es trasplantada, es genuina y netamente española, y en este terruño, mal que bien, echa frutos menos sápidos y fragantes y de gusto menos delicado que los que nos suelen venir de nuestra metrópoli verbal.

Sin embargo, a esta idea de la trasplantación, asocié —era preciso— la de modificación, la de alteración circunstancial, la de transformación, la de variación del tipo primordial, la de labor incesante de la naturaleza, que descompone en familias diversas los organismos, según las influencias del medio en que se desarrollan, sin hacerles perder los carácteres fundamentales de la especie.

Y entonces amplié mi observación y la dirigí hacia distintos horizontes. Como ustedes habrán podido conocer, no soy un hombre de ciencia, ni quiero disfrazar mis ignorancias con la pesada vestimenta del tecnicismo filosófico y científico. Mas la cultura superficial que poseo me ha permitido tener noticia de que la mezcla de estas dos razas, la aborigen y la conquistadora, que ha constituido el tipo del mexicano, del mestizo (llamémosle con el nombre evocador), ha producido alteraciones psicológicas que los sabios estudian ahora en el fondo de sus gabinetes. Medidas antropológicas, cálculos comparativos, investigaciones minuciosas, patentizan, según se dice, que la estructura corporal del mexicano, difiere del tipo español tanto como del americano. Fisiológicamente no somos ya ni éste ni aquél; somos otros, somos nosotros, somos un tipo étnico diferenciado, que no obstante, participa de ambas razas progenitoras, y una y otra luchan por coexistir, por sobrevivir en nuestro organismo.

Pues bien: —me interrogué— ¿por qué lo que acontece en el mundo fisiológico no ha de haber acontecido en el psicológico? Indudablemente que sí.

Esa misma mezcla, ese mismo combate, esa misma coexistencia se verifican en las regiones del espíritu y han acabado por producir un tipo psíquico, bien determinado y diferenciado, y paralelo al nuevo tipo fisiológico del mexicano.

Entonces vi a mi alrededor. Y atentamente me puse a hacer un somero análisis del ambiente nacional. Sacando mi reflexión de la literatura, la dirigí hacia otras ideas correlativas a la que servía de objeto a mis investigaciones: pensé en la arquitectura y en la música. Y pensé en ellas, porque, siendo individuales, interpretan menos los sentimientos personales que los colectivos o sociales. Nada retrata mejor a un pueblo, si atentamente se considera, que sus edificios y su música. La arquitectura —dice un esteta moderno— es una música de líneas; la música es una arquitectura de sonidos. Están destinadas a la colectividad, y muchas veces son anónimas. En ellas reside, como en ningunas otras de las bellas artes, el alma de un pueblo.

Si es así, recordemos nuestras viejas casas coloniales, nuestras viejas iglesias, nuestras viejas fuentes, y las encontraremos con su sello peculiar, con su aspecto característico, con sus rasgos distintivos, con sus elementos propios que hacen variable el conjunto y le dan una tonalidad que no es española ya, sino mexicana, para decirlo de una vez. Los materiales, el azulejo y el *tezontle*, combinados o aislados, contribuyen a peculiarizar las construcciones. Y enseguida el pormenor, la alteración caprichosa de los estilos, el labrado por el cual se desliza alguna greca precortesiana, la exuberante floración, la hojarasca de piedra de Churriguera, retocada aquí y allá por un deseo más vivo de ornamentación excesiva, tal cual *motivo* que recuerda vagamente el encaje de los *teocallis*, todo viene a peculiarizar la arquitectura de los tiempos devotos y fastuosos, durante los cuales se fue formando el espíritu nacional, ese que, difundiéndose y multiplicándose, ha de uniformar a este país tan interesante y tan desventurado, que está en peligro de perecer si no se logra al fin este magno propósito.

¿Y la música? Cuando oímos una canción lánguida, sensual y llorosa, una danza que dulcifica la voluptuosidad con una enfermiza ternura, una melodía simple y apasionada, que prolonga en gemebundos calderones, sus quejas triviales y penetrantes, ¿no decimos: esta música es mexicana? La guitarra andaluza no es rasgueada aquí para acompañar cantos muelles de pereza oriental, ni suspiros de amor gitano; aquí todo ello se transformó en la ardiente danza costeña, hecha con hervores de sangre africana, en la erótica y triste canción del *Bajío*, hecha con besos y lágrimas; en las *Mañanitas*, frescas y alegres como una aurora, en el *Jarabe Tapatío*, retozón, epigramático y picaresco, como un galanteo ranchero. Esta es otra revelación que nos distingue y nos desata los lazos hereditarios de España; el mexicanismo musical es completo. Canta, dentro de él, la sensibilidad popular.

Y si la arquitectura y la música revelan una clara diferenciación ¿por qué —volví a preguntarme— la poesía no abandona el regazo maternal y sigue en su primitiva servidumbre de imitadora de la Musa peninsular? Lo que sucede en la Plástica y en la Euritmia ¿por qué no ha de suceder en la Lírica y, en general, en la Literatura?

Con efecto: si observamos con curiosidad nuestros fenómenos literarios, hallaremos que sí se ha verificado la misma diferenciación, sujeta, naturalmente, dentro de la forma impuesta por la lengua. El vino no cambia los contornos del vaso.

Y como si las trajéramos de la mano, acuden a nuestra memoria, las alteraciones fonéticas que hemos verificado en el idioma. ¿No pronunciamos como nos enseñaron, o nos enseñaron mal a pronunciar? Hechas las investigaciones correspondientes resulta que la cuestión está resuelta de la primera manera: no pronunciamos como nos enseñaron; es decir, los grupos autóctonos que recibieron las primeras enseñanzas de la lengua, no alcanzaron a pronunciarla bien, extendieron y propagaron las alteraciones fonéticas. El caso, sin embargo, es interesantísimo. Todos los pueblos de América fueron reacios a la pronunciación castellana de la C, de la Ll, y de la Z. Y de tal manera se sustrajeron a esta pronunciación, que, después de algunas centurias, ni la pedagogía, empeñada en hacerlo, ha logrado restaurarla.

A este respecto las flamantes teorías lingüísticas, nos dicen que no es cierto que las modificaciones de pronunciación se deban a la fantasía o al defecto individual, sino que la inconsciencia de los fenómenos basta para demostrarnos, que una fuerza misteriosa, ignorada de los que hablan, dirige todas estas evoluciones. Que no son efecto del acaso, los cambios fonéticos que se producen, en una misma época, independiente e inconscientemente, entre millones de individuos. Que la causa de éstos es de naturaleza fisiológica, (el desplazamiento de los sentidos musculares, la llaman los alemanes) y consiste en la adaptación continua de las articulaciones vocales a las necesidades orgánicas.

Pero no sólo hemos alterado la pronunciación de la lengua, sino también el modo de cantarla, el aire, que de enfático y sacudido que es en boca del peninsular, es suave y dulzón y como apocado en nuestros labios. El español, alterado fonéticamente en las distintas regiones de España, sufre nuevas alteraciones de igual género entre nosotros; alteraciones mexicanas.

Las costumbres y los usos de la vida ordinaria nos han impulsado a modificar asimismo el vocabulario, introduciendo en él, castellanizados la mayor parte de las veces, nombres de utensilios, de lugares, de cosas, de frutos, de muebles, y enriqueciendo, en cierta manera, el léxico, con palabras que entran al acervo común y a las cuales abre, poco a poco, sus herméticas columnas, el Diccionario de la Academia.

La fonética alterada; el vocabulario enriquecido ¿y la poesía esclava? ¿Y la Literatura, inalterablemente imitadora y servil? Aquí tienen ustedes cómo no pude conformarme con la absoluta verdad, con el tópico gastado de que nuestra Literatura, no ha hecho otra cosa que seguir, a ciegas, como un niño asido a las faldas de la madre, el camino de la Literatura Española.

No puede ser, y no es, efectivamente.

Hagan ustedes memoria de algunas de nuestras obras poéticas más celebradas. Les notarán un especial sabor, un color y un calor, que difieren de los puramente españoles. Rememoren nuestra historia literaria. El siglo XVI con su ir y venir de cultura ibérica, con su flujo y reflujo de ambición y de piedad, se llena, con el trabajo de trasplantación de los elementos de la civilización europea. Teólogos, humanistas, políticos, educadores, emprenden la tarea de aclimatar en nuestro medio, la vida de ultramar. El verso, cargado de retórica, y la prosa, universitaria y altisonante, salían de los colegios, de las aulas, de los claustros, o bien, corrían a la imprenta, establecida aceleradamente, difundiendo la doctrina cristiana, historiando las curiosidades de la tierra recién conquistada, estudiando las costumbres y los idiomas de los pueblos sometidos, o vistiendo el jubón heráldico de la adulación, para pedir amparo y ayuda, de los poderosos. Las producciones que han recogido los eruditos —de Cristóbal Cabrera o de Cervantes Salazar o de Pedro Morales—, hechas con motivo de fiestas religiosas o cortesanas, tienen la marca española, como que no son otra cosa que viejos cantos castellanos, en un mundo nuevo. Los poetas de allende el atlántico llegaban con su carga de sueños y su bagaje de ilusiones: así vino Gutierre de Cetina, el orfebre de esa joya quinientista: el madrigal a unos ojos claros y serenos; así vino Eugenio de Salazar, el autor de la Epístola al insigne Hernando de Herrera; así vino don Bernardo de Valbuena, niño aún, y en él comienza a influir tanto el ambiente que de su poesía, dice Quintana, que es semejante "al país inmenso que lo acogió, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, y los tesoros con la escasez".

Mas ya en el siglo XVII, no sólo es el autor del Bernardo, el influido por nuestra vida americana, son todos o casi todos los que se dedican o aficionan a la carrera de las letras, y entre los cuales descolló con esplendores deslumbrantes, la *Décima Musa*. La algarabía gongorina llena nuestro siglo XVIII; pero al principiar el XIX la forma neo-clásica se apodera de las liras, y Fray Manuel Navarrete prorrumpe en anacreónticos melificados con almíbares de nuestros huertos. Y nos llega el romanticismo doliente, escéptico y lacrimoso, empapado en el llanto amargo de Espronceda; y Campoamor y Bécquer y Núñez de Arce, nos conducen por los vericuetos de la lírica, y sin embargo, a cada paso, a cada accidente, vamos señalando una diferencia-

ción poseída cada vez más, no diversa de la inicial, pero sí más honda y segura. Es que se robustece el dominio de nuestra individualidad literaria; es que venimos buscando y encontrando la expresión característica en nuestra literatura; es que desde hace trescientos años estamos elaborando las formas adaptables a nuestro espíritu colectivo y personal; es, en fin, que en la lengua que hicimos nuestra, como era preciso y natural, seguimos paralelamente las alteraciones fisiológicas y psicológicas de nuestro organismo.

Y el temperamento que es la resultante de estas alteraciones, se impone a la palabra y la plasma a su guisa, de acuerdo con sus necesidades. Mucho ha dejado en nosotros el alma española, casi todo lo ha dejado; pero por debajo de esta herencia, palpita, con energía avasalladora, un sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco, se juntan dentro de nuestros corazones, la tristeza del indio, la fiereza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura del aborigen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar, y para soñar, y para cantar.

Y estos son los elementos, los materiales, con que componemos nuestras obras literarias. Nótenlo ustedes. Si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que sin saberlo y sin quererlo hemos puesto de indígena en nuestro verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música: la melancolía. Mirando los campos de la mesa central, de un gris dorado y salpicado por los verdes florones de púas del agave; y las matas, de apretados discos de obsidiana, de las nopaleras; mirando nuestras largas llanuras inflamadas por el crepúsculo de la tarde, y nuestras montañas borrando su azul pálido en el horizonte, sentimos que en nuestro pecho se remueven obscuras añoranzas y vagas inquietudes, y nos sentimos impregnados de la hierática melancolía de nuestros padres, los *colhuas*. Una resurrección sentimental se apodera de nuestro carácter de novohispanos.

Y por eso nos inclinamos incesantemente a melancolizar nuestras emociones. A todo le echamos y le ponemos un tinte de melancolía; y no sólo en las cuerdas líricas, sino hasta en nuestros arranques épicos, hasta en nuestra gracia risueña, hasta en nuestro fugitivo humorismo, solemos poner una arena de esta melancolía. Perfumamos regocijos y penas con un grano de copal del sahumerio tolteca. ¡Qué profundamente sintió todo esto la atormentada Sor Juana, cuando escribió esta redondilla, que es un talismán de misterio:

Siento una gran agonía
por lograr un devaneo
que empieza como deseo
y para en melancolía.

Y torné a meditar, no ya en los fenómenos psíquicos de la raza, sino en los fenómenos sociológicos de la Historia. Y éstos me confirmaron que también habían servido como los otros para ayudar a la caracterización de nuestras expresiones literarias.

Aquí vuelve a hacerse necesario recordar. Desde el fenómeno de la Conquista, al del Virreinato, al de la Reforma, los movimientos sociales, conmoviendo los espíritus, han influido sobre las ideas y han alterado, por lo tanto, las formas literarias.

Ardua tarea será, sin duda, la de estudiar estas alteraciones, siguiendo el cauce de nuestra vida social y observando cómo, por efecto de un lento desarrollo étnico, va delineándose, distinta y característica, influída a la vez por la fatalidad psicológica, por la fatalidad psíquica y por la fatalidad histórica, nuestra variedad expresiva dentro de la unidad inconmovible de la raza. Es esta una de las fases, de gran trascendencia para lo futuro, del hispanoamericanismo, del destino de estos pueblos vinculados, por herencia, a un radiante pretérito, y, por tanto, destinados a un papel de primera importancia en los sucesos por venir.

Y si en conjunto, abarcando totalidades, se ve claramente que existe de por sí, una literatura mexicana, a la cual, ni cognaciones ni orígenes impiden poner una fisonomía propia, no demasiado marcada todavía, pero que acusa ya peculiares rasgos, en la observación pormenorizada, en el análisis particular, en la crítica de los diferentes tipos literarios, de los arquetipos representativos de nuestras épocas evolutivas, se confirma mejor tal vez esta diferenciación y se comprueba la tendencia a individualizarnos, por el natural esfuerzo biológico, que hacen todos los organismos en el momento de su desarrollo.

¿Qué diferencias substanciales hay entre el panalizado clasicismo de Meléndez Valdés y el indudablemente más empapado en miel de su imitador Navarrete? ¿Qué tesoro de ternura criolla puso Sor Juana en las sutilezas y extravagancias de su culteranismo? ¿Con qué divina sonrisa de mujer mexicana iluminó y ennobleció la pintarrajeada máscara gongorina?

¿Cuál es el valor positivo, dentro de los límites estéticos, de la aparición del *folk-lore* nacional con Fernández de Lizardi, Juan Bautista Morales, Guillermo Prieto y Angel de Campo? ¿Qué significa desde el punto de vista literario, el inspirado regionalismo de la *Musa callejera?* ¿Qué cantidad y emotividad de alma indígena pusieron en su amor a los clásicos Ramírez y Altamirano? ¿Cómo pasó Hugo por la alquitara de oro y cristal del corazón de Justo Sierra? ¿Hasta dónde Acuña abandonó a Campoamor y siguió solo su camino? ¿Qué puso Gutiérrez Nájera de vernáculo, al vaciar su espíritu en los moldes franceses?

Todos ellos son minuciosos problemas que es necesario plantear con pre-

cisión y resolver con cuidado, pues todos ellos muestran la propensión a formar nuestra personalidad literaria, a distinguirnos entre las unidades continentales, ramas floridas, que nutre con su robusto jugo, el tronco hispánico.

Yo quisiera entrar por este encantado laberinto de la crítica de nuestros versificadores y prosadores. Este jardín de poesía mexicana trasciende a flores nuevas, y podría yo espigar alguna linda rosa que le perfumara a ustedes la fantasía. Los sueños no sólo sueños son, como dijo escépticamente el gran dramaturgo; son muchas veces, balsámico consuelo de las tristezas y necesario olvido de las realidades.

Pero me parece que ya los he fatigado bastante, sin decirles cosa de provecho. La abuela nota que los niños están cansados de la monotonía del cuento, y discretamente se retira. Si volviere alguna otra noche, seguiría narrando las aventuras y desventuras de esta Bella Durmiente que se llama literatura mexicana.

LA CRITICA *

Por MANUEL G. REVILLA.

PROPONGOME tratar aquí, con la posible brevedad, de las teorías más generalizadas al presente sobre la crítica literaria, así como de las ideas que vienen prevaleciendo en la enseñanza de la literatura; cuestiones una y otra relacionadas entre sí tan estrechamente, cual si fueran dos afluentes de un mismo raudal. Del crítico ha dicho con hondo sentido un escritor moderno, que es un hombre que sabe leer y que enseña a leer a los demás, y del preceptista pudiera decirse que es analizador de aquello mismo que enseña.

Si bien la crítica considerada en toda su amplitud es la última de las manifestaciones literarias en el orden cronológico, pues que se la ve aparecer a favor de un maduro desarrollo intelectual, cuando una tradición literaria está ya formada y cuando todos los demás géneros se han cultivado; lo cierto es que el simple anotador de un libro, el modesto escoliasta, aquel que sabe leer entre dos líneas, ése es ya un crítico, y es de todos los tiempos. El comentario constituye como el complemento de la obra literaria, o, si se quiere, de la obra de arte; viene a ser como el consiguiente después del antecedente o como el fruto después de la floración. Donde haya un autor, ahí habrá quien le comente con mayor o menor extensión y más o menos acierto.

¿El comentario, empero, valdrá de por sí más que la obra comentada? El crítico no inventa, en la rigurosa acepción de la voz, como inventa o como crea el poeta; pero el primero necesita estar dotado de fino discernimiento, de maduro juicio, de gusto delicado, debiendo poseer, además, buena dosis de erudición y de cultura; todo lo cual no se hallará, por cierto, al volver del sendero. Por varios sobresalientes poetas suele aparecer un solo buen crítico. La creación tiene su valor, pero la comprobación lo tiene asimismo. Al don de juzgar contrapónese el del inventor.

---

* Discurso leído ante la Academia Mexicana de la Lengua, en las sesiones del 6 de julio y 3 de agosto de 1915, para optar su autor al título de Académico correspondiente de la Real Española.

Cuanto más grandes sean los aciertos que atesore una producción literaria tanto mayor habrá de ser el servicio que nos preste quien los desentrañe, los subraye, los ponga de resalto, a fin de que podamos gustar de esas bellezas por manera consciente, y de que nuestra admiración se torne, de intuitiva y fragmentaria, en razonada y completa.

La crítica aplicada a las letras puede ser por varios modos; desde la que considera las obras como meros hechos o productos, con respecto a los cuales hay que definir los caracteres y señalar las causas, haciendo constar y explicando el fenómeno artístico, hasta la que se contrae a examinar en detalle el mero procedimiento técnico; desde la que se propone situar la obra en la historia del género a que pertenece, mostrando las influencias que haya sufrido y las que a su vez, ejerza, hasta la que se eleva a apreciar las bellezas o a medir la dosis que de humana atesore la producción; esto es, las emociones que despierte y los pensamientos que sugiera; desde la que estudia la obra literaria como documento revelador de ideas, creencias, sentimientos, costumbres, instituciones, estado social, en fin, de toda una época, hasta la que rastrea y descubre en esa misma obra, la fisonomía espiritual del autor; desde la que clasifica los géneros literarios, hasta la que inquiere el substratum general en que coincide el arte literario con las demás artes bellas.

No es mi propósito tratar ahora, ni de la crítica filosófico-literaria, ni de la histórico-literaria, sino de aquella otra cuya atribución por excelencia es apreciar el grado de belleza que realizan las obras; o en otros términos de sentido más comprensivo, aunque la expresión pudiera parecer altisonante, aquella que mide la dosis de humanismo que haya podido alcanzar la producción literaria, supuesto que causar la emoción en el mayor número, es el blanco de la obra de arte y el signo seguro de su atractivo o de su encanto.

Con relación a esta crítica a que me contraigo, cabe preguntar, ¿cuál deberá ser el punto de partida, el fundamento, la piedra de toque para calificar de buena, de mediana o de mala una producción?

De tiempo atrás hállanse divididos los críticos en dos parcialidades o escuelas, que se han perpetuado hasta los días que alcanzamos, definiéndose y precisándose cada vez más las contrapuestas tendencias de ambas agrupaciones, una de las cuales ha tomado el nombre de impresionista, y de dogmática, la otra.

La aparición de estas escuelas se explica, como se explica la formación de tantas otras que no se ciñen a la pura crítica: de los antiguos y los modernos, los puristas y los gongoristas, los salmantinos y los sevillanos, los clásicos y los románticos, los idealistas y los realistas, los naturalistas, los parnasianos, los decadentes o simbolistas, etc., son resultado de temperamentos diferentes, de gustos personales, de preocupaciones, de pasiones, de rutinas, de la novedad y de la moda.

La crítica impresionista lo mismo que la dogmática tienen sus teorías peculiares y su especial procedimiento. Según los impresionistas, el crítico no debe dogmatizar sobre las bellezas; debe comunicarnos nada más que sus impresiones con respecto a las obras literarias, sin emitir juicio alguno relativo al valor intrínseco de ellas. No existe modelo ideal o tipo de los géneros; no hay procedimiento señalado para realizarlos; no hay, en fin reglas. Substitúyese el sentido individual al sentido común o general, al darse cualquier dictamen, y a lo absoluto reemplaza la noción de lo relativo en todo juicio que se formula.

"Las obras desfilan ante el espejo de nuestro espíritu", ha dicho Sainte-Beuve; y esta agraciada imagen la erige en postulado Julio Lemaître, que se propone únicamente anotar sus impresiones, sinceras, por todo procedimiento de crítica [1]. Y abundando en estos mismos conceptos, así es como se expresa Anatolio France en su animado y pintoresco estilo:

"El buen crítico es el que nos cuenta las aventuras de su espíritu por entre las obras maestras". Y en otra parte de su *Vida Literaria,* el mismo escritor asienta:

"No hay crítica objetiva como no hay tampoco arte objetivo; pues que todos aquellos que se jactan de poner cosa distinta de ellos mismos en sus obras, experimentan un engaño de la más falaz filosofía. Lo cierto es que nunca sale uno de sí mismo, circunstancia que constituye una de nuestras mayores miserias. ¿Qué no daríamos por ver durante un minuto siquiera, los seres que nos rodean, con los ojos de varias facetas de una mosca, o por comprender la naturaleza con el rudimentario cerebro de un orangután? Nos hallamos encerrados en nuestra persona como en una cárcel perpetua..."

Y luego prosigue:

"Es necesario que la crítica se penetre bien de esta idea: que de cada libro existen tantos ejemplares diferentes, cuantos son los lectores que obtienen el propio libro; y que un poema cualquiera o un paisaje, se transforman en cada ojo que los ve y en cada espíritu que los concibe". Este lenguaje tan seductor como atrevido dista apenas del de un escéptico y conforme al mismo, los dictámenes de la crítica tendrían la fijeza del oleaje que los vientos sacuden [2].

De plano habría que concederle la razón a Moratín si tilda de bárbaro a Shakespeare, lo mismo que a aquel que calificase de insípido pedante al

[1] Jules Lemaître, *Les contemporains.* Première Série.

[2] *Vie Littéraire.* Vol. II.

elegantísimo autor de la Elegía a las Musas; y habría, por último, que convenir en que no hay otro cristal para ver y para juzgar en punto a letras, como en todo lo demás, que el de la donosa dolora de Campoamor.

En breves palabras, para Anatolio France y colegas, una obra es buena, si agrada; y mala, si no gusta. No existe el mérito intrínseco e independientemente del contemplador, pues que todo es subjetivo en la existencia.

A estas brillantes falacias, así es como contestan los del campo contrario.

Reconozcamos de buen grado —dicen— que el crítico tiene el más perfecto derecho para referirnos sus personales impresiones; pero a condición de que al comunicarnos esas impresiones suyas, las conforme, las ponga de acuerdo con la naturaleza; porque entonces su crítica resultará humana tanto como dogmática; pues que, saliendo, por decirlo así, de su impresión meramente individual y penetrando al fondo de las cosas, habrá de decirnos, no solamente lo que él piensa y siente ante la obra, sino lo que con él debe pensar y sentir todo espíritu cultivado sobre esa misma producción.

Entendida por tal manera la crítica consistiría, no únicamente en comprender y en apreciar, sino también en juzgar acerca del valor estético.

El mérito de la obra literaria, afirman los dogmáticos, será proporcionado, indefectiblemente, al grado de permanencia y a la generalidad de los caracteres que exprese. Tanto mayor valor tendrá una obra, cuanto más humana sea, sin dejar de ser juntamente todo lo nacional y lo personal que se quiera.

Corroborando lo que precede, cabe afirmar que *La Ilíada,* lo mismo que las odas a Mecenas, el *Hamlet* o el *Quijote, El Lago* o *El Salmo de la vida, Un Idilio* o *El Tren expreso,* expresan pensamientos y sentimientos que interesan a los hombres de todas las edades y de todos los climas; pues esa poesía es tan humana como la griega y latina, española e inglesa, francesa y americana, a la par que ostenta el sello personal de sus respectivos autores; y cuantas obras tengan condiciones semejantes, habrán de alcanzar hoy y siempre el más subido precio, con el asentimiento o sin el asentimiento de los críticos.

Pero el ejemplo clásico que suelen presentar los que pretenden desconocer los principios de la crítica y niegan las reglas, es el de Lope de Vega. Lope de Vega, con efecto, hizo riza la tradición dramática consagrada por siglos, pues que rechazó los modelos de la antigüedad greco-romana; se desvió en un todo de la marcha seguida por sus inmediatos predecesores en el teatro; mezcló con lo grave lo festivo, prescindió de dos de las unidades reglamentarias: la de tiempo y la de lugar, sacando, como dijo Cervantes, o poco menos, a un niño en mantillas en la primera escena, y hecho ya hombre barbado en la segunda del primer acto, poniendo, además, la primera jornada en

Europa, la segunda en Asia y la tercera en Africa; mostróse poco escrupuloso en punto a historia, habiendo incurrido en confusiones y errores cronológicos de consideración; contra lo que aconsejaba Horacio, de pulir y repulir las obras, guardando los manuscritos por varios años, él improvisó sin tasa ni medida comedias y dramas, pues que,

Más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro;

y en suma, como el mismo Lope dijo de sí con gráfica expresión: cada vez que poníase a escribir, encerraba los preceptos bajo seis llaves.

Con eso y todo, Lope de Vega realizó en el teatro de su nación, la más completa y duradera revolución de que haya memoria; arrastró en pos de sí a los grandes ingenios compatriotas suyos que siguieron con frenesí su escuela; atrajo, sedujo, subyugó al público de su tiempo, que ansioso acudía a aplaudir sus producciones; sus contemporáneos saludáronle con el encomiástico mote de Fénix de los ingenios, que la posteridad le ha confirmado; España entera tornó en apoteosis sus exequias, y aquel su teatro idealista, movido por los mágicos resortes de "mi Dios, mi rey y mi dama" resurgió pujante en los románticos españoles del siglo XIX [3].

Este caso de Lope es por demás interesante, y merece que nos detengamos a examinarlo.

Contra todo lo que a primera vista pudiera creerse, yo pienso que Lope de Vega al realizar su sorprendente empresa, al poner en olvido a Plauto y a Terencio, a Sófocles y a Eurípides; al hacer punto omiso de los ejemplos que habíanle dado Simón Abril, Boscán, Pérez de Oliva y otros compatriotas suyos, sumisos imitadores del teatro clásico; al llevar al tablado el retrato insólito y fiel de próceres y capitanes, cortesanos y damas, villanos y labradores de la España medioeval, en vez de los obligados Orestes y Egistos, Hécubas y Polixenas de los grecizantes; al hacer completa abstracción de las socorridas fábulas mitológicas en los asuntos de sus comedias; al mezclar en ellas lo serio con lo burlesco; al adoptar, finalmente, los casos de la honra como principal móvil de las acciones en su teatro, Lope de Vega hubo de rendir parias al precepto primordial de toda la dramática, esto es, a la verdad misma, de acuerdo con aquella breve sentencia que dice:

Es la comedia espejo de la vida.

[3] Cánovas del Castillo. *Estudio del Teatro Español.*

Con el andar de los siglos, las costumbres, los gustos, las pasiones, los sentimientos, habíanse trocado en un todo, en los contemporáneos de Lope, que no podían sentir ni comprender los asuntos de griegos ni romanos, y sí impresionábales grandemente ver sus propias costumbres y pasiones llevadas a la escena, de las crónicas y leyendas nacionales que adoptó Lope por asunto de sus comedias.

Quizás el gran dramaturgo no columbró toda la trascendencia del cambio que había operado, y por eso decía que hablaba en necio al vulgo para darle gusto.

Mas no eran, ciertamente, los descuidos y atropellos del innovador lo que el vulgo le aplaudía. Lo que teníale embebecido, fascinado, señoreado, era la vida palpitante y llena de poesía que se reflejaba en las producciones de Lope; era la hidalguía castellana, que cual refulgente astro ilumina y magnifica el teatro español del siglo XVII.

Así pagaba tributo el osado poeta no ya sólo al principio literario de la verdad sino a la vez, a los de lo original y lo nuevo. Verdad, novedad, originalidad; estos tres capitales principios avaloran casi todas las comedias y dramas de Lope. Los descuidos y defectos de sus piezas, hacíanse irreflexivamente a un lado en gracia de sus extremados aciertos. Es el caso absuelto en las Poéticas:

Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis.

Quieren los enemigos de las reglas hacer aparecer a Lope en abierta pugna con toda la vieja preceptiva. Sepárase, cierto, en puntos secundarios; pero en lo fundamental, coincide con ella. Y es digno de notarse que por lo que respecta a los dos principales capítulos de su pretendida rebeldía, la adopción de asuntos nuevos y la mezcla de lo serio y lo festivo; una y otra práctica caben con holgura dentro de la Poética de Horacio. Con referencia a lo primero, dice así el pasaje del preceptista latino:

Respicere exemplar vitae morumque jubebo
Doctum imitatorem, et veras hinc ducere voces.

"Es indispensable que el escritor estudie la vida y las costumbres, las imite y las pinte con rasgos expresivos".

Y por lo que hace a la introducción de las burlas y las veras en una mismo pieza, de ello habla asimismo Horacio si bien, su lección, aparece en

este punto quizá menos clara, por las alusiones que hace a los orígenes del teatro y a las costumbres de los antiguos:

El vate que al certamen acudiendo
por premio disputó de su tragedia
sólo un vil padre de la grey cabría,
los sátiros después sacó a la escena
que agrestes divirtieron con sus sales,
amargas, pero dignas del poema;
pues con grato aliciente era forzoso
entretener, y con funciones nuevas,
a la turba sin freno que volvía
de las fiestas de Baco medio ebria.
Mas los chistes y burlas de los sátiros
con tanto tino fingirá el poeta,
de lo serio pasar a lo festivo
con arte debe tal, que no aparezca
en lenguaje vulgar hablando innoble
el dios o el héroe que con pompa regia
precioso manto de escarlata y oro,
momentos antes arrastró en la escena;
o huyendo el tono humilde, se encarame
del alto espacio a la región desierta.

Ahora, veamos en qué consideraciones propias dio apoyo el dramaturgo español a esa misma innovación suya:

Lo trágico y lo cómico mezclando
. . .
harán grave una parte, otra ridícula,
que aquesta variedad deleita mucho,
buen ejemplo nos da naturaleza
que por tal variedad tiene belleza.

Tan lejos estuvo de la mente de Lope de Vega el ser transgresor sistemático del orden literario, que existe, contrariamente a lo que se piensa, un completo paralelismo entre lo preceptuado en la *Poética* de Horacio y lo que establece Lope en su nuevo arte de hacer comedias.

Así, verbi gracia, tratándose de la unidad de concepción y de ejecución, capital requisito para la belleza en el arte, Horacio dice breve y sentenciosamente con relación a cualquier poema:

Sea, pues, todo plan sencillo y uno;

al paso que Lope, aludiendo al poema dramático, expresa:

Adviértase que solo este sujeto
tenga una acción, mirando que la fábula
de ninguna manera sea episódica;
quiero decir, inserta de otras cosas
que del primer intento se desvíen;
ni que della se pueda quitar miembro,
que del contexto no derribe todo.

Cierto es que el gran innovador comúnmente en la práctica no observó las unidades llamadas de lugar y de tiempo. No hay duda de que dichas unidades constituyen dos grandes recursos para la verosimilitud en el teatro; pero son condiciones de segundo orden, que de buen grado se excusan si otras cualidades brillan en la obra. Horacio no las menciona ni una sola vez en su *Poética;* y él mismo en la composición dramática, tratándose de su práctica personal, para la generalidad de los casos limítase a exigir: "Un solo interés, una sola acción, un solo desenlace; eso requiere, si ha de ser buena, toda composición teatral". Como se ve, no pedía más el clásico escritor.

De modo que si la unidad de acción ha de conceptuarse condición necesarísima para producir agrado, las otras dos unidades son dos convencionalismos, útiles, en ocasiones, para la mayor ilusión escénica, mas no indispensables.

Prosiguiendo el paralelismo entre las enseñanzas del poeta romano y del español, merecen notarse los pasajes del uno y del otro referentes a los interlocutores en la pieza dramática.

Lección de Horacio:

Si desmiente un actor con sus palabras
la especial situación que representa,
todo Roma, los nobles y plebeyos
a un tiempo reirán. Mucho interesa
observar si habla un dios, o si es un héroe,
maduro anciano, o en la edad risueña
fogoso joven, poderosa dama,
o bien nodriza a su negocio atenta,
modesto agricultor o comerciante
que corre aquí y allá plazas y ferias.

Lección de Lope:

Si hablara un rey, imite cuanto pueda
la gravedad real; si el viejo hablare,
procure una modestia sentenciosa;
describa los amantes con afectos
que muevan con extremo a quien escucha;
las damas no desdigan de su nombre,
el lacayo no trate cosas altas, etc.

Con relación a las conveniencias para la forma métrica que haya de emplearse según el asunto, indica Horacio:

En qué metro especial cantar podamos
de reyes y caudillos las proezas
y las guerras luctuosas mostró Homero.
La elegía al principio exhaló quejas
en desiguales números; más tarde
cantó también las conmociones tiernas.
. . .
Arquíloco se armó con rabia fiera
del yambo, que después el zueco humilde
y el gran coturno prohijó en la escena,
verso que en medio del murmullo se oye
y al diálogo y acción fácil se presta.

Y Lope por su parte:

Acomode los versos con prudencia
a los sujetos de que va tratando;
. . .
Las décimas son buenas para quejas;
el soneto está bien en los que aguardan;
las relaciones piden los romances,
aunque en octavas lucen en extremo;
son los tercetos para cosas graves,
y para las de amor, las redondillas, etc.

Podría ser llevada la comparación mucho más adelante; mas para mi intento basta con lo que dejo señalado. No he de omitir, sin embargo, lo que con tanta maestría y brevedad preceptúa el dramaturgo español, para el desarrollo de la comedia o del drama:

En el acto primero ponga el caso,
en el segundo enlace los sucesos,
de suerte que hasta el medio del tercero
apenas juzgue nadie en lo que para,
engañe siempre el gusto, donde vea,
que se deja entender alguna cosa
de muy lejos de aquel a que promete.

Por haber llevado Lope a la escena, junto con la fe religiosa, la vida y las costumbres de su pueblo, el sentimiento del honor, el valor, el respeto a la palabra empeñada, fascinó a sus contemporáneos; y algo muy semejante, aunque en otra forma, realizó en Francia Racine; pues si bien tomó él sus asuntos de la historia y la fábula antiguas, y a sus personajes llamólos Británico y Mitrídates, Andrómaca y Fedra, en realidad reflejó en aquéllos y en éstos, con la lucha de los afectos, desconocida entre los griegos, ideas, costumbres y gustos de su tiempo; a lo cual debióse que el trágico francés fuese admirado en gran manera, de los pulidos caballeros y filenas damas de la corte de Luis XIV. Pero si Racine se muestra de continuo en sus tragedias ponderado, ordenado, armonioso y sostenido, Lope de Vega, con su riquísima fantasía y su vena improvisadora, es muchas veces confuso, prolijo, atropellado y fatigoso. ¡Ah, si hubiera practicado el consejo de Horacio de guardar por nueve años sus manuscritos!

Declaremos, sin ambajes, que Lope fue el ídolo de su tiempo, que su renombre es resonante, que en la historia de las letras ocupa un lugar de los más prominentes. Con eso y todo sus mejores obras apenas se ven hoy día representadas y eso alteradas o refundidas, y sólo en España; los infolios que contienen centenares de las mil novecientas comedias que compuso, adornan los estantes de los bibliófilos o yacen entre el polvo de las grandes bibliotecas, y tal cual vez son buscadas y leídas por los eruditos que inquieren datos o pretenden estudiar el ambiente de una época, o por aquellos espíritus selectos que se complacen en la fluidez del diálogo de esas mismas comedias y en la donosura de su forma poética que la agudeza y el donaire esmaltan, aunque a veces obscurece y afea el conceptismo.

Para mí la explicación del desvío que hoy se tiene por las producciones del Monstruo de la Naturaleza, como en su tiempo fue llamado el autor de *Porfiar hasta morir,* está en no haber sido fiel en un todo, a las eternas leyes del buen gusto. Sus obras, por otra parte, no son humanas en el sentido lato de la palabra; fueron de una época y para un pueblo. Fuera de la España del siglo XVII, no han podido ser suficientemente sentidas ni gustadas sino en restringido sentido, y por quienes saben hacer abstracción de su

tiempo para colocarse en el del gran poeta. Lope de Vega no pertenece a la literatura del mundo, como Miguel de Cervantes pertenece.

La belleza artística, a pesar de harto generosas tentativas, no puede definirse. Soy de los que piensan que la belleza se siente y no se define; pero si a nadie le es dado definirla cumplidamente, pueden, en cambio, señalarse làs condiciones sine qua non de lo bello en el arte. Existe, en efecto, uno a manera de decálogo estético, así como existen los preceptos de la moral; y el transgresor del uno o de los otros, no puede quedar impune. La unidad, la variedad, la claridad, el orden, la proporción, la armonía, la naturalidad, la sencillez y la novedad han sido, son y serán los cimientos en que descansa el edificio de lo bello.

Agradar, decía Molière, es la mejor regla en literatura; convenido, podría replicársele; pero mal puede producirse el agrado si no es cumpliendo o realizando aquellas mismas ineludibles condiciones de lo bello; pues que como dijo Gómez Hermosilla doctamente: "Esas leyes no han sido dictadas en esta o en aquella época por la autoridad o el capricho de tal o cual individuo de la especie humana, en cuyo caso pudieran ser falsas o estar sujetas a variaciones arbitrarias. Son principios eternos y de eterna verdad, fundados en la naturaleza misma de aquellas cosas que son objeto de las artes; y de consiguiente, son tan invariables como la naturaleza [4].

Ahora bien, volviendo al punto de partida; a las parcialidades que se dividen los dominios de la crítica, observaremos que, al paso que los denominados impresionistas tienen porción de salidas inesperadas, de aserciones tan imprevistas como desconcertantes, que deslumbran por lo nuevo y por lo audaces, y con las que con facilidad se conquistan el asentimiento de muchos, pues esas afirmaciones suyas toman en ocasiones apariencias de verdades axiomáticas, los del opuesto campo, los dogmáticos, a la inversa, con su crítica sabia y ponderada, pero fingida e intransigente, y que suele tomar visos de pedantería enojosa, enajénanse los sufragios de aquellas inteligencias superficiales o ilusas que no calan al fondo de las cosas. En su procedimiento resultan mucho más hábiles los impresionistas; pero en la mera teoría, son sus contrarios quienes llevan la razón de su parte. El procedimiento de éstos paréceme como un vial uniforme, apenas amenizado por tal o cual ladera pintoresca, pero llano y seguro y que conduce al término; mientras que el de los primeros, semejaría un sendero quebrado que cruza por entre sotos, collados y recuestos; donde la variedad de arboledas, de breñales, de empinados riscos, halagan la vista, sí, pero que engaña y extravía a quien lo sigue.

Erigido como medida de los valores en arte el criterio del primer individuo que fuese, daríase el caso de que una obra maestra, y por tal concep-

---

[4] José Gómez Hermosilla, *El Arte de Hablar en Prosa y en Verso.*

tuada por veinte o más generaciones, pudiera con justo título, ser tildada de vana inepcia por tal o cual sujeto ignorante o falto de gusto, y su fallo sería tan respetable como el del más experto conocedor en letras. Un sordo constituído en juez de música o un daltoniano en colores... No otro sería el absurdo a que se llegase. Pues esto nada menos es lo que implican las teorías de los impresionistas. Mas, vengamos a un supuesto para conciliarlo todo.

Si por acaso el juzgador de poesía que ha de comunicarnos sus impresiones estuviese dotado de buen sentido, de delicado gusto, si tuviera intuitiva inclinación a lo claro y a lo proporcionado, a lo natural y a lo verdadero; entonces las apreciaciones de tal sujeto, sea quien sea y llámese como se llamare, pueden ser aceptadas sin el menor escrúpulo. De consiguiente, un Julio Lemaître, que se dice impresionista, pongamos por caso, comunicándonos sus personales impresiones sobre los escritores franceses contemporáneos tendrá que coincidir, indudablemente, ahora más ahora menos, en un criterio general, con Fernando Brunetière, cuando dogmatiza éste y juzga a los grandes autores del siglo de Luis XIV.

De donde yo colijo, como final consecuencia, que la crítica impresionista y la crítica dogmática no vienen a ser, en último análisis, sino una misma cosa cuando la ejercen eruditos de talento.

Desde que Víctor Hugo lanzó el grito de ¡guerra a la retórica y paz a la gramática! el menosprecio real o aparente por la preceptiva literaria día a día ha venido acentuándose. Casi al mismo tiempo que se oyera aquel grito subversivo o no mucho antes, refiérese que el poeta Quintana, buen conocedor del oficio, decíale en son de consejo al entonces joven Cánovas del Castillo: "de los manuales de retórica no lea usted más que los ejemplos". El insigne Campoamor, posteriormente, no tuvo el menor embarazo en poner en uno de los capítulos de su Poética, este paradógico epígrafe: "inutilidad de las reglas de la retórica para formar un estilo"; que Federico Balart comentó con donaire: "como si dijéramos, inutilidad de los preceptos higiénicos para robustecer el cuerpo". Y como un eco de semejante propaganda, amparada con nombres en verdad prestigiosos, en una obrita que sacó a luz en Méjico en 1913 un profesor universitario, y que lleva por título *La Enseñanza de la Literatura,* aparece una serie de atrevidos paralogismos, hasta hoy por nadie objetados ni contradichos, del tenor siguiente:

"La experiencia ha demostrado que es inútil el estudio de la preceptiva".

"No puede escribirse un buen tratado sobre estilos y géneros".

"¿De qué sirve dar reglas fundadas en obras pretéritas, si veinticinco años después, habrán aparecido elementos artísticos, no comprendidos en aquellas reglas?"

"Tan vano es dar reglas para producir belleza, como para producir fortuna".

"Ni Sainte-Beuve, ni Brunetière, ni Menéndez y Pelayo, han usado la nomenclatura retórica" [5].

No cabe duda: la causa de la preceptiva tradicional hállase un tanto comprometida, cuando se lanzan a la publicidad asertos de la osadía de los que dejo transcritos.

De hecho, no es un caso aislado que de las aulas se destierren y repudien los Manuales de retórica. Independientemente del prestigio de aquellos nombres que dejo citados, varios otros son a mi entender, los motivos que explican, ya que no justifiquen, el hecho a que aludo. Desde luego puede señalársele como causa el que, por no pocos años la enseñanza literaria se concretó exclusivamente a la preceptiva en abstracto, almacenándose en la memoria las reglas de los Manuales y descuidándose a la vez todo ejercicio de carácter práctico.

Por fin de cuentas y balances de los estudios de la asignatura podían sacar los cursantes, dos o tres años después de fenecido el curso, los nombres sonoros de los tropos y de algunas figuras; y cuando bien les iba, este o aquel precepto para la composición de églogas, tragedias y poemas didascálicos. Como nunca se ejercitaron en dar forma escrita a sus ideas, llegado el momento en la vida práctica de tener que hacer un discurso, por corto que fuese, de presentar un informe, de redactar una exposición o manifiesto, aquellas figuras ostentosas que habían leído en su texto de retórica, en nada los aliviaba, y otras más propias del caso no acudían a su mente angustiada, y las reglas de la tragedia, si por remoto evento les venían al magín, tampoco sacábanlos del duro trance. Y pues que la retórica no prestó en el momento urgido el menor servicio, ¿de qué podía servir la retórica?

Semejante género de enseñanza, limitado a la simple teoría, sin la más mínima aplicación, provino en mi sentir, en no pequeña parte, de que Gómez Hermosilla, árbitro por mucho tiempo en este ramo de la pública instrucción, intitulase su célebre tratado sobre la materia, que por entonces privaba en absoluto, *Arte de hablar en prosa y en verso*. Este título indujo a un error de trascendencia, casi el mismo error a que ha dado margen por años y años, el haberse definido la gramática "arte de hablar y escribir correctamente".

Así que, para muchos cerebros pedagógicos, bastaba aprenderse el texto de Hermosilla para que pudiera ser ya conceptuado humanista quienquiera que fuese. Ni más ni menos que para muchos ha pasado como verdad ma-

[5] Pedro Enríquez Ureña, *La Enseñanza de la Literatura*. México. Imprenta de Stephan y Torres.

nifiesta, que la gramática (que no hace ni puede hacer otra cosa que analizar el mecanismo de cada idioma y señalar determinadas formas de decir correctas), basta por sí sola para aprender una lengua, con total ausencia de la lectura, la conversación y el diccionario; olvidándose aquéllos y éstos de que la práctica de la forja es lo que hace al herrero.

Por otra parte, la compacta lectura del voluminoso texto de Hermosilla, apenas les dejaba espacio a los escolares para otra cosa que no fuera retener tanta definición, tanta clasificación, tanta polémica como contiene, así como casi en absoluto observen * la atención, la prolijidad del tecnicismo y aquella balumba de clasificaciones, de reglas, de excepciones, de excepciones de excepciones, etc., del principiante que se propone conocer de un cabo a otro la gramática, no quedándole vagar para la práctica del oficio.

Otra de las causas del descrédito de la retórica fue la estrechez de criterio de no pocos de los preceptistas, mantenida en parte, a favor de una prolongada rutina. Ni en el código de Boileau, ni en el de Gómez Hermosilla podían caber los románticos y menos aún otras escuelas; y conforme al criterio de los neoclásicos, la literatura de la Edad Media, ruda y embrionaria, si se quiere, pero avalorada en oro de lo más acendrado, venía a dar, sin remedio, al través.

La juventud aficionada que ávida y atropelladamente leyó cuantos libros de escritores del día llegaban a sus manos, dábase cuenta de ciertas bellezas de obvia percepción, que rebosan en esos libros por cima de la violación de ciertas reglas y ante la antinomia que en su mente se presentaba, entre los libros que lisonjeaban su gusto, aún no bien formado, y las reglas tiránicas, venía a la conclusión de que, a la postre, todas eran de repudiarse. Sólo el estudio reposado y una atenta observación ajenos a la edad habrían sido parte a sacarlos de este yerro, pero, en el ínterin, el error abría amplia brecha en los ánimos.

Víctor Hugo que como corifeo del romanticismo había tenido siempre cuentas pendientes con los neoclásicos, y que fue el oráculo de dos generaciones, hizo vibrar, cual otro Júpiter tonante, sus rayos inexorables contra la retórica con que se broquelaban aquéllos; y se mostró más indulgente con la gramática; pienso que ello debióse a su desmedida afición por las antítesis.

Boileau señalaba como ideal a los escritores de su tiempo, el amor a lo razonable, el culto a la verdad, el esmero en el trabajo y la perfección de la norma. Prescindió empero, del sentimiento, e intentó inmovilizar o poco menos, a la poesía, al exigir la imitación de los antiguos. Por esto, principalmente, lo combatieron los románticos; pero los parnasianos lo han re-

* Así en la copia de que se pudo disponer. A. M. C.

habilitado, al proclamar éstos el arte por el arte, el esfuerzo en el trabajo y la forma acabada.

Por lo que hace a Gómez Hermosilla que, después de los salmantinos lo atacaron con saña los primeros románticos españoles, por extremoso como crítico y como preceptista, y por haber calificado de delirante a Lope, de calenturiento a Calderón y de declamador a Valbuena, amén de otros pecados de que no se le absolvió nunca, a la postre ha sido repuesto en su buen nombre de preceptista docto por Menéndez y Pelayo, quien le llama, además, erudito lleno de agudeza y traductor magistral de la Ilíada [6]. Tal es el flujo y reflujo en las ideas, que no en vano los años transcurren.

Sea como fuere, nadie podrá negar que Hermosilla se muestra constantemente conocedor consumado de la técnica literaria, y que sus censuras contra Lope y contra Valbuena quedan en pie, por no tener réplica; por más que éste fuera escritor de talento y aquél uno de los más brillantes genios. Con la punzante crítica que Hermosilla esgrimió, aplicó un cauterio al mal gusto, plagas aquél y éste de la literatura española.

Los Manuales de Gil y Zárate, de Campillo y Correa, de Raimundo de Miguel, para no hablar de otros menos generalizados (podrían citarse asimismo los nombres de Campany y de Martínez de la Rosa, como preceptistas eruditos), que aparecieron con posterioridad al de Hermosilla, redujeron y simplificaron en la forma el de éste, y en el fondo diéronle más amplitud a su criterio; pero el método de enseñanza con este Manual o con el otro, continuó siendo el mismo: superabundancia de teoría y exigüidad de la práctica. Tal fue lo que se observó en las escuelas de España por dilatado tiempo, como nos lo hace comprender claramente (por si otros datos nos faltaran), el siguiente pasaje del discurso que el perspicaz y observador D. José de Castro y Serrano hubo de leer ante la Academia Española, el 8 de Diciembre de 1889. Ese elocuente pasaje es como sigue:

"Siempre que se ha promulgado en España una ley de Instrucción Pública, y por desdicha ha sucedido con demasiada frecuencia, he buscado la cátedra, no entre los estudios elementales, sino entre los de ampliación y coronamiento de una carrera, en que se enseñe a escribir. Se estudia retórica y poética entre los niños; ¡cómo lo harán! se explica elocuencia y oratoria entre los adultos ¡donosas deben ser esas enseñanzas! pero ni a los niños, ni a los adultos, ni a los doctores, se les da siquiera un curso de escribir con corrección y finura de estilo. Sucédele al arte de hablar bien para los que concluyen una carrera, lo que al valor entre ciertos militares: se les supone; mas al modo de que esta suposición no suele comprobarse en el

---

[6] *La Ilíada,* traducida por J. G. Hermosilla. Introducción de M. Menéndez y Pelayo. Biblioteca Clásica.

ejercicio de las armas, la otra suele comprobarse y no descubrirse en el ejercicio de las letras. Y cuenta, señores, con que el ejercicio a que aquí aludo no es el de los literatos solamente; el arte de escribir con propiedad y galanura es indispensable en estos tiempos lo mismo a los que redactan las leyes que a los que las aplican, lo mismo a los ingenieros que a los médicos, lo mismo a los que han de erigirse en autoridades de cualquier orden, como a los que han de ocupar un puesto en la administración o gobernación del Estado. Desde que los tribunales razonan sus sentencias; desde que los ingenieros y arquitectos redactan sus memorias; desde que los médicos y químicos abren públicos palenques sobre los adelantos de sus ciencias; desde que la vida gubernamental y administrativa se celebra como si dijéramos en medio de la calle, ninguno puede librarse de la crítica general por sus dotes de dicción, ni disculpar en este punto su aptitud deficiente, con el mayor deber a que otros estudios o meditaciones le llamaban: hoy es necesario saber leer y escribir.

"Reclamo, pues, desde este sitio, no para hoy, sino para cuando las circunstancias lo permitan, la creación de cátedras, siquiera en los estudios de amplificación o del doctorado, donde se curse el arte de escribir en la forma que la época actual exige".

La cita ha sido extensa, pero era necesaria.

Como Feijóo y como Le Bon que tantos prejuicios y supersticiones estigmatizaron con su pluma, Castro y Serrano, en las palabras que dejo transcritas, exorcizó sin mencionarlos, a esos dos fetiches, llamados la retórica y la gramática en abstracto, objeto del idolátrico culto de quienes les atribuyen el poder milagroso de que, con sólo sus reglas en abstracto se llega a escribir bien así en prosa como en verso. Pero los adoradores (por lo menos los de la gramática), prosiguen impasibles, colgando ex-voto tras ex-voto. . .

La enseñanza literaria en Méjico no era mejor que la de España: las mismas generalizaciones en el vacío con la agravante para nosotros de que aquí no se respira ese ambiente de arte, que hace allá de todo aficionado un escritor en agraz que bien pronto madura, a despecho de los vientos poco propicios de las aulas.

Gil y Zárate mostró en su *Manual de Literatura,* agrados más liberales y menos rigoristas apreciaciones que Gómez Hermosilla, amén de más alto sentido literario; y aun cuando sus ejemplos de la parte meramente de preceptiva, redújolos a los poetas de los siglos XVII y XVIII, dióle ya cabida al drama (en cuya exposición despliega desusada pericia), género que Gómez Hermosilla no tomó en cuenta; expuso en juicios imparciales los caracteres de las escuelas más en boga en su tiempo, y añadióle a su libro una útil y

galana sinopsis histórico-crítica de la literatura española, hasta los aledaños de los siglos XVIII y XIX, con trozos selectos de los autores.

La principal innovación llevada a su *Retórica y Poética* por Campillo y Correa, en mi concepto consiste en una juiciosa disertación acerca de la Metafísica de lo bello, a manera de introducción a la preceptiva.

En el Compendio de Raimundo de Miguel es digno de notarse que los ejemplos son ya más abundantes, variados y bien elegidos; que entre éstos figuran no pocos de los poetas del siglo XIX; que se incluyen varias composiciones íntegras y entre ellas un romance moderno, género, el del romance, proscrito por Hermosilla por vulgar y plebeyo y, en fin, que se concede mayor información, de la que era de rigor, a los recursos para la formación de un estilo propio. En el Curso elemental retórico y práctico de Raimundo de Miguel, hay claridad y sencillez expositiva, llaneza de lenguaje y marcada propensión a darles mayor alcance práctico a los preceptos.

No dejaré de mencionar, de paso, las producciones similares mejicanas, dos de las cuales debiéronse a dos miembros de esta Academia: al doctor D. Manuel Peredo, la una, y a D. Rafael Delgado, la segunda. El curso elemental de arte métrica y poética, del primero, en la modesta forma de catecismo en que aparece, contiene excelente y substanciosa doctrina sobre prosodia, métrica y poesía. En pocas líneas nadie acertó a explicar más cumplidamente que Peredo, las leyes del verso y los principios de las obras escénicas.

Del compendio de D. Rafael Delgado no diré más, sino que está enriquecido con numerosos ejemplos, algunos tomados textualmente de escritores franceses modernos. A estos dos apreciables trabajos didácticos puede agregarse el de igual índole, aunque más suscinto, de D. Tirso Rafael Córdoba, cuyos ejemplos están tomados exclusivamente de poetas mejicanos.

Cualquiera de tales textos podría llenar más o menos su objeto, a condición de que la enseñanza no quedase confinada en la pura teoría, sino que se hiciera extensiva a la lectura sistemática de los modelos y a los ejercicios de composición. La literatura es arte doblemente imitativo; por cuanto a que copia, o, más bien, interpreta a la naturaleza, y porque se ha de imitar aquello bueno que otros escribieron.

Los textos de literatura, si bien lentamente han ido evolucionando; y, aunque con leves variantes contienen lo mismo, puede notarse que en los más recientes se amplían más los puntos de índole práctica a expensas de lo meramente teórico.

Cuando D. Rafael Angel de la Peña consultaba por carta con D. Marcelino Menéndez y Pelayo, respecto al mejor texto escolar que a la sazón hubiese en España, y que le sirviera al primero para orientarse en el trabajo

que se proponía escribir sobre la materia, no otro texto se le recomendó por el docto crítico español, que el breve doctrinal de Estética de su maestro Milá y Fontanals.

Apártase tal compendio de los moldes consagrados, y es una concisa exposición de la filosofía de lo bello, con sentido y observaciones propias, conocimiento íntegro del proceso artístico en sus múltiples manifestaciones, y en el que se afirman los derechos del arte puro, desinteresado, que consagra la fórmula del arte por el arte, o mejor, la forma sin uso *.

Quien en mi sentir marca un cambio palpable en la enseñanza literaria de la Península, es Navarro y Ledesma, arrebatado prematuramente a las letras. Su enseñanza fue oral, y profesóla, aunque no por dilatado tiempo, en el Instituto de San Isidro de Madrid. Unas son las condiciones de la enseñanza meramente oral, y otras, bien diferentes, las de la enseñanza adquirida en los Manuales que el profesor explica. Las lecciones de Navarro y Ledesma han sido dadas a la estampa, y por ellas puede formarse idea aproximada de lo que fue su magisterio. Son dichas lecciones de carácter sintético y ostentan la rica erudición del autor, su precisión y buena lógica, no menos que los cambios que introdujo en los programas tradicionales.

Considera Navarro y Ledesma el concepto de la Literatura relacionado con las demás bellas artes; estudia las facultades del escritor, la educación o formación del mismo; sigue el proceso de la producción hasta verse realizada la obra; explica con detenimiento las formas generales de la evolución: la misma forma expositiva, la narrativa, la descripción y el diálogo; expone, en fin, con criterio muy personal, los géneros literarios. Pero, sobre todo, y éste es para mí su mayor acierto, comprendió e hizo comprender que mal puede enseñarse Literatura sin el trato constante de los buenos modelos; cosa que, no por haberla aconsejado luengos años há el poeta romano, dejaron de dar al olvido así profesores como estudiantes.

Por último, merece fijar la atención un original libro, cuya aparición no data de mucho, y que hubo de levantar entonces alguna polvareda. Ese libro es *El arte de escribir enseñado en veinte lecciones,* por Mr. Antonio Albalat, actualmente secretario de *El Diario de los debates* que se edita en París; escritor a quien he debido durante mi corta permanencia en Francia, la dulce y la agraciada, muestras de consideración que me complazco en recordar aquí con reconocimiento, y que me ha hecho simpatizar con el mismo escritor el doble título de ser él un espíritu egregio y copartícipe mío en ideas sobre enseñanza. Su mencionado libro es una hábil y briosa exposición de la técnica del escritor; en forma en gran manera práctica, por lo cual tiene todos mis sufragios. Con inusitada vivacidad Albalat rompe lanzas en contra de las

* Así en la copia de que se pudo disponer. A. M. C.

rutinas que por dilatado tiempo han prevalecido en las cátedras. Según lo anuncia y cumplidamente lo comprueba, su intento es enseñar el arte de la composición acompañándose de los buenos escritores. Es un anatomista tan firme como experto de las formas del lenguaje escrito, que va iniciando en los secretos del procedimiento y revelándoselos aun al más profano, en forma sencilla y clara. Sus ejemplos son de primera mano, y tienen todos la necesaria fuerza comprobatoria. La impresión que deja la lectura de este libro es la persuasión de ser mucho más llano de lo que generalmente se piensa, llegar a escribir con la debida corrección no ciertamente, dramas, y ni siquiera novelas, sino lo más usual para las necesidades del hombre culto.

He aquí en síntesis las doctrinas de Albalat:

"Leed cuando os propongáis escribir; leed si no sabéis escribir; leed en los momentos en que no acertéis a escribir; el talento no es más que la facultad de asimilación, y es preciso leer lo que otros supieron escribir, para escribir nosotros bien y ser leídos, a nuestra vez, de los demás".

Como ampliación y complemento de *El arte de escribir enseñado en veinte lecciones*, publicó el mismo autor otros dos volúmenes no menos interesantes que el primero, bajo el título de *La formación del estilo por la asimilación de los autores*, el uno, y con el de *El Trabajo del estilo enseñado por los manuscritos de los grandes escritores*, el último. Las mismas cualidades de claridad, de sencillez y de fuerza demostrativa que realzan al primero, aparecen en estos dos sólidos libros.

No sé si ejercería Albalat alguna influencia en la nueva orientación de Navarro y Ledesma; pero lo que aparece de manifiesto es que las innovaciones de aquél hallaron eco en Corlejón y de Toro y Gómez, quienes escribieron sendos textos inspirados en el del escritor francés, si bien las copias resultaron mucho menos brillantes que su modelo.

Para confusión de aquellos que niegan la posibilidad de que se escriban tratados sobre el estilo y los géneros literarios, no estaría mal ponerles en las manos los diferentes libros que han visto la luz sobre la materia. De todos modos, cabe argumentarles en esta guisa:

Si por estilo hemos de entender el carácter de la dicción, es decir, de la expresión hablada y escrita, del pensamiento, habrá que convenir en que, si bien hay ciertas condiciones involuntarias e ineludibles que entran en su formación, tales como el genio de la lengua, el temperamento del escritor, el asunto de que trate y las circunstancias de lugar y de tiempo, existen otras que a voluntad pueden adquirirse, y las que, sumadas a las primeras, constituyen el buen estilo, a saber: la elocución abundante y variada, la claridad

y la fuerza, la sobriedad y la concisión, la propiedad y la elegancia en la expresión de las ideas; todo lo cual, sin duda, podrá ser imitado de los modelos que al intento se elijan.

No menos cierto es que las formas generales de la elocución, así como los pensamientos, etc., están sujetos a reglas precisas e ineludibles, y cuya transgresión es signo seguro de fracaso.

¿Qué atractivo ha de hallar nadie en los conceptos inexactos o alambicados en los términos impropios, en las cláusulas claudicantes? ¿Qué agrado podrá tenerse, leyendo una exposición confusa, una narración prolija y desordenada, una descripción sin ningún relieve o rasgos característicos, un diálogo, en fin, lánguido y afectado? Pues la sana retórica enseña justamente a poner en todo escrito las cualidades contrarias a los expresados defectos.

Por enojoso que parezca entrar en tales minucias se hace preciso, en circunstancias en que hasta el tecnicismo literario se pretende desconocer o se tiene por inútil; como si no fuera verdad manifiesta que cada arte, como cada ciencia, necesita de un tecnicismo propio. ¿Concebís que un buen profesante o concursante de literatura ignore lo que es un tropo, lo que significa la armonía imitativa, lo que es una expolición? ¿Podrá alguien que aspire a buen versificador, ignorar las leyes del ritmo y estar ayuno de los términos, hiato, sinalefa, cesura y otros? Al criterio estrecho de la vieja enseñanza, apocada y yerta, reemplaza ahora el desconocimiento ostentoso de las doctrinas tradicionales, sin perjuicio de que, no pocos de los que hacen alarde de negarlas, se pongan a consultar, a hurtadillas y con avidez, los manuales de retórica en lo más recóndito de la casa.

Así, por huir de un extremo se ha venido a caer en el otro.

Aún repercute a través de los años el grito de Víctor Hugo, voz de orden para sus fieles legionarios. Pero teniéndose acaso en cuenta que no sería ni prudente, ni conveniente omitir en un todo de los planes de enseñanza, los estudios literarios, paulatinamente ha ido ocupando en determinados institutos el lugar de la retórica y la poética, la historia de la literatura en sus más variados aspectos. Así, todos los cursos literarios que al presente se dan en la Sorbona (denominación ésta con que, como es sabido, se designa a la Universidad de París) son de carácter histórico, crítico y filosófico.

Verdad es que en Francia la cultura literaria tiene por base el estudio más o menos profundo de los prosistas y poetas del gran siglo, donde por fuerza entra la Poética de Boileau con su cortejo de preceptos; a que han de añadirse los ejercicios de composición latina y francesa y explicación de los textos: práctica ésta que por allá se mantiene en la enseñanza secundaria. Semejante procedimiento en cierto modo compensa la omisión del estudio sistemático de los principios fundamentales del arte de escribir, en los cursos superiores. Pero este justo equilibrio de los franceses, no en todas partes sabe

guardarse. Mas dondequiera que tales conocimientos falten, de poco habrá de servir la llama creadora, para quien no esté iniciado en los secretos, modestos por lo que tienen de mecánico, pero necesarísimos, del estilo y de la metrificación.

La filosofía, la historia, la filología y la crítica, se combinan con la elocuencia personal y los originales puntos de vista de los expositores, en aquellos brillantes cursos de historia literaria de la Sorbona, algunas de cuyas clases se designan con el nombre de "Las grandes lecciones"; lecciones de rumbo y aparato, en que el auditorio está formado de un personal constantemente renovable de profesores mismos, de escritores, de periodistas, de aficionados, de curiosos extranjeros, de damas ilustradas, en fin, que se dan allí cita, para rendir el homenaje de su admiración a los mayores talentos contemporáneos de la Francia intelectual.

La historia literaria, empero, por fuerza reclama el examen de las producciones que en orden cronológico vanse sucediendo; así como la exposición de las doctrinas y de las escuelas que han aparecido al rodar de los años. ¿Cómo clasificar las obras de apogeo o de decadencia, sin hacer aplicación de los principios? ¿Cómo presentar las opiniones divergentes, los sistemas opuestos, los encontrados criterios, sin dejar traslucir un credo literario el mismo profesor? ¿Qué norma dará a los alumnos en orden a la apreciación del cúmulo de obras que irán desfilando ante su espíritu?

Para mí la historia literaria debe ser el coronamiento de la preceptiva y de la práctica de la composición: de otra suerte la instrucción quedará trunca, y los conocimientos literarios serán árbol sin raigambre que lo sustente.

¿A qué escuela literaria habrá que dar la preferencia? ¿Cuál de ellas puede reclamar la primacía?

Desconocer que bajo todas las escuelas se han producido obras maestras, sería negar un hecho patente. Todas han sido origen de renovación y florecimiento, y todas pueden presentar en favor suyo, títulos más o menos brillantes; pero hay una escuela que, sobre todas, se hace notar por la claridad, la disciplina y la elegancia; la de más rancio abolengo; cuyos prosélitos, por el puntual acatamiento de los cánones, realizan, por cima de todo, la belleza de la forma, lo mismo en sus lineamientos generales que en el más pequeño detalle, y cuyas producciones por llevar el sello del más armónico equilibrio son causa de un plácido deleite. Esa escuela es la clásica.

El efecto que en mi ánimo producen las obras de tal escuela lo comparo al que me causaría un atardecer sereno; cuando un manso viento mueve suavemente el ramaje y riza las linfas del lago, las nubes toman tenue color de amaranto, y Venus descubre su pálida lumbre en el diáfano azul; se oye el ronco cencerro que guía al aprisco, y los aromas de mil flores silvestres

nos llegan con la brisa. El espíritu entonces se arroba indefiniblemente... O para expresarlo de otro modo: la obra verdaderamente clásica tiene para mí el encanto de la conciencia tranquila.

Los románticos adoptaron la máxima de Voltaire por divisa: "es preferible a lo vulgar lo extravagante"; ha sido ley para los realistas la copia servil de la naturaleza, a riesgo de caer en lo repugnante; y para los prosélitos de Verlaine lo bello se confunde con lo raro; los clásicos han tenido por norte constante la sana razón y el buen sentido. Podrá tildárseles de frialdad, y de falta de sinceridad y colorido local a los neoclásicos; mas otros achaques aquejan a las demás escuelas. Al volver por los fueros de la originalidad los románticos diéronle el predominio a la fantasía sobre las demás facultades, lo que fue origen de inverosimilitudes sin cuento y de grandes incoherencias; los realistas, y mayormente los naturalistas, confinan en lo grotesco, y en lo enigmático, los decadentes. La escuela clásica ha sido la menos expuesta a graves extravíos.

En la teoría del clasicismo, que es la idealización de la naturaleza por la selección y simplificación del natural, tienen amplia cabida todas las bellas artes así como todos los géneros de la literatura.

Al rehabilitar los románticos junto con las cosas de la Edad Media, el sentimiento de la naturaleza y la pasión, renováronlo todo. Reivindicaron por suya la atrevida arquitectura de las catedrales góticas y los castillos semiderruidos del feudalismo; a la escultura imprimió el romanticismo enérgica expresión y movimiento; la pintura de todas sus preferencias no es otra que la del fuerte claro-oscuro y de los brillantes colores, si bien a expensas de la pureza de las líneas; llevó su influencia a la música con lo hondamente sentimental, lo atormentado y lo patético; y, exceptuada la tragedia propiamente dicha, cultivó todos los géneros literarios, inclusive el histórico y el oratorio. En esta grande amplitud de su heredad el romanticismo compite con el clasicismo; pero a medida que las nuevas escuelas se suceden, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el decadentismo, con sus nuevos códigos y doctrinas, vase estrechando cada vez más la jurisdicción de unas y otras escuelas sobre el arte.

Con la doctrina de la copia fiel de la naturaleza, pregonada por el realismo quedaron fuera de sus dominios la arquitectura y la música, artes las dos, por excelencia idealistas; así como las artes ornamentales, que son de por sí fantásticas. Tampoco la escultura en mármol o en bronce pueden ser realistas desde el momento en que la policromía en ambas se halla ausente; y sólo quedan en los dominios del realismo la pintura a lo Velázquez y a lo Courbet, en la cual lo supremo de la técnica encubre o salva la grande sencillez o la vulgaridad de los asuntos; así como en la novela a lo Balzac y a lo Zolá, y en el drama en que aquellas novelas se inspira, no es raro que

aparezca deformada la realidad, en fuerza de quererse abultar lo innoble y lo grosero en la pintura de la "bestia humana", y en que, por otra parte, el alarde minucioso de lo descriptivo llega frecuentemente a las lindes de la fatiga.

Y si tratándose de los géneros literarios el naturalismo no impera sino en la novela y en el drama, todavía se estrecha aún más la jurisdicción de la escuela decadente, confinada en la poesía lírica y en la prosa lírica asimismo. Difícil por extremo me parece que con el programa del decadentismo, de producir impresiones vagas e indefinibles, sumergiendo al espíritu en suaves ensueños, mediante las ideas intencionalmente veladas y la música de las palabras convencionalmente coloridas, pueda escribirse la severa historia, o logre la absolución de un reo un orador ante un jurado, o ganarse la votación en un parlamento. Todavía mucho menos factible me parece que teorías tales hallen aplicación, al proyectarse un edificio, al modelarse una escultura o al diseñarse un cuadro.

Así es que sólo los románticos han competido con los clásicos en amplitud de dominios. Pero los románticos y sus exageraciones pasaron de moda, como pasaron con las suyas Zolá y sus seguidores. Hoy Víctor Hugo, campeón de una escuela, Víctor Hugo que escribió volúmenes tras volúmenes, va quedando pretérito o poco menos; sus novelas que encierran innegables bellezas a trechos, se leen apenas, pues se reconoce y confiesa que en ellas se le da demasiada cabida a lo inverosímil, a lo exagerado, a lo falso; y sus dramas no se soportan representados; ni siquiera el *Ruy Blas* y el *Hernani,* que a pesar de hacerse en ellos (aunque involuntariamente se entiende), la caricatura del honor castellano, logró galvanizar Sahara Bernhardt por algún tiempo, merced a sus grandes dotes de comedianta; Víctor Hugo, que después de tronar contra la retórica ha sido calificado él ¡oh cruel ironía! de retórico, por Julio Lemaître, por insincero y vacío en mucha parte de su producción; vaciedad que encubre, al decir del crítico impresionista, con un manto de deslumbradoras imágenes. Obrero de la palabra le llama el mismo crítico, en quien la verbosidad ampulosa se sobrepone a la idea y al sentimiento.

Yo hallo por mi parte que la producción del parnasiano Heredia, toda madurez y concisión, toda primor y serenidad y acabamiento, es la antítesis del arte propagandista y aparatoso, aunque a las veces esplendente, del viejo Hugo.

La novedad siempre ha de ser cautivadora; y los humanos se hastían hasta de que se le llame justo al justo Arístides. Es propio de las costumbres el aceptar las modas en las letras como en otros órdenes de la vida; pero si la novedad es una de las condiciones para el atractivo literario, bien sabemos que no es la única, y las obras pasan más presto que una nube si otros méritos más firmes no las sostienen. Esos méritos, la madurez del fondo y la galanura

de la forma, constituyen el verdadero clasicismo; por eso es que el clasicismo perdura a través de las centurias y sobrevive a todas las demás escuelas, que aparecen y desaparecen. Toda obra sea de la escuela que fuere perdurará si es acabada en su forma; de otro modo, desvanecida la impresión de la novedad y de la sorpresa que se gasta o se disipa, esa producción a la postre cae en el olvido o queda para servir de documento. Sólo por el estilo la obra es inmortal.

Ayer como hoy,

Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
Resistiéndose al tiempo y al olvido,

como cantó Núñez de Arce; y de los dos peregrinos poemas homéricos irradian cuatro grandes literaturas.

Y pues que está hoy tan en boga la literatura en su aspecto de historia, voy a decir algo de carácter histórico. Las escuelas llegan y desaparecen, se suceden unas a las otras, conforme a este procedimiento; exaltando unos valores y olvidándose de otros, con tal precisión por cada escuela, con exactitud tal, que bien puede tenerse como ley tal fenómeno. El renacimiento iba en pos de la elegancia greco-romana y huyendo de la rudeza medioeval. La frialdad y sequedad que semejante imitación, por lo que tuvo de artificiosa, trajo consigo en algunas obras, y el postergamiento, si no siempre de la idea, sí del sentimiento cristiano, dio margen en toda la Europa culta al gran desbordamiento romántico (rival del otro pagano que habíale precedido), que exaltó la tradición cristiana, las costumbres de los siglos medios, y la emoción, la melancolía y el sentimentalismo. Como consecuencia de ese gran movimiento intelectual, extremóse lo fantástico, se falseó la verdad y se llegó a lo inverosímil. Aparecieron entonces los realistas poniendo un dique a las corrientes de lo falso; pero en esta justa y oportuna tentativa, el realismo y más aún el naturalismo, que es el realismo exagerado, vinieron a caer en lo vulgar y lo grosero. La aparición de los parnasianos seguidamente de los románticos y de los naturalistas, obedeció al doble anhelo de poner término al subjetivismo extremado de los románticos, y de contraponer una elegancia exquisita a la llaneza y vulgaridad de los naturalistas. Por último, y para no hablar sino de las escuelas en Francia que es de donde vienen las ideas, los decadentes, por medio de las sugestiones veladas, han buscado un correctivo, por decirlo así, a la impasibilidad deliberada de los parnasianos, y substituir el lenguaje preciso y diáfano de éstos por otro fluctuante o cifrado del que, en ocasiones, aquéllos solos guardan la clave.

Otro hecho no menos exacto puede comprobarse y es la supervivencia de lo clásico a través de ese aparecer y desaparecer de escuelas. Pues así

como en la antigüedad greco-romana y durante el período del Renacimiento floreció el clasicismo, así ha perdurado en la época contemporánea en cuantas son las manifestaciones del arte. La escuela clásica pone de resalto todos los valores, o lo procura al menos, y éste es el secreto de su longevidad florida. Larga habría de ser la serie de autores y obras de tal escuela, no distantes de la época actual, si me propusiera enumerarlos menudamente. Entre esos nombres de artistas, de escritores, de producciones, tan sólo he de citar algunos en corroboración de mi aserto. En arquitectura se destacan en su majestad imponente el Arco de la Estrella, en París; la Puerta de Brandeburgo en Berlín, el Palacio de Justicia de Bruselas; obras maestras del más puro clasicismo. En escultura, los nombres modernos de Cánova, de Thorwaldsen y de Bartolini, recuerdan, por lo selecto de las formas, la pureza de los perfiles y la suprema elación de las estatuas que modelaron y esculpieron, los nombres griegos de Agathias, de Myron y de Praxiteles; en pintura, los franceses Ingres, Glayre, Flandrín y Bougereau, el español Rosales y el mexicano Rebull son los dignos herederos del gran pintor de Alejandro; Gluck, autor de las óperas Alcestes, Ifigenia y Orfeo, por la fuerza, la elevación y la severa grandiosidad de su estilo, ocupa un puesto de honor en el clasicismo, y el clasicismo reclama por suyos, a Winckelmann y a Lessing, a Manzoni y a Carducci, a Lytton Bulwer, a Leconte de Lisle, a Taine y a Heredia, a Cánovas y a Valera, a Menéndez y Pelayo, Ventura de la Vega, Tamayo y Núñez de Arce; finalmente, al colombiano Miguel Antonio Caro y al argentino Calixto Oyuela, ambos preclaros críticos y poetas.

Que no está al alcance de todo escritor, por grande que sea el talento que se le suponga, el ser un clásico, es cosa obvia por demás. Asunto es este, como ya hube de expresarlo, del temperamento individual y de los gustos personales. La primera condición para ponerlo por obra es un completo equilibrio entre la imaginación, la razón y el sentimiento en el artista; y la segunda, que él mismo sienta un amor tal por la bella forma, normada por la euritmia, como la llamaban los griegos, que por buscarla y ser dueño de ella sufra las duras pruebas de la iniciación en los recónditos secretos de la rebelde técnica, hasta asirla, poseerla y domeñarla en lo absoluto; a la manera que el afincado caballero andante padecía privaciones y trabajos sin cuento y sostenía inacabables contiendas, hasta lograr adueñarse de la hermosa esquiva en quien puso el amoroso pensamiento.

El estudio de los tres insuperables órdenes dórico, jónico y corintio, forman la base de los conocimientos del arquitecto; las bellas proporciones y contornos purísimos del Canon de Policleto o del Marte Borghese, educan y depuran el gusto del estatuario que los contempla; inspírase el alumno de Apeles en las ideales figuras de Rafael Sanzio y en sus admirables agrupa-

mientos; las nítidas, delicadas e ingenuas sonatas de Haydn, de Mozart y de Beethoven, que ponen concierto y paz en el alma, son la norma de los compositores en música; la Ilíada ha de ser el eterno modelo en las letras. Por esto es que Gómez Hermosilla al haber vertido al castellano en magistrales versos libres y anotado con docto discernimiento aquel magno poema, prestóle un señalado servicio a la literatura española, tanto o mayor que al escribir su rígida preceptiva.

Voy a terminar; pero no sin poner antes la atención en el ambiente que me rodea.

Querría yo hacer aquí el más cumplido elogio de las letras como corolario de todo lo que dejo expuesto, y que al mismo tiempo sirviese de estímulo para su cultivo, a la juventud que piensa y que estudia (si por acaso llegare a leer las presentes líneas); aun cuando bien se me alcanza que cuanto yo diga en loor de las letras ha de resultar pálido y borroso, al lado de lo que de ellas escribieron: Cicerón en su defensa del poeta Arquías, y Salustio en el exordio a su historia de la Conjuración de Catilina. Sin embargo, como de lo que el corazón está lleno los labios rebosan, antes de dar punto al presente trabajo he de expresar algo en pro del arte de bien decir, del que soy, aunque mínimo, uno de los más fervientes devotos.

Asistimos hoy como testigos a un paso de la historia excepcionalmente crítico, tremendo y angustioso. El gran día de la ira parece llegado: pues ante la gigantesca y prolongada guerra que entre diez naciones a la vez se desarrolla, siéntese como si las siete copas de la ira de Dios hubiesen sido volcadas sobre el haz de la tierra. Ante lo que en el Viejo Mundo acontece y lo que aquí en nuestro propio suelo estamos mirando, nos preguntamos si seremos presa de una loca alucinación, pues que los acontecimientos toman apariencias de horrible pesadilla. Pero es la realidad, que sobrepuja al más brutal naturalismo. Si allá es lo trágicamente siniestro, acá presenciamos un desbordamiento de hombres cuasi primitivos. Los campos yacen yermos y el trabajo paralizado... Hemos estado incomunicados por varios meses con el resto del mundo, y el espectro aterrador del hambre se cierne sobre esta ciudad y sus moradores. Todo es violencia, miseria, rencores y venganzas, y el iris ansiado no hay signo alguno de que aparezca.

En tan fuerte tensión del ánimo producida por todo esto tan anormal que presenciamos, tomé la pluma buscando divagación y alivio, y escribí este discurso, para dar cumplimiento al deber que nuestro Instituto nos impone, si hemos de alcanzar los lauros académicos que en Madrid se disciernen; y las horas que invertí en trazarlo, me fueron de grata distracción durante la cual pude adormecer la tristeza. Pues en este hecho singular hago consistir mi mayor elogio de las letras.

Por algunos días labréme un castillo roquero, y en él tuve un seguro y

una tregua contra los mesnaderos que por fuera devastábanlo todo; y en vosotros, poetas y eruditos que me habéis escuchado, he tenido la sociedad y la compañía urbana y apacible, y por ello benigna, de los mester de clerecía de las pasadas edades; que no en vano han sido llamados humanidades y humanistas las letras y quienes las cultivan. Y este como prodigio débolo al arte, a cuyo poder obré en mí propio la ficción de Segismundo de *La Vida es sueño*. He dicho.

LOS MISIONEROS Y LOS JUDIOS *

Por LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

I

¡QUÉ ciertas y qué hermosas frases, las contenidas en la instrucción que trajeron los franciscanos del apostolado que presidía el santo varón Fray Martín de Valencia!

El Padre Angeles, su Ministro General y Siervo de toda la Orden de frailes menores, les daba, entre otros, los consejos siguientes:

"Inflamados con el amor de Dios y con el amor del prójimo, como con dos pies, corred por ese mundo: levantad la bandera de la Cruz en partes extrañas y perded la vida, si es necesario, con mucha alegría, porque aunque no convirtáis infiel alguno, sino que os ahoguéis en el mar u os coman las bestias fieras, habréis hecho vuestro oficio; vais a plantar el Evangelio en los corazones de aquellos infieles; mirad que vuestra vida y conversación no se aparten de él, y Dios hará el suyo: que ni el que planta ni el que siega hace algo, que sólo Dios es el que da el fruto..."

¡Ciertas y hermosas palabras que sintetizan la obra de los buenos misioneros; de los buenos misioneros que encabezó Fray Martín de Valencia, y de los buenos misioneros y de los religiosos, legos o mitrados, que los secundaron durante el siglo XVI, y, a la postre, en los siglos XVII y XVIII!

Por el amor de Dios y por el amor del prójimo, pobres, descalzos, con los hábitos raídos, sin probar a veces bocado alguno, sedientos otras, vejados o burlados por los conquistadores, muertos a manos de infieles, estos buenos misioneros recorrieron de un extremo a otro toda la extensión de la Nueva España, plantando y cultivando el árbol bendito de la Fe y del culto cris-

* Pronunciado en julio de 1917.

tiano, moralizando las costumbres libres de los aborígenes, sustituyendo los cruentos sacrificios humanos que enrojecían aras maculadas, por los augustos sacrificios de blancas hostias elevadas sobre altares límpidos, y laborando por cambiar todo el estado social del vetusto Anáhuac.

Ellos, los misioneros, fueron los verdaderos conquistadores, porque con suaves y persuasivas predicaciones se adueñaron del alma dolorida de aquel pueblo, antes esclavizada por la tiranía de sus señores naturales y dominada a sangre y fuego, después, por los soldados castellanos; y ellos fueron también los verdaderos y primeros propagadores del cristianismo, porque el buen Padre Olmedo y el bendito clérigo Juan Díaz, y algunos otros clérigos y religiosos que figuran en la época de la Conquista, más se ocupaban en las cosas terrenas que en las divinas, y se limitaron a derribar templos, a quemar códices, a quebrar ídolos, a preparar, es cierto, la obra de los misioneros, pero secundando la obra destructora de los conquistadores.

La civilización y el cristianismo en la Nueva España comienzan con la llegada, en 1522, de tres humildes frailes franciscanos: Juan de Tecto, Juan de Ayora y Pedro de Gante, que son los primeros en fundar escuelas y talleres y los primeros en difundir las nuevas creencias; se hacían entender por señas, gesticulaban y, envueltos por las espectantes multitudes, lloraban para conmover a los que querían convertir, miraban risueños hacia el cielo para indicarles que allí estaba la mansión de los justos; y aprendían, con enormes dificultades, esa nueva teología, que, como dijo uno de ellos, no conoció San Agustín: la intrincada teología de las lenguas indígenas.

Con el apostolado de Fray Martín de Valencia, en 1524 vinieron los nuevos plantadores y laboradores de la Fe y de la civilización, y después aportaron nuevas y nuevas barcadas de aquellos mansos siervos de Dios.

Y así llegan defensores ardientes de los indios, como el Padre Fray Bartolomé de las Casas, que aquí y en toda la América es el abogado contra todas las injusticias de conquistadores y encomenderos; Fray Toribio de Benavente, su émulo, por celo religioso, pero que trueca el apellido hispano por una palabra indígena: Motolinia; que revela su humildad, y que, iluso pero ingenuo, se precia de haber convertido y bautizado centenares de infieles indios.

¡Y qué ingenio no desplegaron los buenos misioneros para enseñar la doctrina! Ya en los atrios de las iglesias o ya en los mercados de las poblaciones, valiéndose de los niños como intérpretes; ya en los púlpitos de los templos o en los bancos de las escuelas, por medio de imágenes simbólicas, iban explicando a los neófitos los mandamientos, los sacramentos, las virtudes, los misterios y todos los pasos principales de la Pasión de Cristo. Con figuras jeroglíficas, como usaban los indios, les enseñan el Padre Nuestro, el Ave María, la Salve, el Credo y otras oraciones; y les hacen pintar con las

mismas figuras jeroglíficas, los pecados, para poderlos confesar cuando no entendían su lengua.

Y aparecen unos en pos de otros: Fray Antonio de Bassacio, el primero que enseñó latín a los indios; Fray Juan Caro, el primero que les enseñó la música y el canto; y el lego italiano Fray Daniel, el primero que les enseñó a bordar.

Pero en esta materia nadie como Fray Pedro de Gante, que con aquéllos y otros colaboradores les enseña a leer, a escribir, a contar y les hace aprender toda clase de oficios mecánicos: llega hasta mil, en una época, el número de sus discípulos, y dura en la noble labor de enseñar, cincuenta años, y cosa todavía más extraordinaria, sostiene los talleres y las escuelas con sólo las limosnas que le daban.

Y vienen los precursores de nuestra historia y de nuestra lingüística, como lo atestiguan los nombres ya consagrados de Toribio de Motolinia, Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Maturino Gilberti, Gerónimo de Mendieta, Alonso de Molina, Juan Bautista de Lagunas, Juan de Torquemada, y tantos otros autores de obras históricas, de artes y de vocabularios que, de no haberse escrito por ellos, hubiera perecido hasta la memoria de interesantes antiguallas y multitud de datos y noticias, como lo revela el estudio de aquellas obras.

Los misioneros, a la vez, pusieron los cimientos de la arquitectura colonial, con la edificación de hermosos templos, amplios hospitales, suntuosos conventos; fomentando las artes, pintando, labrando o tallando ellos mismos, y protegiendo a los artistas. Fray Francisco Tembleque, con su ingenio e industria, con extremado ánimo y perseverancia, que duró diez y seis años, levanta la famosa arquería de Zempoala, que proveyó de agua a los vecinos de ésta, a los de Otumba y a todos sus convecinos, porque de trecho en trecho, dejó alcantarillas por todo el curso del caño; y cinco de los mencionados años estuvo en edificar una altísima puente o arco por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca que se puede contar entre las obras señaladas en el mundo, y en estos cinco años vivió en la ermita que construyó para su habitación, llamada María de Belén, y en ella no tuvo otro compañero, sino un grande gato pardo que cazaba de noche en el campo, y al amanecer traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices.

Minucioso y edificante martirologio podría hacerse de todos los misioneros, pero bastará citar algunos franciscanos, ya que éstos fueron en mayor número, aunque agustinos, dominicos y religiosos de otras órdenes fueron también sacrificados. Los frailes y legos Pedro de Acevedo, Pedro de Burgos, Juan Calero, Bernardino Cossin, Antonio de Cuéllar, Francisco Doncel, Juan de Herrera, Francisco López, Juan del Río, Francisco Rodríguez y Luis Villalobos, murieron a flechazos, atravesándoles las saetas no sólo los cuerpos,

sino los ojos y los rostros; Andrés de Ayala y Francisco Gil perecieron degollados, y Francisco Lorenzo y un mancebo llamado Fray Juan, sucumbieron a macanazos; Juan de Palos fue víctima del hambre; Juan de Santa María dormía cuando le echaron para ahogarle una galga, y Andrés de Puebla, fue colgado de un árbol, azotado y asaeteado.

Y todos estos apóstoles de la buena nueva, tanto religiosa como civilizadora, emprendían largos caminos a pie, vadeaban ríos caudalosos, trepaban por altos cerros, se perdían entre enmarañadas selvas, rodaban por hondas barrancas y atravesaban solitarias llanuras o vivían impávidos entre las tribus bárbaras; y en el curso de sus ejemplares tareas, estudiaban los secretos de las plantas, la calidad de los animales, la riqueza de las piedras; inquirían el origen de las tribus y hacían exploraciones geográficas; escribían crónicas, itinerarios, derroteros; congregaban a los indios en pueblos, villas y ciudades; y cuando había conjuraciones y sublevaciones en contra de los españoles, ellos pacificaban a los alzados, aun a costa de sus vidas [1].

II

Tal es la ligerísima reseña que puede trazarse de la obra noble, abnegada y entusiasta de los buenos misioneros; pero, por desgracia, los frutos no perduraron ni correspondieron a las ilusiones que se forjaran aquellos benditos varones.

La aparente y rápida conversión se explica sin esfuerzo. Los indios al comparar la mansa actitud de los buenos frailes con la fiereza de los conquistadores y la aspereza de los encomenderos, las virtudes de unos y los vicios de otros, en bandadas acudían a las plazas y a los templos, para recibir las aguas del bautismo, aprender la doctrina cristiana en las escuelas establecidas junto a las primitivas iglesias, desposarse con las mujeres más amadas que tuvieron en su gentilidad, confesar los pecados auricularmente o por medio de jeroglíficos pintados con vivos colores en papel de maguey, recibir con toda unción el pan eucarístico, y asistir devotamente a las misas, sermones, procesiones y festividades; porque el culto cristiano, con sus imponentes ceremonias, su gran pompa y aparatoso ritual, los cautivó sobremanera; y quizá muchísimos creyeron o juzgaron estar convertidos, con sólo oír el canto y la música, que nunca habían oído, y ver las representaciones semiteatrales y religiosas que les hacían los misioneros en los extensos atrios, donde

---

[1] Todo lo dicho hasta aquí está inspirado en la clásica obra de Mendieta, y en esta parte de mi discurso, como en las siguientes, resumo lo que he expresado ya acerca de los misioneros en otros artículos y libros históricos.

de bulto les explicaban el nacimiento del Niño Dios, la adoración de los Reyes Magos y, uno a uno, los misterios de la Pasión de Cristo.

Por otra parte, los indios estuvieron dóciles a las predicaciones de los misioneros, ante la actitud pasiva de sus viejas deidades. Espectáculo extraordinario debe haber sido para ellos contemplar a un puñado de aventureros intrusos, que derribaban templos y dioses, sin que éstos se conmovieran indignados y castigaran con tremenda cólera y rayos fulminantes tan impías profanaciones; al considerar también cómo aquellos mismos atrevidos aventureros, colocaban imágenes cristianas en lo alto de los teocalis o en las capillas edificadas en los derribados cúes, sin conmoción tampoco de sus airados dioses.

Además, las para ellos nuevas deidades, no exigían sacrificios de niños, de mujeres y de hombres; ni los nuevos sacerdotes del flamante culto eran fieros y orgullosos, sino por lo contrario, venían en grupos, unos en pos de otros, humildes, descalzos, mal vestidos; y con palabras persuasivas difundían las cristianas creencias.

En breve, sin embargo, apagóse aquella llamarada de ardientes conversiones, avivada por el tizón del mal trato de conquistadores y encomenderos, y agigantada, hasta parecer incendio, por el óleo de la caridad evangélica de los frailes.

Los misioneros no fueron bastantes, ni en número ni en capacidad, para tantos y diversos neófitos; y sus sencillas pláticas e imperfecto ritualismo, adolecían, como era natural, de profundidad y validez; y los mismos niños indígenas que al principio emplearon de intérpretes, para introducir y propagar el cristianismo, a pesar de la viveza y talento que tenían y que les encomian los cronistas, no fueron aptos para hacer comprender los hondos misterios que entraña la religión católica, ni emplearon voces apropiadas para expresar ideas abstractas.

La festinación en convertir y en convertirse fue engañadora y común a misioneros e indios; y por lo pronto, ni unos ni otros, en su celo y ardor se dieron cuenta de que aquellas conversiones no eran sólidas, y que pasados los halagadores triunfos del momento, asomarían en breve las tristes desilusiones y las acerbas dudas.

Con los buenos misioneros aparecieron juntamente frailes y clérigos, cuya conducta no era nada edificante, y los recién convertidos pudieron observar el modo escandaloso con que vivían esos clérigos y frailes, que en los púlpitos y en los confesionarios decían cosas muy bien dichas y pensadas, y otras hacían, muy malas y contradictorias, en las sacristías y en las casas curales [1].

---

[1] *Publicaciones del Archivo General de la Nación.* Director: Luis González Obregón. III. *Procesos de Indios Idólatras y Hechiceros.* México, Tip. Guerrero Hermanos 3a. de Donceles, 81-1912.

Los fervorosos misioneros que, como Fray Toribio de Benavente, habían hecho alarde de convertir a centenares de indios, comenzaron a palpar la realidad descarnada, la aparente conversión de aquellas multitudes que habían recibido rociadas de aguas bautismales, que fueron sólo como lluvias pasajeras, que apenas humedecen la superficie de las tierras, ni hacen germinar ni fructificar los granos esparcidos.

Los misioneros, ya desengañados de su santo celo y sin igual candor, comenzaron a ser duros con los indios apóstatas y a reprenderlos públicamente en sus pláticas doctrinales, a azotarlos en los cementerios de las iglesias o en las plazas, a ponerlos en cepos o con grillos en los conventos, y a procesarlos en materia de fe como a judaizantes y mahometanos, hasta relajarlos al brazo seglar, para ser quemados vivos en autos públicos, como sucedió con el cacique de Tetzcoco; caso ejemplar que motivó la cédula redentora que exceptuaba a los indios de estar comprendidos bajo la jurisdicción del Santo Oficio.

El mismo venerable obispo y arzobispo Fray Juan de Zumárraga, a pesar de sus trabajos y escritos en favor de la raza indígena, tan humanos y elocuentes, que mereció le nombrasen protector de indios, al observar la pertinacia de los apóstatas, desplegó el mismo celo y ardor con que los había defendido, para formarles procesos inquisitoriales, sin prescindir del aparejo de las delaciones, del examen minucioso de testigos, de las amenazas de los encubridores, del secuestro de los bienes, de las declaraciones de hijos, padres, esposos, unos contra otros; del simulacro de las defensas; del auto público de fe en una plaza principal y en presencia de concurso numeroso y asistencia de autoridades; previo pregón que anunciaba el auto desde la víspera, con anatemas para los morosos en asistir y escarnio del pobre reo que había de salir vestido con sambenito, coroza en la cabeza y candela verde encendida en una mano [2].

Ante esta nueva actitud de los antes inofensivos religiosos, los indios que presenciaban atónitos estos autos, unos por no haber olvidado todavía del todo sus creencias y otros desengañados de las que sin fe habían abrazado, tornaron a las antiguas. Entonces sucedió lo que tenía que suceder. Los indios en los rincones de sus chozas, o en los templos arruinados, en el fondo de las cuevas o en la cima de los cerros, en el apartado silencio de los bosques o en las orillas de los lagos, prosiguieron impenitentes en sus idolatrías e incensaron otra vez a sus resucitados dioses, quemando copal y ofreciéndoles flores y aves en sacrificio, si no aun víctimas humanas. Entonces sucedió también, que los rencorosos y taimados sacerdotes del antiguo culto, que habían

[2] En las citadas *Publicaciones del Archivo General de la Nación*, vol. I está el proceso del Cacique.

visto desaparecer su poderío con la prontitud con que caían ídolos y templos, en secreto o en público, aprovecharon aquellos preciosos instantes de flaqueza en los aparentemente convertidos; y empezaron a refutar una a una las nuevas doctrinas y practicar las vetustas ceremonias idolátricas, haciendo que se veneraran las gentílicas deidades bajo la forma de imágenes cristianas, o sepultando los ídolos debajo de las cruces, en los atrios de las iglesias, o debajo de los altares, en los templos católicos, a fin de paliar así sus cultos paganos.

Nos queda un ejemplo, en Martín de Ucelo, indio procesado en 1536 y de quien aseguran los testigos, que andaba predicando por los pueblos cosas contra nuestra Santa Fe; y que cuando el dicho Martín veía ir a algún fraile a predicar decía: ¡Anda, anda, que yo iré después...! [1].

Y estos cultos disimulados persistieron durante las tres centurias del gobierno hispánico, y perduran aún en los sitios alejados de las grandes poblaciones; y todavía en los más afamados santuarios durante las grandes festividades los indios danzan y cantan al modo antiguo delante de las imágenes cristianas [2].

III

Los misioneros colaboraron mucho en las leyes que habían de amparar y proteger a los indios, por el mal trato y crueldad que recibían de los españoles y merecen por ello las mayores alabanzas.

Fr. Bartolomé de las Casas, Fr. Antonio de Cibdad Rodrigo, Fr. Julián Garcés, Fr. Toribio de Benavente o Motolinia, Fr. Juan de Zumárraga, Fr. Jerónimo de Mendieta y tantos otros humanísimos varones, en discursos elocuentes, en escritos o en libros llenos de saber y convicción, defendieron con vehemencia a los indios enumerando con valor uno a uno los abusos que cometían los conquistadores y encomenderos, los oidores y corregidores, los gobernadores y alcaldes. El Padre Las Casas fue el más distinguido e ilustre de todos ellos, pues desde que dio libertad a los indios de su encomienda, hasta su vejez, viajó, habló, escribió, arrostró las iras de los mismos reyes, altivo y valeroso, cautivó con su elocuencia y convenció con sus razonamientos jurídicos, de cuán injusta era la esclavitud de los indios; y después de haber consagrado toda una existencia y muchas fatigas en pro de la causa que sostenía, ya agonizante en Atocha, el año de 1566, suplicaba a todos que continuasen en defender los indios; y arrepentido de lo poco que había hecho en esta parte, suplicaba le ayudasen a llorar esta omisión, y estando con la candela para partir

---

[1] Publiqué el proceso en el Vol. III de las mismas *Publicaciones*, pp. 17 a 52.

[2] *Anales del Museo Nacional de México*. Tomo VI. *Idolatrías y Supersticiones de los Indios*. México, Imprenta del Museo Nacional. 1900.

de este mundo, protestó que cuanto tenía hecho en esta parte tenía entendido ser verdad, y quedaba corto al referir las causas que le obligaron al empeño... [3].

Pero en materia de leyes como de predicaciones evangélicas, los buenos misioneros se forjaron grandes ilusiones.

Las leyes beneficiosas a los indios, o no se cumplieron o les fueron perjudiciales. Para libertarlos del mal trato de los castellanos se les obligó a vivir apartados, lo que les impidió aprovecharse de la civilización española. La ley de bienes de comunidad, aunque no prohibía a los indios poseer tierras, les hizo, por la falta de costumbre de adquirirlas personalmente, perder por completo el sentimiento de la individualidad.

Los indios, dice el señor don Francisco Pimentel, no podían andar a caballo, ni portar armas, como los españoles, ni usar del mismo traje que ellos. Los conquistadores tasaban el trabajo del indio. Comparando el cuerpo social con el del hombre, se consideraba a los indios como pies, es decir, como la parte más inferior. En legislación se les contaba entre las personas que el derecho llama miserables. En fin, el mayor valor que se daba al blanco respecto del indio, podemos graduarle, sabiendo que en una declaración judicial el dicho de seis indios equivalía al de un castellano [4].

Cuanto los españoles trazasen para bien de los indios, decía en el siglo XVI Fr. Domingo de Betanzos, todo se les había de convertir en mal, y las trazas de su aumento habían de redundar en su diminución [5].

Aquellas leyes, en apariencia benéficas y en realidad perjudiciales; aquellas continuas acusaciones de los buenos misioneros en contra de las autoridades de la Colonia, presentándolos como monstruos de crueldad y avaricia, poco a poco, lentamente, fueron apartando más y más al indio del español, y engendrando en contra de éste una suma desconfianza y un odio que muchas veces estalló en motines populares, en que fueron asesinados los alcaldes de los pueblos; o en sublevaciones de carácter general, que comenzando con una especie de guerra santa, para tornar a los antiguos ritos y creencias, asumía

---

[3] Cepeda, Fr. Gabriel. *Historia de la Milagrosa y Venerable Imagen de N. S. de Atocha, Patrona de Madrid.* Discúrrese sobre su antigüedad, origen y prodigios en defensa de los individuos interesados en vejar y explotar a los indígenas, y en presencia de dos graves cronistas. En la Imprenta Real. 1670, p. 321.

[4] *Memorias sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarlas.* México. Imprenta de Andrade y Escalante. Calle de Tiburcio núm. 19.—1864, p. 184.

[5] Fr. Agustín Dávila Padilla. *Historia de la Provincia de Santiago de México por la Orden de Predicadores y la vida de sus varones insignes y cosas notables de Nueva España.* Edición segunda. En Bruselas, en casa de Francisco Vivisu, en el Buen Pastor. MDCXLVIII, p. 102. Debo advertir que esta edición es la misma de Bruselas del año de 1625 con solo el cambio de portada. Conozco además la de Madrid (1596) y la de Valladolid (1624).

después el carácter de una guerra de castas contra la gente hispánica, ya fuera ésta secular o religiosa, muriendo no poca degollada, asaeteada o crucificada [6].

La actitud del indio se había modificado por entonces, pues ya no era el indio de los tiempos de la Conquista, ni el que había recibido a Cortés y a sus soldados como libertadores de la tiranía de Motecuhzoma, y a los buenos misioneros como redentores de los sanguinarios sacerdotes de sus ídolos.

El Padre Fray Francisco de Avila, de la Orden de Menores franciscanos, escribía en 1717 lo que hubo de sentir y observar, siendo cura de indios, y me permitiréis, señores académicos, que extracte aquí sus exactas y pintorescas frases.

"Lo primero, dice, que es común proloquio, o práctica común, que los indios pobres son los que a muchos enriquecen. Son hambrientos, que hartan: desnudos que visten. Son los más útiles y necesarios de todo el Reino, porque ellos labran los campos para las siembras, recogen las semillas para el sustento, amasan el pan que se come, hilan y tejen para los vestidos, y con ésto hacen ricos a los labradores, obrajeros y panaderos, cortan y labran las maderas para los edificios, cargan la piedra para las fábricas, asean y limpian las ciudades; las proveen de semillas y legumbres; mas todo esto lo hacen como forzados y porque son de ánimo servil, y no se avergüenzan de exercitarse en oficios viles, aunque sean bien nacidos. Comen sin asco y viven sin vergüenza. No sienten agravio, ni agradecen beneficio.

"Aun con ser assi, es necesario vivir con gran ayuda entre ellos; pues les haze poco levantar a su cura una quimera, aunque sepan que han de ser cogidos en su mentira, sin temer el castigo... Para divertir cualquier pesar que los apura, beben hasta caer en la taberna.

"Los más celosos curas que enseñaban la doctrina cristiana —continúa el Padre Avila— eran los más calumniados; porque huyen los indios de forma de la enseñanza de ella; transfundiendo esta enfermedad del alma a sus hijos, pues desde pequeños los enseñan a huir, ocultándolos para que no los lleven a enseñar la Doctrina sus Ministros.

"Para hazer una delación o falsa acusación, hazen junta de los Principales, nombran testigos y los instruyen en lo que han de jurar; embriáganse todos juntos, echan derramas, juntan dinero y gallinas; vístense de la ropa más rota para aparecer ante los jueces, lloran, se lamentan y assí hazen creíbles sus imposturas, porque se compadezca de ellos el juez.

"No agradecen beneficio, porque aunque su cura les haga mucho bien,

---

[6] Véase mi obra intitulada *Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret.

ellos le solicitan su mal; al contrario, a quien les hace agravio, porque a este es a quien le temen. . ."

El Padre Avila aconseja a sus correligionarios los traten imperiosamente: "háblenles, dice, con imperio, niéguenles asiento, háganlos hablar en voz baja y sí en tono, con la manta amarrada sobre el hombro, y no suelta. No les consientan tomar polvos, ni chupar en su presencia. . . Su Monarcha Motecuhzoma le dixo a Cortés que eran llevados por mal, que es prueba de lo que llevo dicho, y la experiencia lo enseña; porque sólo obedecen a los que tienen mando de justicia; y si obran algo por otra persona que no tenga este dominio es por el interés o por la mira de hurto; y assi no viendo remuneración temporal en las cosas espirituales las executan con tedio y las hacen por fuerza.

"Por último, con el favor son audaces: son como niños que se engañan con el dulce y se espantan con el azote. Son ábiles, discurren muy delgado en materia de su negocio. Saben poner la ocasión de la culpa para dar un tapaboca. Con una poca de fruta o una gallina, engañan al más hábil, y assi no es bueno recibir sus agasajos, porque traen consigo envuelto un veneno para el alma y para el cuerpo; y meten en empeños que no es fácil salir con bien de ellos" [7].

Compárese esta verdadera e imparcial pintura de los indios coloniales con la que hicieron los primeros cronistas misioneros, guiados por su compasión y celo religiosos, y se verá cuán fantástica fue la de éstos y qué real aquélla dictada por la cuidadosa observación y la experiencia adquiridas.

Ni los sermones cristianos les habían hecho olvidar a sus vetustos dioses, ni las leyes aparentemente llenas de exenciones y privilegios habían hecho cambiar su estado social y sus costumbres. Eran quizá más brutalmente idólatras y más serviles: habían perdido la virilidad de los soldados de Cuauhtémoc y eran tan pusilánimes como los cortesanos de Motecuhzoma.

¡Con cuánta razón los más distinguidos pensadores de la Monarquía Española, al considerar lo infructuosas que para la regeneración de los indios habían sido las leyes, desesperaban de hallar remedio! ¡Qué máxima tan sabia la del Venerable Gregorio López, a quien preguntándole qué se podría hacer que a los indios fuese más cómodo, respondió: ¡Dejarlos! [8].

---

[7] *Arte de la Lengua Mexicana y breves pláticas de los misterios de N. S. Fe Católica, etc.* En México por los Herederos de la Viuda de Miguel Rivera. Año de 1717. Véanse las hojas preliminares.

[8] *Política Indiana,* compuesta por el señor don Juan de Solórzano y Pereyra. En Madrid. En la Imprenta Real de la Gaceta. Año MDCCLXVI. Tomo Primero. Libro II, Capítulo XXVIII, 5. p. 207.

Pero el que resume la cuestión con la sabiduría que le era tan genial, es nuestro erudito don Joaquín García Icazbalceta, y no quiero continuar mi discurso sin reproducir antes las memorables opiniones de tan sabio escritor. "La inferioridad de la gente vulgar mexicana —dice— fue notoria desde luego, y patente el peligro que corría de desaparecer del todo. Para evitarlo no halló el gobierno otro medio que el de aislarla casi por completo, tomándola bajo su inmediata protección. Error funesto, de origen laudable, que junto con el de haber introducido los negros, nos ha traído los males consiguientes a la existencia simultánea de diversas razas en un mismo suelo. Aquella protección continua apartó a los indios del trato con los que habrían podido ilustrarlos, les quitó la energía que la necesidad de la propia conservación despierta hasta en el más tímido, y aniquiló, por decirlo así, su ser individual, absorbiéndole en el de la comunidad; era un niño sujeto siempre a la patria potestad, y nada hacía por sí solo. Su legislación especial le protegía y le sofocaba: a la sombra de ella se desarrolló ese espíritu tenaz y exclusivo de raza, que no desaparece, a despecho de leyes y constituciones. El indio jamás aprendió a obrar por sí, y hasta hoy, nada sabe hacer sin juntarse con otros, dando a sus acciones, aun las más inocentes, un aire de motín. Si el gobierno le hubiera dejado entrar a tiempo en la circulación general, y emprender la lucha por la vida, para la cual no es tan impropio como parece, en vez de conservar un sistema, bueno en los principios, malo después, la raza habría tal vez desaparecido desleída en la nación pero no los individuos, y otra sería hoy la constitución de nuestra sociedad. Las leyes, lo mismo que los hombres, deben desaparecer de la escena cuando su papel ha terminado" [10].

¡Qué acuciosos y qué perseverantes fueron los buenos misioneros al aprender las lenguas y dialectos indígenas para poder enseñar y propagar el cristianismo! Refiere uno de sus cronistas más notables, Fray Gerónimo de Mendieta, que a la llegada de los primeros franciscanos, éstos se vieron muy afligidos y sin consuelo, pues deseaban y procuraban saber la lengua y no encontraban quién se la enseñase: que entonces acudieron a la oración, el refugio constante en sus grandes penas, "y púsoles el Señor en el corazón, que con los niños que tenían por discípulos se volviesen también niños como ellos, para participar de su lengua. Y así fue, que dejando a ratos la gravedad de sus personas, se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación. Y traían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo el vocablo al indio, escribían-

---

[10] *Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México.* Estudio Biográfico y Bibliográfico. México. Antigua Librería de Andrade y Morales. Portal de Agustín, No. 3.—1881. Pág. 170.

lo, y al propósito que lo dijo. Y a la tarde juntábanse los religiosos, y comunicaban los unos a los otros sus escriptos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos y el romance que les parecía más convenir. Y acontecíales que lo que hoy les parecía habían entendido, mañana les parecía no ser así" [11].

Posteriormente, los niños españoles ayudaron de una manera más eficaz a los buenos frailes, y mucho gusto tuvieron al saber que una española que había venido con su esposo recientemente consumada la conquista, y ya viuda a la sazón, tenía dos hijos pequeñuelos que habían aprendido la lengua náhuatl, por el trato continuo con los muchachos indios. Pidiéronle, por conducto e influencia de Hernán Cortés, a uno de los niños, y dióles ella de buena gana al mayorcito, llamado Alonso, quien cobró tal afición a los religiosos que, como otro Samuel, ya no volvió a la casa de la madre; y les servía tanto, que iba con los frailes como intérprete, de pueblo en pueblo, y predicaba traducidos los sermones que le comunicaban. Este niño cuando creció, tomó el hábito franciscano, fue conocido con el nombre de Fray Alonso de Molina y es famoso por sus celebradas obras [12].

Muy en breve, los misioneros llegaron a dominar los idiomas indígenas; y ya en el siglo XVI, se distinguen por sus escritos en el náhuatl, Fray Pedro de Gante, Fray Juan de Ayora, Fray Domingo y Fray Juan de la Anunciación, Fray Luis Rodríguez, Fray Melchor de Vargas, Fray Juan de Gaona, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Alonso Rengel; el Padre Antonio del Rincón, el carmelita descalzo Fray Elías de San Juan Bautista y otro franciscano, Fray Juan Bautista.

En otros idiomas indígenas fueron también peritísimos, durante el siglo XVI, Fray Andrés de Olmos, Fray Juan de Guevara y Fray Juan de la Cruz, que escribieron artes y vocabularios en huasteco; Fray Maturino Gilberti, Fray Juan Bautista Lagunas y Fray Juan de Medina, en tarasco; Fray Domingo de Santa María, Fray Benito Fernández, Fray Antonio de los Reyes y Fray Francisco de Alvarado, en mixteco; el mencionado Olmos y Fray Francisco del Toral, en totonaco; Fray Pedro de Feria y Fray Juan de Córdoba, en zapoteca; Fray Diego Carranza, en chontal; Fray Antonio de Castro, en matlaltzinga; Fray Bartolomé Roldán, en chuchón; Fray Melchor de Vargas y el también ya citado Fray Alonso Rengel, en othomí.

Y a mi juicio, merecen especialísima mención y el mayor encomio los ya citados Fray Alonso de Molina, por su gran *Vocabulario de las lenguas mexicana y castellana,* en donde acopió más de veintinueve mil palabras; Fray Maturino Gilberti, por su *Vocabulario de las lenguas tarasca y castellana,* casi tan rico en voces como el de Molina; Fray Juan de Córdoba, por su

[11] Mendieta. Obra citada, Lib. III, Cap. XVI. Págs. 219 y 220.
[12] La misma obra, libro y capítulo, pág. 220.

Vocabulario de la lengua zapoteca, tan grande y copioso dice el Padre Burgoa, "que hoy, después de tantos años, parece cosa de milagro que llegase un hombre a tener tan plena noticia de una lengua bárbara, que no se halla vocablo en ella que no le tenga, y varios en cada significación, conforme a la variedad de las provincias de esta nación, las partes, y pueblos donde se usan"; y en fin, Fray Francisco de Alvarado, mexicano, dominico y autor del *Vocabulario castellano mixteco,* no menos digno de alabanza que los anteriores.

Las obras de idiomas indígenas que se escribieron o imprimieron en el curso de las centurias décima sexta, décima séptima y décima octava, son numerosas y sobre diversas materias, pues las hay para la enseñanza y aprendizaje de las lenguas y dialectos; para la predicación de la religión cristiana y explicación de los dogmas y misterios, entre las que figuran los catecismos, los confesionarios, los sermonarios y las guías o manuales de curas, con títulos tan peregrinos como éstos: *Tesoro Espiritual de Pobres, Guía de Ministros evangélicos para navegar por el mar proceloso de este mundo hasta llegar al puerto de salvación y gozar eternamente de la gloria y buenaventura. Farol Indiano y Paradigma Apologético* [13].

Dedicáronse también los misioneros y sus discípulos a las versiones, más o menos parafrásticas, de los Salmos, de los Proverbios, de los Evangelios y de las Epístolas, aunque casi todas quedaron inéditas por haberse prohibido en general la (impresión) de los libros sagrados; hicieron a la vez traducciones de vidas de santos, de libros místicos, como el de *Comptentus Mundi* o sea la *Imitación de Cristo*; de autos y piezas dramáticas; de bandos políticos del Virreinato, y, aunque pocas, de libros clásicos como el de las fábulas de Esopo.

Pero juzgo más interesantes las producciones históricas originales que escribieron en lengua náhuatl ellos o sus discípulos indígenas, como Domingo de San Antón Chimalpáin; Cristóbal del Castillo, Gabriel de Ayala, Juan Ventura Zapata y Mendoza, Francisco de Loayza, y los colaboradores de la clásica *Historia de las Cosas de la Nueva España,* del venerable Fray Bernardino de Sahagún [14].

Hay también que mencionar muchísimos anales históricos, mapas geográficos, planos de ciudades, nóminas de tributos, actuaciones judiciales, contenidas en papel de maguey, que Remi Simeon designa con el apropiado nombre de manuscritos biográficos, por estar en jeroglíficos y con leyendas de ma-

---

[13] Para poder apreciar el tesoro lingüístico que nos legaron los misioneros, pueden consultarse las obras especiales publicadas por García Icazbalceta en México, el Conde de la Viñaza en España y Mr. Phillins en los Estados Unidos.

[14] En el *Catálogo* de su *Museo Indiano,* Boturini consigna los escritos mencionados, y en cuanto a la obra de Sahagún, desde 1892 venía preparando una edición monumental el señor don Francisco del Paso y Troncoso.

yor o menor importancia y extensión escritas en idiomas indígenas y con caracteres españoles.

En lengua náhuatl dejaron los misioneros, o sus discípulos, obras inéditas o ya impresas que comprenden colecciones de cantares primitivos, no exentos de interpolaciones bíblicas; pláticas que a modo de consejos tenían los padres indios con sus hijos, conjuros e invocaciones que usaban en sus prácticas supersticiosas, antes y después de la conquista; y el original del prístino texto de la piadosa tradición guadalupana, poético, pero de cierto sabor gentílico.

Todo este conjunto de obras constituye un verdadero tesoro lingüístico e histórico, pues aun los manuales de sacramentos y los confesionarios, son fuentes copiosas de noticias sobre las costumbres y creencias de los indios; y tal conjunto de obras, constituye además importantísima y muy típica rama de nuestra literatura, que podría dar tema para un erudito estudio de escritores indohispánicos.

Pero la inmensa labor de los sabios religiosos y de sus aprovechados discípulos, que siempre enaltecerán los filólogos e historiadores, fue también causa del aislamiento de los indios.

Por haber escrito en sus idiomas y dialectos tantas obras que podían haber leído en lengua española, si se les hubiese enseñado; por haberles nombrado de continuo intérpretes en los eternos pleitos judiciales que sostenían; por haber establecido cátedras de sus lenguas en la Real y Pontificia Universidad, para enseñar a los curas que habían de ordenarse a título de uno de aquellos idiomas y poderlos doctrinar, se les incomunicó con los españoles y centros civilizados, y aun se les privó de establecer relaciones entre sí, porque las tribus broncas del Norte de México nunca se han entendido ni se entenderán con las pacíficas poblaciones del interior del país, ni con las más o menos bravas tribus del Sur.

¿Qué ideales y qué principios políticos, qué ligas religiosas o sociales podían tener ni tienen hoy mismo todos estos individuos analfabetos, que carecen de aspiraciones y necesidades; que cuando son ricos entierran el dinero, que no tienen ni siquiera muchos de ellos conocimiento del gobierno que los rige y que aún permanecen idólatras o indiferentes?

Su estado es todavía una especie de servidumbre asalariada: no progresan ni intelectual ni materialmente; visten casi como en los tiempos de su señor Motecuhzoma: viven odiando a la gente que no es de su raza y murmurando y desconfiando de ella; y cuando toman participación en las grandes conmociones de nuestras guerras civiles, o van forzados por la leva, o por satisfacer instintos de rapiña o venganza, pero sin comprender la causa por qué combaten o mueren.

Si la inagotable paciencia que desplegaron los buenos misioneros para saber las lenguas indígenas; si la sutil perspicacia que tuvieron para desen-

trañar el significado de enrevesadas palabras; si el constante estudio a que se consagraron para componer artes y vocabularios, y traducir muchas obras, lo hubiesen limitado, después de la conversión, a la enseñanza del castellano, al mismo tiempo que nos hubieran legado el tesoro de nuestra literatura indohispánica, hoy los indios estarían unidos, con el gran vínculo de la lengua.

La necesidad, importancia y trascendencia de enseñar y difundir el castellano entre los indios, pudieron apreciarlas, aunque pocos y desde el siglo XVI, espíritus superiores e ilustrados.

El Emperador Carlos V y los Reyes que le sucedieron, expidieron en Valladolid a 7 de junio y 17 de julio de 1550 dos cédulas, donde se hace constar que, "habiendo hecho particular examen sobre si aun en la más perfecta lengua de los indios se pueden explicar bien, y con propiedad, los Misterios de nuestra Santa Fe Católica, se ha reconocido que no es posible, sin cometer grandes disonancias e imperfecciones"; y que aunque estaban fundadas cátedras donde se enseñaba a los ministros que habían de doctrinar a los indios, no era remedio bastante, por ser mucha la variedad de tales lenguas; y que habiendo resuelto que convendría introducir la castellana, ordenaban que a los indios se les pusieran maestros que enseñasen a los que voluntariamente la quisieran aprender, y "como les fuere de menos molestia y sin costa" que había parecido que esto lo podrían hacer bien los sacristanes, como se acostumbraba en las aldeas de la Península española, donde aquéllos enseñaban a leer y escribir, y la doctrina cristiana.

Tales cédulas, inspiradas sin duda por los que habían pulsado los inconvenientes de seguir doctrinando con sus lenguas a los indios, se resienten de que dejaban a éstos en libertad de aprender o no el castellano, y tímidamente prevenían que no se les causase molestias ni gastos, en vez de obligarlos, como se les obligaba a otras cosas, que eran perjudiciales a su salud y en menoscabo de sus rentas.

El único que fue radical, y que comprendió toda la trascendencia de la enseñanza y difusión de la lengua castellana, fue el Ilustrísimo, Excelentísimo y Eminentísimo don Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, Arzobispo que fue de México en la centuria décimo octava; "Prelado docto, laboriosísimo, de genio dulce y costumbres inmaculadas", que no sólo consagró su vasta ilustración, aquí y en España, para dicha de sus feligreses, sino que, en hospitales, hospicios, fomento de la agricultura, fábricas y obras públicas derramó más de quince millones de pesos y que, incansable en sus labores, celebró concilios, introdujo reformas, impulsó estudios útiles y protegió y premió a hombres virtuosos y a literatos pobres [15].

---

[15] *Biblioteca Hispano Americana Septentrional.* La escribía el Doctor don José Mariano Beristáin de Souza. En México. Oficina de don Alejandro Valdés. Calle de Santo Domingo. Año de 1819. Tomo II. Págs. 212 y 213.

Este ilustre Prelado, que llegó a ser Cardenal de la Iglesia Romana, intentó prácticamente la regeneración de la raza indígena, como lo prueban sus *Reglas para que los Indios Mexicanos sean felices en lo espiritual y temporal,* publicadas aquí el año de 1768, y que tendían todas ellas a quitarles las malas costumbres, a que llevasen una vida higiénica, a que tuviesen propiedades, a despertarles el hábito de vestirse y el amor por las industrias, y a que tuviesen escuelas de lengua castellana, donde aprendiesen a leer y escribir, "pues de este modo —dice— adelantarán, sabrán cuidar de su casa, podrán ser Oficiales de la República, y explicarse con sus Superiores, ennobleciendo su Nación y desterrando la ignorancia, que tienen, no sólo de los Misterios de la Fe, sino también del modo de cultivar sus tierras, cría de ganados y comercio de sus frutos" [16].

No satisfecho con haber publicado esas Reglas, a 6 de octubre de 1767, dirigía a los eclesiásticos de su Diócesis una Pastoral, consagrada a que los indios aprendiesen el castellano y su enseñanza "la mandaba y ordenaba en virtud de Santa Obediencia, y baxo de las más graves penas, a todos los Párrocos, Vicarios y clérigos", de su Arzobispado recomendándoles que usasen del Castellano, no sólo en la explicación de la doctrina, sino en el trato común, con el objeto de que los indios lo aprendiesen y se soltasen hablándolo en cosas de comercio, y pedía, rogaba y encargaba que lo mismo hicieran las justicias seculares, los dueños de haciendas y demás personas que pudiesen contribuir a fin tan importante.

Quisiera yo trasladar en este discurso cada una de las elocuentes palabras, todos los conceptos elevados y convincentes razonamientos, que el Ilustrísimo Prelado empleó en tan brillante Pastoral, pero ya que esto no es posible, espigaré y reproduciré lo que sea más pertinente.

Lamentábase de que en más de dos siglos y medio que llevaba de conquistado el país, cuando él escribía, aún hubiese necesidad de intérpretes, y en mayor número que al principio, cuando Cortés hablaba con los indios por medio de Jerónimo de Aguilar y de doña Marina; y aseguraba que de tal modo se habían multiplicado los dialectos de aquella "nueva Babel Indiana", y estaban tan corrompidos y degenerados, que su colega el entonces Obispo de Oaxaca, en otra Pastoral semejante a la suya, mencionaba "una lengua que sólo de día en ella se entienden bien, y que de noche en apagándoles la luz, ya no se pueden explicar, porque con los gestos significan" [17].

---

[16] Fueron reimpresas estas reglas, precedidas de su exhortación correspondiente en las *Cartas Pastorales y Edictos del Ilustrísimo Señor don Francisco Antonio Lorenzana y Buitrón.* Impresas con licencia en México, en la imprenta del Superior Gobierno, del Br. don Joseph Antonio de Hogal, calle de Tiburcio. Año de MDCCLXX, págs. 42 a 48.

[17] Nota a la pág. 96 de las *Cartas Pastorales* y *Edictos,* etc.

Respecto al más culto de aquellos idiomas, al más rico, al que pudiéramos llamar clásico entre todos los que poseían los indios, hace en su citada Pastoral, el señor Lorenzana, las siguientes reflexiones:

"¿Quién podría comparar, pregunta, el Hebreo con el mexicano? y, con todo, aquél es ya idioma muerto. ¿Cómo igualarlo con la Griega, tan elegante y fecunda? y, con todo, está ya casi muerta. ¿Quién lo antepondría al Latín, en cuyo idioma se han escrito y traducido tantas obras clásicas, sagradas y profanas? y, sin embargo, ya no hay nación que lo hable puro comúnmente.

"Pues si la variedad de dominios, agrega, y mutación de los tiempos hizo que los Caldeos y Sirios hiciesen perecer en gran parte la pureza de la Lengua Hebrea, y casi extinguirla; los Griegos acabar con la Lengua Caldea, y Siriaca, y los Romanos con la Griega; y esto han hecho todas las naciones aún con las Lenguas más doctas; ¿por qué se ha de sustentar la de los indios?" [18].

Observaba también el docto Prelado, que al idioma náhuatl lo habían aumentado y adulterado los frailes escritores, con una infinidad de palabras compuestas por ellos para designar los Sacramentos y los Misterios, las virtudes y los vicios, a fin de poder predicar y confesar a los indios; que éstos no entendían bien tales palabras, y que los ministros evangélicos incurrían en notorias herejías, presumiendo que con los vocablos inventados, podían explicar la doctrina cristiana. Y torna a preguntar el reflexivo Prelado: "¿Pues cómo los han de explicar en Mexicano, Othomí, Huasteco, Totonaca, Mazahua, Tepehua, Zapoteco, Tarasco y otros innumerables, unos clérigos vicarios ordenados a título de idioma, sin más letras que un poco de gramática, y la *Suma* en castellano de Lárraga, cuando la obra de los catecismos es la más dificultosa, en que han sudado sujetos muy eminentes, y que está sacada de la quinta esencia y substancia de los Concilios y Santos Padres? ¿Cómo se ha de desterrar la idolatría, y supersticiones, si acaso el párroco, o los vicarios no entienden los vocablos peculiares, con que maliciosamente se explican los indios, para que ni aun los ministros del idioma los entiendan? ¿Cómo han de explicar en la confesión sus pecados, si sólo se ponen como unos troncos, esperándolos que les pregunten, y no hay modo de sacarles una palabra, y según he oído a celosos ministros del idioma, ni aun ellos pueden conocer la calidad de culpa que han cometido" [19].

Si tan graves inconvenientes hallaba en lo religioso el gran Cardenal, con mantener vivas lenguas que eran insuficientes para la explicación y propaga-

---

[18] *Cartas Pastorales y Edictos* ya citados, págs. 94 y 95.

[19] *Cartas Pastorales y Edictos* ya citados, pág. 96.

ción de la doctrina evangélica; encontraba no pocos en lo político, porque el Virrey y los Oidores de la Real Audiencia estaban impedidos de poder oír y entender bien las quejas de los indios litigantes, que se fingían mudos; porque un intérprete podía mudar el semblante del negocio o publicar lo que había de menester estar secreto: porque quitaban honras de un golpe, con calumnias horrendas a los párrocos, alcaldes mayores y toda clase de justicias; porque hacían solicitudes escribanos sospechosos con sólo la rústica relación de los naturales: porque en los portales de las casas fraguaban sobre las rodillas escritos que levantaban gran fuego en las Audiencias, y todos estos perjuicios nacían de no hablar los indios el castellano.

¡Pero con qué lógica, y con qué elocuencia, concluye la cuestión el distinguidísimo Prelado!

"El mantener el idioma de los indios; es capricho de hombres, cuya fortuna y ciencia se reduce a hablar aquella lengua, que también la aprende un niño: es contagio que aparta a los indios de la conversación de los españoles: es peste, que inficiona a los dogmas de nuestra santa fe: es arbitrio perjudicial para separar los naturales, de unos pueblos de otros, por la diversidad de lenguas... es poner un alcalde mayor entre gentes, que ni le entienden, ni las entiende, como si estuviera en Grecia o Berbería: es ocultar los errores de los naturales, para que los superiores no los corrijan... y últimamente, es mantener en el pecho una ascua de fuego, un fomento de discordia, y una piedra de escándalo, para que se miren con aversión entre sí los vasallos de un mismo soberano" [20].

El juicioso Prelado, encarecía, en fin, las ventajas que resultan de que en una nación se hable un mismo idioma, pues engendra cierto amor e inclinación de unas personas a otras, una familiaridad que no cabe entre los que no se entienden, una sociedad hermanada, civilizada, y una policía que conduce mucho para el gobierno espiritual, para el trato doméstico, para el comercio y política, así como para ir olvidando insensiblemente las enemistades, las divisiones, las parcialidades y el odio que es común tener a los que mandan.

Parece inconcebible que las reflexiones que hacía un Prelado del siglo XVIII, conserven toda la fuerza de su verdad en nuestro siglo XX; porque los millones de indígenas que forman parte de la población de nuestra república, permanecen en la misma actitud de petrificación y de mudez, que sus ídolos mudos y de piedra conservados en el museo; y si el Prelado que escribía

---

[20] *Cartas Pastorales y Edictos* ya citados, pág. 98.

hace dos centurias se lamentaba que después de otras tantas de verificada la conquista, se estuviese llorando y sintiendo la necesidad de intérpretes para hablar con los indios.. ; ¿qué diremos ahora nosotros, cuando a raíz de una revolución que conmueve a la república, todavía penetramos al Palacio Nacional y a veces no podemos entender a los que custodian las puertas principales; cuando sabemos, por un libro reciente, que uno de los generales más prestigiados de tal revolución habla en un dialecto indígena a sus soldados vencedores; cuando los amos de la ilustrada península yucateca, tienen que aprender el idioma maya para comunicarse con sus criados? [21].

No hay que ser ilusos como fueron los buenos misioneros; mientras no se enseñe el idioma que ha adoptado la nación, a los que viven aislados de nosotros, y no se dejen archivados para siempre esos idiomas y dialectos en los viejos pergaminos de sus gramáticas y vocabularios, los indios, en su gran mayoría, no formarán parte de la nacionalidad mexicana, aunque se les considere ciudadanos y se consignen sus derechos y deberes en códigos y constituciones.

La lengua castellana, es cierto, fue la lengua de los conquistadores, pero es también la lengua de la nueva civilización; lengua hablada y cultivada por los mismos individuos de la raza indígena, que han figurado en la política, gobernado la república, y que se han distinguido en las ciencias y en las letras.

Concluyo este discurso, señores académicos, renovando el testimonio de la admiración que siempre he sentido por los venerables misioneros, que, si erraron, no fue a sabiendas, sino por un ardiente celo religioso; que ellos no fueron ni políticos, ni sociólogos, sino afanosos y apostólicos varones.

Dejemos que las benéficas sombras de un Margil de Jesús y un Salvatierra vaguen por el extenso territorio de la Nueva España, donde las huellas de sus pasos han quedado imborrables, por los cuerpos y almas que redimieron de la esclavitud o de absurdas creencias; admiremos a un Zappa y a un San Miguel, por haber edificado modestas ermitas o suntuosos templos, cuyas campanas tañen aún triste o regocijadamente; bendigamos la memoria de los Quirogas o de los Alvarez, por los hospicios en que albergaron a muchos desamparados huérfanos o por los hospitales donde curaron a tantos dolientes enfermos; nunca olvidemos a un Bautista y a un Gaona, por las escuelas y colegios en que enseñaron las artes, los oficios, las lenguas y las letras; prego-

---

[21] El libro reciente a que hago referencia está escrito por D. M. Fernández Cabrera, y lleva por título *Mi Viaje a México*. A propósito de la Revolución. Habana 1915. Imprenta del *Avisador Comercial*. Consúltese la pág. 106.

nemos siempre los nombres de Kino y de Serra, por las poblaciones que fundaron en medio de tribus bárbaras o en lugares despoblados que ahora son buyentes centros de actividad y vida, y estudiemos las crónicas de Tello, de Pérez de Rivas, de Basalenque y de Arlegui, por haber salvado del olvido los recuerdos del pasado y por haber escrito las vidas de tantos otros misioneros, cuyas obras apenas caben bajo la grandiosa bóveda del cielo de la Patria.

MANZONI EN MEJICO *

Por Federico Escobedo y Tinoco.

LLAMADO sin ningún mérito de mi parte, y sí sólo por bondad de los miembros que integran esta docta Corporación, para en ella cubrir la vacante de socio numerario, que tan dignamente ocupó y supo ilustrar con sus talentos el insigne novelador, notable pedagogo e inspirado poeta don Rafael Delgado, honra y prez de las letras patrias, no he podido menos de aceptar carga si por una parte ardua y delicada en extremo, por otra, grata, suave y dulcísima para mi corazón que, con el del finado Académico estuvo fuerte y tiernamente ligado con las ataduras de la más firme y desinteresada amistad; por lo que, junto con las brillantes cualidades del escritor, supe en él justipreciar debidamente las virtudes morales del hombre; que —dígase lo que se quiera— imprimen carácter a las obras, y dejan en ellas marca inconfundible y perdurable sello de vívida personalidad.

Por lo que de indicar acabo, fácilmente comprenderéis, Señores Académicos, la inmensa alegría que de mi ánimo se apoderó cuando me anunciasteis que para ocupar la plaza vacante por la irreparable pérdida de compañero tan esclarecido, debía yo tejer en su honor el encomio reglamentario; concretándome en él a estudiarle sólo como poeta; por más que en otros géneros literarios, como la novela, la didascálica y oratoria académica, hubiera podido también ofrecer ancho y ubérrimo campo a mis investigaciones, irrestañable vena de limpias y sonantes aguas, y tentadora mina de donde sacar opulentos tesoros.

Y que me place que en la espaciosa y bien cultivada heredad literaria del conspicuo escritor veracruzano, haya vuestra benevolencia reservádome el lote donde florecieron y maduraron las doradas pomas de su numen poético; porque ello me dará ocasión la más propicia, para presentároslе como uno de nuestros más correctos e inspirados poetas que, al igual de Manzoni,

* Discurso pronunciado en Abril de 1917.

escribió poco relativamente en prosa y verso; pero con el acierto y perfección que pueden caber en obras humanas; produciendo, como el celebrado autor de *I promessi sposi,* con quien guarda visible semejanza y parentesco muy cercano, novelas justamente aplaudidas, como *La Calandria* (Cuadro típico de costumbres); *Angelina* (Búcaro precioso de flores arrancadas a los paradisíacos vergeles de *Pluviosilla*); y *Los Parientes Ricos* (Fina sátira contra vicios dominantes en nuestras clases privilegiadas); y unas cuantas composiciones poéticas, a cual mejor: *Te Deum Laudamus, A la Raza Latina* y *A España,* que, como los *Inni Sacri,* adunan a la diáfana transparencia de un ático estilo la entonación vigorosa y arrebatado vuelo de los grandes líricos.

El haber cultivado de preferencia la Novela, en la que descolló grandemente, ocasionó, a mi ver, el que sus composiciones poéticas pasasen casi inadvertidas del público, y fuesen relegadas a injusto olvido, no teniéndoselas, como de justicia lo merecían, en la alta estima y reputación bien sentada que se conquistó con la divulgación de sus bien escritas producciones en prosa.

Fenómeno nada singular en la Historia de la Literatura; y de fácil comprobación con innumerables ejemplos tanto de escritores nacionales como extranjeros. Y si no, que me sirva de buen argumento en pro de la tesis que patrocino, un ejemplo que de entre otros muchos tomo de casa, y que me lo proporciona nada menos que el actual y muy digno Director de nuestra Academia, a quien la fama enaltece más y celebra, aquende y allende los mares, por las notorias excelencias de su *Parcela,* y *Los Precursores;* sin hacer apenas mención de los inspirados cantos de su lira, que también los tiene magníficos.

Pero volviendo a nuestro laureado escritor Delgado, diré, sin temor de ser desmentido, que si, como narrador fácil, delicioso y ameno de aventuras reales o soñadas, se granjeó justa celebridad y envidiable reputación, velando la artificiosa urdimbre de sus fábulas "con muy fermosa cobertura", que diría el de Santillana, como poeta, supo también con rara fortuna remontarse hasta las regiones serenas del arte más puro, y en ellas sostenerse con gallardía y respirar desahogadamente.

Pocas en número, como antes indiqué, fueron las composiciones poéticas que produjo nuestro colega; pero la escasez de éstas queda suficientemente compensada por las bellezas de todo género que las exornan y abrillantan. Y al entresacar de ellas tres únicamente: el Himno Sacro *Te Deum Laudamus,* escrito exprofeso para conmemorar las áureas sacerdotales Bodas del gran Arzobispo don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos; la oda épica *A la Raza Latina,* premiada con orquídea de oro en los Juegos Florales de Orizaba, el año de 1910, y el *Canto a España,* asimismo galardonado en aquel fastuoso certamen; quedará una vez más comprobado por el análisis impar-

cial y sereno que de ellas haré, lo que ya en su tiempo solían decir con mucha verdad los Excmos. Señores Arango y Escandón y Aguilar y Marocho: "que no son las muchas, sino las pocas pero bien acabadas composiciones las que dan fama justa e imperecedera a sus autores".

Así que, apoyado en esta autoridad de tanto peso, inspirada sin duda en el conocido proloquio latino: *"non tam numerandi quam ponderandi"*, que tiene ya fuerza de ley en todos los círculos literarios del Universo, bien puede pasar a la posteridad don Rafael Delgado, como poeta altísimo, llevando en su alforja de soñador estas composiciones, que le dan derecho a que se perpetúe su memoria en todos los países de habla castellana; y se le reconozca por uno de sus más felices cultivadores, y celoso mantenedor de sus limpias glorias y del prestigio de sus armas nunca empañadas y siempre victoriosas.

Mas antes de que entre en la justa apreciación de las valiosas joyas literarias que voy a presentaros, urge, ante todo, para que mejor las estiméis y os déis cuenta cabal de sus méritos relevantes, que apunte, siquiera sea someramente la escuela literaria a la que se afilió y cuya vieja, pero siempre triunfadora bandera mantuvo desplegada y enhiesta, a pesar de las violentas rachas de contrarios vientos innovadores, que la combatieron sin descanso y con férrea tenacidad; permaneciendo firme, fiel y constante bajo la sombra de la heráldica enseña, hasta que le abandonó la vida, y la muerte se la arrebató de las manos.

Fue, ante todo, nuestro Académico, como era de esperarse de su refinada cultura estética y bien sazonado talento, amante como el que más de la gloriosa tradición literaria italo-española, a la que van unidos los nombres de mayor prestigio y de más acentuado relieve en la Historia Literaria de la Península: Boscán, Garcilaso, Rioja, Herrera, Fray Luis de León y Lope de Vega, entre los antiguos; Moratín, el hijo, Jovellanos y Gallego entre los modernos; y Cabanyes, Querol y Costa Llobera entre los más próximos a nosotros.

Con lo que desde luego adivinaréis que fue un idólatra del clasicismo; pero no del falso y postizo que tanto privó en la época del Renacimiento, sino del legítimo y verdadero; aquel en que, como en la fuente de Blandusia del Venusino, a través de superficie más tersa que el cristal, *splendidior vitro,* no sólo se adivinan sino que se ven sin dificultad bullir en el fondo las menudas doradas guijas que lo avaloran y enriquecen.

Fue clásico, sí, pero de los de buena cepa, que supieron reunir en sus obras, como dijo Góngora, bella no gongóricamente:

Atico estilo, erudición romana;

y clásico, como los grandes líricos italianos del pasado siglo, Manzoni, Leopardi y Carducci, y entre los franceses Leconte de Lisle y el infortunado Chénier; quienes en copas nuevas, tan hábil y primorosamente cinceladas como las cráteras griegas y los vasos etruscos, nos escanciaron y dieron a beber

El vino añejo que remoza el alma.

Identificado, pues, con los próceres del clasicismo; y, como ellos, enamorado de los austeros atavíos y casta serenidad de la Venus Urania; pudo, a causa de la íntima familiaridad y trato frecuente con ésta y aquéllos alcanzar el don, por peregrino más codiciado, de llegar a la completa posesión y conquista pacífica de la soberana beldad de los griegos: la Sofrosyne; preciada virtud por la que las facultades artísticas de nuestro poeta quedaron maravillosamente ponderadas; acertando, por lo que al pensamiento y a su enunciación se refiere, con el noble reposo, plácida majestad, suave unción religiosa y la sobriedad eterna del *ne quid nimis,* cruz y desesperación de los espurios hijos de las Musas, y piedra de escándalo, o por mejor decir, escollo seguro "para los tripulantes del último barco", que se precian y pagan más de las bagatelas sonoras y sexquipedales palabras; que no de las ideas enlazadas con dorados hilos, y la rebelde elocución disciplinada por la sabia mano de la euritmia.

Amaestrado en tan docta y severa escuela, no se apartó un ápice de las sólidas y luminosas enseñanzas que en ella aprendió; ajustándose siempre a los cánones del buen gusto, y a la perfecta asimilación de los grandes modelos, no perdiendo nunca de vista a los vívidos soles que centellean en el anchuroso cielo del arte; y sirviéndole de continuo como norte que le orientase en las manifestaciones de sus geniales dotes para hacer sensible por la fuerza mágica de la rima el arcano mundo de poesía que guardaba en la mente; aquella profunda observación del ilustre Canónigo Abarca:

La forma, esclava; la razón, Señora.

Fue un estilista consumado, que, con la amorosa paciencia de su vigoroso y exquisito cincel pudo realizar el milagro de convertir en diamantes de deslumbradoras facetas las toscas caras de las ásperas lascas; y trocar en florido vergel el infecundo páramo, y sanear con el aroma de la virtud las pestilentes ciénagas del crudo realismo; haciendo —a guisa de artístico trapense— que los pantanosos terrenos por él desecados, viniesen más tarde a servir de suelo propicio en que granasen fecundas las mieses; y extendiese su manto triunfal el dorado trigo, matizado por la sangre copiosa de las cárdenas amapolas.

Mas con todo y haber sido afortunado poseedor de los más recónditos tesoros del arte; dueño y señor de sus bien guardados secretos, y conocedor sagaz y profundo de sus múltiples y variadas formas, contando además con el completo y absoluto dominio de la rebelde rima, que en sus manos dejó de ser el arisco pájaro que no se amansa ni se resigna al cautiverio, por más dorado que se le presente; nunca, ni por asomos sacrificó como lo hacen no pocos escritores en nuestros días, la soberana substancialidad del pensamiento señoreador a los vanos y deleznables accidentes de una "bella frase", a las novísimas modalidades exóticas, tan ocasionadas a que la inteligencia se extravíe, saliendo de sus apretadas pero justas y naturales sendas, para correr después libre y desenfrenadamente por los muy anchos sí, pero asaz polvorientos carriles de la nueva escuela.

Su depurado gusto artístico y culto ferviente por la Verdad, engendradora de todo lo bueno y hermoso, pusiéronle a cubierto de las aberraciones del imperante modernismo, teniendo el buen juicio de no feriar el oro viejo de la escuela tradicional por los sonoros cascabeles de las contemporáneas; como ni tampoco cometer el pecado de lesa Poesía, de engalanar el cuello gentil de su severa musa con los brillantes y ruidosos abalorios de los modernos culteranos; en vez de las joyantes perlas con que ensortijaron su plumaje los cisnes que, en las

corrientes aguas, puras, cristalinas

del Tajo, del Guadalquivir y del Ebro templaron sus ardores, mataron su sed y encontraron trasparencia y quietud en la superficie, y agitación y movimiento y sublimes oscuridades en el fondo.

Y por si tan señaladas prendas y envidiables dotes no fuesen todavía suficientes para tener a nuestro poeta en la alta estima y muy subida consideración que justamente se merece, posad, os ruego, vuestros ojos en el vigoroso espíritu católico en que informó todas sus obras; y hallaréis, que de las profundas y tenaces raíces de su fe incontrastable, sacó el recio temple, la frase jugosa y vuelos osados de la idea, que parecen ser patrimonio exclusivo y raro privilegio de los grandes épicos cristianos.

Dicho se está con esto, que si como entusiasta y fervoroso alumno de la clásica antigüedad, permitió a su planta que discurriese sin escrúpulos, aunque sí cautelosa, por las agrias cimas del Pindo, del Helicón y del Parnaso, como hijo del Crucificado, se complació más en asentarla con firmeza y seguridad sobre las cumbres inmortales del Sinaí, del Thabor y del Gólgotha.

Sintió —como pocos entre nosotros— las grandiosidades de los Libros

Santos; y a la asidua lectura que de ellos hizo, débese tal vez atribuir ese nervio aquilino y soberana entonación que pone en las más inspiradas estrofas de sus salmos católicos, las que, por el fondo, están directamente emparentadas con los insuperables del Profeta Rey; y por la forma externa con que las reviste con la técnica maravillosa del genial autor de *"La Pentecoste"* y del *"Cinco de Mayo"*.

A zaga de las imborrables huellas de este excelso poeta católico, el nuestro tuvo a gloria "el deshonor del Gólgota"; y, como aquél, blandió la "alta espada del canto", en pro de la luz sobre las tinieblas; de la verdad sobre la mentira; y del triunfo definitivo del espíritu sobre el torpe y grosero reinado de la materia; pudiendo ufanarse de haber sido en las obras que nos legó, alto, como el cielo, en el pensar; hondo, como el mar, en el sentir; y en la expresión de las ideas, desnudo como la verdad, pero también claro y resplandeciente como el sol.

Y si para ganar el por muchos codiciado y por muy pocos adquirido renombre de poeta, se requiere, exige y demanda, según el sabio parecer del cultísimo Horacio de cuantos a la conquista de tamaña gloria se entregan, que posean: natural ingenio o habilidad, pensamientos más levantados y por ende, vecinos al cielo, y aliento para hacer resonar la lira en asuntos verdaderamente grandiosos:

Ingenium cui sit, cui mens divinior atque os
magna sonaturum des nominis hujus honorem;

veamos ya, si os place, en las obras de nuestro Delgado, si supo o no salir airoso de la empresa que acometió y si es verdad, como de ello estamos seguros, que en la "pugna sagrada" que con la Poesía sostuvo bizarramente, (para seguir un brillante símil de Díaz Mirón), tras de haber al radioso Arcángel arrebatado la flamígera espada, tocó el ápice de la perfección, habiendo para sí alcanzado los

tres heroísmos en conjunción:
el heroísmo del pensamiento,
el heroísimo del sentimiento,
y el heroísmo de la expresión.

Así que ya es tiempo de confirmar por los ejemplos la bondad, sabiduría y eficacia de los preceptos y teorías a que rindió culto ferviente, y pagó desinteresado tributo.

Y fijémonos desde luego en su composición religiosa titulada: *Te Deum*

laudamus, en que le bastan diez aladas estrofas, a la manera de Manzoni en los himnos sacros, para que en dulce cántico remonte su alma hasta los cielos, y cante la gloria del Altísimo ora temiendo la terribilidad de su justicia, ora refugiándose en las dulzuras de su bondad. Vedlo si no:

Al cielo en dulce cántico
levántate, alma mía,
la gloria del Altísimo
cantemos este día;
al Dios que entre relámpagos
y truenos dio su ley.
¡Quién como El! Dilátase
sin límite su imperio...
a su poder humíllanse
uno y otro hemisferio,
los siervos y los próceres,
el súbdito y el rey.

Esta entrada no puede ser más sencilla, pero en esto cabalmente estriba su mérito; que no de otra manera procedieron David en sus salmos y Homero en sus poemas; al revés de los escritores hinchados, que prometen mucho en los comienzos de sus cantos, para al fin y al cabo salirnos cuando no con vulgaridades, con el risible parto de los montes.

Pero sigamos escuchándole, y observemos de paso la poética forma, digna de Ezequiel, con que gráficamente nos pinta la justa cólera del Omnipotente.

¡Terrible es Dios! Indígnase
con quien le reta impío,
y, heraldo de su cólera,
su eterno poderío
pregona en voz terrífica
el rayo destructor.
Rasga fulgor vivísimo
de obscura nube el seno,
y al resonar horrísono
del huracán y el trueno
pasa entre fuegos cárdenos
su carro vencedor.

Desviando sus ojos del Dios justiciero, para detenerlos en el de la mansedumbre y el perdón, notad conmigo la gallarda manera con que lo expresa:

¡Cuán otro si, benévolo
con quien su gracia implora,
o con amor solícito
rendido y fiel le adora,
cambia sus leyes rígidas
en fuente del perdón!
Mandas, Señor, y el piélago
su cólera refrena,
los vientos buscan dóciles
y humildes su cadena,
y en la ribera lánguido
se aduerme el aquilón.

Muy corto de vista debe de ser y de muy menguado criterio estético el que no admire y entusiastamente celebre la soberana magnificencia de los versos contenidos en la anterior sextina; y que parecen como robados al Profeta, cuando en el salmo 80, versículo 10, así canta:

"Tu dominaris potestati maris: motum autem fluctuum ejus tu mitigas". "Tú, oh Señor, enfrenas y dominas el poder del mar; y, cuando a bien lo tienes, amansas y sosiegas el movimiento de sus olas"; o cuando el Evangelista, tras de trazarnos con pincel vigoroso el recio temporal que azotó a la pobre barca de los pescadores de Galilea, dice refiriéndose a Jesucristo, que los salvó de un naufragio casi seguro: *"venti obediunt ei... et facta est tranquillitas magna".* "¡Los vientos le obedecen y a la tempestad siguióse gran bonanza!". La viva personificación de los vientos que, dóciles y humildes, buscan su cadena, al mandato de su Señor; y la del aquilón que, olvidándose de sus iras, se recuesta plácido, y lánguido se aduerme sobre la ribera; son rasgos descriptivos de primer orden, que por sí solos delatan el estro sublime del inspirado bardo que los engendró; y constituyen acabados modelos en el género difícil de poesía bíblica religiosa a que pertenecen.

Después, sin olvidarse para nada del divino ejemplar y perfectísimo modelo, que le tiene robada la atención, cautivada la voluntad, aletargados los sentidos, y muy despierta la memoria, dice:

¡Cuán altas y miríficas
tu gloria y tu belleza,
ya en el Siná fulmíneo
ostentes tu grandeza,
ya en el Tabor tu fúlgida
incomparable luz!
Mas nunca como viéndote

nacer en pastoría,
llorar amargas lágrimas
por la ciudad judía,
y perdonar magnánimo
en afrentosa cruz.

¡Con qué fino discernimiento y habilidosa corrección hace resaltar nuestro poeta la plácida luz de Belén, las amargas lágrimas engendradas por la divina compasión, y por la misma desatadas sobre Jerusalén; y el sublime "*Pater dimitte illis*"... otorgado desde el afrentoso patíbulo junto a la espantable cima del Sinaí empenachada de relámpagos, y la del Thabor convertida en tálamo luminoso de la divinal Hermosura!

Mas, ahora, sigamos en sus arrobamientos al contemplador de las magnificencias de la creación; y prestemos atento oído a las poéticas exclamaciones que brotan de su lira ante el espectáculo de las maravillas celestes, y los admirables efectos que la difusión de la "Buena Nueva", garantizada por la Cruz, ha otorgado en toda la vasta redondez del orbe:

¡Señor! ¡Señor! Tu Espíritu
El Universo llena,
Tu nombre en coro armónico
magnífico resuena
del Auster hasta el Boreas,
del átomo hasta el sol.
Don de tu mano próvida,
de nubes coronada
luce tu pompa espléndida
la noche constelada,
la flor su regia clámide,
el alba su arrebol.

Doquier que tus apóstoles
anuncian tu ley santa,
doquier tu Cruz vivífica
sublime se levanta,
iris de paz y símbolo
de amor y de salud;
allí de bienes pródigo
almo saber germina,
dócil acata el Bárbaro

tu blanda disciplina:
¡Se libra el siervo mísero
de férrea esclavitud.

Aladísimas estrofas, de las que la primera parece traernos escondidos entre los pliegues de su clámide regia, los ecos no vagos sino precisos y armónicos del salmo:

"Domine, Domine, quam admirabile est nomen tuum in universa terra, quoniam elevata est magnificentia tua super caelos!", y la segunda, una breve pero elegante y verídica apología del cristianismo, que con su blanda disciplina transformó la faz de la tierra, extendiendo por todos sus ámbitos el reinado de la Justicia y de la Paz, únicas, verdaderas y sólidas bases del Progreso y la Civilización.

Empero, si canta los triunfos de la Cruz y la gloriosa misión del apostolado, no se olvida, por eso, de las persecuciones a la Iglesia de Jesucristo, tanto o más gloriosas que sus más señaladas victorias y legítimos triunfos. Mas al recordarlas, lo hace con tal maestría, que el cuadro sombrío que de ellas nos traza, viene a servir de fondo oscuro en el que a poco se dibuja la silueta encantadora de la Esperanza, portadora de inmortales promesas, pródiga de santos consuelos, y nuncio feliz de la más cierta y segura victoria. Y es en esta parte del poema en donde más despliega las alas y vuela, como diría Quintana, "con majestad no usada", y toca los linderos de lo sublime, poniendo frente a nuestros ojos la magnífica y gloriosa visión que extasiados están contemplando los suyos.

Monarcas y repúblicos
congréganse a millares
contra tu ley, sacrílegos
derriban tus altares,
tornando ruina lóbrega
la casa de su Dios.
Iglesia santa, alégrate:
es tu dolor fecundo;
tuyos serán los límites
y términos del mundo,
corriendo va tu ejército
de la victoria en pos.

De los desiertos líbicos
a Hibernia nebulosa
sigue legión innúmera

tu enseña victoriosa,
y el Indio, el Nubio, el Tártaro
dobléganse a tu ley.
Nave de rotos mástiles
y destrozada prora,
¿a qué regiones gélidas
no llevas triunfadora
el invencible lábaro
de tu befado Rey?

Después de escuchar estas inspiradísimas estrofas, ¿no es verdad que el ánimo desfallecido, se siente visitado por nueva, poderosa virtud que levanta su débil apocada fe, y hácele que se robustezca y afirme en la consoladora promesa de que contra la Iglesia no prevalecerán en ningún tiempo las ferradas puertas del Averno?

Seguro ya el poeta del triunfo de la inmaculada Esposa del Cordero, la anima a que celebre su victoria, rindiéndole por ella efusivas gracias a Dios, y alzando hasta su trono el incienso de la oración fervorosa, que es la mística ofrenda que más le contenta, satisface y agrada. Jubiloso, por tanto, exclama:

Canta con voz de júbilo
al Dios de tierra y cielo;
ante sus aras póstrate,
y suba en raudo vuelo
al trono del Altísimo
tu férvida oración.
El por la mar indómita
tus mensajeros guía,
da pan al niño huérfano,
al mísero alegría,
puerto seguro al náufrago
y a la impiedad perdón.

Por fin, tras de estos finísimos rasgos con que compendiosa pero lindamente nos perfila a la Bondad Divina, que de todos se compadece y a todos por igual beneficia con la inagotable prodigalidad de sus dádivas amorosas, salta —pero líricamente, como dirían los preceptistas— a otro asunto que, en apariencia parece divorciarse del principal y único que ha dominado en

toda la obra; pero que si bien se escudriña, tiene muy lógica trabazón y natural enlace con el tono dominante de aquélla. Con efecto, nuestro poeta, que sin ser vidente, y sí por la sola fuerza de su poderosa intuición, sacada de las tristes y dolorosas enseñanzas de nuestro pasado, previó las terribles trombas que más tarde se habían de desatar en nuestra patria contra Cristo y su Iglesia; y las que por desgracia hemos tenido los presentes que presenciar y con honda pena lamentar, no hace otra cosa que anticiparse por medio de una plegaria toda sinceridad, sentimiento y unción religiosa, a invocar la Piedad Divina en favor de nuestra hermosa cuanto desventurada patria, y cuyos hados asaz lamentables y funestos, como que ya desde entonces se revelaron a su dilatada pupila, sondeadora de lo futuro.

De ahí el que, convirtiendo sus ojos y atribulado corazón al Dios de la Paz, lo apostrofe con esta sincera y muy honda plegaria del alma, a la que debieran hacer coro todas las de los mexicanos y recitarla reverencial y devotamente:

Dios de mis padres, Arbitro
Supremo de las almas,
Tú que del hondo piélago
las tempestades calmas,
derrama en los espíritus
un rayo de tu luz.
Torna en aurora plácida
el porvenir sombrío;
de tu Justicia sálvanos,
y bondadoso y pío
no apartes del Anáhuac
la sombra de tu cruz.

¿Puede darse cosa más tierna que esta deprecación con que cierra dignamente su canto el vate cristiano? ¿No es verdad que esta última estrofa respira esa mansa melancolía y apacible resignación propias del creyente sincero que, en medio de la tempestad, no pierde la brújula de la fe que le orienta, ni suelta de las manos el áncora firme de la santa Esperanza que le sostiene, ni las rachas huracanadas del viento enemigo son parte a que mengüe o se apague en el pecho la brasa encendida del amor?

En el autor de *Te Deum Laudamus* se aprecia la Fe, que en el crisol de la tribulación más se depura y acendra y afina; al contrario de lo que acontece en *Tristezas* de Núñez de Arce, en donde la Duda hosca y sombría y la negra fatalidad dejan huérfana el alma de los inefables consuelos

que la Fe, en estrecha alianza con la Esperanza y el Amor, nunca deja de proporcionar a los corazones atormentados. El

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos! si es cierto
que tu poder no ha muerto;

es el grito blasfemo del escepticismo desesperado y desolador que todo lo mata:

De tu Justicia sálvanos,

rotundo, categórico y afirmativo, es la voz confiada del creyente que se siente seguro en el seno de la Esperanza que con su hálito celestial todo lo vivifica.

Por estas ligeras consideraciones entiendo, Señores Académicos, que no tendréis ningún empacho en sostener conmigo la afirmación de que nuestro llorado compañero supo cumplir a maravilla con el altísimo magisterio de la poesía; la que —como dice Fray Luis de León— "sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y espíritu della levantarlos al cielo, de donde procede". (Lib. I Monte) Por donde a los que tal no practican, débeseles con justicia reputar por indignos de continuar en íntima comunicación y trato frecuente con tan alta Señora y Soberana Emperatriz, que tiene por trono nada menos que el mismo cielo. De cómo haya cumplido nuestro poeta con los deberes que le impuso la investidura no de simple paje, sino de pacífico embajador cerca de los hombres, con que le honró aquella Soberana Princesa, hija predilecta del Rey de la gloria; lo habéis ya puesto en claro por la muestra elocuente y ejemplo vivísimo que de sus inspirados versos acabo de daros. Ellos hablan más alto que todo lo que yo pudiera decir en su abono. A la vista saltan las excelencias que los enriquecen, y hacen dignos del aprecio más alto, y del aplauso más caluroso, y del recuerdo más efusivo.

Como alondras divinas, despliegan las alas y vuelan, pero siempre con dirección al cielo, y con los ojos vueltos hacia arriba, ávidos de embriagarse en piélagos de luz cenital; y con la idea de que al soltar los melodiosos trinos de sus harpadas lenguas, encuentren eco prolongado y sonoro en las azules lontananzas del firmamento, que sin cesar están pregonando la gloria de Dios y la magnificencia de sus obras. Y si, como dice el inmortal autor de los *Nombres de Cristo,* por el movimiento y espíritu de la Poesía, los que de ella son fieles servidores deben levantar los ánimos de los hombres al cielo; juzgad, por este canon de eminente maestro, qué tan a la perfección supo cumplir don Rafael Delgado, cuán acreedor sea a la gloria y férvidos aplausos que la crítica imparcial le discierne.

Mas si hasta aquí, Señores Académicos, hemos admirado en nuestro colega al inspirado cantor religioso que, fiel a su misión, ha levantado las almas al cielo, en las potentes alas de su numen arrebatado, tiempo es ya de que le celebremos como poeta épico y de genuina estirpe romúlea, en su magistral oda *A la Raza Latina,* tan acabada y tan perfecta, que se me antoja una ánfora griega, amorosamente cincelada por las propias manos de las Gracias, y en cuyo fondo está hirviendo el divino mosto del Paráclito que embriaga los corazones, suspende los sentidos y arrebata las almas.

Vaciada, como la anterior, en el estrecho molde de la estrofa que Manzoni inmortalizó con su célebre *5 de Mayo,* en que cantó las excelsas glorias del *Capitán del Siglo,* acumuló en ella nuestro escritor, como en la suya lo hiciera el sublime vate milanés, todos los recursos del arte; robándole a Píndaro el osado vuelo de la fantasía y cálido entusiasmo lírico; a Horacio la rotundidad y elegancia exquisita de la fraseología, y a Virgilio la inspiración profética que, enseñoreándose del arcano, vaticina los futuros sucesos que habrán de transformar a la Humanidad.

El hecho solo de haber escogido nuestro poeta, para desenvolverlo en su poema, tema tan alto, tan vasto y tan profundo, capaz de arredrar a las liras mejor templadas, y de hacer formidar aun a los escritores más geniales, acusa desde luego en él al escritor serio y espíritu selecto que, enamorado de las grandes ideas, gusta, como las águilas caudales, de espaciarse por las alturas, y enfrentarse con el mismo sol, para arrebatarle sus rayos en contraposición a las golondrinas raudas, tornadizas y locas que, con remontar muchas veces el vuelo, muchas también lo abaten, hasta tocar con sus alas la tierra, y rastrear lastimosamente.

No así nuestro lírico: si despliega el vuelo osado de sus alas pujantes, y se encarama hasta las nubes, y cabalga sobre las plumas de los vientos, es para sostenerse allí en perfecto equilibrio, e imperar desde las alturas como capitán triunfador y dueño absoluto de los muros por él escalados.

Con la misma vigorosa inspiración con que inicia su canto, lo media y lo termina, y bizarramente se sostiene, *"et sibi constat";* sin que para nada se le apoque el espíritu, le falten las fuerzas y le abandone la ardorosa sangre latina que vivifica sus ideas y convierte en ascuas de oro sus estrofas.

Cierto que el asunto por él escogido es a todas luces formidable, por la soberana grandiosidad que en sí contiene; pero ello sería irrealizable empresa y vano y estéril conato para un poeta mediocre, nunca para Delgado, a quien cabe aplicar aquella sentencia de Horacio: *"cui lecta potenter erit res, nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo".*

El que de una materia
fuere señor y dueño poderoso,
para expresarla, no tendrá miseria,
sino abundancia y orden luminoso.

Y tal le sucede al inspirado autor de la oda *A la Raza Latina;* quien adueñado por completo del tema, objeto de su canto, tras de haberlo concebido en la mente con el empuje vigoroso del genio, y amorosamente caldeádolo en la ardiente fragua del corazón, sácalo a la pública luz con la espontaneidad, transparencia, vigor y frescura con que errumpen las aguas de los manantiales, y ascienden los perfumes de los cálices de las flores, y se escapan del foco solar haces de luz inagotable. Dice lo que siente; y como lo que bien se siente, bien se expresa, de aquí que la alada palabra de su verso venga a ser la más fiel interpretación de su alto pensar y que, llegado el caso, acierte con la frase única, pintoresca y feliz, en que suma y compendia todo un mundo de ideas y todo un cielo de maravillosos encantos.

De aquí nace también la difícil facilidad con que todo lo explica, reduciendo las más dilatadas circunferencias a un solo círculo concéntrico que, en definitiva, no es más que el orden, o sea la reducción de muchas cosas a una sola, como se expresan los filósofos: *"reductio plurium ad unum";* luminosa teoría aplicable no sólo a las especulaciones metafísicas, sino a las manifestaciones del Arte, que puntualmente se ostentan tanto más radiantes de hermosura, cuanto más se conforman con los dictámenes de la sabia razón que, según la profunda observación del siempre antiguo y siempre nuevo preceptor de los Pisones, es el principio, causa y origen fontanal del bien escribir. *"Scribendi recte, sapere est et principium et fons".*

Antes, pues, de ponerse a escribir nuestro discretísimo literato, se puso, como diría Boileau, a pensar; y medido que hubo las fuerzas que para soportar carga tan pesada requería, y tomando alientos como de gigante para subir la áspera cuesta y ganar la empinada cumbre, redujo por obra y virtud del *"ordine lúcido"* a justas proporciones el inconmensurable cuadro mural que la gloriosa historia de la Raza Latina le presentaba.

Y procedió en esto como los grandes maestros que, en presencia de material copioso y magnífico, siempre toman con sapientísima selección lo mejor del acervo para el embellecimiento de sus obras.

Como los pintores geniales, nuestro poeta, con unas cuantas pinceladas firmes y vigorosas, nos da la visión de todo un lienzo gigantesco; y, como a los arquitectos, pocas pero sutiles y bien armonizadas líneas les bastan y sobran para el trazo soberbio de maravillosas arcadas o la factura irreprochable de peristilos encantadores; y como los hijos de Euterpe, de la combinación feliz

"callida junctura" de unas cuantas notas, saca raudales de armonía y poemas sinfónicos; y como los grandes mímicos, con un solo gesto, movimiento o mirada, rasga los embozos del corazón y desnuda las almas; y, últimamente, como los reyes de la palabra, razonando convence, deleita enseñando, quema como cauterio, sana como bálsamo, azota como torbellino, orea como céfiro, atacando aterra, defendiendo sublima, y con una sola palabra arroja al abismo o levanta hasta el cielo.

Ni por esto que digo vayáis a considerarle como retórico ampuloso, pedisecuo vulgar de los tonantes Quintanas, Cienfuegos y de Tassaras; no, en manera alguna. Se entra por los viñedos de la Retórica, no por recoger la hojarasca inútil que chasquea, sino para engalanarse con sus verdes pimpollos, y sacar de sus opulentos racimos licor jugoso y confortante.

Toma, sí, del arsenal retórico las reglas que, como fundadas en la naturaleza, son fijas, inmutables y permanentes; nunca las arbitrarias que, como dictadas por el capricho de los hombres, son transitorias y de efímera duración.

De ahí que al cantar asuntos grandiosos no se infla; y cuando se aprisiona en el estrecho cauce de la brevedad, no degenera en sutil ni en oscuro, ni tampoco principia su canto, como lo haría un escritor novel, tomando el agua de muy lejos, como quien dice, desde sus orígenes, incurriendo en el gravísimo defecto que ya en su tiempo Horacio censuraba con gracia en los poetas que, para celebrar las glorias de la antigua Roma, empezaban por historiar los acontecimientos desde la fábula de los huevos de Leda: *"trojano exorditur ab ovo"*, haciéndose con esto interminables y soporíferos.

Muy lejos de semejante método, más propio de un historiador que no de un poeta, el nuestro se ciñe como todos los grandes líricos a los puntos más sobresalientes del cuadro, y que más viva luz pueden esparcir sobre todo el conjunto de la obra; haciendo que su plan se concrete a la mayor sencillez, unidad y brevedad posibles, sacando adelante y triunfador el antiguo precepto de

Sit quodvis simplex dumtaxat et unum,
Sea, pues, todo plan sencillo y uno.

Y nada más sencillo, a mi juicio, que el plan que en su oda se propuso don Rafael Delgado, cual fue el de evocar, a grandes rasgos, las fazañas innúmeras de la indomable raza de la que se derivaron, para usar de una hermosa frase del Mantuano, la progenie latina, los patricios de Alba la Longa, y los muros de la excelsa Roma:

... Genus unde latinum,
Albanique patres, atque alta moenia Romae;

para con el recuerdo de hechos tan grandiosos levantar el ánimo un tanto abatido de la que fue reina de la eterna "citta" y dominadora del orbe entonces conocido; y más tarde, dueña del nuevo descubierto por la portentosa intuición de uno de sus vástagos más gloriosos: Christóforo Colombo. Y cuán acertado haya andado nuestro poeta en esto de refrescar la memoria y avivar el recuerdo de las pretéritas glorias de la vieja secular encina, que parece ya como debilitada, por haber llevado su raigambre hasta los más remotos confines de nuestro planeta; y sido, como hermosamente lo dice el mismo Delgado,

Reina de cien repúblicas,
Madre de dos Españas;

lo veréis en la exacta y fiel transcripción que de su inspiradísimo canto paso a hacer desde luego en el que admiraréis conmigo (hoy que tanto se infama la limpia estirpe de que descendemos), la condensada apología y brillante defensa que de ella hace la lira broncínea de nuestro poeta.

No parece sino que éste, previendo las horrorosas guerras (bella, horrida bella), en que está empeñada el día de hoy nuestra raza con la de la férrea Germania y sus aliadas; y guerras que están a punto, si Dios no lo remedia, de robarle toda la sangre a nuestra madre, gastarle todas las energías y agotarle por completo las fuerzas, con riesgo visible hasta de sacrificar la vida en tan porfiada lucha y espantosa contienda; como que se trata de inyectar en el ya cansado organismo de su venerable decrepitud sangre todavía más ardiente, y nuevas corrientes de vida, que la fortifiquen y remocen y la transformen por entero, haciéndola digna de continuar las gloriosas tradiciones de sus abuelos.

Y para el logro de empeño tan plausible y de empresa tan meritoria, acude el poeta a su lira, sustituyendo sus melódicas cuerdas por las férreas de la del recio cantor de la guerrera Esparta; y con la fuerza evocadora y estro maravilloso del cantor tebano y del tracio Orfeo, se dirige con este apóstrofe soberbio

A LA RAZA LATINA:

¡Raza indomable: Yérguete
al eco de mi canto.
Tú, sempiterna trágica,

que del mayor quebranto
siempre resurges fúlgida
con nueva juventud!

¿Quién dice, raza heroica,
que al fin estás vencida?
¿Quién dice que en ergástulo
yaces de muerte herida
y que sucumbes, mísera,
sin gloria ni virtud?

¿Se olvidan de tus ínclitas,
innúmeras hazañas?
¿Qué fueron a tus próceres
desiertos y montañas,
ni a tu bajel velífero
el ponto aterrador?

Doquiera tus ejércitos
clavaron sus pendones,
y domeñando régulos
y pueblos y naciones
doquier dejaste vívido
tu verbo inspirador.

Te dijo Dios: "Entrégote
como heredad el mundo"...
A tu poder sométela;
Por la unidad fecundo
El deshonor del Gólgota
propicio aceptará.

A tu valor los ámbitos
del orbe dejo abiertos,
que al retornar tus águilas
y al encontrar desiertos
los templos de tus ídolos,
el Cristo vencerá.

Como lo véis, con este arrebatado, brillante e incisivo exordio, que deslumbra como el relámpago, asorda como el trueno y se desata como el rayo,

preludia su canto el poeta, ávido de que, al eco robusto de su lira de roble, y al conjuro mágico de su numen exaltado por el entusiasmo, se alce de la postración en que yace la raza indomable de los Césares, Pompeyos y Escipiones; y que "la sempiterna trágica" salga del quebranto mayor más acrisolada, si cabe, y más rica de juventud y más resplandeciente de hermosura; *"merses profundo, pulchrior evenit";* semejante a la encina de que nos habla Horacio, en la Oda III del Libro IV; la cual, tronchada por las duras hoces del leñador, en el oscuro boscaje del Algido; a pesar de las pérdidas que resiente y de las heridas que la debilitan; saca del mismo fierro que la hiere, sangra y mutila, fuerzas mayores, vigor desusado y nuevos alientos.

Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frondis in Algido,
Per damna, per coedes, ab ipso
Ducit opes animumque ferro.

Digno también es de notarse el talento con que el poeta, para infundir aliento a la raza debilitada, evoca rapidísimamente las ínclitas innumerables hazañas llevadas al cabo por los héroes del pueblo-rey, ora por la espada de los guerreros, ora por el verbo inspirador de los filósofos y poetas; y sobre todo, por la locura de la Cruz o el deshonor del Gólgota, como dice Manzoni, que saliendo de las catacumbas convertido en lábaro triunfal, por la conversión del hijo de Constancio Cloro, y el reconocimiento oficial de la nueva doctrina, había de llevar por todos los ámbitos del orbe la fecunda unidad del dogma católico, que había de hacer de todos los pueblos y naciones una sola patria; como lo hizo en otro orden el Derecho Romano, según la bella expresión de Rutilio:

Fecisti patriam cunctis e gentibus unam.

Digno, asimismo, y de muy especial mención, es el dialogismo sobrio pero sublime que pone en la boca de Dios, al dar a la raza como heredad las gentes todas de la tierra; y señalarle como posesión los últimos confines del orbe. Estas inspiradas estrofas sin duda que brotaron al calor de aquel versículo del Salmo II:

"Postula a me, et dabo tibi Gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae". "Demanda de mí lo que quieras, dice el Señor a su Unigénito, y te daré en herencia las gentes, y hasta los términos de la tierra haré que se extienda tu poderío, y que se reconozca tu imperio".

Proféticas palabras que, al pie de la letra, se cumplieron en el pueblo romano, que fue el deputado por el Señor, para que con sus conquistas y las de las naciones por él engendradas llevase la esplendorosa antorcha de la civilización cristiana hasta los últimos rincones del antiguo mundo y del nuevo, plantando en lugar de los vanos simulacros derrocados la imagen divina del Cristo que vence, y reina y domina sobre todas las mentidas deidades del paganismo.

Mas veamos ya en el rápido y maravilloso lienzo que ante nuestros ojos desenrolla el poeta, cómo llevó a término feliz su misión verdaderamente providencial el pueblo romano.

Y fueron tus manípulos
del Universo espanto...
¡Cuál se empañó de múrice
la fimbria de tu manto!
¡Siempre tiñó de púrpura
sus clámides el rey!

Misterios del Altísimo.
Así al Eterno plugo.
Cimbrios, Germanos, Gétulos
rindiéronse a tu yugo,
y entre mundiales vítores
justa imperó tu ley.

Desde Albión a Heliópolis,
de Gades a Palmira,
¿en qué regiones bárbaras
la Humanidad no admira
entre ruinas épicas
la huella de tu pie?

¡Qué de gloriosas páginas
y de vencidos reyes!
¡El Septentrión y el Austro
sumisos a tus leyes!
¡Caudillos y Procónsules
heraldos de la Fe!

Tal suele alud horrísono
que rueda desquiciado,
y con terrible estrépito
desciende hasta el poblado,
sembrar, de muerte présago,
estragos y pavor.

Mas cuando luego plácida
la Primavera torna,
y con sus galas múltiples
monte y campiña exorna,
es flores en los cármenes
y en la heredad verdor.

¡Brillantísimo cuadro en que el talento comprensivo del escritor, por una serie no interrumpida de enumeraciones admirativas y acumulamientos de cláusulas asintetónicas y breves alusiones históricas, hace desfilar ante nosotros, como en marcha triunfal y magnífica procesión, a las cesáreas águilas que retornan de sus conquistas, trayendo en sus garras ensangrentadas el rico botín y despojos innumerables de tantos pueblos sojuzgados y de tantos reyes vencidos..! Y, ¿cómo no admirar y aplaudir calurosamente en el mismo cuadro el último toque soberbio y pincelada magistral con que el poeta, por medio de una comparación digna de Horacio y de Manzoni, excusa y atenúa poética e históricamente los estragos de la conquista, poniendo de resalto los beneficios indiscutibles de la civilización, emanados de aquélla?... Nada más poético ni sublime que ese alud présago de muerte que por todas partes va en vertiginosa carrera, sembrando estragos y pavor, para luego trocarse al retorno de la plácida Primavera, en...

...flores en los cármenes
y en la heredad verdor.

El arrebatado vuelo y varonil entonación de las estrofas, cuyo mérito estamos ponderando, traen a nuestra memoria el recuerdo de la rapidez lírica con que Manzoni nos pinta al Prometeo del siglo XIX, meditando en sus infortunios tan grandes como sus victorias:

Ei ripensó le mobile
tende, e i percossi valli,
e il lampo dei manipoli,

E l'onda dei cavalli,
E il concitato imperio
E il celeri obedir,

y la gráfica y dolorosa descripción que Horacio nos hace de las fratricidas contiendas en que Roma se desangraba:

Quis non latino sanguine pinguior
Campus sepulchris impia proelia
Testatur, auditumque medis
Hesperiae sonitum ruinae?
Quis gurges, aut qua flumina lugubris
Ignora belli? Quod mare Dauniae
Non decoloravere coedes?
Quae caret ora cruore nostro..?

Idéntico procedimiento al de estos dos afamados líricos fue, como lo estáis palpando, el seguido por nuestro vate, en la exposición de su noble asunto: breves rasgos, pero enérgicos y avasalladores. Los poetas verdaderos, como los hábiles estrategas, con un solo golpe de vista abarcan el campo cuan grande fuere, y lo dominan.

Continuando el viaje de luz que, en compañía de nuestro poeta, vamos haciendo, con halago honesto de los sentidos y satisfacción plena del espíritu detengámonos un momento para escuchar la vigorosa y elocuente defensa que sustenta en pro de nuestra raza, contra los menguados que la opacan y la denigran, asestándoles golpe mortal con la reminiscencia histórica del hecho más glorioso y trascendental en los fastos del Universo. El argumento de que se vale tiene la fuerza del ariete que pulveriza, y la de la descarga del rayo que mata. Oigámosle, que es admirable:

Si alguien pregona gárrulo
que vives en la escoria,
y que tus pueblos débiles
mueren sin fe ni gloria,
bajo la clava férrea
del anglo y del sajón;
respóndole que armígera
el orbe recorriste,
y cuando entre los límites
de Europa no cupiste,

un nuevo mundo —América—
puso a tus pies Colón.

¡Qué os parece? ¿Verdad que esta última escultural estrofa vale por sí sola todo un poema, por la sencillez sublime que encierra? Dudo que pueda decirse más en tan pocas palabras, y que haya quienes, como Delgado, alcancen tan alto nivel en la lírica, excepto sólo Mosén Jacinto Verdaguer, quien en su oda *A la Ciudad Condal* dice de Colón (ya de vuelta de América a España), que

a los pies de Isabel y de Fernando
hizo rodar un mundo.

Hermosísimo pensamiento, que yo varias veces oí celebrar al propio don Rafael Delgado; lo que viene a despertar en mí vehemente sospecha de que muy bien pudo tenerle presente al dar forma al suyo, en la estrofa que tanto aplaudimos. Mas si por tal motivo una crítica más severa pretendiera arrancar a nuestro escritor el mérito de la originalidad, hágalo enhorabuena, sin que por eso deje de reconocer el buen gusto que siempre tuvo de proponerse modelos altísimos, no sólo para contemplarlos con estéril admiración, sino para acercárseles en cuanto es posible, esforzándose por emularles y hasta sobrepasarles y vencerles en la perfección de sus obras.

Mas sea de esto lo que fuere, si gallardo y hermoso es el pensamiento del bardo catalán, no menos hermoso y gallardo es el de nuestro vate cordobés.

Después de haber cerrado, por medio de la rotunda estrofa que comentamos, la apología brillante que hace de la estirpe latina, pasa por arte de muy ingeniosa digresión a estimular al barco español "Monserrat", en que finge ir navegando rumbo hacia Buenos Aires, a que cante el poeta cíclico del nauta genovés, tomando de ahí nueva ocasión para reanudar el interrumpido coro de alabanzas en honor de la raza; y deleitarnos, acerca de la misma con otro poético cuadro, tan rico de luz y colores y tan lleno de encantos como el primero; haciéndonoslo más simpático aún, por tal cual alusión pintoresca de nuestro paisaje y el recuerdo del gran español conquistador de nuestro suelo; lo que imprime a dicho cuadro cierto sello característico y muy subido color local. Pero ya vedlo desplegado ante vuestros ojos:

¡Oh, nave que llevándome
rumbo hacia allá navegas,
y al céfiro del Trópico

pendón hispano entregas,
canta el poema cíclico
del Nauta Genovés!
Repetirá tu cántico
la cordillera andina,
y el regio Citlaltépetl
que al cielo se avecina
responderá contándote
los triunfos de Cortés.

¡Qué gallarda manera de eslabonar las inmortales proezas del Navegante de Liguria con las del capitán extremeño! Y ¡cuán valiente, atrevida y magnífica la figura del regio Citlaltépetl —Cerro de la Estrella o Pico de Orizaba—, que, vecino al cielo, se convierte en tornavoz inmenso, que repite el cántico de la epopeya colombina, cuyos ecos atronadores ascienden de las cordilleras de los Andes para confundirse en beso fraternal con los que él levanta, cantando los triunfos de Cortés, de que fue presencial testigo!

Retornando al tema que le tiene hechizado, admira la maestría con que prosigue glorificando a la Raza:

En alta empresa mística
por el Señor lanzada,
con brillos de relámpago
resplandeció tu espada,
y de heroísmo pródiga
fuiste grandeza y luz.

De tu legión mirífica
recuenta las fazañas...
Reina de cien repúblicas,
Madre de dos Españas,
fue tu glorioso lábaro
la enseña de la Cruz.

¡Cuánto de verdad y poesía en tan breves conceptos! Así, con la espada centelleante como el relámpago; derrochando por todos los poros heroísmo, y desplegando a los cuatro vientos del orbe la bandera de la Santa Cruz, Lábaro celestial que dio la victoria a Constantino, fue como las maravillosas legiones de los ejércitos latinos sojuzgaron el mundo, llenándolo de luz y grandeza y de renombre vividero.

Seguidamente la inagotable facundia y vivísima fantasía de nuestro poeta pinta de manera maestra a la raza triunfante de sus enemigos; valiéndose para ello de una alegoría tan altamente concebida, cuanto primorosamente expresada, que, sin hipérbole, puede asegurarse que no se desdeñaría de prohijarla el mismo Herrera, a quien sus contemporáneos calificaron de "divino".

Dice así la alegoría en cuestión:

Orgullo de los árboles,
el roble corpulento
humílimo doblégase
en su enriscado asiento,
si en torbellino rápido
le envuelve el huracán;
mas su raíz prolífica
hincándose en la roca,
la furia de los ábregos
impávida provoca
y allí los siglos próspera
y firme la hallarán.

Este pasaje parece como que nos trae en sus versos alados el eco sublime y magnífica resonancia del *"haeret scopulis"* de Horacio, y el ...*"illa usque minatur et tremefacta comam, concusso vertice nutat"*, de Virgilio, al hacer uso de la misma alegoría de que se aprovecha con usura nuestro poeta. En cuestión de arte no puede pedirse más; es el último peldaño de la escala, lo sublime; a donde sólo llegan los elegidos.

Paladeando los sabrosos frutos de la raíz prolífica latina, que por todas las latitudes del globo se ha dilatado y extendido, firme y prósperamente, su cantor entusiasta se complace en refrescarle la memoria de los múltiples y preciados tesoros con que, en todos los órdenes, ha sabido enriquecer a la Humanidad, y le dice, con elocuencia:

Aún vive, raza indómita,
tu verbo poderoso;
aún llenas con tu espíritu
el arte prestigioso,
aún brindas en tu crátera
divina inspiración.

¿Quién no bebió en tus ánforas
excelsa poesía,

ni oyó el cantar idílico
que dulce prometía
—rara progenie célica—
eterna redención?

Escucha... Aún vibran mágicas,
como en el ancho foro,
del orador de Túsculo
las cláusulas de oro,
con resonar fulmínico
de ronca tempestad...

Y aún llega de Parténope
a las tendidas playas,
entre las ondas rítmicas
del golfo azul de Bayas,
la voz del fiero Espártaco
clamando libertad.

Inspiradas, sin duda, como las anteriores, son estas estrofas, y como aquélla, reveladoras de la suma pericia del artífice que las cinceló; pero quizá en estas postreras sea donde más vigoroso y pujante se deje sentir el espíritu latino que las alienta y vivifica; haciendo que nuestros corazones, después de tantos siglos, sigan vibrando aún, al unísono de los grandes patricios, oradores y poetas de aquella gloriosísima edad. Sobre todo, el último toque final, que reclama nuestra atención, y nos deja absortos escuchando

del orador de Túsculo
las cláusulas de oro,

y la voz libertadora de Espartaco, que

aún llega de Parténope
a las tendidas playas,
entre las ondas rítmicas,
del golfo azul de Bayas;

es de lo más acabado y perfecto que, en punto a poesía pueda presentarse en nuestro Parnaso.

Horacio mismo, que cantó al apacible y azulado golfo de la fértil Campania, entre sus dáctilos numerosos, de seguro que hubiera trocado sus es-

trofas arcaicas por las rítmicas y cerúleas de nuestro mexicano Delgado; y, en nuestros días, los Maissonière y los Fortuny las hubieran escogido, sin duda, como modelos para de ellas sacar miniaturas encantadoras. Estrofas como éstas, tan torneadas y pulidas, tan viriles y tan jugosas, sí que merecen los honores de la Antología; y no tantos versos cloróticos, descoyuntados e inertes, cuyos autores se empeñan en hacérnoslos pasar por el delicioso manjar con que se regalaban los dioses, cuando no son más que zumos de adormideras que narcotizan, o flores del mal, que envenenan y matan.

Por fin, da cima el poeta a su trabajo, terminando como empezó, es decir, alentando a la raza abatida a que fíe en su destino que, en el orden providencial que sabiamente todo lo gobierna, sin duda que es de los más gloriosos y de los que más deben alentarnos, y hacer que se robustezca más nuestra fe y más se acreciente nuestra confianza para lo porvenir.

Oíd ya cómo, al son de su lira, cantando, vaticina nuestro poeta:

Raza gigante: Yérguete
y en tu destino fía.
Por la virtud, libérrima
culminarás un día,
y Reina de la América
los pueblos te verán.

Y el Amazonas túrbido
y el anchuroso Plata
y el Tequendama undísono
que en iris se desata,
en coro a nuestros pósteros
tu gloria cantarán.

A pesar del sincero y marcado optimismo que manifiesta el cantor de la Raza Latina, no por eso deja de reconocer, siquiera sea indirectamente, la causa profunda de la visible decadencia y rápido agotamiento que en ella se palpa, debido en todo y no en parte al menosprecio con que los latinos, en los últimos tiempos, han visto a la virtud; a esa fuerza moral que radica en la Religión y que, cuando desaparece de los pueblos, se ausentan con ella la Justicia y la Libertad; quedando en su lugar la violencia y la tiranía y la conculcación de los derechos más sagrados del hombre. Argumento éste de tanto fuste, que aun a Núñez de Arce, el revolucionario septembrino español, le arrancó esta paladina confesión:

¡Oh, sociedad rebelde y corrompida!

. . .

Perseguirás la libertad en vano;
que cuando un pueblo la virtud olvida,
lleva en sus propios vicios su tirano.

Y la decadencia y ruina total de los grandes imperios, ¿a qué se debió, si no a la perversión del sentido moral, que en el sitial de la virtud entronizó todos los vicios, que acabaron por rebajar los caracteres, esclavizar los espíritus y estrangular todas las libertades? Teniendo delante de sí las enseñanzas de la Historia, harto elocuentes y severas en este punto, nuestro poeta con delicadeza, pero también con energía, profetiza el triunfo decisivo y la suprema exaltación de la Raza, por el culto de la virtud, que en las artes y en las ciencias, en las leyes y en las costumbres, y en todos los órdenes de la vida, debe depositar su aliento divino, engendrador de fuerza inmortal.

Plegue al cielo que se realicen los ardientes votos del vate que también son los nuestros de que llegue el día en que, por la virtud, no por otro medio ni camino, predomine sobre nuestra América la gloriosa Raza Latina, de la que somos hijos; para que así vayan a juntarse nuestros ríos anchos y sonoros con sus hermanos mayores en caudal.

El Amazonas Túrbido
y el anchuroso Plata
y el Tequendama undísono
que en iris se desata;

y logren, unidos así, formar una gigantesca sinfonía, que con ecos vigorosísimos cante el día de mañana a los pueblos y naciones que nos sucedan, las glorias de la Raza Latina, Reina y Señora de la América.

Vistas, pues, a la luz de un criterio imparcial y sereno las bellezas que, en cuanto al pensamiento y a la forma, resplandecen con profusión en la clásica oda del que fue preciado ornamento de esta ilustre Corporación, no dudo de que suscribiréis gustosísimos, señores académicos, el juicio veraz que de ella emitió hace tiempo, crítico de tanta competencia y buen gusto, como nuestro comilitón literario don Francisco Pascual García, quien aseguraba, desde las columnas de su revista *La Crítica,* ser esta oda de Rafael Delgado, una de las mejores de que pueden enorgullecerse legítimamente, no sólo las letras mexicanas sino también las españolas.

Y no se engañaba el mencionado crítico, al producirse en términos tan halagüeños por cuanto a que de la poesía de Delgado cabe y cumple decir y

afirmar exactamente lo que Nicolao Tommasseo, en su discurso preliminar a las obras completas de Manzoni, afirmó y dijo de la poesía de aquel vate privilegiado.

He aquí sus textuales palabras:

"Da un grande affeto inspirata é la poesia del Manzoni: franca e grave, rapida ed abbondante, calda e pensata; semplice nell'artifizio. In lui l'onestá e il candore dell'anima aiutano alla forza e alla dignitá del l'ingegno". (Opere complete de Aless. Manzoni; Parigi, Baudri, Librería Europea 1843).

En este breve, pero nutrido y muy justo elogio, sustituid el nombre de Manzoni por el de Delgado, y tendréis ya formados una idea exacta y un juicio cabal de lo que vale y significa como poeta el insigne autor de la *Oda a la Raza Latina,* quien por los indiscutibles méritos de su poesía, inspirada en altas ideas y pródiga de sinceros afectos, amén de los primorosos gajes de estilo y forma impecable con que se adorna, bien puede sentarse cerca del glorioso sitial ocupado por el genio creador de *Los Novios* y el *Cinco de Mayo.*

Después de todo, quien quiera que coteje las obras de entrambos escritores, encontrará tantos puntos de semejanza, y una afinidad tan marcada, y un parecido tan completo, que no podrá menos de convenir y afirmar que, por obra, gracia y virtud de don Rafael Delgado, Manzoni ha tomado ya carta de naturaleza entre nosotros, contemplándole redivivo en los cánticos inspirados *Te Deum laudamus* y *A la Raza Latina.*

Y aunque sea verdad, que mucho antes que nuestro académico, ya en España el autor de *Horacianas,* Costa y Llobera, había, en su oda *A las Catacumbas,* tratado de ensayar la estrofa manzoniana, y entre nosotros, Roa Bárcena, en su elegía a la muerte del general Osollo, y Peón del Valle, en su canto al último Emperador Azteca, esto no obstante, a pesar de las bellezas en que abundan dichas composiciones, ninguno, como nuestro Delgado, supo adueñarse de la técnica especial del vate milanés, y robarle el secreto de ser como dice el crítico Tommasseo, antes citado, "simple en el artificio"; debiéndose a las exactas copias y fieles traslados que hizo nuestro escritor del irreprochable modelo toscano, que el estrecho molde de la estrofa por él inventada viniese entre nosotros a añadir una forma más a las mil airosas y elegantes de que hace gala y ostentación nuestra abundantísima métrica.

En vista de todo lo dicho, a nadie causará ya extrañeza, antes compartirá con nosotros la afirmación de que, en nuestra patria, Manzoni alienta y vive en las obras de Rafael Delgado; obras que tan justamente se conformaron con el espíritu y letra de las de su insuperable modelo.

Aun prescindiendo de las analogías en extremo patentes, que se descubren en ambos poetas, todavía en el nuestro nunca nos cansaremos de encomiar la nimia corrección del estilo, del cual puede decirse con Horacio, que es

Fortis et in seipso tutus, teres atque rotundus:
Es estilo esforzado
que en sí propio confía;
con arte torneado,
y sonoro, cual grata sinfonía.

Mas ya es tiempo de que analicemos siquiera sea *per summa capita* la composición vigorosa que Delgado consagró *A España,* cantando con efusión filial sus glorias imperecederas; pero también con valor y franqueza plausibles, señalándose los defectos y viciosas extrañas tendencias que, en los campos de la Religión y del Arte, amenazan con viciar su glorioso abolengo y empañar el brillo de sus espléndidos blasones.

La oda *A España,* escrita conforme a la traza de las de Fray Luis el Legionense, bien pudiera tomarse como un eco simpático y vibrante prolongación del épico canto *A la Raza Latina,* por cuanto en éste como en aquélla palpitan el mismo cordial entusiasmo y acendrado cariño y devoto apego a las veneradas tradiciones de que en Arte, Religión y Ciencia la constituyeron sus mayores, la más genuina representante y fidelísima depositaria de sus inmortales tesoros, muchos de los cuales todavía yacen inexplotados o, si más os contenta, puede conceptuarse dicha composición, como una variación elocuente sobre el mismo tema del amor a la Religión y a la Raza; hecha, se entiende, con el valor y la viveza del más fervoroso creyente, y la convicción más profunda del pensador que, dueño de minas riquísimas, no comete, ni por un momento, la debilidad o, por mejor decir, la locura de ir a mendigar los residuos de extranjeras vetas, por más que sean de las ubicadas tras de los Pirineos, o de las de allende las riberas del Rhin.

Considerada bajo este ideológico aspecto, en nada desmerece esta composición de la anterior *A la Raza Latina,* de la que parece ser hermana gemela, y brote generoso del mismo tronco; pero, por lo que respecta al estilo, ya en tal cual estrofa adviértense con pena algunos métricos descuidos, una que otra locución prosaica, y tal vez el uso excesivo de nombres propios, cuya inserción en la poesía, por más que la erudición salga beneficiada, no así aquélla que, en compañía de tales parásitos, pierde mucho de su vigor, jugo y lozanía llegando, a las veces, hasta secarse.

Visible es también el empeño que demuestra el autor, en seguir muy de

cerca al cisne de Belmonte, en su oda a la Vida Retirada, y tanto, que momentos hay en que uno se pregunta, si ya la imitación de tan soberano modelo habrá degenerado en calco servil o en mera paráfrasis, o en glosa más o menos afortunada.

Con todo, a pesar de tales reparos, son, por otra parte, tantas las excelencias que en la oda campean, que no para uno mientes en los pequeños lunares que la maculan, cautivo y absorto únicamente por los pensamientos bellísimos que como diamantes de muy limpio oriente se ven fulgurar por doquiera.

Fuera de que, como dice Horacio, "en un poema en que brillan muchas bellezas no seré yo el que me enoje por tal cual punto oscuro o ligero manchón. . ." *Verum ubi plura nitent in carmine, no ego pausis offendar maculis.*

Pertenece esta oda a las del género parenético u oratorio, con sus ribetes de filosófica o doctrinaria, y los tópicos que en ella desenvuelve el poeta, no por conocidos dejan de tener interés y adquirir novedad, cantados por pluma tan diestra como la de Delgado, que, semejante a la vara mágica de los encantadores posee la virtud, casi milagrosa, de mejorar todo cuanto toca, o, como la de Moisés, de sacar de la dura roca manantiales.

Mas por encima de todas estas cualidades, lo que nos la hace muy más estimable y digna de encomio, es el espíritu de la más pura ortodoxia que la informa y penetra por todas partes, volviendo por los fueros de la tradicional unidad católica española, y los del incomparable y riquísimo idioma de aquella nación que, como preciado tesoro, nos legó para su custodia y defensa.

Y es en esta parte de la oda, en donde don Rafael Delgado vuela con más pujanza y osadía y se nos revela como poeta de recio temple, animoso y valiente, como Aparisi y Guijarro y Donoso Cortés, firmes mantenedores de la unidad católica, fuente bienhadada y germen fecundo del engrandecimiento de España.

Tal parece que nuestro académico, al ponerse a escribir su composición, tuvo delante de los ojos las palabras del Apóstol a Tito, su discípulo, (por lo que a la conservación de la Fe se refiere) *"Depositum custodi"*; y por lo que mira al cultivo y amorosa estimación de la lengua materna, rica y jugosa, cual la leche; pura y diáfana, como la nieve; el proverbio aquel de Salomón: "Bebe el agua de tu cisterna y los raudales de tu pozo. Sea para ti, como una corza muy amada. Que sus mamilas te embriaguen en todo tiempo; y en su amor deléitate continuamente". (Proverb. Cap. V, v. 15).

Nutrida su mente con estas ideas tan sencillas como sublimes, ya es tiempo de que veáis la manera airosa con que las expuso, sirviéndose para la trama encantadora, de los múltiples delicados hilos de sus versos áureos, como los de Pitágoras.

Así tendréis con ello un bien merecido descanso en el viaje prolijo, a que os condenó esta mi desmazalada disertación; y en el erial infecundo y monótono de mi árida prosa, se solazarán vuestros ojos con las margaritillas doradas que deja caer de cornucopia la poesía inspirada de este hijo mimado de las musas.

Ya estáis enfrente del suntuoso alcázar; flota en las almenas el pendón español; francas están las puertas; penetrad en el interior; y con atento oído escuchad cómo celebra un mexicano las glorias de la madre España:

¡Qué vigorosa vida
la del hispano pueblo, que atrevido,
emprende la escogida
senda, por donde han ido
los grandes pueblos que en el mundo han sido!

Que no le duelen prendas,
ni le arrendran del mundo los cuidados,
ni las luchas tremendas,
ni casos desastrados,
ni la ceñuda faz de adversos hados.

Lo mismo escala el cielo,
al ángel disputando su alta gloria,
que arrebata en el suelo
al héroe la victoria,
dejando en pos de sí inmortal memoria.

¿Que prefiere mostrarse
Quijote más que Sancho? ¡Que así sea!
Pues no ha de rebajarse
el mundo de la idea
al par del oro que la tierra crea.

Que te denigran veo
los detractores de tu ser pujante.
¡Jamás podrá el pigmeo,
de menguado talante,
comprender los alientos del gigante!

Las almas generosas
al inmortal seguro van volando;

las torpes, perezosas,
revuélcanse en el fango,
su vida de torpezas arrastrando.

¡Sus, generosa raza!
De tu abolengo, de potentes vuelos,
jamás desdigas: traza
y sigue en tus anhelos
la senda de tus ínclitos abuelos.

Por ella los Trajanos,
los cántabros y heroicos numantinos,
los Sénecas, Lucanos
y Silos peregrinos
lograron merecer lauros divinos.

Por ella tus Prudencios,
tus mártires sin par, tus Isidoros,
Leandros y Fulgencios,
la gloria y los tesoros
del bajo mundo, a los celestes coros,

A do vive el contento,
lograron trasponer, donde asentado
en rico y alto asiento
está el Amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Así te regeneras;
no importa que en las lides
victorias y reveses atesores;
para los nobles Cides
y santos luchadores,
lo mismo son Calvarios que Tabores;

muy pese al sentimiento,
lo mismo Trafalgares que Lepantos.
Afronta, pues, con tiento,
peligros y quebrantos,
sin que importen jamás cuáles ni cuántos.

La voluble fortuna
señora fue de los mortales todos;
mudable, cual la luna,
a todos de mil modos
afecta por igual, griegos o godos.

¡Sólo Dios es eterno!
Sólo Dios y su Cristo, que triunfando
de la Muerte y Averno,
a quien sigue su bando,
de mortal a inmortal, le va elevando.

Si guardaras con tino
esa fe que traslada las montañas...
ese lazo divino,
que en letras y campañas
hiciera de una España cien Españas...

Mas ¡ay! que ya de luengo
tiempo te embarga inclinación extraña
que vicia tu abolengo,
que tu blasón empaña
y de seguir así no eres España.

De galos y teutones
deja, por fin, la mundanal escena,
deja sus aficiones,
sus cantos de sirena;
deja que allá en el Rhin o infecto Sena,

en Blanco mar o Negro,
beba esa gente, cultivada o fiera;
tú, del Betis, del Ebro,
del Tajo en la ribera
bebe del agua cristalina ibera;

agua de tus Moncayos,
que fecunda los campos y vergeles,
do Cides y Pelayos,
Fernandos e Isabeles,
sus frentes coronaron de laureles.

Así es como revives,
que fue de los Victorias y Montanos,
de los Suárez y Vives,
que en resolver arcanos,
superaron a griegos y a romanos.

Así te regeneras,
que fue de los Cervantes, Garcilasos
y divinos Herreras,
que sin peros ni acasos,
no ceden ni a los Dantes ni a los Tasos.

Y así tornará el día
en que fueras ceñida de aureolas;
en que la mar bravía,
al revolver sus olas,
siempre encontraba costas españolas.

Y aunque fuere enojoso,
permíteme al final de mi cantiga,
que amante y respetuoso,
¡oh, Alma Mater! te diga:
Purifica tu ser; nobleza obliga.

He aquí, Señores Académicos, pintado por sí mismo al poeta tradicionalista y de raza pura, que, como el cantor de Granada,

Cristiano y español, con fe y sin miedo
canta su religión, su patria canta.

He aquí al filósofo que plantea los problemas, y los resuelve; al literato que enseña deleitando; al orador que convence, emociona y cautiva; al crítico ponderado y justo, que alaba sin lisonjas y corrige sin acrimonias; y al hijo que, con libertad y franqueza, si bien amante y respetuoso, le dice la verdad a su madre, y tiene el valor, muy grande por cierto, de señalarle las ocultas llagas que están minando su organismo, y de qué parte vienen los aires malsanos que corrompen su ambiente.

No me detendré con vosotros, Señores Académicos, en pasar por sutilísimo tamiz las bellezas literarias de todo género en que abunda esta composición, que en más de un pasaje, ataja los vuelos de la fantasía, y hace

que el pensamiento, replegándose sobre sí mismo, medite seriamente en las muy hondas y luminosas verdades que se le presentan; pero no puedo pasar por alto, en esta misma composición algo que, en mi humilde sentir, nos toca muy de cerca y está fuertemente relacionado con nuestra Academia: el amor a los limpios veneros de la incomparable lengua castellana, veneros de los que, hoy más que nunca, parecen desviarse los labios de más de cien escritores contemporáneos, para ir a abrevarse en las turbias aguas de manantiales extranjeros.

Y con cuánta poesía, atacando tan funesta tendencia dice nuestro escritor, dándose la mano con Salomón, en el libro de los Proverbios, a la Madre España, y en ella a todos los que nos preciamos de ser sus hijos:

Tú del Betis, del Ebro,
del Tajo en la ribera,
bebe del agua cristalina ibera.

Sí, tiene sobrada razón el poeta: ese cristalino regalo es en el que blanquearon su alas dos cisnes españoles, que volaron más alto y cantaron más dulcemente.

No tiene por qué ir la gloriosa Hesperia a recoger, en hábito de mendicante, el agua rebotada de los deshielos transpirenaicos y los de la Selva Negra de los teutones; cuando cuenta con la purísima y abundante que le prodigan sus "Moncayos",

que fecundan los campos y vergeles,
do Cides y Pelayos,
Fernandos e Isabeles,
sus frentes coronaron de laureles.

En esa agua corriente, pura y cristalina, en la que bebieron y se lustraron las letras españolas, hagamos que también beban, y se lustren las nuestras para robustecer el espíritu, afianzar las ideas y acendrar los afectos.

Y demos las gracias a nuestro compañero desaparecido, por habernos recordado, con el inspirado acento de sus cantares y la voz más elocuente todavía de sus ejemplos luminosos, el sagrado deber en que estamos todos, pero más aún los Académicos que pertenecen a esta Corporación, de conservar intacto el rico tesoro de la lengua que nos legó España; y convertirnos, como lo hizo nuestro Delgado, en sus más entusiastas panegiristas, y celosos propagadores de sus glorias imperecederas.

Sea el habla castellana para nosotros, como lo fue para el feliz imitador

de Manzoni y Fray Luis de León, la corza carísima de cuyos ubérrimos pechos extraigamos el delicioso néctar que en todo tiempo nos embriague y en cuyo amor encontremos siempre, para nuestras almas, las satisfacciones más puras y los consuelos más regalados.

Sea, por siempre, y en todas partes, la esplendorosa antorcha émula de la lumbre solar que ponga en fuga las tinieblas de hoy, y haga que para siempre desaparezcan del hermoso cielo del arte, tantas multicoloras bengalas que lo surcan y atruenan con escandalosos estallidos, y que en vez de vivos y permanentes resplandores no le dejan más que espesa humareda.

Como don Rafael Delgado, tipo fiel del perfecto académico, no consintamos que al oro viejo tradicional, que con respeto y profunda veneración conserva en sus arcones la casa solariega de nuestros mayores, se mezcle el similar, de más brillantez, si se quiere, pero no de tanto peso y subidos quilates como el oro antiguo. Y por lo que hace a la libre aceptación de monedas de cuño extranjero en nuestro mercado literario, rechacémosla con energía, y no toleremos nada de amalgamas, aleaciones y ligas con las nuestras, siempre limpias, fijas y esplendorosas.

Sólo así cumpliremos con nuestro deber, y más tarde, quizá, en parte si no en todo, se deba a la tenacidad de nuestros generosos esfuerzos y honrados propósitos, el advenimiento de una era más próspera y feliz para nuestras letras.

Será entonces, Señores Académicos, cuando con la más honda satisfacción que da la conciencia del deber cumplido, podamos vaticinar con el clásico Moratín:

Tiempo vendrá, si en los hados
no existe cólera eterna,
que el rayo puro del sol
disipe oscuras tinieblas.
Y del olvido en que yacen,
resucitadas las letras,
de su perdido esplendor
la edad venturosa vuelva.
Y cuando mi patria logre
la felicidad que espera,
su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebren.

Esperemos, Señores, en que vuelva esa edad venturosa para nuestras letras; y en que una vez llegada, los escritores de la nueva generación sa-

luden con respeto y celebren con entusiasmo al insigne novelador, notable pedagogo y gran poeta don Rafael Delgado, cuyo nombre, ungido por la fama le recogerá la Raza Latina, para añadir un timbre nuevo a sus blasones; y la Religión y la Patria para inscribirle en el catálogo de sus beneméritos; y hasta en la América Meridional, la tierra de los grandes poetas,

El Amazonas túrbido,
y el anchuroso Plata,
y el Tequendama undísono
que en iris se desata,
en coro a nuestros pósteros
su gloria cantarán.

CONTESTACION AL DISCURSO DE DON FEDERICO ESCOBEDO

Por el Director José López Portillo y Rojas.

LOS miembros de la Academia Mejicana, que hemos asistido a esta junta, hemos escuchado con el mayor interés, el hermoso discurso que acaba de leer el individuo de número, Pbro. Don Federico Escobedo, al tomar posesión de su puesto, de una manera oficial.

El tema desarrollado por el recipiendario, nos es particularmente simpático, porque tiende a enaltecer la obra poética de nuestro ilustre e inolvidable colega Rafael Delgado, perdido hace tres años para nuestras letras, que supo honrar con timbres esclarecidos. Tuvo Delgado, en efecto, tres títulos indiscutibles a la celebridad nacional: sus méritos como pedagogo y autor de libros de retórica preceptiva; su excelencia como novelista, admirador y pintor de nuestra naturaleza, y hablista elegante e impecable, y finalmente, su robusta inspiración poética, productora de soberbias composiciones. que pasarán a la posteridad, como modelos de sano y potente estro y límpida y hermosa factura. Apreciado generalmente por sus novelas y obras didascálicas, es menos conocido entre nosotros por sus cantos poéticos, con imperdonable injusticia, pues, desde este último punto de vista considerado, debe quedar su nombre al mismo nivel que desde los otros dos. Bien ha hecho el Sr. Escobedo, por lo tanto, en consagrar su trabajo a salvar de la indiferencia o del olvido los merecimientos de Delgado como vate y cantor de cosas altas y sublimes; porque de esta manera se completa la triple personalidad de nuestro malogrado compañero y amigo, cuyas dotes excepcionales brillantemente se ejercitaron en los tres géneros literarios que el recipiendario menciona.

Por otra parte, el Sr. Escobedo, al llenar la obligación reglamentaria de presentar su trabajo de ingreso, que le hará miembro correspondiente de la Real Academia Española, ha puesto mano asimismo, al cumplimiento de

un deber que el Reglamento nos impone; me refiero al de hacer el elogio de uno de nuestros colegas desaparecidos; obligación a la cual hace largo tiempo hemos estado faltando respecto de varios miembros de esta corporación, a los cuales no hemos rendido todavía el homenaje de nuestra consideración y de nuestro recuerdo. Las circunstancias anómalas en que se ha visto envuelta nuestra República, la ausencia de algunos de los miembros de la Academia, y hasta algunas veces, la cesación temporal de nuestros trabajos y reuniones, han sido causa de nuestro silencio; que no debemos ser acusados de ingratos ni olvidadizos hacia nuestros compañeros pasados a mejor vida, cuando las tempestades que han azotado nuestro suelo, han llevado el silencio y la confusión al seno mismo de los hogares, después de haber cerrado las puertas de tantos centros de estudio. Mas ahora que, por la voluntad de Dios, van restaurándose nuestras fuerzas, y tiende a volver a nuestra patria el orden perturbado, es justo y natural, que corran de nuevo por su antiguo cauce todos los elementos de nuestra vida común, armónicamente enlazados, para cumplir su misión de cultura y de progreso. Debemos ver, por lo mismo, en el trabajo del Sr. Escobedo, la reanudación de nuestro antiguo modo de ser, igualmente laborioso, que ajustado a las obligaciones de nuestro instituto.

Complacido debe sentirse nuestro distinguido colega, con motivo del estudio que acaba de leernos, no sólo por la obra de reivindicación que en él realiza, a favor de Delgado, sino también por el gran mérito que en sí tiene, ya se le considere desde el punto de vista de los graves pensamientos que desarrolla, ya desde el de la sana y abundante erudición que ostenta, o bien desde el de la clara, hermosa y amena dicción que le enaltece y avalora. No me propongo hacer el panegírico de ese discurso, que no lo necesita, por cierto, y dejo al buen criterio de los señores Académicos el apreciarlo en su justo valor y el aplaudirlo cuanto se merece.

Con gran acierto es comparado nuestro poeta al italiano Alejandro Manzoni con cuyo estro e idiosincracia tiene notable parecido. Sabido es que el poeta de Milán amó dos cosas en la vida, sobre cuanto es digno de ser amado: la Religión y la Patria; y nadie ignora, asimismo, que su poesía, si bien algunas veces candente y apasionada, como la consagrada a la muerte de Napoleón I, bajo el título de *Cinco de Mayo* (tan elogiada por Goethe y tan admirada por Lamartine), reúne a la elevación de las ideas y a la majestad de las imágenes, cierta dulzura impregnada de misticismo, que la hace amable a todos los corazones ya sean osados y fieros, ya dulces e inclinados a la misericordia. El breve pero concienzudo análisis que el Sr. Escobedo nos ha presentado de las letras próceres de Rafael Delgado, *Te Deum Laudamus, La Raza Latina* y *A España,* prueba de una manera tan evidente, que no deja lugar a la menor duda, que en la lira del vate

nacional vibraban también esas propias cuerdas, y se reproducían pensamientos y afectos análogos a los que modulaba la de Manzoni. Evidentemente, nuestro malogrado colega había leído mucho las poesías de su modelo, puesto que las que él produjo, no sólo se parecen a aquéllas por el fondo, sino hasta por la misma forma. ¿Por qué tal predilección? Evidentemente por la simpatía que en el alma de Delgado despertaba la figura poética de Manzoni, pues, a mi modo de ver, la inclinación y el apego que todos sentimos hacia determinados autores, nacen de cierta misteriosa consonancia existente entre el alma de aquéllos, tal como aparece retratada en sus cantos o escritos, y la propia nuestra, que se agita y conmueve al soplo de esa inspiración. Debemos considerar, por lo mismo, el caso de Delgado como una singularidad de nuestra literatura vernácula, pues no es frecuente, aunque tampoco insólito, que nuestros poetas beban su inspiración en fuentes italianas, sino que lo más común es que lo hagan en las francesas. Recuerdo en estos momentos otros dos ejemplos, por el estilo del que ahora nos ocupa, y son el de don Luis Gonzaga Ortiz y el de nuestro distinguido compañero y actual Secretario de esta Academia, don Enrique Fernández Granados. Aquél y éste han sido fervientes admiradores de la musa itálica, cuya dulzura y celebrada armonía han procurado trasladar a sus musicales estrofas. Fue tan grande el amor de Ortiz a Italia, donde pasó algunos años de su vida, que se enlazó con una hermosa hija de aquella tierra encantada, la cual beldad fue, probablemente, el numen inspirador de buena parte de sus mejores cantos. Y por lo que respecta a Fernández Granados, sabido es que sus cinceladas poesías han encontrado eco y aplauso en la tierra de Leopardi y de Fóscolo, donde la crítica ha sido singularmente cariñosa y laudatoria para las composiciones de nuestro amigo y colega.

No por eso ha de decirse de Delgado que se haya apartado en lo más mínimo de los cánones y reglas de la más castiza versificación castellana, porque el uso de las terminaciones esdrújulas, graves y agudas, sabiamente combinadas en sus rotundos versos, ni importan una desnaturalización de la lírica española, ni siquiera una novedad digna de ser tomada en cuenta, supuesto que notables poetas peninsulares han empleado ya esos mismos procedimientos. Puede asegurarse por lo tanto, que si la inspiración y la técnica de Delgado fueron de filiación itálica, no rompieron, por eso, los tradicionales y sagrados moldes de nuestra poética; de tal suerte que, en vez de ser tenido por un perturbador de nuestras más gloriosas tradiciones, debe ser visto como un afinador exquisito del estro neo-hispánico, en el cual ha querido introducir acordes y elementos de vida, si no nuevos, al menos poco usados hasta nuestros días.

Por lo que respecta a su profesión de fe, fue la misma de Manzoni,

quien dijo por boca de la sombra de Imbronati: "Sí quieres ser poeta, necesitas, ante todo, experimentar sentimientos sinceros y estudiar muy despacio su expresión; conserva pura tu mano, lo mismo que tu espíritu, no seas esclavo de nadie, no traiciones jamás la santa Verdad; no tengas complacencias para el vicio ni burlas para la virtud". Jamás faltó Delgado a la pureza de tales máximas, y para soltar las alas a su rica fantasía, no se vió obligado a echar mano de notas falsas, ni de cuerdas tirantes, atormentadas y próximas a estallar.

Cabe aquí, al hablar de la progenie literaria de nuestro poeta, hacer algunas observaciones generales, respecto de la poesía nacional, ya que los gérmenes de la inspiración del poeta que nos ocupa, están demostrando que los vates que florecen en nuestro país, suelen ser ajenos a los impulsos que recibimos de nuestra antigua y amada metrópoli.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, orgullo de España y de nuestra raza, dejó escrito en su obra titulada *Historia de la Poesía Hispano-Americana,* y en la parte consagrada a Méjico, lo que a continuación transcribo:

"A este motivo no literario (el político-religioso) se añade, sin duda, el cambio de gusto que en Méjico se ha verificado en estos últimos años, la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte, contra la poesía que motejan de culta y académica, y la tendencia, cada vez más sistemática, no a crear literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino a huír de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse, con supersticiosa veneración, al culto de la novísima literatura francesa". Interpretando mal los anteriores conceptos, don Emilio María Martínez Amador, en el último tomo de la *Historia Universal,* de César Cantú, que el mismo escribió, y comprende hasta el año de 1910, se ha atrevido a decir: "La literatura mejicana, remedo de la francesa, y huyendo sistemáticamente de la española, salvo en el período romántico de Espronceda y Zorrilla (que, por otra parte, sólo trascendió a la poesía), está todavía en mantillas, por no decir, con el ilustre Menéndez y Pelayo, que no acaba de aparecer por ninguna parte". Es evidente que Martínez Amador no comprendió bien el pensamiento de Menéndez y Pelayo, o bien, que deliberadamente ha querido falsearlo, con el propósito de deslustrar o de desacreditar del todo nuestras letras. Existe la literatura mejicana, como lo demuestra, de modo palmario, la obra misma de Menéndez y Pelayo a que él alude, es de antiguo y noble abolengo, y ostenta, por fortuna, vida propia, vigorosa y llena de las promesas más lisonjeras. Así lo prueban los ilustres nombres citados por Menéndez y Pelayo, los de Ramírez, Altamirano, Vigil, Acuña, Flores, Peón del Valle, y otros muchos casi contemporáneos nuestros, que

fueron conocidos y admirados dentro y fuera de la República. Sin salir del terreno meramente poético, puede enorgullecerse nuestro país de ser la cuna de vates tan inspirados como Othón, Gutiérrez Nájera y Sierra, entre los recientemente fallecidos, y como Icaza, Nervo, González Martínez, Díaz Mirón, Fernández Granados y Urbina, entre los que todavía, para regocijo de las musas, andan tañendo hoy día las cuerdas de su lira.

Es probable que Martínez Amador no haya leído por completo y desde las Advertencias Generales, la *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. pues, si así lo hubiese hecho, no habría asentado afirmación tan rotunda como falsa; porque de la recta inteligencia y del análisis imparcial de dicha obra, se deduce que Menéndez y Pelayo no pretendió negar que en Méjico existiese una literatura, sino sólo que la tuviésemos nacional, esto es, diferente de todas las otras. El espíritu de tan insigne escritor sintióse dominado al emitir ese juicio, por la consideración de que los latino-americanos para tener una literatura propia, debiéramos inspirarnos tan sólo o principalmente, en la belleza de nuestro territorio, en la majestad de nuestras montañas, en la feracidad de nuestros campos, en el color de nuestro cielo y en las demás peculiaridades de nuestra naturaleza; y por eso, y sólo por eso, asentó que por ninguna parte acababa de aparecer nuestra literatura nacional; de suerte que no negó él, ni pretendió negar, que poseyésemos una literatura, como se atrevió a decirlo Martínez Amador, sino sólo que la tuviésemos singular y desemejante de las otras.

En efecto, las Advertencias Generales de la *Historia de la Poesía Hispano-Americana,* fijan de una vez por todas, el verdadero sentido en que deben ser tomadas todas cuantas observaciones contiene la obra. Menéndez y Pelayo declara ahí su propósito de no tratar de la literatura brasileña ni de las indígenas que hayan podido florecer en las antiguas colonias españolas, sino sólo de "la que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes".

Después de haber deslindado así el cuadro histórico-crítico dentro del cual se propuso encerrar su trabajo, agrega el autor textualmente: "Si algo del americanismo primitivo llegó a infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso) sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de la literatura hispano-americana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo XVI, del culteranismo del XVII, de la reacción neo-clásica del XVIII, del romanticismo del presente (el XIX) y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa. Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en las épocas e

incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras o degeneradas... ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero, el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles. Por eso, lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la poesía política".

Los conceptos anteriores aclaran y explican de sobra el pensamiento de Menéndez y Pelayo, no sólo sobre la poesía mejicana, sino sobre la hispanoamericana en general. En tratándose de la nuestra en particular, hállanse repetidas esas mismas observaciones en diferentes partes de la obra citada. No es cierto, por lo tanto, que dicho autor haya negado que Méjico tuviese una literatura, sino sólo que la tuviese nacional; de suerte que para negarnos lo primero, con apoyo de tan célebre autoridad, se ha visto obligado Martínez Amador a mutilar el texto mismo que invoca, lo que puede haber hecho por falta de comprensión del asunto, o por extraña y condenable ligereza. Porque buena diferencia media, por cierto, entre decir que en Méjico no hay una literatura nacional, y afirmar que no la haya del todo.

La objeción misma de Menéndez y Pelayo, con sernos menos desfavorable que la de Martínez Amador, pudiera prestarse a no pocos reparos. Desde luego se me ocurre hacer esta pregunta: ¿qué se debe entender por literatura nacional? Si pretendiese analizar ese concepto, veríame precisado a dar demasiada extensión a este improvisado y pobre trabajo. No intentaré, por lo mismo, llevar a cabo tan ardua tarea; y me limitaré a afirmar que, si a la sola pintura de la naturaleza de cada país hubiera de atribuirse el carácter distintivo de cada literatura, pocas o acaso ninguna de las antiguas y modernas, serían dignas y merecedoras de ese nombre. Algunos griegos cantaron y describieron los montes, ríos y mares de su país, e imitáronlos en esto algunos romanos, y particularmente Virgilio en sus Eglogas y Geórgicas; pero ni de unos ni de otros puede decirse que hayan poseído literatura propia sólo por ese motivo, pues la parte principal de sus cantos y obras literarias no tuvo ese único punto de partida, ni versó tan sólo sobre ese monótono tema. Y aún puede decirse que, si admitiésemos como dato irrecusable el que parece adoptar para su criterio el autor citado, resultaría que en la actualidad, casi ninguno de los pueblos cultos poseyese literatura nacional, pues ni los ingleses, ni los franceses, ni los alemanes, ni los italianos, ni los españoles mismos, marcan ya las suyas con ese sello. Los cantos de sus poetas más celebrados versan sobre tópicos de naturaleza más humana y

general que la descripción de preciosos y queridos terruños, y es éste precisamente el motivo por el cual suelen ser aplaudidos por todos los pueblos.

Si se hiciese la observación de que Macpherson poetizó la naturaleza de Irlanda y Lamartine cantó las bellezas de Macon, pudiérase contestar que la inmensa mayoría de los poetas ingleses y franceses ha pulsado la lira para expresar emociones nacidas de otras causas, y que el mismo Lamartine consagró la mayor parte de su actividad poética a enaltecer otros asuntos y a elevar himnos de admiración a otras hermosuras. Y aun en el caso de exigírsenos que presentásemos en favor de nuestras letras timbres de esa clase concreta, podríamos citar los nombres de Pesado en sus sonetos y romances, de Altamirano, cantor del Atoyac, de Josefa Murillo, cantora del Papaloapan, de Flores, ruiseñor de la Selva Americana, y, finalmente, de Manuel José Othón, cuyos *Poemas Rústicos,* consagrados todos a enaltecer y sublimar las maravillas de nuestra tierra y de nuestro cielo, bastan para dejar plenamente justificado que no carecemos de literatura nacional, o sea de poesía nacional, ni siquiera según el sentido restringido que ha querido darse a esas palabras.

Y perdóneseme la digresión; en gracia del intento que me ha movido a separarme del asunto principal a que debí únicamente consagrarme. Tiempo hacía me preocupaba la idea de la inexactitud de las afirmaciones a que acabo de aludir, y el afán de aprovechar cualquiera ocasión propicia para rectificarlas, según lo que yo juzgo criterio imparcial y verídico. Así, no me ha parecido inoportuno exponer ahora mi modo de ver acerca de tan importantes asuntos, ya que el Sr. Escobedo ha comprobado que Delgado siguió en sus mejores composiciones, las huellas de un poeta ajeno a nuestras más recientes tradiciones. No hay nada de condenable, sin duda alguna, en beber la inspiración en fuentes extranjeras, con tal de conservar incólumes los fueros de nuestra raza, tanto por lo que se refiere a buen decir, como a las exigencias de nuestra métrica y de nuestra rima, pues la historia de todas las literaturas consagra y justifica este modo de proceder. Sabemos que los romanos tomaron a los griegos por modelo, y que la Edad Media se inspiró en los romanos. La poesía bretona deriva su estro de las tradiciones célticas; la de todos los idiomas neo-latinos, comenzó por imitar la provenzal; la del Renacimiento revistió una vez más la forma antigua; la italiana fue considerada como la tercera literatura clásica, al lado de la griega y la romana, al través de toda Europa al principio de la Edad Moderna. Las literaturas de todos los pueblos, por decirlo de una vez, mutuamente se influyen y compenetran, y a diario se produce entre ellas ese fenómeno conocido en física con el nombre de endósmosis y exósmosis, que consiste en la entrada y salida simultáneas de elementos internos y externos dentro de diferentes recintos.

Fácil sería demostrar, y es un lugar común el decirlo, que tomó su forma definitiva la poesía española, bajo la influencia de la italiana, y que aun los poetas modernos, que podemos llamar nuestros contemporáneos, han sufrido el influjo de inspiraciones extranjeras. Así, el romanticismo francés halló eco en las liras de García Gutiérrez y el Duque de Rivas; Byron en Espronceda, y Víctor Hugo en casi todos los poetas hispánicos de la pasada generación; y aun el mismo modernismo, que ha comenzado a invadir la Península Ibérica, tiene su origen en Baudelaire, Verlaine, Mallarmé y sus congéneres, si no es que haya pasado de la América Española a nuestra antigua metrópoli, por los canales de Méjico, Nicaragua y la Argentina. Debo confesar modestamente, pero con lealtad, que no soy partidario de la nueva escuela que siguen nuestros poetas jóvenes, la cual estimo a manera de moda transitoria, que ha de esfumarse y desvanecerse bien pronto en los horizontes literarios de América y Europa. Así parece demostrarlo la conducta de algunos de sus corifeos, y entre otros Amado Nervo, quien en sus recientes poesías manifiesta marcadas tendencias a retornar al amplio sendero de la clara, sencilla y pura poesía castellana o italocastellana, del cual se había alejado para entrarse por las veredas intrincadas y confusas del simbolismo, del decadentismo o del modernismo. Mis personales aficiones, con todo, no me impiden observar que la lírica mejicana se encuentra en pleno florecimiento, y que, hoy por hoy, nuestros poetas nacionales, ausentes o presentes, no son en nada inferiores, sino tal vez iguales y aun superiores a los más reputados de España y de los otros países de habla española.

Y todo esto a propósito del elogio de Rafael Delgado. Unas ideas llevan en pos de sí otras ideas; hay grupos de ellas que, por ser afines, se juntan y reúnen espontáneamente y naturalmente, como se adhieren los líquidos a la superficie de los sólidos. La asociación de las evocadas por el brillante estudio del Sr. Escobedo, con otras que les forman séquito, me han llevado más allá, aparentemente a lo menos, de los límites dentro de los cuales debí encerrar este trabajo, pero la consideración de que el asunto principal me haya incitado a fijar la vista en los que le son accesorios, me hará absolver de culpa y pena por mis distinguidos oyentes. Al menos así lo aguardo de su benevolencia.

Aplaudamos, pues, la labor realizada con tanto celo y gallardía por el Sr. Escobedo, y rindamos el homenaje de nuestro aplauso a la labor poética de Rafael Delgado, cuya alteza e importancia nadie se atreverá a discutir en lo sucesivo.

México, abril 14 de 1917.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA *

Por ALEJANDRO QUIJANO.

LA Universidad Popular Mexicana, en prenda de su entusiasmo por todo lo que significa cultura, celebra, con una "semana cervantina", que se inicia hoy, el tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes. Y me ha honrado encargándome pronunciar, en esta ocasión solemne, las palabras conmemorativas. "Sin juramento me podréis creer que quisiera yo que estas palabras, como hijas del entendimiento, fueran las más hermosas, las más gallardas y más discretas que pudieran imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de Naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino estas mal hilvanadas y torpes que vais a oír?"

Hoy, 23 de abril de 1916, se cumplen, señoras y señores, tres siglos desde aquel día en que, en la cortesana villa matritense, entregara su ánima al Creador y devolviera su cuerpo a la madre tierra Miguel de Cervantes Saavedra, que había nacido en la docta y universitaria villa alcalaína hacía sesenta y ocho años, en los primeros días de octubre de 1547.

Hijo de Rodrigo de Cervantes —quien era de noble y limpia ascendencia, pero personalmente sólo un modesto cirujano ministrante, de esos empíricos que sabían hasta "tomar sangre, gobernar con tablillas un brazo roto, topiquear y cataplasmar aquí y allá, por mandato de los doctores", en cuya facultad no logró profesar debido a una pertinaz sordera— y de su buena esposa, la honrada y cristianísima Da. Leonor de Cortinas, no hubo nuestro grande hombre, en sus años de infancia y mocedad, más vida que la azarosa de su padre, viajando de uno en otro lado de España, siempre en busca de mejora para los ahoguíos del bolso, siempre deseando hallar el definitivo

* Discurso pronunciado el 23 de abril de 1916 para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes. Este y el siguiente valieron al Sr. Quijano ser propuesto dos años más tarde como miembro de la Academia. A. M. C.

asiento para aquella casa, si honorable y pura, lastimada gravemente de pobrezas.

Tal vez, y ello lo anotan graves comentadores, ese ir y venir en los años infantiles fue la causa de su después honda afición a la vida de camino, a ese constante estar de paso, a ese dormir en los destartalados mesones, en las humosas posadas, en los vetustos paradores, entre gente de todo linaje, cruzando altivo siempre y sin menoscabo, eso sí, de su hidalga dignidad, entre la turba gallofa, entre los desarrapados galopines del hampa, entre esa legión de mozos y de mozas que al ver apagarse la luz del padre sol en los atardeceres, no recuerdan más menester que cumplir en el siguiente día que el simple y bello menester de vivir, ignorando cómo y de qué. Tal vez en aquellas luengas jornadas entre Alcalá y Valladolid y Madrid y Sevilla le nació ese amor de fuerte raigambre a todo lo que era vario y bello, como bellos y varios eran los campos y los cielos que atravesaba en sus correrías, al lado del pobre padre, de la madre dulcísima, de los hermanillos juguetones y rientes.

Asentada la familia en Madrid por cierto tiempo, nos encontramos por primera vez con Cervantes en una alta ocasión, cuando a la muerte de la joven y virtuosa reina Doña Isabel de Valois, acaecida a fines de 568, el sabio maestro Juan López de Hoyos le encomendara, como a su "caro y amado discípulo", y en nombre del estudio, la nenia en verso de la reina difunta. Mozo aún, pues que apenas contaba veintiún años sobre su cabeza, aquella distinción del viejo humanista, que supo el escogido corresponder con dignidad, forjando versos bellos, era uno de los primeros toques del reconocimiento a su valer, de los cuales, ¡ay!, por cierto, no le fue próvido el mundo mientras sobre él asentó su noble planta.

Tales versos, tan buenos como los mejores de los muchos que hicieron en aquella luctuosa ocasión vibrar los tórculos hispanos, incluso los del glorioso cantor del Tajo, el enorme místico maestro en Salamanca, son, en efecto, los primeros que de nuestro Miguel habemos. Quizás, casi seguramente, pocos meses antes, y también en una solemne oportunidad, la del entenebrecido tránsito del príncipe Don Carlos, Cervantes escribiera otras poesías de éstas de encargo, ya que el mismo López de Hoyos tuvo la encomienda de hacer una "Relación Oficial"; y aunque no corrieron impresas las producciones de sus alumnos, es de presumirse que entre ellas las hubo de Miguel, y muy de creerse que la bondad de sus versos entonces fuera causa de que se le designase poco más tarde para la indicada honra de llevar la voz del estudio en ocasión tan encumbrada...

De todos modos, las primeras muestras del ingenio literario de Cervan-

tes que hasta nosotros han llegado son los versos en honor a la memoria de la señora reina Doña Isabel.

Nuestro hombre era inquieto, ya se dijo. Y, así, se le halla un poco más tarde, en los años 1569 y 1570, formando parte de la comitiva de un prócer religioso italiano, el joven monseñor Julio Acquaviva, que regresaba a Roma de ejercer la nunciatura del pontífice Pío V ante la corte del taciturno emperador Felipe.

En esta excursión, dilatada al través de importantes ciudades españolas e italianas, conoció a Roma, saboreó los encantos de la magna urbe que, guardando al legado de Dios, era, sin embargo, propicia a todo goce terreno, como nos lo dice y pinta con rara donosura el bravo presbítero autor de *La Lozana Andaluza.* De allí, desligado de sus servicios al citado magnate de la Iglesia, partió probablemente para Nápoles, que gustó y amó asimismo con imperecedera efusión, ora por la singular belleza de su golfo azul, enfrentado al histórico volcán que destruyó a Pompeya; ora por su vivir intenso y cosmopolita, como puerto del Mediterráneo; ora por sus mujeres, bellas y fáciles al encanto y a la gallardía del genio español.

Y entonces sucedió que se hizo héroe, es decir, que se reveló el héroe que venía en su sangre. Entonces, y en ocasión de las pugnas constantemente renovadas, si es que alguna vez extinguidas, del cristiano y del turco, asistió, el 7 de octubre del 71, a la *batalla naval,* a la gran epopeya de Lepanto, bajo las banderas de aquel mozo, el joven señor don Juan, que quince años antes apenas jugueteaba en Yuste al lado de la celda de su padre el César. Entonces, y luchando con el corajudo esfuerzo que le daba, aparte su temperamento de aventura, su valor nativo y su amor patrio, la febril inquietud de unas cuartanas, sufrió, a bordo de la galera *Marquesa,* la pérdida de la izquierda mano.

Pero, ¿qué importa? Le quedaba la diestra, y con ella se pelea y con ella se escribe. Con ella continuó poco después en los lances de la guerra, y con ella escribió más tarde sus maravillosas obras de consulta para todo humano problema.

Con ella siguió en las luchas contra el infiel, siempre bravo, siempre ahincado y tenaz; hasta que, de vuelta al solar patrio, en 1575, fue apresado por los piratas berberiscos y deportado a Argel como cautivo. ¡A Argel como cautivo el que en su cuerpo llevaba ya la marca heroica, y en cuyo espíritu fermentaba el jugo de suprema belleza que habría luego de escanciar sin tasa!

Bajo los horrores de la férula bárbara, y fracasando en sus ingeniosas tentativas de evasión, vivió allí la vida del forzado cinco años, cinco tremendos años... Quizás no haya que dolerse mucho de ello, porque cuán provechosos, cuán fecundos en enseñanzas le fueron esos años de cautiverio, bajo la saña

del morisco. De allí, de esa dolorosa etapa, sacó nobles experiencias. Allí, en los horrores de las galeras y los *baños,* vio la vida en su verdadero valor, y supo cómo, según la frase de un notable cervantista, estaba hasta entonces engañado juzgando grande lo grande y pequeño lo pequeño de la vida.

Cuando después de este lustro doloroso, que no alcanzó, sin embargo, a la medula del hombre en cuanto a hombre, pues que estaba templado para la adversidad, volvió, tras difícil rescate, a la tierra nativa, se inició esa veintena de años en que, como nunca antes, fue andariego su pasar, fue de camino su existencia. Brumas más o menos densas cubren la historia de este pedazo de su vida. Tal vez, y ello puede desprenderse de un memorial petitorio que en el nombre de su hermano Rodrigo redactara pocos años más tarde, se halló en la expedición de las Azores, en la campaña marítima que, bajo las órdenes del famoso señor marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, acabó la aventura de pretensión a la corona portuguesa —peleada por muchos años, desde la muerte misteriosa de don Sebastián en Alcazarquivir— del prior de Ocrato, don Antonio. Tal vez entonces topóse a bordo de alguna de las galeras españolas con el aún mozo don Félix Lope de Vega Carpio, el futuro Fénix.

Fueron estos veinte años los más ajetreados de su vida. Apenas si, haciendo un alto en la dura jornada, lo vemos casar con honesta dama de Esquivias, doña Catalina Palacios Salazar y Vozmediano, de la cual, siguiendo su sino azaroso y venturero, habría de separarse varias veces, nunca en ruptura, sino cuando más en desabrido acuerdo.

En este período de su vida, de los treinta a los cincuenta años, anduvo nuestro héroe de la Ceca a la Meca, casi siempre en la región andaluza, desempeñando, ¡oh destinos curiosos!, las menos poéticas ocupaciones, los más ingratos tal vez de los humanos menesteres, los de colector de rentas menores y, a veces, los de provisor, muy secundario, es claro, de aquella Invencible Armada que el Destino, a veces irónico, deshizo y nulificó con un solo golpe de mar.

Pero es en este tiempo también en el que el héroe, maduro ya, lleno de una fuerte y vigorosa experiencia adquirida en todas partes —en los palacios de los señores, en los mesones de los caminos, a veces en esas tristes casas en "donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación"—, principió a dar el copioso y jugoso fruto de sus ires y venires por la vida. De allí (1584) su dulce y suave *Galatea,* obra pastoril con todas las características del género importado a España por el portugués Montemor. De allí su teatro, ese que, perdido en gran parte y por ende sin todo su valor conocido, fue causa de ciertas amargas, de ciertas dolosas diatribas del gran Lope, de aquel que, habiéndose alzado con la monarquía

cómica, no pudo ver con buenos ojos al ingenio que venía con ímpetus, al que, como dice Navarro Ledesma, usando la frase tan socorrida, "venía pegando". De allí también la concepción y el planeamiento de la obra magna, ideada tal vez cabe los hierros de la cárcel de Sevilla, en donde cayó por mera injusticia, por cruel saña del adverso destino. Allí, dentro de los muros guardadores del cuerpo, supo el espíritu hallar el jugo de vida, el zumo magnífico que habría luego de hacer destilar en sus copiosas páginas, trayéndolo a su mente de fuera, de los campos rubios de mies, de los altos montes, de las blancas aldeas, de las pobladas urbes, y de las almas de los hombres con quienes había tropezado en sus dilatadas correrías: las de los fuertes y las de los débiles, las de los piratas y las de los cautivos, las de los héroes y las de los rufianes.

De este acervo de impresiones y de emociones, ponderadas todas en su cerebro de excepción, tendría que brotar la obra excelsa, síntesis de la vida humana, reducible a carne y alma, a espíritu y materia, a Quijote y a Sancho.

Y la obra surgió. Maravillosamente representativa de su pueblo y de su raza; pero de la Humanidad entera también. Maravillosamente representativa de la España en sus características medulares: el espíritu aventurero e idealista, al lado del espíritu práctico infiltrado de cierto orientalismo fatalista y perezoso; de esa amada España que tuvo una época en la cual un señor D. Pedro Franqueza, el famoso conde de Villalonga, se comprometía, y el Gobierno lo aceptaba oficialmente, a salvar, a "desempeñar", por medios casi cabalísticos, casi de encantamiento, el Tesoro real, exhausto y entrampado a pesar de los galeones de las Indias; de esa España, en fin, que, como el sublime manchego, perdió sus saneadas y limpias "hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías". Pero maravillosamente representativa también, esa obra ingente, de la Humanidad entera en sus pasiones capitales, en sus impulsos anímicos inmutables y eternos.

No es ésta la ocasión, ni tamañas mis fuerzas, para hacer el estudio de las verdaderas intenciones que informaron el *Quijote,* de sus interpretaciones varias, de su moral y su filosofía, en fin; altas inteligencias, en las sesiones que integrarán esta "semana cervantina", harán esa labor de crítica; básteme, en este homenaje, lo dicho, y permítaseme concluir este apunte somero y sintético acerca de la vida y las obras del Príncipe de los Ingenios españoles.

Cuando, publicada esa primera parte del *Quijote,* en 1605, vio aureolado su nombre con el halo magnífico de la fama, el héroe creyó tal vez asir la palma de la serenidad... ¡Oh! pero la fama es así, fútil, inconsciente, y además él, ya se dijo en más de una ocasión, era inquieto, era aventurero, era español.

Y de todo ello resultó la nueva lucha, el nuevo ir de un lado al otro; sólo que ya más doloroso, ya más triste, pues el tiempo no pasa en balde sobre los hombres, y pone arrugas en la piel y canas en la cabeza, como amargores en el alma, como desmayos en el espíritu.

Es claro que tratándose del genio, del hombre-cumbre que era Miguel de Cervantes, los deliquios eran pasajeros, las desesperanzas efímeras; y de ellas y de ellos, con prestancia mayor, renacía el ímpetu, brotaba nuevamente el aliento.

Entonces, en esos últimos diez años de su vida, salieron a luz (1613) las *Novelas Ejemplares,* esas magníficas novelas cortas de las cuales algunas —*Rinconete y Cortadillo, El coloquio de los perros, la gitanilla, El licenciado Vidriera*—, si no tienen en las letras españolas el lugar preeminente, es porque su hermana mayor se les adelantó un paso. En ellas brilla el claro ingenio, el hermoso decir, la gracia singular, la inteligentísima experiencia que esplende en *El ingenioso hidalgo.* En algunas el "manco sano y famoso todo" llegó, en el género picaresco, que tal importancia alcanzara, a la encumbrada meta que tocaron Quevedo, Mateo Alemán, dos o tres solamente. Entonces (1614) publicó su mediocre *Viaje del Parnaso,* crítica, casi siempre elogiosa y por ende no todo lo justa que debía ser, de los escritores de su tiempo. Entonces (1615) hizo un nuevo ensayo por afincar en el teatro, publicando sus "ocho comedias y ocho entremeses", entre los cuales, amén de algo ya conocido —tal la interesante tragedia de corte clásico *La Numancia*—, apenas si el esclarecido talento crítico de Fitzmaurice Kelly salva al *Pedro de Urdemalas,* como obra de ingenio e interés. Entonces, y en corajudo arranque en contra del impostor, el por cierto muy curioso Avellaneda, salió a plaza (dedicada a Lemos el 31 de octubre del mismo 1615) la segunda parte de *Don Quijote,* más honda, más humana, más viva que la primera, y como ella interesante. Entonces, en fin, ya casi al acabar su vida, cerraba *Los trabajos de Persiles y Sigismunda,* ésa que él creyó su mejor obra, ésa que el 19 de abril de 1616, ya en el lecho de muerte, en el que finaba víctima de cruenta hidropesía, cuando había ya profesado en la Venerable Orden Tercera de San Francisco para conciliar definitivamente su alma con el Señor, del que en verdad como cristiano y de noble moral nunca se apartó en demasía, dedicara también a D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, en un gallardo envío que acusa aún, al lado de las graves consideraciones que el fin próximo le dictara, la suave y grácil ironía que durante todo su vivir anduvo con él, tal como acompañándolo para consolarlo, siquiera fuese con burletas y donosuras, de la inclemencia del mundo, de la injusticia con que sus coetáneos lo vieron casi siempre, del triste signo que en todas sus empresas se le pusiera delante.

Y el 23 de abril acabó... Pero ya era inmortal. Tanto, que desde entonces su nombre y sus obras, como flotando por encima del mar, han besado todas las playas; como brillando con el fulgor de una estrella, han esplendido en todas partes, en cien naciones y al través de cien lenguas. Tanto que, pasados trescientos años, nosotros, y como nosotros todos los que aman siquiera un poco lo que está por encima del torpe barro, lo recordamos hoy con veneración. Tanto, que cuando todos nosotros hayamos desaparecido de sobre la haz del planeta, y cuando, pasados muchos siglos, ni polvo de nuestra carne ni recuerdo de nuestro espíritu quede ya, la Humanidad seguirá solazándose en sus páginas divinas, y seguirá proclamándolo *regocijo de las musas y Príncipe de los Ingenios.*

LA MANQUEDAD DE CERVANTES
Apostilla al discurso precedente.

Por ALEJANDRO QUIJANO.

CON motivo de la publicación, en libro especial, de los siete trabajos leídos en la "semana cervantina", algún artículo de crítica tildó mi discurso, entre otras cosas, de erróneo. Para defender mi trabajo de este cargo, publiqué, en octubre del mismo 1916, una rectificación cuyos conceptos creo que deben ser ahora dados nuevamente a luz junto con mi discurso. Decía yo, más o menos:

"Se tilda a mi discurso de erróneo, citándose únicamente como error el de haber yo asentado que Cervantes perdió en Lepanto la mano izquierda, lo cual —se dice— es cosa falsa y ya perfectamente esclarecida. Como no se cita, repito, otro, y como el citado no lo es, protesto del cargo de falsedad que a mi discurso se hace. Y pues que el punto resulta, a mi ver, de importancia positiva, procuraré dejarlo elucidado.

"Para fundar mi protesta, he aquí diversas citas que, desde luego, he podido espigar, y las cuales, en su variedad, son más o menos rotundas, pero todas suficientemente claras para apoyarme en la aseveración que hice:

"...y en obsequio de la brevedad, sólo se hará aquí mención de sus nombres y clases, y de lo más notable que cada uno expuso o añadió: ...1º Mateo de Santisteban, natural de Tudela de Navarra, y alférez, etc..., vió la acción heroica de Cervantes en Lepanto cuando le hirieron el pecho *y le mancaron*. 4º Don Beltrán del Santo y de Castilla, residente en Madrid, a quien cautivaron los turcos en la Goleta el año 1574, y lo llevaron a Argel, conoció aquí a Miguel de Cervantes, *y le vió manco de la mano izquierda...*" (Informaciones testimoniales rendidas en Madrid el 17 de marzo de 1578, sobre los servicios de Cervantes, "ante el ilustre Sr. Lic. Ximénez Ortiz, del Consejo de S. M.", etc.).

"...sé y me consta que se halló en la batalla y derrota de la armada del turco, en la cual, peleando como un buen soldado, *perdió una mano...*" (El Duque de Sesa. Certificación de los servicios de Cervantes, expedida en Madrid el 25 de julio de 1578).

"...En la dicha Villa de Madrid a 31 días del mes de julio del dicho año de 1579, en presencia de mí el Notario y testigos de yuso escritos, recibieron los dichos Padres Fray Juan Gil y Fray Antonio de la Vella 300 ducados de a once reales cada un ducado, que suman 112.000.500 maravedís, los 250 ducados de mano de Doña Leonor de Cortinas, viuda, muger que fue de Rodrigo de Cervantes, y los 50 ducados de Doña Andrea de Cervantes, vecinos de Alcalá, estantes en esta Corte, para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, vecino de la dicha Villa, hijo y hermano de las susodichas, que está cautivo en Argel en poder de Alí-Mamí, Capitán de los baxeles de Armada del Rey de Argel, que es de edad de 33 años, *manco de la mano izquierda,* y de ellos otorgaron dos obligaciones..." (Del Libro de Redención de cautivos de Argel).

"Señor: Miguel de Cervantes Saavedra dice: que ha servido a V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, *de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo,* y el año siguiente fue a Navarino..." (Informe del Dr. Núñez Morquecho —Madrid, 6 de junio de 1590— sobre la petición de merced real).

"...y digo mano, *pues confiesa de sí que tiene sólo una...*" (Avellaneda en el prólogo de su Quijote).

"El glorioso éxito de la batalla de Lepanto y el crédito que adquirió en ella Cervantes le confirmaron tanto en la elección que había hecho de la carrera militar, que, *a pesar de la falta de su mano...*" (Vicente de los Ríos, prólogo al Quijote, 1780).

"...y otro arcabuzazo en la mano izquierda, *que le quedó manca y* estropeada..." (M. Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes,* publicada por la Real Academia Española, 1819).

"...recibió una *que le privó del uso del brazo izquierdo* durante el resto de sus días..." (George Ticknor).

"...Fue herido por tres balas, dos en el pecho y una en la mano izquierda, *que después perdió por completo...*" (Conde de Schack).

"...i, combatiendo contra los turcos, recibe dos arcabuzazos en el pecho i otro en la mano izquierda, *que le deja manco para toda la vida...*" (Eduardo Benot).

"Dos arcabuzazos en el pecho *y la mano izquierda mutilada* sacó Cervantes..." (Francisco F. Villegas, "Zeda", en el prólogo de *El Teatro de Cervantes*).

"...es herido en la refriega Cervantes, va al hospital *y pierde una mano...*" (Manuel G. Revilla, *Lo que enseña la vida de Cervantes*).

"Ponderaban su ingenio y desenvoltura cuantos le conocían de cerca: su figura era interesante y simpática: los hechos recientes *i la antigua manquedad* pregonaban..." (Navarro Ledesma).

"Pero, dejando ya esto, ¿fue en 1570 cuando el heroico soldado que en Lepanto *había de perder, no la derecha,* que necesitaba para escribir el Quijote, sino la izquierda, ingresó en los gloriosos tercios de Italia?" (*Los puntos obscuros en la vida de Cervantes.*—Emilio Cotarelo y Mori).

"...donde recibió tres heridas gloriosas que fueron siempre su orgullo, *entre ellas la que hubo de mancarle de la siniestra mano,* para probar..." (José de Armas, *El Quijote y su época*).

"Tres heridas, una de las cuales *le dejó manco de la mano izquierda...*" (G. Junemann).

"...*il perdait la main gauche* a la mémorable bataille de Lepanto..." (Erneste Mérimée).

"...su primer descubrimiento cervantino, es decir, el del retrato *del manco* sano ..." (Menéndez y Pelayo).

"Cervantes combattit a Lepante, ou il recut deux balles dans la poitrine, *et eut la main gauche mutilée...*" (James Fitzmaurice Kelly, trad. H. D. Davray).

Pero si el dicho de la madre y la hermana del escritor; si el de algunos contemporáneos suyos, como sus compañeros de cautiverio, como el señor duque y conde de Sesa, como el supositicio Avellaneda; si los de comentadores de tanto fuste como Navarrete, como Schack, como Ticknor, como Benot, como Navarro Ledesma, como Rodríguez Marín, como Menéndez y Pelayo, como Fitzmaurice Kelly, no fuesen bastantes, el propio manco lo afirma en varios puntos de su copiosa producción. Y, a menos de ser más cervantistas que Cervantes, creo que habremos de atenernos a sus afirmaciones mejor que a otras cualesquiera. Dice Cervantes:

"...y la siniestra mano estaba por mil partes ya rompida". (Epístola a Mateo Vázquez).

"...perdiste el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra..." (Viaje del Parnaso).

"...y corriendo a asirme de la mano izquierda, dijo: Sí, sí, *éste es el manco sano,* el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas". (Prólogo de Persiles y Sigismunda).

"Lo que no he dejado de sentir es que me moteje de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, *o si mi manquedad* hubiera nacido en alguna taberna..." (Prólogo a la segunda parte del Quijote).

"...*perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda* de un arcabuzazo..." (Prólogo a las *Novelas Ejemplares*).

Por ser tan fuerte la cosa, me ha venido a las mientes la idea de que, al tacharme el apuntado error, se haya creído que yo, al hablar de la pérdida de la mano de Cervantes, estimaba tal mano como cortada a cercén, *como separada del brazo, como amputada,* en fin. Puerilidad tamaña sería increíble. Es meridiano que un hombre con un solo brazo, o con una sola mano no hubiera podido —tal dice Fitzmaurice Kelly— seguir luchando, como lo hizo Cervantes por varios años después de la batalla naval. Es claro que no le cortaron el brazo, ni la mano siquiera, en el hospital de Messina; pero sí es incuestionable que tal mano le quedó para siempre inútil, manca, perdida, es decir. Y el criticar, si es que a ello se refiere la crítica, el empleo de las palabras *manco, pérdida, perder* en este caso, sería tan injustificado que no es de suponerse. Véase, en efecto, lo que acerca de esos términos dice el Diccionario de la Real Academia Española, autoridad a la que todos, en tales achaques, debemos atenernos:

"*Manco*: Aplícase a la persona o animal a quien falta un brazo o mano, o *tiene perdido el uso* de cualquiera de estos miembros".

"*Perder*: Dejar de tener uno una cosa que poseía con utilidad, provecho o gusto, o que era necesaria para un fin, por culpa o descuido del poseedor, o por contingencia o desgracia. Padecer un daño, ruina o disminución en lo material, inmaterial o espiritual".

"*Pérdida*: Daño o menoscabo que se recibe en una cosa".

Peregrino sería censurar el uso del verbo *perder* en este caso, cuando, a más de estar prescrito por la Academia, está sancionado por el uso generalísimo. Ya se ha visto en las citas hechas cómo así lo han empleado escritores de valía, y entre ellos, el mismo Cervantes, que dice textualmente, en el citado prólogo de las *Novelas Ejemplares,* que *perdió la mano izquierda.*

Creo que con lo que antecede queda perfectamente demostrado *que sí quedó manco, que sí sufrió Cervantes la pérdida de la mano izquierda.*

CLEARCO MEONIO *

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO.

MUY niño era yo aún, cuando por vez primera tuve comunicación con distinguidísimos miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española; uno fue mi maestro y era un sabio: el Sr. Canónigo de la Catedral, D. Francisco de P. Labastida; el otro fue mi Cura y mi Rector, y era un dulcísimo poeta: los árcades romanos le llamaban CLEARCO MEONIO.

Y recuerdo cómo impresionaba a todos mis compañeros; cómo me impresionaba a mí, el título de *académicos,* de individuos de esta respetabilísima corporación, que ambos literatos llevaban con orgullo legítimo.

¡Cómo entonces podía soñar siquiera el humilde "monacillo del Sagrario", que aquella investidura habría de serle también conferida!

¡Cómo el pobre seminarista que, para asistir a las aulas, en razón de los exiguos recursos de su madre viuda y enferma necesitaba vestirse con los despojos de niños ricos, podía esperar que vosotros, miembros conspicuos de la intelectualidad mexicana, de modo tan bondadoso como espontáneo, lo llamarais a ocupar un sitial justamente ambicionado por quienes aspiran a ceñir un lauro de victoria en las lides del pensamiento!

¿Os explicáis ya, cuán grande es y debe ser la gratitud que mi corazón os guarda por la merced que me habéis otorgado?

Y si a todos vosotros traigo el homenaje de mi agradecimiento, con mayor razón lo rindo a quienes movidos solamente por su benevolencia para mí os presentaron mi obscuro nombre para que lo ungierais con el óleo de vuestro voto.

Mas en medio del placer que han llevado a mi espíritu la muestra de cordial amistad que me habéis dado, y el alto honor que me habéis conferido,

---

* Discurso leído ante la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la sesión que, para honrar la memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, celebró dicho cuerpo en la noche del 12 de febrero de 1919.

una pena me embarga: aquel inspirado poeta a quien me referí al principio, ya no está entre nosotros; la muerte le abrió las puertas de la eternidad poco antes de que me franquearais las de este instituto [1]. No pudo, en consecuencia, saber que el niño a quien tanto quiso; que el hombre a quien tanto consideró, había sido objeto de la distinción que hoy me tiene entre vosotros. ¡Cuánto lo habría celebrado! ¡Cuánto la noticia lo habría enternecido!

Permitidme por tanto, señores académicos, que al levantar hoy mi voz en este recinto, me ocupe en repasar la vida del ejemplar sacerdote, que por su méritos alcanzó los más elevados cargos a que puede aspirar un ministro del Señor; y permitidme que traiga a vuestra memoria la intensa labor realizada por el humanista que nos reveló una vez más a los creadores de la poesía del Lacio; y que os recuerde la hermosísima obra original del poeta, que tan dulces modulaciones arrancó a las sencillas flautas de los pastores.

Entre las montañas que se advierten por todas partes en nuestro Estado de México surge un espléndido Valle, el de Bravo, al que esmalta riquísima esmeralda de verdura. Bosques frondosos lo circundan, corrientes de aguas cristalinas lo cruzan y lo bañan, riscos enhiestos con primor lo adornan y doquier parece que Natura, con amor sin igual, dejóle pródiga sus dones.

Allí nació el niño Joaquín Arcadio en 6 de enero de 1839. Sus padres, D. Julián Pagaza y Doña Josefa Ordóñez, educáronle con la patriarcal sencillez de que fueron capaces; mas terminada la instrucción primaria, el cura del lugar y distinguido humanista, D. Mariano Téllez, inicióle en el conocimiento de la lengua latina. ¡Cuánto las letras castellanas deben hoy al P. Téllez por aquella iniciación!

También cursó en parte la Filosofía en su tierra natal, en forma y manera que sus estudios lo encaminaran hacia el sacerdocio [2].

Y a fe que para tal misión necesitábase, en verdad, ser no de los *muchos llamados,* sino de los *pocos elegidos.* Las pasiones político-religiosas habíanse desencadenado sobre el país, a manera de negra nube que, en medio de relámpagos y truenos, descarga su furia sobre mísero poblado en el que sólo quedan la desolación y la muerte.

Los gobernantes arrojaban a monjas y frailes de sus conventos, y los despojaban de sus propiedades; la nueva ley suprema del país desconocía a

[1] El Sr. Obispo de Veracruz, D. Joaquín Arcadio Pagaza, falleció en 11 de septiembre de 1918 y la Academia me hizo el honor de considerarme individuo correspondiente suyo en 9 de octubre del mismo año.

[2] El nombre del Sr. Pagaza se halla por primera vez en el "Registro de matrículas de 1853 a 1858" del Seminario Conciliar en el año de 1858 en que el joven debía estudiar *tercer* año de Filosofía.

los sacerdotes, en el nombre de una singular democracia, aun los derechos comunes a todo ciudadano.

Pretender, pues, en tales condiciones convertirse en ministro del altar significaba un verdadero amor al Divino Nazareno; una verdadera vocación al apostolado de las almas.

Y el joven Joaquín Arcadio demostró tener ese amor y esa vocación. Abandonó el risueño Valle en que habíanse desarrollado serenos y tranquilos sus primeros años, y vino a la ciudad e ingresó en el Seminario y en él prosiguió afanosamente sus estudios y en él logró sus primeros triunfos intelectuales: el grado de bachiller en Filosofía y en Derecho [3].

Allí encontró nuevos maestros que continuaron el cultivo de su inteligencia, y desinteresados protectores que fomentaron sus aficiones al estudio: tales fueron el Dr. Amador Silva, que le enseñó el Derecho Civil, el Dr. José Ma. de J. Diez de Sollano, algún tiempo después Obispo de León, que le hizo conocer los misterios de la Teología Dogmática; el Pbro. D. Feliciano Arriaga, que convirtióse en su Mecenas.

Difícil resultaba, sin embargo, el recibir las órdenes sagradas: el Arzobispo de México, D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, había sido arrojado brutalmente del país y no había patriarca que pusiera el cayado en las manos de nuevos pastores.

Mas las dificultades no parecieron jamás obstáculo serio a D. Joaquín Arcadio Pagaza cuando traía ya colmada la alforja de los años; y menos podían desviar sus propósitos, cuando sólo había contemplado en veintitrés ocasiones el llegar de la primavera. Emprendió, pues, penosísimo viaje hasta la ciudad de Monterrey, al frente de cuya diócesis encontrábase el Obispo Madrid, a fin de lograr el sacerdocio.

Para quienes hemos realizado la travesía hasta la capital regiomontana disfrutando de todas las comodidades que otorgaba nuestra vida de pueblo culto, por desgracia interrumpida, nada tiene de extraordinario un viaje tal. Pero en aquellos días (1861 a 1862) no había ferrocarriles; no había cómodos medios de transporte; no había siquiera seguridades de llegar con vida, toda vez que por doquiera los obligados a viajar tenían que habérselas con

---

[3] Este último dato lo consignan el Sr. D. Agustín J. Tovar en la biografía que publicó en "El Tiempo" a 1o. de mayo de 1895, y el Sr. Pbro. Dr. D. José Castillo y Piña en la biografía que estampó en el periódico "Columbus" del mes de octubre de 1918. En los libros del Seminario se llama "Bachiller" al Sr. Pagaza, pero no he tenido a la vista el acta relativa a tal bachillerato, y no debe olvidarse que durante algún tiempo en dicho plantel se llamó bachilleres a los estudiantes de Teología, Derecho, etc., aun cuando ya no se realizaran actos especiales como los que acostumbraba efectuar la antigua Universidad. Es indispensable, pues, hacer tal aclaración.

revolucionarios, no siempre dispuestos a dejar en manos de sus dueños los bienes que llevaban.

Una contrariedad inesperada había de interponerse en el camino del Sr. Pagaza: la víspera de que llegara a Monterrey, el Obispo Madrid había muerto.

¿Era que el destino complacíase en contrariar aquellas nobles aspiraciones? No; era que había resuelto que en el Estado de Veracruz el joven Pagaza iniciara y concluyera su vida sacerdotal [4].

En efecto, venidos por tierra los proyectos del futuro ministro del altar, regresó a la capital de la República sólo a fin de arreglar otra partida: en esta ocasión para encaminarse hacia la ciudad de Orizaba, en donde residía Fr. Francisco Ramírez, Obispo titular de Caradro; o para atravesar el Golfo Mexicano, si era indispensable, a fin de hallar las ansiadas órdenes sacerdotales en la Isla de Cuba.

Un nuevo conflicto para el país acababa por entonces de aparecer: los convenios de la Soledad comenzaban uno de los numerosos actos del sangriento drama que en México se desarrolla desde la iniciación de su independencia de España; pero este acto iba a ser más trágico aún; más sangre iba a derramarse; más víctimas iban a ser inmoladas.

Y en medio de la lucha que principiaba, el joven Pagaza, así como algunos otros aspirantes al sacerdocio, emprendieron la peregrinación, que en esta vez sí resultó fructífera, pues en el curso de diez días recibió las diversas órdenes sagradas, siéndole conferida la más alta el 19 de mayo de 1862 [5].

Refiere uno de los biógrafos del Obispo recientemente desaparecido, que el de Caradro vióse precisado a consagrar en seguida los santos óleos necesarios para las catedrales de México, de Puebla y de Michoacán; óleos que

---

[4] La primera tonsura la recibió en México, a 17 de febrero de 1856, según aparece en el "Canon de Ordenes Sagradas" del Sr. Arzobispo D. Manuel Posada y Garduño, existente en la Secretaría Arzobispal. No hay noticia de la fecha exacta en que recibió el Subdiaconado y el Diaconado; pero si el dato citado a este respecto, y que proporciona el Sr. Tovar, es exacto, debe colocarse entre el 9 y el 18 de mayo de 1862.

[5] Existe una divergencia de fechas en las varias biografías que he consultado. El Sr. Tovar da la de 19 de mayo, sin precisar claramente que sea del año de 1862; el libro *Patria* (Col. de artículos varios sobre México, Vol. II pág. 35), señala el año de 1864; el P. Jesús García Gutiérrez, el año de 1863 (*El Futuro,* septiembre 19 de 1918); el Sr. Luis G. Méndez, el año de 1862 sin fijar día (*Biografía del ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza.*—Jalapa, 1918, pág. 13), y el Dr. Castillo y Piña (*Columbus,* Op. cit.) el 19 de mayo de 1862. Esta última es la exacta, según puede verse en el acta de la ordenación formada por el Sr. Obispo Ramírez. MS. en la Secretaría Arzobispal de México.

debían encomendarse, por lo que a esta metrópoli se refería, a los jóvenes sacerdotes [6].

Mas una dificultad surgía al parecer insuperable: el general Ignacio Zaragoza había prohibido la salida de Orizaba, y ni siquiera se encontraba él allí, sino en el Palmar.

Salir sin la autorización del general en Jefe del Ejército de Oriente equivalía tal vez a ser sacrificado sin miramiento alguno; y quedarse por tiempo indefinido era tanto como privar por igual tiempo a nuestra catedral de los sagrados bálsamos.

El Pbro. Pagaza, sin embargo, halló el remedio: redactó un amplio memorial para el general en Jefe, urgiéndole por un pasaporte; buscó ahincadamente un mensajero que llevara aquel documento, y al fin cúpole la satisfacción de ver colmados sus deseos.

Zaragoza, en efecto, expidió el pasaporte, quizá movido por la audacia de aquel ministro del Señor; quizá porque, como acontece a la mayor parte de quienes presumen de ateos sin serlo sino a flor de labio, pues continúan conservando las creencias que les inculcaron cuando niños, no había olvidado sus principios religiosos y en medio de aquella avalancha irreligiosa aprovechó la oportunidad para servir a la Iglesia de Cristo.

Sigamos ahora a los nuevos sacerdotes en su viaje hacia la capital de la República. Las ánforas que contienen los óleos santos pesan 20 arrobas [7]: acomódanlas en un *guayín* [8] y en pintoresco hacinamiento acomódanse aquéllos también. El vehículo, que se resiente del inusitado peso que se le obliga a transportar, en son de protesta cruje y crepita; en este agujero se hunde con ánimos de no salir jamás de él; con aquel peñasco tropieza, amenazando derribar su carga; y cuando los ocupantes apenas comienzan a acostumbrarse a estos peligros, uno mayor les amenaza: ¡el de los *salvadores del pueblo!*

¡Oh nuestros *salvadores del pueblo! Puros y mochos; rojos y cangrejos* [9], todos constituyen igual peligro para nuestros caminantes. Que los colores y los nombres nada significan para nuestros revolucionarios, como nada dicen para los revolucionarios de cualquiera otra parte de la tierra: ¡todos son iguales!

Entre los "republicanos", sin embargo, el pasaporte de Zaragoza bastante ayuda; y los santos óleos prestan un buen servicio entre los "defensores de la religión y de los fueros".

---

[6] Tovar, Loc. cit.

[7] 230 kilogramos, en cifras redondas.

[8] (Mex.). Coche de camino, muy ligero e inadecuado para soportar grandes pesos.

[9] Los epítetos de *puros* y *rojos* se aplicaban a los llamados "liberales", y el de *mochos* y *cangrejos*, a los "conservadores".

En Tehuacán, un jefe del ejército *juarista*[10] exige un lugar en el incómodo carruaje, y uno de los sacerdotes se ve precisado a cederle su asiento, aunque para ello necesita quedarse en la misma Tehuacán; y cuando hay que trasponer las cumbres de Acultzingo, es indispensable que los portadores de las ánforas se las echen a cuestas y caminen a pie, porque el *guayín* se niega definitivamente a servirlos[11].

¡Inútiles menudencias! pensaréis; mas aquellas penalidades habían de constituir las sólidas bases que soportarían las cargas inherentes a la vida futura del nuevo pastor de almas.

De sólo 24 años de edad, en el de 1863, el Pbro. Pagaza va al curato del Real y Minas de Tasco; llámanlo de allí sus superiores[12] para encomendarle una cátedra de latín en el Seminario, la cual deja para encargarse temporalmente de la parroquia del Sagrario Metropolitano y de éste sale para Cuernavaca, donde se entrega de lleno al estudio, que no abandona cuando se le nombra cura de Tenango del Valle[13].

"El apostolado del Sr. Pagaza en Tenango es una historia que no referiremos nosotros, ha dicho uno de sus más puntuales biógrafos. La gratitud y el amor aún palpitantes de sus antiguos feligreses hablan con elocuencia invencible. El sacerdote a quien se confiara aquel rebaño se dedicó todo entero al cumplimiento de su elevada misión. Deseoso de consagrar el corto tiempo que le dejaban sus labores pastorales al estudio de la sagrada Teología y del Derecho Canónico, procuraba siempre con prudencia que la Sagrada Mitra le enviase como vicarios a jóvenes estudiosos que en el Seminario se hubieran distinguido, para con ellos estudiar aquellas ciencias. Y fue así como

---

[10] Del ejército de Juárez.

[11] Estos datos referidos en *El Tiempo* por D. Agustín J Tovar, fueron confirmados alguna vez personalmente por el Sr. Pagaza a su primo el Sr. Pbro. D. José Ordóñez, quien se ha servido asegurármelos.

[12] En el año de 1865 aparece por primera vez como Profesor de Latín (Prosodia y Retórica) en el Seminario; y en el acta de la junta de profesores celebrada el año de 1870 se lee: "ausentes... el Pbro. D. Joaquín A. Pagaza por haber recibido el cargo de un curato y dejado la Cátedra por disposición de la Sagrada Mitra..." Libro de Calificaciones correspondiente a los años de 1868-1871, p. 68.

[13] El Sr. Tovar incurrió en error cuando aseguró que el Sr. Pagaza renunció el nombramiento de Cura del Sagrario. El se hizo cargo de la parroquia en 26 de febrero de 1870 (Vid. "Serie de los Sres. Curas del Sagrario Metropolitano formada por el Sr. D. Vicente de P. Andrade, actual cura del mismo en 1887" MS. en la parroquia citada); y en el libro de bautismos No. 57, a fojas 44, se lee: "Hoy día diez y siete de Abril de mil ochocientos setenta cesó en sus funciones como Cura encargado de esta Parroquia el Sor. Presbítero Don Joaquín Arcadio Pagaza, *por haber terminado el plazo para el que fué nombrado;* quedando solo el Sor. Cura Doctor Don Juan María Hernández". Se ve, pues, muy claramente que ejerció el cargo, aunque por solos dos meses y que no lo renunció, si esta nota es exacta.

el Sr. Cura Pagaza, sin desatender las obligaciones del párroco, pudo dar a su talento gran caudal de ilustración" [14].

Larga fue la estancia del sacerdote en aquel poblado; mas llegó un día en que el célebre Arzobispo Labastida encontró directamente aquella joya y queriendo que no permaneciera más inadvertida, la sacó para exhibirla donde pudiera lucir todo su brillo.

Del modesto curato de Tenango pasó entonces al más elevado de la Arquidiócesis, al del Sagrario Metropolitano, en 2 de septiembre de 1882, y aquel iba a ser el primer peldaño de un rápido y notable encumbramiento.

Allí lo conocí dos años y medio más tarde, cuando el P. don Vicente de P. Andrade, nuestro sentido historiador, fue trasladado, a su vez, como segundo cura a la propia parroquia, y me llevó consigo.

Y paréceme tenerlo hoy mismo ante mis ojos; de hercúlea talla, de moreno rostro, de penetrante mirar, inspiraba sumo respeto su fisonomía, a la que daba cierto tinte de severidad el grueso labio inferior, colgante un poco.

Era la suya, sin embargo, un alma blanca y sencilla, siempre dispuesta a la ternura; y jamás podré olvidar toda la que tuvo para "el monacillo del Sagrario" que era yo.

¡Cosa rara! Aquel insigne literato carecía de dotes oratorias. Imposible, naturalmente, que un niño de nueve a diez años, que eran los que yo entonces contaba, estuviera capacitado para juzgar de sus aptitudes; pero sí recuerdo algunos comentarios que en esos días oí; y tales comentarios expresaban la extrañeza que causaba el contraste notable entre el poeta y el orador.

Y esto no porque los sermones del Sr. Pagaza no fueran piezas dignas de sus talentos literarios; sino porque su manera de decir sus sermones hacía que perdieran mucho del mérito que pudieran tener.

Quizá él mismo comprendió que el orador no igualaba al poeta y por esta razón ningún sermonario dejó escrito; al menos, que yo sepa [15].

En 21 de diciembre de 1885 se le nombró Prebendado de la Catedral y en 1887 era ya Canónigo de la misma; pero los honores eclesiásticos no iban a detenerse allí.

Tres años después, en efecto, recibía el puesto de Secretario del Gobierno Arzobispal, y en fines de 1891 el de Rector del Seminario Conciliar, donde volvimos a encontrarnos.

Seguíanse en aquel plantel los viejos planes de estudios, bajo la dirección del sabio y santo jesuíta D. José Soler; pero al hacerse cargo del colegio el

---

[14] Tovar. Loc. cit.

[15] El Sr. Canónigo D. Lucio Estrada cree que algunos sermones han de hallarse entre los manuscritos del Sr. Pagaza.

Sr. Pagaza, quiso facilitar a los estudiantes católicos las enseñanzas que se impartían en la Escuela Nacional Preparatoria.

Una verdadera transformación sufrió entonces el Seminario: del brazo y hermanablemente caminaron unidos el Algebra y los *Mínimos,* la Geometría y los *Medianos,* la Física y los *Superiores.* Desapareció, pues, la antigua división que separaba el estudio del Latín del de la Filosofía; profesores y alumnos se multiplicaron, y el austero Seminario de sacerdotes trocóse en un amplio y moderno instituto científico, que años más tarde cedió su puesto al de *Mascarones,* creado por los jesuítas, y convertido en casa de cuna primero y en escuela para señoritas con posterioridad, por las autoridades *constitucionalistas.*

En aquel instituto, al amparo de dignísimos maestros [16] y bajo la dirección preñada de bondades para mí de los Sres. Soler y Pagaza puse las bases de la desmedrada cultura que me permite disfrutar hoy del honor de estar entre vosotros. ¡Jamás olvidaré, ingrato, que fui seminarista!

Por aquellos días anuncióse la creación de un obispado más, el de Cuernavaca; se supo que el Sr. Pagaza era el encargado de la erección, y fue común la voz de que éste sería el primer obispo.

En octubre de 1891 realizóse lo primero, mas no lo segundo, con gran extrañeza de todos, que no podían prever que el eminente literato estaba destinado a un puesto de mayor categoría, si no en sí mismo, al menos por el medio en que iba a extenderse su acción episcopal. El día 1º de mayo de 1895, en efecto, quedaba consagrado Obispo de Veracruz en medio de gran pompa y en la iglesia Profesa de Méjico, donde Ipandro Acaico, el celebrado poeta helénico, encargóse de cantar las glorias del poeta bucólico.

Mas no fue solamente el Obispo de San Luis Potosí quien dejó correr el caudal de su alabanza; que los enemigos mismos de las ideas católicas del nuevo consagrado sintieron placer en alabarlo.

Oíd lo que en ese mismo día escribió *El Partido Liberal:*

"Hoy en la mañana se verificará en la Iglesia de la Profesa la consagra-

---

[16] Fueron mis maestros de Latín el Canónigo de la Catedral Don José Guadalupe Huitrón, el actual Obispo de Tulancingo Dr. Juan Herrera y Piña y el Cura de la Asunción en Pachuca, D. Rafael León; de Matemáticas el Sr. D. Mariano Garduño y el Cura del Oro D. Feliciano Gutiérrez; de Francés, el Sr. Lic. Octavio Elizalde y el Canónigo de la Catedral Dr. Miguel Muñoz; de Inglés, el Sr. D. Samuel Cabañas, el Sr. D. Enrique Groso y el Capellán de Loreto D. Agustín Hunt y Cortés; de Física y de Química, el R. P. Francisco de P. Labastida, del Oratorio de S. Felipe Neri y Canónigo de la Catedral.

Y ya que hago esta recordación de mis maestros, no debo olvidar al Director de la humilde escuela gratuita donde recibí la instrucción primaria, el Sr. D. Miguel Arteaga, él me inició en el conocimiento y en el amor de nuestra rica lengua castellana.

ción episcopal del Señor Canónigo Don Joaquín Arcadio Pagaza, poeta eximio, ceñido desde hace años con la aureola de la gloria y que hoy lo va a ser con la de la potestad prelaticia. Este encumbramiento a una alta dignidad es motivo de intenso júbilo para todos los cultivadores de las letras mexicanas, pues el Sr. Pagaza, por su talento indiscutible, por su inspiración fragante y diáfana, por su espíritu levantado y progresista, por sus sentimientos generosos y leales, por su carácter tan franco como cariñoso, por todo lo que es y lo que vale, se ha creado un círculo inmenso de admiradores que ven en él a la personificación completa del sacerdote ilustrado, del creyente sincero, del amigo capaz del sacrificio y del poeta altísimo, orgullo verdadero del habla de Cervantes, de Garcilaso y de Fray Luis.

"Nosotros, separados por las ideas del nuevo Príncipe de la Iglesia, no lo estamos ni por la admiración ni por el cariño. Miramos en él al egregio representante en Méjico de una escuela poética, al cultivador incomparable de la belleza latina, al Virgilio redivivo que ha hecho brotar de sus poesías todo el perfume del idilio, sin dejar por esto de tañer algunas veces las cuerdas sonoras, vibrantes y hondamente humanas de la lira moderna; miramos en él al temperamento superior, al hombre enérgico que mira de frente, sin arredrarse, todas las tempestades de la vida y que sigue imperturbable su senda; vemos, por último, al amigo sincero de todos los escritores liberales, que para abrir las puertas de su casa y los brazos de su amistad, no se ha fijado nunca en credos políticos ni en las escuelas religiosas, porque sólo ha exigido el talento, la virtud y la nobleza..." [17].

No es posible detenerse en la enumeración menuda de las labores realizadas por aquel pastor en su místico rebaño; mas algo hay que no puede quedar callado, puesto que constituye la mayor gloria sacerdotal del antiguo Cura de Tenango.

Practicaba su visita pastoral cuando en las intrincadas sierras veracruzanas le sorprendió la nueva avalancha irreligiosa desencadenada por la revolución *constitucionalista*. Conformóse ésta primero con dejar al prelado sin sus compañeros en aquella visita [18]; pero en seguida el prelado mismo fue lle-

---

[17] Reproducido en la *Crónica de la Consagración del ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz, Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, celebrada en México, el día 1º de mayo de 1895*, formada por el Sr. D. Rodolfo C. Argüelles. Toluca, 1907. Segunda parte, pág. 13.

[18] Las penalidades que sufrió en su cautiverio uno de los *familiares* del Sr. Pagaza, el Sr. Pbro. D. Pedro Avila, le originaron la muerte algunos meses después. Algo deja entrever de sus padecimientos el Obispo en una carta que escribió al Dr. D. José Castillo y Piña, al remitirle un bellísimo soneto que le inspiraron aquellas terribles circunstancias. "...Errantes de un campo al otro en esta zona ardiente y la más necesitada —asienta el poeta—, afrontando mil y mil peligros, sin más libros que

vado prisionero a la ciudad de Veracruz, donde ejercía las funciones de Ejecutivo D. Venustiano Carranza.

Las vejaciones sufridas por el buen pastor no lo intimidaron; antes reapareció en él aquel animoso joven que arrancó un pasaporte al General Zaragoza, y alegando con toda energía sus derechos de ciudadano por completo ajeno a la política militante, logró que se le dejara en libertad y se le permitiera ir a su sede episcopal, a la ciudad de Jalapa.

Un nuevo atentado le aguardaba allí: el General Agustín Millán, que a la sazón fungía como jefe de las armas en dicha ciudad, no solamente no le consintió permanecer en ella, sino que lo obligó a salir del territorio del Estado. El anciano tuvo, pues, que transladarse a Méjico y aquí lo vi por la vez última.

¡Cuán grande era la entereza de su carácter! ¡Cuánta la firmeza de su espíritu!

---

el breviario y el añalejo, sin otra defensa que la cruz de Cristo, hemos atravesado mil veces yo y mis familiares, sacerdotes ambos, estos breñales hoscos, de día y de noche absolviéndonos mutuamente y dando alivio a las necesidades en cuanto nos era posible.

"Y en estas condiciones, aún más difíciles porque me habían arrancado mis jóvenes compañeros, con sólo una moneda de cincuenta centavos que dejaron caída los asaltantes, abandonado en aquella soledad, ya al obscurecer, escribí en aquel día terrible, el 28 de abril del año anterior (1915) el *juguetillo* que hoy llega a tu poder. *Carmina proveniunt animo deducta sereno,* escribió alguno en la edad de oro y creo que dijo bien..." Y el *juguetillo* es el que sigue:

AL DIVINO REDENTOR DEL MUNDO

¡Cuánto padece el hombre!... Tú lo sabes:
Tú al mundo das vida, luz al cielo,
Color al iris, cuevas en el suelo
A las raposas, nidos a las aves.

Mi querer por ser ciego, daños graves
Traer pudiera, luto y desconsuelo;
Y no así el tuyo, porque ves sin velo
Y empuñas del poder las áureas llaves.

Querer lo que tú quieres, es fineza
Que me pide tu amor; y si a él aspiro,
Debo humillar y humillo la cabeza.

¡Ven...! y me envuelve en impalpable giro...
¡Sea... pues pobre fuiste, tu pobreza
Ese amor ideal con que deliro!

Casi noche a noche nos reuníamos con él su antiguo Vicario en Tenango y decano hoy del Cabildo de Guadalupe, el Sr. Canónigo D. Lucio Estrada, y su antiguo "monacillo del Sagrario"; y entonces pude darme cuenta como en pocas ocasiones quizá, de su alto valer moral.

Con la energía propia suya formuló un extenso memorial para el "primer jefe del ejército constitucionalista", exigiendo respeto para sus derechos de ciudadano y de creyente; y su representación fue tal, que las autoridades no solamente le permitieron volver a Jalapa, sino que consintieron en devolverle el Obispado de que se habían apoderado.

Así, el Sr. Pagaza no se apartó de su grey en medio de las nuevas persecuciones de que son víctimas los católicos y sus prelados, salvo durante las semanas que necesitó, cerca de siete, para lograr que se le respetara y se le permitiera volver a unirse a sus fieles de quienes fue arrancado por medio de la violencia [19].

Mas si digna de especial mención es para los creyentes la vida del sacerdote, de grandísimo interés resulta la del literato para los hombres de letras.

Dos fueron los poetas clásicos a quienes consagró su entusiasta devoción: Horacio y Virgilio, los dos favorecidos de Mecenas; y esta devoción y esta preferencia son bien fáciles de explicar, cuando se piensa que ambos poetas son dos de los más inspirados líricos que han existido en todos los tiempos.

Sin embargo, parece que es Virgilio quien lo cautiva más; como que Virgilio ama la Naturaleza con una intensidad igual, mas no mayor a la del poeta mitrado; y si el intérprete del mantuano hace decir a Menalcas:

Nada, pastor, halágame en la tierra
Más que las rosas y pintadas flores;
Su garbo, sus matices, sus olores
Admiro embebecido en huerto y sierra... [20],

Clearco Meonio, por su parte, exclama:

¡Ah! te aseguro, Liranio,
Que allá en las aulas austeras
No aprendí lo que Natura

[19] Sólo cinco Obispos permanecieron en sus diócesis en toda la República, que yo sepa: el Sr. Pagaza, el Sr. D. Andrés Segura, que para nada abandonó su sede episcopal en Tepic, el Sr. D. Francisco Campos, de Chilapa, el Sr. D. Amador Velasco, de Colima y el Sr. D. Rafael Amador, de Huajuapan de León.

[20] Egloga III. Pagaza, *Murmurios de la selva,* pág. 32.

En estos campos me enseña.
En cada fuente que brota
Y cuyas ondas inquietas
Huyen saltando en los guijos
Sonoras, blandas y amenas;
En cada flor que a la aurora
Remeciéndose despliega
Sus pétalos, alardeando
De su fragancia y belleza,
Y que en sudario a la tarde
Sus propias galas se truecan
Y viene el aura gimiendo
De su tallo a deponerla;
En cada hierba que nace
Y cada fronda que rueda,
Liranio, encuentro motivos
De reflexiones muy serias... [21]

Una sonrisa desdeñosa brotará quizá de los labios de quienes desconceptuando lo que de bueno puede tener la moderna escuela de poesía y careciendo de la inspiración de los verdaderos poetas que siguen los nuevos senderos, no quieren convencerse de que es la Naturaleza, en toda su rusticidad, la más fecunda fuente de inspiración poética.

La más fecunda he dicho y no la única, porque casi todo cuanto rodea al hombre es poético, si el hombre lleva dentro de sí mismo el germen de toda poesía: el sentimiento.

¿Qué mayor poesía, en efecto, que la que encierra la contemplación de una joven madre que, en medio de tiernísimas canciones, suministra el nutritivo néctar de su sangre al pequeñito infante a quien primero dio ser y forma y vida dentro de sus entrañas?

¿Qué mayor poesía que la que encierra la dádiva del niño, que se desprende espontáneamente del preferido juguete o del gustado manjar para darlo al pobrecito desamparado, que lo miraba con ojos ávidos y dolientes?

¿Qué mayor poesía que la que encierra la salobre lágrima que silenciosa corre por las mejillas de los ancianos padres, cuando salidos del hogar los últimos hijos, como crisálidas a nueva vida, recuerdan el lejano día de sus propios desposorios; aunque se consuelen al pensar que un momento vendrá en que tiernos renuevos, los nietos, serán producto, si bien lejano, de aquellos troncos carcomidos hoy, pero ayer lozanos y frescos?

---

[21] *Murmurios de la Selva.*

Y la poesía se halla lo mismo en la cuna, que en el ataúd; en el dolor, que en el placer; en la debilidad, que en la fuerza; en la sencillez, que en el fausto; mas negar que su asiento está en la virgen Naturaleza, es no conocer lo que son la Naturaleza y la poesía.

Es verdad que si obligáis a quien jamás ha visto salir el sol, a que abandone el mullido lecho, en la ciudad, para contemplar la coloración maravillosa del Oriente, cuando por los campos la Aurora viene adornando con cendales y perlas el camino que en breve habrá de recorrer Apolo, será incapaz quizá de comprender la belleza del espectáculo; mas esto débese a que está adormilado, sus ojos han visto sin mirar.

Tampoco será capaz de estimar los encantos de los robustos árboles que, para tocar el cielo, se atan con fuertes o floridas enredaderas en los bosques, quien sólo busca afanoso no tropezar con el risco que huraño guarda sus tesoros; mas esto dependerá no de que los encantos no existan, sino de que no se ha querido alzar los ojos de las rudas e incontables asperezas de la tierra.

Id vosotros al campo, resueltos a disfrutar de las riquezas que guarda; y aun cuando no podáis, como el poeta, si poetas no sois, transmitir a otros vuestros sentimientos, el alma vuestra experimentará una sensación de apacible bienestar con el tenue vaivén de las frondas, con el dulce piar de las aves, con el manso susurrar de las aguas, con el tierno balar de las ovejas, con el sencillo vivir de los campesinos.

Y esta sensación deliciosa que experimentáis no es otra cosa sino la poesía, creación sublime de la Naturaleza; y si ella movió al mantuano y a nuestro Obispo a familiarizarnos con la vida serena y pura, *apartada del mundanal ruïdo,* ella produjo en España dos de los poetas líricos más admirables del siglo XVI: Garcilaso de la Vega y Fr. Luis de León.

Paráfrasis llamó nuestro poeta sacerdote a todas las primeras versiones que hizo de las obras de Horacio y de Virgilio, y por tales habrá que tener algunas, especialmente cuando sepárase del texto literal para emplear formas desconocidas en la métrica latina, cual acontece con el soneto, por ejemplo.

Analicemos su obra, siquiera sea ligeramente.

¿Cuyo es, Dametas, dime, aquel ganado
Que allá a la sombra veo
Pacer la hierba en el ferace prado?
¿Será de Melibeo?

Aquí el poeta intercaló dos versos suyos al traducir el

¿Dic mihi, Damoeta, cujum pecus? an Meliboei?

de Menalcas en la égloga III; mas al responderle Dametas:

Non; verum Aegonis; nuper mihi tradidit Aegon,

el Obispo que tan gallardamente maneja nuestro hermoso endecasílabo, lo aprovecha a maravilla para encerrar a la letra el verso del mantuano:

No; es de Egón; Egón me lo ha entregado.

En ocasiones, sin embargo, parece querer competir con el propio Virgilio, y dando vuelo a su personal inspiración, apóyala en un pensamiento del poeta latino para elevarse a gran altura, como en este soneto:

Abren su cáliz las pintadas flores,
cuelgan su fruto corvo los manzanos
y encima de los frescos avellanos
se aposentan los pájaros cantores..

Pastando sus corderos triscadores,
alegres cruzan los feraces llanos,
cogiendo aquí y allá los rojos granos
de la fresa, sencillos los pastores.

¡Oh Títiro, por darlo a tu zagala,
vas a cortar el trébol que a la fuente
sonorosa en su margen acaudala!

Detén la mano, joven imprudente,
y mira que en las hierbas se resbala
cautelosa y ligera la serpiente.

Virgilio escribió sólo:

Qui legitis flores et humi nascentia fraga,
Frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba [22];

mas si hubiera salido de su tumba y hubiera visto la brillante forma en que el poeta mexicano completó su pensamiento, al estrecharle con vigor la mano, habríale pedido la venia indispensable para que el soneto entero pasara como

[22] Egloga III.

suyo, no sin agregarle entusiasmado: "Tus versos dignos son del nombre de Virgilio".

Mas no se crea que en todo momento acude a la paráfrasis, ni se imagine que es afectuoso agradecimiento lo que me mueve a expresar un tan alto concepto del poeta pastor de almas; que quienes con justicia son considerados verdaderas autoridades en la materia han dado ya su fallo respetable.

Aquel insigne filólogo nuestro, que tan justo renombre conquistó dentro y fuera de su país, don Rafael Angel de la Peña, al hacer un juicio crítico del primer libro de versos que el entonces Canónigo lanzó a la publicidad, los *Murmurios de la Selva,* hablaba así de la traducción virgiliana:

"La que Pagaza ha hecho de las églogas de Virgilio no siempre es parafrástica. La de la primera, por ejemplo, se ajusta con notable fidelidad al original, y en ella lo mismo que en otras *ha dado muestras de tales dotes poéticas, que yo le llamaría Virgilio redivivo* a no vedarlo la veneración debida al gran poeta mantuano" [23].

Otro juicio quiero citar; que si no viene de autoridad tan alta como la del Sr. de la Peña, sí es muy de tomarse en cuenta por proceder de un escritor anticlerical, don Hilarión Frías y Soto, que no puede ser motejado de parcial en favor del intérprete virgiliano.

"Cuando leí las admirables traducciones de Virgilio —escribe el Sr. Frías y Soto— hechas por el Sr. Pagaza, cuando sentí una verdadera delectación con aquellos versos sonoros, musicales, que parecían impregnados con el perfume de las flores silvestres del campo, extrañé que pudiera deleitarme la poesía bucólica, después de haberme saturado durante muchos años con el estro candente del romanticismo moderno. También el galicanismo me había gastado el gusto crítico con su grosera desnudez, con su espíritu escéptico y con su forma sensacional.

"Hasta creía que el medio ambiente influía en la impresión que me causara la musa pastoril del Sr. Pagaza, que llegaba a mí púdica y sonriente, trayendo en la recogida falda

Diez pomas tintas de oro
y púrpura, bañadas de rocío
que les daba frescor, lustre y decoro.

"Un desastre político y una enfermedad rebelde me lanzaron de la ciudad al campo; y allí, lejos del torbellino orgiástico de la metrópoli, como en

[23] *Murmurios de la Selva.* Prólogo, pág. XVII.

un sueño reparador del pretérito cansancio, los versos del Sr. Pagaza me parecían la reproducción, más aún, la encarnación de aquellos prados vestidos de verde grama, de aquellos huertos llenos de manzanos, de doradas frutas, lirios y palomas.

"Pero había otra impresión más en aquella poesía pastoril, y era un bello y sonriente recuerdo de juventud: parecíame que hacía años, muchos años, que había leído los *Murmurios* del Sr. Pagaza, y era verdad... había leído, había traducido el Virgilio en las aulas, entonces, cuando sabía enseñarse el latín y sabía aprenderse.

"El Sr. Pagaza, sin embargo, parecíame un traductor más feliz de lo que había sido mi maestro: es que éste no era poeta. Y hoy que he visto ya versiones clásicas del poeta favorito de Mecenas, puedo decir que las que conozco son muy inferiores a las del Sr. Pagaza.

"Y me refiero a las literales, porque las paráfrasis son verdaderamente admirables".

"Pero los versos del Sr. Pagaza —añade Frías y Soto después de un detenido estudio de la obra del entonces Canónigo— deben leerse teniendo delante a Virgilio, para así estimar que en ambos hay la misma armonía, la misma dulzura, que revela no sólo la ecuanimidad de genios, la similitud de inspiración, sino la paridad de idiomas..." [24].

Y lo que hemos dicho respecto de Virgilio, podemos asentar de Horacio.

El Obispo traduce con amor todas sus odas en forma parafrástica en ocasiones, de manera literal a veces: en momentos de modo tan literal, que quizá hubiera sido preferible usar vocablos en nuestra lengua más connotativos que los empleados por el poeta latino y que el traductor conservó.

¿Recordáis la filosófica sentencia del poeta, que en la oda IV del Lib. I, dirigida a Sextio declara:

Palida mors aequo pulsat pede pauperum taberna,
regumque turres?

pues Pagaza en elegante silva la traduce:

Sextio dichoso, pálida la muerte
pulsa *la torre fuerte*
del rey soberbio con la misma planta
con que pulsa *la choza*
donde el pobre sin término solloza,
y que apenas del suelo se levanta.

[24] *El Renacimiento.* Segunda época, pp. 13 y sigs.

Aquí emplea, es cierto, algunas voces que amplían ligeramente el texto latino: pero de modo tal se sujeta al mismo, por otra parte, que aprovecha el verbo *pulsar* de Horacio.

Fue más afortunado en la selección de este vocablo otro traductor mexicano, cuando igual pasaje lo vertió así:

> Pisa *con igual pie la muerte pálida*
> *la choza pobre y el alcázar regio...* [25].

Ahora bien; divídense las opiniones de los críticos cuando se trata de discutir cuál versión es de mayor mérito, si la literal o la parafrástica.

A mi juicio, para resolver con acierto la cuestión, deben considerarse distintos puntos de vista.

Torpe sería pretender enseñar por medio de paráfrasis los conocimientos filológicos de un escritor, sus modismos, sus giros, su habilidad en la selección de los vocablos; mas tampoco sería fácil lograr éxito completo por el solo empleo de la versión literal.

Cada idioma tiene su peculiar sintaxis y veces hay en que resulta del todo imposible conservarla al efectuar una traducción.

Si analizamos el idioma latino, por ejemplo, encontraremos que aunque muchas voces pasen al castellano sin perder su significado o su valor fonético, no por esto puede asegurarse que una versión absolutamente literal sería capaz de darnos a conocer en su integridad la belleza de la obra traducida.

Para comprobar esto no se necesita más que poner la vista en las traducciones *yuxtalineales* [26] de que muchos poetas se valen para colocar más tarde en elegantes moldes un original latino. Las palabras sin orden ni concierto, que se ajustan sólo a no perder la colocación que el equivalente guarda en el propio original, carecen de belleza; únicamente son los diversos colores de una paleta que servirán para pintar un bello cuadro; son las piedras sin tallar con que habrá de enriquecerse artística diadema.

¿De qué depende esto? De que uno de los elementos más valiosos del latín es su hipérbaton elegantísimo, que separa voces que en apariencia deberían unirse; que transpone elementos que en otras lenguas rigurosamente han de ocupar en la oración lugar determinado; que hace de cada período el desconcierto mejor concertado; el más concertado de los desconciertos.

¿Puede lograr esto de idéntica manera el dúctil y manejable castellano? Ciertamente que no; y por haberlo pretendido en el siglo XVII aquel gran

---

[25] Joaquín D. Casasús. *Algunas odas de Q. Horacio Flaco*. México, 1898.

[26] Aun cuando este vocablo no está aceptado por la Real Academia Española, es el término técnico que emplean los traductores.

poeta que se llamó don Luis de Góngora y Argote, hubo de soportar las más rudas diatribas que pueden caer sobre un innovador; por mucho que al fin y a la postre sus esfuerzos no hubieran sido estériles del todo.

Desde el momento mismo, pues, en que una traducción no consigue conservar el hipérbaton del original, que es una de sus mayores bellezas, de sus muy ricas elegancias, no puede dar la medida absolutamente precisa de lo que ese original es.

Y si esto acontece con un escrito en prosa ¿qué pasará con los escritos en verso, en que el poeta se halla facultado para usar de mayores licencias que el prosista?

No; es inútil pretender que una traducción por más literal que se la suponga, nos dé por sí sola un trasunto *exacto* de la obra traducida; y siempre y en todo caso el traductor tendrá que poner en su labor cuanto sea capaz de darle su personal ingenio.

Y aquí es donde han de medirse la habilidad del traductor literal y la del traductor parafrástico; el primero ha de cuidar, ante todo, de conservar la belleza de dicción y construcción de la obra que traduce, sin afear la lengua en que traduce; el segundo ha de conservar, si quiere lograr buen éxito, la grandeza toda y toda la excelsitud de la obra que interpreta.

El traductor literal necesita ser tan hábil artífice como el autor a quien vierte; el traductor parafrástico necesita igualar su ingenio al del genio con el que se compenetra, con el que se unifica.

Son, pues, dos sumas habilidades las de estos dos linajes de traductores; pero si la obra creada en la paráfrasis es digna de la que le dio origen, paréceme que es más grandiosa por más atrevida; más sublime por más inteligente. En el primer caso se imita; en el segundo se crea; y si debe reconocerse mérito en el imitador ¿no ha de confesarse que a éste muchas veces sobrepuja el del creador?

Ahora bien ¿sabéis qué juicio mereció nuestro traductor parafrástico del más alto crítico español que produjo el siglo XIX?

Cuando Menéndez y Pelayo quiso insertar en la *Antología de Poetas Hispano-Americanos,* publicada por la Real Academia Española, parte de la obra grandiosa del inspirado P. Rafael Landívar *Rusticatio Mexicana,* acudió a la traducción que de uno de los cantos había hecho el poeta Obispo, y escribió al insertarla:

"Pero ya que no en su texto original que aquí no tiene cabida (por estar en latín) algo verán de la *Rusticatio* nuestros lectores en la *magistral* versión parafrástica que del primer canto, relativo a los *Lagos,* ha hecho el *elegantísimo* poeta mexicano don Joaquín Arcadio Pagaza, con lo cual po-

dremos también, aunque indirectamente, dar cabida en esta colección al autor de *Murmurios de la Selva, que es sin contradicción uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras castellanas*" [27].

Torpeza sería insistir en demostrar la excelsitud del traductor parafrástico que fue el último Obispo de Veracruz.

Pero todavía el poeta quiso, sin duda, demostrar que para él eran bien fáciles de vencer todas las dificultades que en su camino halla el traductor, ora parafrástico, ora literal; y en los postreros años de su vida, el prelado consagróse a traducir literalmente y en su totalidad las églogas de Virgilio, que antes había vertido en paráfrasis.

¿Queréis conocer el éxito de su trabajo?

Pues al azar escojo la exclamación amarga del triste y desterrado Melibeo y el convite que hácele afectuoso Títiro el anciano. Vosotros oíd primero a Virgilio atentamente, y escuchad después al veracruzano pastor:

MELIBEO

...En quo discordia civis
produxit miseros, his nos consevimus agros!
Insere nunc, Melibœe, piros; pone ordine vites.
Ite meae quondam felix pecus, ite capellae:
non ego vos posthac, viride proiectus in antro,
dumosa pendere procul de rupe videbo;
carmina nulla canam, non, me pascente, capellae
florentum cytisum et salices carpetis amaras.

TITIRUS

Hic tamen hanc mecum poteras requiescere noctem
fronde super viridi; sunt nobis mitia poma,
castaneae molles et pressi copia lactis,
et iam summa procul villarum culmina fumant,
maioresque cadunt altis de montibus umbrae [28].

Hasta aquí Virgilio, y el traductor dice:

---

[27] Lo reproducen el Sr. Tovar en su biografía del Sr. Pagaza y Menéndez Pelayo en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana.* Vol. I, p. 186.

[28] Egloga I.

MELIBEO

...¡Ve a dónde lleva a tristes
míseros ciudadanos la discordia!
¡Y para quiénes... mira... nuestras tierras
dejamos cultivadas!.. ¡Melibeo,
injerta ahora, injerta los perales!
¡En orden pon las vides!.. ¡Cabras mías,
id, que ya nunca más habré de veros
en adelante, desde el antro verde
tendido, allá a lo lejos, de la peña
espinosa colgadas. Verso alguno
nunca más cantaré; jamás ¡oh cabras!
apacidas por mí, del rozagante
cítiso comeréis las dulces puntas,
ni de los sauces las amargas hojas.

TÍTIRO

Y de todo a pesar, aquesta noche
aquí pudieras descansar conmigo
sobre las verdes hojas; hay manzanas
bien maduras, castañas al rescoldo
y algún repuesto de prensada leche,
pues ya humean de lejos los techados
salientes de las villas, y ya caen
grandes las sombras de los altos montes [29].

Y si lo preferís, comparad el texto del mantuano con el de Clearco Meonio en la manifestación entusiasta de Menalcas, al escuchar a Mopso:

Tale tuum nobis carmen, divine poeta,
quale sopor fessis in gramine, quale per aestum
dulcis aquae saliente sitim, restinguere rivo.
Nec calamis solum aequiparas, sed voce magistrum [30];

lo cual tradujo el Obispo:

---

[29] *Obras completas de Virgilio.* Jalapa, 1913, p. 5.

[30] Egloga V.

¡Oh poeta divino! Tu cantiga
es a mí, lo que el sueño a los cansados
encima de la grama; lo que fuera
el apagar la sed, por el estío,
en brotante venero de agua dulce.
No sólo igualas en tañer la caña,
mas también en el canto, a tu maestro [31].

Con razón nuestro don José María Vigil asegura que don Joaquín Arcadio Pagaza "por el conocimiento del idioma, por la belleza artística de sus versos, ha conseguido presentar la musa clásica con sus naturales atavíos, sin caer en el pedantismo de que difícilmente escapan los poetas eruditos" [32].

El poeta sacerdote, en consecuencia, a maravilla demostró que de igual modo podía seguir los deliciosos, bellísimos caminos que siguieron los poetas del Lacio, que igualar con el de éstos su personal ingenio.

Mas quien había logrado hermanarse con Horacio y con Virgilio, en su calidad de intérprete suyo, a fe que no habría de conformarse con aquella labor, y que daría rienda suelta a su propia inspiración radiosa siempre.

Modesto, humilde, pasa en su pueblo los primeros días, entregado a bien sencillas labores: el estudio de los libros que le darán el saber que le hace falta; las faenas pastoriles adecuadas a su edad y a su fortuna [33].

Giotto, el pastor, entretiénese en copiar sobre rudas peñas los tiernos corderillos que pacientes rumian la fresca y verde hierba, sin saber que son modelos de un futuro artista del cincel, de la paleta y los colores.

Joaquín Arcadio busca el *pino* altísimo que es el encanto del Valle; con ojos infantiles contempla su figura gigantesca y al fin se duerme bajo sus frondas y sueña que ha recorrido la tierra entera sin hallar otro árbol que se le asemeje por su talle erguido, por su ropaje fresco, por su murmurio suave; en ocasiones se recuesta de codos sobre la musgosa ribera del río, que en sus transparentes aguas retrata el cielo; y en un dulce olvido de sí mismo contempla ora la pequeña rama que se desliza entre guijas en las que se quiebran los hermosos rayos del sol, ora las blancas nubes, barquichuelo mágico de todo ensueño.

En ocasiones endilga sus pasos hacia "el molino" que

---

[31] *Obras completas de Virgilio,* Vol. I, pág. 27.

[32] *Antología de Poetas Mexicanos* publicada por la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española. México, 1894. Prol. pág. 39.

[33] Véase "Al volver al campo", *Murmurios de la Selva,* pág. 131.

Se levanta... cual vigía
siempre velado por delgada bruma [34];

a veces piérdese entre el bosque de "los guayabos",

Un bosque antiguo, pálido y sonante
de árboles corvos de cimera hirsuta,
de tronco hendido, nacarada fruta,
brazos rastreros, planta vacilante;

y se sumerge en la contemplación de

Un arroyito claro y serpeante
que fluye al lado de campestre gruta;
un carrizal, un puente y una ruta
siempre en lid con la tierra exuberante,

o mira pensativo:

De ovas, helechos y amarilla caña
una casita que en la tarde humea
cuando el sol tibio al tramontar la baña,
y un fresno donde el aura juguetea
en solo un sitio al pie de la montaña,

todos los cuales

Son la delicia de (su) cara aldea [35].

¿Qué hace, en suma, aquel niño que canta con los pájaros, que charla con las fuentes, que juega con las frondas, que sueña con las nubes? Está nutriendo su alma de encanto y de poesía.

El mismo lo asegura años después, en hermosísimas octavas reales. Oídlo:

En estos montes de tenaz verdura,
entre estos ricos y húmidos bajíos
el lenguaje aprendí del aura pura
y la voz ronca de impetuosos ríos;

---

[34] Soneto "El Molino".
[35] Soneto "Los Guayabos". En el original: "Son la delicia de *mi* cara aldea".

aquí cifraba la mayor ventura
en recorrer los cármenes sombríos
y en buscar con dulcísima tristeza
del campo hermoso la eternal belleza.

Aquí Febo entre mirtos y laureles
se me llegó locuaz con alas de oro,
y libar me hizo las primeras mieles
de la copa que encierra su tesoro;
y su paleta aquí brindóme Apeles;
y el de las musas soberano coro,
niño aún desmedrado y macilento,
en su escabel de musgo dióme asiento.

A mis ojos la bóveda azulina
abrióse aquí; los cantos peregrinos,
al fulgor de la estrella matutina,
escuché de los ángeles divinos;
y oí de Dios el vuelo en la neblina
cuando roza en las hojas de los pinos;
y los primeros himnos inmortales
aprendí en estas selvas y breñales [36].

Y así pasaron largos años; en el Seminario Conciliar encuéntrase con un poeta que ya en temprana edad cosecha lauros, y que entusiasmado le habla de sus triunfos; es Ipandro Acaico, que no imagina que junto a él hay otro poeta que musita sus cantigas sin que nadie le escuche, a no ser el robusto *chopo* del colegio, hoy desaparecido, que le recuerda el pino secular, el inolvidable amigo de su aldea.

La rueda del tiempo gira sin cesar; los acontecimientos se suceden, gratos los unos, dolorosos los otros, y el destino empuja al poeta a vivir de nuevo en comunión íntima con la naturaleza.

Un amigo de la infancia de aquel inspirado vate, el Sr. Lic. D. José M. Silva, recibe del artista el encargo de traer algunas de sus afiligranadas orfebrerías para ponerlas en manos de quienes son capaces de aquilatarlas: D. Rafael Angel de la Peña y el eminente escritor Pbro. D. Tirso Rafael

---

[36] "En el Valle de Bravo, mi tierra natal, el 8 de mayo de 1895". *Horacio.* Jalapa, 1905, pp. 354 y sigs.

Córdova, y una exclamación de alborozo brota de los labios de tan ilustres maestros [37].

El autor, modesto siempre, niega la paternidad de aquellos hermosísimos frutos y hace creer al Lic. Silva que son obra del P. Zenón Gómez, un ilustrado habitante de Tenango del Valle; pero la verdad se abre paso, al fin, y un nuevo y gran poeta surge del modesto párroco de lejana población.

"¡Ah, señores! —exclamaba el helénico Obispo de San Luis Potosí, el día en que su antiguo colega del Seminario era consagrado Obispo de Veracruz—. No os podré pintar mi sorpresa, cuando una ocasión en el seno de la Academia Mexicana oí leer uno tras otro mil dulcísimos cantos y me fue revelado el nombre de su autor. No es posible, exclamé una y mil veces; no pueden ser estos cantares armoniosos y correctos, frutos de aquel modestísimo ingenio, de aquel estudiante tan tímido, que unido conmigo por la más íntima amistad, jamás, ni aun a mí descubrió su talento.

"Y sin embargo, de la pluma del desconocido párroco de Tenango, del humilde y postergado profesor del Seminario de México eran aquellos versos, que nos cautivaron entonces y que más tarde oí encomiar altísimamente a los más sublimes ingenios de la capital de España. En el fondo del claustro de San Camilo, bajo las selvas del Valle de Bravo, durante largos años, había estado elaborando silenciosamente esta abeja incansable los panales de rica miel, que nos dio a gustar cuando menos pensábamos y de quien hoy podemos decir como de Salomón: *fuerunt carmina ejus quinque et millia*" [38].

Mas los versos del poeta Obispo no sólo merecen asemejarse a los del rey sabio por su número, sino por la dulzura inefable que encierran, por la brillantez y la riqueza que ostentan.

Porque si este bucólico por excelencia a cada paso nos hace experimentar el mismo placer que sentimos si nos ponemos en contacto con la naturaleza, a cada paso también nos obliga a admirar la notable maestría con que maneja la rica métrica de nuestros mayores. Décimas y tercetos, versos libres y sáficos adónicos, silvas, octavas reales, sonetos, salen con sin igual pureza de su pluma, a manera de linfa transparente, que bulliciosa brota de fuente cristalina.

Es verdad que en algunas de sus traducciones, movido quizá por el hipérbaton latino, traspone los vocablos que solemos en la forma ordinaria ha-

---

[37] El hecho me ha sido referido por el mismo Sr. Lic. Silva y muy poco difiere su narración de lo que asienta el Sr. Tovar en la biografía del Sr. Pagaza, varias veces citada.

[38] Ignacio Montes de Oca y Obregón. "Discurso pronunciado en el templo de la Profesa de México... el 1o. de mayo de 1895". Crónica de la consagración ya cit. Primera parte, pp. 30-4.

llar de otra manera colocados; es cierto que a veces acude a latinismos, acaso innecesarios, mas lo hace siempre con elegancia tal, que lejos de perjudicar el verso, lo avalora.

Lástima grande es que tanto me haya extendido, sin darme de ello cuenta, que me sea imposible analizar siquiera algunas de sus composiciones originales; mas no resisto a la tentación de reproducir, al menos, parte mínima de su obra, a fin de poner su numen de resalto. Oíd un fragmento de su *Reto,* bien digno de la pluma de Virgilio:

De chozas circuída se levanta,
más que los fresnos, la sagrada ermita
con su torre y veletas; a su planta
hay un jardín, un patio, una casita;
es la estancia del cura; se quebranta
no lejos y sus aguas precipita
otro río, formado del deshielo
en aquel monte que soporta el cielo.

Agrada ver los húmidos cercados
de juncias y zarzales, tan tupidos,
que luchan con los céfiros alados
y éstos se van quejosos y vencidos.
Allí cuelga la abeja sus dorados
panales, y las tórtolas sus nidos
tejen llorosas entre leves frondas
al frescor y murmullo de las ondas.

Comienza a esclarecer. Las adormidas,
caladas nubes sobre el alta cumbre
de grana y oro muéstranse teñidas
del sol hermoso en la naciente lumbre;
despiden tenue luz, medio escondidas,
las osas en la diáfana techumbre;
y envuelta sube, tremulante y bella,
en róseo tul la matinal estrella.

Cabe sus hembras vigilante canta
y alea el gallo; adentro la arboleda
su pipïar sabroso a Dios levanta
la implume turba de avecillas leda;

Se vislumbra del monte a la garganta
el caserío; túrbida humareda
se arremolina encima los techados
del fogón por la lumbre iluminados.

Es tal la exuberancia de las huertas,
tan intrincada y densa la espesura,
que aun las calles divísanse cubiertas
por bóvedas eternas de verdura;
y deben ser continuas las reyertas
del claro Febo con la sombra oscura,
que ha sentado obstinada sus reales
en estas vegas, sotos y breñales.

El que desea ver salir la Aurora
de encima la nevada serranía,
o sentir la influencia bienhechora
del almo sol a la mitad del día,
o contemplar la estrella brilladora,
hermoso faro de la tarde fría,
o el horizonte, el cielo y el nublado,
debe salir por fuerza al despoblado.

Yo, de Natura admirador ferviente,
en la meseta de vecino otero
admiraba ese cuadro sorprendente
que he bosquejado con amor y esmero.
Clima benigno y saludable ambiente
entré buscando, prófugo viajero,
del Bóreas por burlar la injusta saña,
en este pueblo y plácida montaña [39].

Y leed su *Carta a un poeta* en bellísimos tercetos; sus *Idilios,* en décimas sonoras y en octavas irreprochables; su *Reto,* composición quizá la más hermosa que produjo su pluma; su ramillete de clásicos sonetos con motivo de la muerte del Sr. Arzobispo Labastida; sus incomparables des-

[39] "Reto", *Horacio,* pp. 292 y sigs.

cripciones de los paisajes que más lo seducían; leed su obra entera [40] y en ella toda encontraréis a un poeta genial; mas si entretanto queréis conocer una opinión que venga de labios mejor autorizados que los míos, escuchad la muy valiosa que ha dado el cultísimo escritor, Ing. D. Agustín Aragón, representante, hoy, el más conspicuo del Positivismo en México.

"Exquisito y excepcional —dice— es el temperamento poético del glorioso Obispo de Veracruz Don Joaquín Arcadio Pagaza. Resume en su persona toda una edad: la edad de la poesía bucólica; y como tal, las cualidades y defectos de ésta se condensan en su obra. Estos últimos, ya se entiende, consideradas sus creaciones desde el punto de vista social y con el criterio dominante de nuestra era. Sus cuadros de la naturaleza son arrobadores y su amor a los campos inmensurable. Templó su lira al rumor de los bosques y portentosas son sus visiones en medio de las montañas. En toda la gloria de su tranquilidad osténtase la vida rural en las pinturas del Sr. Pagaza. Entona odas insuperables al vivir campestre y sus libros son un florecimiento de meritísimas poesías. En sus delicados ramilletes de flores silvestres las hay de distinto aroma y de múltiples y variados colores. Pinta exactamente la campiña con diferentes tonos y vivaz colorido. La armonía de sus versos es sonora. La soledad agreste le cautiva; la paz de la campiña le seduce.

"En sus sonetos que le movió a escribir la fe católica se siente un espíritu religioso profundo y verdadero. Su gratitud al Sr. Labastida le arrancó estrofas inspiradísimas, las mejores de todas las suyas a nuestro parecer, pues su

---

[40] Los libros de versos que publicó fueron: *Murmurios de la Selva,* México, 1887; *María.—Fragmentos de un poema descriptivo de la tierra caliente.* Los hizo imprimir el Pbro. Lucio Estrada, Cura de Sultepec. México, 1890. *Algunas Trovas Ultimas,* México, 1893; *Horacio,* Jalapa, 1905; *Virgilio,* Jalapa, 1907. Con motivo del jubileo sacerdotal del Sr. Arzobispo de México, D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, se publicó una *Corona Literaria* que contiene numerosas composiciones poéticas del Sr. Pagaza: entre ellas su bellísimo *Reto.* Poco antes de su muerte se ocupaba en publicar las *Obras Completas de Virgilio* y sólo corre impreso el primer tomo; el segundo fue destruido cuando la revolución saqueó la imprenta donde se hacía el trabajo. Lo que estaba ya concluído sirvió para envolver mercancías en las tiendas. El propio Sr. Pagaza me refería el hecho en carta de 28 de agosto de 1917, para que lo transmitiera a algún amigo nuestro, en estos términos: "Sírvete decirle: que la versión de la Eneida apenas comenzó a imprimirse en el año de 1913 en una imprenta que me había sido regalada para ese fin: que se imprimió el primer tomo muy de prisa para enviarlo a Roma con destino a la biblioteca Constantiniana que se estableció (o debió establecerse en ese año, pues nada sé): que se imprimía el 2o. tomo cuando la revolución vino y destruyó la imprenta y todo, en términos que vendían, para servir de envoltura en las tiendas de abarrotes, los pliegos ya impresos, de los que he logrado recoger algunos; y que, por lo mismo, lo que escapó es una obra trunca e inservible; mas, que si eso quiere, lo enviaré".

Reto no es superable y difícilmente será igualado; en él hay sencillez y sobriedad, imágenes de extraordinaria hermosura, sentimiento y gracia abundantísimos y riqueza inagotable de matices. Retrata la aldea donde se dice la loa y a sus tranquilos moradores, con agilísimo pincel, con naturalidad excelsa y con fuerza de expresión inimitable; y los sonetos que alternativamente recitan los mancebos (*Fileno* y *Alcino*) fueron escritos en estilo tan dulce y tan suave, que se antojan la sonrisa divina de la Musa.

"Indiscutible es el talento descriptivo del Sr. Pagaza y lo colocamos entre los que forman el género virgiliano más puro. Inmortales y armoniosas son sus rimas. Ideas elevadas y nobles las suyas. La frase está impecablemente cincelada y el argumento de sus poemas es sencillo y grande al par. La concordia en ellos es completa: entre la idea y el modo de presentarla; entre la imagen y el vocablo; entre el color y la forma. La palabra de nuestro poeta bucólico tiene aquel esplendor de expresión que, según Vauvenargues, lleva consigo la prueba de los grandes pensamientos. Aunque extremada es la belleza de todos los hijos de su ingenio y es profunda en el ánimo la agitación que causa el conocerlos, y aunque son las imágenes soberbias, de sincero sentimiento y colorido distinto y potente, con marco de dulcísona versificación que pasa de un tono a otro tono, pero siempre tierno y delicado, no conoce el poeta los terrores esquilianos, no nos sacude el alma cual lo hace Shakespeare con sus inmortales frases, porque es apacible sin atender siquiera a las cosas del mundo, a sus pompas y placeres, y no es malicioso ni levemente por lo menos. Queremos decir que pertenece de veras a su escuela el Sr. Pagaza, y agregaremos que los poetas más viriles y grandes, los inimitables, altivos de modo caballeresco, inagotablemente ricos, son aquellos que nos pintan lo mismo las negras nubes que corren vertiginosas por las alturas que las que cubren de plomizo manto el alma humana, que cantan a *mater natura* y que glorifican el amor, la lealtad, el patriotismo y el trabajo en todas sus sanas manifestaciones.

"Las obras del Sr. Pagaza en el género que felizmente cultiva, muestran lo que debe ser la poesía para ser digna de nuestro corazón y de nuestro respeto, y por contraste nos enseñan también lo transitorio, fugaz y despreciable del llamado arte..."

Y no conforme el crítico entusiasta con hacer este elogio, todavía agrega: "Con cuánto más placer que a cualquier otro le aplaudimos y con cuánta más sinceridad lo hacemos, lo dirá el hecho de que él y nosotros nos hallamos

en los extremos de la escala religiosa: él en el cabo teológico y nosotros en el puramente humano" [41].

Bien veis, en consecuencia, que elogian al poeta cuantos conocen su obra; mas permitidme que para cerrar esta humilde corona de laurel que he querido tejer para su frente [42], yo ponga como riquísimo broche un soneto

---

[41] *Nueva versión española de Horacio.* Aragón. *Revista Positiva.* No. 76 pp. 665 y sigs.

[42] Para completar los datos biográficos del ilustre poeta, fallecido en Jalapa, Ver., se ha servido autorizarme el Sr. Pbro. D. José Ordóñez, primo hermano del prelado, para publicar la carta que le dirigió en 19 del mes de septiembre de 1918, el Sr. Pbro. D. Pedro Castillo y Landa. Este documento encierra muy valiosos datos acerca de los últimos días que vivió el Sr. Pagaza.

"...Si mal no recuerdo —escribe— el 15 de julio celebró la última Misa; al siguiente día se sintió débil y pidió su desayuno luego que se levantó, continuando así todos los días de julio hasta el 30 que se agravó. Ese día recibió el Sagrado Viático y la Extremaunción y desde entonces entró en una postración que aumentaba cada día y que lo iba consumiendo rápidamente. Pero debe usted saber para su consuelo y edificación mía, que en esos dos meses de enfermedad nunca, nunca dejó escapar una sola queja; jamás se le vio impaciente; si se le hablaba, respondía con brevedad, algunas veces con señas; si se le daba alimento tomaba un poquito, algunas veces nada quería, pero él no hablaba ni pedía nada; de modo que en su alcoba hubo un silencio, durante el tiempo de que hablo, sólo interrumpido por el cuchicheo de los que lo rodeaban. Tocóme en suerte ser el compañero del Ilmo. señor en sus últimos tres años, y por lo mismo ser el testigo de sus grandes virtudes, que le ví practicar; me edificó con sus actos y grabó en mi mente consejos y doctrina que jamás olvidaré. Depositó en mí lo que tuvo y fui yo quien cerró en la paz del Señor sus cansados ojos... Murió como mueren los justos porque lo fue sin duda alguna. A las seis y media a. m aconteció tan fatal suceso... 11 del actual... Media hora después el cadáver se colocó en el Oratorio que usted conoce y se convirtió en un santuario... Muchísimas personas comenzaron a visitar el lugar para convencerse por sus propios ojos de lo que no querían creer; y éstos llevaban la triste noticia a otros deudos suyos y amigos... así se fue esparciendo con velocidad increíble hasta que a medio día no fue posible que el cadáver permaneciera en tan estrecho lugar. Hubo que trasladarlo a la Catedral para que todos lo vieran y todos le dieran el beso de despedida. Sin exageración, la Catedral estuvo plena toda esa tarde, toda la noche y la mañana siguiente, hasta las 10 a. m. en que se sacó el cuerpo para llevarlo a su última morada. De antemano se alcanzó la licencia para poder sepultarlo en el Panteón antiguo. Asistió todo Jalapa a sus funerales y los señores de representación en la sociedad se disputaban el honor de llevar en sus hombros el ataúd que guarda los restos venerandos de nuestro Prelado y Pastor amante..."

Por su parte el Sr. D. Luis G. Méndez al hacer en su opúsculo ya citado la relación de los funerales del Sr. Pagaza, asienta: "... hoy, el forastero que, ignorando lo ocurrido llegara a Jalapa y advirtiera el signo de la muerte (un crespón negro), adornando a más del ochenta por ciento de sus casas, quedaría horrorizado sin poder explicarse qué cataclismo, qué epidemia o universal desgracia había asolado a la población. Tal es el aspecto que ofrece, después de perder a su culto pastor".

que según declaración del mismo Clearco Meonio a nuestro colega el poeta Juan B. Delgado, era de los que merecían sus preferencias.

Lento desciende el sol y se reclina
en nubes de ámbar, rosa y escarlata
y resuélvese en lluvia de oro y plata
de los montes lejanos la neblina;

Entre nimbos la estrella vespertina
brilla y treme; en el lago se retrata
el nublado que grácil se dilata
donde rompe la bóveda azulina;

El horizonte aclárase y remeda
voraz incendio; tinte de amaranto
el cielo cobra, el llano, la arboleda;

Y junto al nido, el postrimero canto
entona embebecida el ave leda
del sol poniente en el divino encanto.

Perdonadme, señores, que tan largo haya sido este discurso; mas pensad, que hombre de tan alto valer como el ilustrísimo Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, necesitaba ser recordado por mí al menos con detenimiento, ya que soy incapaz de analizarlo con acierto; el amor casi filial que profesé al sacerdote; la admiración sin límites que siempre conservé por el poeta; obligábanme a rendirle mis homenajes. El se negó a darme, con modestia suma, los datos que insistentemente le pedí más de una vez para escribir su biografía, y mi solo esfuerzo no basta, por mucha que sea mi voluntad, para salir airoso de mi empeño.

Por suerte mía, señores académicos, en adelante os tendré por maestros en las lides del buen decir y del mejor pensar, y procuraré con mi esfuerzo corresponder a vuestros favores.

¡Y tú, protector amoroso de mi niñez, guía inteligente de mi juventud; sostén firme de mi edad madura, acepta benévolo estos rústicos laureles que mi cariño te ofrece, para que los unas a los que, pastorcillo, recogías en los floridos campos de tu aldea!

El Monacillo del Sagrario.

Méjico, octubre 23 de 1918.

EL ESTILO EPISTOLAR EN LA NUEVA ESPAÑA *

Por MANUEL ROMERO DE TERREROS.

GRANDE, ciertamente, es la emoción que experimento al presentarme hoy ante vosotros. Por capricho del destino, y no debido a mis propios méritos, vengo a ocupar el sitio que por su muerte dejó vacante en esta docta Academia D. Francisco del Paso y Troncoso; y bien comprenderéis, al escuchar el nombre del inolvidable maestro, cuán pequeña es la figura de quien la irónica suerte ha querido hacer sucesor de aquel erudito varón, cuyas obras no hay que enumerar, puesto que están en la mente de todos. Su vida entera, de incesante labor en pro de la historia y cultura patrias, consta en las numerosas obras que publicó, y en otras, mayores aún, que permanecen inéditas, pero que, debemos esperarlo, en días no lejanos verán la luz. A manera de un minero que encontrase diversas ramificaciones de riquísima veta y, sin decidirse por sólo una, extrajese el precioso metal de muchas a la vez, D. Francisco del Paso y Troncoso no se contentaba con seguir sólo un rico filón hallado en sus indagaciones históricas, sino que explotaba, por decirlo así, varios a un mismo tiempo. Este proceder dio por resultado que sus obras publicadas se hallen, en casi todos los casos, truncas; pero este defecto, seguramente el único en la labor del maestro, quedará subsanado cuando, repito, se den a la estampa los innumerables manuscritos que legó al Gobierno de la Nación **.

Si no cabe comparación entre la obra del insigne escritor y la del que tiene hoy el honor de dirigiros la palabra, hay, sin embargo, un punto de contacto entre el gigante y el pigmeo: la afición decidida que éste tiene a

* Discurso leído por su autor en su recepción de Individuo de Número de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, el 22 de abril de 1919.

** Hoy, por suerte, se ha salvado todo o casi todo en las valiosísimas colecciones que llevan, respectivamente, los títulos: *Papeles de Nueva España* en 6 volúmenes, y *Epistolario de Nueva España,* en 11.

la historia de Méjico, especialmente en lo que se refiere a los tres siglos coloniales. Es indudable que la sangre hispana, que heredé de mis mayores, háceme ver con simpatía todo cuanto a la Madre Patria se refiere, y por eso, he dedicado mis modestos estudios a aquella época en que la Nueva España se llamaba con orgullo hija predilecta de la Vieja.

Muchos temores he tenido, al elegir un tema para presentar mi discurso de recepción en esta Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española; me atrevo, por fin, a dirigiros breves palabras sobre *el estilo epistolar en la Nueva España.*

Como de la más grande importancia histórica, y hasta como fundamento de nuestra literatura patria, deben considerarse las cartas que dirigió al César Carlos V, el insigne conquistador de México, don Fernando Cortés. Este grande hombre, político consumado, juzgó desde un principio que era en alto grado conveniente dar cuenta circunstanciada al soberano de todos sus actos y proyectos, antes de que otras personas pudieran hacerlo y dar torcida interpretación a sus empresas; y sus cartas, tanto por su extensión, cuanto por los acontecimientos de importancia que refieren, son generalmente apellidadas *cartas-relaciones,* y han dado base para que muchos críticos, entre otros Flavigny, comparen al conquistador con Julio César, "en el hecho de haber sido el cronista de sus propias hazañas, con la misma sencillez, claridad y modestia que el ilustre romano" [1]. Desde el encabezamiento: "Muy alto y poderoso y muy católico Príncipe invictísimo Emperador y Señor Nuestro", hasta la antefirma, "De Vuestra Magestad muy humilde siervo y vasallo, que los muy reales pies y manos de Vuestra Alteza besa", que varían poco en sus numerosas cartas, se ve el empeño que tuvo siempre Hernán Cortés en aparecer sumiso a Carlos V; y también hace a menudo hincapié en la santidad de su empresa, considerándola como una cruzada: "E como traíamos, dice, la bandera de la Cruz, y puñábamos por nuestra Fe, y por servicio de Vuestra Sacra Magestad, en su muy real ventura, nos dio Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibieran daño" [2].

No son escasas las dotes de Cortés para hacer descripciones, las cuales abundan en su correspondencia. En la imposibilidad de recordarlas todas, citaré la de la huerta del señor de Ixtapalapa: "Tiene en muchos cuartos, altos y bajos, jardines muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas; así mismo albercas de agua dulce, muy bien labradas con sus escaleras hasta el fondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador

---

[1] D. J. García Icazbalceta, en la Introducción a las Cartas de Cortés, edición de *La Iberia.* México, 1871.

[2] *Cartas relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por Don Pascual de Gayangos.* París, 1866. P. 63. En éste y los demás extractos que transcribo en este discurso, hago uso de la ortografía moderna.

de muy hermosos corredores, y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería; e al rededor della un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén, hacia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás dellas todo género de arboledas y yerbas olorosas; y dentro del alberca hay mucho pescado, y muchas aves, así como lavancos, y cercetas y otros géneros de aves de agua; y tantas, que muchas veces casi cubren el agua" [3]. En cuanto a la casa de placer de Moctezuma, escribe que tenía "un muy hermoso jardín, con ciertos miradores, que salían sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos, para se aposentar dos muy grandes príncipes, con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua donde tenía todos los linajes de aves de agua, que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas: y para las aves que se crían en la mar, eran los estanques de agua salada; y para las de ríos, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo, por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños; y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento, que era propio a su natural, y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado se lo daban; y las que gusanos, gusanos; y las que maíz, maíz, y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban".

Difícilmente podría hacerse en menos palabras una pintura más acabada de los maravillosos jardines mexicanos. No agotaré vuestra paciencia con citar pasajes que, por otra parte, se han transcrito hasta el cansancio, como son: el encuentro de Cortés con Moctezuma; la descripción de la gran Tenochtitlán y su templo mayor; la retirada de México, conocida en la historia y la leyenda como *la noche triste;* la batalla de Otumba; la construcción de los bergantines; y cien otros, que cobran nueva vida, al ser evocados por las sobrias, a la vez que mágicas palabras del conquistador. Elocuente sobremanera es su última carta al Emperador, fechada en Valladolid, a 3 de febrero de 1544, en la cual se queja amargamente del mal pago de sus servicios.

A fe que el autor de la *Guerra de las Galias* no desdeñaría el estilo tan elegante como llano y conciso de Cortés, quien, según Bernal Díaz, "era latino... y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín". Yo tengo para mí, que en sus mocedades estudió los *Comentarios;* y me atrevo a insinuar que a esta influencia se debió el frecuente uso que en sus cartas hizo de la *oratio obliqua,* al referir los discursos

[3] Gayangos, p. 83.

[4] Gayangos, p. 110.

cambiados entre él y los jefes indígenas, y otras locuciones más, características de Julio César.

Casi al mismo tiempo que Hernán Cortés, e iluminada por tan clara luz, brilló en la nueva Colonia una verdadera pléyade de escritores de cartas. Conquistadores y misioneros, virreyes y oidores, dirigieron epístolas a monarcas y consejos, ya para hacer patentes sus servicios durante la conquista y solicitar el premio consiguiente, ya para relatar los usos y costumbres de los indígenas; bien para hacer cargos o defensas, bien para exponer ideas acerca de las necesidades de la tierra. De estas cartas, que podemos llamar *políticas,* fueron autores notables el Obispo Zumárraga, Fray Toribio Motolinia, Fray Jerónimo de Mendieta, D. Luis de Velasco, Jerónimo López, y muchos otros que no viene al caso citar y cuya sola enumeración llenaría varias páginas. También se escribieron cartas colectivas de religiosos, como franciscanos, dominicos y agustinos. En todas estas epístolas, el estilo es sobrio y conciso, y los términos en que están redactadas siempre respetuosos; pero debe tenerse presente que en la mayoría de los casos, fueron meditadas antes o al mismo tiempo de escribirse, y, por lo tanto, carecen de aquella espontaneidad que suele ser lo más atractivo del estilo epistolar. En verdad, esta espontaneidad sólo puede hallarse en cartas de índole privada, y el mismo conquistador la demuestra en papeles íntimos, recientemente descubiertos, en los cuales revélase padre afectuoso e hijo sumiso, a la par que profundo observador y hábil psicólogo [5]. En las cartas a su padre, D. Martín Cortés, al lado de frases familiares como: "Y también parecerá que va mucha copia de pueblos y en la verdad es más el ruido que las nueces" [6], hallamos tropos tan felices como éste: "Yo agora quedo en purgatorio, y tal, que ninguna otra cosa le falta para infierno sino la esperanza que tengo de remedio" [7]. Del género gráfico podrían citarse numerosos trozos. "Aquí, en mi casa, escribe, se ha criado un tigre desde muy pequeño, y ha salido el más hermoso animal que jamás se ha visto, porque además de ser muy lindo es muy manso, y andaba suelto por casa, y comía a la mesa de lo que le daban; y por ser tal me paresció que podría ir en el navío muy seguro y escaparía éste de cuantos se han muerto. Suplico a vuestra merced se dé a Su Magestad, que de verdad es pieza de dar" [8]. Refiriéndose a su hijo D. Martín el bastardo, escribe a Francisco Núñez: "Hágoos saber que no le quiero menos que al que Dios me ha dado en la Mar-

---

[5] *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo General de Indias de la Ciudad de Sevilla, e ilustrados por el P. Mariano Cuevas, S. J.* Sevilla, 1915.

[6] Cuevas, p. 33.

[7] Cuevas, p. 29.

[8] Cuevas, p. 38.

quesa" [9]. Y su interés en tener noticias mundiales lo demuestra este párrafo: "Holgado he de saber el buen ardid que las galeras hicieron en tomar aquel lugar de moros, y también vi las nuevas que deçís del recibimiento que se hizo en Avila; y no son de su calidad las nuevas que yo quería que me escribiésedes, sino en cuantas cartas me enviásedes, vinieran muy largas las nuevas que hubiera dentro de la casa del Emperador, y mudanzas de gente de corte, y cosas del Reino de Portugal y de la frontera, y cosas de Francia, y de Inglaterra, y del Lutero y Concilio, y de venida de Su Magestad; y cosas del Turco, y del Papa, y de las Señorías, y de Italia, y del Rey de Hungría; y cosas de la casa del Emperador, y oficiales y que en ella se mudaren, y provisiones de encomiendas, dignidades que proveyere; y siempre que desta calidad las haya, me lo haced saber muy por extenso" [10].

Después de leer la correspondencia de Cortés, bien puede exclamarse con el P. Cuevas: *Duro era ciertamente el hablar de D. Hernando, pero era "mucho castellano"* [11].

Desgraciadamente se han perdido muchas de las cartas que quizá más nos interesarían: las cartas que tratan de las relaciones entre el hombre y la mujer, las cartas, en una palabra, de amor. Y no es de extrañar que así haya sucedido, pues la naturaleza misma del asunto, de por sí deleznable, haría que los autores de semejantes epístolas, pasados los primeros ardores de la pasión, destruyeran documentos que, a la postre, podrían resultar comprometedores. Del siglo XVI, sólo sé que haya llegado hasta nosotros una carta amorosa. Refiere D. Luis González Obregón, que en tiempo del Virrey D. Luis de Velasco, acaeció una lúgubre aventura en el bosque de Chapultepec. Un día amaneció uno de los dos militares que lo cuidaban ahorcado en un ahuehuete, y el otro, por sospechársele culpable, fue encarcelado, y mal la hubiera pasado, si al suicida no se le hubiera encontrado el siguiente billete, que auténtico consta en el proceso respectivo: "Señora Francisca Padilla: Vos no me querer, no sé por qué; yo os he dado cuánto he podido haber; mas Pero Juanes púsome en mal, como lo hizo, con el Alférez Santillana que me persigue y díceme matar. Yo por él e por vos lo voy a facer ántes en tan mal acomodamiento, e os voto, por vida de Dios, que lo fago mañana, día de vuestro santo, si desde hoy a entonces non contestáredes de buen gracejo a *Lorenzo Camargo*" [12].

Esta misiva, llena de infinitivos, nos revela al precursor de cuanto romántico amante ha escogido aquel pintoresco paraje para poner fin a sus días.

---

[9] Cuevas, p. 17.

[10] Cuevas, p. 67.

[11] Cuevas, p. 6.

[12] Luis González Obregón, *México Viejo*. París y México. 1900.

Un curioso proceso, que existe en el Archivo General de la Nación, contiene numerosas cartas escritas por doña Teresa de Bustos, hija del Marqués de San Clemente, a su novio, un tal Valenchana. Están llenas de frases como *mi vida, mi cielo estrellado, dueño hermoso de mis ojos,* y cien más, dictadas por el amor a aquella niña que, como Julieta, había visto florecer solamente catorce abriles.

A la destrucción de los archivos particulares se debe la pérdida de documentos de inapreciable valor, que no sólo arrojarían luz sobre asuntos históricos, sino que proporcionarían, al mismo tiempo, motivos de estudio para los hablistas. En el archivo de mi casa obran varios legajos de correspondencia, la mayor parte del siglo XVIII, y entre ellos no pocas cartas de D. Teodoro de Croix, sobrino del cuadragésimo quinto Virrey de la Nueva España, y posteriormente Virrey, él mismo, del Perú. Este caballero cortejó en México a doña Gertrudis de la Cotera, esposa de D. Antonio Rodríguez de Pedroso, Conde de Xala; pero hay que hacer constar que su amor debe haber sido platónico, pues se sabe que doña Gertrudis fue siempre de la más acrisolada virtud, y que jamás faltó a sus deberes de esposa. Las cartas que Croix escribía, como todo su lenguaje está supeditado a la suprema cortesía que gobernaba el corazón humano durante la décima octava centuria, apenas dejan traslucir el amor que la dama le inspiraba.

"Muy señora mia de mi mayor estimación: Dos motivos son los que me obligan a escribir a Vm. esta carta, que será corta: el primero es para saber de su preciosa salud, y el segundo, suplicar a Vm. que no tome a mal mi empeño de ayer tarde, pues si me he atrevido a hablar de este asunto, no tengo otro interés que el suyo, que haciéndolo, no podía hacerlo de otra manera sin engañarla y faltar a lo que me corresponde, por los muchos favores que de Vm. y de su casa tengo recibidos, desde que he tenido el honor y satisfacción de hacer a Vm. mi corte. Conozco que no debería pasar adelante pero como me intereso más que nadie de su quietud y satisfacción, y que no me atreví anoche preguntar su resolución sobre el particular, suplico que me perdone si le pido que me haga saber su resolución, que me tiene con muchísimos cuidados. Dios guarde a Vm. muchos años que deseo. Méjico y agosto 20 de 1768. B. L. m de Vm. su más atento y seguro servidor, *El Caballero de Croix*" [13].

Y lo curioso del caso fue que, andando el tiempo, el Caballero de Croix trasladó sus afectos de la madre a la hija, doña Josefa Rodríguez de Pedroso, y se convirtió en un enamorado sin esperanzas, como acontece generalmente a un hombre de edad que es vencido por los encantos de una joven de veinte años. Tan grande fue su cariño, que el Caballero de Croix llamaba siempre

---

[13] Ms. en mi poder.

a doña Josefa *su mujer;* y escribía desde Lima al Conde Xala: "Si mi edad y fortuna hubiera sido otra, de haberme querido por marido, con otra alguna me hubiera casado", y más adelante exclama: "¡Para mí la preferiría a todos los virreinatos juntos!" [14].

Doña Josefa contrajo matrimonio con el segundo Conde de Regla, y a propósito de la boda escribió el Virrey del Perú: "He sabido por Beleña que ya se había verificado el casamiento de mi mujer con el Conde de Regla. ¡Dios los bendiga! Si el Conde no es dichoso, desde luego la culpa será suya, y no de mi amada mujer, que nada puede dejar de apetecer a un hombre de bien y de juicio; pero lo que sobre mi cabeza respondo es que si ciegamente se entrega en todo a su mujer, será el hombre más feliz que habrá habido en las Américas y la casa que dará el tono a las demás" [15].

Ya que de bodas se trata, quizá no sea ocioso recordar que, antes de concertarlas, solía consultarse por padres y tutores la opinión de personas doctas; y esta clase de correspondencia proporciona, a veces, curiosas noticias acerca de las costumbres familiares y locuciones de aquella época. Cuando se arregló el matrimonio de D. Juan José Gómez de Parada con doña Gertrudis Gallo de Villavicencio, en 1740, el Canónigo D. José Antonio Flores de Ribera, posteriormente Obispo de Nicaragua, escribía a D. Ginés Gómez de Parada, tío de D. Juan José, acerca de la novia, en los términos siguientes: "Su crianza ha sido de las más severas, y la ha tenido siempre la madre en tan estrecho recogimiento, que, habiéndose, ahora pocos meses, casado una hermana con D. Baltasar Pardo, no sabía ni conocía los templos de Méjico, y ha habido menester llevar una persona consigo que se los enseñase. Su porte de la niña ha sido espléndido, como el de toda la casa, y por eso tengo escrito que el mayor defecto que puedo hallar es la inclinación a componerse, no porque en este particular sepa yo que tiene especial inclinación a las modas y las galas, ni por que haya sido su porte con especial exceso, respecto de las otras señoritas de esta ciudad, sino porque, viéndola como la veo, bien portada y criada en una casa de esplendor, debo discurrir que estará acostumbrada a este mismo porte en que se ha criado. Su genio es blando, suave y amoroso, según me han informado; y así, entre las otras hermanas, es la que tiene más grangeado el amor de sus padres; su capacidad y viveza es rara, en que conserva una gran modestia y reposo, sin artificio ni bachillería" [16].

Naturalmente, las cartas que en mayor número se escribieron, durante el siglo XVIII, fueron cartas corteses: de invitación, de enhorabuena o de pésame, concebidas todas en términos afectuosos y, las más veces, exagerados.

---

[14] Ms. en mi poder.

[15] Ms. en mi poder.

[16] Marqués de San Francisco, *La Casa de Parada,* Madrid, 1917.

El Marqués de las Amarillas, escribía a D. Pedro Romero de Terreros, desde Cuernavaca, el 25 de diciembre de 1759: "He estimado mucho las atentas expresiones que Vm. me hace en su carta, con motivo de Pascuas; deseo que Vm. se felicite en ellas, que logre muchas satisfacciones, tener yo motivos en qué complacerlo, y que Dios guarde su vida muchos años" [17]. Y causa patética impresión ver la firma casi ilegible del moribundo Virrey, quien, a pesar de hallarse al borde del sepulcro, no quiso dejar de cumplir con este deber de amistad y cortesía.

Basten, como muestra de esta clase de correspondencia, la que acabo de leeros y esta otra, dirigida al Conde de Regla, en 26 de mayo de 1786: "Muy señor mío y estimado amigo: He celebrado infinito la noticia que Vm. me comunica de la felicidad con que mi Señora la Condesa dió a luz una robusta niña, y me alegraré siga a este gusto, el de que la vea VM. criada con las mayores felicidades, pues se las apetece completísimas este su afmo. y seguro servidor q.s.m.b.—*El Marqués de Casa Alta*" [18].

Es cierto que las cartas que acabo de mencionar están calcadas, más o menos, sobre un mismo patrón y, por lo tanto, no pasan de ser meras fórmulas de cortesía; pero existen otras de muy variada concepción, sinceras y ayunas de todo estudio, debido ya a las circunstancias en que fueron escritas, ya a la íntima amistad y confianza que ligaban al autor con el destinatario.

Si voy fatigando vuestra atención leyendo largos extractos, sírvame de disculpa el hecho de que de ninguna otra manera podría yo haceros ver la sencillez e ingenuidad que caracterizan el estilo epistolar de los siglos coloniales, máxime ahora que quiero decir dos palabras acerca de las cartas que me atrevo a llamar *descriptivas.*

Cuando D. Juan Gómez de Parada, nombrado Obispo de Yucatán, emprendió el viaje a su diócesis, en la flota que mandaba el general D. Luis Fernández de Córdoba, el navío que le tocó en suerte, *Nuestra Señora de Begoña,* sufrió graves accidentes en la travesía; tanto, que llegó el momento en que los pasajeros temieron por su vida. En tan aflictivas circunstancias, el Obispo de Yucatán se puso a escribir una carta que dirigió al nuevo Virrey Duque de Arión, que viajaba en otro de los buques de la misma flota, y este documento nos pinta de manera gráfica el temor que abrigaron los pechos de aquellos navegantes.

"Excmo. Sr.—Señor: El justo temor con que estoy de mi vida y de la de todos los que vienen en este navío, me hace hablar a V. Exa. por ésta, lo que no debería por ajeno de mi profesión. Pero considerando a V. Exa. no

[17] Ms. en mi poder.
[18] Ms. en mi poder.

bien informado del peligroso estado de esta embarcación, me ha parecido muy de mi obligación el hacerlo, para que V. Exa. disponga lo que fuese servido... Habiéndonos sobrevenido un vientecillo fuerte, se experimentó nuestro navío tan recargado que, con gran susto de todos, se pudieron recoger velas. Todos, Señor, se han desconsolado tanto, cuanto no podré ponderar a V. Exa. y yo aseguro a V. Exa. que lo estoy sumamente, de haber oído a nuestro piloto y capitán, que si echásemos al agua las piezas de arriba, podríamos ir sin el riesgo con que vamos, y hacer más camino. Y aunque éstas puedan ser necesarias para la defensa de la libertad y hacienda; discurro que por evitar el riesgo de estas dos cosas, no es racional echarse encima el de la vida. Asimesmo me dice el capitán que si se alijase algo de lo que va de vino, podríamos también hacer buen viaje y no llevar riesgo; pero que él no se atreve a hacer este alijo sin orden de V. Exa.; y yo, Señor, no creo que V. Exa. dejaría de dar esta orden. Esto mesmo sienten todos los pasajeros que con gran susto se me entraron en mi cámara a que los absolviese. Y después, a sugestiones mías, subí a persuadir al capitán que echase las seis piezas al agua, porque ellos estaban en hacerlo de por sí para remedio de su riesgo. Y estando ya persuadidos el capitán y piloto a hacerlo, se opuso la gente de mar. Y reconociendo yo que el tiempo me permitía dar a V. Exa. cuenta de todo, para que se sirviese aplicar el remedio, persuadí a todos el que esperasen lo que de esta mi representación a V. Exa. podría resultar, favorable, como esperamos, a todos. No tengo que ponderar a V. Exa. nuestro desconsuelo de vernos por tan leves accidentes expuestos a un continuo riesgo. Y así, Señor, suplico a V. Exa. que atienda nuestra causa con la piedad que acostumbra. Señor, V. Exa. me perdone mucho, que la materia no es para menos. Nuestro Señor ilustre a V. Exa. para el acierto, y le conceda los muchos años que le ruego y ha menester. A bordo del navío *Na. Sra. de Begoña,* y marzo de 1716. Excmo. Sr., está a los piés de V. Exa. su más favorecido servidor, — *Dr. Juan Gómez de Parada*" [19].

La cita ha sido extensa; pero vuelvo a suplicar que se me disculpe, en vista de que ningunas palabras mías podrían sustituir las del ilustre D. Juan Gómez de Parada.

Y pasando del océano a la capital de la colonia y sus cercanías, de un buque en riesgo de naufragar a los salones y paseos virreinales, nos encontramos con inocentes diversiones e ingenuas costumbres, descritas en sendos párrafos epistolares. No ignoráis que en aquellos tiempos era de moda, entre los señores, hacer excursiones a Xochimilco y San Agustín de las Cuevas. En el año de 1789, escribió el Marqués de Cruillas, hijo del que fue Virrey de

[19] *La Casa de Parada.*

México, varias cartas al Conde de Regla, y de ellas extracto los párrafos siguientes:

"Celebraré hayan Vms. tenido felices Pascuas, considerando habrán ido a algunos nacimientos, como sucedió el año anterior, para cuya caminata tuve el honor de acompañarlos y divertirme yo también, persuadiéndome que habrán Vms. puesto un magnífico nacimiento. Considero cuán molida habrá quedado la Condesa de tirar grajea y poner *pica pica.* ¡Oh! ¡cómo se habrán Vms. divertido en ese ameno pensil de San Agustín, ya paseándose por esos callejones, ya yendo a Suchimilco, y en canoas paseando por medio de aquellas maravillosas chinampas, y ya también yendo a Cuyuacán al mercado! Todo lo tengo muy presente: lo hermoso de ese territorio, y cada vez conozco que es lo único que hay en el globo terrestre... ¿Cuándo veré otro igual tiempo? No hay otro mejor clima que ese hermoso jardín terrestre mejicano" [20].

Pero en medio de aquellas sencillas diversiones, repentinamente dejó escucharse el estruendo del cañón, y el rumor de la pelea. Pronto quedaron separados amigos y familiares. El Cura de Dolores había lanzado el grito de rebelión contra la Madre Patria y empezaba la guerra sangrienta que había de culminar en la Independencia. Entonces se agriaron los ánimos y se exaltaron las pasiones, cosas ambas que se reflejan en las cartas de aquella época. Todos conocéis probablemente, la carta que el Marqués de San Juan de Rayas, simpatizador de la Independencia, escribió en 12 de noviembre de 1810 al antiguo Virrey, D. José de Iturrigaray [21]. En ella traza un gráfico perfil de Hidalgo; describe la toma de Guanajuato, y otros episodios, y apunta las causas de la Insurrección, todo de una manera acertada a la par que elocuente, y que no denomino magistral, porque soy enemigo de hipérboles.

Gastado como está el aforismo que dice que la Historia se repite, me veo en el caso de emplearlo una vez más, al leeros algunos párrafos de las cartas que en aquella época escribió la Marquesa de Villahermosa de Alfaro a prominentes personajes. Reflejan el sentir de la sociedad acerca de aquellos aciagos acontecimientos, y si hemos de hacer comparaciones, veremos qué poco hemos progresado en la centuria que ha transcurrido.

En 6 de abril de 1812, escribía al Marqués de San Cristóbal, residente en Londres, lo siguiente:

---

[20] Ms. en mi poder.

[21] *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México, de* 1808 *a* 1921*, coleccionados por J. E. Hernández y Dávalos.* México, 1877, tomo I, pp. 722-724.

"En las circunstancias actuales del reino no debes pensar en venir. El camino de Méjico a Veracruz está perfectamente interceptado por los insurgentes: no pasan ni los correos, sino escoltados, y eso con dificultad. La falta de numerario es la que nunca se ha visto. Los daños que sufren las fincas rústicas son incalculables; y la negociación de minas de Zimapán, y todas sus haciendas de labor, se han perdido, que no bajará el daño, por donde menos, de ciento y cincuenta mil pesos. En fin, para que formes idea del estado actual del reino, te diré que en México no entra pulque, un carnero vale diez pesos, un jitomate dos reales, y ha muchos días que no se encuentran".

Un año más tarde, en 11 de marzo, escribe: "Los insurgentes se apoderaron de Oaxaca el 24 de noviembre del año pasado, y están señoreados de toda aquella provincia, en la que parece se están haciendo fuertes. Siguen por todas partes interceptando los caminos, asaltando las fincas, y sin momento seguro. Los males crecen de día en día, y ya no sé qué hacerme. ¡Dios nos remedie! y esperemos que el nuevo Virrey, que lo es el Mariscal de Campo, D. Félix María Calleja, haga que sus providencias nos restituyan la paz y el consuelo. 'Dichosos los que, como tú, ni oyen ni ven los estragos que sufre nuestra infeliz patria' " [22].

Pero las esperanzas en el nuevo gobernante salieron fallidas, y la Marquesa expresa su decepción a la ex-Virreina Iturrigaray en estos términos:

"La insurrección sigue en su punto, y no creas que se hayan tomado providencias calmantes, sino, por el contrario, todas las más proporcionadas para aumentarla y exasperar a la gente. El Sr. Calleja, en quien fundábamos nuestras esperanzas, no hace cosa de substancia y ha logrado que todo el mundo lo abomine" [23].

No era opinión de aquella sociedad que la insurrección se combatiese a sangre y fuego, a juzgar por estas palabras: "¿cómo quieren los que ahora lo mandan que esto se componga a balazos y no con abrazos, como debe ser? No adoptan las medidas oportunas, y la sangre se derrama con tanta abundancia, como derrama los vinos el cosechero que, teniendo las bodegas llenas logra otra nueva, más abundante que las antiguas. Todos vamos a perecer por medio de la escasez, y la posteridad tendrá mucho que criticar y que llorar, de resultas de no haberse curado esta llaga, sino con fuego y hierro" [24].

---

[22] Ms. en mi poder.

[23] Ms. en mi poder.

[24] Ms. en mi poder.

¡Cuánto se equivocó la Marquesa de Villahermosa de Alfaro, al escribir las siguientes palabras a don Miguel Ramos Arizpe, en 1o. de octubre de 1813!

"Continúa la insurrección devorando este hermoso país; no puede la pluma expresar lo que sufre el reino, y crea Ud. que dentro de cien años, cuando se lea la metamorfosis momentánea que ha experimentado la América, pasando de la mayor opulencia a la mayor miseria en el corto período de tres años, no lo han de creer, y se calificará de ponderación é hipérbole poética" [25].

Lo que más admira en todas las cartas escritas en la Nueva España es su monstruosa ortografía. Y no se crea que sólo pecan en ese sentido epístolas de personas de escasa ilustración, cartas de gente ruin que emplea largos períodos rimbombantes y disparatados para, a la postre, pedir una limosna; no, a nobles y letrados, a virreyes y obispos hallaremos culpables de idéntico delito, si no reflexionamos que la moderna ortografía, después de todo no es sino convencional, y antaño nada significaba.

A manera de un guía que señala los mejores puntos de la costa para admirar el océano, he querido traer a vuestra memoria, a gandes rasgos, diversos estilos de cartas escritas por nuestros antepasados: políticas, familiares, de amor, de cortesía y descriptivas, que son como puntos de vista, desde los cuales se divisa ese mar sin fondo y sin orillas que se llama el alma humana; y ahora quiero terminar mi mal pergeñado discurso con una carta redactada en el trance supremo de la muerte. Escribióla el primer Conde de Regla, D. Pedro Romero de Terreros, con encargo de que fuera leída a sus hijos en los momentos en que entregara su alma a Dios; y, llena de máximas cristianas y preciosos consejos, retrata fielmente la pureza de corazón de aquel hombre y constituye un monumento imperecedero de sus virtuosos sentimientos. Después de encargar a sus hijos que se amen los unos a los otros, como si él viviera; que se muestren siempre agradecidos al Rey, de quien emanaron los honores de su casa; que vigilen el Monte de Piedad y las otras instituciones que fundó; y que profesen con celo la Fe Católica, termina así:

"Bien deseara continuar este último consejo de mi vida, y pasarme a haceros las reflexiones que se atropan a mi imaginación; pero ya no me alcanzan las fuerzas ni el tiempo, y os he querido dejar esta señal de mis deseos escrita, para que la podáis meditar despacio, después de haberla oído a mi última presencia; y con esto y por mi final palabra os doy y echo mi postrera bendición, para que gocéis vuestros días con los poderosos consuelos del Cielo, a donde voy a encaminar las que me quedan, y a donde espero diri-

---

[25] Ms. en mi poder.

jáis vosotros las súplicas más ardientes, para que tenga a vuestra madre en su dulce presencia, y me lleve a mí a gozar de la misma como último bien de nuestras intenciones; y a este fin espero repitáis en los altares los más frecuentes y devotos sacrificios, para que podamos pedir desde allí con nuestras alabanzas a Dios, que llenándoos de felicidades en este mundo, haga después con vosotros lo propio. En la hora de la muerte: Vuestro padre el Conde de Regla" [26].

Yo no sé si me ciega el afecto filial, pero encuentro que éste es un modelo de las cartas que debo reproducir. En ella, ni la hipérbole ni el gongorismo tienen cabida: al contrario, la sobriedad y la sencillez son sus mejores galas. A diferencia de los bienes materiales que nos legó el Conde de Regla, y que han ido mermándose con el transcurso del tiempo; a aquel virtuoso varón debemos sus descendientes un tesoro, que yo estimo de inapreciable valor: el tesoro del habla castellana *.

[26] Fray José Ruiz de Villafranca, *Llanto de la religión, derramado en la muerte del Sr. Don Pedro Romero de Terreros, Caballero de la Orden de Calatrava, Conde de Regla.* México. 1782.

* Por desgracia no se ha encontrado la bella respuesta que dio el Director Lic. José López Portillo y Rojas.

FERNANGRANA [1].

por ALBERTO MARÍA CARREÑO.

LA noticia fue para mí tan penosa como inesperada: "Enrique Fernández Granados ha muerto". Y me resultó penosa, porque relaciones de más de veinte años me habían ligado con el poeta; me resultó inesperada, porque hacía poco se me había informado que la enfermedad le había dado una tregua.

Pero grande suele ser el engaño con que la muerte acércase hasta aquel a quien ha resuelto llevar consigo, y un aparente alivio constituye sólo el ropaje que cubre su mano descarnada.

Tal aconteció con Fernández Granados cuya desaparición ha venido a prolongar el duelo de nuestra Academia Mexicana correspondiente de la Real Española, que en poco más de un año ha perdido a cuatro de sus miembros: un sabio y tres poetas: Díaz de León, el filólogo; Pagaza, el bucólico; Nervo, el filósofo; Fernández Granados, el anacreóntico.

Los dos primeros habían doblado ya, en los mares de la vida, el cabo de la edad madura; pero los dos últimos, sobre todo Nervo, estaban en los días del otoño, durante los cuales Natura rinde sus mejores frutos; mas la inseparable compañera de la humanidad no toma en cuenta edades, vigores, ilusiones, nada. A veces, preséntase como dulce redentora, que alivia penas, que corta esclavitudes, que redime espíritus; en ocasiones, airada troncha esperanzas y marchita juventudes. Pero en toda ocasión ella es la eterna renovadora de la vida, ya que de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, hombres y animales y plantas, necesitamos constantemente ir desapareciendo de

---

[1] Disertación leída ante la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la noche del 27 de marzo de 1920. FERNANGRANA es el pseudónimo empleado por el poeta Enrique Fernández Granados. El autor dedicó esta disertación con las siguientes palabras: "A mi excelente amigo y colega el Sr. Dr. Francisco D. Canale, quien ahincadamente procuró conservar la vida de FERNANGRANA".

sobre la tierra, para ceder nuestro lugar a otras plantas, a otros animales, a otros hombres.

Permitidme que en esta noche que consagramos al recuerdo del ausente por toda una eternidad, os diga algunas palabras acerca del trabajador que consumió sus años en labores ingratas para un poeta, como acontece a todos o a casi todos nuestros intelectuales si no se lanzan por los espinosos senderos de la política; dejadme hacer breve hincapié —tan breve como la delicada obra de Fernangrana— en el arte que con fervor cultivó siempre el enamorado de la poesía griega.

Enrique Fernández Granados nació en esta ciudad en 4 de Junio de 1867, y le dieron el ser los Sres. Don Gabriel Fernández Muñoz y Doña Dolores Granados.

Cosa curiosa: él y yo —aunque él en época más temprana— fuimos hijos de la misma escuela modestísima que un grupo de introductores de ganado sostuvo durante muy largos años en la populosa barriada del antiguo Rastro.

¡Y cuánto, cuánto hubieran gozado los hombres generosos y buenos que impartían gratuita instrucción a la numerosa chiquillería de esa parte de la ciudad, si hubieran visto el éxito alcanzado por algunos de aquellos a quienes tendieron su mano bondadosa!

El actual Director de nuestra Academia Nacional de Bellas Artes, —por ejemplo— el distinguido artista pintor D. Mateo Herrera, educóse en aquella humilde escuelita, que le infundió seguramente las primeras sensaciones artísticas; uno de los más solicitados y distinguidos notarios de la ciudad, D. Carlos Fernández, allí recibió también los primeros conocimientos que habían de hacer de él más tarde un fiel depositario de la fe pública; y nuestro inspirado colega Fernández Granados, allí inició su cultura, la cual, años después, le permitiría ocupar el puesto de Secretario Perpetuo de nuestra Academia.

¡Loada sea, pues, la memoria de aquellos benefactores de nuestra niñez; loada sea la memoria de los sencillos maestros, que guiaron nuestros primeros pasos por el camino de la vida!

La burocracia arrastró después a Fernangrana, y en la Secretaría de Hacienda, en el departamento de contribuciones, la pluma de nuestro amigo trazó muchas de sus composiciones más bellas.

Allí lo conocí cuando preparaba su primera edición de *Mirtos;* joven, lleno de aliento y de esperanzas, y si no realizó todas las que su espíritu abrigó, seguramente al llegar al término de su existencia, sus mayores ambiciones intelectuales habían sido colmadas.

Fue el Secretario de nuestro Instituto, uno de los numerosos discípulos del más indígena de nuestros poetas contemporáneos, del más poeta de nuestros contemporáneos indígenas: D. Ignacio M. Altamirano.

Paréceme, que cuando los desengaños políticos llenaron el cerebro privilegiado del cantor del Atoyac, poco después del triunfo de los "constitucionalistas" de la Reforma, quiso, como desagravio por aquellos desbordamientos de odio y de venganza que brotaron de sus labios en el memorable discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en julio de 1861, consagrarse al cultivo de jóvenes inteligencias, en lugar de seguir deseando que cayeran las cabezas de sus enemigos políticos.

Y el poeta de las sierras del Sur se ha de haber sentido satisfecho al morir, por la hermosísima obra de reparación que había realizado.

El Maestro Altamirano, como aún se le llama, bien merece aquel epíteto, porque con amor paternal, como debe ser el de los verdaderos maestros, agrupó en su rededor a uno de los grupos intelectuales que mayores y más sazonados frutos ha dado, tras de aquellos días turbulentos de nuestro pobre país, presa siempre de agitaciones intestinas.

Casasús y González Obregón, de Campo y Santibáñez, Michel y Urbina, de la Peña y Reyes y Fernández Granados bastarían por sí solos —únicamente vienen hoy estos nombres a mi memoria— para darse cuenta de lo que significó en nuestro ambiente literario la noble labor de Altamirano.

Todos ellos principiaron sus labores en el Liceo Mexicano formado por él, como una continuación de aquel Liceo Hidalgo, que reunió en su seno lo más florido de nuestra intelectualidad, al triunfo de la República sobre el efímero imperio de Maximiliano [2].

Cuéntase, que precisamente en una de las deliciosas reuniones que verificaba aquel elemento bullicioso y juvenil, presididas por el bronceado rostro del poeta del Sur, Fernangrana, que en ocasión diversa había leído algunas traducciones del italiano, presentó la más celebrada joya que produjo su pluma, la intitulada *El Vino de Lesbos;* y que, al acabar de leerla, Altamirano, cuya competencia literaria ha sido alabada por los amigos y por los enemigos de sus ideas político-religiosas, conformóse con hacer al joven poeta esta pregunta: —"¿Pues qué, también traduce Ud. del griego?"

En verdad no podía el Maestro hacer un elogio más sencillo y más alto de aquella labor de Fernández Granados; porque si, como es seguro, desde el primer momento Altamirano se dio cuenta exacta de que la composición leída era original, resultaba imposible tributarle más potente elogio, que compararla con las que fueron producto de la lírica griega en los tiempos clásicos; y si en efecto, el Maestro fue inducido a error y creyó que tan delicada obra era una traducción del griego, entonces no cabe sino concluir, que tal

---

[2] González Obregón me ha declarado con posterioridad, que el Lic. Casasús asistía al Liceo como miembro honorario.

obra es digna de haber salido de alguno de los más pulidos moldes de la literatura helénica.

Nadie de vosotros desconoce la filigrana que talló nuestro poeta; mas permitidme que, como ella trae a los labios el dulzor del vino y al olfato el aroma de las rosas, yo la reproduzca.

¡Si queréis de mi lira
oír los sones,
dadme vino de Lesbos,
que huele a flores!

Y si queréis que dulces
amores cante,
venga Lelia a mi lado
y el vino escancie.

Pero no en cinceladas
corintias copas
porque el vino de Lesbos
se liba en rosas.

El amor nos lo brinda,
y el que lo bebe,
arder en sacro fuego
feliz se siente.

¡Es suave como el néctar
que en los festines
de Olimpo Ganimedes
alegre sirve!

¡Que venga Lelia hermosa
y sus hechizos
celebraré en mis cantos
bebiendo vino!

Veréis cómo la niña,
si oye mis coplas,
me da vino de Lesbos,
pero en su boca...

¡Porque el vino de Lesbos
se liba en rosas!

Ahora bien, haya existido o no la confusión de parte del Maestro Altamirano, es indudable que *El Vino de Lesbos* de Fernangrana nos hace pensar en la oda XXI de Anacreonte. ¿La recordáis?

Dejadme que, aprovechando la versión de D. José y de D. Bernardo Canga Argüelles, la presente a vuestra memoria. Dice:

Dadme, dadme vino, muchachas,
sin cesar dadme vino,
que respirar no puedo
con el calor estivo.

También traedme flores;
que el grave calor mío
secó ya las que en torno
de mi cabeza ciño.

Mas ¿qué extrañeza es ésta,
si yo en el alma abrigo
las calurosas llamas
de amores infinitos? [3].

Los literatos helenistas consideran a Píndaro como el príncipe de los líricos griegos; mas si he de expresar mi desautorizado juicio, debo confesaros que, entre estos últimos, Anacreonte, tiene mis preferencias.

Para mí, la poesía del favorecido de Polícrates no solamente es de una dulzura sin igual, dulzura que Scalígero compara a la del jugo de las uvas [4], sino de una sencillez admirable que, aunque pone de manifiesto la corrupción de aquellos días, evita el presentarla con los provocativos caracteres de una impúdica desnudez, y la hace ver con velos que al mismo tiempo que la atenúan, le ponen un sello artístico imborrable y una sensibilidad exquisita.

Recordáis seguramente cómo el poeta griego se dirige a su amada para pedirle que no ponga reparo en las canas que cubren su cabeza, cuando en la oda XXXIV ofrécele su amor:

Por más canas que muestre [5]
mi corta cabellera
y en ti las dulces flores
de juventud adviertas,

---

[3] *Odes D'Anacréon*, edición poliglota de J. B. Monfalcon, París, 1835.

[4] Scalígero, *Poetices*, Cit. por Monfalcon. Ibid., p. XIV.

[5] Este verso en la traducción dice: "Por más canas que MIRES" pero como al

no me reproches, niña,
que en las guirnaldas bellas
brillan entre las rosas
las blancas azucenas.

¿Puede acaso existir más delicada forma para que aquel eterno enamorado de la belleza de la mujer, excuse sus amores ya seniles?

Paréceme imposible; y de tal modo aquella manera de expresar el aspectó risueño de la vida es tan delicada, tan artística, tan atrayente, que con justicia la poesía que en otros pueblos distintos de la Grecia, en otras lenguas diversas de la helénica, sigue los mismos senderos que recorrió aquel gran poeta, recibe el nombre de ésta y se apellida anacreóntica.

Veamos ahora si en un caso tan sólo Fernández Granados imitó a Anacreonte, o si el corte de la mayor parte de su obra sigue el de la poesía que, al decir de Máximo de Tiro, capaz fue de endulzar el carácter altanero de Polícrates, de convertir en benevolencia la crueldad del tirano de Samos, del protector de Anacreonte [6].

Desde luego, aquel ansia del poeta griego por hallar en el vino el medio de apagar su ardiente sed de embriaguez y de amores, aquella ambición de verse siempre coronado de rosas y de mirtos para añadir a la fascinación del jugo de la vida y del calor de los besos, la suavísima aspiración del aroma de las flores, Fernangrana las expresa con el ardor mismo de Anacreonte, en una de sus odas. Escuchadla:

De pámpanos y rosas
ceñid mi cabeza;
prorrumpa en acordes
la cítara griega,
y el vino, ese numen
que a todos alegra,
rebose en las copas
y alegre las penas!

Bebamos, amigos,
bebamos sin tregua;
el vino difunde
ventura suprema.

---

ligarlo con el verso siguiente, el sentido resulta incompleto, me he atrevido a cambiar el último vocablo por MUESTRE. Traducciones de Canga Argüelles antes citadas.

[6] Máximo de Tiro. Disert. XXI. Cit. por Monfalcon. Loc. cit.

Al joven enciende,
soltura le presta,
sus frases inspira
y a un dios lo asemeja.

Bebiendo, el anciano
recobra las fuerzas
y torna a ser joven
y le aman las bellas.
¡El vino es la vida!
Bebamos sin tregua;
y un canto a Dionysos
levante el poeta.

¿No esta oda es casi un eco de la XXI de Anacreonte? Seguramente sí. Pues cosa igual pudiéramos decir por lo que se refiere a la primera parte de la que Fernández Granados intituló *El poeta de Teos* y al pensamiento fundamental de la oda XXXIV, que escribiera el protegido del tirano de Samos: no es por cierto la nieve que circunda las sienes de los hombres demostración precisa de que el fuego de la pasión amorosa se haya extinguido en sus pechos. Por el contrario, no es raro encontrar que así como la nieve sólo en apariencia es el sudario de la tierra, porque ésta, mientras se halla cubierta por los plumones blancos, está siendo fecundada para que de su seno brote nueva vida al llegar la Primavera, así una cabellera cana únicamente suele ser el velo tras del cual se ocultan los ardores que abrasan el corazón del hombre.

Fernangrana escribió, en efecto:

¡Viejo soy, es verdad; pero no muere
la juventud en mí! Las ciprias rosas
lucen aún, intactas y olorosas,
en mi cabello cano. Eros me hiere
con dardo purpurino, y Afrodita,
suave y dulce, me incita
a jugar y reír con la doncella
de grandes ojos de fulgores llenos,
recias caderas y turgentes senos...

Y anacreónticos son: la oda intitulada *La Rosa* y la que llamó *Brindis* y la que intituló *Ven...* y el soneto *Rosa Matutina* y la invocación a su musa, in-

vocación que denominó *¡Salve!*, para no mencionar otras y otras tan bellas como estas últimas composiciones.

Puédese, por este concepto, aceptar el juicio del Duque Job, de nuestro inolvidable poeta crítico, cuando asegura que la musa de Fernangrana es "algo como una abeja que liba el jugo de las flores sin posarse en ellas ni doblar sus pétalos. ¡Zumba, vuela y huye estremeciéndose con la embriaguez deliciosa de la miel! La poesía del autor de *Mirtos* —agrega Manuel Gutiérrez Nájera— no es en rigor una poesía propia, nacida en el alma; tampoco me resigno a llamarla una poesía arcaica, porque este vocablo trae aparejada cierta idea de vetustez; y los versos a que me refiero son muy juveniles: la llamaré mejor poesía libada. Es un néctar bebido en flores jonias. . ." [7]

E Ipandro Acaico [8], el más notable de los helenistas que ha producido nuestro México, asienta en la carta dirigida al poeta y que éste puso como pórtico a su postrer tomito de versos:

"El espíritu de Anacreonte retoza, juega, sopla y se trasluce en todos los versos que usted escribe. A ellos son aplicables todos los juicios críticos, todas las alabanzas que conciernen a Anacreonte. . ."

Y refiriéndose al soneto *Al Crisantemo,* añade: "Cuando lo señalé a alguno de mis amigos de la Academia Española, su admiración fue, por lo menos, igual a la mía. Es sin duda lo más perfecto que ha salido de la pluma de usted. Abierto con llave de plata y cerrado con llave de oro, como dicen los preceptistas, no tiene tacha su estructura métrica. Lo inspira un pensamiento altamente delicado, que un lenguaje puro y castizo pone al alcance de todas las inteligencias, y hace estremecer de delicia a los eruditos. No lo escribió Anacreonte, porque aún no había llegado a la Grecia la flor tan celebrada del remoto Japón. Si resucitara, de seguro que lo traduciría al griego para completar con él la preciosa colección de sus odas en loor de la Rosa. . ."

No puede, no, pedirse un elogio mayor del desaparecido Secretario de la Academia Mexicana, por venir aquél de quien viene: de uno de los próceres del clasicismo en México, que ni por su condición de creador de sacerdotes de la religión que profesa la verdad como uno de sus principios; ni por su posición libre, independiente: muy por sobre la relativamente humilde

---

[7] Cit. Por Genaro Estrada. *Poetas Nuevos de México.* México, 1916, p. 79. En esta importante antología puede consultarse la más completa bibliografía poética que existe de Fernández Granados, la noticia de las diversas publicaciones periódicas en que colaboró, la lista de traducciones de sus versos a otra lengua y de referencias a su obra.

[8] El finado Obispo de San Luis Potosí, Dr. Ignacio Montes de Oca y Obregón.

que desde el punto de vista social guardaba Fernangrana, tenía por qué tributarle un elogio que no fuera sincero.

Perdonadme, sin embargo, si audaz en demasía me atrevo a decir que no comparto la opinión del árcade Obispo, cuando asegura que el soneto *Al Crisantemo* es la mejor obra salida de la pluma del clásico poeta en cuyo honor nos congregamos esta noche.

Que "no tiene tacha su estructura métrica", como asegura el ilustre Ipandro Acaico, es incontrovertible; mas por desgracia el soneto comienza con un pensamiento falso lo mismo desde el punto de vista de la verdad absoluta, que de la verdad relativa.

> MARCHITA YA DESDE QUE NACES, *mueres*
> *en el tibor de femenil estancia...*

dice *Al Crisantemo* Fernández Granados; y si conforme a la verdad absoluta las flores no nacen marchitas, tampoco resulta exacto que la apariencia de la hermosa flor no sea de frescura y lozanía; ni de cerca, ni de lejos, la disposición especial de sus pétalos le da aspecto marchito. Ahora bien, como el fundamento de la poesía ha de ser la conformidad de lo que el poeta dice con la verdad absoluta o, al menos, con la relativa, yo no me resolvería a declarar que el soneto *Al Crisantemo* sea la mejor obra de Fernández Granados.

Perdonadme, señores, el atrevimiento —muy explicable en mi ignorancia— al oponer este reparo, el único, a la opinión del gran helenista mexicano; pero tal vez vosotros mismos encontréis que la belleza artística, anacreóntica sin disputa, de *El Vino de Lesbos* por ejemplo, sobresale a la del soneto citado; y diversos madrigales y varias otras composiciones, a mi entender, pueden competir con tal soneto y aun sobrepasarlo.

Anacreóntico y sin tacha, efectivamente, acaso con un ripio, me parece el

MADRIGAL DEL MEDIO DÍA

Cuando salió a mi encuentro al medio día,
bajo la sombra de la vid riente
del vino que traía
colmó la esbelta copa y, suavemente
dejándola en mi mano,
bebe —me dijo—, hermano,

y conforta tu ser para el camino...
Y el fulgor de sus ojos, sobrehumano,
reverberó en la púrpura del vino.

Anacreóntico y sin tacha me parece el soneto

A una fuente

Corre gentil entre las lindas flores
que dan aroma al fugitivo ambiente,
tú, de la selva la escondida fuente
que alejas el dolor con tus rumores.

A ti acuden alegres los amores
y la turba de ninfas sonriente
y en los mirtos que guardan tu corriente
nidos cuelgan y trinan ruiseñores.

Nunca el invierno de glacial desmayo
cubre tu senda, ni del sol de Estío
hiere tu ninfa el ardoroso rayo.

Vuelca en tu seno el alba su rocío,
sus dones Flora, sus luceros Mayo...
¡En ti se mira el pensamiento mío!

Mas si respecto de la poesía anacreóntica de Fernangrana puede aceptarse el juicio ya citado de Gutiérrez Nájera: que no es propia ni nacida del alma, sino libada, esto no quiere decir que Fernández Granados no fue un poeta sensible, capaz de hacernos partícipes de sus propios sentimientos; vedlo si no, en este soneto, intitulado

Luz y Sombra

Era el momento en que el rubor divino
de la triunfante aurora el mundo baña,
plañe la alondra tímida y huraña
y se oye alegre del clarín el trino.

El sendero seguí, crucé el camino
y trasponiendo la húmeda montaña,
descubrí en el boscaje una cabaña
asida al tronco de robusto encino.

Llegué al umbral; en la penumbra incierta
de la cabaña, hacia el rincón, yacía
miserable mujer lívida y yerta.

Junto a su seno a un niño sostenía,
yerto también... Entrecerré la puerta.
¡Oh cuánta sombra ante la luz del día!

Difícil me parece, a la verdad, que pueda negarse la extraordinaria belleza del pensamiento que sirve de base a este soneto. A la puntual descripción que hace el poeta del lugar de su hallazgo doloroso, tan llena de colores, tan llena de vida y de alegría, se opone en contraste, de veras admirable, a la madre muerta con el fruto de sus entrañas, en los brazos, también sin vida ya. ¿De qué murieron ambos? El poeta no lo dice; mas ¡qué importa! Sería el hambre quizá, tal vez el abandono lo que segó aquellas dos vidas, cuando todo parecía sonreírles, cuando todo parecía brindarles felicidad a manos llenas.

¡Luz y sombra! He allí una antítesis completa que advertimos por igual en los astros que forman el firmamento, que en las almas de los hombres que pueblan la tierra.

Pero si todavía queréis investigar de cuánta ternura fue capaz nuestro poeta, leed su doliente composición escrita con motivo de la muerte de su madre; y si compartís por un instante el dolor de aquel huérfano, sentiréis que los ojos se os nublan con las lágrimas.

Y todavía Fernández Granados tuvo otro aspecto bien digno de estudio, como traductor de otros poetas. Leopardi y Fóscolo, Carducci y Stecchetti, Róndani y Papa fueron sus preferidos; Carducci y Leopardi sobre todo, y varias de sus traducciones son muy hermosas. Lástima grande que no tenga yo a la vista los originales cuando estas líneas escribo, para juzgar con algún acierto la obra del traductor.

Mas en lo dicho puede verse la explicación de que adquiera justo renombre de poeta. Es verdad que su obra fue corta, muy corta; es verdad que sus composiciones no fueron de aquellas que las multitudes repiten y que los recitadores declaman; pero quienes pudieron darse cuenta del apacible numen del clásico poeta lo colmaron de aplausos y no le escatimaron los honores.

Así, fue llamado en días no lejanos a profesar la Lengua Castellana en nuestra Escuela Nacional Preparatoria, y en la Escuela Normal para Maestros, y la Literatura Castellana en nuestra Facultad de Altos Estudios y en la Escuela Preparatoria anexa a la Universidad; y nuestra Academia no solamente lo trajo a su lado, sino que lo nombró su Secretario perpetuo.

Su larga permanencia en el antiguo departamento nocturno de nuestra Biblioteca Nacional y el estar allí a las inmediatas órdenes de D. José María Vigil, el inolvidable Director de nuestro Instituto, permitió a Fernández Granados ampliar su cultura y sus conocimientos. Cuando, pues, recibió el encargo de ponerse al frente del archivo de la Secretaría de Hacienda, con empeño dedicóse a la tarea de reorganizarlo, y publicó dos interesantes volúmenes de documentos inéditos, con los títulos, respectivamente, de: *Dos Insurgentes Fr. Luis G. Oronoz y el Br. José María Correa.* Méx. 1914; *Las misiones de la Alta California.* México, 1914.

Las vicisitudes por las cuales han pasado los empleados públicos durante los últimos seis años de nuestra guerra civil, lleváronlo a prestar sus servicios al Archivo General de la Nación; y recordando con amor el de Hacienda, que había pretendido reorganizar, Fernández Granados obtuvo que se removiera toda la documentación colonial, que es interesantísima, al primero de estos archivos. La muerte no le permitió ver acabada la tarea que se había propuesto; pero al menos sus esfuerzos no quedaron inadvertidos, pues la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que tanto ha hecho por nuestra Historia, lo consideró como miembro activo de esa benemérita Corporación.

Todas estas vicisitudes y el que cada nuevo día los poetas clásicos, así como los moldes en que él vaciaba sus pensamientos fueran más y más relegados al olvido, volvieron a Fernangrana taciturno, triste, misántropo; y una tenaz enfermedad —la que al fin lo llevó al sepulcro— vino a hacer más amarga, más dolorosa su vida, que consagró en un todo a la dulce compañera de su existencia, a su abnegada esposa, la Sra. Asunción de la Peña.

Mas no por esto se agotó su numen, y todavía pudimos aplaudirle entre sus últimas composiciones, la bellísima que escribió cuando el poeta hispano Salvador Rueda visitó México; y tal vez de sus postreras obras, si no la postrera, fue un hermoso madrigal, que le inspiró la punzadura de otra de las abejas que hoy liban mieles en la poética colmena mexicana.

Vosotros, tal vez mejor que nadie, recordaréis que cuando nuestra Academia resolvió entrar en un franco renacimiento, impulsando y alentando las tareas literarias de sus miembros, un distinguido crítico y poeta lanzó, en un importante diario de esta ciudad, alguna sátira para nuestro amigo, ya en definitiva ausente.

Y la sátira hizo efecto doloroso en Fernández Granados, que vivía apartado de la actividad literaria; mas aquella sátira y aquel dolor, sin embargo, produjeron una manifestación artística de parte de Fernangrana;

una de aquellas manifestaciones que fueron tan usuales entre los más ilustres poetas del siglo XVII.

Porque ella encierra hermosura de conceptos y copia de donaires, creo que bien puedo reproducirla para cerrar estos renglones de homenaje póstumo. Dice el

MADRIGAL DE MI MUSA

Mi musa es una leve mariposa
que no va más arriba de la rosa;
vuela más alto el grajo, pero ella
es más que el grajo bella...
Le brindan miel las flores,
fulgores una estrella;
la estrella que le brinda sus fulgores
esplende en sus alitas de colores...
¡Oh, sí, mi musa es bella!
¡Mi musa es mariposa y es estrella!

¡Como se ve, la mariposa trocóse aquí en abeja, y por más que estuviera moribunda clavó aguijón punzante en su enemigo!

Tal es, mis respetables colegas, en brevísimo resumen la vida y la obra de Enrique Fernández Granados. Yo no he querido, ni podría aunque lo quisiera, exponeros un verdadero juicio crítico del poeta desaparecido; mi anhelo fue sólo entretejer sencilla cuanto efímera corona de pámpanos y rosas, cortados en el vergel de mi amistad, para ceñir su frente; llevarle a su morada postrimera el purísimo vino de mis afectos, para decirle: Vino y flores pediste tú en tus versos; vino y flores te ofrece el alma mía.

México, Marzo 22 de 1920.

IMPORTANCIA PRACTICA DE LA LECTURA Y DE LA RECITACION EN LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA NACIONAL *

Por SALVADOR CORDERO.

LABOR ardua y por demás estéril en los tiempos que alcanzamos, es la del aficionado a los estudios filológicos, los cuales ni por su aridez ni por los fines que de ellos se persiguen, dejan de entrañar un amplio espíritu de observación y un metódico y recto precedimiento de análisis constante.

El conocimiento de nuestro idioma, base y fundamento de un ejercicio intelectual apropiado a las fuerzas vivas del ánimo, nos conduce hacia la realización de esfuerzos no conocidos, abre nuestra conciencia a las más claras y luminosas enseñanzas y nos presta un decidido apoyo, a fin de proseguir, sin titubeos ni entorpecimientos, el camino trazado de antemano en las serenas investigaciones de la ciencia. Tanto es así, que ya acostumbrado el pensamiento humano a escudriñar las leyes de las cuales se derivan los hechos lingüísticos, penetra más y más en el fondo de los mismos; acaricia la forma tentadora del procedimiento, y pugna por seguir descubriendo, de día en día, todos aquellos fenómenos que se escaparon al sistema ordinario del procedimiento de observación. Estudiar y conocer el idioma vernáculo es acercarse, paso a paso, hacia la luz arrobadora de una de las funciones más grandes del espíritu; es darse cuenta de la fatiga y del amor con que nuestros antepasados admitieron el anhelo constante de la vida, traducido no sólo en las alegrías silenciosas del corazón, sino en las amarguras y dolores que han sido y serán siempre el patrimonio de la acuciosa y doliente humanidad.

Por lo que a mí toca, animado como estoy siempre por el deseo de aprender, y compenetrado, igualmente, de la importancia que significa en el campo del progreso colectivo el amor a los estudios gramaticales, no omito esfuerzo ni desvelo que a ellos se refieran, siendo resultado de tales empeños

* Discurso de recepción leído en la Academia en mayo de 1920.

el bosquejo que apunto en la interesante cuestión que hoy me propongo delinear ante vuestras ilustres señorías.

Para determinar la importancia práctica de la lectura y de la recitación en la enseñanza del idioma nacional, preciso es considerarla desde dos puntos de vista:

1o. La lectura y la recitación como medio pedagógico de enseñar el idioma nacional;

2o. Carácter que deben asumir la lectura y la recitación como elementos de utilidad en la enseñanza del idioma nacional.

Consideremos la primera cuestión:

El objeto inmediato de la enseñanza del idioma nacional, consiste en dotar a los alumnos de un medio de comunicación claro, correcto y puro, y en ministrarles, a la vez, un instrumento de reflexión que les permita grabar con exactitud las ideas en su cerebro; formularlas con claridad y comprender exactamente las ideas de los demás, ora se las trasmitan de palabra o bien les lleguen por escrito.

Para lograr el primero de los dos objetos con lo que mucho se habrá adelantado en el sentido del segundo, pues ambos se relacionan entre sí íntimamente, es preciso dar a la enseñanza de la lengua un carácter teórico-práctico en el cual predomine la práctica sobre la teoría, ya que ésta no debe formularse sino cuando la primera haya permitido acopiar hechos linguísticos (ejemplos) en suficiente cantidad para fundar y demostrar la segunda. El mejor sistema consiste, pues, en la observación de los fenómenos del idioma, para de ella indicar los fundamentos que lo rigen.

No es posible estudiar un orden armónico de fenómenos, y el lenguaje no es otra cosa, sin proceder al examen de esos fenómenos en su funcionamiento vital. Acumular en la mente una serie de leyes y de principios, con prescindencia absoluta de los hechos de donde estos principios se derivan o en los que esas leyes tienen su aplicación más o menos constante, equivale a recargar la memoria con un fardo inútil y a impedir que el cerebro se ejercite en la más trascendental de sus funciones: la función de razonar.

Todo aquello que ponga en presencia de los alumnos la mayor suma de hechos lingüísticos, y les haga reflexionar acerca de ellos, para llegar a los principios que los rigen, habrá, incuestionablemente, de ser de importancia capitalísima en el aprendizaje del idioma nacional. Los fenómenos de un idioma residen, principalmente, en la manifestación externa del idioma mismo; mas esta manifestación asume dos aspectos distintos: el hablado y el escrito. La percepción de los fenómenos lingüísticos se verifica entonces de dos maneras: hablando y oyendo hablar, y leyendo o escribiendo. La lec-

tura en voz alta abarca ambas maneras, puesto que ella permite hablar y leer y oír hablar y leer al mismo tiempo.

Así, pues, para no apartarnos de la cuestión concreta, procuraremos desarrollar el tema de la importancia que tiene el leer y el oír leer para aprender el idioma nacional; así como el recitar y el oír recitar. En seguida veremos qué carácter debe tener la lectura para realizar esa importancia.

Cuando se trata de la enseñanza de un idioma, o de aprender el propio, lo primero que se observa, en el orden lógico, así como en el histórico, es el aprendizaje del vocabulario.

No se puede percibir, ni mucho menos aprender prácticamente una ley lingüística, sin conocer las palabras indispensables para dar aplicación a esa ley. Quien conoce la ley e ignora las palabras, no puede ni podrá, mientras persista en su ignorancia, hablar un idioma.

Conocidas las palabras se opera, casi instantáneamente, una segunda función del entendimiento: la de aprender a pronunciar esas mismas palabras. Desde luego se lanza la mente, casi de una manera espontánea, a una tercera función, que realiza de modo más o menos imperfecto, pero que no puede dejar de realizar, porque ella constituye una necesidad: la función constructora, es decir, que tan pronto como se poseen algunas palabras se procura hablar. Posteriormente viene el escribir de una manera correcta el idioma.

Cuando se trata de enseñar la lengua materna, la naturaleza se ha anticipado al maestro, enseñando a los alumnos una parte no pequeña del vocabulario del idioma; dándoles procedimientos constructivos enteramente prácticos e independientes de toda regla formulada, y de todo principio previamente conocido y, finalmente, enseñando al alumno a pronunciar. Además, si el alumno ha recibido la instrucción elemental, sabe, asimismo, escribir.

Pero al lado de esta pródiga yerba, o, mejor dicho, mezclada con ella, ha crecido abundante cizaña. Hay, además, regiones vírgenes en que la naturaleza no ha hecho despertar noción alguna.

Precisa entonces:

a).—Rectificar y enriquecer el vocabulario.

b).—Corregir los defectos del lenguaje arraigados por la costumbre.

c).—Llegar al conocimiento de los principios, a fin de que el alumno pueda aplicarlos conscientemente y disponer de ellos para ilustrarse a sí mismo en los casos nuevos que se presenten a su observación.

Formulado lo anterior en un cuadro, tendremos:

1.—Vocabulario. Su corrección y enriquecimiento.

2.—Pronunciación. Su corrección.

3.—Escritura. Su corrección.

4.—Construcción —términos en que se comprende el uso acertado de las palabras—, su corrección y enriquecimiento.

5.—Leyes y principios del idioma.

Veremos cómo la lectura sirve para lograr los cinco fines del anterior programa.

Enriquecer el vocabulario, quiere decir enseñar palabras y hacerlas inteligibles por medio del conocimiento de su significado. Parecería que lo más sencillo consistiría en poner en manos de un alumno el Diccionario para que se aprendiese las palabras en él consignadas. La tarea, sobre pesada, sería inútil. Para aprender se necesita asociar ideas; y para conocer el funcionamiento de un órgano, se necesita ver funcionar ese órgano. En vez de enseñar las palabras aisladamente, es preciso presentarlas a la inteligencia del alumno en sus funciones, toda vez que una palabra que aisladamente no se entiende, se hace comprensible en una frase.

Dos son los acervos vivos del idioma: la palabra hablada y la escrita. Por medio de la palabra hablada, se logra hacer llegar al conocimiento del alumno infinidad de voces que le sorprendan y exciten en él deseos de conocer su significación. Más poderosa es la palabra escrita, porque no es fugaz; porque su examen puede repetirse cuantas veces se quiera.

La lectura es, entonces, de innegable importancia para la enseñanza del vocabulario de nuestra lengua, porque pone en presencia del alumno muchas palabras que éste desconoce y porque, merced a su colocación, las hace fácilmente comprensibles en sus diversos significados, lo cual facilita su fijación en la memoria.

Para corregir la pronunciación, que suele ser defectuosa en los niños, no hay mejor sistema que hacer hablar a éstos, a fin de advertir sus defectos. Pero comúnmente el niño no habla como lee. Hablando es natural, claro, corriente, tendencioso; leyendo se convierte en monótono, insípido e incoloro. Además al hablar, no es fácil que su pronunciación tenga que encontrarse en presencia de dificultades del lenguaje.

Ahora bien; hablar más o menos bien y leer mal, pronunciar mal, entonar mal al leer, constituyen defectos que no se compadecen con el recto uso y conocimiento de nuestro idioma. Conocer el idioma nacional no es sólo hablar conscientemente: es también leerlo con entera sujeción a sus leyes fonéticas.

No hay necesidad de encarecer la importancia que la lectura asume para rectificar la pronunciación de los alumnos; y esta importancia sube de punto cuando se considera que la lectura es un medio eficaz de que los alumnos aprendan a dar a las palabras la entonación que les corresponde.

Por lo que toca a la escritura correcta y, por consiguiente, a la enseñanza de la ortografía, la lectura asume especial importancia práctica, porque pone a la vista del alumno la forma de escribir las palabras con determinados caracteres. Se desprende de lo anterior que, leyendo mucho y escribiendo mucho, ambas cosas correctamente, el alumno adquiere la costumbre de ver bien escritas las palabras, la forma de su escritura se graba en su memoria, y, llegado el caso, se reproduce en su pluma. Después, cuando se presenta la oportunidad de conocer las reglas ortográficas, éstas se formulan casi naturalmente y se explican de modo admirable, merced a que no hacen sino agrupar, en un orden sistemático, una serie de hechos de antemano conocidos.

Hay una materia en que la utilidad de la lectura es especialísima: la de los signos de puntuación.

Conocer la teoría de los signos de puntuación casi nada significa para el fin de usar éstos correctamente. Usarlos en la práctica diaria, es el secreto para que se incrusten insensiblemente en el cerebro, ya que no hay mejor medio para lograrlo, que enseñar a leer, puntuando con acierto. El discípulo que se acostumbra a obedecer las indicaciones que significan los signos de puntuación haciendo, al leer, las pausas y dando las entonaciones que estos signos suponen, no tendrá, cuando llegue la hora de escribir, sino que pronunciar mentalmente la oración que trata de formular por escrito, para encontrar los signos adecuados. Cuando más tarde aborde la teoría, sentirá el terreno hábilmente preparado por la práctica.

La construcción es algo que se aprende por el oído y que se verifica por el estudio de los buenos modelos y, con posterioridad, por el razonamiento que aplica los principios lógicos de la gramática a los casos especiales. El hecho de que la construcción se aprende por el oído, lo demuestra el caso sencillísimo de que los niños, por lo general, aun antes de recibir educación de ninguna especie, construyen con acierto; es decir, ponen el sujeto antes del verbo; el adjetivo después del nombre y concuerdan, por lo común, atinadamente.

De la construcción puede decirse lo que de la ortografía: que el conocimiento de las reglas nada significa sin el previo conocimiento práctico de buenos modelos y de modos correctos de decir. La lectura proporciona el conocimiento de esos buenos modelos y acostumbra a los niños a escuchar construcciones acertadas. Cuando se ha leído mucho y luego se estudian las leyes de la construcción, se observa este fenómeno: una ley de difícil comprensión en su enunciación abstracta, se ilumina al llegarse al ejemplo, porque evoca una serie vastísima de maneras de decir a las cuales estamos acostumbrados. Ese fenómeno no ocurre cuando el modo de decir nos es desconocido.

Para el conocimiento de las leyes del idioma la lectura tiene, además de la importancia de que hemos hablado, otra especial de naturaleza pedagógica. Ella permite al maestro el manifestar con naturalidad una serie de hechos análogos que sirven de base para formar una ley; ella permite a los alumnos observar esos hechos, no aisladamente, sino en su funcionamiento sano y vital, o lo que es lo mismo, les permite advertir por sí mismos el fenómeno acerca del cual se quiere establecer un principio y les da los elementos necesarios para comprobar ese principio, examinando su constante funcionamiento.

Las anteriores consideraciones fundan la importancia de la lectura para la enseñanza del idioma nacional, es decir, su necesidad absoluta para lograr el fin de llegar a conocer este mismo idioma en sus términos y en sus leyes.

La recitación no es sino una lectura esculpida en la memoria. Tiene, por consiguiente, la misma importancia que la lectura, si bien en grado menor, puesto que no es posible aprender de memoria cuanto es posible leer por una parte; y puesto que muchos hechos, como los acentos y los signos de puntuación que con la lectura se ofrecen constantemente a la vista, dejan de ser perceptibles en la recitación, porque cesan de reiterarse.

Dos son los propósitos de la lectura en sus relaciones con la enseñanza del idioma nacional:

a).—La lectura como medio de enseñar a leer.

b).—La lectura como medio pedagógico para enseñar las leyes gramaticales.

Fácilmente se comprende que no es el mismo carácter el de la lectura, según se trate de realizar uno de estos dos objetos. En efecto: la lectura por la lectura; es decir, la lectura con el objeto de aprender a leer, es la base fundamental de la enseñanza de nuestra lengua; la lectura, en el segundo caso, no es otra cosa sino un medio pedagógico para poner de manifiesto determinados hechos. Donde se adquiere la costumbre de ver usados los giros correctos; de ver bien escritas las palabras; de encontrar voces nuevas, es, principalmente, en la lectura dilatada, desarrollada, cuyo objeto es enseñar a leer. La segunda clase de lectura por fuerza tiene que ser muy restringida, ya que el maestro debe interrumpirla a cada paso para llamar la atención de sus alumnos acerca de los hechos lingüísticos. Con todo, también en esta segunda especie de lectura puede conseguirse, si bien por mera incidencia, alguno o algunos de los fines de la primera.

Determinada, de esta suerte, la diferencia entre las dos especies de lectura, es fácil comprender que no pueden ambas tener el mismo carácter. La lectura que tiene por objeto enseñar a leer, ha de ser, antes que nada, lectura en voz alta; ha de ser, además, lectura continuada, constante; ha de

ser, por último, lectura seguida por todos los alumnos, es decir, que mientras uno de ellos lee en voz alta, los otros deben leer mentalmente en un libro idéntico al que sirve al lector.

El hecho de que la lectura debe ser en voz alta, parece una verdad elemental. Así lo confirma la observación de los siguientes puntos:

I.—No se puede enseñar a respirar y a aspirar, sino leyendo en voz alta.

II.—No se puede enseñar la puntuación correcta, sino por medio de la lectura en voz alta.

III.—Los detalles de pronunciación se escapan, cuando se lee mentalmente y no en voz alta.

IV.—La experiencia demuestra que nunca se comprende mejor lo que se lee, sino cuando se verifica la lectura en voz alta; ésta despierta en la mente cualidades críticas antes no sospechadas y permite apreciar el mérito de la obra leída en sus proporciones exactas. Por ello, la lectura ha de ser continuada y constante.

Hay que observar que, además de los fines que se dejan consignados, se trata de realizar este otro: el de acostumbrar a los alumnos a ver las palabras bien escritas y los giros correctamente empleados. Es claro que esto no se consigue sino por medio de una repetición constante; de una dedicación continuada y metódica de la lectura.

Sea, por ejemplo, el caso de palabras nuevas encontradas en lo que se lee; el maestro explica su significado hasta que el alumno lo percibe; y luego se pasa a otro tema; la palabra descubierta no vuelve a encontrarse. El alumno olvidará seguramente su significación al cabo de cierto tiempo. Lo mismo pasa con lo demás, no nos acostumbramos, sino a lo que hacemos o vemos constantemente.

La lectura "por la lectura", debe, pues, ser constante. Ha de constituir una asignatura íntimamente relacionada con la de la lengua nacional, puesto que en el fondo, viene a ayudar a ésta; pero debe atenderse, de manera especial, sea por el profesor de lengua, o bien por algún repetidor que cuide de que los alumnos lean lo que el primero indique. Para dicho efecto, habrá de leerse una hora diaria, sin más fin, inmediato, aparente, que el de aprender a leer.

Veamos ahora qué lecturas convienen cuando se trata de enseñar a leer. Ante todo debe empezarse por la lectura en prosa y no pasar a la de verso, sino cuando en la primera se hayan realizado positivos progresos. La razón es que la lectura de verso es un arte dentro de otro arte.

En los diversos cursos de la enseñanza del idioma, es conveniente que el maestro haga leer a los alumnos en libros que, por su desarrollo, se compadezcan con el adelanto intelectual de los propios alumnos, a la vez que tien-

dan a confirmar las doctrinas expuestas al ocuparse en las leyes del expresado idioma. Esto se formula, diciendo que no se debe poner en manos de los estudiantes, sino aquellos libros que ellos entiendan.

Finalmente, no es inoportuno que el maestro procure, en cuanto ello le sea posible, ejercer la dirección y vigilancia de las lecturas a que sus alumnos se entreguen fuera de la cátedra. No debe olvidarse que en esa lectura asidua, silenciosa, retirada, del joven aficionado a las novelas, por ejemplo, suelen tener su origen innumerables vicios y defectos en el lenguaje.

Hablemos ahora del carácter de la lectura cuando se trata de deducir de ella, como inmediata consecuencia, la inteligencia de algún principio o de alguna regla de lenguaje.

En este momento lo relativo a correcta elocución, entonación, etc., pasa por fuerza al segundo, sin perder por eso nada de su importancia. No se trata, propiamente, de leer, sino de leer para encontrar una serie de hechos susceptibles de ser clasificados bajo una denominación común. En una palabra, la misión principal del maestro, en este caso, ya no es la de enseñar a leer: es la de enseñar a pensar, aplicando el pensamiento a los fenómenos del idioma.

Debe usarse, indudablemente, de la lectura en voz alta; pero acaso convenga que el maestro lea con más frecuencia que el alumno.

La lectura que se haga, conviene que sea de trozos esencialmente cortos, a fin de que el alumno pueda percibir su sentido completo, y recordar, al mismo tiempo, lo que se ha leído y comprenderlo.

Una vez comprendido lo que se ha leído, lo cual es elemental, y debe preceder a toda explicación gramatical, el profesor hará resaltar los hechos sobre los cuales se necesita llamar la atención del alumno. Cuando éste haya percibido con claridad los hechos y haya podido señalar otros análogos en lo leído podrá el maestro invitarlo a formular el principio general que de allí se desprenda.

Resumiendo lo anterior, puede decirse que el carácter de la lectura, para coadyuvar a la enseñanza del idioma nacional, debe ser al mismo tiempo artístico y pedagógico, ha de consistir en valerse de la lectura como medio para llegar a los principios, y en considerarla como fin para que se aprenda a leer correctamente.

Estos son, a grandes rasgos, señores académicos, los lineamientos generales que sobre tema de tanta importancia me han sugerido, por una parte, la práctica adquirida en el ejercicio del magisterio; y por la otra, el vehementísimo deseo que siempre me ha animado por emprender y proseguir el estudio de la dulcísima lengua castellana.

Por fortuna nuestra, bien halagadora, por cierto, hombres cultos y versa-

dos en esta clase de investigaciones filológicas, al mismo tiempo que insignes poetas y galanos prosadores, no desmayan en sus empeños por enriquecer el habla de nuestros antepasados, ejercitándola con plausible y vigoroso afán. Y aquí viene a propósito el referirme, aun cuando sea de manera rápida y somera, a uno de nuestros más grandes literatos y eminentísimos poetas, cuya muerte aún no lejana, dejó hondo y doloroso vacío en las armoniosas letras nacionales. Hago recordación del ilustre académico y clásico poeta don Joaquín Arcadio Pagaza, cerebro luminoso y espíritu apacible que asombró con la pujanza de su genio, imprimiendo por doquiera la suave huella de su paso.

Fue el preclaro Obispo de Veracruz un ejerçitante atinado y robusto de nuestro idioma; supo imprimirle en sus talentosas producciones, el sello majestuoso del ritmo y la armonía, a la vez que la suprema inspiración que en ellas campeaba dulcemente.

Espíritu avezado a las faenas intelectuales, y amigo de la verdad y de la justicia, tenía en el corazón la llama de la fe y la perseverancia de su raza. El tiempo que le dejaban libre las piadosas labores de su sagrado ministerio, lo dedicaba amorosa e infatigablemente al cultivo de la poesía; de esa poesía virgiliana, cadenciosa y sonora, que penetra en las almas como el arrobador perfume de los nardos.

El bien sabía que la vida del hombre, sórdida y fugaz, es páramo triste y peregrinación cansada si no se le adorna con el cultivo de la inteligencia y con la práctica de lo bello, y tan lo comprendió así, que fue la suya como la clara corriente del agua que atraviesa, iniciando lozanía, por entre los escuetos breñales de una sierra.

Su amor a la naturaleza, fuerza y sostén de su senectud, en épocas aciagas y sombrías, no desmayó jamás; él le acompañó en los días tristes de amarguras indecibles; fue su coraza contra el infortunio, y la lira mejor con que templara las suaves armonías de su egregia inspiración.

El señor Pagaza fue, sin duda, el cantor más conspicuo de cuantos en nuestra patria han cultivado la poesía bucólica. Erudito de vastísimos conocimientos en la lengua latina, supo apreciar, como ninguno, las incontables bellezas de los poetas del Lacio, aunando a tales dotes un sentimiento y una inspiración propias, verdaderamente excepcionales. Nadie como él supo decir lo que sentía con tan genuina y rumorosa inspiración:

¡Pino locuaz de blonda cabellera,
aún das fragancia a mi nativo prado
y frescor al flexible y argentado
arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera
encima el risco; vuela en el cercado
el zorzal; y arrebólase el nublado
en la occidua selvosa cordillera.

Y aún ostenta su brillo y lozanía
aqueste madroñal... ¡oh Dios!... en donde
mi buen padre al encuentro me salía.

¡Y hoy que retorno, él sólo se me esconde!...
No hay huella de su báculo en la vía...
y por más que lo llamo... ¡no responde!

Era así como este sabio varón expresaba en el cultivo de la poesía lírica sus más tiernos y grandes sentimientos, dándole, al mismo tiempo, a su lenguaje la forma correcta y la expresión castiza, de las que era tan discreto observante.

Nacido en una tierra pródiga, llena de la exúbera vegetación de la zona cálida, fue su niñez un copioso receptáculo de ideas y afectos sencillos hondamente arraigados en su alma soñadora e inquisitiva. Ideas y sentimientos, que, más tarde, ya en plena posesión de su fecunda inteligencia, se tradujeron en las más bellas y límpidas canciones, como el soneto en el cual describe el fenecer del día:

Cuando tiñe de lívidos colores
el sol, ya hundido tras la cumbre enhiesta,
a la nube, y ululan en la cresta
del peñasco, al tornar, los labradores;

Cuando suspende el aura sus rumores
y el monte calla, y calla la floresta,
y a través del bambú, sobre la cuesta
del hogar, se divisan los fulgores;

Cuando sin voz el pájaro a la orilla
del mudo arroyo, en el silente nido
cubre a su prole pávida y se ovilla,

Siento morir, si percibió el oído,
ya que la estrella en el ocaso brilla,
de la campana el trémulo sonido.

Tales fueron los arranques líricos de este dulce poeta, que vivió la vida honda y propincua del espíritu; que conoció de la naturaleza los más íntimos secretos y aprisionó en su diestra pastoral el báculo maravilloso de las grandes y firmes virtudes evangélicas.

La labor literaria del señor Pagaza queda sintetizada en la bondad de su obra: toda ella pletórica de sentimiento y armonía, a la par que adornada con los más iridiscentes matices de un lenguaje flúido, sonoro, castizo y elegante.

El sitial vacío de tan esclarecido varón en este ilustre instituto, debió habérsele designado a persona de relevantes conocimientos literarios y filológicos, cuya reputación fuese por todos reconocida; mas ya que a mí cúpome en suerte obtener tan señalado favor, huélgome solamente de ello para tener siempre a quien venerar con el corazón y a quien imitar en el ejemplo; puesto que, no en balde, cuando la cosecha ha sido abundosa en frutos, no falta quien recorra los surcos labrantíos y en ellos se solace y maraville, viendo cómo la tierra es fecunda, si el arado pasó sobre ella conducido por las manos de un hombre bueno y justiciero.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por el Director JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.

BAJO el modesto título de *Importancia Práctica de la Lectura y de la Recitación en la Enseñanza del Idioma Nacional,* acaba de ofrecernos don Salvador Cordero, estimable colega nuestro, un trabajo interesante que en mucho se relaciona con el objeto de nuestro Instituto. Las labores de los Académicos van habitualmente encaminadas al estudio del Diccionario, que es la Caja Fuerte donde guarda cada lengua sus tesoros, y al de la Gramática, que es la guía luminosa que enseña a hacer buen uso de esos caudales. Mas no porque tales Cuerpos consagren su mayor actividad a fines tan altos, deben desentenderse de considerar y tratar con sumo cuidado otros menos aparatosos asuntos que con ellos se tocan, porque sólo abarcándolos todos dentro de un amplio programa, pueden llenar cumplidamente la misión que anhelan desempeñar. Así lo ha comprendido, sin duda, el señor Cordero, y por eso ha llamado nuestra atención sobre métodos didácticos que parecen no tener trascendencia, pero que son de la mayor importancia para echar los cimientos del idioma en las nuevas generaciones.

La génesis de la palabra hablada es tan misteriosa en la humanidad en conjunto como en cada criatura humana que comienza a balbucear y a entrar en los dominios del vocabulario. Dar nombre a las cosas, expresar ideas y manifestar sentimientos por medio de voces articuladas, es cosa tan sorprendente y arcana, que no nos cansaremos nunca de admirarla. Para nosotros los que creemos que no ha sido el lenguaje inventado por el hombre, sino que es dádiva magnífica de Dios, infundida con el espíritu al primitivo barro; para los que no admitimos almas mudas, ni aun en medio de la soledad y el aislamiento, y tenemos la convicción de que el espíritu es un ser necesariamente parlante, o no es nada; para los que no hacemos distinción entre el verbo salido de la esencia espiritual y esta esencia misma, y tenemos por cierto que aquél no es más que la vida de éste; para nosotros, repito, los que tenemos esa fe y profesamos esos principios, no existe el problema de la

formación del lenguaje después del aparecimiento del hombre sobre la tierra. Porque nosotros no admitimos el transformismo, ni concedemos que el hombre descienda de la bestia y haya comenzado por gruñir, balar o rugir para expresar meras sensaciones, ni vemos en el grito y en la onomatopeya el punto de partida de nuestra habla racional, llena de emociones y de imágenes.

Pero sabemos que hay pensadores, y muy doctos por cierto, que sostienen la tesis contraria, y afirman con Darwin, que venimos de generaciones dotadas sólo de instinto, que han ido evolucionando en sentido ascendente hasta trocar la voz de la animalidad, eco de la pasión ciega, en vocablo lleno de sentido y de música, de altas concepciones y de poéticos ensueños. No vamos a rebatir estas afirmaciones, ni a discutir el fundamento de la opinión que profesamos. Nos limitamos a consignar las unas y las otras con el solo propósito de que se tenga a la vista el gigante frontispicio que oculta los hechos más sencillos de la lingüística.

El señor Cordero no toma el asunto de tan lejos, pero le estudia desde el punto de vista de la educación de la infancia, y entra en el análisis de los fenómenos psicológicos que se operan en el cerebro del niño, en cuanto sirve de receptáculo a la palabra que escucha, y de fuerza propulsora a la que él mismo emite. "No es posible estudiar un orden armónico de fenómenos (y el lenguaje no es otra cosa), sin proceder al examen de esos fenómenos en su funcionamiento vital", dice. Ahora bien, la manifestación externa del idioma tiene dos aspectos distintos, el hablado y el escrito, y, por consiguiente, la percepción de los fenómenos lingüísticos se realiza hablando y oyendo hablar, leyendo o escribiendo. Asienta que la lectura en voz alta abarca ambos medios de percepción, de donde deduce que tiene grande importancia como iniciación en el aprendizaje de la lengua. Comienza el niño por almacenar imitativamente gran número de vocablos, que llegan a su sensorio por conducto de los órganos auditivos; y de esa frecuencia de oír, nace su conocimiento del nombre de las cosas. Ahora bien, la relación que existe entre ese conocimiento y la elaboración del sonido articulado correlativo, que la representa por medio de la palabra, es cosa que nadie explica, ni puede explicar, porque pertenece a un orden de fenómenos invisibles o internos, que escapan a todo examen; como que es el resultado de un trabajo recóndito, cuyo proceso se inicia, desenvuelve y termina en regiones subjetivas inaccesibles a nuestro ojo analítico. La naturaleza es, pues, la primera maestra del infante, el cual entra en la vida de relación provisto de suficiente número de vocablos para proveer a las necesidades más imperiosas de su incipiente existencia. Tiene ya, en efecto, un vocabulario que nadie le ha enseñado, y que se ha formado él mismo por el uso inconsciente de sus potencias físicas y psíquicas; pero ese vocabulario carece de la regularidad y el pulimento que deben tener las

cosas bien acabadas; es tosco y primitivo. Urge privar de sus asperezas todos esos elementos espontáneos, curarlos de todo vicio inicial y labrar, en fin, la piedra del instinto, para que de ella salga el diamante de la buena dicción. El medio elemental donde ha comenzado a nacer la palabra no es suficientemente eficaz para pulir el verbo primerizo y darle la forma que debe tener para ponerse a la altura de un habla correcta y depurada. Aquí debe entrar el trabajo de los maestros para terminar, por medio de sus enseñanzas, la obra comenzada por la naturaleza. Ahora bien ¿de qué índole debe ser ese trabajo? La inteligencia infantil no es todavía bastante fuerte para soportar un régimen de reglas teóricas que domine el campo de los hechos lingüísticos; o sea, por decirlo con mayor claridad, las reglas son inútiles para inteligencias embrionarias, que no pueden entenderlas, retenerlas ni aplicarlas. Así que necesita continuar con el niño, el mismo método esencialmente práctico enseñado por el instinto. Ese método es el de la lectura y la recitación. La escritura vendrá también a su tiempo a herir los órganos visuales del infante, para grabar en su memoria imaginativa, la forma material, o sea la arquitectura de las palabras. La lectura y la recitación, por todo extremo docentes, van a hacer que el bisoño poseedor de la palabra, vaya aprendiendo a decirla con la pronunciación y el acento que definitivamente han de fijarla. Así el discípulo, antes de atiborrarse la cabeza con preceptos abstractos difíciles de ser retenidos, llegará a saber por anticipado cómo se pronuncian correctamente las palabras; y cuando, ya más crecido, tome en sus manos la gramática, encontrará que tiene andado una gran parte del camino de su instrucción, y que no es largo ya el que aún le queda por recorrer.

No podemos negar que grandes vicios de pronunciación ha habido en nuestras Repúblicas Hispanoamericanas; pero es preciso reconocer también, que han ido corrigiéndose gradualmente por la atenta, modesta y casi desconocida labor de los maestros. Porque son ellos quienes han rectificado la locución de los alumnos y han ido haciendo desaparecer una multitud de notas falsas e inarmónicas que se habían introducido en el hermoso canto de nuestro idioma. Y esas lecciones y esa enseñanza no han quedado reducidas al estrecho recinto de las escuelas; han rebasado los límites de los templos modestos del saber, y, por medio de los alumnos prácticamente iniciados en los secretos del bien hablar, han ido difundiéndose por todas las clases sociales.

Hace poco tiempo todavía, decíamos en México, *páis, máiz, máestro, baul;* pero los profesores de primeras letras han corregido esos defectos, y han enseñado a sus discípulos a decir *país, maíz, maestro, baúl,* y éstos, a su vez, han ido introduciendo a su derredor esas mismas novedades; y, de capa en capa social, han ido ellas ganando terreno, hasta el punto de que hoy día, son muy pocas las personas, por vulgares que sean, que caigan en aquellos errores.

El benéfico resultado de la lectura y la recitación bajo la dirección de los profesores, ha ido más allá todavía; ha llegado hasta el punto de introducir en el lenguaje común las últimas reformas académicas consignadas en el Léxico. Tiempo hubo en que fue lícito decir *telégrama, intérvalo, metamórfosis,* porque a ello autorizaban los antiguos diccionarios; pero llegó un momento en que, por buenas razones etimológicas o tradicionales de nuestro idioma, fueron cambiados los acentos de esos vocablos, y decidido por la Academia Española, que se dijese *telegrama, intervalo, metamorfosis.* El público en general ignoraba entretanto la introducción de tales novedades, y continuaba haciendo uso de los acentos proscritos; pero los maestros, como no dejan de la mano los libros, estuvieron al tanto de ellas, y las enseñaron sin pérdida de tiempo a sus alumnos, y éstos, a su vez, las trasmitieron en torno suyo, y así fueron propagándose de persona en persona y de grupo en grupo, hasta que aquellas reformas rigurosamente doctas y sabias, fueron patrimonio común de todo el pueblo.

Y ahora, como ha sucedido y pasará siempre, los discípulos no han conocido ni conocerán desde luego el por qué de las innovaciones; las han recibido hechas ya, les han sido impuestas, por decirlo así; y hasta más tarde, cuando han profundizado sus estudios, han llegado a conocer las razones etimológicas, eufónicas o de cualquier otro carácter que les sirven de fundamento. Por donde se ve que la enseñanza oral de los maestros, ya para dar a conocer palabras nuevas, o bien para corregir la pronunciación de las conocidas, es de la mayor trascendencia en la práctica del buen decir.

Voy ahora a presentar, aunque muy de paso, algunos ejemplos tomados de nuestro medio actual, para demostrar que la labor de los maestros al dirigir los ejercicios de lectura y recitación, no sólo es fecunda como iniciación en los secretos de la fonología, sino también como correctivo de los vicios introducidos en la dicción por personas respetables y doctas.

Entre nosotros se lee mucho el francés, y no se cuida bastante de averiguar si los acentos de ese idioma corresponden o no a los del castellano. Y así, como en francés se dice *nevralgie, gastralgie, nostalgie, autopsie,* la gente más leída pronuncia también en México *neuralgía, gastralgía, nostalgía* y *autopsía,* siendo así que en nuestra lengua suenan esas mismas palabras *neuralgia, gastralgia, nostalgia* y *autopsia.* Ni siquiera menciono otros disparates peores, del mismo origen, porque ésos proceden de una ignorancia supina, como el decir *réclame,* claro, por réclame si se hace uso de la palabra francesa, o reclamo o bombo si se habla en español; el cual dislate proviene de que aquellos que caen en él, no saben que el acento de la E en la citada palabra francesa, no corresponde al nuestro, que en tal caso daría

origen a una palabra esdrújula, sino a otro especial, que no tiene más efecto que el de hacer abierto, esto es, claro, el sonido de la E acentuada.

Séame lícito aprovechar esta ocasión para hablar de otros vicios más exquisitos que los profesores han de corregir, sin duda alguna, al leer o hacer leer en voz alta y al dirigir la recitación en sus clases. Es frecuente escuchar a los mejor informados tomar por lo serio la escritura muy complicada de ciertas palabras, y decir *subscriptor* y *subscripto,* por ejemplo, lo cual es muy difícil y embarazoso. Por lo cual son pocos los que se arrojan a tan ardua empresa, tanto más cuanto que saben hay otra manera de decir esas mismas palabras mucho más fácil y natural, que ésta: *suscritor, suscrito,* igualmente autorizada por el Léxico.

La X presenta asimismo bastantes escollos prácticos. Es cierto que el Diccionario no autoriza que se diga *escepción, escepto, estrañar;* pero también lo es que así pronunciamos todos, y que parece muy forzada la dicción de los que dicen *ecscepción, ecscepto, ecstrañar.* El Léxico, por motivos muy respetables de conservación de las formas clásicas, no ha consignado en sus páginas todas las pronunciaciones consagradas por el uso; pero éste se impone de hecho, y acaba por abrirse paso al través de las cerradas mallas del purismo más exigente.

Quizá se estime mi opinión harto arriesgada; pero es la que lealmente profeso.

Hay otra letra, que parece muy sencilla, y da motivo, sin embargo, a muy serias discusiones entre las personas cultas; la V consonante, o ubé, como ha dado últimamente en ser llamada. La mayoría de nuestro pueblo pronuncia esa letra como si fuera B; pero hay personas muy ilustradas que la pronuncian como V consonante francesa, marcando así una diferencia notable entre esta letra y la B, cuya pronunciación es puramente labial. Ahora bien, puede sostenerse con muy buenos fundamentos que la gran mayoría tiene razón sobre el pequeño número de los refinados, y que en buen castellano, lo mismo suena la B que la ubé.

Don Felipe Robles Dégano, en su *Ortología Clásica de la Lengua Castellana,* tan elogiada por Menéndez y Pelayo, al hablar de la ubé, se propone resolver el siguiente problema: "¿Qué sonido debemos dar hoy a la V, que no es más que la V consonante?" Y declara sin vacilar que la V o V consonante se ha confundido siempre con la B en el sonido. Demuestra su afirmación de diversas maneras. Primero, por la antigua ortografía, según la cual se escribían las palabras con V o con B indiferentemente. En apoyo de ese aserto, trascribe la siguiente cuarteta tomada del libro LVII pág. 547 de la Biblioteca de Rivadeneira.

El buen rey por bien bió
de a Dios padre servir,
e de Córdova salió
pasó aguas de Alquinir.

Toma su segunda demostración del uso promiscuo que de ambas letras se ha hecho siempre en la rima; y trascribe, al efecto, versos de Garcilaso, Alcázar, Tirso, Quevedo y Lista. Citaré nada más los del primero y el último para ahorrar tiempo. Garcilaso escribió:

Busco de mi vivir consejo nuevo:
Conozco lo mejor, lo peor apruebo.

Y Lista:

Del viento y la mar brava
Con el henchido vaso se burlaba.

La tercera demostración se funda en los equívocos a que da lugar la sustitución de una letra por otra. Lope escribe:

—*Di aquí b,a,n,* ban
—*¿Dónde* van?— *¡Gentil cuidado!*
—*¿Que se van no me decías?*
—*Letras son, míralas bien.*
—*Di aquí b,e,n, ben.*
—*¿A dónde? —Adonde en mis días*
No te vuelva más a ver
Perdiendo el juicio estoy
—*¿*Ven *me dices? pues ya voy.*

Y Quevedo:

Hay rostro que de bello
Tiene sólo el que le quitan.

La cuarta la toma de Cascales quien, al condenar esta práctica en los poetas, confirma, sin embargo, que ella existe.

La quinta se basa en la misma ortografía moderna, conforme a la cual se escribe *abogado,* que viene de *ad vocatus, abuelo* que viene de

avus, bóveda de *voluta, tuve* de *tener* hube, *estuve* de estar, *abulense*, de originario de Avila.

Por lo que hace a la Real Academia, citada por el mismo autor, asienta en su gramática: "Siendo en la mayor parte de España, igual, *aunque no debiera,* la pronunciación de la B y de la V, etc.".

El paréntesis de la frase, aunque no debiera, es singular y peregrino, porque las lenguas no se forman conforme a reglas teóricas preestablecidas, sino que se modelan por la forma que les da la pronunciación general de aquellos que las hablan. Por eso dijo Horacio con tanta razón: "usus est ratio et norma loquendi". Las inconsecuencias de la nuestra forman legión y saltan a la vista. La Y (ye o i griega) es letra consonante, y suena sin embargo como vocal cuando hace oficio de conjunción o termina palabra. Escribimos "acechar" con C, cuando queremos expresar la idea de atisbar, y asechar con S, cuando hablamos de armar asechanzas, y, a pesar de eso, los dos vocablos proceden del mismo origen, a saber: de las palabras latinas *ad,* a, y *sectari* seguir. Escribimos asimismo Vázquez y Velázquez, y, no obstante, ambos apellidos vienen de los nombres Vasco y Velasco, que se escriben con S y no con Z. ¿Qué se consigue con protestar contra tales usos? Nada a la verdad, porque el uso es regla fundamental, la regla de las reglas en el lenguaje, y todo lo que va conforme con ella, es bueno y como debe ser.

Sin duda por eso, la última gramática de la Academia, que es la de 1917, ha suprimido el mencionado paréntesis, y se ha limitado a decir: "Siendo en la mayor parte de España igual la pronunciación de la B y de la V, conviene tratar aquí de las dos, bien que tan apartadas en el orden alfabético".

Por lo dicho, claramente se ve, que hacen bien los maestros en no obligar a sus alumnos a dar a la V consonante el sonido de la V francesa, porque además anda de acuerdo con el uso de la mayor parte de España, que con el de la parte más ignota y pequeña.

Y aun tengo para mí que no hay provincia alguna española donde se haga tal diferencia de pronunciación entre esas dos letras; y lo afirmo porque, durante mi larga vida y en los viajes dilatados que por cuatro continentes del mundo he hecho, no he encontrado nunca un español (castellano, gallego, catalán, vasco, andaluz o de cualquier otra región de la Península), que haya dado a la V consonante sonido de V francesa.

Pero basta ya de tanta disertación sobre un asunto meramente incidental. Sirva de disculpa a tan prolongada digresión mi deseo de poner en mayor evidencia las verdades que asienta el señor Cordero en el discurso que acabamos de oír con tanto agrado.

PEREZ GALDOS [1]

por ALBERTO MARÍA CARREÑO.

HAN existido en el curso de la civilización hombres que lograron que el nombre suyo fuera universalmente conocido, aun cuando acaso la generalidad ignora cuáles fueron en detalle los motivos que dieron celebridad a quienes tal nombre llevaron. Moisés, Arquímedes, Cicerón, Carlo Magno, Isabel la Católica, Shakespeare, por ejemplo, son nombres que toda la gente de mediana cultura pronuncia con admiración y con respeto, por más que si pedís a esos respetuosos admiradores que os detallen los hechos todos que produjeron aquella celebridad, no sepan deciros otra cosa sino que Moisés fue un personaje de los tiempos bíblicos; que Arquímedes fue descubridor de un principio de Física, el cual lleva su nombre; que Cicerón fue un orador famoso; que Carlo Magno fue un conquistador inmenso; que la Católica Isabel tuvo parte activísima para lograr que se descubriera un nuevo mundo, y que Shakespeare fue un célebre dramaturgo; pero sin que puedan expresaros menudamente las excelencias de aquellas celebridades.

Cosa igual ha sucedido con el escritor ilustre en cuyo homenaje ha querido reunirnos hoy la Academia Mejicana correspondiente de la Real Española. "Pérez Galdós" he ahí un nombre que con entusiasmo pronuncian todos los pueblos de lengua hispana y muchos que emplean diverso idioma, por más que no todos pudieran precisar la labor del fecundo literato y sólo nos aseguren: "era un gran novelista", "era un gran escritor", aun sin haberlo leído.

Labios doctos habrán de recordarnos cuál fue en su extensión y en su conjunto la obra realizada por Pérez Galdós; yo me limitaré a formular bre-

---

[1] Discurso leído en la velada que, en honor de don Benito Pérez Galdós, celebró la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la noche del 12 de junio de 1920, con asistencia del excelentísimo señor Marqués de González, Ministro de España.

vísimas consideraciones acerca del autor de los *Episodios Nacionales,* toda vez que para mí es él uno de los escritores que más han procurado servir a España en nuestros días.

Cuatro series forman tales *Episodios;* arrancan desde los de *Trafalgar,* que ayudan a transformar el porvenir de Europa, y concluyen con los de la caída de la Reina Isabel II, *La de los tristes destinos,* que mira desaparecer su trono, de igual manera que acaban todos los bienes perecederos de este mundo.

Y difícil, muy difícil sería para mí recorrer en esta noche, aun ligeramente, los cuarenta volúmenes que forman las series mencionadas; pero tocando este episodio, recorriendo aquella narración, examinando alguno que otro suceso, como la libélula se detiene apenas en una flor para ir a libar la miel de otra distante, procuraré poner de relieve no sólo al familiar historiador, sino al observador sagaz de las lacerias políticas, al maestro del pueblo español a quien quiso patentizar los escollos de su vida pasada, para que esquivándolos evitara en el presente y en el futuro motivos de lágrimas y duelos; y me esforzaré, por último, en mostrar al cultivador entusiasta del noble amor a la patria, amor que brilla con hermosísimos destellos en cada una de las páginas de los *Episodios Nacionales.*

No parece que el hábil escritor haya sido un creyente fervoroso en la historia de España, tal como aquélla se ostenta en algunos de los libros que aquí o allá se emplean para conseguir lo que en todos los pueblos se busca: establecer un criterio en virtud del cual ciertos hombres no suelen aparecer como hombres, sino como semidioses.

Pérez Galdós declara, en efecto, que la Historia cuyo símbolo en España se representa por una matrona gallardísima "con un laurel en la mano y un león a los pies, esa es la Historia oficial, académica y mentirosa, (y que) la que merece ser escrita es la del ser español, la del alma española, en la cual van confundidos pueblo y corona, súbditos y reyes..." "Y esa Historia —agrega Pérez Galdós— me la represento yo como una diosa, mujer real y al propio tiempo divina, de perfecta hermosura..." [1].

Esto explica por qué el novelista consagra sus amores a una "...Clío familiar, que escribe en la calle, sentada en un banco, o donde se tercia, apoyando sus tabletas en la rodilla..." [2]; y por qué sobre la matrona que es representación de la Historia oficial, ama a la Historia que "...es la figura y traza del pueblo..." [3].

Problema bien difícil, efectivamente, resulta escribir la historia política.

---

[1] *Narváez,* p. 289.

[2] *La de los tristes destinos,* p. 12.

[3] *Narváez,* Loc. cit.

de los pueblos; y resulta difícil, porque como en diversas ocasiones lo he asentado, de una parte no es leve tarea para el historiador el prescindir de sus propios impulsos pasionales, de las debilidades inherentes a la naturaleza humana, que nos arrastran a encumbrar en la gloria lo que amamos y a hundir en el oprobio lo que aborrecemos, por más que no en toda ocasión lo que ensalzamos digno sea de elogio, ni lo que deturpamos merezca vituperio.

Además, lo repetiré, las fuentes mismas de la historia política lejos se hallan de ser linfas transparentes y, por el contrario, casi en toda ocasión el limo de los odios, de los anhelos de venganza, de los falsos ideales, de los perennes egoísmos, las vuelven turbias, cuando no cenagosas.

He ahí la razón por la cual la historia política de los pueblos, cualesquiera que éstos sean, resulta siempre susceptible de mayor o menor parcialidad y más o menos engañosa, según las fuentes en que el historiador se inspira, según los sentimientos del historiador mismo.

¿Qué hacer entonces? ¿Ha de prescindirse de fijar los mojones que señalen la ruta que los pueblos han seguido en su vivir tranquilo o azaroso, pacífico o guerrero, de adelanto o de retroceso? ¡Es imposible!

Por otra parte, los pueblos todos, lo mismo los de la antigüedad que los modernos, han gustado de levantar altares y de ofrendar incienso a los hombres que más se distinguieron, ya en el ejercicio de las armas, ya en el de las letras, ya en el de las bellas artes, por más que a las veces quienes alcanzan ese carácter de ídolos populares no sean los más merecedores de tal culto; y la Historia es la encargada de consagrar esos altares y de mantener vivo el fuego en los incensarios.

Absurdo sería, pues, el querer prescindir de la Historia; pero quienes quisiéramos que ella fuera la balanza fidelísima que pesara los defectos y las cualidades, y el crisol que depurara las nobles y las malas acciones; quienes sentimos dolor cada vez que hallamos entronizado un ídolo que, si bien se mira, está hecho con fango, no podemos menos que concluir: que la novela histórica, sin tener las responsabilidades de la Historia misma, sin estar obligada a quitar uno a uno los velos que pretendieran cubrir la desnudez divina de la Verdad, sirve para conservar constantemente frescos los recuerdos del pasado y activo siempre el amor patrio, sin el cual amor es imposible que los pueblos alcancen vida perdurable.

El culto a la patria, cosa extraña, es una mezcla de amores y de odios: el patriota ama intensamente cuanto beneficia el suelo que lo vio nacer y a cuantos procuraron y procuran enaltecer ese mismo suelo; pero al propio tiempo odia, tal vez sin poder evitarlo, cuanto ha dañado y daña a su país.

Y la novela histórica puede entretejer muy bien estos dos sentimientos en el alma popular, sin que el novelista sienta los escrúpulos que debería ex-

perimentar el historiador, si acaso en alguna ocasión de su paleta recogió de preferencia los colores oscuros para dar tintes más patéticos a un cuadro; si en ocasiones son los colores claros y brillantes los que embellecen el aspecto de un personaje destinado a idealizar una época, un hecho glorioso.

Ahora bien, Pérez Galdós realizó a maravilla esta misión de trazar en la novela, y son los suyos trazos de maestro, la historia popular de España en la primera mitad del siglo XIX. Sus primeros pasos los aventura resuelto en los lugares humedecidos por la sangre generosa y ardiente del pueblo español, de modo especial desde que las ambiciones napoleónicas parece que han de señorear el mundo. ¡Y con qué habilidad señala aquí una proeza, destaca allí un heroísmo, acullá pone de relieve un hecho grandioso, al mismo tiempo que fustiga toda acción cobarde, que pone un sello de oprobio y de baldón en todo acto indigno!

Es la primera serie de los *Episodios Nacionales* ánfora que rebosa odios para el invasor, pasión contra el pueblo francés, que mareado por las ambiciones del gran Corso, extiende sus ejércitos sobre España, que es víctima de la debilidad de sus reyes y de la intriga de algunos de sus políticos; y esos ejércitos se expanden, como el agua de un torrente que salido de madre, hora por hora, instante por instante, va llevando a todo lugar la desolación y la ruina, el espanto y la muerte.

Mas no se mira en los rencores del novelista, que recoge las lágrimas populares para hacernos saborear su amargura, la huella del que por una soldada vende su pluma y se convierte en libelista contra un pueblo que ningún daño le hace; sino el exaltado patriotismo del que recuerda los días de angustia que pasaron sus padres; del que rememora los acontecimientos crueles que sacudieron, de un confín a otro, la tierra suya y de sus mayores.

Si Pérez Galdós hubiera pretendido ser un historiador frío y sereno de la época en que Francia, lejos de ser el paladín que se ostentó en la última guerra, pretendió sojuzgar a toda Europa, sin omitir el envío de los agentes napoleónicos a América, es indudable que se habría apartado del camino de la serenidad absoluta y de la frialdad suprema, que deben presidir la obra del historiador; mas las vehemencias de la pasión, condenables en la Historia, pueden ser disculpadas en la novela, si son el resultado de un irresistible impulso de amor patrio.

¡Y cómo las descripciones que Pérez Galdós escribió, mojando en hiel su pluma, nos conmueven y nos agitan el alma! Ved si no, al invicto general don Mariano Alvarez de Castro, "más valiente que Leónidas, más patriota que Horacio Cocles, más enérgico que Scévola, más digno que Catón" [4]. El que durante siete meses tuvo a raya frente a Gerona, y en uno de los sitios

---

[4] *Gerona*, p. 116.

más memorables en la vida de la humanidad, a fuerzas inmensamente mayores, ahora prisionero, moribundo, es objeto de los más rudos tratamientos, de las más desalmadas injurias, en una caminata que sería fatal aun para personas vigorosas y sanas; que era la muerte para quien sólo necesitaba una morada: el ataúd.

Maltrecha, muy maltrecha resulta de aquellas emocionantes descripciones la siempre exaltada hidalguía francesa; pero los hechos relatados por el historiador novelista nada tienen de extraño, cuando se recuerda que la lucha armada borra todo vestigio de los sentimientos nobles, para convertir al ser humano en la más repugnante de las fieras. Por otra parte, nuestros vencidos en Puebla, si leyeron alguna vez esta noticia de los malos tratamientos de que fueron víctimas los antiguos sitiados de Gerona, por cierto no encontrarían exagerada la descripción; que privaciones y vejaciones semejantes soportaron de las huestes del segundo Napoleón, como los patriotas hijos de Gerona las sufrieron de los ejércitos del primero de los Napoleones.

Y tras de narrar aquellos días dolorosos para España, Pérez Galdós entra de lleno en el estudio de otras vicisitudes no menos luctuosas, no menos amargas, en que las ambiciones de los unos, las torpes maniobras de los otros, sacuden a cada paso al pueblo español; que si tantas y tan hermosas muestras de patriotismo había dado, no por eso había de verse libre de los embates de la política cuyos oleajes suelen ser más peligrosos que los de la mar misma, porque éstos llegan a destruir algunas naves; aquéllos destruyen y devoran pueblos enteros.

Por esto quizá, el novelista cuida empeñosamente de patentizar lo que, por regla general, constituye el aspecto de la mayoría de los políticos, lo mismo en lo personal que en su conjunto.

¿Queréis conocer un alcalde, a través de los juicios del autor de los *Episodios Nacionales?* Estadme atentos, yo os lo ruego.

"Es Salado —escribe— un trucha de primera, si falto de autoridad y luces para el gobierno de la ínsula consejil, sobrado de marrulleras habilidades para los enredos de campanario y los empeños de su egoísmo. Servicial y deferente con los poderosos y con todo el que ayudarle pueda en su privanza política, guarda sus rigores de ley y sus asperezas de carácter para los humildes sometidos a su vara, por una punta más dura que roble, blanda por otra como junco. Nada teme de los de abajo, infeliz rebaño de hombres sencillos, más embrutecidos por la miseria que por la ignorancia, los cuales bajo el falso colorín de una Constitución que proclama y ordena franquicias mentirosas, gimen en efectiva esclavitud. Nada teme tampoco de los de arriba,

con tal que en *la votada* [5] saque el candidato que se le designó, y se constituya después en agente o truchimán del diputado, del jefe político y del ministro, cualesquiera que sean los caprichos contra la ley o antojos contra la justicia que inspiren los mandatos de estas insolentes voluntades..." [6].

En ocasiones, ya no es un sujeto ficticio el que describe; son personajes reales y verdaderos; entre ellos, muchos que descollaron en la segunda mitad del siglo XIX, y que un respeto sincero y hondo a todas las ideas políticas de los españoles de hoy védame repetir; pero quien quiera conocerlos, puede encontrarlos en las nutridas páginas de los *Episodios Nacionales,* sobre todo, en los que llevan por título: *Narváez, La Revolución de Julio, O'Donell, La de los tristes destinos* y en las demás novelas de la cuarta serie.

Refiriéndose, por ejemplo, a un grupo de los que encabezaron *La Revolución de Julio,* escribe estos conceptos saturados de escepticismo:

"......los conjurados no traen otro fin que quitar de las manos *polacas* el ronzal con que sujetan a esta pobre bestia de la Nación. . . El ronzal cambiará de mano; pero en éstas o las otras manos, continuarán las mismas mataduras en el pescuezo nacional..." [7] y luego añade con amargura creciente, al referirse a los movimientos de aquellos agitados días: "...yo tampoco tengo en estas cosas sino una fe relativa. Los pueblos desgraciados se enamoran de lo nuevo... Y si en esos seres desgraciados están en mayoría los hambrientos, el entusiasmo por las revoluciones es delirio. Analizando y desmenuzando la llamada opinión, encontramos este voto atomístico: 'Comemos poco y mal; queremos comer más y mejor. . .' " [8].

Pero todavía para expresar más rudamente su escepticismo, tras de poner de manifiesto cómo los "facciosos" de hoy son los "héroes" de mañana y viceversa [9]; tras de asentar que: revolución quiere decir: "caballeros, apártense un poco, que ahora vamos los de acá..." [10], escribe:

"No se hacen las revoluciones por las ideas puras, sino por los sentimientos, revestidos del ropaje de las ideas. Los *libertadores* ofrecen cosas muy buenas, de esas que forman el tejido artificioso de todo programa político y re-

---

[5] Subrayado en el original.

[6] *Narváez,* p. 71.

[7] *La Revolución de Julio,* p. 154.

[8] Op. cit., p. 155.

[9] Op. cit., p. 128.

[10] Op. cit., p. 133.

volucionario. Veámoslas: *Pureza del régimen representativo, mejora de la legislación electoral y de imprenta, rebaja de los impuestos.* ¿Te parece poco, infeliz Nación; te parece vano, retórica de quincalla, de la de a dos cuartos la pieza? Pues allá va otra cosa: *¡Moralidad!* Esto sí que es bonito. *¡Moralidad!* Vamos a tener en el gobierno esa preciosa virtud. Y por si es poco, ahí va también otra joya incomparable: *Descentralización.* ¿Qué tal? *Descentralización* y todo, y para completar tanta ventura, también os damos *Economías.* No queremos pecar de cortos en el ofrecer. Economizaremos, moralizaremos y descentralizaremos... ¿Qué? ¿no nos creen?

"En efecto: el pueblo no da valor a tales pamplinas, y alza los hombros viendo a unos pasar hacia la Mancha, viendo al Gobierno inmóvil en su inmoralidad, en su despilfarro y en su centralismo..." [11].

No cabe duda que al mostrar Pérez Galdós al pueblo español estas tristes miserias de la política, diluyendo su enseñanza en la intriga novelesca de los *Episodios Nacionales,* poníalo en guardia para un futuro próximo, aun cuando el mismo Pérez Galdós hubiera sido un político, o quizá por esta propia razón.

Escritas, en efecto, algunas de sus novelas históricas con posterioridad, con mucha posterioridad al ensayo de la república en España, lanzaba estas importantes palabras, a propósito del movimiento revolucionario que derrocó a la reina Isabel, las cuales revelan la desilusión del antiguo republicano: "Es un lindo andamiaje para revocar el edificio (el país), y darle una mano de pintura exterior. Era de color algo sucio, y ahora es de un color algo limpio; pero que se ensuciará en breves años... Luego se armará otro andamiaje... llámele usted república, llámele monarquía restaurada. Total: revoco, raspado de la vieja costra, nuevo empaste con yeso de lo más fino, y encima pintura verde o rosa... Y el edificio cuanto más viejo más pintado" [12].

Lo cual quería decir, traduciendo esta parábola al lenguaje común, que España no debía dejarse llevar en lo futuro por engañosos entusiasmos políticos; consejo aplicable, por lo demás, a todos los pueblos de la tierra.

Palabras sonoras, pero huecas, producto de insanos egoísmos, prolongaron por cuatro largos años en Europa la más horrible catástrofe que han visto los siglos, sin que los resultados de aquella conmoción desaparezcan todavía. Palabras sonoras, pero huecas, producto de insanos egoísmos, han mantenido y mantienen la anarquía en la mayor parte de los países de nuestra América, por más que esa anarquía, en ciertos lugares, se muestre sólo intermitente.

---

[11] Op. cit., ps. 229-30.

[12] *La de los tristes destinos,* p. 377.

Mas con estas desconsoladoras enseñanzas que a raudales dejó correr Pérez Galdós en su fecunda obra histórico-novelesca, jamás trató de apagar el fuego del amor patrio; bien al contrario: sus *Episodios Nacionales* son una prueba fehaciente de su patriotismo; sobre todo, aquellos que narran los acerbos días de la dominación francesa.

Tomemos al azar uno de los volúmenes que narran los acontecimientos de esa época y sentiremos, cualquiera que sea nuestra nacionalidad, que se agita en nuestros pechos esa extraña emoción que se llama patriotismo; emoción maravillosa que da valor al cobarde, fuerza al débil, decisión al vacilante; emoción, en fin, que nos mueve a ofrendar en aras de la patria lo que es de más valor para el hombre: su vida misma.

¡Leed! ¡Leed, oh vosotros que amáis vuestro país, cualquiera que éste sea, las inmortales páginas en que Pérez Galdós describe el popular heroísmo de los habitantes de Madrid durante el inolvidable 2 de mayo de 1808 y sentiréis cómo la sangre afluye a vuestros corazones, cómo la admiración se apodera de vuestros espíritus!

Las fuerzas napoleónicas todo lo tienen: la instrucción militar, los pertrechos de guerra, los jefes avezados en el arte sanguinario y homicida; las masas populares carecen de instrucción, carecen de pertrechos, carecen de jefes directores —los que hubo, tan heroicos como Daoiz, se habían puesto a la cabeza de las pocas fuerzas regulares—, pero poseen patriotismo de sobra; y con esta arma, la más poderosa de las armas, resisten con valor inenarrable las embestidas del ejército de Napoleón. Para herir, para matar, para destruir al invasor todo es bueno, lo mismo la navaja de faltriquera, que la piedra del arroyo; y jefe, cada ciudadano puede serlo, como cada ciudadano es también un subalterno. Hay un ideal común: liberar a la Patria; y cuando se advierte, por ejemplo, la figura de aquella heroica mujer del pueblo, la *Primorosa,* que a las veces blande viejo cuchillo, a las veces dispara primitivo fusil, arengando siempre a los suyos, increpando siempre a los enemigos, no podemos sino ver en ella la gloriosa representación de la masa popular, que con tanta audacia como estoicismo y con tanto estoicismo como valor, no mira peligros ni repara en obstáculos, con tal de repeler al invasor.

Pero no son únicamente las bajas clases sociales quienes reclaman nuestra admiración; ved al anciano que desde un piso segundo, al propio tiempo que protege a sus dos hijas, medio desmayadas, alienta a los que desde aquella morada pretenden continuar la lucha que en cada calle se viene desarrollando.

"Haced fuego —les grita—; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas, aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezcamos todos y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!..

¡Quemad las puertas y arrojadlas ardiendo a la calle!.. Animo, hijas mías. No lloréis. En este día el llanto es indigno aun en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotros sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!" [18].

Aun el mismo anciano y dulce sacerdote, que en la novela de Pérez Galdós resulta ser tipo de sencillez y de bondad, al contemplar con ojos asombrados la matanza y la lucha: el heroico ardor de mozos, de ancianos, de mujeres; los hacinamientos de cadáveres, resulta sobrecogido de valor y de esfuerzo, y si no empuña las armas homicidas por no manchar con sangre sus manos destinadas a realizar el sacrificio incruento de su religión, sin temor a la suerte lánzase entre las multitudes para ayudarlas, a lo menos, con sus arengas vibrantes, con sus palabras de aliento y de valor.

¿Quién, señores, no siente que el corazón le late con violencia al imaginar la realidad de las escenas que, parecidas a éstas, se multiplicaron en aquel memorable día?

Por esto he asegurado, al comenzar este discurso, que uno de los escritores que más han procurado servir a España en los modernos tiempos es Pérez Galdós, ya que con el esmero del entusiasta floricultor que cuida sus jardines para verlos florecientes, empeñóse en que el amor a la patria española se desarrollara y creciera como flor hermosísima, de perfumes embriagadores.

¡Oh España, madre de héroes y de artistas y de sabios, quiera el cielo darte siempre y siempre hijos como Pérez Galdós, capaces de fomentar el amor a ti en todos los pechos; ya que ese amor te ha de librar de penas, si acaso el destino te reservara días difíciles; ya que ese amor ha de darte la ventura que mereces por la obra de civilización que has realizado!

---

[18] *El* 19 *de marzo y el* 2 *de mayo*, p. 236.

ANTE LOS RESTOS DEL SR. LICENCIADO DON JOAQUIN D. CASASUS *

por MANUEL PUGA Y ACAL.

VOZ más autorizada que la mía debiera traer, a este lugar y en este momento, el homenaje que la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, rinde a la memoria del señor Lic. don Joaquín D. Casasús, quien, además de haber conquistado con sus obras un puesto distinguidísimo entre los escritores de habla hispánica y de haber sido legítimo orgullo de las letras patrias, dirigió digna y empeñosamente, durante cuatro años, desde el año de 1912 hasta el de su muerte, los trabajos de aquella corporación; mas ya que he sido el designado para desempeñar misión tan honrosa, permitidme que comience por deciros que mi voz, carente siempre de elocuencia, tendrá en esta ocasión, cuando menos, el mérito de la sinceridad, sin que pueda tachársela siquiera de usar de hipérboles que la gratitud justifica: pues si bien fui devoto amigo de ese desaparecido ilustre, no me conté entre el número de sus protegidos.

Numerosos fueron, empero, entre los políticos, entre los hombres de empresa, y muy especialmente, entre los literatos y artistas, los que formaron, en la acepción romana de la palabra, su clientela, es decir, gozaron de su apoyo moral, intelectual y pecuniario. No se acercaba jamás a él un joven que tuviera sobre las necesidades de la patria la idea que él tenía, u otra igualmente elevada; que de alguna manera quisiera cooperar en la grande obra del procomún; que soñara con ceñir su frente con los lauros que proporciona el cultivo de la literatura, de la pintura, de la música, de todas las artes, en fin, sin encontrar en su boca palabras de aliento y sanos consejos, y en su bolsillo recursos discretamente ofrecidos y donados copiosamente. Así, la

* Discurso leído en el Panteón Francés el 19 de Septiembre de 1920, durante los solemnes homenajes póstumos realizados al inhumar los restos traídos de Nueva York. A. M. C.

manoseada metáfora que consiste en llamar un Mecenas a quienquiera que estimula y protege a los literatos, resulta insuficiente cuando se aplica al señor Casasús, porque su protección no se circunscribió a poetas y prosistas.

Y, sin embargo, cuando se evoca la figura de ese hombre benévolo y generoso, colocada en el medio y en la época en que vivió, se impone a la imaginación el recuerdo del inmortal amigo y colaborador de aquel Augusto que, después de vencer a la anarquía en Filipos y a la traición en Accio, adquirió sin que pueda llamársele emperador, la legítima gloria de haber fundado el gran imperio de Roma, madre de nuestra civilización. Se impone ese recuerdo, no sólo porque el señor Casasús ayudó, con su amistad y su dinero, a la realización de muchas esperanzas juveniles, y de muchas legítimas ambiciones: no sólo porque así como Mecenas dedicara los ocios que le dejaba su activa colaboración en el engrandecimiento de Roma a traducir a los poetas griegos, él dedicó las horas que podía robar a su magna labor de hacer de México una nación próspera y respetada, en traducir a Virgilio y a Cátulo, a Tibulo y Horacio, sino también porque, como lo dijo en ocasión solemne uno de nuestros más elocuentes tribunos, la paz porfiriana, que fue en parte obra del señor Casasús, tiene, sobre todo vista de lejos y después de las tribulaciones que ha sufrido nuestra infortunada patria, indiscutibles semejanzas con la paz octaviana. Semejanzas indiscutibles, sí, porque ambas paces aseguraron el goce de los dos bienes que la humanidad más aprecia: la libertad y la propiedad; porque, ahora que estamos liquidando aquella época de nuestra historia, podemos proclamar muy alto, en estos momentos graves y en la austera tranquilidad de esta necrópolis, que así como tuvo un Mecenas, cuyos restos hoy devolveremos a la madre tierra, tuvo un Agripa que sufre voluntario ostracismo, y un Octavio, muerto en el destierro y a quien rendiremos un día más solemnes homenajes; pero no tuvo, ni siquiera para defender las fronteras, una guardia pretoriana. Fueron otros los tiempos en que los Seyanos y los Tigelinos arrojaron sobre las páginas de la historia patria la sangrienta mancha de sus crímenes.

Quizá, señores, arrastrado por los pensamientos vehementes y las hondas emociones de estos años turbulentos que hemos vivido, he traspasado los límites que me marcaba la representación de una sociedad que, ajena y sorda a todas las agitaciones de la vida pública, sólo cuida de conservar la limpidez y defender el esplendor de la lengua cervantina, legado quizás el más valioso entre los que nos dejaron los fundadores de nuestra nacionalidad. Pero un impulso incontrastable me ha hecho sentir que a ese hombre ilustre que vuelve del exilio convertido, por las amarguras y las tristezas, en yerto cadáver, se le debe algo más que el elogio de la casticidad de su dic-

ción, la elegancia de su estilo, la fluidez de su prosa y la elevación de su poesía, cualidades todas que lo distinguieron cuando los ojos y los oídos de su espíritu y de su cuerpo percibían las luces y las armonías de la vida interna y del mundo exterior. El señor Casasús amó a Roma y laboró por hacer de su patria una nación próspera y feliz, y es justo, es necesario que le digamos hoy, para consuelo de sus Manes, que el recuerdo de Roma en una de las épocas de mayor prosperidad y bienestar, se evoca forzosamente cuando se recuerdan su vida y sus labores dentro del marco de su época.

Los antiguos, griegos y romanos, acostumbraban en ocasiones como ésta derramar en la tierra que cubría los restos de sus muertos, la leche, la miel y el vino que habían de alimentarles y fortalecerles en la otra vida. Nosotros no podríamos ofrecer a ese muerto nuestro tales ofrendas. Pero yo quiero verter sobre esta tumba algo que —seguro estoy de ello— hará estremecerse esos huesos, en los que ha podido apagarse el calor de la vida, pero no del todo la llama del amor a la patria. Y ese algo, señores, es una esperanza, y esa esperanza es la que hace latir de supremo júbilo el corazón de los mexicanos vivos y muertos cuando se les presenta la visión de un porvenir semejante al que Horacio describía en su *Canto secular,* tal como lo tradujo el mismo Casasús, cuando cantaba:

Se ve doquiera que el Pudor antiguo,
la Fe, el Honor y la Virtud retorna,
y a la Abundancia aparecer se mira,
lleno su cuerno.

LA ODA A LA MUSICA *

por Antonio Caso.

GRANDE es mi osadía al traeros, como ofrenda de agradecimiento imperecedero por la honra y merced que me deparasteis al elegirme para disfrutar de los dones de vuestra compañía, algunos humildes pensamientos filosóficos sobre la Oda inmortal de Fray Luis de León, que principia:

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada
Salinas...

Oda en que tan alto campea el pensamiento como florece pura la emoción; poesía, entre todas las castellanas, de suma perfección formal; y que, música en sí misma como la música que canta, diríase, más bien, el concento de una lira que el propio Arquitecto del mundo concordara en su sabiduría con el ritmo arcano sobre que se sustenta el móvil equilibrio del Universo como sobre sutil cimiento de insondable hermosura y verdad.

¡Cuántas veces, en la soledad de la meditación, a la hora en que se prepara sigilosamente en la sombra un nuevo día, tan singular dentro de su genuina belleza como todos los otros venideros y pasados, la Oda a Francisco Salinas, aprendida de coro en la juventud y recitada en la intimidad de la conciencia, me habló de infinito y perfección. ¡Cuántas me apartó de la vida que fluía para sumirse, siquiera por un instante, en el sosiego de la eternidad! Alguna hubo, tan próxima al deliquio, que perdí casi el contacto de la tierra —al menos lo creyó mi entusiasmo—, y sentí que a mi ser nacían alas, y que así, libre y limpio de tributos carnales, ascendía o me abismaba, no sabría decíroslo, en la oscuridad luminosa de Dios.

---

* Pronunciado en la sesión solemne efectuada el 4 de enero de 1921.

Fray Antolín Merino, en el prólogo que puso a las obras del insigne poeta, dice que "Fray Luis canta con el espíritu mirando al cielo, pero con los pies aherrojados en la tierra, y su canto es doloroso como el suspiro del desterrado". Por eso su lírica me conmueve más hondamente que los puros arrobos místicos del beato Juan de la Cruz. Acaso un serafín oiría con más delectación al poeta del Carmelo. Su canto es sólo dicha, sólo triunfo de amor. Pero la criatura humana, la desterrada criatura nostálgica que no es estrella iniciada, ni piedra inconsciente, sino mezcla o síntesis de bestia y dios, escuchará siempre más inteligiblemente la canción de Fray Luis, percibirá mejor el drama del desprendimiento gozoso que concibió su numen, que no el puro temblor místico y extático de San Juan de la Cruz. Al menos, dejadme deciros que yo prefiero —sin imponer dogmas ni declarar supremacía—, la nostalgia de la *Vida Retirada* y la *Noche Serena* al efusivo palpitar del *Cántico Espiritual* entre el Alma y su esposo Jesús.

Y el desprendimiento de la "cárcel baja, oscura", abandono o renunciaciación lo dice, más inmaterialmente aún que las demás poesías del gran lírico, su Oda *a la Música*: porque la tenue atadura del sonido, el número armonioso de la vibración musical son, de todos los vínculos físicos que nos refieren a la materia, los más sutiles y próximos a nuestra esencia espiritual.

En la Oda a *La Ascensión* envidia a la nube que arrebata al Señor. En la *Noche Serena* querría asirse al manto de María para subir con ella al Paraíso; mas, por vívidos que fueren estos raptos de platónica fantasía formulados en elocuentes imágenes que sólo hieren la vista y cuajan en la extensión material; por íntegros que se muestren a los ojos del alma, nunca igualarán en su forma y colorido humanos, *demasiado humanos, a la muerte que da vida,* al *desmayo dichoso* que amortece los sentidos a los bienes del mundo y los despierta al bien divino, a la quieta vida de la eternidad.

Iníciase la *Oda a la música del ciego Salinas* con una suavísima estancia que, en sus dos primeros versos, expone la paz y liberación del alma transida del arrobo sonoro:

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada...

sentimiento de pura armonía y recíproca anuencia de las cosas con el arcano del ritmo; pitagórica concordancia del mundo y el alma que ya dirá después el poeta con sublime estupor; pero, desde un principio, el gobernar la mano del músico ciego la extremada y sutil melodía, ilumínase el ambiente, cálmase el viento y vístese de hermosura.

Sonó la lira y comenzó el ensalmo. Es, cabalmente, el hechizo del Arte

que, como disfruta del mundo no para la satisfacción ruín del apetito ni para la realización de fines individuales, siempre mezquinos, sino para la desinteresada contemplación que lleva en sí su fin, suprime de golpe el ardor de la pugna de cada momento, el engaño de la actividad insensata y confusa, y halla, tras de la realidad de la vida, el Arquetipo platónico, la idea incorruptible que se brinda y comunica en toda su inviolada verdad.

Y en la revelación estética sale el espíritu de su olvido carnal, aviva la memoria y suma al deliquio menor del arte el místico recuerdo de su esencia:

A cuyo son divino
mi alma que en olvido está sumida
torna a cobrar el tino,
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Los fines económicos de la existencia conociéndose el alma a sí misma los desdeña; *mejoras en pensamientos,* aléjase del vulgo, y, aun la propia belleza objetiva, antójasele engañadora y caduca. ¡Tan encumbrado es el destino humano, que la propia hermosura parece negarse con el objeto de obtener de su anonadamiento la sabiduría más alta de todas: la ciencia teológica y moral!

Cesa entonces o, por mejor decir, pasa a su segundo plano la musical armonía de las cosas corpóreas; aguarda a ser no más el cortejo humilde de la Increada Armonía. El místico oyente

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera
y oye ahí otro modo
de no perecedera
música que es de todas la primera.

¿No percibís uno como movimiento recóndito que parece animar en su bella estructura interna a la estrofa?:

...Otro modo
de no perecedera
música...

¿Sentís cómo se disloca o rompe un ritmo para realizarse en otro superior?

En la quinta estancia es la visión del Cristo Músico. Pitágoras cuenta que Jámblico había inventado cánticos para aplicarlos a las diferentes situaciones del espíritu. Unos destinados a calmar la cólera; otros a enardecer la voluntad abatida; otros, en fin, a infundir el alma humana en el número cósmico, unificándola de este modo, como en el sonar indistinto de una campana, con la fórmula todopoderosa generadora de dioses y hombres.

Fray Luis de León que, como Pitágoras, oyó la música de las esferas, hácela proceder del Gran Artista de los mundos. El mismo suena la *cítara sagrada* cuya armonía sostiene la fábrica del universo. ¡Qué asunto para inspirar a un gran pintor cristiano, como Fray Angélico de Fiésole! Si el pintor de Italia hubiera podido conocer los versos del poeta castellano, acaso tan asiduo frecuentador de los ángeles como fue, habríanos legado la imagen pictórica del Cristo Músico y podríamos hoy, quizá, admirar la gloriosa aparición a manera de *icono bizantino,* suave Cristo de ondulados cabellos, larga y áurea barba y labios de bendición, cuya *rara finura* destacaría en el azul y oro de un esmalte perdurable, entre coros de serafines y arcángeles que, fundidos en un arco-iris místico, como los que Dante vio, lanzarían a los vientos de la Rosa y corearían con sus trompetas y címbalos el sonar de la cítara divina. Sólo Bach, en el *Sanctus* de una misa sublime nos acercaría, en alas de su música alegre y seráfica, a este Cristo músico de Fray Luis que

Con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Mas, no creáis que, por el rumor de la música divina, por la misteriosa comprensión subitánea de los ritmos esenciales del mundo, deja de vibrar la música terrena; sino que

Entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

El ritmo del arte del ciego Salinas fúndese —nos advierte el poeta—, en la música increada. Es un concierto único con el real sonido que perciben los oídos y el que presiente el alma en su éxtasis. La música del mundo se convierte en una efusión de la música universal; y la mano del catedrático de Salamanca cíñese inescrutablemente al compás que mueve la cítara de Dios.

Por fin, el alma, de la prisión corporal, vuela al cielo del deliquio:

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

"El alma, dice Plotino en su célebre descripción del éxtasis [1], no ve a Dios si no logra desvanecer la inteligencia que en ella reside... No existe ya intervalo alguno, dualidad; ambos, alma y Dios, son uno mismo; imposible sería distinguirlos mientras permanecen en presencia. La intimidad de esta unión es la que imitan, aquí abajo, quienes aman y son amados, al tender a fundirse en un solo ser. En este estado, el alma no siente su propio cuerpo; no sabe si vive, si es hombre u otra cosa distinta del mundo"...

El estado anímico descrito por el místico pagano de Alejandría lo describen también los versos del fraile agustino:

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura...

¡Sólo para la perfección del éxtasis alienta el espíritu! Es una completa afasia de todo sér individual; abdicación absoluta, pleno abandono de la criatura que gravita hacia el Creador. La fascinación musical ha ido, paso a paso, de escaño en escaño, ascendiendo por la mística escala de Jacob. Abajo duerme la carne su amodorramiento esencial. Arriba se deslizan los ángeles. En la sima nubosa, que el alma huella al fin, la luz increada se muestra. Habla Dios. El poeta nos pinta su sensación de infinito, su musical transporte, su enajenación victoriosa, inconsciente, que vuela sin obstáculos, sin resistencia, sin alas, en los limbos etéreos de la revelación. La armonía cósmica invadió el corazón humano. Dentro del pecho del poeta canta el murmullo universal. La entraña palpitante, redimida de su comercio con los hombres, sentiría brillar dentro de sí los astros, correr los ríos del mundo, trinar las aves y erguirse las montañas perforando el cielo. Al fin ya no hay variedad pintoresca, diversidad tumultuosa, polifonía, sino desmayo y paz:

¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Dúrase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

---

[1] Eneas, III, II.

Pero la generosidad de Fray Luis no ha de permanecer más de un instante en el goce estético y místico, sin llamar a los hombres, como Beethoven en el coro final de la IX Sinfonía, a participar de la dicha que lo embarga. Gozará en el bien de los otros. Un cristiano sabe que su felicidad egoísta es sólo quimera satánica, torpe y maldita ilusión. Quien desee ser feliz ha de poner su ensueño en otro ser, en todos los seres capaces de ventura. ¿Cómo se contentaría si supiera que hay otros descontentos? ¿Cómo se regocijaría si hubiera tristes? ¿Cómo amaría a Dios si no se esforzara en hacer que todos le amasen?...

Por eso, la quietud de su bien singular se interrumpe de pronto con el recuerdo de sus hermanos; y, discípulo del Jesús que predicó en el Monte las Bienaventuranzas, clama con tierna voz:

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo, sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo demás es triste lloro.

Y mientras los amigos llegan al llamado del poeta, él hace votos por que no cese de sonar la música de Salinas, arrebatándolo a las esferas de la contemplación, en tanto quedan sus sentidos para siempre muertos a la diaria y confusa brega del vivir.

Señores Académicos:

El heroico fraile agustino, heroico conforme al gallardo tecnicismo de Gracián, es, acaso, entre todos los poetas castellanos, el más perfecto. Recuerda por su lírica entusiasta y serena la noble poesía clásica; y, aunque, como dijera un insigne crítico, hubo en su arte relieves de Horacio, vibra en su corazón la centella divina del Calvario. La Flor sangrienta del Cristianismo perfumó su plectro y cristalizó su ideal; el cielo de los mártires formó su paraíso; la virtud superior de su numen fue la caridad. Cabalmente por ello ha de contarse entre los grandes líricos de la Historia. Porque, ¿qué es la civilización occidental sino la síntesis maravillosa de la eterna sonrisa de Grecia y las lágrimas de Jesús?...

Me represento yo a Fray Luis en la propia ciudad de Minerva y en los días gloriosos de Pericles y Platón. Mírolo discurrir por las calles de Atenas, no ciertamente como advenedizo, sino como ciudadano legítimo de aquella ejemplar ciudad. Los mármoles y los hombres de entonces sentirían, tal vez,

no serles extraño del todo el fraile extranjero; y el viento mismo, siempre amigo de Athenea, soplaría, quizás, suavemente, moviendo los pliegues del sayal agustino y les haría tomar la disposición armoniosa de los de las estatuas que Fidias labró; porque el poeta castellano, así en su prosa acabada, como en sus odas perdurables y sus perfectos sonetos de amor, nos trasmitió redivivo el secreto de la íntegra belleza que Apolo derramó a raudales sobre el suelo del Atica, propicio al Ideal.

Ahí quede Fray Luis devuelto a sus hermanos vencedores, los líricos griegos y latinos; pero más cerca de nosotros por su amor nazareno y su bendita abnegación. Quede con su Cristo en las manos y su piedad profunda en el alma, y sienta, tal vez, que la diosa de glaucas pupilas atónitas le brinda una de sus miradas predilectas mientras en su pecho se enciende la llamarada de la Cruz.

RESPUESTA AL DISCURSO DEL DR. ANTONIO CASO

Por el Director José López Portillo y Rojas.

LA recepción oficial de nuestro colega don Antonio Caso como individuo de número, reviste los caracteres de un verdadero acontecimiento para la Academia; porque el joven recipiendario llega a nosotros cargado de méritos y de fama justamente ganada. Ya, desde la adolescencia, y antes de terminar la carrera de abogado, habíase distinguido entre sus compañeros por la claridad de su inteligencia, por la profundidad de sus percepciones y por su fácil y brillante palabra. Apenas concluídas sus labores profesionales, fue nombrado catedrático de Filosofía, asignatura que todavía desempeña, y, a poco, incorporado en la Universidad Nacional, donde ha ido ascendiendo en honores y en consideración, hasta ser hoy día Director de la Escuela de Altos Estudios. Entretanto ha enriquecido su espíritu con fuerza y variados conocimientos, ha penetrado más hondamente las verdades filosóficas y ha dotado nuestra literatura de nuevos y serios trabajos científicos. No le conozco lo bastante para afirmar que, a consecuencia de sus personales meditaciones, hayan evolucionado sus ideas; sólo sé que es un filósofo espiritualista, y ha dejado a la espalda las deprimentes doctrinas profesadas por la antigua Escuela Preparatoria.

Y sé también que, cuando el ilustre y joven Ministro de Instrucción Pública, García Naranjo, exclamó al abrirse los cursos universitarios de cuatro de febrero de 1914: "¡al lema del grande educador Barreda de 'saber para prever, prever para obrar y obrar por amor', podéis añadir este otro postulado: 'soñar para creer y creer para crear'"; contestó ese grito el señor Caso con palabras análogas, impregnadas de nobleza y de entusiasmo. Desde esa fecha memorable, merced a los esfuerzos combinados de aquel Ministro y de este catedrático, quedaron rotas las cadenas que ataban al bajo suelo las almas de la juventud estudiosa, pudieron volar libres los espíritus por la región del ensueño, y el Ideal, largo tiempo oscurecido, tornó a brillar allá arriba para los ojos hambrientos de luz y de esperanza.

El señor Caso se ha consagrado por entero al estudio de la filosofía, y, aunque su juventud sea extremada, merece ya el título de verdadero filósofo. Así lo testifican a una sus conversaciones, sus discursos y los libros que ha publicado; sobre todo, aquel admirable que lleva por título *La existencia como economía, como desinterés y como caridad,* en el cual demuestra de profunda y bella manera, que el amor de sí mismo, el del arte y el del prójimo forman la triada sacra de donde dependen el desarrollo, la grandeza y la hermosura de la vida.

Es un hecho extraordinario que el señor Caso haya seguido ese difícil camino, por el cual tan pocos espíritus se aventuran en nuestro país. El barón de Humboldt, al tratar de nuestra civilización en 1803, habló de los progresos que halló en la Nueva España en los estudios matemáticos, químicos, botánicos y mineralógicos; y no tuvo una sola palabra de elogio para los filosóficos, lo que indica que no los encontró dignos de loa, porque observador tan sagaz y concienzudo como él, no hubiera pasado inadvertido un punto tan importante como éste, a haberlo hallado merecedor de encomio. Pero esta falta de aptitud para dicho género de lucubraciones, no es deficiencia propia de nosotros y de todos los hispanoamericanos; la hemos heredado de la raza que nos conquistó y formó nuestra nacionalidad. El ingenio español no parece haber sido formado para la Filosofía; la naturaleza empújale por otros derroteros donde brilla con inusitado esplendor. La historia de la Filosofía así lo demuestra, pues en tanto que en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y hasta Suiza ha habido filósofos eminentes, creadores de nuevos sistemas y descubridores de vastos horizontes ideológicos, nótase que en Iberia hay penuria de ese género de celebridades. El más famoso de sus filósofos en la antigüedad, fue Séneca, grande, sin duda alguna, pero inferior a Cicerón. San Isidoro de Sevilla brilló más en los concilios y en sus disputas con el Obispo de Céfalos, que en sus disquisiciones filosóficas. El Doctor Iluminado, Raimundo Lulio, alcanzó una celebridad mezclada, de filósofo y de alquimista. Miguel Servet y Luis Vives fueron más bien polemistas reformadores, que escritores de Filosofía. Donoso Cortés, Giner de los Ríos, Azcárate, Canalejas y Sanz del Río merecen el nombre de aficionados ilustres, pero no de maestros, ni menos aún el de innovadores en las ciencias filosóficas. Sólo don Jaime Balmes es acreedor a los honores y al nombre de gran filósofo, porque sus obras son de un verdadero genio, tanto las de Filosofía Elemental y Fundamental, como ese precioso opúsculo *El Criterio,* que en breves y sencillas páginas contiene observaciones profundas y enseñanzas admirables. Es evidente que si Balmes hubiese sido francés o alemán, tendría un renombre tan excelso como el de cualquier otro de los grandes filósofos de esos países. Unicamente la mala voluntad que la mayor

parte de Europa ha tenido hacia España con motivo de las guerras religiosas del siglo XVI, puede explicar el desdén con que ese gran pensador ha sido visto por los historiadores modernos de la Filosofía.

Pero un solo gran filósofo no acredita a España como fecunda productora de filósofos. En cambio, raya muy alto como madre de teólogos y de místicos, y acaso pudiera decirse que, en esta línea de producción, aventaja con mucho a todas las otras naciones.

Los mexicanos hemos heredado, repito, de la madre España la infecundidad filosófica, pues, hasta ahora, no hemos tenido verdaderas eminencias en esa línea; porque ni Munguía, ni Barreda, ni Parra pueden aspirar a las palmas de un triunfo mundial. Por eso llama la atención que nuestro estimado colega, el señor Caso, haya consagrado todos o casi todos sus desvelos a las arideces de esos estudios.

Pero el señor Caso no es un filósofo chapado a la antigua, un eterno suscitador de problemas viejos, un sutilizador del pensamiento, un disputador incorregible; sino un brillante sembrador de ideas, un obrero infatigable de concordia y armonía de concepciones y pensamientos, un pacificador de conciencias, un revelador de inmensidades y de luces. No tiene la imaginación opaca, ni el corazón frío, sino, por el contrario, relampagueante aquélla y férvido éste; y logra así dar a sus enseñanzas un esplendor de amanecer y un calor de vida, que no sería fácil encontrar en la palabra de otros maestros. El señor Caso no es un filósofo a secas, sino un filósofo artista, esto es, un amador de lo verdadero tanto como de lo bello. No se parece a Duns Scott, aquel inglés, escocés o irlandés (que no se sabe a punto fijo lo que haya sido), que por sus razonamientos alambicados y por sus rebuscados argumentos, mereció el nombre de *Doctor sutil;* ni se parece tampoco al brumoso Jorge Federico Guillermo Hegel a quien Otto von Leixtner atribuye la confesión de que sus doctrinas fueron entendidas por un solo hombre, y de que este hombre único las entendió mal.

La filosofía del señor Caso es muy clara y seductora; sus enseñanzas producen convicción a la vez que deleite; puede hablar de las cosas más abstrusas sin peligro de aburrir a sus oyentes o a sus lectores. Posee a la vez la profundidad de un alemán; la claridad de un francés y la elocuencia de un español. Es una perfecta especialidad en su género; difícilmente habrá quien le iguale, ni mucho menos quien le aventaje en nuestro medio, porque, de aquellos que se consagran a los estudios filosóficos, los unos pecan de oscuros, si son profundos, y los otros de frívolos, si son claros. A muy pocas inteligencias les es dado tener a la vez fuerza y gracia, como a la de nuestro colega.

El doctísimo discurso que acabamos de escuchar constituye la mejor prueba de mis asertos. El señor Caso, en un trabajo tan breve como brillante,

parecido a viva ráfaga de luz, nos ha hecho ver cuánto hay de bello y profundo en la oda *A la Música* de Fray Luis de León; poesía que todos nos sabíamos de coro, como el mismo orador acaba de decirlo, pero que, en realidad, nos era desconocida en su esencia íntima, porque no habíamos penetrado su profundo sentido. Habíamosla paladeado como sabroso fruto de jardín apolíneo; pero ignorábamos que fuese un canto seráfico, un suspiro de éxtasis, un himno triunfal de unión con el Creador en su obra universal y divina. Ese elocuente comentario nos lo ha explicado todo, y de hoy en más, sabremos admirar mejor, sabremos dar todo el valor que entraña esa oda excelsa; acaso Fray Luis de León no haya tenido nunca comentador más apto ni más fiel intérprete que su actual panegirista.

Nadie hubiera sospechado que esa poesía, que no es, ciertamente, la más celebrada ni la más citada de todas las del gran teólogo belmontés, tuviese tan hondo y trascendental significado; ahora lo sabemos ya: hay en ella soberana irradiación de ideas, celestial arrobamiento, fusión espiritual con la obra de Dios; y, bien mirada, no es más que una síntesis musical formada por los ideales helénicos y el vivo amor cristiano. ¿Cómo fue a encontrar el joven filósofo esa áurea veta antes no explotada, en terreno tan andado y conocido como la colección de poesías de Fray Luis de León? El poder del pensamiento, la intuición del arte y la elación de su alma contemplativa, hiciéronle, sin duda, tan preciosa revelación.

Paréceme poder explicar el proceso mental de nuestro colega al concebir y desarrollar el estudio con que acaba de regalarnos.

Los datos que ha de haber tenido en cuenta, fueron los siguientes: el fraile poeta, el artista ciego, y el instrumento músico de que éste se servía.

Víctima de odios y de envidias, recluído cinco años en un calabozo por el delito de haber traducido el *Cantar de los Cantares* en lengua romance, en tiempos en que la Inquisición había prohibido la lectura de los *Sagrados Libros* en otro idioma que no fuese el latín, el manso e inspirado fraile, sin pizca de rencor en el alma a pesar de la inmensa injusticia con que fue torturado, lleno de fe viva y de amor de Dios en medio de sus tribulaciones, divertía las horas de su triste cautiverio con escribir *Los nombres de Cristo, La Perfecta Casada* y otras obras inmortales. Y cuenta que ese personaje no fue sólo sabio, sino también poeta, y no sólo poeta y sabio, sino varón recto y justo por encima de todo.

Por otra parte, presentaríase a la vista del orador el ciego Salinas, a quien la oda va dedicada, artista inspirado, que con sus notas daba alas a los pensamientos del fraile para que volasen por los espacios inmensos, al par que hacía latir su corazón bajo el influjo de un amor puro, ultraterreno. Ese músico debe haber sido semejante a aquellos otros artistas que, durante

la Edad Media y en los albores de nuestra moderna edad, vivieron en contemplación perenne de los infinitos misterios, y sabían dar a sus obras un tinte de misticismo tan arcano y sutil, que parecían ejecutadas por las manos mismas de los ángeles. La música de los ciegos... ¡qué música tan honda y sentida, tan patética y conmovedora! Ningún hombre de ojos sanos podrá expresar por medio de la voz propia o de instrumento acordado, aquello que los artistas ciegos dicen cuando cantan o hacen cantar a los instrumentos que usan y gobiernan. Porque los ciegos no sólo oyen por los oídos, sino que ven, piensan, sienten, aman y suspiran por virtud de ellos, y a compás también de las armonías jamás escuchadas que en sus espíritus bullen y se agitan. De las notas apasionadas y sobrehumanas que salen de sus labios o del seno de los instrumentos donde depositan sus sueños y pesares, se forma su música misteriosa y dolorida. Salinas debe haber sido uno de esos artistas tocados por la mano de Dios para el sufrimiento y para el encanto; uno de esos augustos soñadores perdidos en las tinieblas de la vida, que van entonando por la áspera senda que recorren, himnos melancólicos y dulces, donde mezclan y confunden con la confesión de sus penas, la evocación de sus ensueños solitarios. Por eso logró herir tan vivamente con su arte el alma del maestro León, y le hizo prorrumpir en esa oda majestuosa, eco poético de su música sollozante.

¿Qué instrumento sería el que usaba Salinas? Nada sabemos a este propósito, o, al menos, lo ignoro yo; pero tengo para mí que debe haber sido el órgano imponente, y no cualquier otro vulgar y al alcance de todos, de esos que sirven para traducir las alegrías terrenales y las frivolidades de la vida. Y créolo así, porque ese instrumento es sagrado, porque en sus tubos armónicos parecen vivir escondidos los ángeles, y porque, cuando se alza y derrama su voz por las bóvedas del templo, siéntese el alma transportada arriba, muy arriba, hasta la región en que navegan los astros, y escucha allá en la altura suspirada hacia donde vuela el incienso, los cantos de las vírgenes, de los mártires, de los querubes, de los arcángeles, de todos los seres alados y puros que giran en derredor del trono del Altísimo. El inspirado fraile debe haber sacado sus deliquios poéticos de los arrobos en que le hacían caer las sacras notas que llenaban el templo donde oraba de rodillas. No puede ser de otra manera; porque Fray Luis no conoció más trabajo que el estudio, ni más placer que la plegaria, ni más mundo que el de la Iglesia, ni más inspiración que la del cielo.

El señor Caso dispuso, pues, de todos esos elementos al escribir su discurso, y tal fue el cuadro que tuvo a la vista, cuando el sagrado tábano le hincó el dardo inspirador en el conmovido espíritu. ¡Qué móviles tan nobles y magníficos para echar a volar el encendido verbo de un filósofo artista! Y hay que confesarlo, ni el talento ni el arte del orador quedaron por lo

bajo de tan ricos antecedentes; todos los aprovechó con maestría, y supo sacar de ellos consideraciones tan graves y conceptos tan elevados, que bien puede decirse que su trabajo raya a la altura de la poesía misma a que sirve de escolio.

Bajo forma puramente literaria en la apariencia, el discurso del señor Caso envuelve todo un sistema, no sólo de filosofía, sino también de altísima teología. El alma, solicitada por los dulces acentos de la música, se transporta a las regiones astrales; la poesía no es más que música hablada, cuya esencia es el canto, y el canto humano es nota vagorosa, perdida entre el cielo y la tierra, eco de la eterna armonía del universo, de esa música que Pitágoras percibió en el ordenamiento de los astros, dispuestos en el éter a distancias que corresponden a tonos y semi-tonos, y que, al cruzar el espacio en sus inmensas órbitas, van produciendo notas magníficas y concertadas. Y esa misma música sublime no es, a su turno, más que un himno parcial de los salmos eternos que en las regiones de lo invisible, alzan los espíritus deslumbrados por la visión de la verdad y heridos por el rayo del amor.

Recordemos cuán bellamente se expresan estos sentimientos en el discurso que hemos oído: "Sonó la lira y comenzó el ensalmo. Es, cabalmente, el hechizo del Arte que, como disfruta del mundo, no para la satisfacción ruin del apetito ni para la realización de fines individuales, siempre mezquinos, sino para la desinteresada contemplación que lleva en sí su fin, suprime de golpe el ardor de la pugna de cada momento, el engaño de la actividad insensata y confusa y halla, tras de la realidad de la vida, el arquetipo platónico, la idea incorruptible que se brinda y comunica en toda su inviolable verdad. Y con la revelación estética, sale el espíritu de su olvido carnal, aviva la memoria, y suma, al deliquio del arte, el místico recuerdo de su esencia:

A cuyo son divino,
mi alma que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Así se llega a la adoración del Sumo Bien por medio de la admiración estética, y así también se llega al amor de la virtud por medio de los deliquios del éxtasis. Los senderos del Arte son el camino de Damasco para los espíritus superiores y contemplativos.

Y sigue diciendo el señor Caso: "Tan encumbrado es el destino humano, que la propia hermosura parece negarse con el objeto de obtener de su anonadamiento, la sabiduría más alta de todas, la ciencia teológica y

moral... Cesa entonces, o, por mejor decir, pasa a un segundo plano la musical armonía de las cosas corpóreas; aguarda a ser no más el cortejo humilde de la increada Armonía. El Místico oyente:

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye ahí otro modo
de no perecedera
música que es de todas la primera.

La cita de Jámblico es muy significativa. Según este filósofo, tardío discípulo de Pitágoras, su gran maestro había inventado diferentes cantos. Algunos de ellos, iban destinados a fundir el alma humana en el número cósmico, unificándola con él, como el sonar indistinto de una campana, con la fórmula todopoderosa generadora de dioses y de hombres. "Fray Luis de León que, como Pitágoras, ha dicho el orador, oyó la música de las esferas, hácela proceder del Gran Artista de los mundos".

¡Cuán honda ha sido la huella que ese filósofo heleno, medio histórico y medio mítico, del que se dice bajó a los infiernos y tuvo cuatro reencarnaciones antes de llegar a su vida de sabio, ha dejado en el mundo del pensamiento, en el de la moral y en el del arte! Desde la hipotenusa del triángulo hasta la teoría de los números, desde la aritmética hasta la moral, y desde las leyes del bien obrar hasta la música del Cosmos, todos los grandes descubrimientos, raciocinios y sistemas que se han sucedido en la historia de la civilización, parecen tener algún enlace con las enseñanzas pitagóricas. Hasta la misma religión de Cristo halla en ellas el auxilio de una estética sublime. Esa estética que parte de la tierra, abarca todo lo creado, y va a ofrecer el universo resonante a los pies del Hacedor de los mundos, en homenaje a su gloria.

El señor Caso, dígolo con profunda satisfacción, no concreta sus lucubraciones a elevadas y bien concertadas teorías. Ese apasionado de la belleza, ese cantor del arte, predica la práctica del bien antes de toda enseñanza. He aquí, en prueba de ello, cómo termina su tratado de *La Existencia como Caridad*: "Lector: Lo que aquí se dice es sólo filosofía, y la filosofía es un interés de conocimiento. La caridad es acción. Ve y comete actos de caridad. Entonces, además de sabio, serás santo. La filosofía es imposible sin la caridad, pero la caridad es perfectamente posible sin la filosofía, porque la primera es una idea, un pensamiento, y la segunda una experiencia, una acción. Tu siglo es egoísta y perverso. Ama, sin embargo, a los hombres de tu siglo, que parecen no saber ya amar, que sólo obran por hambre y por codicia. El que hace un acto bueno,

sabe que existe lo sobrenatural. El que no lo hace, no lo sabrá nunca. Todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de un hombre de bien".

Después de haber reproducido ese párrafo tan elevado como noble, sólo me toca enmudecer; nada podría decir que estuviese a la altura de esas ideas y de esos sentimientos.

¡Dichosos los pensadores que, como el señor Caso, saben entender a Fray Luis de León en lo que tiene de más profundo y trascendental, y sacar de su anhelo de verdad y de belleza, no consecuencias de propio solaz y egoísta engreimiento, sino hosannas grandiosos al infinito y férvidos impulsos de amor a todas las criaturas.

EL LICENCIADO JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS PROSISTA *

por ALBERTO MARÍA CARREÑO.

TAREA grata es a fe la que me ha encomendado para esta noche la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española: exponer ante vosotros un juicio siquiera sea brevísimo del ilustre académico que por hoy dirige nuestras labores.

Y tras de grata es fácil, no porque yo posea las dotes necesarias para hacer resaltar los merecimientos de quien es amigo entre los amigos, caballero entre los caballeros, escritor entre los escritores, sino porque esos merecimientos son tales, que quien no los haya conocido por sí mismo, los habrá escuchado de labios justicieros; y si ni una ni otra cosa hubiera acontecido, bastaría contemplar con desapasionamiento el homenaje que hoy le rinden, más que sus amigos, sus admiradores, para darse cuenta del valer intelectual y moral de nuestro Director, del Licenciado don José López Portillo y Rojas.

Y yo, que me honro en ser su admirador más que su amigo, con ser tanto esto último, no puedo menos que sentirme contento al hacer pública mi admiración, ya que resulte incapaz de ser su crítico.

Permitidme, damas y caballeros que me escucháis; permitidme, señores

---

* La extraordinaria actividad de que en brevísimo espacio, dio muestra el Director de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española, Sr. Lic. Don JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, con su última novela *Fuertes y Débiles,* con su colección de novelas cortas, que intituló *Historias, Historietas y Cuentecillos,* con su estudio acerca de Enrique VIII, que leyó en varias sesiones de la misma Academia, y con sus discursos dichos en las recepciones de los académicos Sres. Romero de Terreros, Cordero, Quijano y Caso, movió a dicha Academia a celebrar una sesión especial en homenaje a su Director. El elogio del POETA se confió al Sr. académico Don Manuel Puga y Acal, y al académico Carreño el elogio del PROSISTA.

La sesión se verificó en 9 de abril de 1921. Desgraciadamente no se ha encontrado el discurso del Sr. Puga y Acal.

colegas, que a pesar de esta última declaración yo intente expresaros mi sentir acerca de la hermosa y fecunda labor del prosista, puesto que persona docta y cultísima os ha hablado del poeta, del inspirado poeta que es el señor López Portillo, --no obstante que con sencillez extraordinaria él se ha empeñado en poner a la sombra esta parte tan importante de su vida literaria—, como la lectura de sus composiciones poéticas os lo ha permitido comprobar.

Surge a la vida intelectual en Guadalajara, que ha dado ya dos directores a nuestra Academia; su padre es un hombre de letras que deja hondo surco en las inteligencias que cultiva, y es imposible que no ahonde más en la de su propio hijo, sobre todo cuando ve que está dotada de los gérmenes propicios para dar opimos frutos.

Muy temprano, por esto, el futuro director de este instituto comienza a mostrar de cuánto es capaz, a la manera de esos frutales que al asomar la Primavera, cúbrense de flores que son presagio cierto de la riqueza que su savia encierra.

De su pluma juvenil brotan con tanta robustez como gallardía sus *Impresiones de Viaje,* cuando regresa de Europa, de Egipto y Palestina el novel abogado quien, como recompensa por los éxitos alcanzados para terminar su carrera, había recibido de sus padres los elementos necesarios para ir en pos, en otros centros de cultura, de la que buscaba ansioso su espíritu siempre ávido de enriquecerse con nuevos y más importantes conocimientos.

Pero el periodismo le atrae con fuerte impulso y en diminuta hoja volandera a la que da el nombre de *Exhalación,* surge el periodista que más tarde funda y sostiene *La República Literaria.*

Nuestro nunca bastante sentido publicista don Victoriano Agüeros nos ha dado menuda noticia de lo que fue entonces la fructuosa labor del señor López Portillo: en aquella publicación que constituirá siempre un timbre de gloria para las letras nacionales y especialmente para las jaliscienses —si hemos de pensar en la "patria chica" de nuestro Director—, éste insertó brillantes artículos literarios, históricos y de crítica, leyendas y novelas, poesías y estudios sociales y económicos, que habían de ser base y sustentación del renombre literario y científico que alcanzaría más tarde el escritor de Guadalajara; y para que no se piense que es sólo el afecto el que me mueve a tributarle un elogio, oíd lo que asentó aquel antiguo miembro de nuestra Academia y meritísimo hombre de letras:

"El orden —dice— el método, la serenidad de estilo que avaloran estos trabajos, revelan al escritor concienzudo, que estudia y observa, que

analiza y medita, y que procura siempre acrecer el caudal de sus conocimientos con los progresos que día a día alcanzan todos los ramos del saber humano".

Y lo que Agüeros aseguró al iniciar la recopilación de los trabajos del señor López Portillo en su interesantísima *Colección de Autores Mexicanos,* es la mejor síntesis que puede formularse respecto de lo que con posterioridad a aquella obra ha publicado nuestro Director.

Tal parece, sin embargo, que la vida en sus múltiples manifestaciones de ruindad y de grandeza, de amor y de rencores, de vicios y de virtudes, lo ha movido por modo especial para buscar dentro de su urdimbre, como el cirujano experto las tumefacciones entre los tejidos musculares, todo cuanto hay de malo, de mísero, de horrible, para que al tenerlo ante la vista se sienta la necesidad de extirparlo.

Pero amante de lo grande y de lo sublime, se ha empeñado, a través de su vida entera de escritor, en poner de relieve cuanto hay de bueno, de valioso, de bello en las acciones de los hombres, para hacernos sentir también la necesidad de obrar como esos seres que han brotado no sólo de su cerebro potente y lúcido, sino de su corazón sensible y tierno.

Por ello tal vez deba considerarse la obra del novelista como la capital y por excelencia del señor López Portillo; porque cuando se recorren las largas páginas que en el campo de la novela ha escrito, páginas que puede leer sin rubor la más púdica doncella, no se sabe qué admirar más: si la profusión de las circunstancias que ha sabido encontrar en la existencia de los hombres, o si la gallardía con que ha logrado presentarlas o si la habilidad con que ha podido poner ante nuestros ojos cuadros completos de nuestra vida nacional.

Nada, sin embargo, será mejor para darse cuenta de esto último, que conocer las ideas que el novelista ha tenido en mira y las cuales puso como pórtico al primer tomo de sus novelas cortas.

"¿Qué es este libro? —se pregunta—. Una colección de imágenes tomadas al paso por un caminante; una serie de cuadros ya tristes, ya alegres, sorprendidos en el seno de la multitud; una sucesión de episodios obscuros, pero acaso no destituidos de interés, arrancados a la historia humana. Figuran en estas páginas niños sencillos o viejos fatigados, jóvenes enloquecidos por el amor o corazones desgarrados por los celos, espíritus subyugados por la preocupación o almas transfiguradas por la virtud; pero todos alientan la vida nuestra, ni mejores ni peores, ni más grandes ni más pequeños que nosotros. Toda es carne humana estremecida por el placer o crispada por el

dolor; tibia, palpitante, ya se muestre ceñida de abrojos o ya aparezca coronada de flores.

"Pulsaciones de vida y latidos del corazón van encerrados en estas hojas, pulsaciones y latidos que andan buscando el ritmo simpático de otros corazones con quienes puedan ponerse al unísono.

"Los tipos humanos que pueblan el planeta desfilan a nuestros ojos, hermosos los unos, feos los otros, épicos aquéllos, éstos miserables; resplandecientes de virtudes o comidos de vicios, llevando en el organismo la tacha de degeneraciones ancestrales o bien el sello divino de una herencia luminosa. La naturaleza evoluciona en la tierra y en el cielo, según sus leyes inmutables y dibuja en el horizonte auroras victoriosas y diluye en el ambiente las melancólicas tintas de la tarde, o arroja sobre el mundo su mortaja de sombras, entre las cuales se desarrollan el drama y la tragedia. Y la vida humana, en el seno de la que alientan las cosas, discurre monótona en conjunto, porque todas las criaturas tienen excelencias o miserias de un mismo orden; pero es infinitamente variada en sus detalles, porque cada individuo, por humilde que sea, tiene su historia de risas y de lágrimas, y toda biografía bien considerada es un pequeño poema.

"Quien ha recibido de lo alto —agrega el escritor— el impulso divino de la simpatía hacia todas las cosas y hacia todos los hombres y se siente conmovido por emociones íntimas al menor contacto con el mundo externo, no puede ver con indiferencia ningún espectáculo, grande o pequeño, alegre o triste, de los que ofrece la vida; ni oír, sin estremecerse, el acento regocijado de la risa, o la nota desgarradora de la queja. Va recogiendo en su interior las impresiones que recibe de todos los seres, y, en armonía perenne con ellos, canta las glorias de lo creado, como las avecillas canoras y como el aura vocinglera de los campos; y vibra con el infortunio o con la felicidad de los hombres, como tañían estremecidas por el viento las liras de Eolia o las arpas del Eufrates.

"Este libro —concluye el novelista— es como una porción del mar de la existencia, agitado por el soplo de las pasiones; cada una de las historias que contiene, cada uno de los episodios que relata es como una ola levantada o como un estremecimiento dibujado en la superficie del piélago. Paréceme que de su conjunto se levanta un clamor de voces contradictorias, que cantan y gimen un coro confuso, procedente de la variedad de los destinos humanos; como guardan en su claustro las conchas marinas sordos ecos de la voz de la tempestad en que se mecieron.

"¡Ojalá surja de su seno, como se eleva del mío, una santa, una inmensa piedad por el hombre!"

De cuerpo entero se muestra el novelista; su pluma al describir entre bellezas literarias y esplendores artísticos —marco elegantísimo que encierra el cuadro que nos pinta— las miserias o las grandezas de los hombres, va mojada en piedad, en inmensa piedad, y así se explica que al leer las obras novelescas del Director de nuestra Academia, se sienta el alma conmovida y en más de una ocasión tenue suspiro se escape de nuestros pechos o de nuestros ojos se desborde lágrima furtiva.

Recorred si no las múltiples novelas cortas del señor López Portillo y si a veces la sonrisa asoma a flor de labio porque el donaire del escritor nos lleva suavemente a través de los aspectos ridículos de la humanidad, —como amarillenta pajita arrastrada por tímido arroyuelo va bordeando las piedrezuelas que estorban el curso de la transparente linfa—, en ocasiones nos sacude el alma por el dolor que nos produce el contemplar una esperanza tronchada, una ilusión perdida, una vida que se extingue cuando más útil o cuando más feliz debiera ser.

Porque este observador admirable ha sabido sorprender toda la gama de la vida; de lo ridículo a lo sublime, de la serena paz de la conciencia a la tormentosa agitación de las almas, y por ello en ocasiones nos ha hecho asomar con dolor, sí, pero con espanto también a la tragedia.

Seguramente habréis reído con el *Primer Amor* o con *Puro Chocolate*: pero recordaréis con azoro, por ejemplo, aquella *Luz de Rayo* que permite a Benito Figueroa, enloquecido en el momento de casarse con Aurelia, volver a la razón para sólo darse cuenta de que la esposa, abandonada a su dolor, rinde al fin su juventud a otros amores; y entonces loco de nuevo, con mano incontenible la estrangula, tras breve contienda entre la desesperación y el espanto, entre la fuerza brutal de la locura y la debilidad sin auxilio de la esposa infeliz.

Espectáculo distinto y sin embargo igualmente doloroso y admirable nos presenta Sor María Margarita, que al saber que son sus ojos los que despiertan al demonio de la lujuria en Francisco Ordaz, con resolución pasmosa los saca de sus cuencas, como en los días de las persecuciones romanas lo hiciera otra valerosa mujer a quien hoy se rinde culto en los altares.

Hay algo que no debe dejarse inadvertido en nuestro escritor, y es su habilidad de retratista. Parece que pone todo su sentimiento y toda su observación, cada vez que nos describe un personaje, en puntualizar menudamente no sólo aquellos indispensables datos que nos permiten ver el aspecto físico del personaje descrito, sino que lo pinta con tales rasgos y colores, que podemos asomarnos desde luego a su ser moral, de la manera misma que nos ocurre cuando se trata de individuos vivientes, que en el rostro llevan retratada el alma.

Pero no se crea que de modo exclusivo es el señor López Portillo y Rojas el retratista severo que moja sus pinceles en colores de acción y de vida; sino que es también caricaturista inimitable, que forzando ciertos detalles de la fisonomía o de la indumentaria que pretende representar, arranca de nuestros labios la prudente sonrisa o la sonora carcajada.

Cuando miro sus retratos, sin evitarlo pienso en el inolvidable y gran artista Santiago Rebull; cuando examino sus caricaturas, al punto surge ante mis ojos la risueña y traviesa fisonomía de Ernesto García Cabral: es decir, el arte más alto que, a mi ver, en estas dos diversas manifestaciones ha producido nuestra patria.

Decidme si esta semblanza de Matute, el abnegado y caritativo protector del Hospicio de Guadalajara, no es digna del pincel de Rebull: "Era don Juan José Matute, alto, blanco, fuerte, sonrosado, de cabellos albos y largos, echados hacia atrás de la oreja, de barba como la nieve, rizada y larga, rostro benévolo y mirada cariñosa (no amortiguada por los diáfanos espejuelos con aros de oro que, prendidos de las orejas, llevaba a caballo sobre la nariz) infundía tanto respeto como simpatía... sombrero de anchas alas le cubría y... larga capa española le envolvía desde la barba hasta los pies".

Y decidme también si este retrato de don Teodomiro Gómez y Pérez el entusiasta "virtuoso", el erudito "maestro de capilla" gloria y prez del arte musical jalisciense no es digno, por su lado, del irónico lápiz de García Cabral.

"Don Teodomiro andaba peinando los sesenta años, y era bajo de estatura, blanco y sanguíneo de color, de ojos extremadamente movibles, profusas, canosas y largas cejas, nariz bien perfilada, barba tirando a blanca, larga y corrida, boca no muy poblada de dientes y lacia y cenicienta cabellera. Había florecido en pleno período romántico y se había empeñado en no salir de él, a pesar del curso de los años; demencia denunciada no sólo por su alborotada melena, sino también por otras muchas extravagancias y caídas de su vida y carácter. Desgraciadamente su romanticismo, a pesar de ser de etérea esencia, andaba divorciado de la limpieza y pulcritud del traje y la persona; pues según lo decía con tono satisfecho y magnífico, sólo se bañaba una vez al año, por primavera, y no mudaba de vestido sino cuando el que portaba llegaba a quedar inservible: de suerte que andaba siempre empolvado, manchado, raído y no pocas veces hecho un harapo. Desde el momento en que se ponía un par de zapatos no volvían a recibir lustre, hasta que los daba de baja, y así continuaban durante varios meses todos los días más pardos, rozados y agujereados, con suelas comidas y tacones gastados, según se vislumbraba al través de los flecos del pantalón, molido y añascado en los bordes,

por los talones recios y duros. No pasaba su camisa por manos de lavandera: Don Teodomiro la cambiaba de cuando en cuando por otra nueva que se compraba y la vieja, hecha un lío, la echaba debajo de la cama o la arrojaba sencillamente a la azotea, como si fuera un proyectil".

Pues bien, como estas dos personificaciones, tomadas al azar de *Los Precursores,* pueblan la obra entera del novelista, mujeres hermosísimas o de risible fealdad; jóvenes y ancianos, rancheros y ciudadanos, personas de alto linaje o bien humildes plebeyos; mas cualquiera que sea el sexo o la condición del personaje, siempre se hallan seres dotados de vida real.

Treinta y tres novelas cortas han brotado del ingenio del señor López Portillo y en cada una de ellas ha revelado no solamente su conocimiento de nuestros hábitos y nuestras costumbres; sino que a manera de experto buzo que penetra las profundidades de los mares en donde halla ricas perlas, pero también monstruos pavorosos, ha escudriñado a maravilla el alma humana, muy más profunda que esos mares; y si bien dotada de virtudes que a las veces constituyen perlas riquísimas, suele presentar vicios y degeneraciones que son más horribles y monstruosas que cuanto de más espantable puedan contener los océanos.

Y la novela corta conquistó ya un laurel indiscutible para nuestro Director; porque si es verdad que la de grandes alientos quizá requiere más serenidad de criterio y mejor y más amplia concepción del argumento que se piensa desarrollar, a fin de no incurrir en divagaciones inútiles que entorpezcan más que favorezcan la acción, la novela corta exige quizá una habilidad mayor para que en los estrechos límites en que se desenvuelve pueda, sin embargo, hacer una acabada obra de conjunto. No es la novela corta un simple boceto que ha de convertirse más tarde en cuadro enorme; es por sí misma un cuadro completo, con todos los toques y retoques de una labor final, y así como suele ser más admirado el pintor que en pequeñísimo lienzo realiza una ejecución maestra, que el que puede aprovechar las dimensiones naturales de la figura humana, así acontece también con el escritor de novelas cortas.

Por de contado que quien tan bellas y acabadas las hacía cortas, perfectamente capacitado se encontraba para hacerlas mayores; y esto explica que podamos enumerar tres, a cual más bella: *La Parcela, Los Precursores* y *Fuertes y Débiles.*

Alguna vez observaba nuestro distinguido colega el señor Licenciado Enrique Martínez Sobral, que el novelista fue mejorando su producción en este linaje de escritos en una admirable gradación: la primera de estas no-

velas, se desarrolló en un pequeño poblado; la segunda en la hermosa capital del Estado de Jalisco y la tercera en la importante capital de la República.

Y paréceme que conforme el señor López Portillo y Rojas fue ampliando el campo en que se efectuaba el episodio que pretendió describir, se fue acrecentando la belleza de su obra literaria.

¿Qué crítico que ha leído *La Parcela* no se ha sentido subyugado por la fidelidad con que el señor López Portillo ha colocado ante nuestros ojos las eternas rivalidades en que suelen envolverse los propietarios de predios rurales, no sólo en nuestro país sino en el mundo entero?

¿Recordáis la sentencia del Deuteronomio: "Maledictus qui transfert terminos proximi sui". Maldito aquel que traspone los linderos de su vecino? (Cap. XXVII, v. 17).

Pues ella me hace pensar que desde los remotos días en que el hombre abandonó la vida errante y se asentó en sitios fijos y determinados, surgió la disputa por el término, por el lindero de las parcelas; y ¿qué son, en suma, las guerras internacionales, sino transgresiones de límites, despojo y destrucción de propiedades?

Pero nuestro Director no solamente puso de relieve estas características de la existencia de la propiedad que se finca en la tierra; sino que con mano experta nos trazó la vida rural mexicana, reseñando costumbres, reproduciendo lenguajes, copiando lo azul de nuestro cielo y lo esmeralda de nuestras praderas, y lo empinado de nuestras montañas.

¡Cómo no explicarse el entusiasmo del autor de *Peñas Arriba,* de don José María de Pereda, el admirable expositor de los hábitos campestres de España, al conocer *La Parcela,* de nuestro Director!

Original yo poseí y me fue gratísimo ponerla en manos del señor licenciado López Portillo y Rojas, la carta en que el novelista español expresaba a nuestro colega y bien querido amigo el señor don Francisco Sosa, su admiración por aquel trabajo tan notablemente acabado, que hay quien opina que es la mejor de las tres novelas de gran empuje que nuestro académico ha escrito.

Sin embargo, no comparto en todo esta opinión; porque si es verdad que de manera brillante pintó las costumbres de nuestros campesinos, ya lo dije al hacer un esbozo crítico de *Fuertes y Débiles*: resulta imposible que pueda haber un mayor realismo que el que encierra esta última novela cuando nos describe otra faz de la vida de nuestros campos, que es también, como en el caso de *La Parcela,* otra faz de la vida universal: el señorío brutal que suele cjercer el dueño de la "hacienda"; quien por serlo de ésta, considera que lo es también de cuantos en ella sirven, de cuantos le ayudan a prosperar y a enriquecerse, de cuantos con su trabajo le permiten disipar sus caudales y

aun su propia existencia. ¿Qué hizo si no esto el griego o el romano, que entregado a sus vicios, tornaba en bestias a sus esclavos? ¿Qué, si no esto, el señor feudal que envilecía a sus feudatarios? ¿Qué, si no esto, los dueños del poder y de la fuerza política, en todos los pueblos de la tierra, al arrastrar por el camino de la desesperación y de la muerte, a sus conciudadanos?

Y *Fuertes y Débiles* constituye una mezcla de la vida de nuestros campos y de nuestras ciudades, como si en ella hubiera querido abarcar los dos aspectos que separadamente había trazado en sus dos novelas anteriores: el rural, en *La Parcela;* el ciudadano, en *Los Precursores.*

¡Pero qué valiosa arca de emociones estéticas, es, por su lado, la novela últimamente citada!

Ella constituye un verdadero himno a la caridad, a la abnegada caridad de aquellas mujeres mil veces benditas, que congregadas bajo el amparo y el nombre de San Vicente de Paul, viven sólo para aliviar las penas de los demás, con la única mira del bienestar de los otros; y a quienes, a pesar de ejercer tanto bien, los gobiernos de dos países cultos, Francia y México, han arrojado brutalmente de su territorio.

Y son también *Los Precursores* un canto entusiasta y vehemente al arte musical, que parece subyugar con sus dulces acentos a su cantor, quien por cierto hace gala de notable erudición a propósito de ese arte, aunque deliciosamente diluída a través de las nutridas páginas de la novela.

En *La Parcela* y en *Fuertes y Débiles* la galanura del estilo y lo terso de la lengua castellana van corriendo parejas con la exactitud de la vernácula, en giros, en frases, en palabras; de modo tal, que nos parece estar escuchando al burdo ranchero o al peón infeliz, que, como todas las clases bajas de los distintos pueblos civilizados de la tierra, tiene sus modales propios y su propio carácter que lo hacen simpático, por más que yo deploro, y de corazón lo deploro, que en nuestro país sea una inmensa mayoría la que no disfruta de los encantos que encierra nuestro bellísimo idioma.

Mas si en estas dos novelas la galanura y lo terso del idioma de Cervantes nos hacen aplaudir la pluma del señor López Portillo, me parece que, aquellas cualidades se multiplican asombrosamente en *Los Precursores.*

Imposible, dentro de las pequeñas dimensiones que debe tener este discurso, realizar un estudio detenido de estos libros; pero escuchad, por ejemplo, cómo describe la coloración del cielo de Guadalajara, ciudad que él bautiza con el nombre de FOPOLI, y decidme si este delicioso fragmento de hermosísima prosa castellana no podrían firmarla sin reparo quienes en el siglo de oro de la literatura castellana fueron los verdaderos creadores de nuestra lengua:

"Ningún cielo tan azul, como aquél, ni como él tan diáfano y profundo; bello y romántico como el de Venecia y tibio y embalsamado como el de Granada. Pero al mismo tiempo ninguno tan siniestro como él, cuando entra en cerrazones sombrías y enciende centellas, lanza rugidos y desata diluvios como los de las primeras edades del mundo, así, ese cielo incomparable muestra toda la gama de la belleza, desde la risueña del idilio hasta la imponente del cataclismo; y abre ante el espíritu pórticos variados e inmensos hacia todos los horizontes.

"Cada una de sus auroras es un apoteosis, una fiesta de colores, una solemnidad incomparable. Desde que la sonrisa del alba, tenue y casta, se dibuja en el confín, y la aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del Oriente y las primeras olas de la marea luminosa comienzan a bullir en lontananza, hasta que la refulgencia del día estalla sobre los picos de los cerros en toda su gloria; siéntese que algo estupendo nunca visto, como soñado y divino, flota y se desarrolla por aquellos espacios, cual si fuese reflejo de sobrehumanas maravillas ordenadas y dirigidas más allá del firmamento, por ángeles blancos y por arcángeles ígneos. Y a la puesta del sol, cuando suspira el viento entre las hojas y pían los pajarillos en la arboleda, ostenta celajes de exquisita y fantástica hermosura. Ora es hornaza de vívida lumbre, con metal fundido en ánfora diamantina, ora son lagos apacibles de rosas disueltas y flúidas, donde boga la barquilla de la melancolía y del ensueño. Un tumulto de nubes de extrañas formas, dibuja sobre el fondo incendiado, en cambiantes siluetas, poesías y fantasías desbordadas, ya gigantescas serranías de crestas ciclópeas, el Ararat, el Himalaya, el Sinaí, vestidos de solemnidad y con cabellera de rayos, o ciudades portentosas, construídas en bloques enormes, con casas y palacios como montañas, tal vez Tebas con sus templos colosales, o Menfis con sus pirámides y esfinges, o Luxor con sus columnatas y obeliscos, ya el mundo del prodigio, volando por los aires hipogrifos de alas refulgentes, serpientes voladoras de escamas luminosas y medusas de cabellera tempestuosa lanzando al espacio miradas de fuego; o bien el oro del Rhin volando por la atmósfera y Lohengrin navegando por el zafir sobre albo cisne, y Angélica corriendo en pos de Medoro, y Rolando en pos de Angélica: toda la inspiración de Wagner y del Ariosto ilustrada por el crepúsculo con pinceles de luz y sombra.

"Aquella fiesta de colores, aquellos celajes, aquella claridad, han hecho a la ciudad; de ahí su nombre, que quiere decir: *ciudad de luz*".

Y no solamente el señor López Portillo y Rojas nos hace evocar la memoria de nuestros clásicos al leer el anterior fragmento de su prosa tan espontánea como sencilla, tan vigorosa como elevada; que cuando se recorren

las largas páginas que contienen su obra entera de escritor filósofo y jurisperito, economista y sociólogo, se siente uno forzado a pensar en otros días y en otros hombres.

No sé por qué, pero aun el porte de severa austeridad de nuestro Director hace que mi imaginación se transporte a épocas pretéritas: No es cierto que los hombres de ayer fueran mejores que los de hoy, puesto que la debilidad humana ha sido siempre igual a través de las edades; mas como la pátina del tiempo ha cubierto los pequeños defectos que pudieron tener aquellos a quienes hoy admiramos, place a nuestro corazón encontrar erguidos, enhiestos, los monumentos que la fama ha levantado en loor de quienes ejercen grata influencia en nuestro espíritu.

Por ello es que a veces, cuando estudio el alma nobilísima que encierra el cuerpo de nuestro Director, robusto a pesar de los ya largos y fructuosos años de su existencia; cuando contemplo la delicada cortesanía y finura del caballero siempre listo a comprobar que la verdadera nobleza que ostentan sus blasones la constituyen: lo gentil del esposo, lo tierno del padre, lo cordial del amigo, siento impulsos de vestirle acuchillados gregüescos y negra chupa, airoso capotillo y encarrujada gorguera, brillante espadín y ambicionado toisón, porque pienso que es uno de aquellos caballeros escritores que si componían delicadísimas trovas en loor de la naturaleza y del sentimiento amoroso, sabían morir también defendiendo a su patria, como Garcilaso; que si fustigaban los vicios por medio de la sátira mordente aun cuando los arrastrara a inmundas cárceles, sabían elevar también muy alto sus pensamientos al Dios de la creación, como Quevedo; que si arrancaban a la poesía sus acentos más melodiosos, sabían enderezar hábilmente su prosa bellísima por los áridos y difíciles campos de la crítica, como Lope de Vega; que si encerraban en las novelas cortas la vida palpitante de los hombres, sabían también realizar prodigios con las novelas de alto empuje, como Cervantes.

Y vuelve por igual mi pensamiento hacia otras épocas y recuerdo a Grocio y Puffendorf, creadores del verdadero estudio del Derecho Internacional, si advierto la clarividencia y la habilidad con que nuestro Director ha estudiado algunos de los más salientes problemas surgidos entre las más grandes naciones de nuestros días; y recuerdo a Adan Smith, llamado el padre de la Economía Política, si veo la solidez con que nuestro sociólogo analiza graves problemas de la vida económica de los hombres y de los pueblos.

Nuestra Academia, pues, dos veces ha acertado: cuando eligió al señor López Portillo como el Director de sus labores, y cuando acordó rendirle este homenaje; que si el señor López Portillo y Rojas habíase granjeado lo primero con sus obras bellísimas en prosa y en verso, su labor en la Academia no podía pasar inadvertida para quienes con espíritu sereno han presenciado su actuación.

Porque, efectivamente, no sólo a la tenacidad de nuestro Director, hábilmente secundado por nuestro Secretario Perpetuo, el cultísimo Enrique Martínez Sobral, se debe el renacimiento de la actividad de que la Academia ha dado muestra en los últimos años; sino que el mismo Director ha venido con toda constancia trabajando —que para él los años que la vida lo obliga a cargar parecen inyecciones de vigor y de sabiduría— como lo demuestran su colección de voces dignas de ser catalogadas en el léxico; su estudio de la manera como debe escribirse el nombre de nuestra patria, y los magistrales discursos que ha leído en las recepciones de nuestros distinguidos colegas Romero de Terreros, Cordero, Quijano y Caso.

Muy justo, pues, resulta este homenaje; y si mi voz no ha podido decir el debido elogio del ilustre prosista, crea al menos el amigo, que no hay una palabra, que no hay un concepto solo en este sencillo discurso, que no sea un honrado tributo a sus talentos, más que un afectuoso rendimiento a su amistad.

ESTUDIO FILOLOGICO *

Por MIGUEL SALINAS.

LAS lenguas romances, como su nombre lo indica, nacieron de la romana o lengua del Lacio. Tanto el francés como el italiano y el español, lo mismo el provenzal que el portugués y el válaco, pueden patentizar el origen latino de la gran mayoría de sus voces. De ahí proviene que en todas esas lenguas haya vocablos muy parecidos en su estructura silábica, y a las veces haya palabras idénticas; pero lo que no se ha explicado satisfactoriamente, lo que atribuímos a capricho, quizá por no conocer las leyes idiomáticas respectivas, es que algunas dicciones de legítima derivación perduren siglos y siglos en ciertas lenguas, y caigan en otras en desuso, queden enteramente olvidadas y al fin desaparezcan del léxico. En mis lecturas de los libros clásicos castellanos, he hallado términos que fueron bien recibidos y muy usados en nuestro antiguo romance, y que han desaparecido del moderno. Tales términos se siguen usando en el francés actual. Si algún escritor de nuestros días los usase en español, causarían extrañeza y, sin duda, serían sindicados de galicismos vitandos.

Son abundantes, en obras antiguas, las susodichas palabras; pero deseando que sea corto el presente estudio, para no fatigar a mi auditorio, examinaré solamente diez: celerato, chapeo, defender, endurar, estrenas, guarir, parola, punir, relieves y sujeto.

CELERATO. Este adjetivo fue tomado del latín, tanto por el francés como por el castellano. Viene de *sceleratus,* derivado de *scélus,* que significa maldad, crimen, delito; y así, con la acepción de malvado o criminal, se usó en nuestro antiguo romance y se usa en el francés de nuestros días.

Dice Larousse: "*Scélérat.* Coupable ou capable de crimes: ame scélerate. Personne scélérate: c'est un scélérat, c'est une scélérate".

* Pronunciado el 1º de agosto de 1921.

El español cambió a *sceleratus* la terminación *us* en *o,* suprimió la *s* líquida y dijo *celerato* y *celerata;* el francés suprimió la terminación *us,* conservó la *s* líquida y dijo *celerá* (scélérat) en masculino y *celerat* (scélérate) en femenino. En los diccionarios españoles modernos viene consignado dicho término con la nota de anticuado y con el cambio de la *t* en *d,* cambio muy usual en la formación de nuestro idioma: *celerado, celerada.*

Entre otros textos, hallé esta voz en una larga, curiosa e importantísima carta que el V. Fr. Juan de Zumárraga escribió a Carlos V desde México, a 17 de abril de 1540 [1]. En tal carta, el insigne Obispo se sincera, ante el Emperador, de los cargos que le hicieron varios eclesiásticos, acusándolo de ser excesivamente severo con los clérigos que de España pasaban a las Indias. Esa severidad tenía por objeto el cumplimiento de un deber, el deseo de dar buenos ejemplos a sus diocesanos y el de descargar la conciencia del Rey.

El documento es por demás instructivo. Fr. Juan va señalando clérigo por clérigo y precisando las graves faltas en que cada uno ha incurrido. Dice que si sus acusadores hablan mucho de él, los respectivos procesos hablarán más de sus acusadores; y cuando llega a uno llamado Francisco Alegrías, lo califica de "celeratísimo, dizque de casta de moros, flagiciosísimo, etc.".

Vese aquí el término que estudio en su lata acepción de malvadísimo. También se ve otro curioso vocablo, *flagicioso,* casi no usado, proveniente del latín, conservado en el diccionario con la significación de muy inclinado a la incontinencia.

Chapeo. En la escuela en que estudié las primeras lecciones de francés, se contaba de un muchacho perezoso que deseaba hallar casi iguales las voces francesas y las castellanas, a fin de que el aprendizaje no exigiera grandes esfuerzos. Decía, lamentándose: "Me explico perfectamente que los franceses le digan *pain* al *pan;* pero no me pasa que al *sombrero* le llamen *chapeau*". Aquel pobre perezoso ignoraba de fijo que en el castellano antiguo se llamó *chapeo* al sombrero; y, en efecto, ni puede negarse que *chapeo* y *chapeau* son voces idénticas.

Consultando algunos diccionarios etimológicos, me encontré con la opinión de un sabio, Mr. Pietet, que, profundizando mucho el asunto, ha llegado hasta el sánscrito, donde encontró la palabra *kapala* (cráneo o cabeza), que en griego es *kephalé* y en latín *caput;* no se conformó con esto el investigador, sino que llegó a descubrir en la palabra sánscrita dos raíces: la que significa cabeza y otra que equivale a protector; así es que la etimología no

---

[1] *Documentos para la Historia de México en el siglo XVI* colegidos por Mariano Cuevas, S. J. México. 1914. Pág. 104.

podía ser más satisfactoria: protector de la cabeza. Sin embargo, no tardó en llegar la desilusión. Afirma Larousse que un etimologista alemán convenció a Mr. Pietet de que no estaba en lo justo respecto de dicha etimología.

En lo que todos los diccionarios están acordes es en que el origen se halla en el bajo latín, en la voz *capellus,* escrita con *c* y *ll;* pero quizá por equivalencia ortográfica o por otra causa que yo ignoro, se usó también, hay constancias de ello, la forma *chapellus.* Creo que es fácil aventurarse a explicar la transformación del vocablo. Nuestro romance, según sus propias reglas, dio a la *ch* el sonido definitivo que ha tomado en español, sonido idiótico lingual prepaladial; cambió la terminación *us* en *o;* suprimió la *ll* por síncopa; conservó el acento prosódico en la misma vocal en que lo tenía la voz latina, y formó el término *chapeo.* La lengua francesa, por su parte, obedeciendo sus reglas particulares, dio a la *ch* el sonido francés; hizo aguda la palabra; representó la *o* final con las vocales *au* y obtuvo la dicción *chapeau.*

Esta sigue siendo de uso diario y corriente en Francia; mientras el *chapeo* español, aunque conservado en los diccionarios, se usa muy rara vez. Entre los famosos textos antiguos que lo contienen, se halla aquel soneto de Cervantes, compuesto con motivo de las honras fúnebres de Felipe II en la Catedral de Sevilla. Dice así:

¡Vive Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla!
Porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla
Roma triunfante en su mayor alteza!

Apostaré a que el ánima del muerto,
por gozar de estas honras, ha dejado
el sitio donde mora eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado:
y quien dijere lo contrario, miente".

Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese... y no hubo nada.

DEFENDER. Este verbo viene del latino *deféndere.* En castellano significa amparar, proteger, librar, mantener, vedar, prohibir, etc.; en francés, *soutenir quelqu'un contre une attaque, garantir, prohibir, plaider en faveur de,* etc. En nuestra lengua ya no se usa en el sentido de *prohibir;* en la francesa se usa mucho todavía: *La loi défend les cris seditieux; le fruit défendu du Paradis.* ¿Quién de nosotros en el lenguaje corriente, se atrevería a decir: "La ley *defiende* los gritos sediciosos; el fruto *defendido* del Paraíso?

El antiguo romance, desde los primeros monumentos de la prosa castellana hasta el Siglo de Oro, usó constantemente dicho verbo en la acepción de *prohibir.* Veamos algunos ejemplos.

En la vetusta y curiosa colección de fábulas titulada *Calila y Dimna,* en el capítulo XVI [2], hay un pasaje en que a un hombre que ocupaba un sitio en la calle, se le mandó retirar de él, cosa que sólo obedeció por un momento pues en seguida ocupólo de nuevo. En vista de esto, se le dice: "¿Non te *defendí,* que non estuvieses en aquel lugar?".

La siguiente copla de los *Cantares y Decires* del Marqués de Santillana nos da otro ejemplo [3]:

Donzella, sed vos la lanza
de Arquiles, que, si fería,
préstamente convertía
la dolor en buen andanza.
Mi bien y mi contemplanza,
si firió vuestra presencia,
no tarde vuestra clemencia
con saludable speranza.

Ca non es tan poderoso
vuestro no, *que me* defienda
de seguir la tal contienda,
aunque biva congoxoso.

En *El Laberinto* de Juan de Mena se lee:

Las aguas crecidas les ya defendían
llegar a las fustas que dentro dexaban.

---

[2] Pág. 259 de la edición de Calleja. 1917. Madrid.

[3] Pág 182 de *Clásicos Castellanos.* Edición de *La Lectura,* tomo XVIII. Madrid. 1913.

En un canto de Baena hay estos versos:

Pos quiso gostar por amor de loa
del fruto del arbol que l'era defesso.

Una antigua carta encierra esta frase: "Que se *defiendan* los juegos, y las apuestas, y las luchas, y bracerías, y todos los otros ejercicios de contención" [4].

Voy a citar por último un pasaje de Fr. Luis de Granada: "Vemos que aquella naturaleza, a la cual se cerraron las puertas del Cielo, esa las abre para sí, y para todos los suyos. Vemos, que aquella naturaleza humana que fue echada por un Angel del Paraíso Terrenal, y se le *defendía* la entrada en él por un Cherubín con una espada; hoy la vemos subir sobre todos los Choros de los Angeles, y dejar abaxo los Cherubines, y poner los pies sobre los Serafines, y assentarse a la diestra de Dios".

ENDURAR. Este verbo tiene en francés la forma *endurer;* viene del latino *indurare,* compuesto de *in, en* y *durus, duro;* en ambos idiomas equivale a soportar, aguantar, sufrir, tolerar. Se dice en francés *endurer millé tourmente, endurer la chaleur et le froid; l'homme endurant est celui qui souffre avec constance des duretés, des persecutions.* En el castellano de nuestros días no se usa esta voz; pero se encuentra en el antiguo romance. He aquí dos pasajes de *El cantar de Mio Cid* en que se halla *endurar*:

Quedas sed, mesnadas, aquí en este logar,
non derranche ninguno fata que yo lo mande.
Aquel Per Vermudez non lo pudo endurar,
la seña tiene en mano, conpezó de espolonar.

Con estas gananzias a la posada tornando se van,
todos son alegres, gananzias traen grandes,
plogo a mio Cid, e mucho a Albar Fáñez.
Sonrrisós el caboso, e non lo pudo endurar:
ya cavalleros, dezir vos he la verdad: [5]

ESTRENAS. Nada tan grato para los niños, y también para muchos adultos, como esperar la Navidad o el primero de enero para recibir los regalos de año nuevo. Dichos regalos se llaman, entre nosotros, *aguinaldos;* entre los franceses, *étrennes.* En nuestra antigua lengua se llamaron *estrenas.* Para darse cuenta

---

[4] Esta carta y la cita de Mena y la de Baena constan en la pág. 183 del tomo XVIII de *Clásicos Castellanos* ya citado antes.

[5] Prosificación de Alfonso Reyes.

de la etimología de las dos voces, la francesa y la castellana, lo mismo que del origen de la palabra *aguinaldo*, es necesario recordar algo de historia romana y gala.

Se dice que Tacio, rey legendario de los sabinos, aquel que atacó a Roma para vengar el famoso rapto de mujeres que hizo Rómulo, ese rey Tacio fue el primero que recibió, como presente, en unas calendas de enero, un lindo ramillete de verbena, cortada en el bosque sagrado que aquellos países dedicaban a la diosa Strenia. La costumbre de hacer este obsequio se extendió mucho y se generalizó en Roma: primero, sólo se daba el ramillete al emperador y a los magistrados; después, todos los inferiores lo dieron a sus superiores, como signo de buen augurio. Lo que al principio fue regalo de flores se convirtió más tarde en joyas, monedas y toda clase de objetos preciosos. Hubo necesidad de dar un decreto que señaló únicamente el primero de enero para las visitas que recibían los grandes con motivo del obsequio, pues eran tantas esas visitas, que duraban seis o siete días y eran motivo de trastorno en los negocios. Tiberio, hosco de carácter, se ausentaba de Roma en la primera semana del año, para librarse de visitas y dádivas.

Cuando triunfó el cristianismo, la Iglesia, teniendo en cuenta el origen idolátrico de tales dones, los prohibió severamente, lanzó excomunión contra aquellos que los ofreciesen y los calificó de *estrenas* diabólicas. Tan rigurosas prohibiciones no acabaron con la costumbre.

Se vé, pues, que la diosa Strenia, señora del sagrado bosque donde se cortaba la verbena, dio nombre a los regalos. Por eso unos diccionarios dicen que la voz de que trato viene de *Strena;* y otros, que viene de *streña*. Aquí la *ñ* sustituye a la *n* y a la *i*.

En el francés de hoy se dice: *Donner des étrennes; L'usage de donner des étrennes nous vient des Romains.* En el mismo idioma se le da a la palabra la significación de *estreno*, en el sentido que nosotros le damos: primer uso que se hace de ropa, muebles, vajilla, etc. Le llaman asimismo *étrennes* al producto de la primera venta que hace un comerciante.

El antiguo romance, como llevo dicho, decía *estrenas*. En comprobación, voy a citar tres textos: Fr. Antonio de Guevara, gran escritor del siglo XVI, poseedor de abundantísimo vocabulario, trae el siguiente párrafo en el libro, llamado *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*: "O quán bienaventurado es aquel a quien cupo en suerte de tener qué comer en el aldea; porque el tal no andará por tierras extrañas, no mudará posadas todos los días, no conocerá condiciones nuevas, no sacará cédula para que le aposenten, no trabajará que le pongan en la nómina, no terná que servir aposentadores, no buscará posada cabe palacio, no reñirá sobre el partir la casa, no dará prendas para

que le fíen ropa, no alquilará camas para los criados, no adobará pesebres para las bestias, ni dará *estrenas* a sus huéspedas".

Lope de Vega dijo:

Sólo les pido en estrenas
me vuelvan a lo que fui.

En otro autor vemos:

...respondió el soldado:
La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado.

Otro pasaje:

Aunque deves lo querer
por el gran loor que cobras
que en tal noche tales obras
se deven de prometer;
y por quanto he padecido
en tu cárcel y cadenas,
otórgame por estrenas
galardón de lo servido.

No sólo en los países cisalpinos se usaba cortar hierbas el día de año nuevo en los bosques de los dioses, también en los transalpinos. Los galos, cuya hierba sagrada fue una parásita que se enreda en las ramas de las encinas y que se llama muérdago, los galos cortaban éste el primer día del año, hacían ramilletes y los regalaban a sus parientes y amigos. El muérdago, en la lengua de los celtas, se llama *gui*. Para pedir y dar los susodichos ramilletes, se usaba este grito: *au gui, au gui;* o este otro: *au gui de l'an, au gui de l'an neuf!* Se cree que de esta expresión salió la voz *aguinaldo,* a la cual algunos diccionarios señalan origen céltico.

En Francia, como en Roma, el uso de los *aguinaldos* se extendió mucho y se ha conservado hasta hoy. Del obsequio de flores se pasó al de objetos preciosos. Se recuerdan aún las piezas de oro y pedrería que, como *étrenne,* se dieron a la Montespan en la época de su mayor privanza. El Gobierno francés emanado de la gran Revolución, siguiendo el ejemplo de la primitiva Iglesia, prohibió con rigor el uso *des étrennes;* pero nadie lo obedeció. ¡Cuán cierto es que las leyes no hacen costumbres!

GUARIR. Este verbo, cuya semejanza con el *guérir* francés no puede negarse, tiene señalado en los diccionarios origen anglosajón, *warian,* curar

(en sentido físico y moral), recobrar la salud, librarse de un peligro. Igual etimología asignan al vocablo francés, que se usa mucho en tal sentido: *Les cancereux guérissent rarement; la vieillesse nos guérit des illusions.*

El *guarir* español se halla en uno de los monumentos más antiguos de la prosa castellana, en la famosa colección de fábulas orientales, titulada *Calila y Dimna,* cuya traducción a nuestro romance fue atribuída por mucho tiempo a don Alfonso el Sabio. En el capítulo XV de dicho libro se relata un apólogo de encantadora sencillez, titulado *Del orebce e del simio e del castigo e de la culebra e del religioso.* Este último, aunque inocente, aparece como responsable de un robo, por lo cual es encarcelado y destinado a la horca. En tanto enferma el hijo del rey; son llamados a curarlo cuantos se consideran capaces de ello; pero nadie logra buen éxito; por fin fue llevado el religioso. "Et envió el Rey apriesa por el religioso —dice el apólogo— et trajeron gelo, et mandó que escantase a su fijo, et dijo el religioso: 'Yo non sé escantar, mas faré lo que sopiere'. Et puso su mano encima del niño, et oró e rogó a Dios, e dijo así: 'Señor, Dios, si tú sabes que yo digo verdat al Rey en cuanto digo de mi facienda, dale salud e folgura'. Et luego, acabada esta rogatura, fue el niño sano e *guarido*".

En el capítulo XVI se habla de "Cuatro mancebos que se ayuntaron en un camino: el uno era fijo de rey, e había de ser rey después que muriese su padre, et otro su hermano forzólo e echólo fuera del regno después de la muerte del padre; et él fuese escondidamente con cuita por *guarir*..."

PAROLA. Tanto esta voz como la francesa *parole* se derivan de la latina *parábola.* Los dos términos coinciden en su significación: *parola* vale lo mismo que discurso, labia, verbosidad, conversación larga y de poca entidad; *parole, faculté naturelle de parler, ton de la voix, sentence, etc.* Ni el término francés ni el español significan *palabra,* en el sentido de vocablo, es decir, conjunto de sonidos que expresan una idea, o representación gráfica de dichos sonidos. El francés explica bien la diferencia de significaciones, diciendo que *"la parole exprime la pensée; le mot représente l'idée qui sert a former la pensée".*

El error de los galicistas, de considerar como idénticas las dicciones *palabra* y *parole* ha ocasionado la adopción irremediable de los barbarismos *pedir la palabra, hacer uso de la palabra, conceder la palabra,* que tan justamente condena el P. Mir, pero que no lograremos arrojar fuera de nuestro lenguaje corriente. "Locución castellana, dice Mir, es *dirigir una palabra* a alguno, pero *dirigir la palabra,* entendida la palabra por discurso, razonamiento, arenga, conversación o cosa tal, ni es locución castiza ni lo será nunca, porque *palabra* no vale *habla,* ni *facultad de hablar,* ni *dón de lenguaje* como el *parole* francés".

Veamos algunos textos antiguos que traen la voz *parola,* equivalente de *parole*: *"A buen entendedor, poca parola"* (vocabulario de Correas); *Formalmente le digo a usía que basta de parola* (Ramón de la Cruz).

Y si no basta, apela al Purgatorio,
y aunque más se resista a la parola,
le saca por el ánima más sola.

MORETO.

Pero del auditorio
otra fracción no corta,
ofendida, no pudo
sufrir tanta parola.

IRIARTE.

PUNIR. Este verbo y su correspondiente español son idénticos en forma y significado; los usamos para expresar que a alguien se le aplica la pena debida por una culpa. Se derivan del verbo latino *punire.* En el castellano actual no se usa el infinitivo ni los sustantivos *punición* y *punidor,* pero sí los adjetivos *punible* y *punitivo;* también se usa mucho el compuesto *impune.* En los *Fueros de Aragón,* fol. 159, edición de 1624 (citados por Benot), se lee: "Y si no lo hiciere, que sea *punido* de pena de falsario".

RELIEVES. Si hoy se presentara un mendigo en nuestra casa, pidiendo los *relieves* de la mesa, es indudable que no sería comprendido por la generalidad de las personas. Sin embargo, en el antiguo romance se les dijo *relieves* a las sobras de la comida, como se les llama *reliefs* actualmente, a esos residuos, en la lengua francesa. Es de uso diario en Francia tal vocablo: lo empleó La Fontaine en la primera estrofa de su linda fábula titulada *Le rat de ville et le rat de champs*:

Autrefois le rat de ville
Invita le rat de champs,
D'une façon fort civile,
A des RELIEFS *d'ortolans.*

Aquí se ve con claridad que el animal citadino invitó a la rata campesina a comer las sobras o restos de una de esas aves que en Francia se llaman ortolans. *El Celoso Extremeño,* novela de Miguel de Cervantes, trae

este pasaje: "De la comida —replicó el negro— no habrá de qué temer; que con la ración que me da mi amo y con los *relieves* que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos".

Algún literato moderno ha resucitado la palabra *relieves.* Doña Emilia Pardo Bazán, en el capítulo primero del segundo tomo de *San Francisco de Asís,* trae este pasaje que se refiere a la Orden Tercera: "Ingresó en ella el segundo, un patricio romano de la esclarecida sangre de Orsini, Mateo de Pubeis, que conoció a Francisco en Roma y le convidó a su mesa; y aunque éste aceptó el convite, en mitad de él huyó corriendo a mezclarse con los mendigos que a la puerta esperaban los *relieves* del banquete. Mateo le dijo: —Hermano Francisco, pues no quieres comer conmigo, comeré yo contigo; y participó a su vez del festín de los pordioseros".

SUJETO. Las acepciones que el diccionario francés da a *sujet* —del latín *subjectus*— son las mismas que el léxico español da a *sujeto.* Pero éste, en el castellano de hoy, ya no se usa en el sentido de *asunto.* Si decimos: *El sujeto de nuestra conversación; estudia este sujeto como es debido; aquel sujeto me interesa,* es casi seguro que se creería que tratábamos de un hombre, de un individuo. Antiguamente no sucedía lo mismo: el *sujeto* de este cuadro quería decir el *asunto* de este cuadro. Cervantes emplea mucho esta dicción. En *El Coloquio entre Cipión y Berganza,* hablando de una obra poética, dice que "es grande en el *sujeto,* admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división. . ."

No creo necesario seguir citando textos y doy por terminado mi discurso, lamentando sólo que el *sujeto* de él, al pasar por mis manos, haya perdido el interés y el encanto que de suyo tiene.

Nota.—La traducción al castellano moderno, de los versos del *Poema del Cid,* inserto en la página 308, es la siguiente: "Quietas mesnadas. De aquí no se mueva nadie. No salga uno solo de las filas mientras yo no lo ordene. Ya no *puede contenerse* Pero Bermúdez. Lleva la enseña en la mano y espolea su corcel". (Versos del 702 al 705).

"Con tales ganancias, todos volvían alegres al campamento, para satisfacción del Cid y de Alvar Fáñez. El prudente capitán, no *pudiéndose contener,* sonríe y dice: Oíd, caballeros, voy a deciros la verdad: . . ." (Versos del 943 al 947) [6].

---

[6] Prosificación de Alfonso Reyes.

EL DR. ANTONIO GOMEZ RESTREPO *

por Alberto María Carreño.

EXTRAÑO puede parecer que alce yo la voz en el seno de nuestra Academia, cuando el elogio del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Gómez Restrepo, el eminente hombre de letras colombiano ha sido confiado a quien como pocos merecían hacerlo: nuestro muy digno Director [1] y el Excmo. Sr. D. Federico Gamboa, ambos honra y gloria de las letras mexicanas.

Y sin embargo, más extraño hubiera parecido a nuestro respetable y respetado huésped, que mis labios permanecieran mudos en esta ocasión solemne, toda vez que ninguno de mis colegas académicos está en deuda con él, como yo lo estoy, y ésta es la oportunidad para proclamarlo.

Es cierto que hay hombres para quienes menos amargo resultaría el apurar envenenada copa de cicuta, que sentirse obligados a rendir culto a la Gratitud; mas, por suerte, el agradecimiento no constituye para mí pesada carga y sí florido lazo que eternamente me liga con aquel que de algún modo me ha distinguido.

Es la Gratitud excelsa diosa a quien dio vida y ser una de las más sublimes virtudes, la Caridad, que por su parte, no es otra cosa sino el amor que el Divino Nazareno quería encontrar siempre en el corazón de los humanos hacia sus semejantes.

Porque si analizamos los actos que reclaman Gratitud, necesariamente los hallamos revestidos de formas extrañas y diversas; pero bajo su ropaje,

---

* Discurso pronunciado en la solemnísima sesión con que la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española honró el 4 de octubre de 1921 al Exmo. Sr. Dr. D. Antonio Gómez Restrepo, Embajador Extraorinario de Colombia en el Centenario de la Consumación de la Independencia Nacional. No se publica el discurso del Director Lic. José López Portillo y Rojas por haberse extraviado. Los Sres. Lics. Alejandro Quijano y Genaro Fernández MacGregor leyeron prosas y versos del Sr. Gómez Restrepo. A. M. C.

[1] El Lic. D. José López Portillo y Rojas.

humilde o rico, veremos que asoma la Caridad: el noble interés por los demás, el anhelo de producir satisfacciones al cuerpo o satisfacciones al alma de los otros; forma esta última aún más elevada, si cabe, puesto que el alimento del espíritu suele constituir para ciertas naturalezas un beneficio mayor todavía que el alimento material, con que conservamos la existencia física.

Por tanto, quien no sepa mostrarse agradecido, será incapaz de experimentar uno de los goces más inefables, el que consiste en devolver un bien con otro bien. Quien ama busca ser amado como el mejor premio de su sentir; y si la Caridad es amor y amor purísimo, nada puede halagar tanto al que ha compartido esta riqueza de su corazón, como hallar otro que con el suyo late y se unifica. Quien, pues, a la Caridad corresponde con la Gratitud que por ser hija de amor, amor es en sí misma, amor con amor paga; el bien recibido lo recompensa con el bien que otorga.

Y el prócer de las letras colombianas, Antonio Gómez Restrepo, —permitidme, Excelentísimo Señor, que por un momento os suprima el título que a vuestra investidura de Embajador corresponde, para llamaros como se llama a las muy altas personalidades literarias o científicas: por su solo nombre, que es su mejor título— Gómez Restrepo, digo, bien ha manifestado que en su alma, lejos de anidar las bajas pasiones, que cual sierpes ocultas entre la maleza buscan la ocasión para morder el confiado pie del caminante, existen la sencillez y la benevolencia, la gentileza y la generosidad, en toda ocasión dispuesta a mostrarse con su más vivo esplendor.

Sólo estas cualidades pudieron en días ya lejanos dictar al ilustre crítico los muy altos juicios que sobre mi modesta obra literaria estampó allá en la remota e interesante Colombia, cuando no pudo siquiera ser movido a ello por un deber amistoso, puesto que nuestra amistad, la amistad con que tanto me honra, surgió precisamente por aquel acto suyo, que hizo, que en raudales se desbordara de mi alma la Gratitud.

¿Cómo, pues, no habría yo de aprovechar esta ocasión única para tributarle públicamente el homenaje de mi agradecimiento?

El ser agradecido ha puesto, a las veces, punzadores cardos en mi sendero y angustiosos dolores en mi corazón; y si aun entonces la Gratitud ha conservado para ocultarse, un callado rincón del alma mía ¡cómo no ha de salir ahora, en altas voces pregonando vuestro nombre, Excelentísimo Señor, si sabe cuánto merecéis! ¡Que ella os aclame y que encarezca los derechos que tenéis sobre ella!

Porque mucho esconde vuestra modestia y, sin embargo, bastante de vuestras íntimas virtudes nos es bien conocido.

Hay flores generalmente admiradas porque sin contar su belleza, sus aromas trascienden mientras los campos se pueblan de gorjeos y de colores; mientras el sol quiebra sus rayos en las corrientes y parleras aguas; mientras el

día acompaña al bullicio del vivir. Otras flores hay, en cambio, de pétalos tan suaves, tan hermosos, como las de aquéllas; pero que suelen pasar inadvertidas porque sólo dejan escapar sus delicados perfumes en la nocturna oscuridad como si éstos hubieran de servir únicamente para regalo de la gentil y majestuosa Diana, la reina de la noche, y para contentamiento de su brillante séquito de damas y de pajes, las estrellas y los luceros.

En el cerrado jardín del alma y del hogar de Antonio Gómez Restrepo, éste cultiva altas virtudes que mantiene, sin embargo, en la oscuridad, como sus aromas las modestas flores del último linaje; mas aquel jardín no ha quedado libre de nuestras miradas indiscretas; y así hemos podido ver a nuestro ilustre amigo despojándose de su severidad de hombre de Estado, de su prestigio de erudito escritor, de sus glorias de maestro de altas inteligencias, para cuidar amoroso de los niños, a fin de regalarlos con las dádivas de su ternura, de sus afectos y aun de su saber, recordando quizá que la mayor de las satisfacciones del Divino Jesús, el más tierno y afectuoso y sabio de los maestros, consistía en rodearse de los pequeñuelos.

Es que del corazón de Gómez Restrepo se escapa incontenible el anhelo de ser útil a sus semejantes; sobre todo a quienes más han menester de sus consejos que iluminan; de sus palabras de aliento que confortan.

Estas últimas ataron un buen día nuestros corazones y nuestras voluntades, Excelentísimo Señor; mas queda otra razón, para que cordialmente me asocie a mis colegas en la afectuosa demostración que os hacen.

Sois Embajador Extraordinario de un gran país hermano nuestro, y, a la verdad, sois un extraordinario Embajador; porque vuestra embajada no os la confió solamente vuestro Gobierno, para que fuerais aquí la representación de vuestro pueblo; también ostentáis la de la cultísima Colombia, muy noble y alta princesa en el reino de las letras y de las ciencias, ya que pocos, con tan excelentes títulos como los vuestros, podían como vos personificarla.

Y sabéis bien, que al expresarme así no es la torpe lisonja la que mancha mis labios, sino la convicción sincera la que dicta mis palabras. Ha largos años que vos y yo, a pesar de la distancia enorme que nos separa, estamos unidos por lazos que son indestructibles: los del afecto y los de la amistad, que brotaron cuando creíamos que jamás nuestras manos llegarían a estrecharse con la cordialidad con que se han estrechado.

Aceptad, pues, el nuevo tributo de mi agradecimiento; y sed bienvenido al seno de esta Academia Mexicana correspondiente de la Real Española y hermana de la vuestra, y en la cual se os admira y se os respeta aún más que antes; porque, al conoceros personalmente, hemos podido confirmar lo que ya sabíamos; que sobre el valer del historiador y del crítico, del orador y del poeta, está el del hombre, del hombre que tan a maravilla ha logrado encarnar a la ilustre Colombia en nuestra Patria mexicana.

EL DR. ANTONIO GOMEZ RESTREPO

por D. Federico Gamboa.

LA Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, no obstante que aún se halla embargada de pesar por la muerte reciente en tierra extraña de uno de sus miembros más sabios y distinguidos, el Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. y Maestro D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, digno Obispo de San Luis Potosí, ha prescindido momentáneamente de su pena, ha salido, además, del apartamiento y la reserva que le son habituales, y ha organizado esta velada solemne para honrar hasta donde más le es dable, al ilustre colombiano Antonio Gómez Restrepo, escritor prócer y varón sin reproche que no titubeó en interrumpir un libro en preparación, ni en quitar por algún tiempo las dulzuras hogareñas, ni en echarse a andar por esos mundos de Dios, con tal de ser el portador del cálido saludo fraternal que, con motivo del Centenario trascendente que acaba de conmemorar la República, enviaron a nuestro México y a su actual gobierno, el pueblo y el gobierno de Colombia. ¡Una grata embajada, sin duda, pero un embajador más grato todavía, supuesto que lo abonan e identifican las protocolares credenciales de su Cancillería, y las más preciadas de su obra literaria, ya consagrada, y de su vida tersa y diáfana de caballero a la antigua!

Por las palabras expresivas con que nuestro elocuente Director acaba de darle la bienvenida; por las no menos expresivas que le ha consagrado nuestro muy distinguido colega don Alberto María Carreño, se advierte sin esfuerzo que la personalidad que esta noche nos favorece con su visita, es de las que, sin riesgo de rectificaciones ni enmendaturas, por representativa de la cultura intelectual de nuestra América ha de tenerse. Lo poco que de sus prosas y sus versos lleváis oído, y lo que oiréis en seguida, de sus propios labios, ya permite formar juicio aproximado y propicio de lo aquilatado de sus talentos y de la maestría poco común de su factura. La vastedad de su obra, y la poquedad

de mi competencia y del tiempo de que aquí dispongo, védanme intentar un análisis siquiera de lo que lleva producido. Bástenos saber, que ha cultivado con lucimiento y especial acierto lo mismo la historia que la crítica, la poesía que la oratoria, el periodismo que la cátedra; conjunto que revela amplia preparación e inteligencia privilegiada. Por su oratoria, ocupa lugar en la antología de don Roberto Ramírez, que se llama *Elocuencia Colombiana;* por sus versos, en el tomo intitulado *Las Cien Mejores Poesías Líricas Colombianas,* que el erudito jesuíta don José Vargas Tamayo seleccionó y dio a la estampa en 1919; por su ciencia como crítico, el gobierno de su país le encomendó en 1916 la dirección de la edición oficial de las *Poesías* del eximio Rafael Pombo, y en 1918, la de las obras completas de Miguel Antonio Caro. Con la una y con la otra, no se limitó al ya de suyo difícil ministerio de director, sino que, en las *Poesías* de Pombo, principalmente, llevó sus esmeros hasta el punto de encabezar el libro con un Estudio Preliminar tan minucioso y acabado del poeta y de su obra, que de la jugosa lectura sale uno admirando más al gran bardo pasaderamente sensual y casi octogenario, que murió célibe, sin embargo, y cuyos últimos años —nos dice Restrepo— "los pasó voluntariamente recluído en cama, en el pleno uso de sus facultades..." De sus talentos en historia, sólo conozco dos muestras, a cual más concienzuda y bella, que él modestamente tiene bautizadas de *Reseñas;* aludo a la *Reseña histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá,* y a la *Reseña Histórica de la Literatura Colombiana,* con que engalanó sus serias páginas la autorizada *Revue Hispanique* de París y Nueva York. Cualquiera de las dos, a pesar de su título, bastaría a darle reputación y fama de historiador, de erudito y de artista; tales son la solidez de sus cimientos, el acopio de su doctrina, la elegancia y belleza de su forma. Adrede no reproduzco al azar fragmentos de ellas, porque siempre repugné el mutilar obras ajenas. Para completar este bosquejo de la personalidad del hombre de letras y del servidor de Colombia, consignaré que Antonio Gómez Restrepo es patriota y literato por abolengo, desciende de caudillos de la independencia de su país, y de príncipes de la pluma; que ha sido diplomático en Madrid; Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Senador; que es Doctor en Derecho, catedrático de Literatura Castellana e Hispanoamericana en el Colegio del Rosario, y Miembro de número de las Academias colombianas de la Lengua y de la Historia.

En cambio, quiero, aun a trueque de ofender la modestia que lo caracteriza como a hombre superior de veras, detenerme breves instantes frente a su fisonomía moral, en las salientes que a mí más me interesan cuando por acaso las averiguo o las descubro en este ingrato e incesante trato humano, a

cuya práctica todos estamos condenados. Devoto de la línea recta, rectilíneo ha sido Restrepo en política; lo que ya es "rarissima avis" en nuestros días y en nuestras latitudes, enfermos por igual de claudicaciones de todas las especies, de excesos de todos los tamaños y de vergüenza de todos los colores. Rectilíneo ha sido en el sagrario de su vida íntima, para la que supo edificar ¡arquitecto de su propia ventura! un hogar risueño, apacible y puro, en el que perpetuamente se miran encendidas las lámparas benditas de una honradez sin orillas y de un amor correspondido y casto, que le ha dado resistencia y fuerzas para vivir y vencer, para estudiar y producir; que como recompensa máxima, le ha acarreado el respeto y el aplauso dentro y fuera de su país. Mas con ser tantos sus merecimientos y virtudes, aún atesora una principalísima que a mí me lo transmuta en un valor afirmativo: la solidez roqueña de su credo religioso.

Para los tiempos que corren —¡ay, no con la priesa que fuera de apetecer!—, tiempos rojos de acomodación y desquiciamiento, en los que el mismo globo, como atacado de todos los delirios, parece que vacilara en sus fundamentos; en los que nos avergüenza doblar la rodilla ante Dios, porque nos envanece doblar la espina ante los poderosos y los déspotas; en los que so pretexto de acabar con todas las tiranías, después de emponzoñarles el alma con prédicas demoledoras y disolventes, se empuja a los desheredados y a los humildes hasta los abismos sin fondo de la violencia y del delito, para que arrasen lo existente y vayan luego a descansar de la jornada sanguinolenta y suicida en paraísos mentidos e inasequibles, es un espectáculo prometedor y reconfortante tropezar con hombres como Antonio Gómez Restrepo, de pensamiento alto y virtud acrisolada, de creencias religiosas ahincadas e inconmovibles, que por méritos propios pertenecen a la clase directora de estos nuestros pueblos jóvenes, en marchas forzadas por su juventud y su riqueza, a un porvenir radiante de arco iris, y de auroras. Mientras alienten hombres de tamaños quilates, que así piensan, así escriben, así educan y así gobiernan, puede afirmarse que no todo está perdido, ni todo gangrenado, ni todo maldito; puede esperarse en un próximo amanecer que barra con las negruras de esta noche de Walpurgis que venimos atravesando, temblorosos y pávidos; noche tan espantable y tétrica, que el Alighieri no osó incluirla en su *Infierno,* ni las Sagradas Escrituras la mencionaron en el divino y formidable libro del *Apocalipsis.* Con hombres de su temple, sembradores de verdad, de bondad y de belleza, no hay miedo de que los rosales se agosten para siempre. ¡Oh, no! El líquido humano, que espumajeante y ciego va desbocado estos momentos amenazándolo todo, recobrará su nivel, reintegrará sus cauces: Dios, volverá a ser adorado y reverenciado por todas

sus criaturas; el "Angelus", que nos habla de que hay "algo" más allá de esta vida perecedera, volverá a desplegar sus místicas alas por encima de los seres y de las cosas, a la hora meditativa y melancólica de los crepúsculos; el honor y la honradez de los hombres, la fidelidad, la pureza y el pudor femeninos, ahora en el exilio o en la infamia, reflorecerán, y quién sabe si no más hermosos y lozanos de como nosotros los conocimos; de las cunas de hoy, sobre las que las madres se inclinan temerosas, se alzarán los hombres nuevos que mañana han de roturar los caminos de la paz y de la dicha; el amor vencerá al odio; la mujer, que lleva en sus entrañas sagradas a las posteridades inacabables, operará el milagro... A pesar de todo, yo tengo una fe inmensa en los futuros destinos de esta humanidad, fabricada de barro pecador y deleznable, a que pertenezco.

Por lo pronto, y de tejas abajo, felicitémonos de que los Restrepos nos visiten, pues sólo así la fraternidad de esta legión de hermanos esparcidos en todo un Continente, saldrá del terreno retórico en que ahora se agita, espasmódicamente, para adentrarse en el terreno de una realidad que puede y debe rendirnos grandes frutos. Cuesta confesarlo, pero es la verdad que no nos conocemos; hay vibración de anhelos, sí, hay ansia de estrecharnos las manos; algún verso errabundo nos habla de los que nos quedan lejos; algún peregrino nos cuenta, no siempre con exactitud, lo que de nosotros se piensa y dice en esas tierras; solemos recibir un periódico, una revista, la carta de un amigo a quien no hemos de ver nunca... Pero la distancia misma, las dificultades de acortarla, nuestros sendos menesteres y actividades, aquietan el anhelo, ahogan el ansia, y cada cual en su casa, continuamos ignorándonos, sin que el acercamiento, el espiritual sobre todo, llegue jamás a consumarse. Con semejante ignorancia mutua, México muy especialmente resulta perjudicado, pues lo fuerza a vivir en un mayor aislamiento. Centinela de la raza, como todos los centinelas, se encuentra abandonado y solitario, a causa de su situación geográfica fatal e ineluctable: por eso ha resistido solo, las embestidas extrañas y las bárbaras mutilaciones de los fuertes. Y como no es posible desenraizarlo, llevárselo más cerca de sus hermanos, que al menos de vez en cuando vengan éstos a nuestra casa, de par en par abierta preferentemente para ellos. No importa su modestia, ni que el pan que ofrezcamos sea humilde; lo esencial es que se sientan sus dueños, y que en las charlas cordiales de las veladas familiares, nos contemos nuestras intimidades, nuestros propósitos, nuestras esperanzas, que, en el fondo, son unos mismos.

Así esta noche, por ejemplo, le diríamos a Antonio Gómez Restrepo, lo que ya dije en otra ocasión, pero que no huelga repetirlo:

—"Sí, ya sabemos que tú eres hijo de Colombia, la nación que ha sido cuna de héroes y de vates, cultólatra de la Libertad, y reina y señora del idioma que a ustedes y a nosotros, nos ata por la eternidad con una urdimbre de oro; ya sabemos que es aquélla una tierra a la que nadie acertará a despojar de esa su pléyade brillantísima de intelectuales, entre los que tú figuras ventajosamente; los Plazas y los Bordas, en Historia; los Ancízar, Roldanes y Pombos, en Viajes; los Caro, Sanín Cano y Rivas Groot, en Crítica, y en Bellas Letras los Carrasquilla, los Marroquín, y tantos otros que sólo por ser breve no menciono. ¿Quién regateará a Jorge Isaacs el mérito inmarcesible de haber hecho llorar con las dulces páginas de su *María,* a cuantas adolescencias entienden el español, ni quién habrá dejado de sentirse sacudido, con la poesía honda y humana de José Asunción Silva, el Sin Ventura? ¿Quién no se quedará estupefacto frente al prodigio que se llamó Rufino J. Cuervo, autor sin segundo hasta hoy, de ese monumento inmortal que no posee ningún otro idioma, el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana?"*

Luego, agregaríamos:

—Y pues estáis de marcha, señor, y como embajador vinisteis a saludar a México de parte de Colombia, volved a Colombia como embajador de México, amparado con las credenciales que en este punto y hora os extiende, rubrica y firma nuestro aplauso para vos y nuestro cariño para ella. Habladle de lo que hayáis visto y de lo que tengáis adivinado; puntualizadle nuestros defectos y virtudes, que, como toda tierra mundanal, de ambos tenemos; decidle que a pesar de lo que de nosotros se cuenta por ahí, nuestra función esencial no es, cual lo parece, el aniquilarnos y trucidarnos eternamente, sino que queremos vivir, crecer y prosperar, ser felices y grandes, y que lo seremos.

Decidle, por último, algo que quizás haya escapado a vuestra penetración y perspicacia, pero que yo lo proclamo aquí, porque mucho nos honra y enaltece; decidle que el pueblo de México, en su clase alta, en su clase media y en su clase baja, es un estoico; que para que vosotros sus visitantes sólo conservéis de él una impresión amable, saliendo apenas de una contienda pavorosa y fratricida, vieja de más de diez años, arrumbó sus pavesas y sus ruinas, restañó la sangre de sus heridas materiales y morales, sofocó sus sollozos, enjugó sus lágrimas, sin estar seguro de no tener que seguir derramándolas mañana, cuando a cada guiñada de las naves que nos priven de vuestra compañía gratísima, nuestras playas se borren de vuestra vista en la doble inmensidad de los cielos y de los mares.

Decidle, señor, que enjugó sus lágrimas, al propósito de que vosotros lo contemplarais en la única actitud que cuadra a un pueblo viril y hospitalario: de pie y sonriente, con su corazón inflamado de gratitud y de amistad, y con sus brazos ampliamente abiertos, para que dentro de ellos cupierais todos.

DISCURSO DEL EMBAJADOR ANTONIO GOMEZ RESTREPO

CUANDO en los primeros años de la adolescencia me iniciaba en los estudios de la literatura castellana, cayó en mis manos el poema de *La Grandeza Mexicana,* del excelso Obispo Balbuena; y recorriendo la bizarra serie de sus tercetos, contemplaba con asombro el cuadro magnífico que él traza de la prosperidad, riqueza, elegancia y cultura que en menos de un siglo había adquirido la capital de la Nueva España, de la cual decía, después de describir sus edificios, sus paseos, sus cabalgatas, la pompa de sus fiestas, el esplendor de su cultura intelectual y artística, la hermosura de sus mujeres, en un rapto de entusiasmo, propio de su exuberante naturaleza:

Al fin, si es la beldad parte del cielo,
México puede ser cielo del mundo.

Desde entonces soñé con esta ciudad, que yo entreveía envuelta en una atmósfera luminosa, de tradiciones caballerescas, de arte y de poesía, y que me parecía tanto más seductora cuanto más lejana se hallaba la posibilidad de que pudiera visitarla nunca. Y hoy mismo, cuando me hallo en medio de vosotros, me parece que sigo soñando todavía.

También desde mi niñez me acostumbré a venerar a la Academia Mexicana, oyendo los grandes elogios que de ella hacían ilustres varones de mi patria, que yo miraba como mis mentores y maestros, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Rafael Pombo. Esta corporación era para mí como un célebre senado de las letras, en donde tenían asiento preclaros cultivadores de todos los ramos de la ciencias humanas, oradores y políticos insignes, poetas inspirados, sabios historiadores y arqueólogos, filólogos sapientísimos, en cuyo centro se destacaba la figura del gran varón que fue por largos años alma de esta Academia; y que es gloria purísima de todo el continente americano, pues en él se unieron la más grande integridad moral con la ciencia más vasta y segura; una envidiable firmeza de convicciones con un inque-

brantable amor a la verdad; un estilo casto, limpio y elegante, con una erudición inmensa, de esas que no retroceden ante la investigación del más menudo detalle. Fue un gran cristiano y un gran señor, tan enamorado de la perfección, que él mismo, con sus manos aristocráticas, ejecutó algunas de las espléndidas ediciones de sus libros para que fueran, como lo son en realidad, modelos de pulcritud, corrección y elegancia y sus escasos ejemplares, objeto de la codicia de los bibliófilos. La historia ha escrito en letras de oro el nombre que tan justamente veneráis, de don Joaquín García Icazbalceta.

Sería largo el elogio de los varones insignes que contaba en su seno la antigua Academia; los Arangos, los Orozcos, los Pagazas, los Roa Bárcenas, los Mariscales, los Sierras, los Peñas. Permitidme, sin embargo, que consagre un recuerdo al poeta y humanista preclaro que acaba de rendir su larguísima jornada, sin que la zampoña dejase nunca de resonar dulcemente en sus labios. Grande era mi deseo de conocerle y de ofrecer mis respetos a su fresca ancianidad de pastor y de poeta. Dios lo llamó a su seno antes de pisar el suelo de la Patria. Por obra de Ipandro Acaico pudimos muchos, antes de estudiar humanidades, saborear la dulce miel de la poesía bucólica griega y seguir los varios y fáciles vuelos de la musa de Teócrito, que unas veces asciende a la grandeza épica, cuando canta las hazañas de Hércules, otras llega a la dulzura patética, cuando acompaña las quejas amorosas de la pobre Simeta. Por él pudimos penetrar en el bosque profundo y misterioso de la poesía de Píndaro. Y después de largos años, cuando hubiera podido creerse agotada la vena poética, Ipandro Acaico nos sorprendió con varias series de sonetos elegantísimos y con traducciones magistrales de los poemas de Coluto y de Apolonio de Rodas, escritas ambas en octavas reales de firme y elegante estructura. Pocos casos tan admirables recuerdo de longevidad poética como el que presentó Ipandro Acaico, que ocupa puesto de honor entre los grandes humanistas de nuestra raza.

Me faltan términos adecuados para expresar la complacencia, la íntima satisfacción que he experimentado al estrechar la mano de algunos de vosotros, que de tiempo atrás me habíais honrado con vuestra correspondencia y a quienes he considerado desde el primer saludo como a viejos y cariñosos amigos. En primer término, debo nombrar al egregio Director de la Academia, al escritor eximio, que con sus obras cumple el lema académico de dar limpieza y esplendor al idioma; al novelista que dejó en *La Parcela* una joya de la literatura americana y cuyas narraciones cortas son un cintillo de piedras finas, en el cual campean desde el rubí sangriento de la historia trágica, hasta el zafiro de reflejos celestes de la leyenda religiosa y el diamante purísimo de la grandeza humana, encarnada en corazones humil-

des. Conozco regularmente la actual literatura americana; y no temo afirmar que el señor Portillo y Rojas es de los pocos que merecen el título de maestros de la prosa castellana.

Y qué decir de don Manuel G. Revilla, el digno discípulo del grande humanista don Manuel Peredo, cuyas sabias tradiciones mantiene y continúa; el filólogo eminente, que ha penetrado como pocos en el mecanismo de la lengua castellana; el expositor claro y convincente de los más sanos principios filológicos; el conocedor profundo de varias literaturas, cuyas obras maestras analiza con la elevación de criterio que revela su reciente estudio sobre Dante.

Puesto preeminente entre los historiadores de México, tierra fecunda en este noble género de estudios, ocupa don Luis González Obregón, quien consume dignamente sus días en el Archivo Nacional, que conoce como morada propia y ha explorado con éxito admirable, sacando de sus vetustos códices el rico material que, beneficiado por su ingenio y adornado con sus prestigiosas galas literarias, campea en los preciosos libros en que ha resucitado el México viejo, con sus personajes heroicos y novelescos, sus conjuraciones en que él adivina lejanos antecedentes de la independencia, sus leyendas y tradiciones; su ambiente trágico y al propio tiempo lleno de poesía, flor que se complace en adornar los muros agrietados y vetustos de las venerables ruinas.

Explorador también de lo pasado, principalmente desde el punto de vista artístico, es el Marqués de San Francisco, tipo del hidalgo aristócrata, formado en el seno de la más avanzada democracia; ferviente enamorado de las riquezas artísticas que ha atesorado México y que podrían enriquecer los museos de todo el mundo; arqueólogo dotado de esa doble vista que permite penetrar en el más íntimo sentido de las cosas, y leer lo que dicen, en rotas letras o en borrosos y desteñidos colores. De su actividad y patriotismo espera México una historia metódica de sus bellas artes, que han florecido aquí con brillo intenso en todas las épocas de su civilización prodigiosa.

Maestro en varias disciplinas, corazón siempre dispuesto al aplauso, es D. Alberto María Carreño, que con igual competencia cultiva los estudios científicos y literarios, y elogia dignamente, ya a Alejandro de Humboldt, ya a Ipandro Acaico y a Pagaza. Escribió un libro, modelo de investigación erudita y de análisis delicado y penetrante, sobre un célebre soneto castellano; dando lugar a animadas polémicas en todo el mundo español y manteniendo viva todavía la curiosidad de eminentes especialistas sobre las conclusiones que formula. Es para mí especialmente simpático este libro, porque me dio ocasión de anudar con su erudito autor relaciones de amistad que tanto me honran.

Cierro esta enumeración de ilustres amigos, con el nombre de un académico ausente, de quien fui compañero de representación diplomática en Lima, y que ahora enarbola el pabellón de la elocuencia mexicana en las repúblicas australes de América: el Lic. D. Antonio Caso, el pensador original y fecundo, que partiendo de las bajas regiones del positivismo experimental, que quiso cubrir el cielo con una bóveda de bronce, para que a la humanidad no le quedase resquicio alguno por donde mirar el más allá, se ha ido elevando por la fuerza y lógica de su pensamiento, a las alturas de una concepción espiritualista, en que armonizan la razón y el sentimiento, la metafísica y el arte, y vuela el hombre con las dos alas que le concedió la Providencia y que una ciencia incompleta quiso mutilar, para que el rey de la creación, en vez de remontarse, se arrastrase con los torpes movimientos del ave herida en uno de sus remos por el plomo del cazador.

Respecto de D. Federico Gamboa, cuya hermosísima oración acabáis de oír, ¿qué os diré? Debo declarar que cuando le vi por primera vez me pareció que le había conocido toda la vida. Y es que el señor Gamboa es de esos escritores que ponen toda su alma en sus obras; y en las del ilustre académico se manifiesta un grande ingenio, formado en justas proporciones de sal andaluza y de gracia criolla, y enriquecido con el conocimiento profundo de las literaturas modernas. Es el señor Gamboa uno de esos ejemplares propios de la cultura americana, eminente en diversos campos de la actividad intelectual, y que llevan a extraños países, con igual dignidad y prestancia, la representación diplomática de su país y la más amplia de la república de las letras. Es el señor Gamboa novelista que debe contarse entre los mejores de la América Española, y sus obras se distinguen, no solamente por el primor del estilo, sabrosamente castizo y lleno de donaire, sino por la profundidad a veces cruel, del análisis social, por la pintura de los caracteres y del medio ambiente, por el arte consumado de la composición y el que ha manejado el escalpelo de la novela realista es el mismo que sabe elevarse a las cimas de la contemplación y del ensueño; y en medio del tráfico ruidoso del mundo en que vive, pone atento oído al toque del Angelus, que al dilatarse en ondas sonoras por el espacio, parece ensanchar los horizontes de la contemplación espiritual, permitiendo al alma que rebase los extremos límites de lo creado y se lance en busca de aquel bien, libre de tasa, que canta Fray Luis en una de sus más etéreas inspiraciones.

Doy las gracias más expresivas al eminente Secretario de la Academia, D. Enrique Martínez Sobral, laborador incansable de todo género de disciplinas, y brazo derecho de este instituto, por el acta con que ha querido realzar este homenaje, que constituye para mí una de las más valiosas ejecutorias de mi vida literaria, así como también a los eximios académicos

señores Lic. D. Alejandro Quijano y D. Genaro Fernández Mac-Gregor por el realce que se han dignado dar con su elegante lectura a mis desmedradas producciones literarias. Respecto de los demás socios presentes, debo manifestarles que mi gratitud y aprecio son anteriores al conocimiento personal que de ellos hago en esta noche, porque sus merecimientos son notorios, y porque la cooperación que ellos han prestado para que este acto se efectúe me honra de manera singular. Permitidme también que exprese el sentimiento que me causa el no ver aquí al venerable decano de la Academia, al señor D. Francisco Sosa, benemérito de las letras de México y merecedor del aplauso y del cariño en todos los países americanos por el entusiasmo generoso con que ha propendido siempre a ensalzar los méritos ajenos y a hacer obra del más hospitalario hispanismo.

Estoy cierto, porque conozco vuestra modestia, que os estimáis inferiores a los preclaros varones que os precedieron en esta corporación; pero yo os digo, sin lisonja, que lejos de advertirse esa desproporción de merecimientos, sois, a los ojos del observador imparcial, dignos de vuestros antecesores, cuya tradición conserváis con gloria en toda su pureza. Mantenéis en alto el prestigio de las letras mexicanas; y contribuís de manera eficaz, con la enseñanza y con el ejemplo, a que pueda seguirse diciendo del México de hoy lo que decía Balbuena de la capital de la Nueva España, cuando afirmaba que era en ella

en donde se habla el español lenguaje
más puro y con mayor cortesanía.

Demasiado sabéis la importancia que tiene el idioma para conservar la cohesión entre los diversos elementos de una nacionalidad, entre los varios pueblos salidos de una misma raza. No os conformarais, en vuestra condición de buenos patriotas, con que esta gran nación tuviera que expresar ante los pueblos hermanos sus altos pensamientos en una jerga confusa y abigarrada, mezcla de elementos incoherentes; y lamentaríais que México no tuviera a su disposición los rotundos y sonoros vocablos del castellano, lengua de verdad y de franqueza, para cumplir con la noble misión de hacerlos oír, en toda su arrogancia y su pureza, en las fronteras de otro gran pueblo, de raza e idioma diferentes. Vosotros no querríais despojar a vuestra madre de uno de sus más preciados adornos de reina, para presentarla ante los extraños ataviada con unas pobres galas exóticas que podrían hacer dudar de la legitimidad de su prosapia. *La lengua es la patria,* fue el lema de la nación polaca; y la fidelidad a ese principio contribuyó poderosamente a mantenerla viva, no obstante su secular naufragio. El alma de México es hispana, y es-

pañol su lenguaje, aun cuando esmaltado, desde los tiempos de la Colonia, con piedras sacadas de las minas aztecas; asemejándose a esas grandes damas españolas que ostentan con orgullo títulos tomados de los antiguos príncipes de México.

En estos momentos en que vuestra patria celebra el glorioso centenario de la consumación de la independencia y las naciones iberoamericanas compiten en demostraciones de afecto hacia la República Mexicana, cómo se manifiesta la urgente necesidad moral de formar una cadena de afectos e intereses que una, de manera indisoluble, a todas las repúblicas de origen latino, de manera que la ofensa que a cualquiera de ellas se haga, desarrolle una corriente eléctrica de indignación, que haga vibrar todos sus eslabones. Hemos vivido de vagos programas de acercamiento, mientras otros pueblos disciplinaban enormes masas humanas en un solo pensamiento y en una sola voluntad. Y ha llegado el instante en que es forzoso seguir ese ejemplo de previsora energía, si no queremos que la raza del Cid y de Bolívar quede expuesta a zozobrar en un choque con fuerzas monstruosas, como se hundió el Titanic al contacto imprevisto con un gigante bloque de hielo, bajado del Norte.

México es una nación fuerte y vigorosa, capaz de grandes iniciativas. Cuando en la noche del 16 de septiembre contemplé desde los balcones del Palacio Nacional la inmensa multitud, no menor de ochenta mil personas, de toda clase y condición, en espera de que el Presidente de la República tocase la misma campana que hace un siglo hizo resonar Hidalgo en su curato de Dolores, y vi estallar el volcán del entusiasmo popular, me sentí subyugado ante aquel espectáculo grandioso y comprendí, con más intensidad que nunca, que hay en México un alma nacional, cuyos bríos no han podido domeñar ni complicaciones externas ni conmociones interiores, y antes bien, sale de cada prueba con más decisión y energía.

Llevo, señores académicos, de vuestro país una impresión gratísima que supera en mucho a cuanto había podido imaginar. Porque bien sabía que este suelo, por su hermosura y feracidad, por las riquezas que guarda en sus entrañas, merecía ser llamado tierra de promisión; pero temía hallar huellas profundas de larga perturbación de once años, señales dolorosas de empobrecimiento y de ruina, agotamiento y tristeza en los ánimos; y he hallado un país fuerte, alegre y fastuoso, que ostenta por dondequiera señales de prosperidad y de riqueza; y en donde, por caso quizás único en el mundo, corren ríos de oro y de plata, como si aquí deslizara sus ondas un nuevo Pactolo. He hallado en México una de las grandes capitales del mundo latino, que en medio de un crecimiento inverosímil entre luchas tenaces, ha guardado su propio e inconfundible carácter, sus magníficos monumentos anti-

guos, como esas grandes familias que se acomodan a la vida moderna sin olvidar sus venerandas ejecutorias. Consideraba posible que este pueblo, sometido por tantos años a la dura prueba de guerras civiles destructoras que endurecen las almas y engendran en ellas la desesperación y el desaliento, hubiera caído en un positivismo práctico, limitado a la consideración de la hora presente; y he comprobado con satisfacción que hay en la juventud un poderoso movimiento de idealismo; que la mujer mexicana —sufrida, heroica, inteligente y hermosa— sigue siendo la fiel guardadora de las esperanzas inmortales, y sabe transmitir a sus hijos la fe que ella alimenta en las promesas de Cristo; y que el pueblo mexicano acude al santuario nacional de Guadalupe con la misma fe, viva y ardiente, de los tiempos pasados, esa que es la sal de la vida para los corazones humildes que lloran y sufren. Y he comprobado también que la discordia, azote de la civilización, no ha oscurecido vuestra cultura, que está en plena florescencia; de tal manera que los cantos de vuestros célebres poetas, tan conocidos en el mundo español, no son voces aisladas de los postreros sobrevivientes de una época muerta, sino que responden a un inmenso movimiento intelectual, que se extiende por todos los ámbitos de la nación. Y contemplando todo esto, y oyendo cantar las alondras que preludian la aurora, abrigo la firme creencia de que ha empezado para México una era de paz y de engrandecimiento, una primavera en que han de sonreírle todos los dones del arte y la naturaleza.

Sí, porque México debe vivir en paz para que continúe siendo una de las ciudadelas inexpugnables del espíritu iberoamericano, en cuyos torreones velen la lealtad, la hidalguía, la libertad, y en cuyo sitio más alto vigile el genio de la lengua castellana para dar la voz de alerta contra todo peligro exterior, con las mismas palabras que emplearon para proclamar la independencia Hidalgo y Morelos, Bolívar y Nariño, O'Higgins y San Martín.

Señores académicos: habéis querido enaltecer mi pequeñez y cubrir mi insuficiencia con las galas de vuestro ingenio. Os doy rendidas gracias por este homenaje, que acepto, no refiriéndolo a mi persona, sino a la Academia Colombiana, hermana de la vuestra en tendencias, aspiraciones y labores; como que una y otra han puesto su conato en mantener el brillo y la pureza del idioma y en mantener una sana tradición de corrección y de buen gusto, sin limitaciones estrechas ni exclusiones arbitrarias. Esta fiesta deja en mi alma una impresión dulce y serena y su recuerdo iluminará con luz apacible el resto de mi vida literaria; porque he estado en medio de varones sabios y buenos, que me han brindado una recepción tan hospitalaria como la que prestarían las Academias platónicas del Renacimiento al extranjero que se presentaba sin más armas que una pluma de ave, ni más títulos que su admiración devota por las letras humanas.

LA POESIA CASTELLANA EN SUS CUATRO PRIMEROS SIGLOS *

Por ALEJANDRO QUIJANO.

EL imperio de una regla de nuestro instituto me trae ante vosotros para presentaros mi discurso de recepción como individuo de número de esta Academia Mejicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española. Si no fuese, como dije, precepto imperativo; y si no se sumase el hecho de que la Academia, en varias sesiones, ha tenido la dignación de indicarme la lectura de este discurso, quizás hubiese demorado aún mi venida a esta honrosa tribuna. No sólo la endeblez de mis fuerzas, que ya es sobrado motivo para ello, sino el ajetreo en que, por la atención a otras manifestaciones ineludibles de mi vida, he tenido que estar en estos últimos tiempos, me hubiera dictado como medida de prudencia el diferir esta oportunidad hasta haber podido hacer a fuerza de empeños, algo digno. Obediente, sin embargo, como procuro serlo siempre, a las disciplinas a que por uno u otro motivo estoy sujeto, heme aquí para leeros una apuntación, tan somera como se colegirá del solo conocimiento del tema, respecto a los primeros siglos de nuestra poesía castellana, es decir, desde sus primeras manifestaciones hasta el nacimiento de Cervantes.

Hubiera sido mi mejor deseo, insisto, venir a esta tribuna y en esta ocasión con un trabajo de aliento, de verdadera importancia académica, ya fuese obra de búsqueda seria y fructuosa, ya labor crítica honda y meditada. Habréis de perdonar, atendiendo a las razones señaladas arriba, tanto las que se refieren a las circunstancias de momento, cuanto las que atañen a mis características escasas fuerzas, que no haya acometido empresa de tal brío, y que venga ante vosotros a leer un trabajo que nada nuevo, indudablemente, traerá a vuestras altas y cultivadas inteligencias.

---

* Discurso leído en su recepción como Individuo de Número de la Academia Mejicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, el 27 de octubre de 1920.

Mas antes de iniciar la lectura de mi leve estudio, permitidme que haga —y lo haré no sólo por ser ello una costumbre muy estimable, sino por dictados de un sincero sentimiento mío— un elogio del distinguido literato que me precedió en el sitial de académico de número, Don Enrique Fernández Granados, muerto, para duelo de la lírica mexicana, el día dos de marzo del presente año.

Ya doctas plumas han escrito el encomio merecido de Fernández Granados; ya los tórculos han impreso esas alabanzas, justísimas, del hombre prudente, del varón de eubolia reconocida, y luego —y esto es para nosotros lo de mayor importancia—, del atildado poeta, del escritor sabio, del mérito profesor humanista, que vivió una vida serena, recogida en virtudes. Su obra, toda ella de estirpe lírica, acusadora de una inspiración y un temperamento nobilísimos, aparece siempre vaciada en un molde puro, clásico. La justedad de sus conceptos, la dulzura de su estro lucen constantemente al través de sus producciones, desde *Mirtos* y *Margaritas,* sus obras primeras, publicadas, respectivamente, los años de 1889 y 1891, hasta su *Odas, Madrigales y Sonetos,* nueva selección de sus poesías, publicada en 1918 para encerrar en ella copia de sus más importantes versos. Su *Antología,* que comprende composiciones publicadas en el decenio corrido de 1887 a 1897 es, quizás, el libro que contiene sus versos más característicos: *Nocturno, El vino de Lesbos...* En su citada última colección, *Odas, Madrigales y Sonetos,* verdadera excerpta de su obra, encontramos a más de las poesías citadas, su impecable soneto *A un poeta,* una colección de blandos madrigales, sus varias composiciones *A Lidia,* su *A Don Quijote,* poema de vuelo.

Fue Fernández Granados, asimismo, un pulcro traductor de poetas franceses e italianos. Sus *Exóticas,* versiones de poesías originales en ambos idiomas, su *Miramar,* traducción de Carducci, y más que todo sus *Frondas de Italia,* publicadas en 1915, son muestras de tal labor artística. En este último libro, al lado de los madrigales de Pasquale Papa, publicados en edición especial desde 1899, figuran traducciones de Leopardi, de Carducci, de Stecchetti, de Fóscolo, todas ellas precisas a la par que impregnadas de belleza.

Ya sabemos que toda traducción, según dijo el más grande de los ingenios españoles, es un tapiz vuelto al revés. Sin embargo, los tapices italianos o franceses que Fernández Granados nos dio a conocer, tienen, aún así, una belleza imponderable. Y es que, como en alguna otra ocasión creo haberlo dicho, hay tapices que tienen un bellísimo reverso, tan bello a veces como el propio anverso; es decir, en el caso, que las traducciones de FERNANGRANA son dignísimas de las obras vertidas por él al español. En su labor de traducción de Carducci, publicó, en 1917, en un tomo de la revista *Cultura* y en unión de nuestro muy ilustrado colega académico el

señor Doctor don Francisco Canale —quien se encargó de las traducciones de prosa—, una colección de versiones en las que aparecen algunas no hechas públicas antes, ni incluídas después en sus citadas *Frondas de Italia.*

Como maestro, dejó Fernández Granados, igualmente, una estela de sabiduría, de competencia pedagógica y de suave bondad.

Por todos estos dones que florecieron en su espíritu, Fernández Granados perdurará en la historia de las letras mexicanas... Pero nosotros, los miembros de esta Academia, tenemos todavía un motivo más para estimar su memoria. Fue siempre en la Academia un hombre moderado y prudente; fue, por un largo período y hasta su muerte, Secretario de la Institución; fue, en fin, un colega cuya ida lamentamos y lamentaremos de veras todos los que tuvimos la satisfacción de estar a su lado. ¡Que Dios sea con él...!

Paso ahora a la lectura de las apuntaciones a que al principio hago alusión y que, como antes he dicho, se refieren a nuestra poesía castellana en sus primeros siglos, es decir, desde la manifestación del idioma como literario, hasta mediar el siglo XVI, en que se abre espléndidamente, como una flor madura, la edad de oro de las letras españolas. No me ocuparé, sin embargo, en el estudio de dos puntos muy importantes, el romance y el teatro, tanto porque la época a que ceñiré mi nota no alcanza a la del apogeo de estas muestras literarias, cuanto porque ellas, por su sola importancia, demandarían una extensión incompatible con un discurso.

El habla española, esta bella y rotunda habla hispánica con la cual decimos nuestras quejas y nuestros goces, nuestras ilusiones o nuestros desengaños, se formó por las penetraciones de las lenguas que sucesiva, y a veces simultáneamente, se hablaron en la tierra ibérica.

De las hablas de los iberos aborígenes, de los vascos autóctonos, de los celtas primitivos, de los comerciantes fenicios, de los colonizadores griegos, de los dominadores romanos, de los invasores visigodos, de los conquistadores árabes; de todas estas lenguas, y contribuyendo a ella en proporciones desiguales, como corresponde a la desigual hegemonía política e influencia de cultura que los pueblos que las hablaron ejercieron en la península, se formó, por los siglos IX y X, una "jerigonza", que, limándose poco a poco, como en estos fenómenos lingüísticos ocurre, fue ya en el siglo XI un verdadero idioma y aparece en el XII en una forma que, si aún tosca, tiene ya prestigios literarios. Así la hallamos en el primer momento de las letras españolas, en el grandioso *Poema del Myo Cid,* cantar de gesta escrito al

mediar el citado siglo XII, y el cual dice, en versos todavía informes en muchas partes, pero en muchas bellos y sugerentes, las enormes proezas, las aventuras sin par de aquel Ruy Díaz que la leyenda española guarda como uno de sus más puros tesoros de hombría de bien, de valor en grado heroico, de inmutable fidelidad a su rey y a su dama; como uno de los más claros espejos de nobles y esforzados varones.

En esta obra primigenia de la literatura hispana, que aparece en forma anónima, al modo de los poemas que en la Francia medieval eran cantados y recitados de castillo en castillo, y de villorrio en villorrio por los andariegos "juglares", se advierte, es claro, la rudeza de una habla en período de formación, no independiente aún de sus generadoras y usando, así, voces de ellas todavía no del todo adaptadas y transformadas, como acontece con palabras latinas principalmente, ya que es el latín al que el castellano, como los demás idiomas romances, es deudor en grado máximo.

No se conserva el primitivo ejemplar del poema. El códice que de él se conoce aparece firmado, en 1307, por un tal Per Abbat, que sabe Dios qué cosas de su cosecha habrá hecho llegar hasta nosotros como propias de la obra. Consta el poema de cerca de cuatro mil versos. En lo que a versificación respecta, se distribuye de modo arbitrario: a veces monorrítmicamente en períodos de cierta longitud, a veces en dísticos o en versos alternados, en ocasiones con toda libertad. La asonancia y la consonancia son indistintamente usadas, aunque esta última en proporción mayor. El metro del poema ha sido objeto de documentados estudios por parte de eminentes críticos, tales como Wolf, Milá y Fontanals, Bello, Menéndez Pidal, etc. Al lado de autores que creen en la estudiada regularidad de su versificación, otros, como Milá y Menéndez Pidal —a cuyas opiniones se adhiere en su novísima e interesante obra *La versificación irregular en la poesía castellana,* el inteligente y muy erudito Pedro Henríquez Ureña—, la consideran irregular, amétrica, y aun señalan tal ametría como una de las características de estas primeras muestras poéticas castellanas.

Ello por lo que a la forma se refiere. En lo que al fondo de la obra atañe, se apuntó ya que ella narra y loa las aventuras de Ruy Díaz de Vivar, el Campeador, desde su llegada a Burgos, malquisto y desterrado por el Rey Don Alfonso de León, hasta la justa en que, en defensa de las hijas del Cid, Doña Elvira y Doña Sol, contienden ante el Rey los bravos Pero Bermúdez y Martín Antolínez —"el burgalés de pro"—, caballeros de las huestes de Rodrigo, con los innobles Don Fernando y Don Diego, los Infantes de Carrión, que, casados con Sol y con Elvira, las burlan y maltratan luego cruel y villanamente.

El carácter de los personajes principales está delineado en perfección.

La pintura de Ruy Díaz es acabada. Y por mucho que en algunos de los detalles de sus aventuras desdiga de las altas virtudes que le son siempre atribuidas, ello debe imputarse, más que al héroe castellano, a la ruda época en que se desenvolvió su intenso vivir. Son asimismo de un imponderable relieve la pintura del bravo Alvar Fáñez Minaya —el de la "fardida lanza"— y las de los demás leales de Campeador.

Como quiera que es este poema el punto de partida de las bellas letras españolas, transcribiré un breve trozo que da idea de lo que era nuestro primitivo idioma poético; y será este trozo el inicial de la obra, tal como existe, pues es sabido que faltan probablemente los verdaderos cincuenta o sesenta versos primeros del cantar.

De los sos ojos tan fuerte-mientre lorando
Tornava la cabeca é estáva-los catando;
Vió puertas abiertas é uços sin cañados,
Alcándaras vazias sin pieles é sin mantos.
E sin falcones é sin adtores mudados.
Sospiró Mío Cid ca mucho aviée grandes cuidados.
Fabló Mio Cid bien é tan mesurado:
"Grado a ti, Señor, padre que estás en alto,
Esto me an buelto míos enemigos malos".
Alli piensan de aguijar, alli sueltan las riendas:
A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra,
E entrando a Burgos ovieron la siniestra,
Meció Mio Cid los ombros é engrameó la tiesta;
Albricia Albar Fáñez, ca echados somos de tierra.
Mio Cid Ruy Díaz por Burgos entrava,
En su compañą LX pendones levava: exien-lo ver mugieres é varones.
Burgueses é burguesas por las finiestras son puestos,
Plorando de los ojos, tanto avien el dolor.
De las sus bocas todos dizían una razón:
"¡Dios, qué buen vasalo, si oviese buen señor!"
Convidar-el yen de grado, mas ninguno non osava.
El rey don Alfonso tanto avíe la gran saña.
Antes de la noche en Burgos d'él entro su carta,
Con grand recabdo é fuerte-mientre sellada:
Que a Mio Cid Ruy Díaz que nadi no l'diesen posada,
E aquel que gela diese dopiese una palabra,
Que perderie los averes é más los ojos de la cara,
E aún demás los cuerpos é las almas.

Grande duelo avien las yentes christianas.
Ascónden-se de Mío Cid, ca no l'osan dezir nada.
El Campeador adelinó a su posada
Así como legó a la puerta falóla bien cerrada.
Por miedo del rey Alfonso que así lo avie parado:
Que si non la quebrantaás por fuerça que non gela abriese nadi.
Los de Mío Cid á altas voces laman:
Los de dentro non les querien tornar palabra.
Aguijó Mío Cid, a la puerta legava,
Sacó el pie del estribera, una ferida l'dava.
Non se abre la puerta, ca bien era cerrada.
Una niña de nuef años á ojo se parava;
"Ya Campeador en buen ora cinxiestes espada.
El rey lo ha vedado, anoch d-él entro su carta,
Con grand recabdo e fuerte-mientre sellada.
Non voz osariemos abrir ni coger por nada;
Si non perderiemos los averes é las casas,
E demás los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal vos non ganades nada,
Mas el Criador nos vala con todas sus vertudes sanctas".
Esto la niña dixo, é tornós' para su casa.
Ya lo ve el Cid que del rey non avie gracia.
Partiós' de la puerta, por Burgos aguijava.

Contemporáneamente al *Cantar de Myo Cid,* o poco tiempo después, es decir, siempre en los siglos XII y XIII, aparecen algunos otros cantares de gesta —que se pueden clasificar también en el "mester de yoglоría"—, por más que ninguno alcanza la prestancia artística del Poema del Cid.

Es entre ellos de los más notables el *Rodrigo* o *Crónica Rimada,* cantar igualmente elogioso de la vida del Campeador, sólo que aquí el héroe aparece ya no en la realidad, sino a través del prisma de la leyenda; no es una personalidad humana, sino un ente imaginado por el anónimo autor. Más breve que el Cantar, incluye, no obstante, infinidad de curiosas y raras aventuras de Rodrigo. Su composición en asonantes monorrítmicos y sus versos, la mayor parte de dieciséis sílabas, partidos en dos hemistiquios, lo constituyen, según el criterio de algunos investigadores, en el originario romance español, el romance octosílabo, que siglos más tarde habría de servir de vaso a tantos jugosos decires.

A esta novedad en la versificación, aparte de otras circunstancias menores, atribuye el hispanista inglés James Fitzmaurice Kelly, y ello con la razón

que acusan siempre los estudios de este filólogo, que la Crónica sea posterior en su creación al *Poema,* estimando que el *Rodrigo* fue escrito a fines del siglo XII o primeros años del XIII, y retocado grandemente en el XIV.

Al lado del *Rodrigo* aparecen, y siempre también sin que se haya dado con su legítima paternidad, otros tres o cuatro poemas que constituyen, junto con los cantares dedicados al Cid, la época anónima de la literatura castellana. Son esos poemas *El Libro de Apolonio, La Vida de Santa María Egipciaca, Los Tres Reyes de Oriente, El Alexandre,* y algo más de escasa valía. A últimas fechas, en 1917, Menéndez Pidal nos ha dado a conocer otro importante cantar de gesta, es decir, un fragmento corto de un nuevo importante cantar de gesta, *Roncesvalles,* del siglo XIII.

A decir verdad, parece que estos poemas, que no carecen de legítimas bellezas literarias, no son de una originalidad absoluta sino que derivan, en mayor o menor alcance, de la literatura francesa coetánea. Algunos aun parecen sólo traducciones de obras francesas; lo cual puede bien ser, sin desdoro de nuestras letras primitivas, pues bien sabido es que en aquellos primeros tiempos del desarrollo de las hablas romances, la hispánica iba a la zaga de la francesa y de la italiana; debiendo esto explicarse por la menor rudeza de la vida política de Francia e Italia, respecto a España, en aquellos siglos medievales, y todo ello en cambio de la indiscutible ventaja que luego en los siglos XVI y XVII, ganaron las letras castellanas respecto a sus compañeras de origen y formación.

El más antiguo poeta español conocido es el clérigo Gonzalo de Berceo; y digo que es el primer poeta que se conoce en castellano, por no estar todavía dilucidado si el Juan Lorenzo Segura de Astorga, cuyo nombre aparece al final de un códice del mencionado poema *Alexandre* —el que vio don Tomás Antonio Sánchez en la Biblioteca del Duque del Infantado—, fue el autor o sólo el copista de la obra, inclinándose la mayor parte de los eruditos a esta última suposición, es decir, a que el clérigo Segura de Astorga es, respecto al poema citado, lo que Per Abbat respecto a la *Gesta de Myo Cid.* Existen, por otra parte, ciertos datos que han inducido a algunos a creer que el propio Gonzalo de Berceo es el autor del tantas veces mencionado poema sobre la vida y magnas aventuras del emperador macedonio. Un nuevo códice, descubierto según parece en 1888 por Baist, y que, de seguro, es el mismo publicado en 1906 por Morel Fatio, parecería, en efecto, apoyar lo anterior, ya que en sus últimos versos indica que el autor es el clérigo calahorrano:

Sy queredes saber quien fiso este ditado,
Gonzalo de Berceo es por nombre clamado,

en contra de lo que, en los mismos versos finales, dice el códice estudiado por Sánchez. Se sabe, empero, que los verbos "escribir" o "hacer", usados al final de muchos poemas viejos han inducido a errores, por la circunstancia de que se empleaban indistintamente para designar al autor o al mero copiante. Y luego, además, las notables diferencias en la versificación entre las obras indisputables de Berceo y el *Alexandre,* con detrimento para la de este poema, muy inferior a la de los de Berceo, ha hecho que connotados comentaristas hayan acogido la especie con grandes reservas; por lo que la paternidad del poema queda aún por conocer.

No se sabe con precisión la fecha en que nació Berceo, por más que es indudable que fue en los últimos años del siglo XII, ya que la época de su desenvolvimiento literario alcanza de los años 1220 a 1250 aproximadamente. Se hace aún mención de él en 1264, con relación a un testamento. Su cuna fue el lugar llamado Berceo, de donde tomó, a la usanza de muchos, el apellido, y fue clérigo o "preste" secular adscrito al Monasterio de San Millán de la Cogolla, de la Diócesis de Calahorra. Sus obras, escritas todas en la "cuaderna vía", es decir, en cuartetos alejandrinos monorrítmicos, comprenden ocho o diez grandes poemas, siendo los principales *La Vida del Glorioso Confesor Santo Domingo de Silos, La Vida de San Millán, Los loores de Nuestra Señora, El Duelo de la Virgen, El Sacrificio de la Misa* y *La Vida de Santa Oria,* que escribió ya en edad provecta, como se desprende de los conocidos versos quinto y sexto:

Quiero en mi vejez, magüer so ya cansado,
De esta Santa Virgen romanzar su dictado.

La obra total de Berceo es copiosa y no exenta de bellezas, por más que éstas se hallen muy repartidas en su prolija producción. Su versificación es ya más perfecta y regular que la de los poetas que le precedieron, llamando por esto la atención de filólogos y comentaristas que, como Henríquez Ureña en su nueva citada obra, lo estiman como un caso de excepción y aceptan que todavía mucho después de él no llegó a escribirse tan regularmente el verso castellano.

De todas sus obras, entre las cuales hay varias dedicadas a la Virgen, por lo que se le considera el primer poeta mariano, la más conocida es *La Vida de Santo Domingo,* cuyas dos cuartetas iniciales son las tan repetidas:

En el nomne del Padre, que fizo toda cosa,
Et de don Jhesucristo, fijo de la Gloriosa,
Et del Spíritu Sancto, que egual d'ellos posa,
De un confesor sancto quiero fer una prosa,
Quiero fer una prosa en román paladino,
En qual suele el pueblo fablar a su vecino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino:
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Fue este humilde clérigo el iniciador de la poesía erudita, ya que hasta entonces todo el desarrollo de las letras había tomado la forma vulgar, el "mester de yoglaría"; y con él, y después de él, se desenvuelve la forma culta, "el mester de clerecía", así llamado por ser en la muelle paz de los monasterios en donde tuvo sus mejores cultivadores el nuevo género.

Aunque la poesía de Berceo es narrativa, épica, no faltan puntos en los que su espíritu se manifiesta; y aunque son pocos —tan pocos que Menéndez y Pelayo, al hablar de su versificación, a la que califica de "siempre fácil y corriente", asienta que "no la anima con la menor centella de entusiasmo lírico"—, se encuentra en una de sus obras, en *El Duelo de la Virgen,* la primera, quizás, de las poesías líricas castellanas. Me refiero a la *Cántica* de los judíos ante la tumba de Jesús. Acerca de esta "controbadura" y con relación a su importancia antes aludida, como primera manifestación lírica en español, así como a lo que ella significa precisamente, mucho se ha escrito. Desde luego el citado Don Marcelino Menéndez la acepta como muestra de la inspiración lírica popular. La distinguida hispanista portuguesa Doña Carolina Michaelis de Vasconcellos cree ver en ella una canción de vigilia de "romeros", a diferencia de lo que en su flamante precioso libro, *Estudios literarios,* asienta don Ramón Menéndez Pidal, quien sostiene que tal *Cántica,* con su estribillo "Eya velar", no es sino una de las "cánticas" de velador o de centinela, de las que tanto se usaron en tiempos viejos. Esto me parece, en efecto, lo más justo, pues pocos versos antes de ella figuran las instrucciones, digamos, que Pilatos da para que se cuide el sepulcro constante y atentísimamente:

Cercat bien el sepulcro de buenos veladores,
Non sean embriagos nin sean dormidores,
Non lis cala de mañana facer otras labores,
Nin vayan esta noche visitar las uxores...

Desaparecido el monje riojano al mediar el siglo XIII, poco hay que llame la atención antes de Alfonso el Sabio. Apenas si lo merecen el tantas veces citado *Libro de Alexandre,* que alcanzó su auge por esa misma época, y el *Poema de Fernán González,* escrito sin duda por un monje de San Pedro de Arlanza, obra también épica y dedicada a narrar la vida del Conde Soberano de Castilla, Fernán González, que tanto sirvió, con su vida y hechos, de motivo para composiciones de todo estilo poético, desde el citado poema hasta multitud de romances coleccionados posteriormente en las varias compilaciones que de los romances españoles se han hecho.

El año 1252 ascendió al solio de Castilla, sucediendo a su padre Fernando III El Santo, Don Alfonso X, que mereció por su cultura y afición a las artes y a las ciencias el dictado de "El Sabio". Y sabio de veras se revela a la posteridad aquel Alfonso, que supo aunar los quehaceres de la corte con la protección y los propios cuidados a las ciencias y las artes. Las Tablas Alfonsinas, el famosísimo Código de las Siete Partidas —monumento jurídico tanto como literario— y la Crónica General de España, obra histórica de talla, son las más notables producciones prosaicas que inspiró o personalmente hizo; las renombradas *Cantigas de Santa María,* escritas en gallego, las más bellas y elevadas en verso.

La obra toda del Rey Sabio es de valor artístico; pero se hace notar Alfonso, sobre todo, como el primer prosista que escribió en castellano. En efecto, si la poesía, ya en su forma vulgar, ya a la manera erudita del "mester de clerecía", había sido cultivada hasta entonces, la prosa, en cambio, apenas si se deja sentir en leves manifestaciones, tales como los *Anales Toledanos, Los Diez Mandamientos* y la versión al castellano del *Fuero Juzgo,* colección de leyes dictadas, antes de la invasión de los moriscos, por los dominadores visigodos.

Por lo demás, este fenómeno apuntado se observa en todas las literaturas. La poesía es anterior a la prosa. Y es que la forma vulgar, la primera en toda manifestación literaria, buscó siempre para su mejor introducción, y ello, es claro, espontánea e inconscientemente, el prestigio de la forma poética, la ayuda de la rima, así sea ésta ruda y sin gracia. Los magnos poemas religiosos indos abren el curso de las literaturas orientales, como Homero inicia, ¡y de qué excelso modo!, la literatura griega, y como el florentino Alighieri, disipando el primero la cerrazón medieval, inaugura el vuelo de las letras itálicas...

Alfonso fue también un poeta muy distinguido. Sólo que, poeta lírico,

escribió, como todos los de su época, en gallego. Las *Cantigas de Santa María* son su obra; y aunque tales composiciones son suaves, interesantes no sólo por su fondo, sino por su curiosa versificación, no es esta oportunidad para hablar de ellas, por no pertenecer a nuestras letras españolas. No han faltado quienes hayan creído dar con poesías castellanas del Rey Sabio; pero, aparte de alguna que figura en un Cancionero, nada más se ha logrado encontrar que sea legítimo suyo. Muy conocidos son los versos

A ti, Diego Pérez Sarmiento, leal
y firme vasallo, cormano y amigo,

que se atribuyen al por muchos años aceptado *Libro de las Querellas,* como obra en verso castellano de Alfonso X. Sin embargo, doctos escritores, tales como D. Emilio Cotarello, han demostrado que no hay tal, y que sólo se trata de una curiosa superchería.

Un sobrino del Rey Sabio, el Infante Don Juan Manuel (1282-1348), continúa la tradición de su pariente. Y, así, da a luz multitud de obras de índole diversa, ya que múltiple era su cultura y grande su inteligencia: desde libros de cetrería, hasta *El Conde Lucanor*, pasando al través de obras de tan curioso estudio como el *Libro del Caballero y del Escudero,* que es un tratado de las prendas que deben adornar a súbditos y vasallos, a amos y escuderos. *El Conde Lucanor,* es, sin duda, la más sólida base de la fama del Infante; como que encierra una cincuentena de sabrosos y donosos cuentos escritos en un español que, para la época, es de notoria belleza.

Desgraciadamente la obra poética del Infante se ha perdido; y digo desgraciadamente, porque no sólo por las referencias de su época, sino por lo que lógicamente puede colegirse, tales poesías debieron ser de importancia literaria, ya que algunas breves versificaciones, entreveradas en sus "Enxiemplos" hacen presumir en él un poeta culto.

Henos ya frente al Arcipreste de Hita. Fue este insigne varón hombre docto en cosas divinas y humanas; y con esto quiero decir que, no embargante su ministerio espiritual, vivió también vida de mundo, y no por cierto, a lo que se ve por la experiencia de que sus obras dan prueba, vida de mundo pacífica y ordenada, sino antes bien de truhanerías y picardihuelas. El Arcipreste fue un notable hombre de letras. De ello es prenda irrecusable

su *Libro de Buen Amor,* que atesora, en una forma poética pulida y no exenta de bellezas, a pesar de su monotonía, toda la vida de su época, vista al través de un artístico temperamento. Escrito, en su mayor parte, todavía en la forma de Berceo, es decir, en el aludido "tetrástrofo alejandrino monorrimo", tiene, sin embargo, formas nuevas, usando metros menores, sobre todo en las *Cánticas de Serrana,* y en los *Gosos de Santa María.*

Aparte de estas *Cánticas,* obra profana, y de esos *Gosos,* obra religiosa, tiene Juan Ruiz mil trozos diversos, entre los cuales son notables sus "enxiemplos", tales como el de las "ranas pidiendo rey". Pero en lo que es notable de toda notabilidad es en la creación de su Doña Urraca, la famosa Trotaconventos, madre de *La Celestina* de Rojas y antecesora de todas las *Celestinas* con que después nos hemos tropezado en las letras castellanas. No resisto a la tentación de copiar aquí unos versos, en los que se dicen los señuelos con que la innoble vieja atrapa a Doña Endrina, en el *Enxiemplo de la abutarda y de la golondrina:*

Verdat es que los plaseres conortan a las deveses,
Por ende, fija señora, id a mi casa á veses,
Jugaremos a la pella e á otros juegos raeses,
Jugaredes, é folgaredes, é dar vos hé ¡ay qué nueces!
Nunca está mi tienda sin fruta á las locanas,
"Muchas peras", é durasnos ¡qué cidras é qué manzanas!
Qué castañas, qué piñones, ¡é qué muchás avellanas!
Las que vos queredes mucho éstas vos serán más sanas.
Desde aquí a la mi tienda non ay si non una pasada
En pellote vos iredes como por vuestra morada,
Todo es aquí un barrio é vesindat poblada,
Poco a poco nos iremos jugando sin reguarda.
Id vos tan seguramente conmigo a la mi tienda
Como a vuestra casa á tomar buena merienda,
Nunca Dios lo quiera, fija que de allí nasca contienda,
Iremos calla callando, que otre non nos lo entienda.

Contemporáneo, más o menos, del Arcipreste, el siglo XIV nos presenta al Judío Sem Tob, Don Santos de Carrión. Se ignoran casi en absoluto detalles de su vida, desconociéndose lugares y fechas exactas de su nacimiento y de su muerte. Muchas han sido las obras que se le han atribuido; pero, a decir verdad, lo único que se acepta indiscutiblemente como legítimo suyo, y que le ha promovido la justa fama con que ha pasado a la posteridad son sus

Proverbios, colección de cerca de setecientas cuartetas, eptasílabas en lo general, por mucho que el metro, quizá sólo por defectuoso, varíe en no pocas ocasiones. Tales *Proverbios,* preceptos de austera moralidad, son muy conocidos, y sólo recordaré tres o cuatro de los más curiosos e interesantes:

Por nascer en espino
La rrosa, yo no syento
Que pierde, nin el buen vino
Por salir del sarmiento.

Non vale el açor menos
Por nascer en vil nío,
Nin los enxemplos buenos
Por los decir judío.

Nyn fea nin fermosa
En el mundo que ves,
Se puede alcançar cosa
Sy no con su rebés.

Qual quieres rrescebir,
Tal sea rrescebido
de ty, y sabe seruir
Sy quieres ser seruido.

La época del rabí Don Sem Tob es, dice Menéndez y Pelayo en su estudio sobre "las influencias semíticas en la literatura española", la del auge de tal influencia oriental en España; y a él personalmente le atribuye la aclimatación en el Parnaso castellano de la poesía gnómica, de que son muestra los *Proverbios,* derivada sin duda de la ética en verso tan abundante en las letras hispanojudaicas de la época de Aben Gebirol.

Por el mismo tiempo aproximadamente figuró el Canciller Pedro López de Ayala. Cortesano, guerrero y diplomático de valer, es en la literatura un moralista rudo y severo. Nacido en Vitoria, de noble estirpe, pasó su juventud alternando el cultivo de las letras con la vida de sociedad; y así se explica que la mayor parte de sus obras sean obras cortesanas. La más notable, *El Rimado de Palacio,* o sea *El libro de Palacio,* como parece que le llamó él, constituye un verdadero tratado social sobre su época, en que se critican acer-

bamente las costumbres reinantes y se preconizan las buenas formas palaciegas y cortesanas. Son asimismo muy conocidas las Crónicas de los Reyes de Castilla que trató, y que fueron Don Pedro I el Cruel, Don Enrique II de Trastamara, Don Juan I y Don Enrique III, el Doliente. Su estilo en prosa es neto, de una absoluta precisión, dando en sólo un trazo la idea que se propone exponer. De su obra poética, es decir, de su aludido *Rimado de Palacio,* diré sólo que está escrita, casi toda, aún en la "cuaderna vía", aunque ya el metro y las rimas ofrecen un ajuste mayor que en obras anteriores. Lo que no está hecho en el cuarteto monorrimo, que son los varios Cantares intercalados, está escrito en cuartetas octosílabas. Oíd éstas, pertenecientes a uno de tales Cantares, y dedicados a la Virgen:

De la mar eres estrella,
del cielo puerta lunbrosa,
después del parto donsella,
de Dios Padre, fija, esposa.

Tú amansaste la querella
que por Eva a nós venía
e el mal que fiso ella
por ti ovo mejoría.

Sennora, estrella lusiente
que todo el mundo guía,
guía a este tu serviente
que su alma en ti fía.

Muerto el Canciller en 1407, nos encontramos, ya en pleno siglo XV y casi sin solución de continuidad, ante la corte literaria de Juan II.

Período éste del reinado de Juan II, el más culto de las letras hispánicas antes del Siglo de Oro, debió su auge a la munificencia artística del Monarca, quien en medio a los horrores de la guerra civil que ensombreció su imperio político, supo rodearse de un núcleo de hombres de letras, y hacer de su reinado una fiesta con celebraciones continuas de Juegos Florales y Justas Caballerescas.

Antes he dicho que las primeras manifestaciones líricas aparecen en Berceo. Sin embargo, la pujante lírica española no principia a mostrarse sino hasta el siglo XV, en la citada Corte de Juan II primeramente, en la segunda mitad de ese mismo siglo después. Esto, es claro, refiriéndome sólo, como me refiero, a la poesía en castellano, pues es bien sabido, y ya lo apunté al ha-

blar de Alfonso X como poeta, que una lírica grácil, no exenta de alteza, floreció, antes que en castellano, en galaico-portugués. Buena prueba de ello son los viejos Cancioneros galaico-portugueses de la Vaticana, de Ajuda y de Colocci Brancuti, e, igualmente, el hecho de que en el Cancionero de Juan Alonso de Baena, los poetas más antiguos, de fines del siglo XIV, aparecen con poesías escritas ya en gallego, ya en castellano.

Es curioso observar cómo estas poesías —me refiero a las líricas—, derivadas, casi calcadas algunas del gusto francés contemporáneo, no se extendieron primeramente en las regiones peninsulares aledañas a Francia, sino que fueron a aclimatarse en la región menos próxima, en Portugal y en Galicia, en tanto que en las comarcas más cercanas a Francia es en donde más temprano aparecen las obras literarias en español, con las epopeyas primitivas y, también con las obras en prosa literaria, mucho más importantes que las gallegas, o, mejor dicho, que las galaico-portuguesas, ya que el galaico-portugués era entonces la lengua culta y literaria de aquellas regiones occidentales de la península. No era esta lengua, entonces, ni precisamente el gallego, ni el portugués tampoco; era un dialecto poético convencional que participaba de las dos fuentes; era "la lengua de los trovadores españoles", dice Menéndez Pelayo.

Al lado de don Juan II estuvieron, durante la no corta duración de su reinado, el Condestable Don Alvaro de Luna —el tristemente célebre Condestable que, después de gozar ilimitadamente de los favores del monarca, murió decapitado en 1453—, Alvarez de Villasandino, Juan de Mena, Secretario del Rey, Don Iñigo López de Mendoza, más conocido por el título de Marqués de Santillana que Juan II le otorgó en 1445, Enrique de Villena, Mícer Francisco Imperial, etc., etc., formando así una corte artística que cantaba loores a la belleza en tanto que el reino pugnaba en diarios episodios. Poetas casi todos, forman la mayor falange de literatos de que se tenga noticia; pues a pesar de que una inmensa mayoría eran de una importancia mediocre, las listas hacen llegar su número a más de doscientos.

Estos poetas —los poetas del Cancionero de Baena, podemos decir, pues que sólo con alguna excepción todos figuran en él— dejaron una copiosa producción lírica, entre la cual es fácil espigar poesías de agradable forma y de noble e interesante fondo. Pero entre todos ellos son quizás los más notables, Santillana por su arte, Mena, Villasandino por su vasta obra, corrida al través de largos años de producción, e Imperial, por ser el primer introductor de la escuela italiana, que un siglo más adelante habría de adueñarse casi en absoluto de la poesía española.

Florecieron entonces dentro del género lírico modos poéticos interesantes. La serranilla, ya usada con anterioridad, tuvo su mejor interpretación en esta

época. Estuvieron también de moda las "requestas", discusiones poéticas sobre asuntos diversos, literarios, retóricos unos, meramente cortesanos otros. El mismo Baena contendió constantemente en este campo, y como él casi todos los troveros de la corte.

Veamos, así sea sólo en pequeñísimos fragmentos, muestras de la obra de tal época. Y principiemos por el propio Don Juan II, que a las vegadas versificó también, con la gentileza que acusa esta breve canción.

Amor, yo nunca penssé,
Aunque poderoso eras,
Que podrías tener maneras
Para trastornar la fe,
Fastagora que lo sé.

Pensaba que conocido
Te devía yo tener,
Mas non podiera creher
Que eras tan mal sabido,
Ni tampoco yo penssé,
Aunque poderoso eras,
Que podrías tener maneras
Para trastornar la fe,
Fastagora que lo sé.

El Condestable Don Alvaro, entre otras poesías de amor, consideradas casi como blasfemas por su falta de respeto a la divinidad al hablar de su amor terreno, compuso ésta, que acusa los caracteres causales de la consideración apuntada:

Si Dios, nuestro Salvador,
Ovier de tomar amiga,
Fuera mi competidor,

Aun se m'antoja, senyor,
Si este tema tomaras,
Que justas e quebrar varas
Ficieras por su amor.

Si fueras mantenedor,
Contigo me las pegara,
E non te alzara la vara,
Por ser mi competidor.

Enrique de Villena, que nunca fue marqués, como por mucho tiempo se creyó —el Marqués de Villena se le ha llamado casi siempre—, fue prosista y poeta. Sólo que su producción poética hase perdido, quizás sin grave daño para la literatura, pues sus obras en prosa, entre las cuales hay, es cierto, algunas curiosas e interesantes, son, sobre todo exteriormente, de ningún valor artístico, escritas en un modo finchado, pedantesco, inelegante.

Juan de Mena fue, sin duda —después de Santillana, eso sí—, el más grande de aquellos poetas cortesanos. Alambicado, "preciosista", queriendo trasladar a España la simbólica escuela dantesca, tan artística y explicable en Italia, no es Mena precisamente gran poeta en su obra más famosa, en sus *Trescientas* o *Labyrintho*. La obscuridad que la informa casi constantemente le resta valor. En cambio, Mena tiene otras poesías, serias unas, satíricas otras, siempre delicadas, ingeniosas sin rebuscamientos.

Oíd este decir, de paradoja y de misterio, que nos recuerda alguno de San Juan de la Cruz:

Que es el cuerpo sin sentido
que concierta nuestras vidas
sin viuir?
mueuese sin ser mouido,
haze cosas muy sentidas
sin sentir.

Este nunca está dormido,
mas siempre mide medidas
sin medir;
tiene el seso tan perdido
que el mismo se da heridas
sin herir.

Y esta décima que, aislada, tiene vida propia; pulida y agreste como la melodía de cristal de Garcilaso, numerosa y grave como el arrullo platónico de Fray Luis:

La lumbre se recogía
de la ymagen de Diana
contra la mar Oceana,
saluo Venus que traya
mensaje de la mañana:
el Zefiro auie cerrado

Eolo dentro en su seno,
y nuues auian dexado
el día muy alumbrado
y el cielo todo sereno

En cuanto a Santillana, de quien un moderno poeta español, el Duque de Amalfi, dice, hablando al antiguo modo:

Fue Don Iñigo López, Señor de Hita e Buitrago,
Home de buenas partes; non reía al halago,
Ni facer le placía en las hembras estrago,

no copiaré, por ser más conocida, su sexta *Serranilla,* sino la tercera, de frescura y gracia tan admirables como las de aquélla:

Después que nasci,
non vi tal serrana
como esta mañana.

Allá a la veguela,
a Mata el Espino,
en esse camino
que va a Locoyuela,
de guisa la vi
que me fizo gana
la fruta temprana.

Garnacha traia
de oro, presada
con broncha dorada,
que bien reluzia.
A ella volvi
diziendo: —Loçana,
e soys vos villana?

—Si soy, caballero;
si por mi lo avedes,
dezid, que queredes?
Fablad verdadero.
Yo le dize asy:
—Juro por Santa
que non soys villana.

Oíd, ahora, la bellísima y breve Serranilla séptima:

Serrana, tal casamiento
Non consiento que fagades,
Ca de vuestro perdimiento
Magüer non me conoscades,
Muy grand desplacer avría
En vos ver enagenar
En poder de quien mirar
Nin tractar con vos sabría.

Santillana, siguiendo a Mícer Francisco, escribió ya también algo a la moda italiana. Sus sonetos, hechos "al itálico modo", según él mismo decía, son muestra; sólo que tal esfuerzo no quedó coronado por el triunfo, pues en contra de la opinión de su autor, que los juzgaba como lo mejor de su obra, son apenas estimables. Todavía esta composición no había encontrado un fácil acomodo en nuestra literatura, acomodo que sólo hasta casi dos siglos después halló, al calor del estro de cumbres poéticas como Lope, como los Argensolas, como Góngora, como Quevedo, cuyos sonetos sí son dignos de hermanarse con los de Francesco Petrarca.

Detengámonos un momento todavía ante Fernán Pérez de Guzmán, conspicua figura como historiador, como moralista, como poeta. Lo más famoso de su obra son los *Loores de los claros varones de España,* pintura, en octavas octosílabas, de todos los grandes hombres españoles. No es ésta oportunidad de reproducir, por su extensión, ni trozos de tal magna obra, ni siquiera alguna de sus muchas interesantes poesías. Me ceñiré a leeros cuatro o cinco proverbios, de una escueta moral:

Grave cosa es de creer
que señor muy negligente
pueda servidor tener
que sea muy diligente.

El que nunca fue regido
nunca bien sabrá regir;
el que supo bien seruir
el se sabrá ser seruido.

Mira el que menos ha
e más que tu merescia,
que en esto se aliuiará
tu trabajo, e cesaria.

Es amarga más que hiel
la justicia a los viciosos,
pero dulce más que miel
a los nobles virtuosos.

La segunda mitad de este siglo, pródigo todo, como se ve, en poetas, está ocupada por Juan Alvarez Gato, Antón de Montoro, Gómez Manrique, Jorge Manrique y otros eminentes líricos.

Observemos que la gran poesía española no fue épica, dando a este vocablo la grandeza que le es propia, sino en sus comienzos; y esto siguiendo el proceso de todas las literaturas, que principiando por la poesía, como ya dije, se dedican primordialmente a cantar las sergas de los héroes y las leyendas religiosas. La castellana no es en esto una excepción. Sus legítimos cantos épicos son los primitivos, muy superiores a las epopeyas escritas siglos después, ya en los períodos más cultos, así se llamen *La Araucana, El Monserrate, La Austriada* o *El Bernardo.* Los desconocidos autores de aquellos toscos poemas sentían más lo épico, ya fuese lo heroico o lo religioso, y lo vertían más gráficamente en su forma bárbara, que los pulidos hombres de letras que en el siglo mayor escribieron epopeyas, así sean Ercilla, Balbuena, Rufo o Virués; esto dicho con la relatividad necesaria y descontando todo lo que se debe descontar en gracia a la diferencia de medio y de cultura de las épocas en que florecieron.

No; las letras españolas en su forma poética, haciendo a un lado, por supuesto, los moldes dramáticos en los que alcanzaron también la excelsitud, fueron líricas, son líricas. El poeta español canta las cosas al través de su temperamento, de su espíritu, no resignándose al papel de pintor. El es siempre su propio héroe. Díganlo, si no, las eminentes cúpulas que se llaman Garcilaso, Luis de León, Góngora, Lope... Díganlo, si no, las cumbres modernas de la lírica castellana, así sean españolas o de América, que se llaman Juan Jiménez o Nervo, Rubén Darío o Lugones...

Decía que la segunda mitad del siglo XV está llena con los nombres de Montoro, Gato y los Manrique. Antón de Montoro no fue poeta cortesano. Lejos de ello. Judío converso, sastre de profesión, no tuvo, probablemente, abiertas las puertas de Palacio. Sin embargo, amén de ciertas notas de escándalo en su poesía, merece ésta ser leída. De los breves epigramas que en su magnífica *Antología de poetas líricos castellanos* incluye Don Marcelino Menéndez y Pelayo, espigaré dos: uno dedicado a otro poeta de su tiempo, a quien Montoro donosamente acusa de borracho:

Guardas puestas por Concejo,
Dexadle passar e qu'entre

Un cuero de vino añejo
Que lleva Johan Marmolejo
Metido dentro en su vientre:
E pasito, non reviente,

y otro a sí mismo enderezado, y que muestra cómo entonces, igual que ahora, la profesión de poeta era poco productiva, y cómo, por tanto, había que buscar la vida por sendas menos idealistas pero más substanciosas. Ya se dijo que Montoro era sastre ("el ropero" le llamaron los de su tiempo), y el breve epigrama dice:

Pues non cresce mi caudal
El trovar, nin da más puja,
Adorémoste, dedal,
Gracias fagámoste, ahuja.

Juan Alvarez Gato es más pulcro que el anterior, y se distingue en sus ponderadas poesías eróticas y en sus tiernos villancicos religiosos. He aquí una preciosa muestra:

Viniedes enamorado
porquerades deseado,
en averos oluidado
no queres venir, Señor.

Soliedes estar conmigo,
ya no me queres, amigo,
porque nos amo ni sigo
y os partí el corazón.

Mi señor y mi querido,
no venis ni aves venido;
en cos fuy desconocido
no teniendo yo razón?

Y conosciendo, cuytado,
quanto os era yo obligado,
siento tanto aver herrado
que me muero de dolor.

Soliades venir, amor,
agora no venidez, non.

Gómez Manrique es menos conocido y tal vez más completo que su sobrino Jorge Manrique, a quien sobrevivió, pues si éste murió muy joven en 1478, aquél entregó su ánima, en edad dilatada, en 1491.

La forma literaria del primer Manrique es pura y su inspiración es amplia y robusta. Versificó mucho; y aunque no se trata de una cosa notable, copio estos juicios, estos nobles conceptos rimados, inscritos en las Casas Consistoriales de Toledo:

Nobles, discretos varones
Que gobernáis a Toledo
En aquestos escalones,
Desechad las aficiones
Codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
Dexad los particulares;
Pues vos fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos.
Estad firmes y derechos.

¿Quién no conoce las Coplas de Jorge Manrique, compuestas en la muerte de su padre, el maestre de Santiago, Rodrigo Manrique? Popularizadas por los *Cancioneros* y luego por las Antologías, tienen estas supremas coplas el lugar que merecen en las letras castellanas. Elevadísimas de inspiración, llenas de un hondo escepticismo —como forjadas en la ocasión tristísima en que lo fueron—, acabadas y perfectas en la forma, son uno de los más altos timbres de la lírica española.

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir;
Allí los ríos caudales
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados son iguales
Los que viven, por sus manos
Y los ricos.

Esta y muchas otras estrofas del poema las hemos oído seguramente desde nuestra infancia, sancionadas, ungidas como la más alta realización poética a que ha sido dado llegar en nuestra lengua.

Fuera de estas coplas excelsas, lo demás de la obra de Jorge Manrique no es ni mejor ni peor que toda la poesía de su época. He aquí, sin embargo, esta breve canción:

Quien no estuviese en presencia
No tenga fe ni confianza,
Pues son olvido y mudanza,
Las condiciones de ausencia.

Quien quisiera ser amado
Trabaje ser presunto,
Que cuan presto fuese asunto,
Tan presto será olvidado.

Y pierda toda esperanza
Quien no estuviese en presencia,
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

Estamos ya en los comienzos del siglo XVI.

Juan Boscán de Almogávar, barcelonés de nacimiento, estuvo en sus años juveniles en tierras de Italia, y volvió a su país con el gusto enderezado hacia las obras del renacimiento, hacia los grandes poetas itálicos; confirmándolo luego, según se desprende de propias declaraciones, en ese gusto, e incitándole a escribir versos en la forma toscana, aprovechando el endecasílabo y haciéndolo en sonetos y tercetos, un distinguido italiano, Embajador de su país en España.

Lo cierto es que Boscán, si no el iniciador de esta escuela literaria italianista —ya dijimos que a ella habían apuntado en el siglo anterior Imperial y Santillana, principalmente—, sí fue el verdadero implantador de las formas y de los metros italianos. Y esto no sin serias dificultades, pues si apoyado y seguido por Garcilaso, por Saa de Miranda y otros, fue también atacado por la Escuela que podríamos llamar "tradicionalista", acaudillada por el buen poeta Cristóbal de Castillejo, la cual apeló a la sátira tanto como a la crítica seria.

Sin embargo, repito, el triunfo de sus innovaciones fue completo; y de

ahí en adelante, hasta hoy, la manera literaria que el poeta barcelonés introdujo en España ha sido sancionada por el uso de los más eximios escritores.

Por mucho que haya sido un innovador, no es Boscán, intrínsecamente, un gran poeta. Su inspiración no llegó nunca a la excelsitud y su forma fue un poco áspera, un tanto ingrata o desabrida.

Garcilaso, en cambio, fue todo suavidad, todo encanto. Nacido en 1503 y muerto ostentosamente en el campo de batalla apenas a los treinta y tres años, su vida fue de una tal intensidad que pudo, en tan corto lapso, sobresalir en ejercicios tan diversos como el de las armas y el de las letras.

No fue, sin embargo, de una gran fecundidad. Su obra se resume en unas cincuenta composiciones más o menos, incluyendo sus églogas famosas y los sonetos en que fue orfebre maravilloso. Sus églogas fueron, más que todo, las que lo elevaron a la cima. ¿Y cómo no si ellas son el acorde más blando, el más delicado acento, la más dulce cadencia de nuestro verbo poético? Oídlo en estos versos de la tan conocida Egloga I:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles que os estáis mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

Garcilaso de la Vega murió según ya dije, en 1536; Juan Boscán de Almogávar en 1542; y en 1547 —habla el prestigioso y malogrado Navarro Ledesma— "sucedió que la ventura de los pobres, por otro nombre bendición divina, la cual consiste en tener hijos sin haber holgura para criarlos y mantenerlos, favoreció aquel año, como ya lo había hecho en los anteriores de 43, 44 y 46, con un nuevo descendiente al honradísimo cirujano Rodrigo de Cervantes y a su mujer la cristiana señora doña Leonor de Cortinas, vecinos de la ilustre Alcalá de Henares, habitantes en la collación de Santa María"...

Y como quiera que aquel nuevo descendiente del honrado cirujano y de la cristiana señora fue Miguel de Cervantes; y como quiera que con su nacimiento se inicia la época de mayor esplendor, el Siglo de Oro de las letras Españolas, concluyo aquí, poniendo cabo a mi leve apuntamiento...

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por el Director José López Portillo y Rojas.

NUESTRO distinguido colega don Alejandro Quijano, el más joven de todos nosotros, acaba de dar lectura a su discurso de ingreso como socio de número, cuyo tenor tanto nos ha deleitado. El señor Quijano, posee cualidades de primer orden: vasta inteligencia, notable erudición y dominio victorioso del lenguaje. Hace largo tiempo esperábamos el trabajo reglamentario que hoy nos presenta, el cual ha venido a afirmar su condición de socio numerario y le abre las puertas de la Real Academia Española; pero la excelencia de su labor nos indemniza con creces de la prolongada espectativa en que habíamos estado.

Causa maravilla que nuestro colega y amigo, en medio de tantos y tan graves empeños como trae entre manos, haya podido disponer de vagar suficiente para formular la disertación con que acaba de regalarnos; pues ella es de índole tal que debe haber requerido una preparación dilatada, una extensa lectura y un esmerado trabajo de ordenamiento y ejecución. Imposible me será seguirle paso a paso al través de todas sus disquisiciones, porque mis aptitudes generales no se prestan a ello, y, aparte de eso, porque he podido disponer de muy poco tiempo para cumplir el deber de contestar su discurso. Hace cuatro días apenas puso en mis manos su trabajo, y de entonces acá, interrumpido a cada momento por otras atenciones, me he visto obligado a improvisar esta respuesta. Por de contado que apenas podré salir del paso contando con la benevolencia de mis estimados colegas. No me hago ilusiones respecto de lo que voy a decir, porque, debiendo ser mucho, será bien poco, y, debiendo ser de grande importancia, será de índole harto ligera y falta de peso.

Comienza el señor Quijano por hacer el elogio de su predecesor en el asiento que, ya con título, ocupará en la Academia de hoy en adelante; y consagra párrafos muy bellos y justicieros a enaltecer la labor poética de nuestro finado secretario perpetuo. Todo cuanto dice acerca de ese malogra-

do vate, lleva el sello del criterio más exquisito y de la equidad más estricta, porque, efectivamente, el señor Fernández Granados, o sea Fernangrana, como solíamos llamarle sus amigos, fue un orfebre consumado en el arte de la rima, como lo prueban las colecciones de preciosos versos que ha dejado, las cuales pasarán a la historia de nuestra literatura, como prueba inestimable de su elegante inspiración. Ya nuestro colega don Alberto María Carreño había hecho un estudio de gran mérito acerca de la vida y obras de dicho señor; mas no por eso ha sido inoportuno, sino antes noble y generoso, el que el orador que acaba de dejar esta tribuna, haya renovado y enriquecido los justos elogios tributados a nuestro finado secretario en estos momentos solemnes. Así, por medio de estas reminiscencias y de estas miradas retrospectivas a nuestros muertos, se establece una cadena continua en el personal de esta corporación, y el espíritu de los supervivientes sigue en comunicación de compañerismo y afecto con el alma de los desaparecidos.

Cumplido ese alto deber de confraternidad académica, pasa el señor Quijano a desarrollar el tema principal de su discurso, el cual se refiere a nuestra poesía en los primeros siglos de su aparición, desde el momento en que surgió el castellano como idioma literario, hasta mediar el siglo XVI, cuando (son sus palabras) se abre espléndidamente, como una flor madura, la edad de oro de las letras españolas.

La tarea propuesta es, como se ve, de una grande envergadura, pues abarca el movimiento poético de cuatro centurias, que fueron las más interesantes de la vida de nuestra poesía; como que comprenden no sólo la génesis de nuestro lenguaje rimado, sino también la de nuestra misma habla racial, la que ha ido variando constantemente con el transcurso de los siglos, por más que no hayan podido echarlo de ver las generaciones que se han sucedido. Pues, conforme lo dice D. Gregorio Mayans y Siscar en su sapientísimo discurso sobre los orígenes de la lengua española, "son las lenguas como los ríos que, porque conservan sus antiguos nombres, se tienen por unos mismos; pero el agua que por sus cauces está ahora corriendo, no es la misma que pasó". Efectivamente, bajo la común y permanente denominación de idioma castellano, han ido sucediéndose una multitud de peculiaridades de expresión, vocablos y modismos, diferentes los unos de los otros, ya por su novedad absoluta, o bien por las transformaciones de estructura y pronunciación de que han sido objeto; pero como esas novedades han ido introduciéndose paulatinamente, no han podido ser notadas en el momento en que se realizaban, y sólo se reconocen cuando, pasados los años, se echa una mirada retrospectiva a los antiguos monumentos de nuestra

literatura. Para venir a formar el idioma que hoy hablamos, se ha necesitado el transcurso de muchos siglos. En la Península Ibérica usábanse al principio de los tiempos históricos, numerosos idiomas y dialectos que no tenían semejanza entre sí. Pero esos idiomas y dialectos primitivos, de orígenes diversos y hasta desconocidos, fueron desapareciendo uno tras otro, a virtud de las guerras y de las conquistas que devastaron aquellas comarcas; porque las tribus más poderosas imponían su lengua a las más débiles, y los conquistadores más civilizados, la suya, a su vez, a las tribus más fuertes y dominadoras; y por este medio, de lucha en lucha y de superposición en superposición, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos y árabes, llevaron su contingente al acervo común, como poderosos fundentes de aquella multitud de lenguas, y como introductores de flamantes elementos lingüísticos, apropiados a la nueva vida de una comunidad más unida y compacta. Pasaron así centuria tras centuria, muchos siglos oscuros y caóticos, hasta que al fin, y con motivo de la invasión de los árabes, fue preciso que todos los pueblos que luchaban contra la Media Luna, así como tenían una sola religión, tuviesen también una sola lengua. Y todavía, después de realizadas las sucesivas transformaciones de las hablas y de los dialectos prístinos que acabo de mencionar, quedaron en pie, ante las huestes mahometanas, cuatro grandes restos de la antigua Babel indígena: el éuskaro, el bable, el gallego y el castellano. De esos cuatro residuos de las grandes discrepancias prehistóricas, cedieron dos, el bable y el gallego, ante la supremacía del idioma de Castilla, y sólo quedó en pie, como elemento irreductible, el éuskaro misterioso, indómito y bravío como las agrias montañas donde se habla, y cuyo origen milenario, aún no pueden precisar con exactitud los filólogos más sabios de nuestros tiempos.

El castellano triunfador comenzó a dibujarse en los albores del siglo XI, y nació impregnado todavía de elementos exóticos, de los cuales fue despojándose trabajosamente a medida que avanzaba la reconquista. Latín corrompido, gallego lírico, francés subrepticio y advenedizo árabe entraron en su conformación primitiva e hicieron oscuros y trabajosos su dicción, escritura y canto rítmico; mas, a fuerza de ser hablado y escrito por la gente culta, y de afirmar día a día su dominio sobre sus rivales, acabó por adquirir una a manera de aseidad completa, y por constituir un todo compacto y homogéneo, que resultó maravilla de sencillez, armonía y claridad.

Y sucedió con el castellano, como con todas las lenguas del mundo, que adoptó al nacer la poesía para sus primeras manifestaciones literarias. Los vagidos de la humanidad han sido siempre poéticos, porque esta forma de decir es la más instintiva y natural a los hombres, como que reúne en sí todos los elementos primos de la expresión: la idea, la imaginación y el sen-

timiento. Este fenómeno, sorprendente a primera vista, tiene, sin embargo, una explicación fácil para el psicólogo y el filólogo, y, sobre todo, hay que admitirlo como un hecho claro y constante, del cual nos da testimonio la historia.

Las primeras manifestaciones literarias del castellano fueron, pues, poéticas, como las de Grecia, como las de Israel, como las de todos los pueblos antiguos. Pero no hay que pensar que esa poesía recién nacida haya tenido la perfección ni la exquisitez que ha alcanzado la de nuestros tiempos; fue meramente sui generis, especial, casi pudiéramos decir en bruto, como las piedras preciosas antes de su pulimento. No hay que buscar en ella ni medida, ni acento, ni rima perfecta. A las veces, en medio de una sucesión de versos broncos, desiguales y casi ininteligibles, suena la clarinada de alguno muy bello, armónico e impecable, como nuncio de las primeras luces de un amanecer lejano y albeante, que va avanzando por el seno de la noche, y tiende a convertirse en mañana alegre y en día esplendoroso.

En el rapidísimo estudio del señor Quijano, que comienza por el *Poema de Mio Cid* y termina con Boscán y Garcilaso de la Vega, van apareciendo paulatinamente las transformaciones y el progreso de nuestra lengua, al través de los más o menos ilustres cantores que la fueron modelando, ya sea Gonzalo de Berceo, ya don Alfonso el Sabio, ya el Arcipreste de Hita, ya el rabí don Santos, o bien Pero López de Ayala, Juan II, y los rimadores del Cancionero de Baena. No voy a seguir, como lo dije ya, paso a paso, la larga y brillante carrera trazada por el señor Quijano en su erudito estudio; mas, para no dejar sin glosa propia alguno de los muy interesantes puntos que toca dicho señor, voy a escoger al azar alguno de ellos, y elijo el *Poema del Cid,* por ser el primero de todos, y el germen más potente y claro, de donde nacieron los cantos poéticos que han entonado las generaciones ibéricas en el largo transcurso de ochocientos años.

Es común sentir de los historiadores de las literaturas francesa y española, que el poema de que se trata, sea una especie de imitación del Canto de Rolando, escrito a mediados o fines del siglo XI; pero las razones que para ello se dan, no parecen terminantes. En primer lugar, no puede asegurarse que la *Canción de Rolando* sea del siglo XI, ni tampoco que el *Poema del Cid* haya aparecido en el siglo siguiente. Lanson asigna de una manera vaga la fecha de 1050 a 1100 como la probable en que haya sido compuesta la Canción de Rolando; pero ese dato no pasa de ser una mera probabilidad.

Tampoco puede señalarse con toda precisión la época en que fue escrito el Poema del Cid, pues, aunque se le señala como fecha el año de 1140, solamente se hace así por vaga e infundada conjetura. Sea como sea, debe desecharse la idea de que el poema español haya sido inspirado por el francés, porque los dos argumentos más serios que para demostrar esa tesis se aducen, no son en modo alguno convincentes. De que en el Poema del Cid, se hable de un sueño en que figura el arcángel Gabriel, y de que el mismo arcángel se haya aparecido a Rolando, y de que el Obispo Turpin milite en las huestes roldánicas y otro obispo también en las del Campeador, sólo se sigue que el arcángel Gabriel fue muy venerado por los cristianos de aquellos remotos tiempos, y que los prelados católicos no eran ajenos al ejercicio de las armas en ninguno de los países, donde habían de combatir contra los infieles. Son por otra parte, tan insignificantes y aislados tales hechos, que no sirven para establecer la conclusión a que me refiero.

Pero hay otros motivos de mayor importancia todavía para fundar la perfecta originalidad de la obra castellana.

La existencia histórica, desde luego, de los dos caballeros, Rolando por una parte, y Ruy Díaz de Vivar por otra, no es igualmente definida. No se sabe con toda certeza si hubo o no tal Rolando en el mundo. Dícese que ese personaje fue sobrino de Carlomagno; pero ese hecho no está en modo alguno comprobado. El monje Enginardo es el primero que habla del paladín, y lo único que dice a su respecto, es que murió en la batalla de Roncesvalles. Su mismo carácter de Prefecto de las Marcas de Bretaña es muy discutible.

Pero la existencia del Campeador es punto perfectamente dilucidado. "Figuró, dice don Rafael Altamira en su Historia de España, en el reinado de Alfonso VI... Era natural de Burgos, o de la aldea de Vivar, ignorándose el año en que nació, aunque seguramente hubo de ser en el primer tercio del siglo XI, pues figura ya su nombre en un documento del reinado de Fernando I". Guerrero al servicio de Sancho II, contribuyó a la victoria de Volpéjar, y asistió al sitio de Zamora, donde tuvo un altercado con el Rey Alfonso VI, que le desterró de sus Estados. Los hechos históricos del Campeador son de múltiple carácter, pues unas veces peleaba Mio Cid con los cristianos contra los moros y otras con moros contra moros y al fin de su carrera, después de mucho batallar, acabó por constituirse señor de Valencia, donde murió y dejó a su mujer doña Jimena como heredera de aquel principado. Sus dos hijas, conocidas en el poema con los nombres de doña Sol y doña Elvira, casaron, la una con Ramón Berenguer III, Conde de Barcelona, y la otra con Ramiro, de la Casa Real de Navarra.

La brevísima e incompleta noticia biográfica que antecede, deja plena-

Tampoco puede señalarse con toda precisión la época en que fue escrito el Poema del Cid, pues, aunque se le señala como fecha el año de 1140, solamente se hace así por vaga e infundada conjetura. Sea como sea, debe desecharse la idea de que el poema español haya sido inspirado por el francés, porque los dos argumentos más serios que para demostrar esa tesis se aducen, no son en modo alguno convincentes. De que en el Poema del Cid, se hable de un sueño en que figura el arcángel Gabriel, y de que el mismo arcángel se haya aparecido a Rolando, y de que el Obispo Turpin milite en las huestes roldánicas y otro obispo también en las del Campeador, sólo se sigue que el arcángel Gabriel fue muy venerado por los cristianos de aquellos remotos tiempos, y que los prelados católicos no eran ajenos al ejercicio de las armas en ninguno de los países, donde habían de combatir contra los infieles. Son por otra parte, tan insignificantes y aislados tales hechos, que no sirven para establecer la conclusión a que me refiero.

Pero hay otros motivos de mayor importancia todavía para fundar la perfecta originalidad de la obra castellana.

La existencia histórica, desde luego, de los dos caballeros, Rolando por una parte, y Ruy Díaz de Vivar por otra, no es igualmente definida. No se sabe con toda certeza si hubo o no tal Rolando en el mundo. Dícese que ese personaje fue sobrino de Carlomagno; pero ese hecho no está en modo alguno comprobado. El monje Enginardo es el primero que habla del paladín, y lo único que dice a su respecto, es que murió en la batalla de Roncesvalles. Su mismo carácter de Prefecto de las Marcas de Bretaña es muy discutible.

Pero la existencia del Campeador es punto perfectamente dilucidado. "Figuró, dice don Rafael Altamira en su Historia de España, en el reinado de Alfonso VI... Era natural de Burgos, o de la aldea de Vivar, ignorándose el año en que nació, aunque seguramente hubo de ser en el primer tercio del siglo XI, pues figura ya su nombre en un documento del reinado de Fernando I". Guerrero al servicio de Sancho II, contribuyó a la victoria de Volpéjar, y asistió al sitio de Zamora, donde tuvo un altercado con el Rey Alfonso VI, que le desterró de sus Estados. Los hechos históricos del Campeador son de múltiple carácter, pues unas veces peleaba Mio Cid con los cristianos contra los moros y otras con moros contra moros y al fin de su carrera, después de mucho batallar, acabó por constituirse señor de Valencia, donde murió y dejó a su mujer doña Jimena como heredera de aquel principado. Sus dos hijas, conocidas en el poema con los nombres de doña Sol y doña Elvira, casaron, la una con Ramón Berenguer III, Conde de Barcelona, y la otra con Ramiro, de la Casa Real de Navarra.

La brevísima e incompleta noticia biográfica que antecede, deja plena-

mente establecida la diferencia substancial que existe entre el Cid y Rolando, pues, mientras aquél es un personaje histórico cuyas proezas se conocen, y cuyo sepulcro está en San Pedro de Cardeña, Rolando es un héroe mítico, cuyas hazañas son meramente fantásticas y cuyo sepulcro no puede ser encontrado en ninguna parte de los Pirineos.

De estos hechos fundamentales nacen graves y rotundas divergencias entre los caracteres de la *Canción de Rolando* y *Mio Cid.* Aquélla se compone de historias increíbles, hechos maravillosos y descripciones absurdas; en tanto que el poema español tiene todos los rasgos y señales de un relato de cosas verdaderas, y aun en aquello mismo en que se aparta de la historia, distínguese por su índole netamente realista. Los autores de las sergas de Rolando, ya le pinten en Roncesvalles, o en la Corte de Carlomagno, dan rienda suelta a la imaginación en sus intrincadas leyendas, y describen sitios, personajes y hechos, apartados de toda realidad objetiva y de toda verosimilitud racional. Uno de tantos, que puede servir como ejemplo de todos ellos, es aquel del enorme sablazo dado a los peñascos por el héroe antes de morir, con el cual no rompió la espada, pero sí la montaña, donde quedó una brecha que todavía se mira. Así, todo lo que se refiere a ese personaje, es estupendo, desde su cuerno de marfil, *Olifán,* con el cual llamó a Carlo Magno para que le socorriese, hasta su espada, *Durandala,* limpia y flamígera, a la cual nada resistía, ni los gigantes ni las piedras.

Las cosas y los sucesos relacionados con el Cid, son de una naturaleza bien diferente. Su caballo, *Babieca,* no pasaba de ser un buen cuadrúpedo, y sus espadas, *Colada* y *Tizona,* jamás hendieron el granito, y sólo se cebaron en los cuerpos de los moros.

Los hogares del Cid fueron enteramente burgueses, Jimena y él amábanse como dos buenos esposos y se trataban con la sinceridad y el cariño que reinan en las casas sencillas; en tanto que Rolando enamorado, según poemas posteriores a la Canción, era una fiera más temible que los osos y los leones de la serranía. En fin, que la historia de Rolando no es más que un cuento de prodigios, bueno para divertir a las sencillas generaciones medioevales y a los niños de ahora, en tanto que el Poema del Cid, más bien que una narración épica, es la crónica rimada de las sergas de un bravo paladín español que, desterrado por su rey, hace triza y estrago en las tierras ocupadas por los moros, sin el menor escrúpulo por valerse de estratagemas intérlopes y declaradas supercherías, a uso y estilo de lo que practican todos los aventureros y conquistadores entre gentes odiadas y enemigas.

Bien que los hechos relatados en el poema difieren en parte de lo que establece la crítica histórica, no son en modo alguno inverosímiles. El rey Don Sancho ha sido asesinado frente a los muros de Zamora, y entra a sucederle

su hermano Alfonso VI; pero como el caballero Díaz de Vivar sospechase que el nuevo rey tuviese alguna complicidad en aquel crimen, aunque le reconoce por soberano y le rinde pleitesía, le hace jurar por tres veces no haber tenido participación en el homicidio. Por lo que, pasada esa formalidad, estalla la indignación del monarca y destierra éste al Cid de sus dominios en castigo de su atrevimiento. Y el Campeador, buen caballero y vasallo leal, auséntase, en efecto, pero antes se despide de su mujer y deja encomendada su familia a los cuidados del Abad don Sancho, en San Pedro de Cardeña. Hecho esto, y al frente de sesenta caballeros que le siguen, va a pasar a tierra musulmana, donde dará principio a sus hazañas; pero, necesitado de dineros, envía a su bravo mesnadero Martín Antolínez, a pedirlos prestados a los judíos Raquel y Vidas, quienes le facilitan seiscientos marcos con garantía de dos arcas aparentemente llenas de oro y en realidad llenas de arena.

Cubiertas de guadalmecí e bien enclaveadas.

Con estos seiscientos marcos y otros treinta que los mismos judíos dieron a Antolínez como adehalas por haberles proporcionado tan buen negocio, comenzó el Cid sus excursiones bélicas por los campos muslimes. Pasa la sierra, cruza por Castrejón y Fenares, y luego organiza su primera razzia. Despacha cien caballeros con cierto rumbo; Alvar Fáñez va por otro con doscientos; él queda a la zaga con otro grupo de cien, y aguarda en Castrejón para acudir al auxilio del grupo que lo necesite. Pero el plan se desarrolla sin tropiezo, llegan los suyos hasta Guadalajara y Alcalá, y vuelven después cargados de botín a unirse con el Cid.

Tanto traen las grandes ganancias muchos ganados.
De ovejas e vacas e de ropas e de otras riquezas largas.

De allí pasa al Castillo de Alcocer, del cual se apodera merced a una hábil maniobra, y mata trescientos moros.

Largo sería referir todo lo que continúa haciendo el Campeador hasta apoderarse de Valencia, que es la última proeza de que el poema nos habla; pero no dejaré de advertir que todas las sergas sucesivas que a Rodrigo se atribuyen, no solamente son posibles, sino que hasta pudieran ser tituladas de comunes, y algunas veces de triviales. La crónica es exactísima. Se conoce que la escribió un compañero del Campeador, que compartió con él, parte, cuando menos, de sus fatigas, lances, combates y victorias. Ningún detalle olvida el concienzudo rimador. Traza con rigurosa exactitud el camino por donde van, los nombres de los lugares que cruzan o donde se estacionan; lo que ganan, lo

que distribuyen, la parte reservada para el rey, y hasta minuciosidades referentes a la comida, el vestido y las precauciones empleadas por el jefe para evitar ultrajes a su persona. Era el guerrillero, que de tal merece el nombre, varón de larga y florida barba, según de la crónica se colige, y cuidadoso de ella antes de entrar en combate, acostumbraba ocultarla debajo de las ropas para impedir que la mesase la ruda mano de algún atrevido adversario.

Allí se tollió el capielo el Cid Campeador:
La cofia de roncal que blanca era como el sol,
E soltaba la barba e sacóla del cordón.

Los detalles podrían multiplicarse; y sería muy curioso el hacerlo, y no sólo curioso, sino fecundo en conclusiones para dejar bien demostrado lo que llevo dicho, esto es, que hay una diferencia radical entre el *Canto de Rolando* y el *Poema del Cid.* No me alcanza el tiempo para emprender esa ardua labor, que dejo apenas diseñada. Esperemos que algún competente y empeñoso erudito tome por su cuenta estudio tan importante, y aclare una vez por todas, que el *Mio Cid* es un poema original, muy español y muy verídico, plagado de lunares, es cierto, pero no exento de grandes bellezas, como lo atestigua la descripción de aquel amanecer:

Ya quiebran los albores e vinie la mañana,
Ixie el sol. ¡Dios, qué fermoso apuntava!
En Castejón todos se levantavan.
Abren las puertas, de fuera salto davan
Por ver sus lavores é todas sus heredades.
Todos son exidos, las puertas dexadas abiertas
Con pocas de yentes que en Castejón fincaron
Las yentes de fuera todas son derramadas.

El final, sobre todo, donde se narra el castigo que los tres paladines del Cid dieron a los condes de Carrión, maridos y ofensores de las hijas del héroe, es de una grandiosidad verdaderamente épica:

Abraçan los escudos delante los coraçones
Abaxan las lanças a bueltas con los pendones:
Enclinavan las caras sobre los arçones
Batíen los cavallos con los espolones:
Temblar quiere la tierra do d'eran movedores.
......

Por ondrados se parten los del buen Campeador;
Vencieron esta lid, ¡grado al Criador!
Grandes son los pesares por tierras de Carrión.

Ha sido generalmente aceptado que las canciones de gesta tuvieron su cuna en Francia, y que la primera manifestación de ellas fue la de Rolando. Estudios hechos hoy día por literatos franceses de gran renombre, parecen poner en claro que el verdadero origen de tales cantos, es germánico, y que Sigfrido, conocido por los francos con el nombre de Sigofredo, fue el modelo primitivo que inspiró a los autores anónimos de las epopeyas medioevales. Mas, ¿quién que haya leído los Nibelungos, al pasar los ojos por las páginas en que se describen intrincadísimas aventuras, no recuerda al héroe griego de la Ilíada, al invencible e invulnerable Aquiles? No sostengo que el skopa que entonó las alabanzas del terrible Sigfrido, del traidor Hagen y de la feroz Crimilda, haya plagiado a sabiendas al divino Homero; sino sólo que Sigfrido puede ser la evocación tradicional de héroes que fueron comunes a griegos y germanos en los orígenes de su común historia. La canción de gesta nace espontánea del alma de los pueblos. En la vida primitiva, cuando las nacionalidades están apenas en vía de formación, surgen esos cantos inspirados por luchas de razas, por constante batallar de tribus, por conquistas de codiciadas tierras. En medio de esa brega incesante, aparece el tipo del héroe por excelencia, el más fuerte y dominador, de aquel que será cifra y compendio no sólo de las virtudes, sino también de las pasiones y de los vicios de todo un pueblo. El tipo heroico, considerado así, es esencialmente humano y de riguroso origen histórico, no sólo por sus hechos personales, sino también por la aureola peculiar de que suele rodearle el espíritu de su tiempo. Así, a medida que son más escasos los arreglos hechos al canto primitivo, corresponde éste mejor a las condiciones del medio en que la acción se ha desarrollado. La canción de gesta es una manifestación colectiva de admiración a las virtudes y hazañas del individuo que mejor representa las condiciones e ideales, aunque sean confusos, de un grupo determinado; y, por su carácter esencialmente popular, se difunde entre las masas por medio de cantores humildes, rapsodas o juglares, que han sido iniciados en aquellas noticias por hombres más ilustrados, homéridas, monjes o prestes, que han compuesto o conservado la historia primitiva.

Méjico, considerado en la parte más numerosa de su población, es un país que apenas se va formando. Las revoluciones que la sacuden, son el fuego a cuyo calor se funden las razas para desaparecer las unas dentro de las otras, y criar la única que debe quedar un día, homogénea ya, como producto final de elementos no coordinados ahora. Por eso estamos presenciando

en los momentos actuales, la aparición en nuestro medio, de verdaderos cantos de gesta, que no de otro modo deben ser llamados los que han surgido de nuestros campos talados por la guerra, de nuestros pueblos incendiados por manos criminales y de nuestras aldeas aterrorizadas por los asaltos de los merodeadores.

Rudos son y semibárbaros esos poemitas, tanto por su letra como por su música; pero no lo eran menos los cantos que con acompañamiento de la lira entonaban los aedas helénicos, o los que, al son de las arpas, alzaban los bardos medioevales. Si esa obra poética, informe y fragmentaria, fuese cuidadosamente reunida por algún Pisístrato nacional, podría formarse acaso, con la unión de todas sus partes, un poema único, producto directo del alma popular y fruto gemebundo de nuestros inmensos dolores.

INDICE ALFABETICO

— A —

Abad don Sancho, 361
Abarca, Joaquín, 137
Academia Colombiana de la Lengua; de la Historia, 318, 329
Academia de la Historia, 10
Academia Francesa, 10, 15, 17, 18
Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española; Corporación; Instituto, 2, 7, 8, 9, 12, 14, 15, 16, 17, 18-19, 34, 35, 36, 61, 62, 87, 103, 112, 134, 135, 169, 172, 173, 180, 191, 192, 211, 214, 221, 222, 234, 235, 244, 245, 247, 257, 258, 265, 274, 284, 292, 293, 296, 302, 303, 314, 316, 317, 323, 324, 326, 327, 330, 332, 356
Academia Nacional de Bellas Artes, 235
Acevedo, Pedro de, 116
Acquaviva, Mons. Julio, 182
Acuña, Manuel, 85, 175
Africa, 91
Aganipe, 47
Agathias, 111
Aguinaldo-s, 309, 310
Agramante, 21
Agripa, 275
Agüeros, Victoriano, 19, 293, 294
Aguilar, Jerónimo de, 129
Aguilar y Marocho, Ignacio, 19, 136
Alamán, Lucas, 33
Alba de Longa, 149
Albalat, Antonio, 104, 105
Alcaraz, Ramón Isaac, 19
Alcestes, 111
Alcino, 218
Alegrías, Francisco, 305
Alejandro, 111
Alemán, Mateo, 185
Alemán, Miguel, 7, 12
Alessio Robles, Miguel, 17
Algido, 152
Aliaga, Fray Luis de, 22
Alighieri, Dante, 27, 37, 168, 280, 319, 325, 339, 346
Ali Mamí, capitán, 188
Altamirano, Ignacio M., 28, 29, 42, 43, 45, 64, 85, 175, 178, 235, 236, 238
Altamira, Rafael, 359
Altisidora, 24
Alvarado, Fray Francisco de, 125, 126
Alvarez de Castro, Mariano, 268
Alvarez de Villasandino, 344
Alvarez Gato, Juan, 349, 350
Amador, Rafael, 201
Anacreonte, 238, 239, 240, 241
Ancízar, Manuel, 321
Andrade, Vicente de P., 196, 197
Andrade y Escalante, 121
Andrómaca, 96
Anfión, 62
Antolínez, Martín, 333, 361
Anunciación, Fray Juan de la, 125
Aparisi y Guijarro, Antonio, 164
Apeles, 111, 213
Apolo, 47, 59, 62, 64, 203, 283
Aquiles, 72, 363
Aragón, Ing. Agustín, 217, 219
Arango y Escandón, Alejandro; Arangos, 14, 19, 136, 324
Argensolas, los, 348

Argüelles, Rodolfo C., 199
Ariosto, Luis, 21, 301
Arístides, 42, 109
Aristóteles, 37, 47, 51
Arlegui, 133
Armas, José de, 189
Arquías, 112
Arquiles, 307
Arquíloco, 95
Arquímedes, 265
Arriaga, Pbro. Feliciano, 193
Arteaga, Miguel, 198
Augusto, Octavio, ?, 29, 63, 170, 275
Avellaneda-s, 22, 23, 25, 185, 188, 189
Avendaño, ?, 33
Averno, 144, 167
Avila, Fray Francisco de, 122, 123
Ayala, Andrés de, 117
Ayala, Gabriel de, 126
Ayora, Fray Juan de, 115, 125
Azcárate, Gumersindo, 285

— B —

Bach, Juan Sebastián, 280
Baco, 93
Baena, Juan Alonso de, 308, 344, 345, 358
Balbuena, Bernardo de ?, 349
Balmes, Jaime, 285
Balzac, Honorato de, 108
Baranda, Joaquín, 19
Barón de Humboldt, 285
Barreda, Gabino, 284, 286
Bartolini, escultor, 111
Basalenque, Fr. Diego, 133
Bassacio, Fray Antonio de, 116
Bassoco, José Ma. de, 14, 19
Baudelaire, Carlos, 179
Bautista, Fray Juan, 125
Bazán, Alvaro de, Marqués de Santa Cruz, 183
Beatriz, Portinari, 37
Bécquer, Gustavo Adolfo, 83
Beethoven, Luis de, 282
Bello, Andrés, 32, 33, 34, 36, 333
Belmonte, y Bermúdez, Luis de ?, 164
Benavente, Fray Toribio de; Motolinia, 80, 115, 116, 119, 120, 224
Benot, Eduardo, 188, 312
Berceo, Gonzalo de, 336, 337, 338, 341, 347, 358
Berenger II, Ramón, conde de Barcelona, 359
Beristáin de Souza, Doctor José Mariano, 128
Bernhardt, Sahara, 109
Bermúdez, Pero, 313, 333
Betanzos, Fr. Domingo de, 121, 125
Blanco García, 38
Boileau Despreaux, Nicolás, 37, 47, 100, 106, 148
Bolívar, Simón, 328, 329
Bordas, Luis, 321
Boscán de Almogávar, Juan, 91, 136, 362, 363, 358
Boturini, Lorenzo, 126
Bourguereau, Guillermo, 111
Bouret, Ch., 122
Brunetiere, Fernando, 98, 99
Buitrago del Lozoya, 347
Bulwer, Lytton, 111
Burgoa, Francisco de, 126
Burgos, Pedro de, 116
Bustos, Teresa de, 226
Byron, Jorge Noel Gordon, lord, 53, 65, 179

— C —

Cabanyes, Manuel de, 136
Cabañas, Samuel, 198
Cabrera, Cristóbal, 83
Calasanz, Beato, 38, 69, 70
Calderón de la Barca, P., 52, 101
Calderón, Fernando, 45
Calero, Juan, 116
Calleja, Mariscal de Campo, Félix María, 231
Camargo, Lorenzo, 225
Campillo y Correa, ?, 101, 103
Campoamor, Ramón de, 83, 85, 90, 98
Campo, Angel de, 85
Campo, 236
Campos, Francisco, 201

Canale, Dr. Francisco D., 234, 332
Canalejas, 285
Canga Argüelles, D. Bernardo, 238
Canga Argüelles, José, 238, 239
Cánovas, del Castillo Antonio, 91, 98, 111
Cantú, César, 175
Cardoso, Joaquín, 14, 19
Carducci, José, 111, 137, 244, 331
Carlomagno; Carlo Magno; Corte de, 21, 265, 359, 360
Carlos IV, 11
Carlos V, Emperador, 59, 72, 128, 222, 224, 305
Caro, Fray Juan, 116
Caro, Miguel Antonio, 36, 111, 318, 321, 323
Carpio, Manuel, 64
Carranza, Fray Diego, 125
Carranza, Venustiano, 200
Carrasquilla, Rafael María, 321
Carreño, Alberto María, A. M. C.; Monacillo del Sagrario, 12, 14, 15, 16, 17, 37, 77, 100, 104, 180, 191, 201, 220, 234, 265, 274, 292, 314, 317, 325, 356
Carrión, don Santos de, 341
Casares, José Ma., 19
Casas, Fray Bartolomé de las, 115, 120
Casasús, Joaquín D., 19, 28, 43, 61, 207, 236, 274, 275, 276
Caso, Antonio, 277, 284, 285, 286, 288, 289, 290, 291, 292, 303, 326
Castelar, Emilio, 71, 72
Castilla, don Beltrán del Santo y de, 187
Castillejo, Cristóbal de, 126, 352
Castillo de Alcócer, 361
Castillo y Landa, Pbro. Pedro, 219
Castillo y Piña, Pbro. Dr. José, 193, 194
Castrejón; *Castejón*, 361, 362
Castro, Fray Antonio de, 125
Castro y Serrano, D. José de, 101, 102
Catón, 268
Catulo, Cayo Valerio, 275
Ceniceros, José Angel, 7, 14
Cepeda, Fr. Gabriel, 121
Cervantes, Doña Andrea, 188
Cervantes, Rodrigo de, 180, 188, 353
Cervantes, Rodrigo, hijo, 183
Cervantes Saavedra, Miguel de, 7, 9, 22, 23, 25, 26, 90, 97, 168, 180, 181, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 199, 300, 302, 306, 312, 313, 330, 354
Cervantes de Salazar, Francisco, 83
César, Julio, 29, 152, 182, 222, 224
Cetina, Gutierre de, 83
Cibdad Rodrigo, Fr. Antonio de, 120
Cicerón, 112, 265, 285
Cid Campeador, 313, 328, 333, 334, 335, 336, 359, 360, 361, 362, 363
Clearco Meonio. Véase Pagaza Joaquín Arcadio
Cloro, Constancio, 152
Colón, Cristóbal, 14, 31, 56, 66, 71, 150, 156, 157
Collado, Casimiro del, 14
Conde de Barcelona, 359
Conde de Bassoco, véase Bassoco, José Ma.
Conde de Regla, 227, 228, 230
Conde de la Viñaza, 126
Condes de Carrión, 362
Condesa de Regla, 228, 230
Constantino, 157
Cordero, Salvador, 247, 258, 259, 264, 292, 303
Córdoba, Fray Juan de, 125
Córdoba, Pbro. Tirso Rafael, 19, 103, 213-214
Cortés, Donoso, 32, 285
Cortés, Fernando, 54
Cortés, Hernán, 122, 123, 125, 129, 157, 222, 223, 224, 225
Cortés, Martín, 224
Cortinas, Da. Leonor de, 180, 188, 353
Correa, Br. José María, 245
Cossin, Bernardo, 116
Costa Llovera, 136, 162
Cotarelo y Mori, Emilio, 189, 340
Cotera, Gertrudis de la, 226
Courbet, Gustavo, 108
Croix, D. Teodoro de, 226
Cruz, Fray Juan de la, 125, 278
Cruz, Ramón de la, 311
Cuauhtémoc, 123
Cuéllar, Antonio de, 116

Cuéllar, José T. de, 19
Cuervo, José Rufino, 19, 36, 321
Cuevas, S. J., Mariano, 224, 225, 305

— CH —

Chavero, Alfredo, 19
Chávez, A. Ezequiel, 17
Chénier, Andrés, 137
Chimalpáin, Domingo de San Antón, 126
Churriguera, 81

— D —

Daoiz, Luis, 272
Darío, Rubén, 349
Darwin, Carlos Roberto, 259
David, 140
Dávila Garibi, Ignacio, 17
Dávila Padilla, Fray Agustín, 121
Davray, H. D., 189
Delgado, Juan B., 220
Delgado, Rafael, 19, 37, 103, 134, 135, 136, 139, 146, 149, 150, 156, 160, 161, 162, 163, 164, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 178, 179
Díaz del Castillo Bernal, 223
Díaz de León, Jesús, 234
Díaz Mirón, Salvador, 139, 176
Díaz, Juan, 115
Díez de Sollano, José Ma. de J., 193
Dionysos, 240
Doncel, Francisco, 116
Don Diego, Infante de Carrión, 333
Don Enrique II de Trastamara, 343
Don Enrique III, el Doliente, 343
Don Fernando, Infante de Carrión, 333
Don Juan I, 343
Don Juan II, 343, 344, 345, 358
Donoso Cortés, Juan, 164
Don Pedro I, el Cruel, 343
Doña Elvira, 333, 359
Doña Endrina, 341
Doña Jimena; Jimena, 359, 360
Doña Marina, 129
Doña Sol, 333, 359
Doña Urraca 314
Dumas, Alejandro, 46, 53
Duque de Amalfi, 347
Duque y Conde de Sesa, 188, 189
Duque Job, 241
Duque de Rivas, 45, 53, 55, 58, 59, 179
Durán, Agustín, 80

— E —

Elizalde, Octavio, 198
Encas, 281
Enginardo, monje, 359
Enrique VIII, 292
Enriquez Ureña, Pedro, 99
Ercilla y Zúñiga, Alonso de, 349
Escobedo y Tinoco, Federico, 134, 172, 173, 178, 179
Escosura, Patricio de la, 13
Esopo, 126
Espronceda, José de, 46, 54, 56, 83, 175, 179
Estrada, Genaro, 241
Estrada, Lucio, 197, 201, 217
Eurípides, 91
Euterpe, 148
Eva, 343
Ezequiel, 140

— F —

Fabela, Isidro, 17
Fañez Minaya, Alvar; *Albar Fañez,* 308, 313, 334, 361
Farnesio, Isabel, 10
Feijóo, Benito Jerónimo, 102
Felipe II, 72, 306
Felipe IV, 11, 15
Felipe V, 10
Feria, Fray Pedro de, 125
Fernández, Fray Benito, 125
Fernández Cabrera, D. M., 132
Fernández, Carlos, 235
Fernández de Lizardi, Joaquín, 85
Fernández de Castro, Pedro; Conde de Lemos, 185
Fernández de Córdoba, Luis, 228
Fernández de Navarrete, M., 188
Fernández Granados, Enrique; Fernangrana, 19, 174, 176, 231, 234, 235, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 331, 332, 356

Fernández Mac Gregor, Genaro, 314, 327
Fernández Muñoz, Gabriel, 235
Fernando I, 156, 167, 169, 272, 359
Fernando III; El Santo, 339
Fernando VI, 10, 11
Ferrer del Río, Antonio, 13
Fidias, 283
Figueroa, Benito, 296
Fiésole, Fray Angélico de, 280
Flandrín, Juan Hipólito, 111
Flavigny, María de, 222
Flores de la Ribera, Canónigo José Antonio, 227
Flores, Manuel M., 54, 175, 178
Fortuny, Mariano José María, 160
Fóscolo, Hugo, 174, 244, 331
France, Anatolio, 89, 90
Franqueza, Pedro; conde de Villalonga, 184
Fray Daniel, 116
Fray Juan, 117
Fray Luis el Legionense, 163
Frías y Soto, Hilarión, 205, 206

— G —

Gallego, Juan Nicasio, 136, 264
Gallo de Villavicencio, Dña. Gertrudis, 227
Gamboa, Federico, 7, 9, 314, 317, 326
Gamoneda, Francisco, 77
Gante, Fray Pedro de, 80, 115, 116, 125
Gaona, Fray Juan de, 125, 132
Garcés, Fr. Julián, 120
García Cabral, Ernesto, 297
García, Francisco Pascual, 161
García Gutiérrez, Jesús, 45, 53, 58, 59, 179, 194
García Icazbalceta, Joaquín, 14, 17, 19, 124, 126, 222, 324
García Naranjo, Nemesio, 284
García Pimentel, Luis, 17
Garcilaso de la Vega, 59, 80. 136, 168, 199, 203, 263, 302, 346, 349, 352, 353, 358
Garduño, Mariano, 198
Garza y Ballesteros, Lázaro de la, 193
Gayangos, Pascual de, 222, 223
Gebirol, Aben, 342
Genin, Augusto, 55
Gilberti, Fray Maturino, 116, 125
Gil, Francisco, 117
Gil, Fray Juan, 188
Gil y Zárate, Antonio, 101, 102
Giner de los Ríos, Francisco, 285
Giotto, Angel, 211
Glayre, 111
Gluck, Cristóbal, 111
Goethe, Juan Volfang, 173
Gómez de Parada, Ginés, 227
Gómez de Parada, Juan, 227, 228, 229
Gómez Hermosilla, José, 97, 99, 100, 101, 102, 112
Gómez Manrique, 349, 351
Gómez, Rafael, 19
Gómez Restrepo, Antonio, 314, 315, 316, 317, 319, 320, 321, 323
Gómez y Pérez, Teodomiro, 297, 298
Gómez, P. Zenón, 214
Góngora y Argote, Luis de, 80, 83, 136, 203, 348, 349
González de Avila, Gil, 58
González de Mendoza, José María, 17
González Fernán, 339
González Martínez, Enrique, 176
González Obregón, Luis, 114, 118, 225, 236, 325
Gracián, Baltazar, 80, 282
Granada, Fr. Luis de, 308
Granados, Dña. Dolores, 235
Grocio, Hugo, 302
Groso, Enrique, 198
Gual Vidal, Manuel, 7
Guevara, Fr. Antonio de, 309
Guevara, Fray Juan de, 125
Gutiérrez, Feliciano, 198
Gutiérrez Nájera, Manuel, 85, 176, 241, 243
Gutiérrez Otero, Luis. 19
Guzmán, Francisco de P., 19

— H —

Hagen, 363
Hartezunbusch, Juan Eugenio, 13, 45, 53, 59

Haydn, Francisco José, 112
Hegel, Jorge Federico Guillermo, 286
Heredia, José María de, 109, 111
Hermosilla y Sandoval, José, 38, 100, 101, 103
Hernández, Juan María, 196
Hernández y Dávalos, J. E., 230
Herrera, Herreras, 80, 136, 158, 168
Herrera, Alfonso, 19
Herrera, Hernando de, 83
Herrera, Juan de, 116
Herrera, Mateo, 235
Herrera y Piña, Juan, 198
Hidalgo y Costilla, Miguel; Cura de Dolores, 230, 236, 328, 329
Hogal, José Antonio de, 129
Homero, 47, 95, 110, 140, 339, 363
Horacio, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 139, 147, 149, 152, 154, 155, 158, 159, 163, 164, 201, 203, 206, 207, 211, 213, 216, 217, 264, 268, 275, 276, 282
Hugo, Víctor, 46, 47, 53, 55, 66, 67, 76, 98, 100, 106, 109, 179
Howard, Catalina, 53
Huitrón, José Guadalupe, 198
Huitzilopochtli, 19
Humboldt, Alejandro de, Barón de, 285, 325
Hunt y Cortés, Agustín, 198

— I —

Icaza, Francisco A. de, 19, 176
Imperial, Francisco, 344, 348, 352
Infante don Juan Manuel, 340
Ingres, Juan Augusto Domingo, 111
Iriarte, Tomás de, 312
Isaacs, Jorge, 321
Isaza, Emiliano, 33
Iturrigaray, ex-Virreina, 231
Iturrigaray, Virrey D. José de, 230

— J —

Jacob, 281
Jiménez, Juan, 349
Jovellanos, Gaspar Melchor de, 136
Juárez, Benito, 196
Junemann, G., 189
Júpiter, 48, 62, 71, 100

K

Kapala, 305
Kelly, James Fitzmaurice, 185, 189, 190, 335
Kino, Francisco Eusebio, 133

— L —

Labastida, Francisco de P., 33
Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio de, 135, 197, 216, 217
La Fontaine, Juan de, 312
Lagunas, Fray Juan Bautista de, 116, 125
La Harpe, Amadeo Manuel, 38, 47
Lamartine, Alfonso de, 49, 53, 66, 173, 178
Lampart, Guillén de, 122
Landívar, P. Rafael, 208
Larousse, 304, 306
Lárraga, Apolinario, 130
Le Bon, Felipe, 102
Leconte de Lisle, Carlos, 111, 137
Leixtner, Otto von, 286
Lamaitre, Julio; Jules Lemaitre, 89, 98, 109
León, Fray Luis de, 80, 136, 146, 170, 199, 203, 277, 278, 280, 282, 283, 287, 288, 290, 291, 326, 346
León, Luis de, 349
Leónidas, 268
León, Rafael, 198
Leopardi, Santiago, 54, 137, 174, 244, 331
Lerdo de Tejada, Sebastián, 14, 19
Lessing, Gotthold Efraim, 52, 111
Lista y Aragón, Alberto, 263
Lope de Vega Carpio, Félix, 9, 52, 90, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 101, 136, 183, 263, 302, 310, 348, 349
López de Ayala, Pedro 342, 343, 358
López de Hoyos, Juan, 181
López de Mendoza, Iñigo, Señor de Hita, 344, 347
López, Francisco, 116
López, Gregorio, 123
López, Jerónimo, 224
López Portillo y Rojas, José, 7, 17, 19, 172, 233, 258, 284, 292, 293, 294, 296,

297, 298, 299, 300, 301, 302, 314, 325, 355
Lorenzana y Buitrón, Francisco, 128, 129, 130, 131
Lorenzo, Francisco, 117
Lucano, 166
Lucrecio, 65
Lugones, Leopoldo, 349
Luis XIV, 96, 98
Lulio, Raimundo, 285
Luna, Condestable Alvaro de, 344, 345
Lutero, 225

— M —

Macpherson, Jacobo, 178
Madrigal, Alonso de (El Tostado), 23
Maissoniere, 160
Malgesí, 21
Mallarmé, 179
Manrique, Jorge, 349, 351, 352
Manrique, Rodrigo, 351
Manzoni, Alejandro; Aless. Manzoni, 111, 134, 137, 140, 147, 152, 154, 162, 170, 173, 174
Margil de Jesús, Fr. Antonio, 132
María, Virgen, 217, 278, 321
Mariscal, Ignacio, 19, 324
Marmolejo, Juan 350
Marón, Publio Virgilio, 67
Marqués de Casa Alta, 228
Marqués de Molina, 13
Marqués de Cruillas, 229
Marqués de González, 265
Marqués de las Amarillas, 228
Marqués de San Clemente, 226
Marqués de San Cristóbal, 230
Marqués de San Juan de Rayas, 230
Marqués de Sta. Cruz, 183
Marqués de Santillana, 307
Marqués de Villena, 10
Marquesa de Villahermosa de Alfaro, 230, 231, 232
Marroquín, José Manuel, 321
Marte Borghese, 111
Martínez Amador, Emilio María, 176, 177
Martínez de la Rosa, 101
Martínez de la Torre, 64
Martínez, Luis María, 17
Martínez Sobral, Enrique, 298, 303, 326
Matute, Juan José, 297
Maximiliano, Fernando José, 236
Maxtla, 55
Mayans y Siscar, Gregorio, 356
Medina, Fray Juan de, 125
Mecenas, 63, 90, 193, 201, 206, 275
Medinas, 14
Medoro, 301
Medusa, 70
Meléndez Valdés, Juan, 85
Mena, Juan de, 307, 308, 344, 346
Méndez, Luis G., 194, 219
Méndez Plancarte, Alfonso, 17
Mendieta, Fr. Gerónimo de, 116, 117, 120, 124, 125
Menéndez Pelayo, don Marcelino, 34, 38, 54, 99, 101, 103, 111, 175, 176, 177, 189, 208, 209, 262, 338, 342, 344, 349
Menéndez Pidal, Ramón, 333, 336
Merino, Fray Antolín, 278
Mesala, 63
Mérimée, Erneste, 189
Michel, 236
Miguel, Raimundo de, 101, 103
Milá y Fontanals, Manuel, 104, 333
Millán, Agustín, 200
Mir, Miguel, 311
Mirabeau, Honorato Gabriel, conde de, 76
Miranda, Saa de, 352
Mitrídates, 96
Moctezuma, 223
Moisés, 164, 265
Molière Juan Bautista Poquelin, 97
Molina, Fray Alonso de, 116, 125
Molina, Audomaro, 19
Moncayo, Mosén Juan de, 167, 169
Monfalcon, J. B., 238, 239
Montanos, 168
Montemor, 183
Monterde, Francisco, 17
Montes de Oca y Obregón, Ignacio; Ipandro Acaico, 19, 64, 198, 213, 214, 241, 242, 324, 325
Montesinos, 23, 24
Montoro, Antón de, 349, 350

Morales, Juan Bautista, 85
Morales, Pedro, 83
Moratín, Leandro Fernández de, 89, 170
Moratín, Nicolás Fernández de, 136
Morel Fatio, 336
Morelos y Pavón, José Ma., 329
Moreno Cora, Silvestre, 19
Moreno y Jove, Manuel, 19
Moreto y Cabaña, Agustín, 312
Motecuhzoma, Moctezuma, 122, 123, 127
Munguía, Clemente de Jesús, 286
Muñoz, Miguel, 198
Murillo, Josefa, 178
Musset, Alfredo de, 66

— N —

Napoleón I, 173, 272, 273
Napoleón II, 269
Nariño, Antonio, 329
Navarino, 188
Navarrete, Fray Manuel, 83, 85, 189
Navarro y Ledesma, Francisco, 104, 105, 184, 189, 353
Nervo, Amado, 19, 37, 176, 179, 234, 349
Netzahualcoyotl, 55
Núñez de Arce, Gaspar, 83, 110, 111, 145, 160
Núñez, Francisco, 224
Núñez Morquecho, Dr., 188

— O —

Ochoa, Eugenio de, 13
O'Higgins, Bernardo, 329
Olaguíbel, Francisco M. de, 18, 19
Olmedo, Bartolomé de, 114
Olmos, Fray Andrés de, 116, 125
Ordaz, Francisco, 296
Ordóñez, José, 196, 219
Ordóñez, Josefa, 192
Ormaechea, Juan Bautista, 19
Oronoz, Fray Luis F., 245
Orozco y Berra, Manuel, 14, 19
Orsini, Félix, 313
Ortiz, Luis Gonzaga, 174
Osollo, Luis, 162
Osuna, duque de, 10
Othón, José Manuel, 19, 176, 178
Oyuela, Calixto, 111

— P —

Padilla, Francisca, 225
Pagaza, Julián, 192
Pagaza, Joaquín Arcadio, 19, 36, 37, 67, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 201, 203, 204, 205, 206, 208, 209, 210, 211, 214, 217, 218, 219, 220, 234, 255, 257, 324, 325
Palacios Salazar y Vozmediano, Catalina, 183
Palos, Juan de, 117
Pardo Bazán, doña Emilia, 313
Pardo, Baltazar, 227
Parra, Porfirio, 19, 286
Paso y Troncoso, Francisco del, 19, 126, 221
Payno, Manuel, 19
Pelayos, 167, 169
Peña, Rafael Angel de la, 14, 19, 28, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 39, 41, 42, 103, 205, 213, 236, 324
Peña, Asunción de la, 245
Peón del Valle, José, 162, 175
Peón y Contreras, José, 19, 43, 44, 45, 46, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60
Per Abbat, 333, 336
Pereda, José María de, 299
Peredo, Manuel, 14, 19, 103, 325
Pérez de Guzmán, Fernán, 348
Pérez de Oliva, Fernán, 91
Pérez de Rivas, Andrés, 133
Pérez Galdós, Benito, 265, 266, 269, 271, 272, 273
Pérez y Sarmiento, Diego, 340
Pesado, José Joaquín, 33, 64, 178
Petrarca, Francesco, 348
Peza, Juan de Dios, 19, 55
Pietet, Mr., 305, 306
Pimentel, Francisco, 14, 19, 64, 121
Pío V, 182
Pisistrato, 364
Pitágoras, 164, 280, 289, 290
Plazas, los, 321
Pombo, Rafael, 318, 321, 323
Portilla, Anselmo de la, 19

Posada y Garduño, Manuel, 194
Prieto, Guillermo, 64, 85
Príncipe don Carlos, 181
Prior de Ocrato, don Antonio, 183
Pubeis, Mateo de, 313
Puebla, Andrés de, 116
Puente y Apezechea, Fermín de la, 13
Puffendorf, Samuel, 302
Puga y Acal, Manuel, 274, 292
Puig y Casauranc, José María, 16

— Q —

Querol, Vicente W., 136
Quevedo y Villegas, Francisco de, 80, 185, 263, 302, 348
Quijano, Alejandro, 180, 187, 292, 303, 314, 327, 330, 355, 356, 357
Quijano, Alonso, 26
Quintana, José Manuel, 32, 65, 83, 98, 143, 149
Quintana Roo, Andrés, 33
Quiroga, Vasco de, 132

— R —

Rabelais, Francisco, 64
Rabí Sem Tob, 341
Racine, Juan, 96
Ramírez, mexicano, 64, 85, 175
Ramírez, Fr. Francisco, 194
Ramírez, José Fernando, 19
Ramírez, Obispo, 194
Ramírez, Roberto, 318
Ramos Arizpe, Miguel, 232
Rebull, Santiago, 111, 297
Reina Isabel, 156, 167, 169, 182, 265, 271
Reina Isabel II, 266
Rengel, Fray Alonso, 125
Revilla, Manuel G., 17, 19, 87, 189, 325
Rey Alfonso de León, 333, 334, 335
Rey Alfonso VI, 359, 361
Rey Alfonso X, 311, 339, 340, 344, 358
Rey Alfonso XIII, 11
Rey Sancho, 360
Reyes, Alfonso, 17, 308
Reyes, Fray Antonio de los, 125
Richelieu, Cardenal, 17
Rincón, Antonio del, 125
Río, Juan del, 116
Rioja, Francisco de, 136
Ríos, Vicente de los, 188
Riva Palacio, Vicente, 19, 55, 64
Rivas Groot, 321
Roa Bárcena, José María, 14, 19, 55, 64, 162, 324
Robles Dégano, Felipe, 262
Rodas, Apolonio de, 324
Rodríguez de Pedroso, Antonio; Conde de Xala, 226, 227
Rodríguez de Pedroso, Josefa, 226, 227
Rodríguez, Francisco, 116
Rodríguez, Luis, 125
Rodríguez Galván, Ignacio, 45, 55, 58
Rojas, Fernando de, 341
Romero de Terreros, Manuel; Marqués de San Francisco, 17, 221, 227, 292, 303, 325
Romero de Terreros, Pedro, 228, 232, 233
Róndani, 244
Rosales, Eduardo, 111
Rubio, Darío, 17
Rueda, Salvador, 245
Rufo, Gutiérrez Juan, 349
Ruiz de Alarcón, Juan, 80, 340, 341, 358
Ruiz de Villafranca, Fray José, 233

— S —

Saboya, Luisa de, 10
Santo Domingo de Silos, 337
San Millán, 337
Santa María Egipciaca, 336
Santa Oria, 337
San Millán de la Cogolla, 337
Sahagún, Fray Bernardino de, 80, 116, 125, 126
Sainte-Beuve, Carlos Agustín de, 37, 38, 89, 99
Salazar, Eugenio de, 83
Salinas, Miguel, 304
Salustio, 112
Salvá, Vicente, 33
Salvatierra, Juan María, 132
Sánchez Mármol, Manuel, 19, 43

Sánchez, Tomás Antonio, 336, 337
Sancho II, 359
Sancho Panza, 22, 23, 24, 25, 26, 165, 184
Sanín, Cano, 321
San Juan Bautista, Fray Elías de, 125
Santa María, Fray Domingo de, 125
Santa María, Juan de, 117
Santibáñez, Enrique, 236
Santillana Marqués de, véase López de Mendoza, Iñigo, 135, 307, 344, 346, 347, 348, 352
Santisteban, Mateo de, 187
Santos, Rabí don, 358
Sanz del Río, Julián, 285
Sanzio, Rafael, 111
Sarmiento, Domingo Faustino, 32
Schack, Conde de, 188, 189
Scott, Walter, 55
Scott, Duns., 286
Segura, Andrés, 201
Segura de Astorga, Juan Lorenzo, 336
Segura, José Sebastián, 14
Serra, Fray Junípero, 123
Servet, Miguel, 285
Shakespeare, Guillermo, 52, 89, 218, 265
Sierra, Justo, 7, 19, 36, 61, 64, 65, 67, 70, 72, 73, 74, 76, 85, 176, 324
Silva, Amador, 193
Silva, José M., 213, 214
Silva, José Asunción, 321
Simeón, Remi, 126
Smith, Adan, 302
Soler, José, 197, 198
Solórzano y Pereira, Juan de, 123
Sor Juana Inés de la Cruz, 80, 84, 85
Sor María Margarita, 296
Sosa, Francisco, 15, 19, 299, 327
Stecchetti, Lorenzo, 244, 331
Suárez, los, 168
Suetonio, Paulino, 29

—T—

Tacio, 309
Taine, Hipólito Adolfo, 111
Tamayo y Baus, Manuel, 111
Tasos, los, 168
Tassaras, 149
Tecto, Juan de, 115
Téllez, Mariano, 192
Tello, 133
Tembleque, Fray Francisco, 116
Terencio, 91
Tezozomoc, 55
Thorwaldsen, Bartolomé, 111
Ticknor, George, 188, 189
Tiro, Máximo de, 239
Tirso de Molina, 263
Tirteo, 65
Tommasseo, Nicalao, 162
Toro y Gómez, Miguel de, 105
Torquemada, Juan de, 116
Torres, 34
Torres Bodet, Jaime, 7, 16
Tovar, Agustín J., 193, 194, 195, 196, 197, 209, 214

—U—

Uselo, Martín de, 120
Urbina, Luis G., 77, 176, 236
Urdemalas, Pedro de, 185

—V—

Valbuena, Bernardo de, 83, 101
Valdez, Alejandro, 128
Valencia, Fray Martín de, 114, 115
Valera, Juan, 38, 50, 52, 53, 54, 111
Valois, Isabel de, 181
Vargas, Fray Melchor de, 125
Vargas Tamayo, José, 318
Vasco de Gama, 71
Vasconcelos, José, 17
Vasconcellos, Carolina Michaelis de, 338
Vauvenargues, Lucas de Claplers, 218
Vázquez,. Melesio de Jesús, 19
Vega, Ventura de la, 54, 111
Velasco, Amador, 201
Velasco, Luis de, 224, 225
Velázquez, de Silva Diego, 108
Velázquez, Primo Feliciano, 21
Vella, Fray Antonio de la, 188
Verdaguer, Jacinto, 156
Verlaine, Pablo, 108, 179
Vigil, José Ma., 15, 19, 175, 211, 245

Villalobos, Luis, 116
Villasandino Alfonso, 344
Villegas, Francisco F., 188
Villena, Enrique de, 344, 346
Villemain, Abel Francisco, 38
Virgilio, 27, 37, 59, 147, 158, 177, 199, 201, 203, 204, 205, 206, 209, 211, 215, 217, 275
Virués, Cristóbal, 349
Virrey Duque de Arión, 228, 229
Vives, Luis; los Vives, 168, 285
Vivisu, Francisco, 121
Voltaire, Francisco María Arouet, 38, 108

— W —

Wagner, Ricardo, 301
Winckelmann, Juan Joaquín, 111
Wolf, Augusto, 333

— X —

Ximénez Ortiz, 187

— Z —

Zapata y Mendoza, Juan Ventura, 126
Zappa, 132
Zaragoza, Lorenzo Ignacio, 195, 200
Zavala, 33
Zolá, Emilio, 108, 109
Zorrilla y Moral, José, 45, 46, 53, 55, 58, 59, 175
Zumárraga, Fray Juan de, 119, 120, 124, 224, 305

INDICE GENERAL

NOTA PRELIMINAR 7
El Cincuentenario de la Academia, por FEDERICO GAMBOA 9
Tercer Centenario del Quijote, por PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ 21
Discurso en memoria del señor don Rafael Angel de la Peña, por JOAQUÍN D. CASASÚS 28
El poeta José Peón Contreras, por JOAQUÍN D. CASASÚS 43
Elogio del Licenciado don Justo Sierra, por JOAQUÍN D. CASASÚS 61
La Literatura Mexicana, por LUIS G. URBINA 77
La Crítica, por MANUEL G. REVILLA 87
Los misioneros y los judíos, por LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN 114
Manzoni en Méjico, por FEDERICO ESCOBEDO Y TINOCO 134
Contestación al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS 172
Miguel de Cervantes Saavedra, por ALEJANDRO QUIJANO 180
La Manquedad de Cervantes, por ALEJANDRO QUIJANO 187
Clearco Meonio, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 191
El estilo epistolar en la Nueva España, por MANUEL ROMERO DE TERREROS 221
Fernangrana, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 234
Importancia práctica de la lectura y de la recitación en la enseñanza del idioma nacional, por SALVADOR CORDERO 247
Contestación al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS 258
Pérez Galdós, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 265
Ante los restos del Sr. Licenciado don Joaquín D. Casasús, por MANUEL PUGA Y ACAL 274
La oda a la música, por ANTONIO CASO 277
Respuesta al anterior discurso, por JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS 284

El Licenciado José López Portillo y Rojas prosista, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 292
Estudio filológico, por MIGUEL SALINAS 304
El Dr. Antonio Gómez Restrepo, por ALBERTO MARÍA CARREÑO 314
El Dr. Antonio Gómez Restrepo, por FEDERICO GAMBOA 317
Discurso del Embajador Antonio Gómez Restrepo 323
La poesía castellana en sus cuatro primeros siglos, por ALEJANDRO QUIJANO 330
Contestación al anterior discurso, por el Director JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS 355

INDICE ALFABÉTICO 365

Acabóse de imprimir esta obra el día 18 de noviembre de 1954, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Insurgentes Norte 19, en la Ciudad de México.